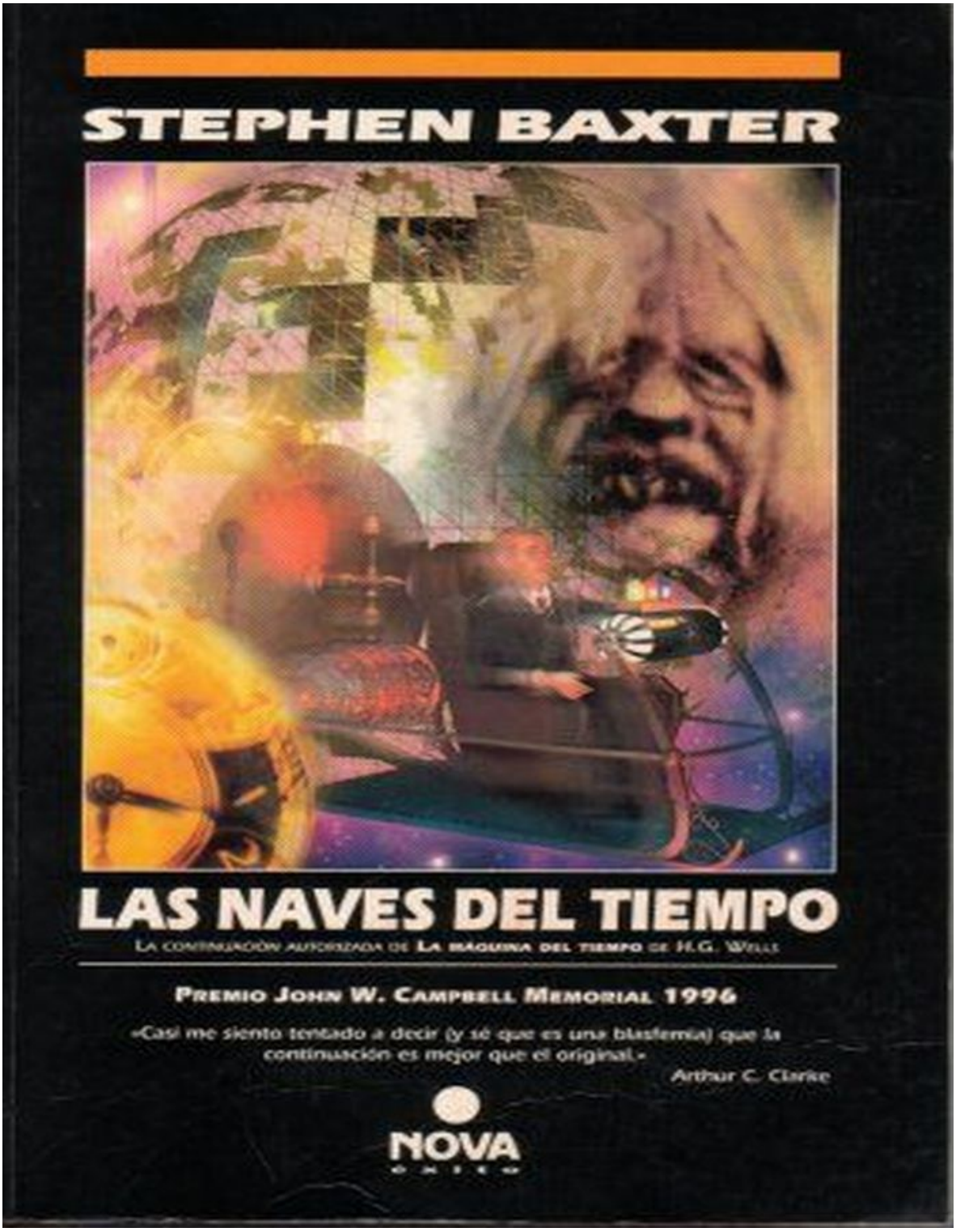
STEPHEN BAXTER
LAS NAVES DEL TIEMPO



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

PRESENTACIÓN

En 1888 Herbert G., Wells publicó una primera narración sobre el viaje en el tiempo. Lo hizo en el Science School Journal *y su título era* THE CHRONIC ARGONAUTS *(Los argonautas del tiempo). Trataba sobre una máquina del tiempo concebida por un científico llamado Moses Nebogipfel, quien utilizaba su invento para viajar al pasado y cometer un asesinato. Algo de esa historia no debía de gustarle al mismo Wells, y la narración fue reescrita varias veces hasta que en 1895 se publicó la novela que hoy conocemos con el título de* LA MÁQUINA DEL TIEMPO*. En ella un ahora innominado Viajero se traslada al futuro (en lugar de al pasado) para constatar personalmente la escisión de la humanidad en dos grandes grupos (o tal vez dos especies derivadas de la humana...): los inútiles y ociosos Elois y los trabajadores y peligrosos Morlocks.*

LA MÁQUINA DEL TIEMPO *es hoy un clásico indiscutible y una de las muestras de la más añeja ciencia ficción. En realidad, Wells utilizó muchos de los temas, novedosos entonces, que la ciencia facción ha desarrollado después: el viaje por el tiempo, la invisibilidad, la investigación y manipulación biológicas, la invasión extraterrestre, etc.*

Cuando en 1995 se cumplían cien años de la aparición de la clásica novela de Wells, un nuevo y brillante escritor británico, Stephen Baxter, publicaba LAS NAVES DEL TIEMPO*, la continuación autorizada de* LA MÁQUINA DEL TIEMPO*. En 1996, en el cincuentenario de la muerte de H. G. Wells, nos sentimos orgullosos de rendir un merecidísimo homenaje a uno de los indiscutibles padres fundadores del género, con la publicación de la edición española de LAS NAVES DEL TIEMPO (*NOVA éxito*, número 11).*

Stephen Baxter, la nueva y gran estrella de la ciencia ficción británica, ha recibido una cálida acogida de la mayoría de la crítica y los lectores. Revistas de gran difusión, como New Scientist, no tienen reparos en considerarle el sucesor de Arthur C. Clarke y un igual de Isaac Asimov y Robert A. Heinlein:

Arthur C. Clarke, Isaac Asimov, Robert Heinlein y unos pocos más tuvieron éxito en su empresa. Ahora Stephen Baxter se une a ese reducido grupo capaz de escribir una ciencia ficción en la cual la ciencia no tiene errores y leer las extrapolaciones proporciona un delicado placer, admiración y entretenimiento. La reacción que se obtiene es esa a la que se refería C. S. Lewis cuando calificaba la ciencia ficción de única droga genuina capaz de expandir la conciencia.

Baxter se formó como matemático en Cambridge, obtuvo el doctorado en Southampton, y hoy trabaja en las tecnologías de la información. Su obra se inscribe en esa ciencia ficción llamada «dura» como derivado del término inglés hard que se asigna a ciencias como la física, la biología, la química y, también, a sus aplicaciones ingenieriles. Baxter cuenta ya con media docena de novelas entre las que destaca una compleja serie en torno a una curiosa especie, los xeelee. La saga, concebida como una interesante historia del futuro, se inicia en RAFT *(1991), primera novela de Baxter, para seguir en* TIMELIKE ETERNITY *(1992),* FLUX *(1993) y* RING *(1994). Hay también otras obras de menor extensión como* CITY OF GOLD *y diversos relatos sobre los xeelee que muy pronto se recogerán en una antología prevista para 1997.*

En 1993 Baxter publicó su primera aproximación y homenaje a los clásicos de la eiencia ficción con la novela ANTI-ICE *(1993). Se trata de una epopeya steam-punk (algo así como cyber-punk, pero con la tecnología correspondiente a la máquina de vapor), situada en una Tierra alternativa. Homenaje explícito a Julio Verne, incluye aventuras, romance y mucha diversión, con descripciones de naves espaciales propulsadas por vapor que recuerdan directamente el Nautilus de* 20.000 LEGUAS DE VIAJE SUBMARINO*.*

Tras el homenaje a Verne, no podía faltar un trabajo parecido de Baxter sobre la obra de Wells, al fin y al cabo británico como él. LAS NAVES DEL TIEMPO *es una novela brillante, continuación de* LA MÁQUINA DEL TIEMPO *de Wells a la que no desmerece en absoluto.*

La opinión de un experto tan cualificado como Arthur C. Clarke resulta, como él mismo advierte, casi blasfema:

> Casi me siento tentado a decir (y sé que es una blasfemia) que la continuación es mejor que el original.
> Pero es lógico que así sea. Baxter ha escrito el relato de las nuevas aventuras del Viajero del tiempo de Wells a la luz de la ciencia y la ciencia ficción defines del siglo XX. Un siglo en el cual los conocimientos científicos y las realizaciones tecnológicas han superado en mucho las mejores expectativas del siglo XIX desde la teoría de la relatividad hasta el descubrimiento de la estructura en doble hélice del ADN, pasando por la mecánica cuántica; y desde la energía nuclear hasta las tecnologías de la información, pasando por la conquista del espacio, nuestro punto de vista sobre el universo y sobre nosotros mismos ha cambiado. Eso es lo que refleja, con gran habilidad y brillantez, Stephen Baxter en esta interesante y sugerente novela.

LA MÁQUINA DEL TIEMPO *de Wells finalizaba con el retorno del Viajero al futuro y precisamente así empieza Baxter su narración. En* LAS NAVES DEL TIEMPO*, tras despertar en su casa de Richmond la mañana posterior al retorno de su primer viaje al futuro, el Viajero de Wells, apesadumbrado por haber dejado a Weena en manos de los Morlocks, decide embarcarse en un segundo viaje al año 802.701 para rescatar a su amiga Eloi.*
Al avanzar hacia el futuro y llegar al año 600.000, descubre que las cosas no son como en su anterior viaje. Al encontrarse con la esfera Dysson construida en torno al Sol por los Morlocks, altamente evolucionados a inteligentes, el Viajero constata que su máquina y su anterior viaje han alterado el futuro al crear nuevas realidades. El futuro es distinto, y el Viajero resulta irremediablemente atado a las paradójicas complejidades del viaje a través del tiempo. En su intento desesperado por «restablecer el primer futuro conocido» decide viajar al pasado (acompañado accidentalmente por un Morlock) para encontrarse consigo mismo y ser detenido después por un grupo de viajeros temporales procedentes de un 1938 en el cual Inglaterra lleva 24 años en guerra con Alemania...
Y ése es sólo el inicio de una novela sorprendente, repleta de aventuras y especulaciones que ha pretendido, con éxito, homenajear y reexaminar LA MÁQUINA DEL TIEMPO *de H. G. Wells a la luz de la ciencia y la ciencia ficción de hoy, cien años después de la publicación de la novela con la cual se iniciara la obra de uno de los padres de la moderna eiencia ficción.*
Como era de esperar, LAS NAVES DEL TIEMPO *ha obtenido ya diversos premios. Entre ellos destaca el John W. Campbell Memorial de 1996. Se trata de un premio con gran reputación intelectual (tal vez en contraposición a la popularidad de los premios Hugo y Locus), otorgado por un grupo de expertos y estudiosos que se reúnen cada año en la Universidad de Kansas desde que, en 1979, el comité evaluador fuera presidido por James Gunn. Clarke, Dick, Pohl, Dish, Benford, Aldiss, Wolfe, Brin y Willis, por ejemplo, han sido algunos de sus ganadores en ediciones anteriores. Baxter está bien acompañado.*
Además, por el momento, LAS NAVES DEL TIEMPO *ha obtenido el premio* Kurd Lasswitz *a la mejor novela de ciencia ficción publicada en Alemania. También es finalista del premio Hugo 1996 y del premio Arthur. C. Clarke 1996. Y otros deben estar al caer...* LAS NAVES DEL TIEMPO *los merece.*
Para traducir una obra como LAS NAVES DEL TIEMPO *hacía falta no sólo profesionalidad, sino también mucho cariño y dedicación. Como los que ha puesto en la empresa Pedro Jorge Romero, quien se ha molestado en releer* LA MÁQUINA DEL TIEMPO *en sus versiones inglesa y castellana. Era necesario para mantener parte del estilo de la vieja y conocida traducción castellana, al igual que Baxter se había preocupado por mantener el adecuado respeto por la forma literaria y las expresiones utilizadas por Wells.*
Pedro, además de estudiar detenidamente LA MÁQUINA DEL TIEMPO*, se ha dedicado a incordiar bastantes veces a Baxter gracias a ese correveidile de la actualidad que es la red*

Internet. Espero que Stephen Baxter no me odie por haber optado por alguien tan concienzudo como Pedro para esta traducción...
*Sus conocimientos de experto y ese amoroso estudio de la obra de Wells (y también de la de Baxter) le han valido a Pedro Jorge Romero el ser conferenciante invitado a los 1os encontros de ficção científica e fantástica que, con el título genérico «Na periferia do Império», se han celebrado en Cascais (Portugal) del 25 al 29 de septiembre de 1996. A la espera de que su traducción al castellano aparezca en BEM, no me resisto a transcribir algunos párrafos de la conferencia que Pedro Jorge Romero dictó en Cascais con el título «*The Time Traveler as a Slow Learner: From *The Time Machine* to *The Time Ships» («El viajero del tiempo como alguien que aprende lentamente: De* La Máquina Del Tiempo *a* Las Naves Del Tiempo*»). En realidad, creo que, con excepción (¡quizás!) del mismo Baxter, pocas personas han reflexionado tanto sobre* LAS NAVES DEL TIEMPO*.*

> «La máquina del tiempo» se publicó diez años antes de que el joven Einstein asombrara al mundo con la Teoría Especial de la Relatividad. Una teoría que al final llevó a la idea del tiempo como una cuarta dimensión de lo que a partir de entonces se conoció como espacio-tiempo (el hecho de que el Viajero del tiempo siempre hable de Espacio y Tiempo como dos entidades diferentes, es la pista que nos cuenta que no conoce la Relatividad).

Ésa es la explicación de que el Viajero utilice una terminología pre-relativista, y un ejemplo concreto de ese cuidado con el que Baxter (¡y su traductor!) ha contemplado la gradual revelación y descubrimiento que el Viajero experimenta respecto a algunos de los conocimientos científicos que la humanidad ha adquirido en los últimos cien años.
Los últimos párrafos de esa conferencia de Pedro Jorge Romero son muy ilustrativos a ese respecto:

> [...] El Viajero del Tiempo de Baxter permite analizar y diagnosticar las causas que conformaron las características del Viajero del Tiempo de Wells como personaje. Ha comprendido cómo sus prejuicios determinaban sus reacciones. Ha cambiado, por supuesto, ya que la época en la cual el libro se escribe es otra, una cien años más vieja. En nuestro tiempo sería imposible decir que los Morlocks son los malos; sabemos que los «otros», los que son «diferentes», existen. Al evolucionar las especies, cambian de forma y de características. El Viajero aprende que si los Morlocks son inhumanos, también ocurre lo mismo con los Elois, que en el año 802.701 no hay un sólo ser humano a excepción de él mismo. Comprende que en épocas diferentes se aplican normas diferentes. Le ha costado cien años aprender todo esto, porque a nosotros mismos nos ha tomado cien años descubrirlo. La forma en que evoluciona la manera de pensar del Viajero es precisamente la evolución mental que hemos seguido nosotros.
> Hagamos algo de viaje por el tiempo nosotros mismos. Por desgracia no disponemos de una máquina del tiempo y por eso deberemos acudir al viejo experimento mental einsteniano (Gedankenexperiment). Imaginen conmigo un mundo futuro más o menos cien años a partir de *ahora, en 2095: Entonces alguien* escribirá una continuación de LA MÁQUINA DEL TIEMPO y de LAS NAVES DEL TIEMPO. En ese libro (o en lo que haya sustituido al libro dentro de cien años), el Viajero del Tiempo, ese «hombre cualquiera» que no merece tener nombre porque nos representa a todos nosotros, viajará de nuevo en el tiempo para descubrir y encontrar algo totalmente nuevo. Dentro de cien años sabremos muchas más cosas sobre el universo y sobre cómo funciona, por eso ese «libro» será un salto aún mayor a través del universo, utilizando teorías científicas que ahora no podemos ni siquiera imaginar, de la misma forma que el mismo Wells desconocía la mecánica cuántica, la interpretación de

Everett o la relatividad de Einstein. En ese «libro» se discutirán, descartarán, reinterpretarán y redefinirán todos los prejuicios de nuestro tiempo, y eso se hará a la luz de los descubrimientos en torno a la condición humana obtenidos dentro de cien años, de la misma manera como LAS NAVES DEL TIEMPO se enfrenta y discute los prejuicios de Wells. En ese «libro» de dentro de cien años, las relaciones entre el Viajero del Tiempo, los Morlocks y los Elois serán completamente diferentes ya que el Viajero aprenderá algo nuevo, algo que no podemos ni siquiera ver por estar inmersos en nuestro tiempo, de la misma forma en que Wells, por más que fuera un hombre excepcional, estaba inmerso en su propia época. Cada época piensa en sí misma como la última de las épocas. Pero nunca lo es, siempre hay otra justo tras la esquina esperando para atraparnos. De cualquier forma, el Viajero del Tiempo tardará 200 años en aprender lo que sea que descubrirá en ese «libro» del año 2095. Evidentemente el Viajero es alguien que aprende lentamente pero, ¿no lo somos todos nosotros? La expedición del Viajero a través del tiempo en realmente nuestra propia expedición.

Para finalizar, sólo recordar que Les Edwards es el autor de las ilustraciones que tomamos del original inglés de LAS NAVES DEL TIEMPO*.*
Y, déjenme añadir una nota personal. Aunque ni siquiera Pedro Jorge Romero parece haberse dado cuenta (no me lo ha comentado, todavía...), yo estoy convencido de que Stephen Baxter ha utilizado en la última parte de LAS NAVES DEL TIEMPO *ideas de La física de la inmortalidad, de Frank J. Tipler. Se trata de la versión moderna de la teoría del «Punto Omega», una idea científico especulativa que casi parece de ciencia ficción y que, en palabras del mismo Tipler, «propone la existencia de un Dios omnipotente, omnisciente y omnipresente, el cual en un futuro lejano nos resucitará a todos para que vivamos eternamente en un lugar que, básicamente, coincide en lo fundamental con el Cielo judeocristiano». Ahí es nada. Los interesados encontrarán más detalles en el libro de Tipler, una lectura curiosa y recomendable aun cuando deba hacerse críticamente.*
De momento pasen y disfruten con LAS NAVES DEL TIEMPO*, imaginando tal vez como podría ser esa hipotética continuación escrita en el año 2095 de que nos habla Pedro Jorge Romero.*

MIQUEL BARCELÓ

A mi esposa Sandra y a la memoria de H. G.

Librodot

PRÓLOGO

El viernes después de mi regreso del futuro desperté a primeras horas de la mañana. Había dormido profundamente sin soñar.

Salí de la cama y descorrí las cortinas. El sol realizaba su habitual caminata lenta por el cielo y recordé que, desde el punto de vista acelerado de un viajero del tiempo, el sol parecía moverse a saltos en lo alto. Ahora aparecía insertado en un tiempo denso, como un insecto atrapado en ámbar.

Los ruidos de una mañana de Richmond se arremolinaron alrededor de la ventana: el trote de los caballos, el ruido de la ruedas en el empedrado, los golpes en las puertas. Un tranvía de vapor, expulsando humo y chispas, cruzó torpemente Petersham Road, y los gritos de gaviota de los vendedores ambulantes flotaban en el aire. Sentí que mi mente se alejaba de mis extraordinarias aventuras en el tiempo y se asentaba de nuevo en el mundo común: repasé los artículos del último número de *Pall Mall Gazette*, el mercado de valores, y consideré con anticipación que el correo de la mañana me traería el último número del American *Journal of Science*, que incluiría algunas de mis especulaciones sobre los descubrimientos de A. Michelson y E. Morley, sobre ciertas características de la luz, que habían aparecido en esa misma revista cuatro años antes, en 1887...

¡Y así todo! Los detalles de la vida diaria se agolpaban en mi cabeza, y en contraste los recuerdos de mi aventura en el futuro parecían casi fantásticos, incluso absurdos. Ahora que pienso en ello, me parecía que toda la experiencia tenía algo de alucinación, como un sueño: hubo una sensación de caída, la desorientación de todo lo relacionado con el viaje en el tiempo, y mi última incursión en el mundo dantesco de 802.701. El control de lo ordinario sobre nuestra imaginación es sorprendente. De pie, en pijama, algo de la incertidumbre que finalmente me había asaltado la noche anterior regresó, ¡y comencé a dudar de la misma existencia de la Máquina del Tiempo!, a pesar de tener recuerdos perfectos de los dos años que había pasado inmerso en los detalles de su construcción, sin mencionar las dos décadas anteriores, en las que desarrollé la teoría del viaje en el tiempo a partir de las anomalías que había observado en mis estudios de óptica.

Repasé mentalmente la conversación que había mantenido con mis acompañantes en la cena de la noche anterior -de alguna forma esas escasas horas me resultaban más claras que todos mis días en el mundo del futuro- y recordé sus variadas respuestas a mi relato: todos disfrutaron de una buena narración, y la acompañaron con toques de simpatía o semiburla, según el temperamento de cada individuo. Recordaba un escepticismo casi generalizado. Sólo un buen amigo, al que llamaré en estas páginas el Escritor, parecía escuchar mis divagaciones con cierto grado de comprensión y confianza.

Me estiré frente a la ventana, y mis dudas sobre mis recuerdos se derrumbaron. El dolor de la espalda era muy real, agudo a insistente, así como la sensación de quemadura en los músculos de piernas y brazos: las protestas de los músculos de un hombre ya no joven que habían sido obligados desacostumbradamente a superarse a sí mismos.

«Bien -me dije-, si lo viaje al futuro fue sólo un sueño (todo él, incluyendo aquella terrible noche en que luchaste con los Morlocks en el bosque), ¿de dónde han salido estos dolores y achaques? ¿Has correteado por el jardín, quizás, en un rapto de locura inspirado por la Luna?»

Y allí, amontonadas sin cuidado en una esquina de la habitación, vi las ropas: las que había destrozado en mi viaje al futuro, y que ahora sólo servían como trapos. Podía ver las manchas de hierba y las quemaduras; los bolsillos estaban rotos, y recordé que Weena había usado las carteritas como vasos improvisados para cargar con las descoloridas flores del futuro, antes de que la abandonase para sufrir una suerte inimaginable. Sobre la alfombra estaban los restos sucios y manchados de sangre de mis calcetines.

En cierta forma fueron esos calcetines -¡esos cómicos calcetines!- los que con su ruda existencia me convencieron, más que nada, de que no había enloquecido: que mi viaje al futuro no había sido un sueño.

Vi con claridad que debía viajar de nuevo en el tiempo; debía reunir pruebas de que el futuro era tan real como el Richmond de 1891, para convencer a mi círculo de amigos y a mis colegas de empresas científicas, y para eliminar hasta la última de mis dudas.
Y mientras adoptaba esa decisión, vi de pronto el dulce y vacío rostro de Weena, con tanta claridad como si ella misma estuviese frente a mí. La tristeza y una punzada de culpa por mi impetuosidad me rompieron el corazón. Weena, la mujer niña Eloi, me había seguido hasta el Palacio de Porcelana Verde a través de lo más profundo del bosque del distante valle del Támesis del futuro, y la había perdido en la confusión del incendio siguiente y el ataque de los Morlocks. Siempre he sido un hombre que ha actuado primero y luego ha dejado que su mente racional evaluase la situación. Durante mi vida de soltería, esa tendencia nunca había puesto a nadie en una situación realmente peligrosa más que a mí mismo, pero ahora, en mi insensata huida, había abandonado a la pobre y confiada Weena a una muerte terrible en las sombras de la Noche Negra de los Morlocks.
Tenía las manos manchadas de sangre, y no sólo de los fluidos de aquellos sucios y degradados subhombres: los Morlocks. Decidí compensar, como pudiese, el abominable trato que había dispensado a la pobre y confiada Weena.
Hice que Mrs. Watchets me preparase el baño, y me sumergí en él. A pesar de mis prisas, me tome tiempo para mimar mis pobres y maltratados huesos; observé con interés las ampollas y rasguños de los pies y las pequeñas quemaduras que había sufrido en las manos.
Me vestí con rapidez. Mrs. Watchets me preparó el desayuno. Disfruté con entusiasmo de los huevos, los champiñones y los tomates, pero el beicon y las salchichas no me agradaron; cuando mordí la carne, el jugo, salado y aceitoso, me asqueó.
¡No podía evitar recordar a los Morlocks, y la carne que les había visto consumir en sus repugnantes comidas! Mis experiencias no habían reducido el placer del cordero en la cena de la noche anterior, recordé, pero en aquella ocasión mi hambre había sido mucho mayor. ¿Podría ser que ciertos traumas a inquietudes, producto de mis desventuras, estuviesen haciendo su efecto en mi mente?
Aun así, mi costumbre es tomar un desayuno completo; creo que una buena dosis de peptona en las arterias en las primeras horas del día es vital para el correcto funcionamiento de la vigorosa máquina humana. Y hoy podría ser el día más duro de toda mi vida. Por tanto, dejé de lado mis preocupaciones y acabé mi plato, masticando el beicon con determinación.
Una vez terminado el desayuno, me vestí con un práctico traje de verano. Creo haber dicho a mis acompañantes de la noche anterior que era evidente en el viaje en el tiempo que el invierno había desaparecido del mundo. de 802.701-ya fuese por evolución natural, planificación geogénica o por un cambio en el propio Sol, no lo sabía-, por lo que no necesitaba de abrigos o bufandas en el futuro. Me cubrí con un sombrero, para evitar que el sol del futuro alcanzase mi frente pálida inglesa, y calcé mi par de botas más resistentes.
Cogí una mochila y recorrí la casa revolviendo armarios y cajones en busca del equipo que pudiera serme útil en mi segundo viaje al futuro, ¡para alarma de la pobre y paciente Mrs. Watchets, que sin duda hacía ya tiempo que había relegado mi cordura al reino de lo mitológico! Como suele pasar, me moría por partir, pero también estaba decidido a no ser tan impetuoso como la primera vez, cuando había recorrido ocho mil siglos sin más protección que un par de zapatos y una caja de cerillas.
Llené la mochila con todas las cerillas que pude encontrar en la casa, y de hecho envié a Hillyer al estanco a comprar más cajas. Empaqueté alcanfor, velas y, por instinto, un trozo de guita, en caso de que tuviese que fabricarme mis propias velas (no tenía ni idea de cómo hacer tal cosa, pero bajo la luz brillante de aquella mañana optimista no dudaba de mi capacidad para improvisar).
Cogí alcohol, bálsamo, pastillas de quinina y vendas. No tenía pistola; y dudo que la hubiese cogido de haberla tenido porque ¿de qué sirve una pistola cuando se te acaba la munición?, pero me metí la navaja en el bolsillo. Tomé también varias herramientas: un destornillador, llaves de varios tamaños y una pequeña sierra con hojas de repuesto,'así como tornillos, trozos

de níquel y cobre y barras de cuarzo. Estaba decidido a que ningún accidente tonto de la Máquina del Tiempo me dejase varado en un futuro inconexo por falta de un poco de cobre o una barra de cuarzo: a pesar de mis breves planes de construir una nueva Máquina del Tiempo cuando los Morlocks robaron la original en 802.701, no había visto en el mundo superior ninguna prueba de que pudiese encontrar materiales ni para reparar un tornillo. Por supuesto, los Morlocks habían conservado algunas habilidades mecánicas, pero no me apetecía la perspectiva de verme obligado a negociar con aquellos pálidos gusanos por un par de pernos.

Encontré la Kodak, y desenterré el flash. La cámara estaba cargada con un rollo de cien negativos. Recordé lo cara que me había parecido cuando la compré (no menos de veinticinco dólares, adquirida en un viaje a Nueva York), pero si volvía con imágenes del futuro cada uno de los negativos, de cinco centímetros, valdría más que la más hermosa de las pinturas.

Finalmente, me pregunté: ¿estoy preparado? Pedí consejo a la pobre Mrs. Watchets, aunque no le revelé, por supuesto, adónde pretendía viajar. La buena mujer (impasible, honrada, normal, y sin embargo de corazón fiel a imperturbable) echó un vistazo al interior de la mochila, llena a reventar, y alzó una formidable ceja. Luego fue a mi laboratorio y volvió con ropa interior y calcetines limpios, y -¡la hubiese besado!- mi pipa, limpiadores y un bote de tabaco.

De esta forma, con mi combinación normal de febril impaciencia e inteligencia superficial -y con infinita confianza en la buena voluntad y sentido común de los demás- me preparé para viajar en el tiempo.

Con la mochila bajo un brazo y la Kodak bajo el otro, me dirigí al laboratorio, donde me esperaba la Máquina del Tiempo. Cuando llegué al salón, me sorprendí al encontrarme con un visitante: uno de mis invitados de la noche anterior, y quizá mi amigo más íntimo; se trataba del Escritor del que ya he hablado. Estaba de pie en el centro de la habitación, embutido en un traje que le sentaba mal, con el nudo de la corbata tan mal hecho como era posible y con las manos colgando torpemente. De nuevo recordé que, del círculo de amigos y conocidos a quienes había reunido para que fuesen los primeros testigos de mis descubrimientos, ese honrado joven fue el que escuchó con mayor interés, con un silencio lleno de simpatía y fascinación.

Me sentí extrañamente feliz al verlo, y agradecido de que hubiese venido; de que no me hubiese considerado un excéntrico, como otros, después de mi actuación la noche anterior. Me reí y, cargado como estaba con la mochila y la cámara, le tendí un codo; cogió la articulación y la agitó solemnemente.

-Estoy muy ocupado con eso de ahí -señalé.

Me miró con atención; en sus ojos azules me pareció descubrir una decidida voluntad de creerme.

-¿No es un engaño? ¿Realmente puede viajar en el tiempo?

-Así es -dije, sosteniendo su mirada todo lo que pude, porque quería que confiara en mí.

Era un hombre bajo y rechoncho, le temblaba el labio inferior, su frente era ancha, tenía patillas finas y orejas feas. Era joven, de unos veinticinco años, creo, dos décadas menor que yo. Aun así, su pelo desmadejado ya raleaba: Caminaba a saltos y demostraba energía, pero parecía siempre enfermo: sabía que sufría de hemorragias; de vez en cuando, debido a un golpe en los riñones que recibió en un partido de fútbol cuando trabajaba como profesor en una escuela galesa olvidada de Dios. Aquel día, sus ojos azules, aunque cansados, estaban llenos de su habitual inteligencia y preocupación por mí.

Mi amigo trabajaba como profesor (en aquella época, para alumnos por correspondencia); pero era un soñador. En nuestras agradables cenas de los jueves por la noche en Richmond, nos ilustraba con sus especulaciones sobre el pasado y el futuro, y compartía con nosotros sus ultimas reflexiones sobre el análisis terrible y ateo de Darwin. Soñaba con el perfeccionamiento de la especie humana. Era justo la persona que desearía de todo corazón que mis relatos de viajes en el tiempo fuesen ciertos.

Lo llamo «Escritor» por cortesía, supongo, ya que por lo que sabía sólo había publicado extrañas especulaciones en revistas universitarias y similares; pero no tenía dudas de que su cerebro vivaz se abriría algún hueco en el mundo de las letras y, mejor aún, él tampoco lo dudaba.
Aunque deseaba partir, me detuve un momento. Quizás el Escritor pudiese ser testigo de mi nuevo viaje. De hecho, podría ser que ya estuviese planeando relatar mi primera aventura para publicarla de alguna forma.
Bien, tenía mi bendición.
-Sólo necesito media hora -dije, calculando que podría volver a ese preciso tiempo y lugar simplemente accionando las palancas de mi máquina, sin que importase el tiempo que decidiese pasar en el futuro o en el pasado-. Sé por qué ha venido y es muy amable por su parte. Aquí tiene algunas revistas. Si espera al almuerzo, le daré pruebas del viaje en el tiempo, con especimenes y todo. Pero ahora debo dejarle.
Asintió. Le saludé y, sin más preámbulos, recorrí el pasillo hasta mi laboratorio.
Así me despedí del mundo de 1891. Nunca he sido hombre de profundas ataduras, y no me gustan las despedidas exageradas; pero si hubiese sabido que nunca volvería a ver al Escritor (al menos, no en carne y hueso) creo que hubiese sido más ceremonioso.
Entré en el laboratorio. Tenía el aspecto de un taller. Había un torno de vapor colgado del techo, con él se accionaban varias maquinas por medio de cinturones de cuero; y fijados a bancos por el suelo había tornos más pequeños, una trituradora, prensas, equipos de soldadura de acetileno, tornillos y demás. Piezas de metal y pianos dormían en los bancos, y los frutos abandonados de mi trabajo yacían en el polvo del suelo, ya que por naturaleza no soy un hombre ordenado; por ejemplo, en el suelo encontré la barra de níquel que me había retrasado en mi primer viaje al futuro: una barra que había resultado ser una pulgada demasiado corta y que tuve que rehacer.
Reflexioné que había pasado casi dos décadas de mi vida en esa habitación. El lugar era un invernadero rehabilitado que daba al jardín. Había sido construido sobre una estructura de hierro pintado de blanco, y una vez tuvo una vista decente al río; pero hacía ya tiempo que había cubierto las ventanas, para asegurarme una luz constante y para protegerme de la curiosidad de mis vecinos. Los diversos aparatos y herramientas se entreveían en la oscuridad, y ahora me recordaban las enormes máquinas que había vislumbrado en las cavernas de los Morlocks. ¡Me pregunté si yo mismo no tendría algo de Morlock! Cuando volviese, decidí, quitaría los paneles y volvería a poner vidrios, para convertirlo así en un lugar de luz Eloi en lugar de tinieblas Morlock.
Entonces me dirigí a la Máquina del Tiempo.
La forma inmensa y torcida se encontraba en la parte noroeste del taller, donde, ochocientos milenios en el futuro, los Morlocks la habían arrastrado, en su empeño por atraparme en el interior del pedestal de la Esfinge Blanca. Arrastré la máquina de nuevo a la esquina sudoeste del laboratorio, donde la había construido. Cuando lo hube logrado, me incliné y en la oscuridad localicé los cuatro indicadores cronométricos que median el paso de la máquina a través del conjunto fijo de días de la historia; por supuesto, las agujas marcaban todas cero, ya que la máquina había regresado a su propio tiempo. Además de la fila de indicadores, había dos palancas que guiaban a la bestia: una para el futuro y otra para el pasado.
Me adelanté y empujé impulsivamente la palanca del futuro. La rechoncha masa de metal y marfil tembló como si estuviese viva. Sonreí. ¡La máquina me recordaba que ya no pertenecía a este mundo, a este Espacio y Tiempo! Única entre todos los objetos del universo, exceptuando aquellos que había llevado conmigo, esa máquina era ocho días más vieja que su mundo: había pasado una semana en la era de los Morlocks, pero había vuelto el mismo día de la partida.
Dejé la mochila y la cámara en el suelo del laboratorio, y colgué el sombrero en la puerta. Como recordaba que los Morlocks habían jugueteado con la máquina, me dediqué a repasarla. No me preocupé en limpiar las manchas marrones y los trozos de hierba y moho que todavía

se adherían a los carriles de la máquina; nunca me ha preocupado el aspecto exterior. Pero uno de los carriles estaba doblado; lo enderecé, comprobé los tornillos y engrasé las barras de cuarzo.

Mientras trabajaba, recordé el pánico vergonzoso que experimenté al descubrir que había perdido la máquina a manos de los Morlocks, y sentí un súbito afecto por la cosa. La máquina era una caja abierta de níquel, cobre y cuarzo, ébano y marfil, bastante elaborada (quizá como los mecanismos internos de un reloj de iglesia) y con un asiento de bicicleta incongruentemente colocado en medio. Cuarzo y cristal de roca, bañados en plattnerita, brillaban en la estructura, dando al conjunto un cierto aspecto irreal y raro.

Por supuesto, nada de eso hubiese sido posible sin las propiedades de la extraña sustancia denominada plattnerita. Recuerdo la noche en que llegó por casualidad a mis manos una muestra de ese material: dos décadas atrás, un desconocido había llamado a mi puerta y me la había dado. «Plattner», la llamó. Era un tipo corpulento, varios años mayor que yo, con una extraña y amplia cabeza gris, a iba vestido con colores de selva. Me dio instrucciones para estudiar la potente sustancia que me había entregado en un frasco de medicamento. Bien, aquello había permanecido sin investigar en un estante durante más de un año, mientras me dedicaba a hacer progresos en trabajos más importantes. Pero finalmente, una tarde aburrida de domingo, cogí el frasco...

¡Y lo que descubrí, finalmente, me había llevado a eso!

Era la plattnerita, sumergida en barras de cuarzo, lo que impulsaba la Máquina del Tiempo, y hacía posible sus hazañas. Pero me halaga pensar que fue necesaria mi particular combinación de análisis e imaginación para descubrir y explotar las propiedades de esa sustancia sorprendente, en una situación en la que hombres menos capacitados hubiesen fracasado.

Había vacilado a la hora de publicar mis trabajos, ya que se trataba de un campo extravagante, sin verificación experimental. Me prometí a mí mismo que en cuanto volviese, con especimenes y fotografías, redactaría mis estudios para *Philosophical Transactions*; sería un famoso complemento a los diecisiete artículos sobre la física de la luz que ya había publicado allí. Sería divertido, se me ocurrió, ponerle un título anodino como «Algunas especulaciones sobre las anómalas propiedades cronológicas del mineral plattnerita», y enterrar en medio la revelación impactante de la existencia del viaje en el tiempo.

Finalmente acabé. Me volví a poner el sombrero sobre los ojos, recogí la mochila y la cámara y las coloqué bajo el asiento. Luego, sin pensarlo, fui a la chimenea del laboratorio y cogí el atizador. Sopesé su masa (¡pensaba que podría serme útil!) y lo coloqué en la estructura de la máquina.

Me senté en el asiento, y apoyé la mano en la palanca blanca. La máquina tembló como el animal del tiempo en el que se había convertido.

Miré el laboratorio, su realidad terrena, y me sorprendió hasta qué punto estábamos ambos fuera de lugar, yo con mi ropa de explorador aficionado y la máquina por su aspecto extraterreno y por las manchas y rasguños del futuro, aunque los dos éramos, en cierta forma, hijos de ese lugar. Sentí la tentación de quedarme un poco más rezagado. ¿Qué daño podía hacer el pasar otro día, semana o año allí, inmerso en mi cómodo siglo? Podría recuperar fuerzas -y curar mis heridas. ¿Estaba precipitándome una vez más en aquella nueva aventura?

Oí pasos en el corredor de la casa y vi que accionaban el picaporte. Debía de ser el Escritor que entraba en el laboratorio.

De pronto, tomé la decisión. Mi valor no crecería con el paso del tiempo aburrido y moroso del siglo XIX; y además, ya había dicho todos los adioses que me preocupaban.

Empujé la palanca hasta el fondo. Tuve la extraña sensación de girar que se produce en los primeros instantes del viaje en el tiempo, y luego vino la sensación de caer de cabeza. Creo que solté una exclamación al experimentar de nuevo esa incómoda sensación. Me pareció oír un golpe de vidrio: quizás una ventana del techo que había estallado por el desplazamiento del aire. Y, durante un breve fragmento de segundo, le vi en el quicio de la puerta: el Escritor, una figura fantasmal a indefinida, con una mano alzada hacia mí: ¡atrapado en el tiempo!

Pero desapareció, barrido a la invisibilidad por mi viaje. Las paredes del laboratorio se volvieron nebulosas a mi alrededor, y una vez más las inmensas alas de la noche y el día se agitaron alrededor de mi cabeza.

LIBRO UNO
La Noche Negra

Librodot

1

EL VIAJE EN EL TIEMPO

Hay tres dimensiones espaciales por las que el hombre puede vagar libremente. El Tiempo no es sino una cuarta dimensión: idéntica a las otras en sus principales características, excepto por el hecho de que nuestra conciencia se ve obligada a viajar por ella a un paso fijo, como la punta de mi pluma sobre esta página.

Si -ésas eran mis especulaciones en el curso de mis estudios sobre las peculiares propiedades de la luz- uno pudiese girar las cuatro dimensiones de Espacio y Tiempo -convirtiendo la longitud en duración, por así decirlo- ¡entonces podríamos recorrer los pasillos del tiempo con la misma facilidad con la que cogemos un taxi a West End!

La plattnerita introducida en la sustancia de la Máquina del Tiempo era la clave de esa operación; la plattnerita permitía a la máquina girar, de forma poco usual, a una nueva configuración de la estructura del Espacio y el Tiempo. De esta forma, los espectadores que observasen la partida de la Máquina del Tiempo -como el Escritor- verían que la máquina giraba vertiginosamente antes de desvanecerse en la historia; asimismo, el conductor -yo- inevitablemente sufría mareos, producidos por la fuerza centrífuga y de Coriolis, que te hacían sentir como si te salieses de la máquina.

Por todas esas razones, el giro inducido por la plattnerita era de un tipo diferente al de una peonza, o al de la lenta revolución de la Tierra. La sensación de girar se contradecía por completo, desde el punto de vista del conductor, con la impresión de estar quieto sobre el asiento, a medida que el tiempo dejaba atrás la máquina*, porque se trataba de una rotación del Espacio y el Tiempo en sí mismos*.

A medida que las noches sucedían a los días, la forma nebulosa del laboratorio desapareció y me encontré en espacio abierto. Una vez más recorría el periodo del futuro en el que, suponía, el laboratorio había sido derribado. El Sol volaba por el cielo como una bala de cañón, múltiples días condensados en un minuto, iluminando un pálido y esquelético andamio a mi alrededor. El andamio desapareció pronto, dejándome al descubierto al lado de la colina.

Mi velocidad en el tiempo se incrementó. El parpadeo de noches y días se combinó en un azul profundo, y pude ver la Luna, girando en sus fases como la peonza de un niño. Y a medida que viajaba más rápido, la bola de cañón del Sol se transformó en un arco de luz, un arco que se elevaba y cruzaba todo el cielo. A mi alrededor, el clima oscilaba, y las ráfagas de nieve invernal y verde primaveral marcaban las estaciones. Finalmente, ya acelerado, penetré en una nueva quietud tranquila en la que los ritmos anuales de la Tierra misma -el Paso del anillo solar por sus solsticios- latían como un corazón sobre el paisaje.

No estoy seguro de si dejé claro, en mi primer relato, el silencio en que uno se ve envuelto cuando viaja en el tiempo. El canto de los pájaros, el traqueteo del tráfico en el pavimento, el tictac de los relojes -incluso el respirar suave de la propia casa- forman todos juntos un tapiz invisible en nuestras vidas. Pero, apartado del tiempo, sólo me acompañaban el sonido de mi propia respiración y el suave ruido, como el de una bicicleta, de la Máquina del Tiempo bajo mi peso. Tenía una increíble sensación de aislamiento, parecía como si hubiese penetrado en un nuevo universo mudo a través de cuyas paredes fuese visible nuestro mundo como por una ventana, pero en este nuevo universo yo era la única cosa viva. Una gran confusión se apoderó de mí, y se alió con la sensación vertiginosa de caída que acompaña el viaje al futuro, para provocarme náuseas y depresión.

Sin embargo, el silencio quedó roto: un murmullo pesado, sin fuente aparente, parecía llenar mis oídos como el ruido de un río inmenso. Ya lo había notado en mi primer viaje: no estaba seguro de la causa, pero parecía ser el resultado de mi paso indecoroso a través del majestuoso devenir del tiempo.

Cuán equivocado estaba, como sucedía a menudo con mis hipótesis apresuradas.
Estudié los cuatro indicadores cronométricos; golpeé con la uña cada uno de ellos para asegurarme de que funcionaban. La manecilla del segundo indicador, que medía miles de días, había comenzado a desplazarse de la posición de reposo.
Esos indicadores -sirvientes mudos y fieles- habían sido adaptados de medidores de presión de vapor. Funcionaban midiendo la presión en la barras de cuarzo tratadas con plattnerita, una tensión que era producida por el efecto de rotación del viaje en el tiempo. Los indicadores contaban *días* -¡no años, o meses, o años bisiestos, o fiestas de guardar!- por decisión de diseño.
Tan pronto como comencé a investigar en los aspectos prácticos del viaje en el tiempo, y en particular en la necesidad de medir la posición de la máquina en él, empleé bastante esfuerzo en intentar producir un medidor cronométrico capaz de mostrar una medida normal: siglos, años, meses y días. ¡Pronto me di cuenta de que probablemente invertiría más tiempo en ese proyecto que en el resto de la Máquina del Tiempo!
Me volví bastante intolerante con las peculiaridades de nuestro ya viejo calendario, que había sido el resultado de una historia de ajustes inadecuados: intentos de fijar la recolección y el invierno que se remontaban a los comienzos de la sociedad organizada. Nuestro calendario es un absurdo histórico, sin ser siquiera preciso, al menos no en la escala cosmológica que pretendía desafiar.
Escribí cartas furibundas a *The Times* proponiendo reformas que nos permitiesen funcionar con precisión y sin ambigüedades en una escala de tiempo que fuese útil en algo a un científico moderno. Para empezar, dije, desechemos esos absurdos años bisiestos. El año tiene cerca de trescientos sesenta y cinco días y cuarto; y ese cuarto accidental es el que produce esa estupidez de ajuste con años bisiestos. Propuse dos esquemas alternativos, ambos capaces de eliminar ese absurdo. Podríamos tomar el *día* como unidad básica, y crear meses y años regulares con múltiplos de días: imaginen un año de trescientos días compuesto de diez meses de treinta días cada uno. Por supuesto, el ciclo de la estaciones se desplazaría a lo largo del año, pero -en una civilización tan avanzada como la nuestra- eso no produciría demasiados problemas. El Observatorio de Greenwich, por ejemplo, podía publicar diarios cada año con las diversas posiciones solares -los equinoccios y demás- de la misma forma que, en 1891, todos los periódicos imprimen las fiestas de la Iglesia Cristiana.
Por otra parte, si *el ciclo de las estaciones* se considera unidad fundamental, entonces deberíamos inventar un Nuevo Día que fuese una fracción exacta -digamos una centésima- de un año. Eso significaría que nuestro periodo de oscuridad y luz, de sueño y vigilia, caería en momentos diferentes cada Nuevo Día. Pero ¿y qué? Argumentaba que ya muchas ciudades modernas operan las veinticuatro horas. Y por lo que se refiere al lado humano, bastaría con llevar un diario; con la ayuda de registros adecuados uno podría planear sus momentos de sueño y vigilia con unos Nuevos Días de antelación.
Finalmente propuse que deberíamos mirar hacia delante, cuando la conciencia del hombre se liberase de su foco decimonónico en el aquí-y-ahora, y considerásemos cómo podrían ser las cosas cuando nuestro pensamiento se ocupara de decenas de milenios. Imaginaba un nuevo Calendario Cosmológico, basado en la precesión de los equinoccios -la inclinación lenta del eje de nuestro planeta bajo la influencia gravitatoria del Sol y la Luna-, un ciclo que tarda veinte milenios en completarse. Con un Gran Año de ese tipo podríamos medir nuestro destino en términos precisos y sin ambigüedades, por ahora y para siempre.
Rectificaciones de ese tipo, decía, tendrían un valor simbólico más importante que el práctico: sería la forma perfecta de celebrar la llegada del nuevo siglo, ya que serviría para anunciar a todos los hombres que una nueva Era de Pensamiento Científico había comenzado.
No tengo que decir que mis contribuciones fueron ignoradas, si exceptuamos una respuesta obscena, que decidí ignorar, en una sección de la prensa popular.
De cualquier forma, después de eso abandoné todo intento de construir medidores cronométricos sujetos al calendario, y opté por contar simplemente los días. Siempre he sido

bueno con los números, y no me era difícil convertir mentalmente el recuento de días a años. En mi primera expedición, había viajado al día 292.495.934, que -ajustando los años bisiestos- resultaba ser el año 802.701 después de Cristo. Nuevamente debía viajar por tanto hasta que los indicadores señalasen el día 292.495.940: ¡el día exacto en que había perdido a Weena, y gran parte de mi autoestima, entre la llamas del bosque!

Mi casa había estado situada en una hilera de terrazas situada en Petersham Road, la parte bajo Hill Rise, por encima del río. Me encontré, una vez que la casa había sido derribada, a la intemperie a un lado de la colina. El rellano de Richmond Hill se levantaba a mis espaldas; una masa incrustada en el tiempo geológico. Los árboles florecían y se convertían en tocones en cuanto sus vidas de siglos transcurrían en unos pocos latidos de mi corazón. El Támesis se había convertido en un cinturón de luz argentina, suavizado por mi paso a través del tiempo, y labrábase un nuevo cauce: parecía retorcerse por el paisaje como un gusano inmenso y paciente. Nuevas edificaciones se elevaban impetuosas: algunas incluso estallaban a mi alrededor, allí donde se había levantado mi casa. Aquellos edificios me sorprendieron por sus dimensiones y gracia. El puente de Richmond de mis días había desaparecido hacía tiempo, pero vi un nuevo arco, quizá de una milla de longitud, que formaba un lazo, sin ningún soporte, en el aire y a través del Támesis; y había torres disparadas al cielo inconstante, soportando masas inmensas en sus gargantas esbeltas. Consideré la idea de utilizar la Kodak a intentar fotografiar aquellos fantasmas, pero sabía que los espectros carecían de luz suficiente, difuminados como estaban por el viaje en el tiempo. Las tecnologías arquitectónicas que allí vi me parecían tan alejadas de las posibilidades del siglo diecinueve como remota era una catedral gótica para los romanos o los griegos. Con seguridad, supuse, en ese futuro el hombre habría ganado algo de libertad frente al inexorable tirón de la gravedad; ¿de qué otra forma podrían haberse elevado esas formas contra el cielo?

Pero no tardó el gran arco del Támesis en mancharse de marrón y verde, los colores de la vida destructiva a irreverente, y -en lo que me pareció un parpadeo- el arco se desplomó por su centro, convirtiéndose en dos troncos a cada orilla. Como toda obra humana, comprendí, incluso aquellas estructuras colosales eran quimeras pasajeras, destinadas a la caducidad frente a la paciencia inmemorial de la tierra.

Me sentí extrañamente ajeno al mundo, un distanciamiento producido por el viaje en el tiempo. Recordé la curiosidad y la emoción que sentí al penetrar por primera vez por entre esos sueños de arquitecturas futuras; recordé mi breve y febril especulación a propósito de los logros de aquella futura raza de hombres. Esta vez sabía la verdad; sabía que a pesar de esos logros increíbles, la humanidad caería inevitablemente, bajo la presión inexorable de la evolución, en la decadencia y la degradación de Elois y Morlocks.

Me di cuenta de lo ignorantes que somos, o nos hacemos, las personas con el paso del tiempo. ¡Cuán breves son nuestras vidas!, y qué pequeños son los males que nos afligen cuando los vemos con la perspectiva del curso de la historia. Somos menos que moscas, desamparados frente a las fuerzas inmisericordes de la geología y la evolución; unas fuerzas que se mueven imparables, pero con tal lentitud que, día a día, no somos conscientes de su existencia.

2

UNA NUEVA VISION

Pronto pasé la época de las grandes edificaciones. Nuevas casas y mansiones, menos ambiciosas pero todavía enormes, hicieron acto de presencia a mi alrededor, cubriendo por completo el valle del Támesis, y adquirieron una cierta opacidad, que es, a ojos de un viajero en el tiempo, el resultado de la longevidad. El arco del Sol, que se inclinaba en el cielo azul

oscuro entre los solsticios, pareció hacerse más brillante, y una afluencia verde cubrió Richmond Hill y tomó posesión de la tierra, desterrando los marrones y blancos del invierno. Una vez más, había penetrado en la era en que el clima de la Tierra había sido ajustado en favor de la Humanidad.

Miré el paisaje reducido a la inmovilidad por mi velocidad; sólo los fenómenos de más larga vida persistían en el tiempo lo suficiente para ser registrados por los ojos. No vi ni gentes, ni animales, ni siquiera el paso de una nube. Quedé suspendido en una quietud misteriosa. Si no hubiese sido por la banda oscilante del Sol, y el profundo y sobrenatural azul del cielo, habría tenido la impresión de encontrarme sentado a solas en un parque una tarde de otoño.

Según mis indicadores, había recorrido algo menos que un tercio del viaje (aunque ya habían transcurrido un cuarto de millón de años desde mi propia época), y aun así la era en que el hombre construía sobre la tierra ya había acabado. El planeta se había transformado en el jardín en el que las gentes que se convertirían en Elois vivirían sus vidas fútiles e insignificantes; y ya, estaba seguro, los proto-Morlocks debían haber sido aprisionados bajo tierra, y debían estar ya construyendo sus inmensas cavernas llenas de máquinas. Pocas cosas cambiarían en el próximo medio millón de años que me quedaba por atravesar, sólo la posterior degradación de la humanidad, y la identidad de las víctimas en el millón de pequeñas tragedias que a partir de ese momento sería la condición humana...

Pero observé, al dejar esas mórbidas elucubraciones, que había un cambio que lentamente se manifestaba en el paisaje. Me sentí trastornado, en el acostumbrado balanceo de la Máquina del Tiempo. Algo había cambiado, quizás algo en la luz.

Desde mi asiento contemplé los árboles fantasma, la llanura plana de Petersham y los recodos del paciente Támesis.

Entonces levanté la cabeza hacia los cielos difuminados por el tiempo, y finalmente comprendí que *la banda del Sol estaba quieta*. La Tierra todavía giraba sobre su eje con la suficiente rapidez como para manchar el movimiento de nuestra estrella sobre los cielos, y para convertir las estrellas en invisibles, pero la banda de luz ya no cabeceaba entre los solsticios: se había quedado quieta a inmutable, como hecha de cemento. Rápidamente me volvieron la náusea y el vértigo. Me tuve que agarrar con fuerza a los carriles de la máquina, y tragué, luchando por controlar mi cuerpo.

¡Me es difícil explicar el impacto que aquel único cambio del paisaje tuvo en mí! Primero, me conmocionó la audacia de la ingeniería necesaria para eliminar el ciclo de las estaciones. Las estaciones de la Tierra son el producto de la inclinación del eje del planeta con respecto al plano de su órbita alrededor del Sol. Parecía que ya nunca más habría estaciones sobre la Tierra. Y eso sólo podía significar -me di cuenta instantáneamente- *que habían corregido la inclinación del eje del planeta*.

Intenté imaginar cómo podría haberse logrado tal cosa. ¿Qué grandes máquinas se habían instalado en los polos? ¿Qué medidas se habían tomado para garantizar que la Tierra no saliese disparada durante el proceso? Quizás, especulé, habían empleado algún dispositivo magnético de gran tamaño, con el que habían manipulado el núcleo fundido y magnético del planeta.

Pero no fue sólo la magnitud de esa ingeniería planetaria lo que me conmocionó: más aterrador era el hecho de que *no había apreciado la regularización de las estaciones en mi primer viaje en el tiempo*. ¿Cómo era posible que no hubiese visto un cambio tan inmenso y profundo? Después de todo, soy un científico: mi oficio es la observación.

Me froté la cara y miré la banda solar que colgaba del cielo, como desafiándome a creer en su falta de movimiento. Su brillo hería mis ojos; y parecía hacerse cada vez más brillante. Primero supuse que era mi imaginación o un defecto en mis ojos. Agaché la cabeza, deslumbrado, me sequé las lágrimas con la manga y parpadeé para librarme de las manchas de luz.

No soy un hombre primitivo, ni un cobarde, pero sentado allí ante la prueba de los logros extraordinarios de los hombres del futuro, me sentí como un salvaje que se pintase su

desnudez y llevase huesos en el pelo, acobardado ante los dioses del esplendoroso cielo. Temí en lo más profundo de mi ser por mi cordura; y aun así intenté creer que, de alguna forma, no había notado aquel increíble fenómeno astronómico durante mi primer paso por esos años. Porque la única hipótesis alternativa me aterraba hasta lo más profundo de mi alma: no me había equivocado durante mi primer viaje; aquella vez no había habido regulación del eje de la Tierra; *el curso de la historia había cambiado*.

La forma semieterna de la colina no se había transformado -la morfología de la antigua tierra no se veía afectada por la evolución de la luz en los cielos-, pero pude ver que el manto de verdor que la había cubierto retrocedía, bajo el brillo constante del sol.

Noté un lejano parpadeo sobre la cabeza, y miré hacia arriba protegiéndome con una mano. El parpadeo provenía de la banda solar, o lo que había sido la banda solar, porque una vez más podía distinguir la trayectoria del Sol en forma de bola de cañón a través del cielo en su ciclo diurno; ya su velocidad no era tan rápida para que no pudiese seguirlo, y el cambio de la noche al día producía el parpadeo.

Al principio pensé que la máquina había desacelerado. Pero cuando miré los indicadores, vi que las manecillas se movían por las esferas con la misma velocidad de antes.

La uniformidad perlada de la luz se disolvió, y la alternancia de noche y día quedó en evidencia. El Sol se movía por el cielo, reduciendo su velocidad con cada trayectoria, caliente, brillante y amarillo; y pronto me di cuenta de que la estrella empleaba muchos siglos en completar una revolución por el cielo de la Tierra.

Finalmente, el Sol se detuvo por completo; se paró en el horizonte occidental, ardiente, inmisericorde a inalterado. La rotación de la Tierra se había detenido; ¡y ahora giraba con una cara perpetuamente hacia el Sol!

Los científicos del siglo diecinueve habían predicho que finalmente las fuerzas de marea del Sol y la Luna harían que la rotación de la Tierra se ajustase al Sol, de la misma forma que la Luna se veía obligada a presentar siempre la misma cara a la Tierra. Ya había sido testigo de ese fenómeno en mi primer viaje al futuro: pero era algo que no ocurriría hasta pasados muchos millones de años. Y sin embargo, ¡a poco más de medio millón de años en el futuro me encontraba con una Tierra quieta!

Comprendí que había visto de nuevo la mano del hombre en acción: dedos que descendían de los de los monos se habían extendido por los siglos con la fuerza de los dioses. El hombre no se había conformado sólo con enderezar su mundo, sino que también había reducido el giro mismo de la Tierra, eliminando así para siempre el viejo ciclo del día y la noche.

Miré el nuevo desierto de Inglaterra. La hierba había desaparecido por completo, y sólo quedaba expuesto un barro seco. Aquí y allá vi parpadeos de algún arbusto resistente -de forma similar a un olivo que intentaba sobrevivir bajo el sol implacable. El poderoso Támesis, que se había desplazado como una mina en su lecho, se encogió entre sus orillas hasta que ya no pude ver el brillo de sus aguas. No sentía que esos últimos cambios hubiesen mejorado el lugar: al menos el mundo de Morlocks y Elois había mantenido el carácter esencial de la campiña inglesa, con mucho verde y mucha agua; el efecto, reflexiono ahora, debía ser similar al de remolcar las Islas Británicas al trópico.

Imaginen al pobre mundo, con una cara vuelta siempre hacia el Sol, y la otra alejada de él. En el ecuador, en el centro del lado diurno, debía de hacer calor suficiente como para hervir las carnes de un hombre sobre los huesos. Y el aire debía de estar huyendo del lado supercalentado, con vientos huracanados, hacia el hemisferio más frío, para quedar allí congelado formando una nieve de oxígeno y nitrógeno sobre los océanos helados. Si en ese momento hubiese detenido la máquina, quizás esos grandes vientos me hubiesen arrastrado, ¡como el último suspiro de los pulmones del planeta! El proceso sólo acabaría cuando el lado diurno estuviese seco y al vacío, desprovisto de vida; y el lado oscuro quedase cubierto por una costra de aire congelado.

También comprendí con creciente terror que ¡no podía volver a mi época! Para volver debía detener la máquina, y si lo hacía me encontraría en un mundo sin aire, ardiente, tan estéril

como la superficie de la Luna. ¿Pero me atrevería a continuar, hacia un futuro incierto, y esperar encontrar en las profundidades del tiempo un mundo habitable?
Ya sabía con seguridad que algo había fallado en mis percepciones, o recuerdos, de mi viaje en el tiempo. Si me era apenas creíble que durante el primer viaje pudiese haber pasado por alto la desaparición de las estaciones -aunque no lo creía-, me resultaba inconcebible que no hubiese notado el cambio en el giro de la Tierra.
No había ninguna duda: *viajaba a través de sucesos que diferían, enormemente, de los que había presenciado la primera vez.*
Soy un hombre especulativo por naturaleza, no me faltan nunca una o dos hipótesis; pero en aquel momento estaba tan conmocionado que no podía pensar. Me sentía como si mi cuerpo siguiese avanzando por el tiempo; pero con el cerebro todavía en el pasado. Creo que el valor que había sentido al principio era sólo apariencia porque complacientemente me sabía dirigido hacia un peligro ya conocido. Pero ahora ¡ya no tenía ni idea de lo que me esperaba en los corredores del tiempo!
Mientras me entretenía con esas elucubraciones morbosas, presencié cambios posteriores en el cielo, ¡como si el orden natural de las cosas no hubiese sido suficientemente alterado! El Sol se volvía más brillante. Y, aunque es difícil estar seguro de por qué el brillo resultaba más intenso, me parecía que la forma de la estrella cambiaba. Se extendía por el cielo convirtiéndose en un trozo elíptico de luz.
Consideré la posibilidad de que se le hubiese hecho girar más deprisa, para que se aplastase debido a la rotación...
Y entonces, repentinamente, el Sol estalló.

3

EN LA OSCURIDAD

Penachos de luz emergieron de los polos de la estrella, como enormes llamaradas. En unos pocos latidos de mi corazón el Sol se cubrió de un brillante manto. Calor y luz golpearon de nuevo la castigada Tierra.
Grité y escondí el rostro entre las manos; pero todavía podía ver la luz del multiplicado Sol que se filtraba a través de la carne de los dedos, y era reflejada por el cobre y el níquel de la Máquina del Tiempo.
Entonces, tan rápido como había llegado, la tormenta de luz cesó, y una especie de cáscara se cerró alrededor del Sol, como una boca enorme que se tragase la estrella, y caí en la tinieblas.
Aparté las manos y me encontré en medio de la oscuridad más absoluta, incapaz de ver, aunque las manchas de luz todavía me bailaban en los ojos. Podía sentir el duro asiento de la Máquina del Tiempo debajo de mí, y al inclinarme pude encontrar las esferas de los indicadores; y la máquina todavía temblaba al proseguir su viaje por el tiempo. Comencé a temer que había perdido la vista.
La desesperación se adueñó de mí, más oscura que la oscuridad exterior. ¿Acabaría tan pronto mi segundo viaje en el tiempo, con tanta ignominia? Agarré los controles, mientras mi cerebro concebía planes en los que rompía las esferas de los indicadores cronométricos y, por medio del tacto, tal vez pudiese volver a casa .
... Y supe entonces que no estaba ciego: podía ver algo.

En muchos aspectos ése fue el hecho más extraño de todo el viaje hasta ese momento; tan extraño que al principio permanecí más allá del horror.
Primero distinguí una luz en la oscuridad. Era un brillo tan tenue y extenso, similar a la aurora, y tan débil que pensé que mis ojos me estaban jugando una mala pasada. Creí ver estrellas a mi alrededor; pero eran débiles, como si su luz me llegase a través de una ventana empañada.
Y luego, bajo el débil resplandor, *vi que no estaba solo*.
La criatura estaba a una pocas yardas por delante de la Máquina del Tiempo; o mejor dicho, flotaba en el aire, sin apoyo aparente. Se trataba de una bola de carne: algo así como una cabeza flotante, de unos cuatro pies de diámetro, con dos juegos de tentáculos que colgaban hacia el suelo como dedos grotescos. Su boca era un pico de carne, y no parecía tener nariz. Los ojos de la criatura -dos, grandes y oscuros- eran humanos. Parecía emitir un ruido -un murmullo bajo, como el de un río- y comprendí con horror que ése era exactamente el ruido que había oído al principio de la expedición, a incluso durante mi primera aventura en el tiempo.
¿Me había acompañado esa criatura -ese *Observador*, como la llamé- de forma invisible en mis dos expediciones por el tiempo?
De pronto, corrió hacia mí. ¡Apareció a no más de una yarda de mi cara!
Me derrumbé por fin. Grité y, sin pensar en las consecuencias, tiré de la palanca.
¡La Máquina del Tiempo volcó -el Observador desapareció- y volé por los aires!

Quedé inconsciente; no sé durante cuánto tiempo. Desperté despacio, con la cara pegada a una superficie dura y arenosa. Sentí como un aliento cálido en el cuello -un suspiro, un toque de pelos suaves contra mi mejilla-, pero cuando me quejé a intenté inclinarme, la sensación desapareció.
Extendí los brazos y busqué a mi alrededor. Para mi tranquilidad, me vi recompensado con un choque casi inmediato con una masa de marfil y cobre: era la Máquina del Tiempo, arrojada como yo en aquel desierto oscuro. Palpé con manos y dedos los carriles y travesaños de la máquina. Estaba volcada, y en la oscuridad no tenía forma de saber si había sufrido algún daño.
Necesitaba una luz. Busqué las cerillas en el bolsillo y no las encontré: ¡como un idiota las había colocado todas en la mochila! El pánico se apoderó de mí; pero pude controlarme, y temblando me acerqué a la Máquina del Tiempo. La comprobé con el tacto, buscando entre los carriles doblados hasta que encontré la mochila, todavía segura bajo el asiento. Con impaciencia, la abrí y busqué en su interior. Encontré dos cajas de cerillas y me las puse en los bolsillos; luego saqué una cerilla y la encendí .
... *Había un rostro*, justo frente a mí, ni a dos pies, brillando en el círculo de luz de la cerilla: vi una piel blanca y sin relieves, el pelo le colgaba del cráneo, y tenía unos ojos grandes de color rojo grisáceo.
La criatura emitió un grito extraño y gutural, y se esfumó en la oscuridad más allá del brillo de la luz.
¡Era un Morlock!
La cerilla me quemó los dedos y la solté; busqué otra y con el pánico casi tiro mi preciada caja.

4

LA NOCHE NEGRA

El fuerte olor a azufre de las cerillas se me metió en la nariz, y retrocedí sobre la arena hasta que toqué con la espalda las barras de cobre de la Máquina del Tiempo. Después de unos minutos de desesperación recuperé el sentido común suficiente para sacar una vela de la mochila. Sostuve la vela frente a la cara y fije la vista en la llama amarilla, ignorando la cera caliente que me corría por los dedos.

Comencé a distinguir alguna estructura en el mundo que me rodeaba. Pude ver la masa de cobre y cuarzo que era la Máquina del Tiempo brillando bajo la luz de la vela, y una forma -como una gran estatua o edificio- que se alzaba, pálida a inmensa, no lejos de donde me encontraba. La falta de luz no era completa. El Sol podía haber desaparecido, pero las estrellas seguían brillando en grupos sobre mí, aunque las constelaciones de mi niñez se habían desplazado. No puede encontrar ni rastro de nuestra Luna.

Sin embargo, en una zona del cielo no brillaba ninguna estrella: en el oeste, sobresaliendo sobre el horizonte negro, había una elipse aplastada, sin estrellas, que ocupaba un cuarto del cielo. Era el Sol, ¡rodeado de una increíble cáscara!

Cuando se me pasó algo el miedo, decidí que mi primera tarea debía ser asegurarme el regreso a casa: debía colocar en posición la Máquina del Tiempo, ¡pero no lo haría en la oscuridad! Me arrodillé y palpé en el suelo. La arena era dura y de grano fino. Escarbé con el pulgar, y abrí un pequeño agujero donde inserté la vela, confiando que en unos pocos momentos se fundiese cera suficiente para mantenerla en su lugar. Ahora tenía una fuente de luz para realizar la operación, y las manos libres.

Apreté los dientes, respiré hondo, y luché con el peso de la máquina. Metí muñecas y rodillas bajo la estructura en un intento de levantarla del suelo -la había construido para que fuese sólida, no fácil de manejar- hasta que finalmente se rindió a mi asalto y volvió a su posición. Una barra de níquel me golpeó dolorosamente en el hombro.

Descansé las manos en el asiento, y sentí que la arena de este nuevo futuro había estropeado el cuero. En la oscuridad de mi propia sombra encontré los indicadores cronométricos con un dedo -una esfera se había hecho pedazos, pero el indicador en sí parecía estar bien- y las dos palancas blancas con las que podría volver a casa. Al tocar las palancas, la máquina tembló como un fantasma, recordándome que yo no pertenecía a esta época: que en cualquier momento podía subir al aparato y regresar a la seguridad de 1891, sólo herido en mi orgullo.

Saqué la vela de su hueco en la arena y la mantuve frente a los indicadores. Era el día 239.354.634: por tanto -estimé- el año era el 657.208 después de Cristo. Mis especulaciones sobre la mutabilidad del pasado y el futuro debían ser ciertas, porque esa colina oscura estaba situada en el tiempo ciento cincuenta milenios antes del nacimiento de Weena, ¡y no podía concebir cómo aquel mundo jardín iluminado por el sol podía haber salido de esa oscuridad!

En mi remota infancia, recuerdo que mi padre me entretenía con un juguete primitivo llamado «Imágenes cambiantes». Toscas imágenes en color se proyectaban sobre una pantalla por medio de un doble juego de lentes. La lente de la derecha proyectaba una imagen; luego la luz iba cambiando hacia la izquierda, de forma que la imagen proyectada por la derecha se desvanecía a medida que la otra incrementaba su brillo. De niño me impresionaba profundamente por la forma en que una realidad brillante se convertía en un fantasma, para ser sustituida por una sucesora que al principio apenas se veía. Había momentos emocionantes en que las dos imágenes estaban en perfecto equilibrio, y era difícil decir con exactitud qué realidades avanzaban y cuáles retrocedían, o si alguna parte del conjunto de imágenes era verdaderamente «real».

De la misma forma, en medio de un paisaje en sombras, sentía que la descripción del mundo que había construido se volvía nebulosa y débil, y era reemplazada sólo por el esquema de su sucesora, ¡con más confusión que claridad!

La divergencia de las historias gemelas que había presenciado -en la primera, la construcción del mundo jardín de los Elois; en la segunda, la desaparición del Sol y la aparición de ese desierto planetario- me era incomprensible. ¿Cómo podían las cosas ser y luego no ser?

Recordé las palabras de Tomás de Aquino: «Dios no puede hacer que lo ya pasado no haya sido. Es una imposibilidad mayor que resucitar a los muertos...» ¡Yo también lo había creído! No soy dado a las especulaciones filosóficas, pero siempre había considerado el futuro como una extensión del pasado: fijo a inmutable, incluso para Dios, y por supuesto para la mano del hombre. El futuro para mí era como una enorme habitación, fija y estática. Y en el mobiliario del futuro podía yo explorar con mi Máquina del Tiempo.

Pero había descubierto que el futuro podía *no ser* algo fijo, ¡sino algo mutable! Si así era, pensé, ¿qué sentido tenían las vidas de los hombres? Ya era bastante soportar la idea de que todos nuestros logros serían reducidos a la insignificancia por la erosión del tiempo -¡y yo, de todos los hombres, era el que mejor lo sabía!-, pero al menos uno siempre había tenido la sensación de que sus monumentos, y las cosas que amaba, *habían sido una vez*. Pero si la historia era capaz de un borrón tan completo, ¿qué valor tenía cualquier actividad humana?

Reflexionando así sentí como si la solidez de mi pensamiento y la firmeza de mi comprensión del mundo se derritiesen. Miré fijamente la llama de la vela, en busca del esquema de una nueva comprensión.

No todo estaba perdido, decidí; mis temores se apaciguaban, y mi mente permanecía fuerte y decidida. Exploraría ese mundo extraño y tomaría todas las fotos posibles con la Kodak, y luego regresaría a 1891. Allí, mejores filósofos que yo podrían lidiar con el problema de dos futuros que se excluían el uno al otro.

Fui hacia la Máquina del Tiempo, desenrosqué las palancas que me conducían en el tiempo y las guardé seguras en el bolsillo. Luego busqué hasta encontrar el atizador, todavía fijo en el sitio de la máquina donde lo dejé.

Probé el mango y lo sopesé. Me imaginé partiendo los blandos cráneos de algunos Morlocks con ese trozo de ingeniería primitiva y mi confianza creció. Metí el atizador en una de las presillas del cinturón. Colgaba un poco torpemente pero me tranquilizaba con su peso y solidez, y por sus resonancias a hogar y fuego.

Levanté la vela en el aire. La estatua o edificio espectral que había notado cerca de la máquina apareció vagamente iluminada. Era de hecho un monumento de algún tipo: una figura colosal esculpida en piedra blanca, aunque la forma era difícil de distinguir bajo la luz de la vela.

Me aproximé al monumento. Cuando lo hacía, por el rabillo del ojo me pareció ver un par de ojos de color rojo grisáceo que se abrían y una espalda blanca que huía por la arena con un ruido de pies descalzos. Coloqué la mano sobre el trozo de cobre que colgaba de mi cinturón y seguí.

La estatua se erigía sobre un pedestal que parecía ser de bronce y decorado con paneles finamente grabados. El pedestal estaba manchado, como si tiempo atrás hubiese sufrido un ataque de verdín que se había secado hacía mucho. La estatua en sí era de mármol blanco, y de un cuerpo leonino se extendían grandes alas que parecían flotar sobre mí. Me pregunté cómo podían sostenerse esas grandes hojas de piedra, ya que no pude ver ningún puntal. Quizá tuviese una estructura metálica, pensé, o quizás algo de aquel control de la gravedad, que había supuesto en mi paso por la Era de las Grandes Edificaciones, había perdurado hasta esa época. La cara de la bestia de mármol era humana y estaba vuelta hacia mí; sentí que aquellos dos ojos de piedra me miraban, acompañados de una sonrisa sardónica y cruel en los labios golpeados por la intemperie...

Y con una sacudida reconocí la construcción; ¡si no hubiese sido por mi temor a los Morlocks hubiese saltado de alegría! Era el monumento que había denominado La Esfinge Blanca; una estructura con la que me había familiarizado en ese mismo sitio durante mi primera visita al futuro. ¡Era casi como encontrarse con una vieja amiga!

Caminé por la colina arenosa, alrededor de la máquina, recordando. El sitio había sido un prado, rodeado de malvas y rododendros púrpura; arbustos que en mi primera visita habían arrojado sus flores sobre mí como bienvenida. Y, alzándose sobre todo, inconfundible, había estado la imponente forma de esa esfinge.

Bien, allí estaba otra vez, ciento cincuenta mil años *antes* de esa fecha. Los arbustos y el prado no estaban allí, y sospechaba que *nunca lo estarían*. El jardín iluminado por el sol había sido sustituido por un desierto oscuro, y ahora sólo existía en los recovecos de mi mente. Pero la esfinge estaba allí, sólida como la vida y casi indestructible.

Palmeé los paneles de bronce de la estatua casi con afecto. De alguna forma, la existencia de la esfinge, que permanecía desde mi anterior visita, me reafirmaba que no estaba imaginando todo aquello, ¡que no me volvía loco en alguna alcoba de mi casa en 1891! Todo era objetivamente real, y -sin duda y como el resto de la creación- todo encajaba en un esquema lógico. La Esfinge Blanca era parte de ese esquema, y sólo mi ignorancia y las limitaciones de mi cerebro me impedían ver el resto. Me sentí reforzado, y decidido a continuar con mis exploraciones.

En un impulso, caminé hasta el lado del pedestal que quedaba más cerca de la Máquina del Tiempo y, a la luz de la vela, examiné el panel de bronce tallado. Fue ahí, recordé, donde los Morlocks -en aquella otra historia- habían abierto la base hueca de la esfinge para encerrar la Máquina del Tiempo dentro del pedestal, con la intención de aprisionarme. Había ido a la esfinge con una piedra y había golpeado en ese panel, justo allí; recorrí los adornos con las yemas de los dedos. Había aplastado algunas espirales de ese panel, aunque sin resultado. Bien, ahora las espirales estaban en perfectas condiciones, como si fuesen nuevas. Era extraño pensar que esas espirales no conocerían la furia de mi piedra hasta dentro de muchos milenios o quizá *nunca en absoluto*.

Estaba decidido a alejarme de la máquina para explorar. Pero la presencia de la esfinge me había recordado el horror de dejar la Máquina del Tiempo en manos de los Morlocks. Me palmeé el bolsillo -al menos, sin las palancas la máquina no funcionaba- pero no había nada que impidiese acercarse a aquellas horribles bestias a la máquina tan pronto como me alejase, quizá para desmontarla o robarla nuevamente.

Por otra parte, ¿cómo iba a evitar perderme en aquel paisaje oscuro? ¿Cómo podría volver a la máquina una vez que me hubiese alejado aun unas pocas yardas?

Medité el problema unos momentos: mi deseo por explorar en lucha con mis temores. Y se me ocurrió una idea. Abrí la mochila y saqué las velas y los trozos de alcanfor. Con impaciencia coloqué esos elementos en los recovecos de la Máquina del Tiempo. Luego recorrí la máquina con cerillas encendidas hasta que cada trozo o vela estaba ardiendo.

Me aparté de mi obra con algo de orgullo. Las llamas de las velas se reflejaban en el níquel y el cobre, por lo que la Máquina del Tiempo parecía un adorno de Navidad. En esa oscuridad, y con la máquina situada en un lado desnudo de la colina, podría ver mi faro desde una distancia adecuada. Con suerte, las llamas alejarían a los Morlocks y, si no, vería inmediatamente la reducción de la iluminación y podría volver de inmediato para unirme a la batalla.

Jugueteé con el mango del atizador. Creo que una parte de mí deseaba ese desenlace; ¡sentía un hormigueo en manos y brazos al pensar en la rara y suave sensación de sentir el puño hundirse en la cara de un Morlock!

De cualquier forma, ahora estaba preparado para la expedición. Cogí la Kodak, encendí una pequeña lámpara de aceite y caminé por la colina, deteniéndome cada pocos pasos para asegurarme de que la Máquina del Tiempo permanecía tranquila.

5

EL POZO

Levanté la lámpara, pero su brillo sólo alcanzaba unos pocos pies. Todo estaba en silencio; no había ni un soplo de aire, ni ningún ruido de agua, y me pregunté si el Támesis seguía fluyendo. A falta de un destino definido, decidí dirigirme hacia el lugar, donde estaba el gran salón comedor en la época de Weena. Se encontraba a poca distancia hacia el noroeste, por la colina más allá de la esfinge, y ése fue el camino que seguí una vez más, reflejando en el espacio, aunque no en el tiempo, mi primer paseo en el mundo de Weena.

Recordé que cuando realicé ese viaje por última vez había hierba bajo mis pies, sin ser atendida, pero que crecía exacta, corta y libre de hierbajos. Ahora, mis botas empujaban la arena suave al caminar por la colina.

Mi visión se estaba adaptando a aquella noche escasa en estrellas, pero, aunque había edificios -sus siluetas se recortaban contra el cielo- no vi ninguna señal del salón. Lo recordaba perfectamente: había sido un edificio gris, deteriorado y vasto, de piedra desgastada, con una entrada tallada y adornada; y al entrar por su arco, los pequeños Elois, delicados y hermosos, habían revoloteado a mi alrededor con sus miembros pálidos y sus túnicas suaves.

No tardé mucho en caminar tanto que supe que había superado el emplazamiento del salón. Evidentemente -al contrario que la esfinge y los Morlocks- el palacio comedor no había sobrevivido en esa historia, o quizá *nunca había sido construido*, pensé con un escalofrío; quizás había caminado, dormido, ¡e incluso comido!, en un edificio inexistente.

El camino me llevó hasta un pozo, un elemento que había visto en mi primer viaje. Como recordaba, la estructura estaba rodeada de bronce y protegida por una cúpula pequeña y extrañamente delicada. Había algo de vegetación -negra como el humo a la luz de las estrellas- alrededor de la cúpula. Lo examiné todo con cierto temor, ya que esos enorme conductos habían sido el medio empleado por los Morlocks para subir de su cavernas infernales al mundo soleado de los Elois.

La boca del pozo estaba en silencio. Eso me pareció extraño, ya que recordaba haber oído en aquellos otros pozos el tuc-tuc-tuc de las grandes máquinas de los Morlock, en lo más profundo de las cavernas.

Me senté a un lado del pozo. La vegetación parecía ser un tipo de liquen; era suave y seca al tacto, aunque no la investigué más profundamente, no intenté determinar su estructura. Levanté la lámpara, intentado sostenerla sobre el anillo para ver si volvía el reflejo en el agua; pero la llama parpadeó, como en una gran corriente, y en un breve momento de temor ante la idea de enfrentarme a la oscuridad, la aparté.

Metí la cabeza bajo la cúpula y me incliné sobre el borde del pozo, y un golpe de aire cálido y húmedo me recibió -fue como abrir la puerta de un baño turco-, algo inesperado en aquella noche calurosa y árida del futuro. Tenía la impresión de que era muy profundo, e imagine que mis ojos, adaptados ya a la oscuridad, podían distinguir un resplandor rojo.

A pesar de su aspecto, no se parecía en nada a los pozos de los primeros Morlocks. No podía ver ningún gancho de metal a los lados, los que usaban para trepar, y todavía seguía sin detectar el ruido de las máquinas que había oído antes; y además, tenía la impresión extraña a imposible de probar de que ese pozo era mucho más profundo que las cavernas de aquellos otros Morlocks.

Por capricho, saqué la Kodak y preparé el flash. Llené el hueco de la lámpara con *blitzlichtpulver*, levanté la cámara a inundé el pozo con luz de magnesio. Su reflejo me deslumbró, y era un brillo tan intenso que posiblemente no se había visto sobre la Tierra desde el momento en que el Sol había quedado cubierto, cien mil años antes o más. ¡Al menos eso habría asustado a los Morlocks! Y comencé a preparar un esquema defensivo según el cual conectaría el flash a la Máquina del Tiempo, de forma que el polvo se encendiese si alguien la tocaba.

Me levanté y pasé algunos minutos cargando el flash y tomando fotos al azar alrededor del pozo. Pronto me rodeó una nube de humo blanco y acre. Quizá tuviese suerte, pensé, ¡y pudiera capturar para maravilla de la humanidad la huida aterrorizada de un Morlock!

... Oía unos arañazos, suaves a insistentes, al lado del pozo, ni a tres pies de donde me encontraba.
Grité mientras buscaba el atizador. ¿Me habían atacado los Morlocks mientras fantaseaba?
Con el atizador en la mano, me adelanté con cuidado. Comprendí que el sonido chirriante provenía de entre los líquenes; había una forma que se movía segura por entre esas pequeñas plantas oscuras. No era un Morlock, así que bajé el atizador, y me incliné para examinar los líquenes. Vi un pequeña criatura como un cangrejo, no mayor que mi mano; el sonido que oía era el roce de su única y desmesurada boca contra los líquenes. La concha del cangrejo parecía ser negra y
no tenía ojos, como si fuese una criatura ciega de las profundidades del océano.
Comprendí, al ver aquel simple drama, que la lucha por la supervivencia continuaba, incluso en esa noche cerrada. Me sorprendió que no hubiese visto ningún signo de vida -exceptuando a los Morlocks-, aparte de ese pozo, en toda mi visita. No soy biólogo, pero me parecía evidente que la presencia de una fuente de calor y aire húmedo debería atraer la vida, en aquel mundo convertido en un desierto, de la misma forma que había atraído a ese cangrejo granjero y a su cosecha de líquenes. Supuse que el calor debía de provenir del interior de la Tierra, cuya actividad volcánica, evidente en nuestros propios días, no se había reducido significativamente en los pasados seiscientos mil años. Y quizá la humedad provenía de un acuífero que todavía existía bajo el suelo.
Debía de ser, pensé, que la superficie del planeta estaba llena de cúpulas y pozos como áquél. Pero su propósito no era permitir la entrada al mundo interior de los Morlocks -como en aquella otra historia- sino liberar los recursos intrínsecos de la Tierra para calentar y humedecer el planeta sin Sol; y la vida que había sobrevivido a la monstruosa ingeniería que había presenciado se congregaba ahora alrededor de aquellas fuentes de calor y humedad.
Mi confianza se incrementaba -entender algo de todo aquello era un tónico poderoso para mi valor, y después de la falsa alarma del cangrejo no tenía sensación de peligro- y me senté nuevamente al borde del pozo. Tenía mi pipa y algo de tabaco en un bolsillo; llené la cazoleta y la encendí. Comencé a especular sobre la forma en que esa historia difería de la primera que había visto. Evidentemente había algunos hechos paralelos -había habido Morlocks y Elois- pero sus monstruosas diferencias habían sido resueltas en eras pasadas.
Me pregunté por qué ambas especies se habían enfrentado finalmente, ya que los Morlocks, a su modo bestial, eran tan dependientes de los Elois como éstos de los Morlocks, y el sistema parecía estable.
Vi la forma en que podría haber sucedido. Los Morlocks eran humanos degradados después de todo, y el corazón del hombre no está hecho para la lógica. Los Morlocks debían de saber que dependían de los Elois para su existencia; debían de haber sentido resentimiento por ello y haberlos despreciado: sus primos remotos reducidos a ganado. Y aun así..
Y aun así, ¡qué maravillosas eran las breves vidas de los Elois! La pequeña gente reía, cantaba y amaba sobre la superficie de un mundo convertido en un jardín, mientras que los Morlocks debían trabajar en las pestilentes profundidades de la Tierra para proporcionar una vida de lujo a los Elois. De acuerdo en que los Morlocks estaban condicionados para su lugar en la creación, y con seguridad sentirían repugnancia ante la luz del sol, el agua clara y la fruta de los Elois si alguna vez se les ofreciese, pero ¿no envidiarían oscura y taimadamente la vida de *lujo* de los Elois?
Quizá la carne de los Elois se volvía rancia en la boca de los Morlocks, cuando la comían en sus sórdidas cavernas.
Imaginé a los Morlocks -o a una facción de ellos- surgiendo una noche de sus túneles bajo la Tierra para caer sobre los Elois con sus armas y brazos musculosos. Habría una gran criba, pero en esta ocasión no sería la recolección disciplinada de carne, sino un asalto a sangre fría con un único a inconcebible propósito: la extinción definitiva de los Elois.
¡Cómo debió de correr la sangre por los prados y los palacios, y las viejas piedras devolvieron el eco de los gemidos infantiles de los Elois!

En esa batalla sólo podría haber un vencedor. La frágil gente del futuro, con su belleza atareada y destructiva, jamás podría defenderse contra el criminal asalto organizado de los Morlocks.
Lo vi todo, ¡o al menos eso creí! Los Morlocks, triunfantes al fin, habían heredado la Tierra. Como el jardín de los Elois ya les era inútil, habían permitido que decayese; habían surgido de la Tierra y de alguna forma ¡trajeron con ellos su propia oscuridad estigia para cubrir el Sol! Recordé que el pueblo de Weena había temido las noches de Luna nueva -ella las llamaba «Noches negras»-; ahora me parecía que los Morlocks habían desencadenado una Noche negra definitiva para cubrir la Tierra por siempre. Los Morlocks habían asesinado hasta el último de los hijos verdaderos de la Tierra, a incluso habían asesinado a la propia Tierra.
Ésa fue mi primera hipótesis: salvaje, estrafalaria, ¡y errónea en todos sus detalles!
... Y fui consciente, casi con un espasmo físico, de que en medio de todas aquellas especulaciones históricas había olvidado por completo inspeccionar regularmente la abandonada Máquina del Tiempo.
Me puse en pie y miré hacia la colina. Encontré pronto las luces de la máquina, pero parpadeaban y se movían, como si formas opacas evolucionasen a su alrededor.
¡Sólo podían ser Morlocks!

6

MI ENCUENTRO CON LOS MORLOCKS

Con un arrebato de miedo -y, debo confesarlo, sed de sangre en mi ánimo- lancé un rugido, levanté el atizador y corrí de vuelta. Sin cuidado, dejé caer la Kodak; a mi espalda oí el suave tintineo del cristal roto. Por lo que sé, la cámara todavía esta allí -si se me permite utilizar la frase-, abandonada en la oscuridad.
A medida que me acercaba a la máquina, pude ver que efectivamente eran Morlocks -quizás una docena-, que brincaban alrededor de la máquina. Parecían igualmente atraídos y repelidos por la luz, exactamente igual que las polillas alrededor de las velas. Eran las mismas criaturas simiescas que recordaba -quizás un poco más pequeñas-,con el largo pelo rubio en cara y espalda, la piel de un blanco pastel, brazos largos como los de los monos y fantasmagóricos ojos rojo grisáceo.
Se gritaban y hablaban unos a otros en su extraña lengua. Comprobé con alivio que todavía no habían tocado la Máquina del Tiempo, pero sabía que sólo era cuestión de segundos que esos dedos grotescos -de monos, pero inteligentes como los de un hombre- se abalanzasen sobre el bronce y el níquel.
Pero no habría tiempo para eso, porque me lancé sobre los Morlocks como un ángel vengador. Blandí puño y atizador a mi alrededor. Los Morlocks gimieron y gritaron al intentar huir. Agarré a una de las criaturas que pasó a mi lado, y sentí una vez más el frío tacto de la carne de Morlock. Su pelo, como tela de araña, me rozaba la mano y el animal me mordió los dedos con sus pequeños dientes, pero no lo solté. Blandí el atizador y sentí el colapso suave y húmedo de carne y huesos.
Los ojos rojo grisáceo se abrieron y se cerraron.
Me daba la impresión de verlo todo desde una parte pequeña y remota del cerebro. Había olvidado mi propósito de volver con pruebas de la existencia del viaje en el tiempo, o incluso de encontrar a Weena: sospeché en ese momento que *aquélla* era realmente la razón por la que había vuelto a viajar en el tiempo, por aquel momento de venganza: por Weena, y por el asesinato de la Tierra, y por mi propia indignidad. Dejé caer al Morlock-inconsciente o

muerto, no era más que un montón de pelos y huesos- y fui a por sus compañeros, empuñando el atizador.
Entonces oí una voz -claramente de Morlock, pero distinta a las otras en su tono y profundidad- que emitió una sola sílaba imperativa. Me volví con los brazos llenos de sangre, y me preparé para seguir luchando.
Ante mí estaba un Morlock que no huía. A pesar de estar desnudo como el resto, su cubierta de pelo parecía peinada y cuidada, lo que le daba el aspecto de un perro acicalado que se hubiese puesto en pie como un hombre. Me adelanté con fuerza, con el atizador firmemente agarrado entre las manos.
Con calma, el Morlock levantó la mano derecha -algo centelleó en ella-, hubo un brillo verde y sentí que el mundo se movía bajo mis pies, arrojándome al lado de mi resplandeciente máquina; ¡y ya no fui consciente de nada más!

7

LA PRISIÓN DE LUZ

Desperté despacio, como si saliese de un sueño profundo y tranquilo. Estaba de espaldas con los ojos cerrados. Me sentía tan a gusto que por un momento creí estar en la cama, en mi casa de Richmond, y que el resplandor rosa que veía a través de los párpados era el sol de la mañana atravesando las cortinas...
Luego me di cuenta de que la superficie sobre la que yacía -aunque blanda y cálida- no tenía la suavidad de un colchón. No había sábanas debajo, o manta por encima.
Luego, de repente, lo recordé todo: todo mi segundo viaje en el tiempo, el oscurecimiento del Sol y mi encuentro con los Morlocks.
El terror me sobrecogió, me endureció los músculos y me atenazó el estómago. ¡Había sido capturado por los Morlocks! Abrí los ojos de golpe.
Y al instante me deslumbró una intensa luz. Venía de un disco remoto de poderosa blancura que estaba justo encima de mí. Grité y me protegí los ojos con los brazos; me di la vuelta para ponerme cara al suelo.
Me puse a cuatro patas. El suelo era cálido y agradable, como el cuero. Al principio mi visión estaba llena de imágenes danzantes del disco de luz, pero al final pude distinguir la sombra bajo mi cuerpo. Entonces, todavía a cuatro patas, noté algo aún más extraño: la superficie que estaba debajo de mí era transparente, como si estuviese hecha de un vidrio flexible, y donde se proyectaba mi sombra *podía ver las estrellas* con claridad a través del suelo. Me habían colocado en una plataforma transparente con un diorama de estrellas debajo: como si me hubiesen traído a un planetario invertido.
Sentí un mareo, pero pude levantarme. Tenía que cubrirme los ojos con la mano para protegerme del brillo que venía de arriba; ¡deseé no haber perdido el sombrero que traje de 1891! Todavía llevaba el traje ligero, pero ahora estaba manchado de arena y sangre, especialmente alrededor de las mangas, aunque noté con sorpresa que habían intentado limpiarme, ya que en manos y brazos no había sangre de Morlock, ni mucosidades, ni pus. El atizador había desaparecido, y no pude encontrar la mochila. Me habían dejado el reloj, pero las cerillas y las velas ya no estaban en los bolsillos. La pipa y el tabaco también habían desaparecido y sentí una punzada incongruente de pena por ello; ¡en medio de todos aquellos misterios y peligros!
Se me ocurrió una idea, y las manos me volaron a los bolsillos del chaleco, para encontrar las palancas de la Máquina del Tiempo. Seguían todavía allí. Suspiré aliviado.

Librodot

Miré a mi alrededor. Estaba de pie sobre la sustancia plana y regular que ya he descrito. Me encontraba en el centro de un rayo de luz, de unas treinta yardas de ancho, emitido sobre el suelo por la enigmática fuente luminosa que se hallaba sobre mí. El aire estaba lleno de polvo, por lo que era fácil ver el rayo de luz que me bañaba. Deben imaginarme allí, de pie, bajo la luz como si me encontrase en el fondo de una mina y contemplase el sol de mediodía. Y de hecho, parecía luz solar, aunque no entendía cómo podían haber descubierto el Sol y situarlo estacionario sobre mí. Mi única hipótesis era que mientras estaba inconsciente me habían trasladado a algún punto del ecuador.

Luché contra el pánico creciente recorriendo el círculo de luz. Estaba solo y el suelo aparecía desnudo, exceptuando unas bandejas, dos, con contenedores de cartón que estaban situadas a unos diez pies de donde había dormido. Eché un vistazo a la oscuridad circundante, pero no puede distinguir nada, incluso protegiéndome los ojos. No podía ver las paredes de la cámara. Golpeé con las manos haciendo que las motas de polvo danzasen en el aire. El sonido se redujo, pero no volvió ningún eco. O las paredes estaban imposiblemente lejos o estaban recubiertas con alguna sustancia absorbente; en cualquier caso, no podía conocer la distancia.

No había ni rastro de la Máquina del Tiempo.

Sentí un terror profundo y peculiar: sobre la superficie de vidrio me sentía desnudo y expuesto, sin un sitio para protegerme ni una esquina para hacerme fuerte.

Me acerqué a las bandejas. Miré los contenedores y abrí las tapas:

había un gran cubo vacío y una taza con lo que parecía agua clara. En el último plato había tabletas del tamaño de puños que supuse sería comida, pero comida convertida en trozos amarillos, verdes o rojos, de forma que su origen era irreconocible. Palpé la comida con un dedo: estaba fría y era suave, parecida al queso. No había comido nada desde que Mrs. Watchets me sirvió el desayuno; hacía ya muchas horas frenéticas, y sentía ya una creciente presión en mi vejiga: presión que, suponía, debía aliviarse con el cubo. No veía razón por la que los Morlocks habiéndome mantenido vivo todo este tiempo fuesen a envenenarme, pero aun así no me sentía inclinado a aceptar su hospitalidad, ¡y menos aún a perder mi dignidad empleando el cubo!

Así que caminé alrededor de las bandejas, y alrededor del círculo de luz, husmeando como un animal que sospechase una trampa. Incluso cogí los recipientes y las bandejas, para ver si podían servirme de armas -quizá pudiese fabricarme un cuchillo-, pero las bandejas estaban hechas de un material plateado, parecido al aluminio, tan delgado y débil que podía arrugarlo con las manos. Atacar así a un Morlock sería como hacerlo con un hoja de papel.

Me sorprendió que aquellos Morlocks se comportasen con tanta amabilidad. No les hubiese costado nada acabar conmigo mientras estaba inconsciente, pero habían retenido sus brutas manos, e incluso, con sorprendente habilidad, parecía que habían intentado limpiarme.

Por supuesto, me parecía sospechoso. ¿Con qué intención me habían mantenido con vida? ¿Pretendían sonsacarme -con métodos horribles- el secreto de la Máquina del Tiempo?

Me aparté deliberadamente de la comida y salí del anillo de luz hacia la oscuridad exterior. Mi corazón martilleaba; nada tangible me impedía abandonar la zona iluminada, pero mis temores y mis deseos de luz me obligaban a permanecer allí.

Finalmente elegí una dirección al azar y caminé en la oscuridad con los brazos a los lados preparados para atacar. Conté los pasos: *ocho, nueve, diez*... Bajo mis pies podía ver las estrellas, ahora más visibles al estar fuera del cono de luz, formando un hemisferio lleno de ellas; me sentí nuevamente como si estuviese en el techo de un planetario. Me volví y miré hacia atrás; allí estaba el pilar de luz polvorienta que se elevaba al infinito, y los platos y la comida en su base sobre el suelo desnudo.

¡Me resultaba todo incomprensible!

A medida que caminaba dejé finalmente de contar los pasos. Las únicas luces eran el brillo de la aguja de luz y el frágil resplandor de las estrellas debajo de mí, por lo que apenas podía verme las piernas; los únicos sonidos eran mi respiración y el sordo impacto de mis botas sobre la superficie cristalina.

Después de unas cien yardas, giré y comencé a caminar alrededor de la aguja de luz. Sólo encontré oscuridad y las estrellas a mis pies. Me pregunté si en aquella oscuridad encontraría al Observador flotante que me había acompañado en mi segundo viaje por el tiempo.
La desesperación comenzó a apoderarse de mí, y deseé verme transportado al mundo jardín de Weena, o incluso al paisaje nocturno donde me habían capturado; ¡a cualquier lugar con rocas, plantas, animales y un cielo reconocible que pudiese entender! ¿Qué lugar era aquél? ¿Me encontraba en una cámara en las profundidades de la Tierra? ¿Qué terribles torturas me habían preparado los Morlocks? ¿Estaba condenado a pasar el resto de mis días en ese lugar estéril?
Durante un rato me sentí desquiciado por la soledad y la terrible sensación de estar atrapado. No sabía dónde estaba, ni dónde estaba la Máquina del Tiempo, y no esperaba volver a ver mi hogar. Era una bestia extraña varada en un mundo extraño. Grité en la oscuridad, pasando alternativamente de las amenazas a las peticiones de clemencia o libertad; y golpeé con el puño sobre el suelo plano, sin resultado. Lloré y corrí, ¡y me maldije por mi estupidez sin parangón -habiendo escapado una vez de manos de los Morlock- al haber regresado a la misma trampa!
Al final debí de chillar como un niño frustrado, agoté todas mis fuerzas, y me hundí en la oscuridad del suelo, exhausto.
Creo que dormí un poco. Cuando desperté, nada había cambiado. Me puse en pie. Mi furia y mi arrebato se habían desvanecido y, aunque nunca me había sentido tan desolado en toda la vida, tomé en cuenta las necesidades simples de mi cuerpo: hambre y sed las primeras.
Volví, agotado, al cono de luz. La presión en la vejiga se había incrementado. Con resignación cogí el cubo que me habían dado, penetré un poco en la oscuridad -por recato, ya que sabía que los Morlocks estarían observándome- y cuando terminé lo dejé allí, lejos de mi vista.
Examiné la comida de los Morlocks. Era una visión triste: no parecía más apetitosa que antes, pero yo seguía igualmente hambriento. Levanté el tazón de agua -tenía el tamaño de un tazón de sopa- y me lo llevé a los labios. No era una bebida agradable -tibia y sin sabor, como si le hubiesen quitado todos los minerales- pero estaba limpia y me refrescó la boca. Saboreé el líquido en la lengua durante unos segundos, vacilando ante aquel obstáculo final; luego, deliberadamente, la tragué.
Unos minutos después no había sufrido ningún efecto pernicioso que pudiese detectar, y tomé algo más de agua. Mojé también la punta del pañuelo en el tazón y me limpié manos y frente.
Me volví hacia la comida. Cogí una tableta verdosa. Mordisqueé una esquina: se rompió con facilidad, era verde también en su interior, y se desmigajó un poco como el queso Cheddar. Los dientes se hundieron con facilidad en su sustancia. En lo que respecta al sabor: si alguna vez han comido una verdura, digamos brécol o col, hervida a un paso de la desintegración, entonces reconocerán más o menos el sabor; ¡los miembros de los clubes londinenses peor equipados reconocerán los síntomas! Aun así, me comí la mitad de la tableta. Luego cogí otras tabletas para probarlas; y aunque su color difería su textura y sabor no se diferenciaban demasiado.
No necesité demasiada cantidad de ese alimento para satisfacerme, y arrojé los fragmentos en la bandeja y la aparté.
Me senté en el suelo y miré a la oscuridad. Me sentí agradecido de que los Morlocks me hubiesen dado al menos esa iluminación, ya que suponía que si me hubiesen depositado sobre una superficie desnuda y vacía en medio de una oscuridad sólo rota por la luz de las estrellas debajo de mí, creo que me habría vuelto loco. Aun así, también sabía que los Morlocks me habían dado ese anillo de luz por sus propias razones, como un medio eficaz de mantenerme en aquel lugar. Estaba indefenso, ¡prisionero de un simple rayo de luz!
La fatiga se apoderó de mí. No me sentía tentado de perder la conciencia una vez más -dejándome indefenso-, pero no creía posible el permanecer despierto para siempre. Salí del anillo de luz y entré un poco en la oscuridad, por lo que sentía, al menos, algo de seguridad en

su manto de noche. Doblé la chaqueta como almohada. El aire era cálido, y el suelo suave parecía también caliente, por lo que no pasaría frío. Así que, con mi cuerpo corpulento tendido sobre las estrellas, dormí.

8

UN VISITANTE

No supe durante cuánto tiempo dormí. Levanté la cabeza y di un vistazo a mi alrededor. Estaba solo en la oscuridad, y todo parecía igual. Toqué los bolsillos del chaleco: las palancas de la Máquina del Tiempo seguían allí.

Al intentar moverme, la rigidez me produjo dolor en piernas y espalda. Me sentí incómodo, y pude ponerme en pie sintiendo todos y cada uno de mis años; ¡agradecía no tener que entrar inmediatamente en acción para rechazar a una tribu de Morlocks acechantes! Realicé algunos ejercicios para desentumecer los músculos; luego cogí la chaqueta, alisé las arrugas y me la puse.

Entré en el anillo de luz.

Habían cambiado las bandejas, con los recipientes de comida y el cubo. ¡Así que me *vigilaban*! Bueno, era lo que sospechaba. Abrí los recipientes, para encontrar los mismas tabletas deprimentes de pienso anónimo. Desayuné con agua y tabletas verdes. Ya no sentía miedo, había sido reemplazado por una sensación de aburrimiento: es increíble con qué rapidez la mente humana puede adaptarse a las condiciones más extrañas. ¿Sería ése mi destino: aburrimiento, una cama dura, agua tibia y una dicta de verduras cocidas? Era como volver al colegio, pensé pesimista.

-*Pau.*

Esa sola sílaba, pronunciada en voz baja, me sonó en aquel silencio como un disparo.

Grité, me puse en pie de un salto, y agarré las tabletas de comida. Absurdo, pero eran mis únicas armas. El sonido había venido de mi espalda, y me giré con las botas arañando el suelo.

Allí se encontraba un Morlock, justo fuera del círculo de luz, en penumbra. Estaba erguido -no compartía con los Morlocks que había encontrado antes la pose de mono- y llevaba gafas que eran un escudo de vidrio azul que cubrían sus enormes ojos, impidiéndome verlos.

-*Tik. Pau* -dijo la aparición con una voz que era un borboteo.

Me eché hacia atrás, pisando ruidosamente una de las bandejas.

-No te acerques.

El Morlock adelantó un paso, acercándose al cono de luz; a pesar de sus gafas, se acobardó un poco ante la iluminación. Pude ver que pertenecía a esa raza de Morlocks de aspecto más avanzado, uno de los cuales me había dejado inconsciente; parecía desnudo, pero el pelo pálido que le cubría la espalda y la cabeza había sido cortado y modelado -deliberadamente- en un estilo muy austero, cuadrado en el pecho y los hombros, lo que le daba aspecto de uniforme. Tenía una cara pequeña sin mentón, como la de un niño feo.

Me volvió un recuerdo tenue de la dulce sensación de los cráneos de los Morlocks partiéndose bajo mi maza. Consideré arrojarme sobre el sujeto y tirarle al suelo. ¿Pero qué ganaría? Habría muchos otros, sin duda, en la oscuridad. No tenía armas, ni siquiera el atizador, y recordé que el primo de mi visitante había usado un arma extraña contra mí, dejándome inconsciente sin ningún esfuerzo.

Decidí esperar mi oportunidad.

Y por otra parte -¡esto puede parecer extraño!- la furia se desvanecía y se transformaba en una sensación inexplicable de humor. Ese Morlock, a pesar del aspecto desagradable de su piel,

parecía cómico: imaginen a un orangután, con el pelo recortado y teñido de un color claro amarillo blancuzco, obligado a permanecer de pie y a llevar unas estrafalarias gafas, y tendrán algo parecido a él.
-*Tik. Pau* -repitió.
Me acerqué a él.
-¿Qué me dices, bestia?
Se estremeció -supongo que reaccionó a mi tono y no a mis palabras- y luego señaló las tabletas de comida que llevaba en la mano.
-*Tik* -dijo-. *Pau.*
Comprendí.
-Por el amor del cielo -dije-. Intentas hablar conmigo, ¿no? -Levanté las tabletas una a una-, *Tik. Pau*. Uno. Dos. ¿Entiendes? Uno. Dos...
El Morlock echó la cabeza a un lado -los perros también lo hacen a veces- y luego, casi tan bien como yo, dijo:
-*Uno. Dos*.
-¡Eso es! Y hay más: uno, dos, tres, cuatro...
El Morlock entró en el círculo de luz, aunque se mantuvo a distancia. Señaló el tazón de agua.
-*Wasser*.
¿ *Wasser*? Eso parecía alemán, aunque las lenguas no son mi punto fuerte.
-Agua -contesté.
Una vez más, el Morlock escuchó en silencio con la cabeza inclinada.
Y así seguimos. El Morlock señalaba cosas comunes -ropas, partes del cuerpo como la cabeza o los brazos- y proponía una palabra. Algunos intentos me eran irreconocibles y otras parecían alemán o inglés antiguo.
Yo le respondía con la palabra moderna. Una o dos veces intenté establecer una conversación más larga -ya que no veía cómo ese simple registro de nombres iba a llevarnos muy lejos-, pero se quedaba quieto hasta que me callaba y luego continuábamos con el paciente juego de emparejamientos. Probé con él lo que recordaba de la lengua de Weena, esa lengua melódica y simplificada de frases de dos palabras; pero nuevamente el Morlock se quedó quieto hasta que me cansé.
Así estuvimos varias horas. Finalmente, sin ceremonia, el Morlock se fue; un camino hacia la oscuridad. No le seguí (*¡todavía no!*, me dije). Comí y dormí, y cuando desperté volvió para continuar nuestras lecciones.
Al caminar alrededor de mi prisión de luz, señalando y nombrando objetos, sus movimientos eran fluidos y graciosos, y su cuerpo parecía expresivo; pero llegué a darme cuenta de lo mucho que uno depende, en el contacto diario, de la interpretación de los movimientos del interlocutor. No podía leer al Morlock de ninguna forma. Me era imposible saber qué pensaba o sentía-¿me tenía miedo?, ¿se aburría?- y me sentí por tanto en desventaja.
AL final de nuestra segunda clase, el Morlock se echó un poco hacia atrás. Dijo:
-Con esto debería ser suficiente. ¿Me entiende?
Lo miré fijamente, ¡sorprendido por su increíble facilidad con mi lengua! Su pronunciación no era clara -parecía que la voz líquida de los Morlocks no estaba diseñada para las consonantes duras del inglés, pero sus palabras eran muy comprensibles.
AL no contestarle, repitió:
-¿Me entiende?
-S...sí. Es decir: sí, ¡le entiendo! ¿Cómo puede haber aprendido mi lengua a partir de unas pocas palabras? Porque me parece que no hemos superado las quinientas, y la mayoría eran nombres concretos y verbos simples.
-Tengo acceso a los registros de todas las lenguas antiguas de la humanidad desde el nostrático hasta el grupo indoeuropeo y sus prototipos. Un pequeño número de palabras clave es suficiente para encontrar la variante adecuada. Debe decírmelo si no entiende algo de lo que digo.

Di un paso al frente.
-¿Antiguas? ¿Y cómo sabe que soy antiguo?
Inmensos párpados se cerraron sobre los ojos cubiertos.
-Su estructura física es arcaica. Así como el contenido de su estómago cuando lo analizamos.
-Se estremeció, evidentemente al recordar los restos del desayuno de Mrs. Watchets. Estaba sorprendido: ¡me las veía con un Morlock melindroso!-. Está fuera de su época. No sabemos todavía cómo ha llegado hasta aquí. Pero lo averiguaremos.
-Y mientras tanto -dije con fuerza-, me mantienen en esta... en esta *prisión de luz*. ¡Cómo si fuese una bestia y no un hombre! Me dan un suelo para dormir y un cubo como aseo...
El Morlock no dijo nada; me observó impasible.
La frustración y la vergüenza que había sentido desde mi llegada a aquel lugar resurgieron, ahora que podía expresarlas, y decidí que ya habíamos intercambiado demasiados saludos.
-Ahora que podemos comunicarnos, me va a decir dónde estoy. Y dónde han escondido mi máquina. ¿Lo entiende, amigo, o tengo que *traducírselo*? -y extendí la mano para coger las matas de pelo de su pecho.
Cuando llegué a dos pasos de él, levantó la mano. Eso fue todo. Recuerdo un extraño resplandor verde -no había visto que llevara ningún dispositivo mientras estaba cerca de mí- y cal al suelo, sin sentido.

9

REVELACIONES Y REPRIMENDAS

Volví en mí, una vez más tirado sobre el suelo, mirando aquella maldita luz.
Me apoyé en los hombros y me froté los ojos. Mi amigo Morlock todavía estaba allí, justo fuera del círculo de luz. Me puse en pie arrepentido. Me había dado cuenta de que aquellos nuevos Morlocks no iban a ser fáciles.
El Morlock entró en la luz con las gafas azules brillando. Como si nada hubiese interrumpido nuestro diálogo dijo:
-Mi nombre es -su pronunciación volvió a la estructura informe normal en los Morlocks- Nebogipfel.
-*Nebogipfel*. Bien.
Yo le dije mi nombre. En unos pocos minutos era capaz de repetirlo con claridad y precisión.
Aquél era el primer Morlock cuyo nombre conocía. El primero que se destacaba de la masa que había encontrado y con la que había luchado; el primero en tener los atributos de una persona reconocible.
-Así que, Nebogipfel -dije. Me senté con las piernas cruzadas al lado de las bandejas y alisé con la mano la erupción de arrugas que mi última caída me había provocado en el brazo-, le han elegido como mi cuidador en este zoo.
-*Zoo* -vaciló en la palabra-. No. No *me eligieron*. Me ofrecí voluntario para trabajar con usted.
-¿Trabajar conmigo?
-Yo, nosotros, queremos saber cómo llegó aquí.
-¿Quieren saberlo, por Júpiter? -Me levanté y di vueltas alrededor de la Prisión de Luz-. ¿Y si le digo que llegué aquí en una máquina que puede trasladar a un hombre a través del tiempo? -Levanté las manos- ¿Que *construí* esa máquina con estas manos? ¿Entonces qué, eh?
Pareció meditarlo.
-Su época, por lo que se deduce de su estructura física y su forma de hablar, está muy alejada de la nuestra. Es capaz de grandes logros tecnológicos; su máquina, le lleve o no a través del

tiempo como dice, las ropas que lleva, el estado de sus manos y el ritmo de desgaste de sus dientes demuestran un alto grado de civilización.
-Me halaga -dije un poco agitado-, pero si me cree capaz de tales cosas, si soy un hombre y no un mono, ¿por qué estoy encerrado?
-Porque -dijo con tranquilidad- me ha intentado atacar con la intención de hacerme daño. Y en la Tierra, causó grandes daños...
Sentí que mi furia se encendía de nuevo. Me acerqué a él.
-Sus monos manoseaban mi máquina -grité-. ¿Qué esperaba? Me defendía...
-*Eran niños* -dijo.
Esas palabras despedazaron mi furia. Intenté aferrarme a lo que quedaba de mi rabia justificadora, pero ya la estaba perdiendo.
-¿Qué ha dicho?
-*Niños*. Eran niños. Desde que se completó la Esfera, la Tierra se ha convertido en un... *jardín de infancia*, un lugar para que los niños vivan. Sentían curiosidad por la máquina. Eso es todo. Jamás hubiesen causado daño deliberado ni a usted ni a su máquina. Y sin embargo, les atacó salvajemente.
Me eché atrás. Recordé -ahora que meditaba sobre ello- que los Morlocks reunidos alrededor de la máquina me habían parecido más pequeños que aquellos que había encontrado antes. Y no habían intentado atacarme... exceptuando aquella pobre criatura que había capturado, la que me había mordido la mano, ¡antes de golpearle en la cara!
-El que golpeé. ¿Sobrevivió?
-La heridas físicas pudieron ser reparadas. Pero...
-¿Sí?
-Las cicatrices internas, las cicatrices de la mente. Ésas puede que nunca sanen.
Dejé caer la cabeza. ¿*Podría ser cierto*? ¿Me había cegado tanto el odio a los Morlocks que había sido incapaz de reconocer a las criaturas alrededor de la máquina como lo que eran: no los seres viciosos del mundo de Weena, sino niños indefensos?
-No creo que entienda lo que digo, pero me siento atrapado en otra de esas «imágenes cambiantes».
-Está expresando vergüenza -dijo Nebogipfel.
Vergüenza... ¡Nunca creí que oiría, y aceptaría, una amonestación así de un Morlock! Lo miré desafiante.
-Sí. ¡Muy bien! ¿Y eso a sus ojos me hace más una bestia o no?
No dijo nada.
Mientras me enfrentaba a esos horrores personales, una parte calculadora de mi cerebro repasaba algo que Nebogipfel había dicho. *Desde que se completó la Esfera, la Tierra se ha convertido en un jardín de infancia...*
-¿*Qué Esfera?*
-Tiene todavía mucho que aprender de nosotros.
-¡Explíqueme lo de la Esfera!
-Se trata de una Esfera alrededor del Sol.
Ocho palabras simples y aun así... ¡Por supuesto! La evolución solar que había presenciado en el cielo acelerado, la exclusión de la luz solar de la faz de la Tierra.
-Comprendo -le dije a Nebogipfel-. Presencié la construcción de la Esfera.
Los ojos del Morlock parecieron abrirse, en un gesto muy humano, al considerar aquella noticia inesperada.
Y ahora, para mí, otros aspectos de mi situación se me aclaraban.
-Dijo: «En la Tierra, causó grandes daños», algo así. -Frase extraña, pienso ahora, si todavía estuviese en la Tierra. Levanté la cara y dejé que la luz me golpease-. Nebogipfel. Bajo mis pies. ¿Qué se ve a través del suelo?
-Las estrellas.
-No es una representación. No es algún tipo de planetario...

Librodot

-Estrellas.
Asentí.
-Y la luz...
-Es luz solar.
Creo que de alguna forma ya lo sabía. Estaba de pie bajo la luz del Sol, que permanecía arriba veinticuatro horas al día; sobre un suelo por encima de las estrellas...
Sentí que el mundo cambiaba a mi alrededor; sentí que se me iba la cabeza, y un silbido me llenaba los oídos. Mis aventuras me habían llevado a través de los desiertos del tiempo, pero ahora -al haber sido capturado por aquellos asombrosos Morlocks- *me habían llevado a través del espacio*. Ya no estaba en la Tierra. Me habían transportado a la Esfera solar de los Morlocks.

10

DIÁLOGO CON UN MORLOCK

-Dice que ha viajado hasta aquí en una *Máquina del Tiempo*.
Yo iba y venía por el pequeño disco de luz, atrapado, inquieto.
-El nombre es exacto. Es una máquina que puede viajar indistintamente en cualquier dirección del tiempo a una velocidad relativa que el conductor puede seleccionar.
-Así que afirma haber llegado aquí, del pasado remoto, en esa máquina, la que encontramos con usted en la Tierra.
-Exactamente -respondí.
El Morlock parecía estar a gusto de pie, casi inmóvil, durante largas horas, mientras realizaba su interrogatorio. Pero yo soy un hombre moderno, y nuestros caracteres no coincidían.
-Vamos, amigo -dije-, ya ha visto por sí mismo que tengo un diseño arcaico. ¿De qué otra forma, aparte del viaje en el tiempo, puede explicar mi presencia aquí, en el año 657.208 d. C.?
Las inmensas pestañas como cortinas parpadearon muy lentamente.
-Hay muchas alternativas: la mayoría de ellas más plausibles que el viaje en el tiempo.
-¿Como cuáles? -lo desafié.
-La resecuenciación genética.
-¿Genética?
Nebogipfel me lo explicó un poco más y entendí el concepto.
-¿Habla del mecanismo por el que opera la herencia, por el cual se transmiten las características de generación en generación?
-No es imposible generar simulacros de formas arcaicas deshaciendo las mutaciones posteriores.
-Así que cree que no soy más que un simulacro, reconstruido como el esqueleto de un megaterio en un museo, ¿no?
-Ha sucedido antes, aunque no en una forma humana de su antigüedad. Sí. Es posible.
Me sentí insultado.
-¿Y por qué razón habría sido construido?
Volví a caminar alrededor de la prisión. El aspecto más desconcertante de aquel desolado lugar era la falta de paredes, y el miedo constante y primario a que mi espalda estuviese desprotegida. Hubiese preferido verme arrojado a una prisión de mi propia era: primitiva y sórdida, sin duda, pero cerrada.
-No voy a morder ese anzuelo. Son sólo tonterías. Proyecté y construí una Máquina del Tiempo, y viajé hasta aquí en ella; ¡y que éste sea el final!

Librodot

-Usaremos su explicación como hipótesis de trabajo -dijo Nebogipfel-. Ahora, por favor, descríbame el principio según el cual funciona la máquina.
Seguí andando, atrapado en un dilema. Tan pronto como descubrí que Nebogipfel era inteligente y racional, al contrario que los Morlocks que había encontrado antes, había esperado un interrogatorio así; después de todo, si un viajero del tiempo proveniente del antiguo Egipto llegase al Londres del siglo diecinueve habría peleado por estar en el comité que lo examinase. ¿Pero debía compartir el secreto de mi máquina -mi única ventaja en aquel mundo- con los nuevos Morlocks?
Después de meditarlo un poco, comprendí que no tenía otra elección. No dudaba que podrían extraer esa información de mí si quisiesen. Además, la construcción de mi máquina era intrínsecamente más simple que la de, digamos, un buen reloj. ¡Una civilización capaz de cubrir el Sol con una concha no tendría demasiados problemas en reproducir la obra de mis pobres tornos y prensas! Y si le hablaba a Nebogipfel quizá pudiese distraerle mientras buscaba una ventaja en aquella difícil situación. Todavía no sabía dónde tenían mi máquina, y aún menos cómo podría alcanzarla para tener una oportunidad de volver a casa.
¡Pero también -y ésa es la pura verdad- el recuerdo de mi salvajismo entre los niños Morlock de la Tierra todavía pesaba en mi mente! No quería que Nebogipfel me considerase -ni a la época de la humanidad que yo, a la fuerza, representaba- tan brutal. Por tanto, como un niño deseoso de impresionar, quería mostrar a Nebogipfel cuán inteligente era, cuán hábil científica y técnicamente: cuán lejos se había distanciado mi raza de los monos.
Aun así, por primera vez, me sentí con el valor suficiente como para plantear mis propias demandas.
-Bien -le dije a Nebogipfel-. Pero primero...
-¿Sí?
-Mire esto -dije-, las condiciones bajo las que me mantienen son un poco primitivas, ¿no? Ya no soy tan joven como antes y no puedo estar de pie todo el día. ¿Qué tal una silla? ¿Es demasiado pedir? ¿Y qué tal mantas para cubrirme al dormir, si he de permanecer aquí?
-Silla. -Le había llevado un segundo contestar, como si buscase la palabra en un diccionario invisible.
Hice otras peticiones. Necesitaba más agua fresca, dije, y algo equivalente al jabón; y pedí -esperando que me la denegasen- una navaja para afeitarme.
Nebogipfel se fue. Cuando volvió trajo mantas y una silla; y después de mi siguiente periodo de sueño encontré una bandeja más, la tercera, que contenía más agua.
Las mantas estaban hechas de una sustancia suave, de fabricación demasiado delicada para averiguar si habían sido tejidas. La silla -una cosa simplemente recta- por su peso podría haber sido de madera ligera, pero su superficie roja era recta y no tenía defectos, y no pude arrancar la pintura con la uña ni encontrar uniones, clavos, tornillos o molduras; parecía haber sido construida de una sola pieza por un proceso desconocido. Por lo que respecta al baño, el agua extra vino sin jabón, y no hacía espuma, pero el líquido tenía un tacto suave, y sospeché que lo habían tratado con algún detergente. Por un pequeño milagro, el agua estaba tibia, y permaneció así durante todo el tiempo.
No me trajeron la navaja. ¡No me sorprendió!
Cuando Nebogipfel me dejó solo, me desnudé por partes y me lavé el sudor de varios días, así como algunos restos de sangre de Morlock; también aproveché la oportunidad para lavar mi camisa y ropa interior.
De esa forma la vida en la Prisión de Luz se hizo algo más civilizada. Si pueden imaginar que alguien arrojase el contenido de una habitación de hotel barata en medio de un vasto salón de baile, podrán imaginar cómo vivía. Cuando reuní la silla, las bandejas y las mantas tenía algo similar a un nido confortable, y ya no me sentía tan en evidencia. Me acostumbré a colocar la chaqueta en forma de almohada bajo la silla, y podía dormir con la cabeza y los hombros bajo la protección de aquella pequeña fortaleza. La mayor parte del tiempo podía olvidarme de las estrellas bajo los pies -me decía que las luces del suelo eran una ilusión-, pero en ocasiones la

imaginación me traicionaba, y me sentía como si me encontrase a una altura infinita, sólo con el suelo insustancial para detener la caída.
Todo eso era muy ilógico, por supuesto; pero soy humano, ¡y las necesidades deben ajustarse a los miedos y requisitos instintivos de la naturaleza humana!
Nebogipfel lo observó todo. No sabía si sus reacciones demostraban curiosidad o confusión, o incluso algo más remoto, quizá como yo podría vigilar los movimientos de un pájaro al construir su nido.
Y así pasaron los siguientes días -creo que cuatro o cinco- mientras intentaba explicar a Nebogipfel el funcionamiento de la Máquina del Tiempo y trataba de sonsacarle algunos detalles de la historia en que había caído.
Describí las investigaciones en óptica física que me habían llevado al descubrimiento del viaje en el tiempo.
-Se empieza a ver, o se empezaba en mi época, que la propagación de la luz tiene propiedades anómalas -dije-. La velocidad de la luz en el vacío es extremadamente alta, viaja cientos de miles de millas cada *segundo*, pero es finita. Y, aún más importante, como quedó demostrado claramente por Michelson y Morley unos años antes de mi partida, esa velocidad es *isotrópica*...
Me preocupé de explicar con claridad ese asunto. Lo esencial es que la luz, al viajar por el espacio, no se comporta como un objeto material, como, por ejemplo, un tren.
Supongan que un rayo de luz de una estrella lejana llega a la Tierra, digamos en enero, mientras nuestro planeta realiza su órbita alrededor del Sol. La velocidad de la Tierra en su órbita es de unas setenta mil millas por hora. Podrían suponer, si midiesen la velocidad de la luz estelar vista desde la Tierra, que el resultado quedaría *reducido* en esas sesenta mil millas.
De la misma forma, en julio, la Tierra estaría al otro lado de su órbita: se encontraría ahora en el camino del fiel rayo de luz. Si miden nuevamente la velocidad, esperarían descubrir que había *aumentado* con la velocidad de la Tierra.
Bien, si llegasen trenes estelares a la Tierra, eso sería sin duda así. Pero Michelson y Morley demostraron que no es así con la luz de las estrellas. ¡La velocidad de la luz de las estrellas medida desde la Tierra -aunque nos alejemos o nos acerquemos al rayo- *es exactamente la misma*!
Esas observaciones encajaban con el tipo de fenómenos que había descubierto en la plattnerita en los años anteriores -aunque no había publicado el resultado de mis experimentos- y había formulado una hipótesis.
-Uno sólo necesita aflojar las riendas de la imaginación, especialmente en lo que se refiere a las Dimensiones, para darse cuenta de cuáles podrían ser los elementos de una explicación. Después de todo, ¿cómo medimos la velocidad? Simplemente con aparatos que registran los intervalos en diferentes Dimensiones: la distancia recorrida en el Espacio, medida con una simple cinta, y el intervalo en el Tiempo, que puede medirse con un reloj.
»Así que, si aceptamos las pruebas experimentales de Michelson y Morley, tenemos que considerar la velocidad de la luz como una magnitud fija, y *las Dimensiones como algo variable*. El universo se ajusta a sí mismo para que la medida de la velocidad de la luz sea constante.
»Comprendí que eso podía expresarse geométricamente como una torsión de las Dimensiones -levanté la mano, con dos dedos y el pulgar en ángulos rectos-. Si estamos en un sistema de Cuatro Dimensiones, bien, suponga que giramos todo el sistema más o menos así -giré la muñeca-, para que el Largo se coloque donde solía estar el Ancho, y el Ancho donde estaba el Alto, y, aún más importante, la *Duración y una Dimensión del Espacio queden intercambiadas*. ¿Lo ve? Uno realmente no necesita un cambio total, por supuesto, una mezcla de los dos explica el ajuste de Michelson y Morley.
»Mantuve estas especulaciones en privado -le dije-. No soy conocido como teórico. Además, no deseaba publicarlas sin tener una confirmación experimental. Pero hay, había, otros especulando en líneas similares; sé de Fitzgerald en Dublín, Lorentz en Leiden y Henri

Poincaré en Francia, y no pasará mucho tiempo antes de que aparezca una teoría completa que trate de la relatividad de los sistemas de referencia...
»Bien, ésa es la base -de mi Máquina del Tiempo -concluí-. La máquina hace rotar el Espacio y el Tiempo a su alrededor, transformando así el Tiempo en una Dimensión Espacial; ¡y así puede uno viajar al pasado o al futuro con la misma facilidad con la que se conduce una bicicleta!
Me volví a sentar en la silla. Dadas las incómodas circunstancias de la conferencia, me dije, me había defendido bastante bien.
Pero el Morlock no era una audiencia agradecida. Se quedó allí plantado, observándome, mirándome a través de sus gafas azules. Luego, al fin, dijo:
-Bien. Pero ¿exactamente *cómo*?

11

FUERA DE LA PRISIÓN

¡La respuesta me irritó profundamente!
Salté de la silla y comencé a recorrer la prisión. Me acerqué a Nebogipfel, pero me resistí al impulso de hacerle gestos simiescos y amenazadores. Me negué rotundamente a contestar más preguntas hasta que me mostrase aquel mundo Esfera.
-Mire -le dije-, ¿no cree que es un poco injusto? Después de todo, he viajado seiscientos mil años para ver su mundo. ¡Y hasta el momento sólo he visto una colina de noche en Richmond -señalé con la mano toda la oscuridad que me rodeaba-, esto y sus interminables preguntas!
-Véalo de esta forma, Nebogipfel. Sé que quiere que le cuente todo lo relativo a mi viaje en el tiempo, y lo que vi de la Historia hasta su presente. ¿Cómo puedo hacer un relato así si no conozco la conclusión?, y menos aún de aquella otra historia que presencié.
Ahí dejé mi alegato, esperando haberle convencido.
Se llevó la mano a la cara; ajustó con los dedos pálidos la posición de las gafas, como un caballero que se ajustase los quevedos.
-Debo consultarlo -dijo finalmente-. Volveremos a hablar.
Y se fue. Le vi alejarse, pisando silencioso con sus pies desnudos sobre el suelo estrellado.
Después de haber dormido, Nebogipfel volvió. Levantó la mano y me llamó; fue un gesto rígido y poco natural, como si lo hubiese aprendido recientemente.
-Venga conmigo -me dijo.
Con alegría, teñida de no poco miedo, recogí la chaqueta del suelo lleno de estrellas.
Acompañado de Nebogipfel, entré en la oscuridad que me había rodeado durante tantos días. El cono de luz quedó atrás. Eché una mirada al punto de luz que había sido mi inhóspito hogar, con sus bandejas desordenadas, su montón de mantas, y la silla, ¡quizá la única silla de aquel mundo! No diré que sentí nostalgia al alejarme, ya que me había sentido atemorizado y deprimido durante mi estancia en aquella Prisión de Luz, pero me pregunté ciertamente si la volvería a ver.
Bajo nuestros pies, las eternas estrellas se balanceaban como un millón de linternas chinas, sostenidas por la corriente de un río invisible.
Mientras caminábamos, Nebogipfel me dio unas gafas azules como las que él llevaba. Las cogí, pero protesté:
-¿Para qué las necesito? La luz no me deslumbra...
-No son para la luz. Son para la oscuridad. Póngaselas.
Me coloqué las gafas sobre la cara. Estaban hechas de una sustancia flexible con dos aros, que rodeaban el vidrio azul de las gafas propiamente dichas; cuando me las puse, los aros se ajustaron perfectamente alrededor de mi cabeza, manteniéndolas en esa posición.

Librodot

Giré la cabeza. No lo veía todo azul, a pesar de la coloración de las gafas. El cono de luz parecía tan brillante como siempre, y la imagen de Nebogipfel parecía tan clara como antes.
-Parece que no funcionan -le dije.
Como respuesta, Nebogipfel agachó la cabeza.
Yo le seguí, y me falló el paso. Bajo mis pies, y a través del suave suelo, las estrellas resplandecían. Su luz ya no quedaba enmascarada por el brillo del suelo, o por la pobre adaptación de mis ojos a la oscuridad; ¡parecía como si flotase sobre una noche estrellada en alguna montaña de Gales o Escocia! Como pueden suponer, sentí un agudo ataque de vértigo.
Detecté algo de impaciencia en Nebogipfel, parecía ansioso por seguir. Continuamos caminando en silencio.
Me pareció que en unos pocos pasos, Nebogipfel reducía su marcha, y vi, gracias a las gafas, que había una pared a unos pocos pies de nosotros. Me acerqué y toque la superficie negra como el carbón, pero tenía la misma textura y suavidad que el suelo. No podía entender cómo habíamos llegado tan pronto hasta los límites de la cámara. Me pregunté si habíamos caminado sobre algún tipo de pavimento móvil que hubiese ayudado nuestros pasos; pero Nebogipfel no ofreció ninguna información.
-Dígame qué es este lugar, antes de dejarlo -dije.
Su cabeza rubia se volvió hacia mí.
-Una cámara vacía.
-¿De qué tamaño?
-Aproximadamente dos mil millas.
Intenté ocultar mi reacción.¿Dos mil millas? ¿Había estado solo en una celda lo suficientemente grande como para contener un océano?
-Tienen bastante sitio libre -dije con tranquilidad.
-La Esfera es grande -contestó él-. Si está habituado a distancias planetarias, puede que le resulte difícil entender su tamaño. La Esfera ocupa la órbita del planeta que ustedes llamaban Venus. Tiene una superficie equivalente a la de trescientos millones de veces la de la Tierra...
-¿Trescientos millones?
Mi sorpresa sólo obtuvo como respuesta una mirada vacía del Morlock, y algo más de su sutil impaciencia. Comprendía su falta de paciencia, aunque me sentía molesto, y un poco avergonzado. ¡Para el Morlock yo era como un molesto habitante del Congo de viaje por Londres que debe preguntar el uso de hasta los utensilios más simples, como un tenedor o un par de pantalones!
¡Para mí, razoné, la Esfera era una construcción espectacular!, pero también las pirámides lo hubiesen sido para un hombre de Neandertal. Para aquel Morlock satisfecho, la Esfera no era más que parte del mobiliario histórico del mundo, no más destacable que un paisaje domado después de miles de años de agricultura.
Una puerta se abrió ante nosotros (no se echó hacia atrás, entiendan, sino más bien, la pared pareció dividirse, como el diafragma de una cámara) y salimos.
Me quedé boquiabierto y casi vuelvo atrás. Nebogipfel me observaba con su calma analítica habitual.
Desde una habitación del tamaño de un mundo -una habitación que tenía una alfombra de estrellas- millones de rostros Morlock se volvieron hacia mí.

12

LOS MORLOCKS DE LA ESFERA

Librodot

Deben intentar imaginar aquel lugar: una única habitación inmensa, con una alfombra de estrellas y un complejo techo, y todo eso extendiéndose por siempre, sin paredes. Era un lugar de negro y plata, sin ningún otro color. En el suelo había divisiones que llegaban hasta la altura del pecho: no había áreas cerradas, en ningún lugar había nada que pareciese una oficina o una casa.

Y había *Morlocks*, una pálida extensión de ellos, por todo el suelo transparente; sus caras eran como grises copos de nieve desperdigados sobre la alfombra estrellada. Sus voces llenaban el lugar: me inundaba su constante parloteo líquido, casi oceánico, y muy alejado de los sonidos de una garganta humana, y también lejos de la voz seca que Nebogipfel se había acostumbrado a utilizar en mi presencia.

Había una línea en el infinito, completamente recta y un poco difuminada por el polvo y la niebla, donde el Suelo se encontraba con el Techo. Y aquella línea no mostraba el efecto de curvatura que en ocasiones se puede apreciar cuando se examina un océano. Es difícil describirlo -parece que ese tipo de cosas están más allá de la imaginación y sólo pueden ser experimentadas-, pero en aquel momento, allí de pie, supe que *no estaba sobre la superficie de ningún planeta*. No existía un horizonte lejano tras el cual se escondían más filas de Morlocks, como naves que se alejan en el mar; sabía realmente que los contornos cerrados y compactos de la Tierra estaban muy lejos. Mi corazón se hundió y quedé anonadado.

Nebogipfel se acercó a mí. Se había quitado las gafas, y me pareció que lo había hecho con alivio.

-Venga -me dijo amablemente-. ¿Tiene miedo? Esto es lo que quería ver. Pasearemos. Y seguiremos hablando.

Con grandes dudas -me fue muy duro dar un paso al frente y alejarme de las paredes de la inmensa celda- lo seguí.

Causé un gran efecto entre la población. Sus caras pequeñas me rodeaban, con ojos grandes y sin barbillas. Los evitaba al caminar, porque de nuevo sentía temor de esas carnes frías. Algunos intentaron tocarme con largos brazos cubiertos de pelo. Podía oler algo en sus cuerpos, un olor dulce y mustio que me era familiar. Muchos caminaban erguidos como un hombre, aunque algunos preferían caminar como un orangután, con los nudillos rozando el Suelo. Bastantes llevaban arreglado el pelo de la cabeza y la espalda, algunos de la forma severa y recta de Nebogipfel, y otros en estilos más decorativos y fluidos. Pero había uno o dos que llevaban el pelo tan desordenado y sucio como el de cualquier Morlock que hubiera encontrado en el mundo de Weena, y al principio pensé que aquellos individuos eran salvajes, en medio de aquella ciudad-habitación; pero se comportaban tan bien como los demás, y supuse que sus melenas sucias no eran sino un signo de afectación, de la misma forma que un hombre puede dejar que la barba le crezca demasiado.

Me di cuenta que me cruzaba con los Morlocks a mucha velocidad, mucho más rápido de lo que mis pasos me permitían. Casi me caí al darme cuenta. Miré abajo y no vi nada que distinguiese el trozo de Suelo por el que me movía de cualquier otro; pero sabía que debía encontrarme sobre algún tipo de pavimento móvil.

¡La muchedumbre, la caras pálidas de los Morlocks, la ausencia de color, la rectitud del horizonte, mi velocidad sobrenatural a través de aquel extraño paisaje, y sobre todo la ilusión de estar flotando sobre un pozo de estrellas de infinita profundidad, se combinaban para dar la impresión de un sueño! Pero entonces algún Morlock curioso se acercaba demasiado, recibía un soplo de su enfermizo olor y la realidad me aprisionaba de nuevo.

Aquello no era un sueño: estaba perdido, comprendí, varado en un mar de Morlocks; nuevamente tuve que hacer un esfuerzo para seguir caminando, y evitar formar un puño y hundirlo en los rostros curiosos que me rodeaban.

Vi a los Morlocks dedicados a sus misteriosas actividades. Algunos caminaban, algunos hablaban, algunos comían la misma comida insípida y sin interés que me habían dado a mí, tan desinhibidos como gatitos. Esa observación, combinada con la falta total de espacios

Librodot

cerrados, me hizo entender que los Morlocks de la Esfera no tenían necesidad de intimidad, no en el sentido en que la entendemos nosotros.
La mayoría de los Morlocks parecía estar trabajando aunque no pude entender en qué. La superficie de algunas divisiones sostenían paneles de cristal azul brillante, y los Morlocks tocaban con sus dedos de gusano aquellos paneles, o les hablaban. Como respuesta, textos, gráficos a imágenes corrían por el vidrio. En algunos lugares aquellas máquinas extraordinarias eran más desarrolladas y pude ver modelos complejos -aunque no sabía lo que representaban- aparecer en medio del aire. Bajo las órdenes de un Morlock, un modelo podía rotar, o abrirse, mostrando su interior, o deshacerse en un conjunto de cubos flotantes de colores.
Todas esas actividades, como pueden suponer, transcurrían bajo el flujo constante de la lengua líquida y gutural de los Morlocks.
Atravesamos un lugar en el que surgía del Suelo una partición nueva. Se elevó ya completa y acabada como algo que surgiese de un baño de mercurio; cuando el crecimiento hubo terminado se había convertido en una losa de unos cuatro pies de alto con tres de las omnipresentes ventanas azules. Cuando me incliné para mirar a través del Suelo transparente, no pude ver nada bajo la superficie: ninguna caja o mecanismo elevador. Parecía como si hubiese surgido de la nada.
-¿De dónde ha salido? -le pregunté a Nebogipfel.
Lo pensó un poco, buscando evidentemente las palabras.
-La Esfera tiene una *Memoria*. Tiene máquinas que le permiten almacenar esa Memoria. Y la forma de los bloques de datos -se refería a las divisiones- se guarda en la Memoria de la Esfera, para ser recuperada en su forma material cuando se desea.
Para mi diversión, Nebogipfel produjo más extrusiones: ¡sobre una columna vi una bandeja de comida y agua que se elevaba del suelo, como si hubiese sido preparada por un mayordomo invisible!
Me sorprendió la idea de extrusiones del Suelo uniforme. Me recordó la teoría platónica del pensamiento expuesta por algunos filósofos: que cada objeto existe, en algún lugar, como una Forma ideal -la esencia de Silla, el compendio de la Mesidad, y así-, y cuando se fabrica un objeto en nuestro mundo se consultan los modelos almacenados en el supramundo platónico.
Bien, aquí teníamos un universo platónico real: la totalidad de aquella poderosa Esfera solar estaba imbuida de una Memoria divina y artificial. Una memoria por la que me movía al caminar. Y en su interior estaban almacenados los Ideales de cada objeto que pudiese desearse, o al menos que los Morlocks pudiesen desear.
¡Qué conveniente sería fabricar y disolver aparatos a medida que se necesitasen! Mi gran hogar de Richmond podría quedar reducido a una sola habitación. Por la mañana, los muebles del dormitorio podrían desaparecer en la alfombra, para ser reemplazados por el baño, y luego, la mesa de la cocina. Como algo mágico, los diversos aparatos de mi laboratorio podrían fluir de las paredes y el techo, hasta estar listo para trabajar. Podría conjurar la mesa de la cena, con su ambiente de papel pintado y chimenea; ¡y quizá podría fabricarse la mesa ya repleta de comida!
Todas la profesiones de constructores, plomeros, carpinteros y demás desaparecerían en un santiamén. El inquilino -el dueño de esa habitación inteligente- sólo necesitaría un limpiador peripatético (¡aunque quizá la habitación también podría encargarse de eso!), y algún añadido adicional a la memoria mecánica de la habitación para mantenerse al día de las últimas modas...
Y así se desbocó, fuera de mi control, mi fecunda imaginación.
Pronto empecé a sentirme fatigado. Nebogipfel me llevó a un espacio libre -aunque había a mi alrededor Morlocks en la lejanía- y golpeó con el pie en el Suelo. Emergió algo así como un refugio; tenía unos cuatro pies de alto, no más que un techo sobre cuatro pilares gruesos: como una mesa quizá. Bajo la mesa aparecieron mantas y comida. Me metí en la choza agradecido -era el primer lugar cerrado desde mi llegada a la Esfera- y reconocí la

Librodot

consideración de Nebogipfel al proveérmela. Comí la sustancia verde con agua, y me quité las gafas. Quedé inmerso en la oscuridad sin fin del mundo de los Morlocks, y pude dormir con la cabeza sobre la chaqueta enrollada.
Aquel pequeño refugio fue mi hogar durante los días siguientes, mientras continuaba mi recorrido por la ciudad-cámara de los Morlocks con Nebogipfel. Cada vez que me levantaba, Nebogipfel hacía que el Suelo absorbiese nuevamente el refugio, y lo invocaba nuevamente en cada lugar donde parábamos; ¡no teníamos que llevar equipaje! Ya sabía que los Morlocks no dormían, y creo que mis actividades en la choza fueron la fuente de mucha fascinación por parte de los nativos de la Esfera -supongo que de la misma forma que las de un orangután atrapan el ojo de un hombre civilizado-, e intentaban rodearme mientras dormía, acercando sus caras redondas. Me habría sido imposible descansar si Nebogipfel no hubiese permanecido a mi lado para evitar tales visitas.

13

DE CÓMO VIVÍAN LOS MORLOCKS

Durante todos los días que Nebogipfel me condujo por el mundo de los Morlocks nunca encontramos una pared, una puerta o cualquier otra barrera significativa. Tal y como me parecía, permanecimos -durante todo el tiempo- en una misma cámara: pero se trataba de una cámara de tamaño formidable. Y era, en sus generalidades, homogénea, ya que en todas partes encontré la misma alfombra de Morlocks enfrascados en sus oscuras tareas. Sólo los problemas prácticos de tal estructura ya eran sorprendentes. Consideré, por ejemplo, el prosaico problema de mantener una atmósfera consistente y estable, a temperatura, presión y humedad homogéneas en un espacio tan grande. Aun así, Nebogipfel me dio a entender que aquella era sólo una cámara en una especie de mosaico que cubría la Esfera de polo a polo.
Pronto comprendí que no había ciudades en aquella Esfera, en el sentido moderno. La población Morlock se había extendido por aquellas inmensas cámaras, y no había un lugar fijo para una actividad determinada. Si los Morlocks querían utilizar un área de trabajo -o liberarla para otra actividad- los aparatos necesarios podían ser invocados del Suelo, o devueltos a él. De tal forma, más que ciudades, había nodos de población de mayor densidad; nodos que fluían y migraban según fuese necesario.
Después de dormir abandoné el refugio y me senté con las piernas cruzadas en el Suelo, bebiendo agua. Nebogipfel permaneció de pie, sin fatiga aparente. Vi que se nos acercaba una pareja de Morlocks, cuya visión me hizo tragar un sorbo de agua con demasiada rapidez; tosí y gotas de agua me mojaron la chaqueta y los pantalones.
Supongo que aquel par eran realmente Morlocks, aunque completamente diferentes a cualquier Morlock que hubiese visto antes. Nebogipfel tenía algo menos de cinco pies de alto, pero aquellos eran como caricaturas, ¡de una altura de quizá doce pies! Una de las altas criaturas me vio y se dirigió a mí con rapidez, haciendo sonar el entablillado de metal de sus piernas al caminar; pasó por encima de las divisiones como si fuese una enorme gacela.
Se inclinó para mirarme. Sus ojos rojo grisáceo eran tan grandes como platos soperos y me acobardé ante su presencia. De olor penetrante, como a almendras quemadas, tenía los brazos largos y de aspecto frágil, y la piel aparecía como tensada sobre el esqueleto: pude apreciar, bastante bien a través de la piel, el perfil de una tibia de no menos de cuatro pies de largo. Tenía en las piernas entablillados de algún metal blando, evidentemente, para ayudarle a soportar los saltos. Esa bestia atenuada no parecía tener más folículos que un Morlock medio, así que su pelo se repartía sobre la piel de una forma muy desagradable.

Librodot

Intercambió unas pocas sílabas líquidas con Nebogipfel, luego se reunió con su compañero y ambos -volviendo la vista hacia mí en muchas ocasiones- siguieron su camino.
Sorprendido, me volví a Nebogipfel; *incluso* él parecía un oasis de normalidad después de aquella visión.
Nebogipfel dijo:
-Son... -una palabra líquida que no podría repetir - de las latitudes altas. -Volvió la vista hacia nuestros visitantes-. Puede apreciar que no están preparados para estas regiones ecuatoriales. Necesitan tablillas para caminar, y...
-No lo entiendo en absoluto -interrumpí-. ¿Qué tienen de diferente las latitudes altas?
-La gravedad -me dijo.
La Esfera de los Morlocks era, como ya he dicho, una construcción colosal que llenaba la órbita que una vez había ocupado Venus. Y -me contó Nebogipfel- todo el conjunto rotaba sobre un eje. En su momento, el año venusiano había sido de doscientos veinticinco días. ¡Ahora -me comunicó Nebogipfel a gran Esfera rotaba en sólo siete días y trece horas!
-Por lo que la rotación... -empezó a decir Nebogipfel.
-... produce un efecto centrífugo, simulando la gravedad terrestre en el ecuador. Sí -dije-. Lo entiendo.
El giro de la Esfera nos mantenía pegados al Suelo. Pero lejos del ecuador, el círculo de rotación de un punto de la Esfera alrededor del eje era menor, por lo que la gravedad efectiva se reducía: de hecho, la gravedad se hacía cero en los polos de rotación de la Esfera. Y en aquellas extraordinarias regiones de baja gravedad vivían criaturas tan sorprendentes como esos dos Morlocks de paso largo, que se habían adaptado a su ambiente.
Me golpeé la frente con la mano.
-¡A veces creo que soy el mayor tonto que ha existido nunca! -exclamé ante el perplejo Nebogipfel.
No se me había ocurrido preguntar por el origen de mi «peso» en la Esfera. ¿Qué clase de científico no meditaba -ni siquiera observaba adecuadamente- sobre la «gravedad» que, a falta de algo tan conveniente como un *planeta*, lo mantenía pegado a la superficie de la Esfera? Me pregunté qué otras maravillas estaba ignorando, simplemente por el hecho de que no se me ocurría *preguntar*. Y para Nebogipfel, tales maravillas no eran, sin embargo, más que hechos del mundo, no más extraños que una puesta de Sol o las alas de una mariposa.
Le sonsaqué a Nebogipfel detalles sobre la forma de vida de los Morlocks. Fue difícil, ya que ni siquiera sabía qué preguntar. Puede parecer raro, pero ¿cómo podía preguntar, por ejemplo, sobre las máquinas que formaban el Suelo? Dudaba que mi lengua tuviese los conceptos adecuados para plantear la pregunta, de la misma forma que un hombre de Neandertal no dispondría de las herramientas lingüísticas para preguntar por el funcionamiento de un reloj. Y en lo que se refiere a las disposiciones sociales y de otro tipo que, de forma invisible, guiaban la vida de los millones de Morlocks de aquella inmensa cámara, me eran tan desconocidas como los movimientos sociales, los cables del teléfono y el telégrafo, las compañías de mensajeros y demás para un miembro de una tribu de África Central que llegase a Londres. ¡Incluso su sistema de alcantarillado me era un misterio!
Le pregunté a Nebogipfel cuál era la forma de gobierno de los Morlocks.
Me explicó -creo que con algo de condescendencia- que la Esfera era lo suficientemente grande para que muchas «naciones» de Morlocks tuviesen su lugar. Dichas «naciones» se diferenciaban principalmente por la forma de gobierno que habían elegido. Casi todas tenían alguna forma de proceso democrático. En algunas áreas se elegía un parlamento representativo por sufragio universal, muy similar a nuestro Parlamento de Westminster. En otros lugares, el voto se reservaba para una elite, formada por aquellos considerados por temperamento o educación como superiores: creo que nuestro ejemplo más cercano serían las repúblicas clásicas, o quizá la República ideal imaginada por Platón; y debo admitir que esa aproximación me resultaba atrayente.

Pero en la mayoría de las áreas, las maquinarias de la Esfera habían hecho posible una forma real de sufragio universal, en la que los habitantes se mantenían informados sobre los debates en curso por medio de las ventanas azules, y de la misma forma registraban sus preferencias. Por tanto el gobierno funcionaba a trozos, con cada decisión sujeta al deseo de la población.
Desconfié de ese sistema.
-¡Seguro que hay algunos a los que no se les puede dar tal autoridad! ¿Qué pasa con los locos o los deficientes mentales?
Me miró con cierta formalidad.
-No tenemos tales debilidades.
Me sentí deseoso de desafiar aquella utopía, ¡incluso en su mismo corazón!
-¿Y cómo se aseguran de eso?
No me contestó de inmediato. En su lugar, siguió hablando.
-Cada miembro adulto de la población es racional y capaz de tomar decisiones por otros, y se espera que así lo haga. Ante tales hechos, la forma más pura de democracia no sólo es posible, sino aconsejable, ya que muchas mentes se combinan para tomar mejores decisiones que una sola.
-¿Y esos Senados y Parlamentos que me ha descrito? -bufé.
-No todos están de acuerdo en que la forma de gobierno de esta parte de la Esfera sea ideal -dijo-. ¿No es ésa la esencia de la libertad? No todos sentimos suficiente interés por la mecánica del gobierno como para querer participar; y para algunos, confiar el poder a otros por representación, a incluso sin representación, es preferible. Se trata de una opción válida.
-Bien. ¿Qué pasa cuando esas posibilidades entran en conflicto?
-*Tenemos sitio* -dijo-. No debe olvidarlo; todavía está dominado por los prejuicios de habitante de un planeta. Cualquier descontento puede irse y establecer un sistema rival en algún otro sitio...
Aquellas «naciones» de los Morlocks eran fluidas: los individuos entraban y salían a medida que cambiaban sus preferencias. No había territorios establecidos o posesiones, ni siquiera fronteras fijas, por lo que pude ver; las «naciones» no eran sino meros grupos de conveniencia repartidos por la Esfera.
No había guerras entre los Morlocks.
Me llevó algún tiempo creerlo, pero finalmente me convencí. No había razones para la guerra. Gracias a los mecanismos del Suelo no había escasez de provisiones, por lo que ninguna «nación» podía invocar ganancias económicas. La Esfera era tan inmensa que el espacio vacío era casi ilimitado, por lo que no tenían sentido las disputas territoriales. Y -más importante- las mentes de los Morlocks se veían libres de la corrupción de la religión, que tantos conflictos ha causado a lo largo de los siglos.
-Entonces, no tienen dios -le dije a Nebogipfel, con algo de entusiasmo: aunque tengo algunas tendencias religiosas, ¡me imaginaba escandalizando a los clérigos de mi época con mi relato de la conversación!
-No tenemos *necesidad* de dios -me respondió Nebogipfel.
Los Morlocks consideraban una mente religiosa -en oposición a un estado racional- como una *característica* hereditaria, sin más significado intrínseco que los ojos azules o el pelo castaño.
Cuanto más me lo explicaba Nebogipfel, mejor me parecía.
¿Qué idea de dios ha sobrevivido a lo largo de la evolución mental de la humanidad? Precisamente la que satisface la vanidad humana al conjurarla: un dios con poder inmenso, y sin embargo obsesionado con los asuntos humanos. ¿Quién podría adorar a un dios frío, aunque omnipotente, si no se interesase por los problemas de los humanos ?
Uno podría suponer que en una lucha entre humanos *racionales* y humanos *religiosos*, los racionales ganarían. Después de todo, ¡fue la racionalidad la que inventó la pólvora! Y sin embargo -al menos hasta el siglo diecinueve-, las tendencias religiosas han ganado generalmente, y la selección natural ha actuado, dejándonos con una población de corderos

Librodot

inclinados hacia la religión, capaces -o al menos me lo parecía a veces- de dejarse seducir por un predicador con labia.
La paradoja se explica porque la religión da a los hombres una meta por la que luchar. El hombre religioso empapará un trozo de tierra «sagrada» con su sangre, sacrificando más que el valor económico de la tierra, o cualquier otro valor.
-Pero nosotros hemos superado esa paradoja -me dijo Nebogipfel-. Hemos dominado nuestra herencia: ya no nos guía nuestro pasado, ni en nuestros cuerpos ni en nuestras mentes...
¡Pero no medité sobre esa intrigante idea -la pregunta evidente era: «Sin dios, ¿cuál es el propósito de sus vidas?»- porque me extasiaba pensar que al señor Darwin, con todos sus críticos en la Iglesia, le hubiese encantado presenciar el triunfo final de sus ideas sobre los Religionistas!
De hecho, mi comprensión del verdadero propósito de la civilización de los Morlocks no llegaría hasta más tarde.
Me impresionó, sin embargo, todo lo que vi de aquel mundo artificial de los Morlocks. Y no estoy seguro de haber reflejado mi admiración en este relato. Aquella raza de Morlocks había conquistado realmente sus debilidades heredadas; habían dejado a un lado el legado de la bestia -el legado que les dejamos *nosotros*- y habían conseguido una estabilidad y unas capacidades casi inimaginables para un hombre de 1891: para un hombre como yo, que había crecido en un mundo dividido cada día por las guerras, la avaricia y la incompetencia.
Y ese dominio de su propia naturaleza era aún más sorprendente en contraste con aquellos otros Morlocks -los Morlocks de Weena- que se habían, evidentemente, hundido en la bestia interior, a pesar de sus aptitudes para la mecánica.

14

CONSTRUCCIONES Y DIVERGENCIAS

Discutí sobre la construcción de la Esfera con Nebogipfel.
-Imagino grandes obras de ingeniería para desmontar los grandes planetas, Júpiter y Saturno, y...
-No -contestó Nebogipfel-. No se realizaron tales obras; los planetas primarios, de la Tierra hacia fuera, todavía giran alrededor del corazón del Sol. No hubiese habido materia suficiente en todos los planetas juntos ni siquiera para comenzar la construcción de un ente como esta Esfera.
-Entonces, ¿cómo...?
Nebogipfel me describió cómo el Sol había sido rodeado por una gran flota de naves capaces de navegar por el espacio, que incluían en su diseño inmensos imanes -que se basaban en circuitos eléctricos que de alguna forma tenían una resistencia igual a *cero*- . No puedo ni imaginarlo. La naves giraron alrededor del Sol con velocidad creciente, y un anillo de magnetismo se formó alrededor del diafragma de millones de millas del Sol. Y, como si la gran estrella no fuese más que una fruta madura sostenida en un puño, se obligó a que grandes fuentes de material solar, magnético por sí mismo, fluyesen por los polos de la estrella.
Más flotas de naves manipularon aquella inmensa nube de material robado, dándole la forma de una cáscara; y la cáscara fue comprimida, usando nuevamente campos magnéticos, para convertirla en la estructura sólida que tenía a mi alrededor.
El Sol encerrado todavía brillaba, ya que incluso las enormes masas necesarias para construir aquel artefacto no eran sino una fracción invisible de su volumen total; y en el interior de la Esfera, brillaba eternamente la luz del Sol sobre continentes gigantescos, cada uno de los cuales podría tragarse millones de Tierras.

Librodot

Nebogipfel dijo:
-Un planeta como la Tierra sólo puede captar una fracción infinitesimal de la luz solar, mientras que el resto se pierde, malgastado, en el desagüe del espacio. Ahora, toda la energía del Sol queda atrapada en la Esfera. Y ésa es la principal justificación para su construcción: *hemos dominado una estrella*...
En un millón de años, me contó Nebogipfel, la Esfera atraparía suficiente materia solar para incrementar su grosor en una cientoventicincoava parte de pulgada; ¡una pequeña capa invisible pero que cubriría un área formidable! La materia solar, convenientemente transformada, se empleaba para proseguir con la construcción de la Esfera. Mientras tanto, parte de la energía solar se usaba para mantener el Interior de la Esfera y para alimentar los distintos proyectos de los Morlocks.
Con algo de emoción, relaté lo que había visto en mi viaje a través del futuro: el incremento en el brillo del Sol, los géiseres de los polos y, finalmente, cómo el Sol se había desvanecido en la oscuridad, al ser encerrado en la Esfera.
Nebogipfel me miró con lo que me pareció envidia.
-Así que -dijo- realmente presenció la construcción de la Esfera. Se precisaron diez mil años...
-Pero para mí en la máquina no fueron sino unos pocos latidos del corazón.
-Me ha dicho que éste es su segundo viaje al futuro, y que en el primero vio diferencias.
-Sí -me enfrentaba de nuevo a ese confuso enigma-. Diferencias en el desarrollo de la historia... Nebogipfel, cuando viajé por primera vez al futuro, *su Esfera nunca fue construida*.
Resumí para Nebogipfel cómo había viajado anteriormente más allá del 657.208 d. C. Durante aquel primer viaje, había presenciado la colonización de la Tierra por una marea verde, al ser eliminado el invierno y el Sol hacerse más brillante. Pero al contrario que en el segundo viaje- no vi señales de cambios en la inclinación del eje de la Tierra, ni tampoco la reducción de su rotación. Y, lo más evidente, sin que la Esfera hubiese sido construida, la Tierra había permanecido iluminada y no se había exiliado a la oscuridad fúnebre de los Morlocks.
-Y -le dije a Nebogipfel-, llegué al año 802.701 d. C., ciento cincuenta mil años en su futuro. ¡Pero no creo que si ahora avanzase esa distancia me encontrase de nuevo con aquel mundo!
Le conté a Nebogipfel lo que había visto en el mundo de Weena, con sus Elois y Morlocks degradados. Nebogipfel lo meditó.
-Tal situación no se ha dado en la evolución de la humanidad, en toda su historia, mi historia -dijo-. Y ya que la Esfera, una vez construida, se automantiene, es difícil imaginar que en nuestro futuro se produzca esa caída en el barbarismo.
-Ahí lo tiene -asentí-. He viajado a través de dos versiones incompatibles de la historia. ¿Puede la historia ser deformada como el barro sin cocer?
-Puede que sí -murmuró Nebogipfel-. ¿Cuando regresó a su época, 1891, llevó consigo alguna prueba de sus viajes?
-No demasiado -admití-. Pero volví con algunas flores, pequeñas bellezas blancas como malvas, que Weena... que una Eloi me había colocado en el bolsillo. Mis amigos las examinaron. Las flores pertenecían a un orden que no podían identificar y recuerdo que se sorprendieron con el gineceo...
-¿Amigos? -dijo cortante Nebogipfel- ¿Dejó un relato de su viaje antes de embarcar de nuevo?
-Nada por escrito. Pero a mis amigos les hice un relato completo del viaje, durante la cena. -Sonreí-. Y si conozco a uno de ellos, sé que todo quedará escrito en una forma popular o sensacionalista, incluso puede que presentado como ficción...
Nebogipfel se me acercó.
-Entonces -me dijo, con su voz tranquila extrañamente dramática-, ahí está la explicación.
-¿Explicación?
-Para la diferencia de las historias.
Me enfrenté a él, horrorizado por el entendimiento.

-Quiere decir que con mi relato... mi profecía... ¿*he cambiado la historia*?
-Sí. Con ese aviso, la humanidad se las arregló para evitar la degradación y el conflicto que dio lugar al mundo cruel y primitivo de Elois y Morlocks. En su lugar, seguimos creciendo; en su lugar, hemos dominado el Sol.
Me sentí incapaz de enfrentarme a las consecuencias de aquella hipótesis, aunque su verdad y claridad me parecieron evidentes. Grité:
-Pero algunas cosas son iguales. ¡Los Morlocks todavía viven en la oscuridad!
-No somos Morlocks -dijo Nebogipfel con suavidad-. No como los recuerda. Y, en lo que se refiere a la oscuridad, ¿qué necesidad tenemos de un torrente de luz? *Elegimos* la oscuridad. Nuestros ojos son instrumentos de precisión, capaces de revelar una gran belleza. Sin el brillo brutal del Sol, las sutilezas del cielo pueden ser apreciadas por completo...
No tenía ganas de aguijonear a Nebogipfel y debía enfrentarme a la verdad. Me miré las manos: grandes objetos castigados y arañados por décadas de trabajo. ¡Mi único propósito, al que había dedicado el esfuerzo de aquellas manos, había sido explorar el tiempo! Ver cómo sucederían las cosas en una escala cosmológica, más allá de las breves décadas de mi vida. Pero, o eso parecía, había conseguido mucho más.
Mi invento era mucho más poderoso que una simple máquina para viajar en el tiempo: ¡era una máquina de historia, una destructora de mundos!
Había asesinado el futuro: había usurpado, comprendí, más poderes que los del propio Dios (si podemos creer a Santo Tomás de Aquino). Al torcer el curso de la historia, había borrado miles de millones de vidas por nacer, vidas que ahora ya nunca serían.
No podía soportar el vivir sabiéndolo. Siempre he sentido desconfianza del *poder personal* -nunca he conocido a un hombre lo suficientemente sabio como para confiárselo-, pero ahora ¡me había arrogado poderes mayores que los de ningún hombre que haya vivido nunca!
Si recuperaba la Máquina del Tiempo -me prometí a mí mismo- volvería al pasado para realizar un último y definitivo ajuste en la historia, y eliminar mi desarrollo de ese artefacto infernal.
...Y comprendía también que ya *nunca* recuperaría a Weena. No sólo había provocado su muerte, ¡sino que también había eliminado su propia existencia!
En aquel tumulto de emociones, el dolor de esa pequeña pérdida se destacaba claro y dulce, como las notas de un oboe en medio del clamor de una gran orquesta.

15

VIDA Y MUERTE ENTRE LOS MORLOCKS

Un día, Nebogipfel me llevó a lo que, posiblemente, fuese lo más inquietante que vi en la ciudad-cámara.
Nos acercamos a un área, tal vez de media milla cuadrada, donde las divisiones parecían más bajas de lo normal. Al acercarnos, comencé a notar un incremento en el nivel de ruido -un balbuceo de gargantas líquidas- y un aumento acusado del olor a Morlock, dulzón y mustio. Nebogipfel hizo que nos detuviéramos en el borde de aquel espacio.
Con mis gafas podía ver que la superficie del área estaba viva -se movía-, con las formas retorcidas, lloriqueantes y tambaleantes de bebés. Había miles de infantes Morlock, agarrándose con las pequeñas manos y pies al pelo suelto de los otros. Se revolcaban, como monos jóvenes, y utilizaban versiones infantiles de las divisiones informativas que ya he descrito, o se metían comida en las bocas oscuras; aquí y allá se paseaban adultos por entre la multitud, levantando a los que se habían caído, resolviendo una disputa o calmando unos llantos.

Contemplé perplejo aquel mar de niños. Quizás una colección de niños humanos pudiese atraer a alguien -no a mí, que soy un soltero perpetuo-, *pero aquellos eran Morlocks*... Deben recordar que un Morlock no es un ente atractivo para la sensibilidad humana, incluso de niño, con sus carnes con la palidez de un gusano, su frialdad al tacto y el aspecto de tela de araña de su pelo. ¡Si piensan en una gigantesca mesa cubierta de gusanos retorcidos, podrán tener una idea de mi impresión!
Me volví a Nebogipfel.
-Pero ¿dónde están sus padres?
Vaciló como buscando la expresión adecuada.
-No tienen padres. Ésta es una *granja de nacimiento*. Cuando sean lo suficientemente mayores, serán llevados a una guardería, ya sea en la Esfera o...
Pero ya no le escuchaba. Miré a Nebogipfel de arriba abajo, pero su pelo me ocultaba la forma de su cuerpo.
Maravillado, comprendí otro de esos hechos que había tenido delante de los ojos desde mi llegada, pero que mi inteligencia superior no me dejaba percibir: No había pruebas de diferenciación sexual, no en Nebogipfel, ni en ninguno de los Morlocks que había visto, ni tampoco en los visitantes de baja gravedad, cuyos cuerpos apenas estaban cubiertos por el pelo y eran fáciles de explorar. El Morlock medio estaba construido igual que un niño, sin diferenciación sexual, con la misma falta de énfasis en las caderas o en el pecho... ¡Comprendí que no sabía nada -ni se me había ocurrido preguntar- del proceso de amor y nacimiento de los Morlocks!
Nebogipfel me contó entonces algo del proceso de crianza y educación de los jóvenes Morlocks.
Los Morlocks comenzaban su vida en aquellas granjas de nacimiento y guardería -toda la Tierra, recordé con dolor, era una de ellas- y allí, además de los rudimentos del comportamiento civilizado, al joven se le enseñaba la habilidad esencial: la capacidad de aprender. Como si a un escolar del siglo diecinueve, en lugar de haberle metido en la cabeza un montón de tonterías sobre latín, griego u oscuros teoremas geométricos, se le hubiese enseñado a concentrarse, a usar una biblioteca y los mecanismos para asimilar el conocimiento, y sobre todo cómo pensar. Después de eso, la adquisición de un conocimiento en particular dependería de las necesidades de la tarea, y de la inclinación del individuo.
Cuando Nebogipfel me lo resumió, su lógica simple me sorprendió casi físicamente. ¡Por supuesto! -me dije-. ¡Para qué queremos escuelas! ¡Qué contraste con los campos de batalla de la ignorancia y la incompetencia que fueron mis días escolares!
Quise preguntarle a Nebogipfel por su profesión.
Me explicó que una vez que se había establecido mi fecha de origen, se había convertido, a partir de los registros de su pueblo, en un experto en mi periodo y sus costumbres; y había comprendido varias diferencias entre nuestras razas.
-Nuestras ocupaciones no nos absorben tanto como las de ustedes -dijo-. Tengo dos amores... dos vocaciones. -Sus ojos eran invisibles, lo que hacía más difícil leer sus emociones.
Dijo:
-La física y la educación de los jóvenes.
La educación, y el aprendizaje de todo tipo, continuaba a lo largo de la vida de un Morlock, y no era extraño que un individuo siguiese tres o cuatro «carreras», como las llamaríamos nosotros, una tras otra, o incluso en paralelo. El nivel general de inteligencia de los Morlocks era, tuve la impresión, bastante mayor que el de las gentes de mi propio siglo.
Aun así, las vocaciones de Nebogipfel me sorprendieron. Había creído que Nebogipfel sólo se especializaba en la ciencia física, tal era su habilidad pare seguir mi relato inconexo dé la teoría de la Máquina del Tiempo y la evolución de la historia.
-Dígame --dije con ligereza-, ¿por cuál de sus talentos se le asignó pare supervisarme? ¿Por su experiencia en física o su habilidad pare la educación?
Me pareció que la boca negra de dientes pequeños se extendió en una sonrisa.

Librodot

Y la verdad me golpeó, y algo de humillación me quemó al pensarlo. Soy un hombre eminente de mi época, ¡y sin embargo me habían puesto a cargo de alguien con experiencia en cuidar niños!

...Y sin embargo, reflexioné, ¿qué fueron mis actos,-al llegar al año 657.208 sino las acciones de un niño?

Nebogipfel me llevó a una esquina de la guardería. Aquel lugar especial estaba cubierto por una estructura del tamaño y forma de un pequeño invernadero, fabricado con el material pálido y translúcido del Suelo. De hecho, era una de las pocas zonas de la ciudad-cámara que estaba cubierta. Nebogipfel me llevó al interior de la estructura. El refugio carecía de muebles o aparatos, exceptuando una o dos de las divisiones con pantallas brillantes que ya había visto en otras partes. Y en el centro del Suelo se encontraba lo que parecía ser un pequeño bulto -de ropas, quizá- que surgía del vidrio.

Vi que los Morlocks que atendían aquel lugar tenían una actitud más seria que los que cuidaban de los niños. Sobre el pelaje llevaban batas sueltas -prendas como chalecos con muchos bolsillos- llenas de herramientas de propósito desconocido pare mí. Algunas de las herramientas brillaban débilmente. Aquel tipo de Morlock parecía tener un aire de ingeniero, pensé: un extraño atributo en un mar de bebés; y aunque se distraían con mi torpe presencia, los ingenieros vigilaban el pequeño bulto del Suelo, y periódicamente pasaban instrumentos por encima de él.

Habiendo captado mi curiosidad, me acerqué al bulto. Nebogipfel se echó atrás, dejándome continuar solo. La cosa apenas tenía unas pocas pulgadas de largo, y todavía estaba medio metida en el vidrio, como una escultura a medio tallar de un trozo de roca. Es más, se parecía un poco a una estatua: tenía los brotes de los brazos, y lo que podría convertirse en la cara, un disco cubierto de pelo y dividido por una fina boca. La extrusión del bulto parecía lenta, y me pregunté qué dificultad presentaba pare la maquinaria oculta el fabricar aquel artefacto en particular. ¿Era quizás especialmente complejo?

Y entonces -fue un momento que me atormentará mientras viva- *la diminuta boca se abrió*. Los labios se separaron con un ruido suave, y un llanto, más débil que el del más pequeño de los pollitos, se elevó en el aire; y la cara en miniatura se arrugó como si sufriese una incomodidad.

Me eché atrás, tan sorprendido como si me hubiesen golpeado.

Parece que Nebogipfel había previsto mi sorpresa. Dijo:

-Debe recordar que se encuentra medio millón de años en el futuro: la distancia entre nosotros es diez veces la edad de su especie...

-Nebogipfel, ¿cómo puede ser cierto? ¿Sus jóvenes, *usted mismo*, surgen del Suelo, son *fabricados* como una taza de agua sin mayor ceremonial?

Los Morlocks realmente habían «dominado su herencia genética», pensé: habían abolido los sexos y eliminado el nacimiento.

-Nebogipfel -protesté-, esto es... *inhumano*.

Inclinó la cabeza. Evidentemente, aquella palabra no significaba nada pare él.

-Nuestra política está diseñada pare optimizar el potencial de la Forma humana... *porque también somos humanos* -dijo con severidad-. La forma viene dada por una secuencia de un millón de genes, v por lo tanto, aunque el número de individuos diferentes es grande, es finito. Y todos esos individuos pueden ser... -vaciló- imaginados por la inteligencia de la Esfera.

La sepultura, me dijo, también era asunto de la Esfera.

Los cuerpos abandonados de los muertos pasaban al Suelo sin ceremonia o reverencia, para ser desmantelados y sus materiales reutilizados.

-La Esfera reúne los materiales necesarios pare dar vida al individuo elegido, y...

-¿Elegido? -Me enfrenté al Morlock, y la rabia y la violencia que había suprimido de mi ánimo volvieron nuevamente a mi alma-. ¿Qué más han racionalizado, Morlock? ¿Qué pasa con la ternura? ¿Con el amor?

16

DECISIÓN Y PARTIDA

Salí de la horrenda habitación de nacimiento y miré fijamente la inmensa ciudad-cámara, con sus ejércitos de Morlocks dedicados a incomprensibles tareas. Quise gritarles, romper su repugnante *perfección*; pero supe, incluso en aquel triste momento, que no podía permitir que su imagen de mi comportamiento se deteriorase aún más.

Quise huir incluso de Nebogipfel. Se había mostrado amable y considerado conmigo. Quizá más de lo que merecía, y más de lo que los hombres de mi propia época hubiesen dispensado para un salvaje violento de medio millón de años antes de Cristo. Aun así, él había estado fascinado y divertido por mis reacciones al proceso de nacimiento. ¡Puede que hubiese preparado aquella revelación para provocar en mí emociones tan extremas! Bien, si ésa era su intención, Nebogipfel había triunfado. Pero ahora la humillación y la rabia irracional eran tales que apenas podía mirar su cuidada figura.

Aun así, ¡no tenía adónde ir! Me gustase o no, lo sabía, Nebogipfel era mi único punto de referencia en aquel extraño mundo de Morlocks: el único individuo vivo cuyo nombre conocía y -por lo que sabía de la política de los Morlocks- mi único protector.

Quizá Nebogipfel sintió esos conflictos en mí. De cualquier forma, no me impuso su compañía; en su lugar, se volvió a invocó nuevamente la pequeña choza para dormir. Me metí en ella y me senté en la esquina más oscura, con los brazos a mi alrededor: ¡acobardado como un animal de bosque llevado a Nueva York!

Permanecí allí durante varias horas. Puede que durmiese. Finalmente, sentí que volvía algo de mi seguridad espiritual, por lo que comí un poco y me lavé.

Creo -antes del incidente de la granja de nacimiento- que me habían intrigado mis atisbos del mundo de los Morlocks. Siempre me había considerado sobre todo un hombre racional, y me fascinaba la visión de una sociedad de seres racionales capaces de dirigir su existencia, de cómo la ciencia y la ingeniería podían ser empleadas para crear un mundo mejor. Por ejemplo, me había impresionado la tolerancia de los Morlocks con las distintas formas de gobierno. Pero la visión de aquel homúnculo a medio formar me había trastornado. Quizá mi reacción demostraba cuán profundamente inscritos están los valores a instintos de nuestra especie.

¡Si era cierto que los nuevos Morlocks habían conquistado su herencia genética, la corrupción de los viejos océanos, entonces, en aquel momento de agitación interior, envidié su ecuanimidad!

Supe entonces que debía escapar de la compañía de los Morlocks -podían tolerarme, pero allí no había lugar para mí, no más que para un gorila en un hotel de Mayfair- y tomé una nueva decisión.

Salí del refugio. Nebogipfel estaba allí, esperando, como si no se hubiese alejado. Con un roce de la mano sobre un pedestal hizo que el refugio se disolviese en el Suelo.

-Nebogipfel -dije con sequedad-, debe parecerle evidente que aquí estoy tan fuera de lugar como un animal escapado de un zoo que corriese libre por la ciudad.

No dijo nada; su mirada impasible.

-A menos que tengan la intención de retenerme como prisionero, o como un espécimen de laboratorio, no deseo permanecer aquí. Pido que me den acceso a la Máquina del Tiempo, para que pueda volver a mi propia época.

-No es usted un *prisionero* -dijo-. Esa palabra no tiene traducción en nuestra lengua. Usted es un ser sensible, y como tal tiene derechos. El único límite a su comportamiento es que no debe volver a dañar a otros con sus actos...

-Límite que acepto -dije.

-... y -continuó- que no partirá en su máquina.
-Entonces, no tengo derechos -dije con un gruñido-. Soy un prisionero aquí... ¡y un prisionero en el tiempo!
-Aunque la teoría del viaje en el tiempo está clara, y la estructura dinámica de la máquina es evidente, todavía no comprendemos los principios -dijo el Morlock. Supuse que eso significaba que todavía no entendían el papel de la plattnerita-. Pero creemos que esa tecnología podría ser de gran valor para nuestra especie.
-¡Ya lo creo!
Tuve una súbita visión de aquellos Morlocks, con sus dispositivos mágicos y aterradoras armas, volviendo en Máquinas del Tiempo al Londres de 1891.
Los Morlocks mantendrían a la humanidad segura y alimentada. ¡Pero, privado de su alma, y quizá de sus hijos, preveía que el hombre moderno no sobreviviría más allá de unas pocas generaciones!
El horror ante esa posibilidad hizo que mi sangre se acelerase, pero incluso en aquel momento una parte remota y racional de mi mente me señalaba varias dificultades. «Mira -me dije-, si así fuesen destruidos todos los hombres modernos -y el hombre moderno es el antecesor de los Morlocks- los Morlocks no podrían existir, por lo que no podrían capturar mi máquina y volver en el tiempo... Es una paradoja, ¿no? No puedes tener ambas cosas.» Deben recordar que en alguna parte de mi cerebro seguía fermentando el problema de mi segundo viaje en el tiempo -con la divergencia de historias que había presenciado-, y estaba seguro de que mi comprensión de la filosofía del viaje en el tiempo era en el mejor de los casos todavía limitada.
Eché a un lado esos pensamientos y me enfrenté a Nebogipfel.
-*Nunca. Nunca* les ayudaré a obtener el viaje en el tiempo.
Nebogipfel me miró fijamente.
-Entonces, dentro de las limitaciones que le hemos impuesto, es libre de viajar a cualquier lugar de nuestros mundos.
-En ese caso, me gustaría que me llevase a un lugar, dentro de este sistema solar rediseñado, donde todavía existan hombres como yo.
Creo que lancé ese desafío esperando que se me negase tal posibilidad. Pero, ante mi sorpresa, Nebogipfel se acercó a mí.
-No exactamente como usted -dijo-. Aun así... venga.
Y echó a andar por el inmenso y poblado plano. Pensé que sus palabras finales habían sido algo más que ominosas, pero no podía entender qué quería decir y, de cualquier forma, no me quedaba más elección que seguirle.
Llegamos a un área vacía de más o menos un cuarto de milla de ancho. Ya hacía tiempo que había perdido el sentido de la orientación dentro de la inmensa ciudad-cámara. Nebogipfel llevaba sus gafas y yo las mías.
De pronto, sin previo aviso, un rayo de luz bajó del techo y nos iluminó. Miré a la cálida luz amarilla, y vi motas de polvo caer en cascada desde el aire; por un momento pensé que había vuelto a la Prisión de Luz.
Esperamos unos segundos -no pude ver que Nebogipfel había dado una orden a las invisibles máquinas que controlaban el lugar hasta que el Suelo bajo mis pies dio una sacudida. Tropecé, parecía un pequeño terremoto y fue inesperado; pero me recuperé con rapidez.
-¿Qué fue eso?
Nebogipfel permanecía imperturbable.
-Quizá debí advertirle. Hemos comenzado el ascenso.
-¿*Ascenso*?
Pude ver entonces que un disco de vidrio, de un cuarto de milla de diámetro aproximadamente, se elevaba del Suelo, llevándonos a Nebogipfel y a mí a lo alto. Parecía como si estuviese sobre un inmenso pilar que surgiese del suelo. Ya nos habíamos elevado

unos diez pies, y nuestro viaje hacia arriba parecía estar acelerándose; sentí en la frente un ramalazo de brisa.
Me acerqué al borde del disco para admirar cómo se abría a nuestros pies la inmensa y compleja planicie de los Morlocks. La cámara se extendía más allá del límite de mi visión, completamente plana y poblada regularmente. El Suelo parecía un mapa detallado, quizás de las constelaciones, dibujadas con hilos de plata y terciopelo negro, y de fondo las verdaderas estrellas. Una o dos caras plateadas estaban vueltas hacia nosotros, pero la mayoría de los Morlocks parecían indiferentes.
-Nebogipfel, ¿adónde vamos?
-Al Interior -dijo con calma.
Era consciente de un cambio en la luz. Parecía mucho más brillante, y más difusa, ya no estaba limitada a un solo rayo, como podría ser en el fondo de un pozo.
Estiré el cuello. El disco de luz se ensanchaba a ojos vistas, por lo que ya podía ver un anillo de cielo, alrededor del Sol. El cielo era azul, y estaba moteado de nubes altas y algodonosas; pero tenía una textura extraña, una mezcla de colores que al principio achaqué a las gafas que todavía llevaba.
Nebogipfel se volvió hacia mí. Golpeó con el pie en la base de la plataforma, y surgió un objeto que no pude reconocer de inmediato. Era un tazón con un palo que le salía del centro. Sólo cuando Nebogipfel lo sostuvo sobre su cabeza lo reconocí como lo que era: un parasol simple, para mantener su carne descolorida a resguardo del Sol.
Con estos preparativos, salimos a la luz -el agujero se amplió-, ¡y mi cabeza del siglo XIX se elevó sobre el césped!

17

EN EL INTERIOR

-Bienvenido al Interior -me anunció Nebogipfel, una figura realmente cómica con su parasol.
El pilar de un cuarto de milla recorrió sus últimas yardas sin ruido. Me sentí elevado como por un ilusionista a un escenario. Me quité las gafas, y me cubrí los ojos con las manos.
La plataforma se detuvo, y sus bordes se confundieron con el prado de hierba corta que la bordeaba con tanta precisión como si los hubiesen hecho con cemento. Mi sombra era una mancha de color negro. Era mediodía, por supuesto; ¡en todo el Interior era mediodía, todos y cada uno de los días! El Sol cegador me castigaba la cabeza y el cuello, pronto me quemaría, pero el placer de esa luz solar valía, por el momento, la pena.
Me volví estudiando el paisaje.
Hierba, una monótona pradera. Hierba por todas partes, hasta el horizonte, sólo que no había horizonte en aquel mundo completamente plano. Levanté la vista, esperando ver cómo el mundo se inclinaba hacia arriba: después de todo, ya no estaba unido a la superficie exterior de una pequeña bola de piedra como la Tierra, sino de pie en el interior de una inmensa cáscara hueca. Pero no aprecié ese efecto óptico; sólo vi más hierba, y quizás algunos grupos de árboles o arbustos en la distancia. El cielo era una planicie de color azul de nubes altas y blancas que se unía a la tierra en una costura de niebla y polvo.
-Me siento como si estuviese de pie sobre una enorme mesa -le dije a Nebogipfel-. Pensé que sería como un paisaje dentro de una taza. ¡Qué paradoja es no poder distinguir si estoy dentro de una gran Esfera o en el exterior de un gigantesco planeta!
-Hay formas de hacerlo -contestó Nebogipfel bajo su parasol-. Mire arriba.
Levanté el cuello. Al principio sólo pude ver el cielo y el Sol; podía haber sido cualquier cielo de la Tierra. Entonces, gradualmente, empecé a distinguir algo *más allá* de las nubes. Las

Librodot

manchas formaban algo así como una acuarela lejana, pintada con azules, grises y verdes, pero con gran detalle, por lo que la mayor de las manchas era empequeñecida por la nube más pequeña. Parecía un mapa... o varios mapas, cosidos juntos y vistos en la lejanía.
Y esa analogía fue la que me condujo a la verdad.
-Es el otro lado de la Esfera, más allá del Sol. Supongo que los colores que veo son los océanos, los continentes, las cadenas montañosas y las praderas, ¡puede que incluso ciudades!
Era un espectáculo sorprendente, como si hubiesen cosido, al igual que pieles de conejo, las cubiertas de piedra de miles de Tierras. No daba la impresión de curvatura, tal era la inmensa escala de la Esfera. Más bien, parecía que me encontraba entre dos capas, entre aquella pradera de hierba y la cubierta del cielo dibujado, con el Sol como una lámpara en medio, ¡y con los abismos del espacio a una o dos millas bajo mis pies!
-Recuerde que cuando mira al otro lado del Interior mira a la distancia de la órbita de Venus -me advirtió Nebogipfel-. A tal distancia, la misma Tierra no sería sino un punto de luz. Muchas de las características topográficas en este lugar están construidas a una escala mucho mayor que la propia Tierra.
-¡Debe de haber océanos que podrían tragarse la Tierra! -medité-.Supongo que las fuerzas geológicas de una estructura como ésta...
-Aquí no hay geología -me interrumpió Nebogipfel-. El Interior y sus paisajes son artificiales. Todo lo que ve fue, esencialmente, diseñado para ser como es. Y conscientemente es mantenido así. -Parecía sorprendentemente reflexivo-. Hay muchas diferencias entre esta historia y la que ha descrito. Pero algunas cosas permanecen igual: éste es un mundo de día perpetuo, en contraste con mi propio mundo de noche. Nos hemos separado en dos especies extremas de Oscuridad y Luz, como en aquella otra historia.
Nebogipfel me llevó al borde del disco de vidrio. Él permaneció en la plataforma con el parasol sobre la cabeza; pero yo pisé valientemente la hierba. La tierra era dura, pero sentí el placer de tener una superficie diferente bajo mis pies, después de días de aquel blando y acogedor Suelo. Aunque corta, la hierba era dura, del tipo que se encuentra cerca de las costas; cuando metí los dedos en el suelo, la tierra resultó ser seca y arenosa. Desenterré un pequeño escarabajo en la fila de agujeritos que había cavado con los dedos; huyó enterrándose más en la arena.
Sopló la brisa por entre la hierba. Noté que no cantaban los pájaros; ni oí el sonido de ningún animal.
-La tierra no es demasiado rica -le grité a Nebogipfel.
-No -dijo. Pero el ... -una palabra líquida que no pude entender- se está recuperando.
-¿Qué ha dicho?
-Me refiero al complejo de plantas, insectos y animales que funcionan juntos, interdependientemente. Sólo han pasado cuarenta mil años desde la guerra.
-¿Qué guerra?
¡Nebogipfel se *encogió de hombros* -sus hombros se agitaron, haciendo que se le moviese el pelo del cuerpo-, un gesto que sólo podía haber aprendido de mí!
-¿Quién sabe? Las causas han sido olvidadas, y tos combatientes, las naciones y sus hijos están todos muertos.
-Me dijo que aquí *no había guerras* -le acusé.
-No entre los Morlocks -dijo-. Pero en el Interior... Ésa fue muy destructiva. Se emplearon grandes bombas. La Tierra fue destruida y toda vida eliminada.
-Pero las plantas, los animales pequeños podrían...
-Todo. No lo entiende. *Todo* murió, menos la hierba y los insectos, en millones de millas cuadradas. Y sólo ahora la Tierra ha vuelto a ser segura.
-Nebogipfel, ¿qué tipo de gente vive aquí? ¿Son como yo?
Hizo una pausa.
-Algunos imitan sus variantes arcaicas. Pero hay incluso formas más antiguas; sé de una colonia de Neandertales reconstruidos, que han reinventado la religión de esa gente... Y hay

algunos que se han desarrollado más que ustedes: que se distinguen tanto de usted como yo, aunque de forma diferente. *La Esfera es amplia*. Si lo desea, le llevaré a una colonia que se aproxime a su propio tipo...

-Oh, ¡no estoy seguro de saber qué quiero! -dije-. Me siento abrumado por este lugar, este mundo de mundos, Nebogipfel. Quiero ver qué puedo entender de él, antes de tomar una decisión sobre mi vida. ¿Lo comprende?

No discutió la propuesta; parecía ansioso por huir de lo luz solar.

-Muy bien. Cuando desee verme de nuevo, vuelva a la plataforma y diga mi nombre.

Y así comenzó mi solitaria residencia en el Interior de la Esfera.

En aquel mundo de perpetuo mediodía no había ciclo de días y moches para marcar el paso del tiempo. Tenía, sin embargo, mi reloj de bolsillo: por supuesto, el tiempo que marcaba no tenía sentido, gracias a mi transferencia por el Espacio y el Tiempo; pero me servía para distinguir periodos de veinticuatro horas.

Nebogipfel había invocado un refugio en la plataforma: una choza simple y cuadrada con una ventana pequeña y una puerta de las que se dilatan. Me dejó una bandeja de comida y agua, y me enseñó a conseguir más: empujaba la bandeja al interior de la superficie -era una sensación extraña- y pocos segundos después una nueva bandeja aparecía, llena por completo. Ese proceso antinatural me inquietaba, pero no disponía de otra fuente de comida. Nebogipfel también me mostró cómo introducir objetos en la superficie para limpiarlos, e incluso limpió sus propios dedos. Empleaba esa característica para limpiar la ropa y las botas, pero nunca me atreví a insertar una parte de mi cuerpo. La idea de meter una mano o un pie -o aun peor, la cara- en aquella superficie blanda era más de lo que podía soportar, y seguí lavándome con agua.

Aún no tenía material para afeitarme; mi barba había crecido larga y exuberante, pero era una deprimente masa de color gris hierro.

Nebogipfel me mostró también otros usos de las gafas. Al tocar de cierta forma la superficie, podía hacer que aumentasen las imágenes de objetos lejanos, acercándolas, y haciéndolas tan claras como si las tuviese delante. Inmediatamente me puse las gafas y enfoqué lo que creí un grupo de árboles, pero no resultó ser más que una masa de roca, que parecía desgastada o fundida.

Durante los primeros días, me bastaba con estar simplemente allí, en aquel prado herido. Me dediqué a dar largos paseos; me quitaba las botas para disfrutar de la hierba y de la arena entre los dedos, y a menudo me quitaba los pantalones para recibir el calor del sol. ¡Pronto me puse moreno -aunque la proa de mi cabeza, ya con poco pelo, se quemó-,era como una cura de descanso en Bognor!

Por la tarde me retiraba a la choza. Era confortable con la puerta cerrada, y dormía bien, con la chaqueta como almohada y la cálida suavidad de la plataforma debajo.

La mayor parte de mi tiempo lo invertía en inspeccionar el Interior con las gafas de aumento. Me sentaba en el borde de la plataforma, o me tendía en un trozo blando de hierba con la cabeza sobre la chaqueta, y miraba el complicado cielo.

La parte del Interior opuesta a la mía, más allá del Sol, debía de estar en el ecuador de la Esfera; por lo que suponía que aquella región sería la más parecida a la Tierra: donde la gravedad sería más intensa y el aire más denso. La banda central era relativamente estrecha, no más de diez millones de millas de ancho (¡digo «no más» con mucha facilidad, pero sé que la Tierra se perdería, como una mota de polvo, frente a aquel fondo titánico!). Más allá de la banda central, la superficie parecía tener un color gris, difícil de apreciar a través del filtro azul del cielo, y sólo podía distinguir unos pocos detalles. En una de las regiones de alta latitud había una mancha de color plata, con incrustaciones de gris en forma de mares, que, de alguna forma, me recordaba la superficie de la Luna; y en otra un trozo de naranja brillante -casi completamente elíptico- cuya naturaleza no pude entender en absoluto. Recordé a los Morlocks atenuados que había visto, aquellos que venían de la regiones de baja gravedad en la parte exterior de la Esfera, lejos del ecuador; y me pregunté si no habría humanos

distorsionados en aquellos remotos mapas mundiales de baja gravedad en las altas latitudes del Interior.
Cuando me centraba en el cinturón interno terrestre, gran parte de él parecía no estar poblado; podía ver inmensos océanos y desiertos capaces de tragarse mundos, brillando bajo la eterna luz del sol. Aquellas masas de tierra o agua separaban islas-mundo: regiones un poco mayores que la Tierra, si la hubiesen despellejado y extendido su piel sobre la superficie, y que estaban repletas de detalles.
Allí vi un mundo de hierba y bosque, con ciudades de rutilantes edificios que se elevaban sobre los árboles. Allá pude distinguir un mundo prisionero del hielo, cuyos habitantes debían sobrevivir corno mis ancestros en los periodos glaciales de Europa: me pregunté si no se enfriaba al estar montado sobre una plataforma que lo elevaba por encima de la atmósfera. En algunos mundos vi las marcas de la industria: un complejo entramado de ciudades, el humo nebuloso de las fábricas, bahías cosidas por puentes, la estela vaporosa de los barcos en mares atrapados por la tierra y, en ocasiones, una traza de vapor en la atmósfera que supuse debía de ser producida por algún vehículo volador.
Mucho me era familiar, pero algunos mundos estaban más allá del entendimiento.
Vislumbré ciudades que flotaban en el aire, sobre sus propias sombras; y edificios inmensos, que empequeñecerían la Gran Muralla China, que se dejaban caer por el reconstruido paisaje... No podía ni imaginar qué tipo de hombres podría vivir en aquellos lugares.
Algunos días me despertaba bajo una cierta oscuridad. Una gran capa de nubes se cernía sobre la Tierra, y no pasaba mucho antes de que comenzase a caer una lluvia pesada. Pensé que el clima en el Interior debía de estar controlado -como, sin duda, todos los demás aspectos de su funcionamiento-, porque podía imaginar con facilidad las energías ciclónicas que podrían producirse debido al rápido giro del mundo. Caminaba un poco bajo ese clima, disfrutando del sabor del agua fresca. En aquellos días, el lugar se hacía mucho más parecido a la Tierra, al quedar el otro lado del Interior y su dudoso horizonte ocultos por la lluvia y las nubes.
Después de una larga inspección con las lentes telescópicas, descubrí que la extensión de hierba que me rodeaba estaba tan desnuda como había supuesto. Un día -era luminoso y cálido- decidí intentar llegar a la formación rocosa que he mencionado, que era la única característica notable en el horizonte marcado por la niebla incluso en los días más claros. Puse algo de comida y agua en una bolsa que improvisé con la chaqueta y emprendí la marcha; llegué tan lejos como pude antes de cansarme, y luego me tendí para intentar dormir. Pero no podía hacerlo, no a la luz del Sol, y después de unas pocas horas desistí. Caminé un poco más, pero la formación rocosa no parecía estar más cerca, y empecé a tener miedo al alejarme de la plataforma. ¿Qué pasaría si me agotaba o resultaba herido? No podría llamar a Nebogipfel, y tendría que despedirme de cualquier posibilidad de volver a mi época: de hecho, moriría sobre la hierba como una gacela herida. ¡Y todo por un paseo hasta un anónimo montón de rocas!
Al sentirme como un tonto, me volví y regresé a la plataforma.

18

LOS NUEVOS ELOIS

Varios días más tarde, salí de la choza después de un sueño, y me di cuenta de que la luz era más brillante de lo normal. Miré hacia arriba, y vi que la iluminación extra provenía de un feroz punto de luz a unos pocos grados de arco del Sol. Cogí mis gafas a inspeccioné la nueva estrella.

Era una isla-mundo que ardía. Mientras miraba, grandes explosiones astillaron la superficie, produciendo nubes que se transformaban en hermosas flores de muerte. Pensé que la isla-mundo debía de estar desprovista de vida, ya que nada podía sobrevivir a aquella conflagración, pero aun así las explosiones llovían sobre la superficie, ¡y todo en un silencio ominoso!
La isla-mundo brilló con más intensidad que el Sol durante varias horas, y supe que presenciaba una tragedia titánica, hecha por el hombre o por los descendientes del hombre.
En cada lugar del cielo rocoso -ahora que las buscaba- vi las señales de la Guerra.
Allí tenía un mundo en el que grandes regiones de tierra se dedicaban a la destructiva y debilitadora guerra de asedio: vi grandes franjas de campo excavadas, inmensas trincheras de cientos de millas de ancho, en las que, supuse, los hombres luchaban y morían año tras año. Por allí ardía una ciudad con arcos de vapor blanco atravesando su cielo; y me pregunté si empleaban algún arma aérea. Y allá encontré un mundo devastado por los efectos de la guerra, los continentes
quemados y estériles, con los límites de las ciudades apenas visibles a través de la acumulación de nubes negras.
¡Me pregunté cuántas de aquellas alegrías habrían visitado mi propia Tierra después de mi partida!
Después de varios días, me acostumbré a no llevar las gafas durante largos periodos. Comencé a encontrar aquel cielo pintado por completo por la guerra insoportablemente opresivo.
Algunos hombres de mi tiempo habían defendido la guerra, la hubiesen recibido, creo, como, por ejemplo, una válvula de escape de la tensión entre las grandes potencias. Los hombres consideraban la guerra -¡al menos, la siguiente!- como una gran limpieza y sería la última guerra que se tendría que luchar. Pero ahora podía ver que no había sido así: los hombres hacían la guerra por la herencia de la bestia en su interior, y cualquier justificación no era sino una simple racionalización dada por nuestros enormes cerebros.
Me imaginé cómo sería si Gran Bretaña y Alemania fuesen trasladadas de alguna forma a aquel cielo rocoso, como dos manchas más de color. Pensé en esas dos naciones que me parecían ahora, desde mi perspectiva elevada, en un estado de desorientación económica y confusión moral. ¡Y dudaba que hubiese un hombre vivo en 1891 en cualquiera de esos países que me hubiese podido decir cuáles eran los beneficios de la guerra sin importar el resultado! Qué ridículo y fútil parecía un conflicto así si Gran Bretaña y Alemania fuesen colocadas en el Interior de aquella monstruosa Esfera.
A lo largo de la Esfera, se perdían millones de irremplazables vidas humanas en conflictos así -que me eran tan distantes a incomprensibles como los frescos en el techo de una catedral- y podría esperarse que hombres que vivían en la Esfera -capaces de ver millones de islas-mundo como las suyas hubiesen abandonado sus estúpidas ambiciones y hubiesen descubierto la perspectiva que yo tenía. Pero parecía que no había sido así; la parte básica de los instintos humanos dominaba, incluso en el año 657.208 d.C. Allí en la Esfera, ¡incluso Las enseñanzas de miles, millones de guerras a lo largo del cielo de hierro no eran suficiente, aparentemente, para hacer que los hombres entendiesen la futilidad y crueldad de todo aquello!
Mi mente se volvió en contraste hacia la gente de Nebogipfel y su sociedad racional. No quiero decir que ya no me asaltara cierta repulsión al pensar en los Morlocks y sus prácticas antinaturales, pero ahora comprendía que la náusea provenía de mis propios prejuicios primitivos y mis desafortunadas experiencias en el mundo de Weena, que no tenían sentido al juzgar a Nebogipfel.
Pude, con tiempo para pensar, inventar una forma en que podría haber aparecido la indiferenciación sexual de los Morlocks. Entre los humanos se extiende un círculo de lealtad alrededor de cada individuo. Primero, uno debe luchar para preservarse a sí mismo y a los hijos directos. Después, uno lucha por sus hermanos, pero quizá con una intensidad reducida,

ya que la herencia común es sólo la mitad. Su siguiente prioridad será luchar por los hijos de los hermanos y otros parientes más remotos, en bandas de intensidad decreciente.
De esa forma, con deprimente precisión, los actos de los hombres y sus lealtades pueden predecirse; ya que sólo con esa jerarquía de alianzas -en un mundo de limitaciones e inestabilidades- puede uno preservar su herencia para generaciones futuras.
Pero la herencia de los Morlocks estaba asegurada, y no a través de un hijo o familia, sino a través del gran recurso común de la Esfera. Por lo que la diferenciación y especialización sexual se hacían irrelevantes, incluso dañinas, para el progreso.
Era ciertamente irónico que ese mismo análisis -la desaparición de los sexos en un mundo estable, abundante y en paz- lo hubiese aplicado a los exquisitos y decadentes Elois; ¡y ahora veía que eran sus repugnantes primos, los Morlocks, los que habían conseguido en esta versión ese logro remoto!
Todo esto se fue formando en mi mente. Lentamente, me llevó varios días, tomé una decisión sobre mi futuro.
No podía permanecer en el Interior; después de la perspectiva casi divina que Nebogipfel me había proporcionado, no podía soportar la idea de dedicar mi vida y mis energías a uno de aquellos conflictos sin sentido que se extendían como el fuego por aquellas inmensas praderas. Tampoco podía permanecer con Nebogipfel y sus Morlocks; no soy un Morlock, y mis esenciales necesidades humanas me harían insoportable vivir como Nebogipfel.
Más aún, como ya he dicho, no podía vivir con la idea de que la Máquina del Tiempo todavía existía, ¡un artefacto capaz de causar tanto daño a la humanidad!
Comencé a preparar un plan para arreglarlo todo, y llamé a Nebogipfel.
-Cuando se construyó la Esfera -me dijo Nebogipfel-, hubo un cisma. Aquellos que querían vivir como los hombres lo habían hecho siempre vinieron al Interior. Y aquellos que quisieron hacer a un lado el antiguo dominio de los genes...
-... se convirtieron en Morlocks. Por lo que las guerras, inútiles y eternas, se extienden como olas a lo largo de la superficie del Interior.
-Sí.
-Nebogipfel, ¿el propósito de la Esfera es mantener a esos cuasi humanos, esos nuevos Elois, para darles un lugar en donde luchar sus guerras sin que destruyan a la Humanidad?
-No. -Sostenía el parasol en una pose digna que ya no me parecía cómica-. Por supuesto que no. La Esfera es para los Morlocks, como nos llama: para permitir el uso de la energía de la estrella en la búsqueda del conocimiento. -Sus enormes ojos parpadearon-. ¿Qué otra meta hay para las criaturas inteligentes sino la acumulación y almacenamiento de toda la información disponible?
La Memoria mecánica de la Esfera, me dijo, era como una inmensa Biblioteca que almacenaba la sabiduría de la raza, acumulada a lo largo de medio millón de años; y gran parte de las pacientes actividades de los Morlocks estaban dedicadas, como había visto, a la clasificación y reinterpretación de los datos ya recogidos.
¡Aquellos nuevos Morlocks eran una raza de estudiosos!, y toda la energía del Sol se empleaba en el crecimiento coralino de la gran Biblioteca.
Me palpé la barba.
-Lo entiendo, al menos el motivo. Creo que no está lejos del impulso que ha dominado mi vida. ¿Pero no temen que algún día acaben su tarea? ¿Qué harán cuando la matemática sea perfecta, por ejemplo, o se demuestre la teoría física definitiva del universo?
Negó con la cabeza, otro gesto que había tornado de mí.
-Eso no es posible. Un hombre de su época, Kurt Gödel, lo demostró por primera vez.
-¿Quién?
-Kurt Gödel: un matemático que nació unos diez años después de su partida...
Ese Gödel -me sorprendí al aprender lo que Nebogipfel me decía, demostrando una vez más sus profundos estudios de mi época-, en 1930 demostró que la matemática no podría

Librodot

completarse nunca. En su lugar, sus sistemas lógicos deben ser enriquecidos eternamente incorporando la verdad o falsedad de nuevos axiomas.
-¡Me duele la cabeza de pensarlo! No puedo ni imaginar el recibimiento que el pobre Gödel debió de tener cuando anunció la noticia. Mi viejo profesor de álgebra lo hubiese echado de clase.
Nebogipfel dijo:
-Gödel demostró que nuestra tarea, adquirir conocimientos y comprensión, nunca podrá ser realizada por completo.
-Les dio una meta infinita.
Ahora lo entendía, los Morlocks eran como un mundo de monjes pacientes que trabajaban incansablemente para comprender el funcionamiento de nuestro gran universo.
Finalmente -al final del tiempo- la gran Esfera, con su Memoria mecánica y sus pacientes sirvientes Morlocks, se convertiría en algo similar a un dios, atrapando el Sol.
¡Estaba de acuerdo con Nebogipfel en que no podía haber una meta más alta para una especie inteligente!
Había ensayado mis próximas palabras, y las dije con cuidado:
-Nebogipfel, deseo regresar a la Tierra. Trabajaré con ustedes en la Máquina del Tiempo.
Discutimos la propuesta, ¡pero no necesité más persuasión que ésa! Nebogipfel no parecía albergar ninguna sospecha y no me interrogó más.
Por lo tanto, me preparé para dejar aquella pradera sin sentido. Mientras trabajaba, pensaba.
Sabía que Nebogipfel -deseoso de adquirir la tecnología del viaje en el tiempo- aceptaría mi propuesta. Y me dolía en cierta forma, a la luz de mi nueva comprensión de la dignidad esencial de los nuevos Morlocks, ¡que ahora me viese obligado a mentirle!
Volvería a la Tierra con Nebogipfel, pero no tenía intención de permanecer allí; ya que tan pronto como llegase a la máquina, pretendía escapar hacia el pasado.

19

DE CÓMO ATRAVESÉ EL ESPACIO INTERPLANETARIO

Me vi obligado a esperar tres días hasta que Nebogipfel dijo que estaba preparado para partir; era, me dijo, cuestión de esperar hasta que la Tierra y nuestra parte de la Esfera estuviesen en la configuración adecuada una con respecto a la otra.
Mis pensamientos se dirigieron al viaje que me esperaba con algo de expectación -no miedo, porque ya había sobrevivido a uno de esos viajes interplanetarios, aunque inconsciente- y algo de interés. Especulaba sobre la forma en que el yate espacial de Nebogipfel estaría propulsado. Pensé en Verne, que había hecho que los miembros del club de Baltimore disparasen un ridículo cañón, con una bala tripulada, entre el espacio de la Tierra a la Luna. Pero bastan unos pocos cálculos mentales para mostrar que la aceleración necesaria para disparar un proyectil más allá de la gravedad de la Tierra sería también suficiente para extender mi cuerpo y el de Nebogipfel por el interior de la bala como si fuesen mermelada de fresa.
Entonces, ¿qué?
Se sabe que el espacio interplanetario carece de aire; por lo que no podríamos volar como pájaros hacia la Tierra, porque los pájaros dependen de la capacidad de sus alas para batir contra el aire. ¡Sin aire no hay sustentación! Quizá, suponía, el yate espacial estaría propulsado por algún tipo avanzado de cohete, ya que los cohetes vuelan al emitir hacia atrás la masa de su combustible ya consumido. Eso funcionaría en el vacío del espacio, si se lleva oxígeno para mantener la combustión.

Librodot

Pero ésas eran especulaciones mundanas, ancladas en mi mentalidad del siglo diecinueve. ¿Cómo podría saber lo que sería posible en el año 657.208 d.C.? Imaginaba yates capaces de moverse contra la gravedad del Sol como si fuese un viento invisible; o, pensé, podrían manipular el campo magnético.

Así se desató mi imaginación hasta que Nebogipfel vino a buscarme, ya definitivamente, al Interior.

Al entrar en la oscuridad de los Morlocks permanecí con la cabeza hacia arriba mirando la luz solar que se alejaba; y, justo antes de ponerme las gafas, ¡me prometí que la próxima vez que sintiese el calor de la estrella del hombre sería en mi propio siglo!

Supongo que esperaba que me llevase al equivalente Morlock de un puerto, con grandes yates espaciales de ébano anclados contra la Esfera como barcos de línea contra un muelle.

Bien, no fue así; Nebogipfel me escoltó -a una distancia de no más de unas pocas millas, vía Suelo rodante- a un área sin artefactos, ni divisiones y sin Morlocks, pero también bastante normal. En medio de aquella área había una cámara pequeña, una caja de paredes transparentes un poco más alta que yo -como un ascensor- que estaba apoyada sobre el Suelo estrellado.

A un gesto de Nebogipfel, me metí en el compartimiento. Nebogipfel me siguió, y tras nosotros se selló con un silbido la puerta diafragma. El compartimiento era más o menos rectangular, y las esquinas y bordes redondeados le daban el aspecto de una losange. No tenía muebles; había, sin embargo, barras verticales colocadas a intervalos alrededor de la cabina.

Nebogipfel colocó los dedos alrededor de una de las barras.

-Debería prepararse. Durante el lanzamiento el cambio de gravedad efectiva es bastante brusco.

¡Esas tranquilas palabras me parecieron inquietantes! Los ojos de Nebogipfel, oscurecidos por las gafas, me miraban con su mezcla usual y desconcertante de curiosidad y análisis; y vi que apretaba los dedos alrededor de la barra.

Y luego -sucedió con mayor rapidez de la que puedo contar- el Suelo se abrió. El compartimiento cayó de la Esfera, ¡llevándonos a Nebogipfel y a mí con él!

Grité, y me agarré a una barra como un niño a las piernas de su madre.

Miré arriba, y allí estaba la superficie de la Esfera, ahora convertida en un inmenso Techo negro que me impedía ver la mitad del universo. En el centro del Techo podía ver un rectángulo de oscuridad más pálida que era la puerta por la que habíamos salido; a ojos vistas, la puerta se reducía con la distancia, y de cualquier forma, ya se estaba cerrando. La puerta giró ante nuestros ojos, demostrando que la cápsula-compartimiento comenzaba a girar en el espacio. Estaba claro lo que había sucedido: cualquier escolar puede obtener el mismo efecto haciendo girar una cuerda atada a una piedra sobre su cabeza y luego soltándola. Bien, la «cuerda» que nos había mantenido dentro de la Esfera -la solidez del Suelo- había desaparecido; y sin ceremonia nos habían lanzado al espacio.

Debajo -apenas podía mirar- había un pozo de estrellas, ¡una caverna sin suelo a la que caíamos por siempre Nebogipfel y yo!

-Nebogipfel, por amor de Dios, ¿qué nos ha pasado? ¿Ha sucedido algún desastre?

Me miró. Flotaba a unas pocas pulgadas del suelo de la cápsula, ¡ya que de la misma forma que la cápsula caía por el espacio, nosotros también, en su interior, caíamos como guisantes en una caja de cerillas!

-Hemos salido de la Esfera. Los efectos de su giro...

-Eso lo entiendo -dije-, pero ¿por qué? ¿Vamos a caer hasta la Tierra?

Encontré su respuesta bastante aterradora.

-En esencia -dijo-, sí.

Y me quedé sin fuerzas para seguir preguntado, porque me di cuenta de que empezaba a flotar por la cabina como si fuese un globo; y con esa impresión tuve que luchar contra las náuseas durante varios minutos.

Con el tiempo, recuperé algo de control sobre mi cuerpo.

Hice que Nebogipfel me explicase los principios de aquel viaje a la Tierra. Cuando hubo terminado, comprendí la elegancia y economía de su solución al viaje entre la Esfera y el cordón de planetas superviviente, tanto que tenía que haberla supuesto, y olvidé todas mis especulaciones sobre cohetes. Aun así, ¡he ahí otra muestra de la naturaleza inhumana del alma Morlock! En lugar del grandioso yate espacial que había imaginado, viajaría de la órbita de Venus a la Tierra en algo no más grandioso que aquel ataúd de forma rectangular.
Pocos hombres de mi siglo habían comprendido los grandes vacíos del espacio, con unos pocos reductos de calor y vida en él, y las inmensas velocidades necesarias para recorrer el espacio interplanetario en un tiempo razonable. Pero la Esfera de los Morlocks se movía, en su ecuador, a una velocidad enorme. Por lo que los Morlocks no necesitaban ni cohetes ni cañones para alcanzar velocidades interplanetarias. Se limitaban a dejar caer la cápsula de la Esfera y la rotación hacía el resto.
Y eso es lo que habían hecho con nosotros. A esa velocidad, me dijo el Morlock, alcanzaríamos la Tierra en sólo cuarenta y siete horas.
Exploré la cápsula, pero no pude descubrir ningún rastro de cohetes a otro dispositivo motor. Flotaba en la cabina sintiéndome enorme y torpe; la barba se alejaba de mi cara como una nube gris, y la chaqueta insistía en enrollarse alrededor de los hombros.
-Comprendo el principio del lanzamiento -le dije a Nebogipfel-. ¿Pero cómo se dirige la cápsula?
Vaciló durante unos segundos.
-No se dirige. ¿No ha comprendido lo que le he dicho? La cápsula no precisa de fuerza motora, porque la velocidad de la Esfera...
-Sí -dije ansioso-, eso lo entiendo. Pero ¿qué pasa si nos damos cuenta de que nos salimos de rumbo por un error de cálculo y que no llegaremos a la Tierra?
Había comprendido que el más pequeño error en la Esfera, incluso una fracción de grado de arco, podría -gracias a las grandes distancias interplanetarias- hacer que pasásemos a millones de millas de la Tierra, para vagar luego, presumiblemente, eternamente por el vacío entre las estrellas, ¡maldiciendo hasta que se nos acabase el aire!
Nebogipfel parecía confundido.
-No ha habido ningún error.
-Aun así -repetí-, si lo hubiese, quizá por un error mecánico, entonces, ¿cómo podríamos corregir el rumbo en la cápsula?
Pensó durante un tiempo antes de contestar.
-No se cometen errores -repitió-, por lo que la cápsula no tiene necesidad de ninguna propulsión correctora, como usted sugiere. Al principio no podía creerlo, y tuve que hacer que Nebogipfel me lo repitiera varias veces antes de aceptarlo como cierto. ¡Pero era cierto! Después del lanzamiento, la cápsula viajaba por el espacio con la inteligencia de una piedra: la cápsula recorría el espacio tan indefensa como la bala de cañón de Verne.
Al protestar por la estupidez de aquel diseño, tuve la impresión de que el Morlock estaba sorprendido -como si estuviese debatiendo un punto de moral dudoso con un vicario aparentemente de mente abierta-y lo dejé.
La cápsula giró con lentitud, haciendo que las remotas estrellas y la inmensa pared de la Esfera girasen a nuestro alrededor; creo que sin esa rotación quizás hubiese sido capaz de imaginarme seguro en alguna noche de desierto; pero el giro me hacía imposible olvidar que estaba en una frágil caja que caía sin soporte ni medio de propulsión. ¡Pasé las primeras horas en la cápsula paralizado por el miedo! No podía acostumbrarme a la transparencia de las paredes ni a la idea de que, una vez lanzados, no pudiésemos variar la trayectoria. El viaje parecía una pesadilla: una caída infinita por la oscuridad y sin medios de ajustar la situación para salvarme. Y ahí tienen, en un detalle, la diferencia fundamental entre la mente de los Morlocks y la de los humanos. ¿Qué hombre confiaría su vida a un viaje balístico a través del espacio interplanetario sin medio para alterar su curso? Pero ésos eran los modos de los

Librodot

nuevos Morlocks: después de medio millón de años de continua perfección tecnológica, el Morlock se confiaba sin dudarlo a sus máquinas, porque sus máquinas nunca le fallaban.
¡Pero yo, pensé, no soy un Morlock!
Sin embargo, poco a poco mi ánimo se calmó. Dejando de lado el lento giro de la cápsula, que siguió durante todo el viaje hasta la Tierra, las horas pasaban en quietud y silencio, que sólo quedaban rotos por los silbidos de la respiración de mi compañero Morlock. El vehículo era tolerablemente cálido, por lo que me encontraba físicamente confortable. Las paredes estaban hechas con el material del Suelo, y, al toque de Nebogipfel, nos proveían de comida, bebidas y otras necesidades, aunque la selección era más limitada que en la Esfera, que poseía una Memoria mucho mayor que la cápsula.
Por tanto, navegamos a través de la gran catedral del espacio interplanetario con mucha facilidad. Comencé a sentirme como si no tuviese cuerpo, y se apoderó de mí una sensación de independencia y despreocupación. No era como un viaje, ni siquiera -después de las primeras horas- como una pesadilla; más bien, me sentí como si durmiese.

20

MI RELATO DEL FUTURO LEJANO

Durante nuestro segundo día de viaje, Nebogipfel me preguntó nuevamente por mi primer viaje al futuro.
-Pudo recuperar su máquina de manos de los Morlocks -empezó-, y se adentró más en el futuro de aquella historia.
-Durante un tiempo simplemente me aferré a la máquina -recordé-, de la misma forma que ahora me agarro a estas barras, sin preocuparme demasiado de adónde iba. Finalmente me obligué a mirar los indicadores cronométricos, y descubrí que las manecillas corrían, con gran rapidez, hacia el futuro.
»Debe tener en cuenta -le dije- que en aquella otra historia no se había corregido el eje de la Tierra ni su rotación. Los días y las noches todavía batían sus alas sobre la Tierra, y el arco del Sol todavía se movía entre los solsticios al paso de las estaciones. Pero poco a poco percibí un cambio: a pesar del aumento de velocidad, el paso de días a noches había retornado, y se hacía más evidente.
-La rotación de la Tierra se hacía más lenta -dijo Nebogipfel.
-Sí. Finalmente, el día se extendía durante siglos. El Sol se había convertido en una cúpula que brillaba, inmensa y furiosa, con menos calor. En ocasiones, se incrementaba su luminosidad; unos espasmos que recordaban su antiguo brillo. Pero siempre volvía a su hosco color carmesí.
»Reduje mi marcha en el tiempo.
»Cuando me detuve, me encontraba en un paisaje que podría haber sido marciano. El enorme Sol inmóvil colgaba del horizonte; y en la otra mitad del cielo todavía brillaban las estrellas. Las rocas esparcidas por la tierra eran de un color rojo virulento, pero estaban manchadas de verde intenso, como de líquenes, en todas sus caras que daban al oeste.
»La máquina descansaba en una playa muy cerca de un mar, tan quieto que podría estar cubierto de vidrio. El aire era frío, y ligero; me sentí como si flotase sobre una gran montaña. Ya poco quedaba de la topografía del valle del Támesis; supuse que la mano de las glaciaciones y el lento ritmo de los mares debían haber eliminado todo rastro del paisaje que conocía, todos los rastros de la humanidad...

Librodot

Nebogipfel y yo flotábamos, suspendidos en el aire dentro de nuestra caja brillante, y le susurraba mi relato del futuro; en calma, redescubrí detalles que no había contado a mis amigos de Richmond.

-Vi un animal parecido a un canguro -recordé-. Tenía unos tres pies de alto... rechoncho, con miembros fuertes y hombros caídos. Saltaba por la playa; recuerdo que parecía desesperado, con su abrigo de piel desordenado, tocaba las rocas ligeramente con la garras para coger algo de liquen y obtener así una miserable comida. Tuve una impresión de degeneración. Luego, sorprendido, pude ver que el animal tenía cinco pequeños dedos en cada una de sus patas delanteras y traseras... Tenía una gran frente y ojos que miraban adelante. ¡Los rastros de humanidad eran muy desagradables!

»Sentí un toque en el oído, como pelo que me acariciase, y me volví.

»Había una criatura justo detrás de la máquina. Era como un ciempiés, más o menos, ¡pero construido a una escala enorme!, tres o cuatro pies de ancho y quizá treinta de largo, su cuerpo segmentado y la quitina de sus placas carmesíes raspaban el suelo al moverse. Cilios, cada uno de un pie de largo, bailaban en el aire; uno de ellos era lo que me había rozado. La bestia levantó su cabeza y abrió una boca llena de dientes húmedos; poseía una estructura ocular en hexágonos que estaba fija en mí.

»Le di a la palanca, y me alejé del monstruo en el tiempo.

»Volví a aparecer en la misma playa triste, pero ahora vi una manada de las criaturas ciempiés, que se subían unas sobre las otras, rozando sus conchas. Tenían multitud de pies para arrastrarse, retorciendo los cuerpos al avanzar. En medio del grupo vi un montículo, bajo y sanguinolento, y creí ver la triste bestia canguro que había observado antes.

» ¡No pude soportar aquella carnicería! Le di a las palancas, y avancé un millón de años.

»Todavía permanecía en aquella horrenda playa. Pero ahora, cuando miré hacia la tierra, vi, lejos en la pendiente estéril a mis espaldas, algo parecido a una enorme mariposa blanca que brillaba, aleteando, en el cielo. Su torso podría ser del tamaño de una mujer pequeña, y las alas, pálidas y translúcidas, eran enormes. Su voz era lúgubre, extrañamente humana, y la desolación se apoderó de mi espíritu.

»Entonces noté un movimiento en el paisaje cercano: algo como un producto de la rocas rojas que se movía por la arena hacia mí. Parecía un cangrejo: del tamaño de un sofá, con múltiples piernas que avanzaban por la playa, y con ojos rojo verdoso, pero de forma humana; sobre pedúnculos, agitándose en mi dirección. Su boca, tan compleja como una máquina, se retorcía y lamía según el movimiento de la cosa, y su costra metálica tenía manchas de los pacientes líquenes.

»La mariposa, repugnante y frágil, aleteaba sobre mi cabeza y la criatura cangrejo intentó atraparla con sus grandes pinzas. Falló; pero me pareció ver trozos de carne pálida en la boca.

»Desde entonces he meditado sobre aquella visión -le dije a Nebogipfel-, y esa impresión se ha confirmado. Ahora creo que aquella combinación de depredador traicionero y presa frágil podría ser consecuencia de la relación entre Elois y Morlocks.

»Pero sus aspectos eran tan distintos: los ciempiés y los cangrejos...

»En espacios de tiempo tan grandes -insistí-, la presión evolutiva es tal que las formas de las especies son flexibles, eso nos dice Darwin, y la regresión zoológica es una fuerza dinámica. ¡Recuerde que usted y yo, y los Elois y Morlocks, somos, si lo mira desde un punto de vista amplio, primos descendientes de la misma familia de peces!

Quizás, especulé, los Elois habían ido al aire en el intento desesperado de escapar de los Morlocks; y los depredadores habían salido de sus cavernas, dejando atrás toda simulación de invención mecánica, para arrastrarse por las frías playas, esperando a que una mariposa-Eloi se cansase y cayese del cielo. El viejo conflicto, que hundía sus raíces en la decadencia social, había quedado reducido a la mínima expresión.

-Seguí viajando -le dije a Nebogipfel-, en saltos de mil años. La multitud de crustáceos todavía se arrastraba por entre los líquenes y las rocas. El Sol se hacía mayor y más apagado.

»Mi última parada fue a treinta millones de años en el futuro, cuando el Sol se había convertido en una bóveda que oscurecía una gran parte del cielo. Nevaba, una nieve dura y sin piedad. Temblé de frío y tuve que poner las manos bajo los brazos. Las cumbres de las colinas estaban nevadas, pálidas a la luz de las estrellas, y grandes icebergs navegaban por el mar eterno.
»Ya no había cangrejos, pero permanecía el verde vivo de los líquenes. En un banco de arena creí ver un objeto negro, que palpitaba como si estuviese vivo.
»Un eclipse, producido por el paso de uno de los planetas interiores, hizo que una sombra cayese sobre la Tierra. Nebogipfel, ¡allí se hubiese sentido a gusto! Pero yo sentí terror, salí de la máquina para recuperarme. Luego, cuando el primer arco del Sol carmesí volvió a salir, vi que la cosa en el banco se movía. Era una bola de carne, como una cabeza sin cuerpo, de una yarda o más de diámetro, con dos juegos de tentáculos que colgaban como dedos. Por boca tenía un pico, y carecía de nariz. Sus ojos, dos, enormes y oscuros, parecían humanos...
Y mientras describía la criatura a Nebogipfel, veía con claridad las similitudes entre aquella cosa del futuro y mi extraño acompañante durante mi reciente viaje a través del tiempo, la criatura flotante iluminada por una luz verdusca que había denominado el Observador. Me callé. ¿Podría ser, me pregunté, que el Observador no fuese más que una visita del final de los tiempos?
-Por tanto -dije finalmente-, subí a la máquina una vez más, tenía miedo de permanecer indefenso en el frío, y volví a mi propio siglo.
Suspiré, los enormes ojos de Nebogipfel estaban fijos en mí, y vi, en lo que tenían de humano, rastros de la curiosidad y la maravilla que caracterizan a la humanidad.
Poca relación parecen tener aquellos días en el espacio con el resto de mi vida; en ocasiones el tiempo que permanecí flotando en aquel compartimiento es como una pausa momentánea, más breve que un latido en el gran río de mi vida, y otras veces me parece que pasé una eternidad en aquella cápsula, deslizándome por entre los mundos. Era como si se hubiese desenredado de mi vida, y pudiese verla desde fuera, como si se tratase de una novela incompleta. Yo era joven, trasteaba con mis experimentos, aparatos y montones de plattnerita, despreciaba las oportunidades de relacionarme, aprender de la vida, del amor, de la política y del arte, ¡despreciaba incluso el sueño!, en mi búsqueda de una imposible perfección del entendimiento. Incluso supongo que me vi a mí mismo después de terminar aquel viaje interplanetario, con mi plan para engañar a los Morlocks y huir a mi siglo. Todavía tenía la idea de completar el plan -deben tenerlo claro pero era como si contemplase los actos de otra pequeña figura que era yo.
Finalmente tuve la idea de que me convertía en algo fuera no sólo de mi mundo de nacimiento, sino de todos los mundos y del Espacio y el Tiempo también. ¿Qué sería de mí en el futuro, sino, una vez más, convertirme en una mota de conciencia zarandeada por los Vientos del Tiempo?
Sólo a medida que la Tierra se acercaba -una sombra aún más oscura en contraste con el espacio, y la luz de las estrellas reflejadas en los océanos- me sentí de nuevo partícipe de las preocupaciones normales de la humanidad; los detalles de mi plan -y mis esperanzas y miedos sobre el futuro- cobraron forma nuevamente en mi cerebro.
Nunca he olvidado aquel breve interludio interplanetario, y en ocasiones -cuando estoy entre la vigilia y el sueño- imagino que de nuevo vago por entre la Esfera y la Tierra, con la sola compañía de un paciente Morlock.
Nebogipfel meditó sobre mi visión del lejano futuro.
-Dice que viajó treinta millones de años.
-Eso o más -contesté-. Quizá pudiese recordar la cronología con mayor precisión si...
Hizo un gesto con la mano.
-Algo falla. Su descripción de la evolución solar es plausible, pero su destrucción, eso nos dice la ciencia, tendrá lugar en miles de millones de años, no en un puñado de millones.
Me puse a la defensiva.

-Le he contado lo que vi, con honestidad y precisión.
-No lo dudo -dijo Nebogipfel-. Pero la única conclusión es que en esa otra historia, como en la mía, alguien intervino en la evolución del Sol.
-Quiere decir...
-Quiero decir que alguien hizo un torpe intento de alterar la intensidad del Sol o su longevidad, o incluso, como nosotros, extraer materiales de la estrella.
La hipótesis de Nebogipfel era que los Elois y los Morlocks no eran toda la historia de la humanidad en aquella desgraciada historia perdida. Quizás -así elucubraba Nebogipfel- alguna raza de ingenieros había abandonado la Tierra y había intentado modificar el Sol, como los antepasados de Nebogipfel.
-Pero el intento fracasó --dije horrorizado.
-Sí. Los ingenieros nunca volvieron a la Tierra, que fue abandonada a la lenta tragedia de Elois y Morlocks. Y el Sol quedó desequilibrado, con su vida acortada.
Estaba horrorizado, y no podía hablar más. Me así a una barra, pensativo.
Pensé una vez más en la playa desolada, y en las espantosas y primitivas criaturas con sus ecos de humanidad y su carencia por completo de mente. La visión ya había sido lo bastante horrible cuando la había visto como la victoria final de las presiones evolutivas y de regresión sobre los sueños humanos de la mente. ¡Pero ahora veía que podía haber sido la humanidad misma,. con sus vanidosas ambiciones, la que había desequilibrado aquellas fuerzas opuestas, y acelerado su propia destrucción!
Nuestro acercamiento a la Tierra fue complicado. Debíamos reducir nuestra velocidad en algunos millones de millas por hora, para acomodarnos a la de la Tierra en su rotación alrededor del Sol.
Giramos varias veces, en órbitas decrecientes, alrededor del planeta; Nebogipfel me dijo que la cápsula se estaba acoplando a los campos magnético y gravitatorio. Ese acoplamiento era acelerado por ciertos materiales en el casco, y por la manipulación de satélites: lunas artificiales, que orbitaban la Tierra y ajustaban sus efectos naturales.
En resumen, como lo entendí, nuestra velocidad era intercambiada con la de la Tierra, que a partir de ese momento viajaría alrededor del Sol un poco más lejos y un poco más rápido.
Flotaba cerca de la pared de la cápsula, viendo aparecer el paisaje oscuro de la Tierra. Podía ver, aquí y allá, el resplandor de los pozos calefactores de los Morlocks. Apreció varias torres inmensas y esbeltas que parecían sobrepasar incluso la atmósfera. Nebogipfel me dijo que las torres eran empleadas por las cápsulas que viajaban de la Tierra a la Esfera.
Vi motas de luz que subían por aquellas torres: eran cápsulas interplanetarias que transportaban Morlocks a su Esfera. Fue por medio de una de aquellas torres como había viajado -inconsciente- al espacio hasta la Esfera. Las torres funcionaban como ascensores más allá de la atmósfera, y maniobras de acoplamientos similares a las nuestras -realizadas al revés, para que me entiendan, lanzaban cada cápsula al espacio.
La velocidad adquirida por la cápsula en el lanzamiento no era igual a la producida por la rotación de la Esfera, por lo que el viaje en ese sentido llevaba más tiempo que el de vuelta. Pero al llegar a la Esfera, los campos magnéticos atrapaban con facilidad la cápsula, acelerándola hasta un encuentro sin problemas.
Finalmente penetramos en la atmósfera de la Tierra. El casco se calentó debido al calor producido por la fricción, y la cápsula tembló -era la primera sensación de movimiento que tenía en varios días-, pero Nebogipfel me había advertido previamente, y ya me había agarrado a una de las barras.
Con aquella . meteórica llamarada perdimos lo que quedaba de nuestra velocidad interplanetaria. Miré con incomodidad el paisaje negro hacia el que caíamos -creí poder ver la ancha cinta serpenteante que era el Támesis- y empecé a preguntarme si después de toda aquella distancia, ¡finalmente me estrellaría contra las inmisericordes rocas de la Tierra!
Pero entonces...

Mis recuerdos de los últimos momentos del descenso son confusos y parciales. Me es suficiente ei recuerdo de una nave, algo similar a un enorme pájaro, que surgió del cielo y nos tragó colocándonos en una especie de estómago. En la oscuridad, sentí una tremenda sacudida cuando la nave pegó contra el aire, perdiendo velocidad; y nuestro descenso continuó con gran suavidad.
Cuando volví a ver las estrellas ya no había rastro de la nave pájaro. Nuestra cápsula se había posado en la tierra seca y estéril de Richmond Hill, a apenas cien yardas de la Esfinge Blanca.

21

EN RICHMOND HILL

Nebogipfel hizo que la cápsula se abriese, y salí de ella, poniéndome las gafas sobre los ojos. De pronto, el paisaje envuelto en la noche se hizo más claro y definido, y por primera vez pude distinguir algunos detalles del mundo de 657.208 d.C.
El cielo estaba lleno de estrellas y la cicatriz de oscuridad creada por la Esfera se dibujaba claramente. Había un olor a óxido que venía de la arena, y algo de humedad, como de líquenes o moho. En todas partes el aire estaba lleno de olor a Morlock.
Me sentí aliviado al salir del losange y sentir tierra firme bajo las botas. Subí por la colina hasta el pedestal de bronce de la esfinge, y me quedé de pie, a medio camino, en el lugar donde una vez había estado mi casa.
Un poco más arriba en la colina había una nueva estructura, una choza pequeña y cuadrada. No pude ver ningún Morlock. Aquello contrastaba con mi impresión de la primera vez que había estado allí, cuando -al caminar por la obscuridad- me parecía que estaban por todas partes.
De la Máquina del Tiempo no había ni rastro; sólo surcos profundos en la arena, y las extrañas y estrechas pisadas características de los Morlocks. ¿Habían arrastrado de nuevo la máquina al interior de la esfinge? ¡Se repetía la historia!, pensé. Sentí cómo se me cerraban los puños, así de rápido se habían evaporado mis pensamientos elevados durante el viaje espacial; y el pánico bulló dentro de mí. Me calmé. Era un tonto, ¿cómo podía esperar que la Máquina del Tiempo me aguardase fuera de la cápsula al abrirse? No podía ponerme violento -¡no ahora!-, no cuando mi plan de huida se acercaba al final. Nebogipfel se unió a mí.
-Parece que estamos solos -dije.
-Se han llevado a los niños de esta área.
Sentí de nuevo un ataque de vergüenza.
-¿Tan peligroso soy...? Dígame dónde está la máquina
Se había quitado las gafas, pero no podía leer nada en aquellos ojos rojo grisáceo.
-Está segura. Ha sido trasladada a un lugar más adecuado. Si lo desea puede examinarla.
¡Sentí como si un cable de acero me uniese a la Máquina del Tiempo y estuviese tirando de mí! Ardía en deseos de correr hasta la máquina, subirme a ella, acabar de una vez con aquel mundo de oscuridad y Morlocks y ¡dirigirme al pasado...! Pero debía ser paciente. Contesté, luchando por mantener mi voz tranquila:
-No es necesario.
Nebogipfel me llevó colina arriba, al pequeño edificio. Estaba construido según el diseño simple y sin junturas de los Morlocks; era como una casa de muñecas, con una puerta de bisagras y un techo inclinado. Dentro había un jergón, con una manta, una silla y una pequeña bandeja con comida y agua. Todo parecía agradablemente sólido. Mi mochila estaba sobre la cama.
Me volví a Nebogipfel.

Librodot

-Han sido muy considerados -dije con sinceridad.
-Respetamos sus derechos.
Se alejó de mi refugio. Cuando me quité las gafas, se convirtió en una sombra.
Cerré la puerta aliviado. Era un placer poder volver por un rato a mi propia compañía humana. ¡Me avergoncé por planear, tan deliberadamente, engañarle a él y a su gente! Pero mis planes ya me habían llevado a cientos de millones de millas -a unas pocas yardas de la Máquina del Tiempo- y ahora no podía soportar la idea de fracasar.
¡Sabía que si tenía que dañar a Nebogipfel para escapar lo haría!
Abrí la mochila al tacto, y encontré una vela que encendí. La .reconfortante luz amarilla y un hálito de humo convirtieron aquella pequeña caja inhumana en mi hogar. Los Morlocks habían retenido mi atizador -como podría haberlo anticipado- pero me habían dejado casi todo el resto del equipo. Incluso mi cuchillo seguía allí. Con su ayuda; y empleando la bandeja Morlock como un tosco espejo, me corté la barba y me afeité lo mejor que pude. Pude quitarme la ropa interior y ponérmela limpia -¡nunca supuse que la sensación de llevar unos calcetines realmente limpios me provocase casi un placer sensual!- y recordé con afecto a Mrs. Watchets, que había puesto esas prendas en la mochila.
Finalmente -y con gran placer- saqué la pipa de la mochila, la llené de tabaco y la encendí con la vela.
Desperté en la oscuridad.
Era extraño despertar sin la luz del día -como despertarse a una hora intempestiva- y nunca me sentí descansado por el sueño durante todo el tiempo que permanecí en la Noche Negra de los Morlocks; como si mi cuerpo no pudiese calcular la hora del día en que se encontraba.
Le había dicho a Nebogipfel que me gustaría inspeccionar la Máquina del Tiempo, y me sentí nervioso mientras daba cuenta del desayuno y me aseaba. Mi plan no era gran cosa en lo que se refería a estrategia: se trataba simplemente de apoderarme de la máquina, ¡a la primera oportunidad! Mi suposición era que los Morlocks, después de milenios de maquinarias sofisticadas que podían cambiar de forma, no supiesen cómo reaccionar ante un dispositivo de construcción tan tosca como la Máquina del Tiempo. Creía que no esperarían que el simple hecho de volver a colocar dos palancas restableciese la operatividad de la máquina, ¡o al menos eso deseaba yo! Salí del refugio. Después de todas mis aventuras, las palancas de la Máquina del Tiempo permanecían a salvo en el bolsillo interior de la chaqueta.
Nebogipfel se me acercó con las manos vacías. Sus pies finos dejaban marcas indolentes en la arena: Me pregunté cuánto tiempo llevaría allí, esperando a que saliese.
Caminamos juntos hasta el borde de la colina, hacia el sur, en dirección a Richmond Park. Comenzamos a caminar sin preámbulos, ya que los Morlocks no eran dados a conversaciones innecesarias.
Ya he dicho que mi casa había estado en Petersham Road, en la parte bajo Hill Rise. Por lo tanto, había estado a medio camino del rellano de Richmond Hill, a unos pocos cientos de millas del río, con una buena vista al oeste -o la habría tenido, si no hubiese sido por los árboles-, y había podido ver algo de las prados de Petersham más allá del río. Bien, en el año 657.208 d.C. todo había sido eliminado; y podía ver desde un lado del profundo valle hasta donde el Támesis, brillando a la luz de las estrellas; fluía en su nuevo cauce. Podía ver, aquí y allá, las bocas calientes de los pozos de calefacción de los Morlocks que moteaban el paisaje. La colina estaba cubierta casi en su totalidad por arena o musgo; pero podían verse trozos del cristal que formaba la Esfera brillando bajo la luz de las estrellas.
El mismo río se había labrado un nuevo canal a una mina o así de su posición en el siglo XIX; parecía haber cortado el arco de Hampton a Kew, por lo que ahora Twickenham y Teddington estaban en la orilla este, y me parecía que el valle era más profundo que en mi época, o quizá Richmond Hill había sido levantada por algún otro proceso geológico. Recordé un desplazamiento similar del Támesis en mi primer viaje en el tiempo. Por tanto, me dio esa impresión, las discrepancias de la historia humana eran como la espuma del mar; bajo ellas, los lentos procesos geológicos y erosivos ejecutaban igualmente su paciente labor.

Librodot

Me paré un momento para echar un vistazo desde la colina hasta el parque, porque me preguntaba durante cuánto tiempo habían sobrevivido a los vientos del cambio aquellos viejos bosques y las manadas de ciervos. Ahora el parque no sería más que un desierto oscuro, poblado sólo por cactus y unos pocos olivos. .Sentí que se me endurecía el corazón. ¡Puede que aquellos Morlocks fuesen pacientes y sabios -quizá su industriosa búsqueda del conocimiento en la Esfera fuese digna de elogio-, pero era vergonzoso cómo habían dado la espalda a la vieja Tierra!
Llegamos a la puerta del parque de Richmond, cerca de Star y Garter, a una media milla de donde había estado mi casa. Habían construido una plataforma rectangular de cristal sobre una extensión plana de tierra; la plataforma relucía a la luz de las estrellas. Parecía haber sido fabricada con el mismo material maravilloso que el Suelo de la Esfera; y en su superficie habían sido invocados gran variedad de podios. y divisiones que había aprendido a reconocer como las herramientas características de los Morlocks. Ahora estaban abandonadas; no había nadie excepto Nebogipfel y yo. Y allí, en el centro de la plataforma, vi un montón tosco y feo de níquel y cobre, con marfil como huesos blancos que brillaba bajo la luz de las estrellas, y un asiento de bicicleta en medio: era la Máquina del Tiempo, evidentemente intacta, ¡y lista para llevarme a casa!

22

ROTACIONES Y ENGAÑOS

El corazón se me salía; sentí dificultades para seguir caminando con normalidad detrás de Nebogipfel, pero lo hice. Metí las manos en los bolsillos de la chaqueta y agarré las dos palancas de control. Ya estaba lo bastante cerca para ver los lugares en los que tenía que insertar las palancas para operar la máquina, ¡y tenía la intención de arrancarla en cuanto pudiese, y alejarme de aquel lugar!
-Como puede ver --decía Nebogipfel-, la máquina no ha sufrido daños. La hemos movido, pero no hemos intentado comprobar cómo funciona internamente.
Busqué distraer su atención.
-Dígame: ¿ahora que han estudiado mi máquina, y escuchado mis teorías sobre el tema, cuál es su impresión?
-Su máquina es un logro extraordinario, por delante de su tiempo.
Nunca he tenido mucha paciencia con los halagos.
-Pero es la plattnerita lo que me permitió construirla -dije.
-Sí. Me gustaría estudiar esa plattnerita más de cerca. -Se puso las gafas, y examinó las brillantes barras de cuarzo de la máquina-. Hemos hablado un poco de múltiples historias: de la posible existencia de distintas versiones. del mundo. Usted mismo ha presenciado dos...
-La historia de los Elois y los Morlocks, y la historia de la Esfera.
--Debe imaginar esas versiones de la historia como corredores paralelos que se extienden por delante de usted. Su máquina le permite recorrer uno de los corredores. Los corredores existen independientemente de los demás: desde cualquier punto, un hombre que observase un corredor vería una historia completa y autoconsistente. No podemos saber nada de otro corredor, y un corredor no puede influir en otro.
»Pero en algunos corredores las condiciones pueden ser muy diferentes. En algunos, incluso las leyes de la física pueden cambiar..
-Siga.

Librodot

-Dice que el funcionamiento de la máquina depende de un giro del Espacio y el Tiempo -dijo-. Convirtiendo un viaje en el Tiempo en un viaje por el Espacio. Bien, estoy de acuerdo: así es, exactamente, como produce su efecto la plattnerita. ¿Pero cómo lo consigue?
»Imagine -dijo- un universo, otra historia, en la que ese giro Espacio-Tiempo es muy exagerado.
Continuó describiendo una variante del universo casi más allá de mi imaginación: donde la rotación era parte integrante de la misma estructura del universo.
-La rotación está en cada punto del Espacio y el Tiempo. Una piedra, lanzada desde cualquier punto, parecería seguir una trayectoria en espiral: su inercia actuaría como un compás, dando vueltas alrededor del punto de lanzamiento. Incluso algunos piensan que nuestro propio universo podría sufrir una rotación de ese tipo, pero a una escala inmensamente lenta: le llevaría cientos de miles de millones de años el completar un solo giro ....
»La idea del universo rotatorio fue descrita por primera vez unas décadas después de su época, por Kurt Gödel de hecho.
-Gödel. -Me llevó un momento el recordar el nombre-. ¿El hombre que demostró la imperfección de la matemática?
-El mismo.

Caminamos hacia la máquina, y mantuve los dedos alrededor de las palancas. Planeaba colocarme en el lugar más adecuado para alcanzar la máquina.
-Dígame cómo explica eso el funcionamiento de la máquina.
-Está relacionado con el giro de ejes. En un universo en rotación, es posible un viaje por el espacio pero que acabe en el pasado o el futuro. Nuestro universo gira, pero tan lentamente que tales trayectorias tendrían cientos de miles de millones de años luz de largo, ¡y llevaría un millón de millones de años el recorrer una de ellas!
-No tendría muchas aplicaciones prácticas.
-Pero imagine un universo de densidad mucho mayor que el nuestro: un universo tan denso como el corazón de un átomo de materia. Allí, una rotación se completaría en una fracción de segundo.
-Pero no vivimos en un universo así. -Señalé con la mano a mi alrededor-. Es evidente.
-¡Pero usted quizá sí lo haga, durante una fracción de segundo, gracias a su máquina, o al menos a su parte de plattnerita.
»Mi hipótesis es que, por alguna propiedad de la plattnerita, la Máquina del Tiempo va y viene de ese universo ultradenso, y ¡en cada paso utiliza el giro de ejes de la realidad para viajar en bucles del pasado al futuro! Así que hace una espiral por el tiempo...
Pensé en esas ideas. Eran extraordinarias -¡por supuesto!- pero, me parecía a mí, no mucho más que una extensión fantástica de mis propias ideas preliminares sobre la interrelación entre el Espacio y el Tiempo, y la fluidez de sus ejes. Además, mi impresión subjetiva del viaje en el tiempo estaba condicionada por una sensación de giro, de rotación.
-Esas ideas son sorprendentes, pero creo que es necesario considerarlas en mayor profundidad -le dije a Nebogipfel.
Me miró.
-Su flexibilidad mental es impresionante, para un hombre de su periodo evolutivo.
Apenas escuché ese comentario. Ahora estaba lo bastante cerca. Nebogipfel tocó uno de los carriles de la máquina con un dedo cauteloso. El artefacto brillaba, desmintiendo su masa, y una brisa agitó los finos pelos del brazo de Nebogipfel. Retiró la mano. Yo miré fijamente las ranuras, repasando en mi cabeza los actos de sacar las palancas de los bolsillos y colocarlas en ellas. ¡Me llevaría menos de un segundo! ¿Podría completar la acción antes de que Nebogipfel me dejase inconsciente con el rayo verde?
La oscuridad me rodeaba y el olor a Morlock era intenso. En un momento, pensé con algo de impaciencia, me habré ido de aquí.
-¿Pasa algo?

Nebogipfel me miraba a la cara con sus ojos grandes y oscuros, y estaba derecho y tenso. ¡Ya sospechaba! ¿Me había traicionado a mí mismo? Ya, en la oscuridad que me rodeaba, supe que los cañones de incontables armas debían de estar apuntándome. ¡Tenía unos segundos antes de estar perdido!

Oí la circulación de la sangre en los oídos, saqué las palancas de los bolsillos y con un grito me eché sobre la máquina. Metí las pequeñas barras en las ranuras y con un solo movimiento las eché hacia atrás. La máquina tembló -¡en aquel momento final hubo un resplandor verde y pensé que todo había terminado para mí!- y luego las estrellas desaparecieron. Sentí una sensación extraordinaria de giro, y luego la terrible impresión de caer, pero le di la bienvenida a la incomodidad, ¡porque era la sensación familiar del viaje en el tiempo!

Grité. Había triunfado. Viajaba atrás en el tiempo. ¡Era libre!

... Y a continuación fui consciente de una presencia fría alrededor de mi cuello. Una suavidad, como si un insecto se hubiese posado allí, un crujido.

Me llevé la mano al cuello, ¡y toqué pelos de Morlock!

LIBRO DOS
Paradoja

Librodot

1

LA *ARGO* DEL TIEMPO

Agarré el delgado antebrazo con la mano y lo aparté del cuello. ¡Un cuerpo peludo estaba tirado sobre el níquel y el cobre a mi lado, una cara delgada y con gafas estaba cerca de la mía, el olor dulzón y fétido de un Morlock era intenso.
-Nebogipfel.
Su voz era baja, y su pecho subía y bajaba. ¿Tenía miedo?
-Así que ha escapado. Y con tanta facilidad...
Parecía un muñeco de trapo. y pelo de caballo colgado de la máquina. Era un recuerdo del mundo de pesadilla del que había escapado. Estoy seguro de que en aquel momento podría haberlo arrojado de la máquina, pero contuve la mano.
-Quizá los Morlocks no han valorado mi capacidad para la acción-le respondí-. Pero usted... Sospechó, ¿no?
-Sí. En el último segundo... He aprendido, creo, a interpretar el lenguaje inconsciente de su cuerpo. Supe que planeaba activar la máquina. Sólo tuve tiempo de alcanzarle antes...
»¿Cree que podríamos ponernos derechos? -Susurró-. Estoy incómodo, y temo caerme.
Me miró mientras pensaba en su propuesta. Creí que había una decisión que debía tomar: ¿lo aceptaba como compañero de viaje en la máquina o no?
Pero no podía arrojarlo; ¡me conocía lo suficiente para saberlo!
-Oh, muy bien.
Y así los dos argonautas del tiempo ejecutamos un ballet extraordinario, en medio de la maraña de la máquina. Sostuve a Nebogipfel por el brazo -para evitar que cayese y para asegurarme de que no intentaba alcanzar los controles- y me di la vuelta hasta sentarme derecho. Ni de joven era ágil, por lo que cuando conseguí sentarme estaba jadeante e irritado. Nebogipfel, mientras tanto, se acomodó en una sección conveniente de la máquina.
-¿Por qué me ha seguido, Nebogipfel?
Nebogipfel miró el paisaje oscuro y difuminado del viaje en el tiempo, y no respondió.
Aun así, creí entender. Recordé su curiosidad y emoción ante mi relato del futuro, al compartir el viaje en la cápsula interplanetaria. El Morlock había saltado tras de mí en un impulso -para descubrir si el viaje en el tiempo era una realidad-, ¡y era un impulso guiado por una curiosidad que descendía, al igual que la mía, del mono! Me sentí sorprendentemente emocionado por ello, y me alegré un poco por Nebogipfel. La humanidad había cambiado mucho en los años que nos separaban, ¡pero allí había una prueba de que la curiosidad, ese impulso incansable por descubrir, y la temeridad asociada a ella, no habían muerto por completo!
Y surgimos a la luz. Sobre mi cabeza vi el desmantelamiento de la Esfera. Luz solar pura inundó la máquina y Nebogipfel gritó de dolor.
Me quité las gafas. El Sol descubierto, al fin, se mantenía fijo en el cielo, pero pronto comenzó a desplazarse de su posición; corrió por el cielo más y más rápido, y el paso de días y noches volvió a la Tierra. Finalmente, el Sol se disparó por el cielo demasiado rápido para seguirlo, se convirtió en una banda de luz, y la alternancia de días y noches fue remplazada por un brillo perlífero, bastante frío, uniforme.
Así, la regulación del eje y la rotación de la Tierra se deshizo.
El Morlock estaba encorvado sobre sí mismo, con la cara hundida en el pecho. Tenía las gafas sobre la cara, pero su protección no parecía ser suficiente; parecía intentar hundirse en el interior de la máquina y su espalda brillaba blanca bajo la luz solar diluida.
No pude evitar reírme. Recordé que no me había advertido cuando la cápsula con destino a la Tierra fue lanzada de la Esfera al espacio: bien, aquí estaba el pago.
-Nebogipfel, sólo es la luz del sol.

Librodot

Nebogipfel levantó la cabeza. Ante el incremento de la luz, las gafas se habían oscurecido hasta hacerse impenetrables; el pelo de la cara parecía enmarañado y bañado en lágrimas. La piel de su cuerpo, visible a través del pelo, brillaba pálida.
-No son sólo mis ojos -dijo-. Incluso difuminada, la luz me hace daño. Cuando salimos al brillo intenso del sol...
-¡Quemaduras de sol! -exclamé.
Después de muchas generaciones de oscuridad, aquel Morlock sería más vulnerable al débil sol de Inglaterra que el más pálido de los británicos en el trópico. Me quité la chaqueta.
-Tome -dije-, esto le protegerá algo.
Nebogipfel se puso la prenda alrededor, acurrucándose en ella.
-Además -le dije-, cuando detenga la máquina, me aseguraré de que sea de noche, para que podamos buscarle un refugio.
Al pensarlo, me di cuenta de que llegar de noche sería una buena idea de cualquier forma: ¡sería un buen espectáculo aparecer en Richmond Hill con aquel monstruo del futuro, en medio de una multitud de sorprendidos paseantes!
La vegetación permanente se retiró de la colina y volvimos al ciclo de las estaciones. Comenzamos a recorrer la era de las grandes edificaciones de la que ya he hablado. Nebogipfel, con la chaqueta sobre la cabeza, miraba con evidente fascinación cómo los puentes y los pilares pasaban por el paisaje como niebla. En lo que a mí respecta, me sentí aliviado al acercarme a mi época.
De pronto, Nebogipfel aulló -era un sonido curioso, como de gato- y se apretó aún más contra la estructura de la máquina. Miraba al frente con ojos completamente abiertos y perfectamente fijos.
Me volví, y comprendí que los extraordinarios efectos ópticos que había presenciado durante mi viaje al año 657.208 d.C. aparecían de nuevo. Creí ver increíbles campos de estrellas que intentaban atravesar la superficie de las cosas a mi alrededor... Y allí, flotando a unas pocas yardas de la máquina, estaba el Observador: mi imposible acompañante. Tenía los ojos fijos en mí, y me agarré al carril. Miré atentamente aquella distorsionada parodia de un rostro humano, y aquellos tentáculos colgantes. Nuevamente me sorprendió el parecido con la criatura blanda que había visto en la remota playa de treinta millones de años en el futuro.
Era extraño, pero mis gafas -que me habían sido tan útiles para penetrar la oscuridad de los Morlocks- no me ayudaban a estudiar aquella criatura; no la veía con mayor claridad que con la vista desnuda.
Percibí un murmullo sordo, como un lloriqueo. Era Nebogipfel, aferrado a la máquina aparentemente fuera de sí.
-No debe tener miedo -dije con algo de torpeza-. Ya le he contado mi encuentro con esta criatura en mi viaje a su siglo. Es una aparición extraña, pero parece inofensiva.
Entre sollozos estremecidos Nebogipfel dijo:
-No lo entiende. Lo que vemos es imposible. Su Observador posee aparentemente la capacidad de atravesar los corredores, la habilidad de pasar por entre versiones potenciales de la historia... incluso de penetrar en el ambiente amortiguado de una Máquina del Tiempo en pleno viaje. ¡Es imposible!
Luego -tan fácilmente como había aparecido- el brillo estelar se desvaneció, el Observador se hizo invisible y la máquina continuó en su camino al pasado.
Después le dije al Morlock cruelmente:
-Debe comprender esto, Nebogipfel: no tengo intención de regresar al futuro después de este último viaje.
Envolvió los salientes de la máquina con los dedos.
-Sé que no puedo regresar -dijo-. Lo sabía incluso al saltar dentro de la máquina. Incluso si su intención fuese regresar al futuro...
-¿Sí?

Librodot

-Pero el nuevo viaje en el tiempo de esta máquina provocará inevitablemente otro ajuste impredecible de la historia. -Se volvió hacia mí con los ojos enormes tras las gafas-. ¿No lo entiende? Mi historia, mi hogar, están perdidos, quizá destruidos. Me he convertido en un refugiado del tiempo... Como usted.
Sus palabras me helaron. ¿Podría tener razón? ¿Podría estar causando más daño en el cuerpo de la historia con esta nueva expedición, incluso estando allí sentado?
¡Se reforzó así mi decisión de arreglarla todo, de poner fin al poder destructivo de la Máquina del Tiempo!
-Pero si ya lo sabia, su temeridad al seguirme no-fue sino locura...
-Quizá. -Su voz estaba apagada al tener la cabeza entre los brazos-. Pero ver cosas como las que he visto, viajar en el tiempo, obtener tanta información... ¡nadie de mi especie ha tenido jamás una oportunidad así!
Se quedó en silencio y mi simpatía hacia él aumentó. Me pregunté cómo habría reaccionado yo si se me hubiese presentado una oportunidad así. ¡Como lo había hecho el Morlock!
Los indicadores cronométricos seguían hacia atrás, y vi que se acercaban a mi propio siglo. El mundo se ordenaba de una forma más familiar: el Támesis fluía firmemente en su viejo cauce y puentes que creí reconocer lo cruzaban de pronto.
Manipulé las palancas. El Sol se hizo visible como un objeto discreto, que volaba sobre nuestras cabezas como una bala brillante; y el paso de las noches era ya evidente. Dos de los indicadores cronométricos ya estaban estacionarios; sólo miles de días -unos pocos años- quedaban por recorrer.
Vi que Richmond Hill se había congelado a mi alrededor, más o menos en la configuración de mis días. Como los árboles que me impedían la visión eran transparentes por efecto del viaje pude mirar con atención los prados de Petersham y Twickenham, todos motea
dos con los tocones de viejos árboles. Todo era acogedor y familiar, a pesar de que nuestra velocidad en el tiempo era tan alta que me resultaba imposible distinguir a la gente, los ciervos, las vacas o cualquier otro habitante de la colina, los prados o el río; y el parpadeo de noche y día lo bañaba todo en una iluminación antinatural. A pesar de todo eso, ¡casi estaba en casa!

Presté atención a los indicadores cuando el de los millares se acercó a cero. Ése era mi hogar, y necesité de toda mi determinación para no detener la máquina allí y entonces, ya que mis deseos de regresar a mi año eran intensos, pero mantuve las palancas en su posición, y vi cómo los indicadores se movían en las regiones negativas.
A mi alrededor la colina parpadeaba entre el día y la noche, con una ocasional mancha de color aquí y allá cuando un picnic permanecía lo suficiente sobre la hierba como para que fuese registrado por mi vista. Finalmente, cuando los indicadores marcaban seis mil quinientos sesenta días antes de mi partida, manipulé nuevamente las palancas.
Detuve la Máquina del Tiempo en la profundidad de una noche sin luna y cubierta de nubes. Si había calculado correctamente, había llegado a julio de 1873. Con mis gafas Morlock vi la subida de la colina, la orilla del río y el rocío brillando en la niebla; y podía ver que
-aunque los Morlocks habían colocado la máquina en una zona descubierta de la colina, a media milla de mi casa- no había nadie para presenciar nuestra llegada. Los ruidos y olores de mi siglo me inundaron: el intenso olor de la madera quemándose en alguna chimenea, el lejano murmullo del Támesis, el soplo de la brisa entre los árboles, las llamas de nafta en las carretillas de los vendedores ambulantes. Todo era delicioso, familiar. ¡Una bienvenida!
Nebogipfel se puso cuidadosamente en pie. Había metido los brazos en las mangas de la chaqueta, y ahora la prenda colgaba sobre él como si fuese un niño.
-¿Estamos en 1891?
-No -dije.
-¿Qué quiere decir?

-Quiero decir que hemos viajado aún más atrás en el tiempo. -Miré por la colina hacia mi casa-. Nebogipfel, en un laboratorio de ahí arriba, un temerario joven se embarca en una serie de experimentos que conducirán, al final, a la creación de la Máquina del Tiempo...
-Quiere decir...
-Que éste es el año 1873. ¡Y pronto me encontraré con mi yo más joven!
Su pequeña cara cubierta por las gafas giró hacia mí en lo que parecía un gesto de sorpresa.
-Venga, Nebogipfel, y ayúdeme a encontrar un lugar para esconder este artefacto.

2

HOGAR

No puedo explicar lo extraño que me resultaba caminar por el aire nocturno de Petersham Road, dirigiéndome a mi casa, ¡con un Morlock a mi lado!
La casa era la última de una fila, tenía ventanas grandes, un dintel tallado de forma no demasiado ambiciosa y un porche con falsos pilares griegos. En la fachada había una zona con escalones que llevaban al sótano, con una barandilla de metal delicada y pintada de negro. Daba la impresión de ser una imitación de las verdaderas casas señoriales de Green, o de la cima de la colina; pero era un lugar grande, lleno de habitaciones y confortable que había comprado a buen precio de joven y del que no tenía intención de mudarme.
Pasé la fachada de largo y me dirigí a la parte de atrás de la casa. Allí había balcones con delicadas pilastras de hierro pintadas de blanco, que miraban al oeste. Podía distinguir las ventanas del salón y del comedor ahora a oscuras (me vino a la cabeza que no estaba seguro de la hora), pero tenía la sensación de que faltaba algo en el salón. Me llevó algo de tiempo darme cuenta de qué era -la ausencia inesperada es más difícil de reconocer que la presencia incongruente-. En el baño que construiría más tarde. En 1873, ¡todavía debía lavarme en una bañera portátil que un sirviente me traía al dormitorio!
Y en aquel desproporcionado invernadero que salía de la parte de atrás de la casa estaba mi laboratorio, donde -vi con anticipación- todavía brillaba una luz. Los invitados de la cena ya se habrían ido, y los sirvientes ya se habrían retirado; pero él -yo- todavía trabajaba.
Sufrí una mezcla de emociones que supongo ningún hombre había sentido antes; allí estaba mi hogar, ¡y sin embargo, no podía considerarlo mío!
Volví a la puerta principal. Nebogipfel estaba de pie en el camino
desierto; parecía evitar acercase a los escalones, ya que el pozo al que daban erá muy negro, incluso con las gafas.
-No debe tener miedo -dije-. Es bastante común tener la cocina y demás en el sótano en las casas de este tipo... Los peldaños y la barandilla son resistentes.
Nebogipfel, anónimo tras las gafas, examinó incrédulo los escalones. Supongo que su cautela provenía de la ignorancia de la potencia de la tecnología del siglo diecinueve -había olvidado lo extraño que todo debía parecerle-, pero, aún así, algo de su actitud me desconcertó.
Recordé, y me sorprendió, un fragmento curioso de mi propia infancia. La casa en la que crecí era grande y tortuosa -de hecho, poco práctica- y tenía pasadizos subterráneos que iban de la casa a las caballerizas, la despensa y otras dependencias: esos pasadizo eran comunes en casas de la época. Había rejas en el suelo a intervalos: objetos redondos y negros que cubrían los respiraderos de los pasadizos. Recordé el terror que sentía de niño ante aquellos pozos del suelo. Quizá sólo eran respiraderos; ¿pero qué sucedería, razonaba mi imaginación infantil, si una mano huesuda atravesaba las barras y me agarraba por el tobillo?
Se me ocurrió -creo que algo en la actitud cautelosa de Nebogipfel me obligaba a esas reflexiones- que había ciertas similitudes entre aquellos agujeros en el suelo de mi infancia y

Librodot

los pozos siniestros de los Morlocks... ¿Era ésa la razón, finalmente, por la que había atacado al niño Morlock en 657.208 d.C.?
¡No soy un hombre que disfrute con las introspecciones en su propio carácter! Injustamente, le dije irritado a Nebogipfel:
-Además, ¡pensaba que a los Morlocks les gustaba la oscuridad! -y me volví para dirigirme a la puerta principal.
Todo era muy familiar, y aun así desconcertantemente diferente. Podía distinguir miles de pequeños cambios de dieciocho años en el futuro. Estaba el dintel viejo que haría cambiar, por ejemplo, y el lugar vacío donde instalaría la lámpara de arco a petición de Mrs. Watchets.
¡Entendí, de nuevo, qué asunto tan increíble era el viaje en el tiempo! Uno puede esperar cambios dramáticos en un viaje a través de miles de siglos -y los había encontrado-, pero incluso aquel pequeño salto de unas décadas me había convertido en un anacronismo.
-¿Qué hago? ¿Le espero?
Consideré la presencia de Nebogipfel a mi espalda. Llevando las gafas y la chaqueta, ¡parecía a la vez cómico y peligroso!
-Creo que sería más arriesgado si se quedase fuera. ¿Qué haría
si un policía le viese? Podría pensar que es un ladrón. Si le arrestasen...
¡No sabía si la posibilidad de un Morlock en una comisaría de policía de 1873 era cómica o alarmante! Sin la ayuda de las máquinas Morlock, Nebogipfel estaba indefenso; se había lanzado a la historia tan poco preparado como yo la primera vez.
-¿Y qué pasa con los perros? ¿O los gatos? Me pregunto qué pensaría el gato medio de la segunda mitad del diecinueve de un Morlock. Supongo que lo consideraría una buena comida... No, Nebogipfel. Teniéndolo todo en cuenta, creo que lo mejor es que se quede conmigo.
-¿Y el joven que va a visitar? ¿Qué pasa con su reacción?
Suspiré.
-Bien, siempre he tenido una mente abierta y flexible. ¡O al menos eso me gusta pensar...! Quizá lo descubra pronto. Además, su presencia me convencerá, le convencerá, de la verdad de mi historia.
Y, sin más dilación, tiré de la campana.

Oí puertas que se cerraban en el interior de la casa y un grito irritado:
-Está bien, ya voy yo...
Luego, oí pasos que corrían por el pasillo que unía el laboratorio con el resto de la casa.
-Soy yo -le susurré a Nebogipfel-. Él. Debe ser tarde y los sirvientes duermen.
Una llave luchó con la cerradura. Nebogipfel me susurró:
-Las gafas.
Me arranqué el anacronismo de la cara y lo metí en el bolsillo del pantalón, justo cuando se abría la puerta.
Allí había un joven, con la cara brillando como la luna a la luz de la vela que llevaba. La forma en que me miró, yo en mangas de camisa, fue rápida y el examen al que sometió a Nebogipfel fue aún más superficial (¡ahí quedaba el poder de observación del que me enorgullecía!).
-¿Qué diablos quieren? Es más de la una de la mañana, ¿saben?
Abrí la boca para hablar, pero el preámbulo cuidadosamente ensayado desapareció de mi mente.
¡Así me encontré conmigo mismo a la edad de veintiséis años!

3

Librodot

MOSES

Desde aquella experiencia me he convencido de que todos nosotros, sin excepción, utilizamos los espejos para autoengañarnos. El reflejo que allí vemos está tan bajo nuestro control que favorecemos nuestros mejores atributos, aunque sea inconscientemente, y ajustamos nuestras peculiaridades a un modelo que ni nuestros amigos más íntimos reconocerían. Y, por supuesto, no tenemos la obligación de vernos desde los ángulos más desfavorables: desde la parte de atrás de la cabeza, o con nuestra gran nariz en todo su esplendoroso perfil.
Bien, allí tenía un reflejo que no estaba bajo mi control, y era una experiencia inquietante.
Tenía mi altura, por supuesto: es más, me sorprendí al darme cuenta, yo había encogido un poco en los dieciocho años que habían pasado. Su frente era extraña: muy ancha, como muchos me habían dicho, sin piedad, a lo largo de mi vida, y llena de un pelo corto marrón como de ratón, que todavía no había desaparecido ni encanecido. Los ojos eran de un gris claro, la nariz recta, la mandíbula firme; pero nunca había sido un tipo atractivo: era pálido por naturaleza, y esa palidez se veía incrementada por la largas horas que había pasado, desde los años de escolar, en bibliotecas, salas de estudio, aulas y laboratorios.
Sentí una vaga repugnancia; ¡había algo de Morlock en mí! ¿Siempre había tenido las orejas tan grandes?
Pero fueron las ropas las que me sorprendieron. ¡Las ropas!
Llevaba lo que recordaba como el disfraz de un dandi: un abrigo corto y rojo sobre un chaleco amarillo y negro repleto de botones dorados, botas altas y amarillas, y con un ramillete en el ojal.
¿Había llevado yo alguna vez aquellas ropas? ¡Debí haberlo hecho! Pero me hubiese sido difícil imaginar algo más alejado de mi estilo sobrio.
-Dios mío -no pude evitar decir-, viste como un payaso de circo.
Parecía indeciso, evidentemente vio algo extraño en mi cara, pero contestó con rapidez:
-Quizá debería cerrarle la puerta en la cara, señor. ¿Ha subido la colina para insultarme por mi forma de vestir?
Noté que las flores estaban algo marchitas, y podía oler el brandy en su aliento.
-Dígame. ¿Hoy es jueves?
-Ésa es una pregunta muy extraña. Debería...
-¿Sí?
Levantó la vela y me miró a la cara. Estaba tan fascinado conmigo -por su propia persona apenas entrevista- que ignoró al Morlock: ¡una criatura humanoide del lejano futuro, apenas a dos yardas de él! Me pregunté si no habría alguna torpe metáfora escondida en aquella pequeña escena: ¿había viajado en el tiempo sólo para buscarme a mí mismo?
Pero no tenía tiempo para ironías, ¡y me sentí algo avergonzado por haber. conjurado un pensamiento tan literario!
-Es jueves, de hecho. O lo era, ahora estamos en las primeras horas del viernes. ¿Qué pasa? ¿Y por qué no lo sabía? ¿Quién es usted, señor?
-Le diré quién soy -dije-. Y -señalé al Morlock, y los ojos de nuestro anfitrión se abrieron- quién es ése. Y la razón de que no esté seguro ni del día ni de la hora. Pero primero, ¿podemos entrar? Me agradaría un poco de su brandy.
Se quedó parado durante medio minuto, la mecha de la vela ardiendo en su lago de cera; y, lejano, oí el murmullo del Támesis al pasar lánguido bajo el puente de Richmond. Finalmente, dijo:
-Debería echarles a la calle, pero...
-Lo sé -dije amablemente.
Miré a mi joven persona con indulgencia; nunca había tenido miedo de las especulaciones arriesgadas, ¡y no podía ni imaginar qué hipótesis alocadas se estaban formando en esos momentos en aquella mente fecunda e indisciplinada!

Tomó una decisión. Se apartó de la puerta.
Le hice un gesto a Nebogipfel. Los pies del Morlock, sólo cubiertos por pelo, resonaron en el parquet de la entrada. Mi joven yo lo miró de nuevo, Nebogipfel le devolvió la mirada con interés, y el joven dijo:
-Es... ah... es tarde. No quiero levantar a los sirvientes. Vengan al comedor; seguramente será el lugar más cálido.
El salón estaba a oscuras, tenía un friso pintado y una hilera de colgadores para sombreros; el cráneo amplio de nuestro renuente anfitrión se recortaba a la luz de la vela al guiarnos hasta allí. En el comedor todavía había un brillo de carbones encendidos en el hogar. Nuestro anfitrión encendió las velas con la que llevaba, y la habitación se llenó de claridad ya que allí había una docena de velas o más: dos en candelabros de bronce sobre el mantel, con un tarro de tabaco lleno y complaciente en medio, y el resto en las paredes.
Miré aquella habitación cálida y acogedora, ¡tan familiar y tan diferente por los distintos arreglos y redecoraciones! La pequeña mesa de la entrada que sostenía una pila de periódicos -repletos, sin duda, con los ominosos análisis de las últimas declaraciones de Disraeli, o quizá con terribles asuntos relativos a la Cuestión Oriental- y el sillón cerca del fuego, bajo y confortable. Pero no había ni rastro de mi juego de mesas octogonales, ni de mis lámparas incandescentes con flores de plata.
Nuestro anfitrión se acercó al Morlock. Se inclinó apoyando las manos en las rodillas.
-¿Qué es esto? Parece un mono, o un niño deforme. ¿Es su chaqueta lo que lleva puesto?
Me sorprendí ofendiéndome ante ese tono.
-«Eso» es «él». Y puede hablar por sí mismo.
-¿Puede? -Se volvió hacia Nebogipfel-. Es decir, ¿puede? Dios mío.
Se quedó mirando la cara peluda del pobre Nebogipfel, y yo me quedé de pie, intentando no manifestar mi impaciencia --por no decir vergüenza- ante tanta descortesía.
Recordó sus obligaciones.
-Oh -dijo-. Perdón. Por favor, siéntense.
Nebogipfel, perdido en la chaqueta, se quedó en medio de la alfombra. Miró primero el suelo y luego el resto de la habitación. Parecía esperar algo, y de pronto lo entendí. ¡Estaba tan habituado a la tecnología de su época que estaba esperando a que el mueble surgiese del suelo! Aunque, al conocernos mejor, el Morlock demostraría grandes conocimientos y flexibilidad mental, entonces estaba tan confundido como lo habría estado yo si buscase la espita del gas en la pared de una caverna de la Edad de Piedra.
-Nebogipfel -dije-, ésta es una época más simple. La formas son fijas. -Señalé la mesa del comedor y los asientas-. Debe elegir uno de ésos.
Mi yo más joven asistía a ese intercambio con evidente curiosidad.
El Morlock, después de vacilar unos segundos, eligió el sillón más aparatoso.
Llegué antes que él.
-Éste no, Nebogipfel -le dije con amabilidad-. No creo que lo encontrase cómodo. Podría intentar darle un masaje, pero no está diseñado para su peso...
El anfitrión me miró sorprendido.
Nebogipfel, bajo mi guía -me sentí como un padre inexperto al dirigirlo-, cogió una silla recta y se sentó en ella; los pies le colgaban como si fuese un niño peludo.
-¿Cómo sabía lo de mis Sillones Activos? -me exigió mi anfitrión-. Sólo se lo he mostrado a unos pocos amigos. El diseño todavía ni siquiera ha sido patentado...
No respondí: simplemente aguanté su mirada durante largos segundos. Podía ver que la extraordinaria respuesta a esa pregunta ya se formaba en su mente.
Apartó la vista.
-Siéntese -me dijo-. Por favor. Iré a buscar el brandy.
Me senté -¡en mi propio comedor con un Morlock por compañía!- y miré alrededor. En una de las esquinas del comedor, en su trípode, estaba el telescopio Gregoriano que había traído de casa de mis padres.

Un artefacto simple, capaz de producir sólo imágenes borrosas, y sin embargo, cuando era niño, una ventana al mundo maravilloso del cielo, y a la maravillas intrigantes de la óptica física.
Y, más allá de aquella habitación, estaba el oscuro pasillo hasta el laboratorio, con las puertas dejadas descuidadamente abiertas; pude ver partes del taller: la acumulación de aparatos, planos en el suelo, y varias herramientas y útiles.
Nuestro anfitrión se reunió con nosotros; traía, con torpeza, tres copas de brandy, y una jarra. Nos sirvió generosamente, y el líquido brilló bajo la luz de las velas.
-Tomen -dijo-. ¿Tienen frío? ¿Quieren que encienda el fuego?
-No -dije-,gracias.
Levanté el brandy, lo olí y lo dejé correr por la lengua.
Nebogipfel no cogió su vaso. Metió uno de sus pálidos dedos en el líquido, lo sacó y probó una gota. Pareció temblar. Entonces, delicadamente, apartó el vaso, ¡como si estuviese lleno hasta el borde del más repugnante de los licores!
Mi anfitrión lo observó con curiosidad. Entonces, con esfuerzo, se volvió hacia mí.
-Estoy en desventaja. No le conozco. Pero parece que usted sí me conoce a mí.
-Sí. -Sonreí-. Pero no sé exactamente cómo llamarle.
Frunció el ceño incómodo.
-No veo por qué eso sería un problema, mi nombre es...
Levanté la mano; había tenido una inspiración.
-No. Utilizaré, si me lo permite, Moses.
Tomó un largo sorbo de brandy, y me miró con rabia sincera en los ojos.
-¿Cómo sabe eso?
¡Moses!, mi odiado nombre de pila, por el que me habían atormentado infinitamente en la escuela, y que había mantenido en secreto desde que dejé la casa de mis padres.
-No importa -dije-. Su secreto está a salvo conmigo.
-Mire, me estoy empezando a cansar de estos juegos. Aparece con su acompañante y hace comentarios sobre mis ropas. ¡Y todavía no conozco su nombre!
-Pero -dije-, quizá sí lo sabe.
Sus largos dedos se cerraron alrededor del vaso.- Sabía que sucedía algo extraño y maravilloso, ¿pero qué? Podía ver en su rostro, tan claro como el día, la mezcla de impaciencia, emoción y algo de miedo que yo mismo había sentido tantas veces al enfrentarme a lo desconocido.
-Mire -dije-, estoy listo para contarle todo lo que quiera saber, se lo prometo. Pero primero...
-¿Sí?
-Sería un honor para mí ver su laboratorio. Y estoy seguro de que a Nebogipfel también le gustaría. Cuéntenos algo de usted -dije-. Y así sabrá sobre mí.
Se quedó sentado durante un rato, sosteniendo la bebida. Entonces, con un movimiento brusco, volvió a llenar los vasos, se levantó y cogió una vela de la mesa.
-Vengan conmigo.

4

EL EXPERIMENTO

Con la vela en alto, nos guió por el frío pasillo hasta el laboratorio. Conservo claramente esos pocos segundos en la memoria: la luz de la vela proyectando sombras inmensas del ancho cráneo de Moses, y sus botas y chaqueta resplandeciendo bajo la incierta luz; tras de mí el Morlock pisaba con suavidad, y en aquel recinto cerrado su olor era muy penetrante.

En el laboratorio, Moses recorrió las paredes y bancos encendiendo velas y lámparas incandescentes. Pronto el lugar quedó muy iluminado. Las paredes eran blancas y no tenían adornos -exceptuando algunas toscas notas de Moses pegadas a ellas- y la única librería estaba llena de revistas, textos básicos y volúmenes de tablas matemáticas y medidas físicas. El lugar estaba frío; como iba en mangas de camisa tirité y cerré los brazos alrededor del cuerpo.
Nebogipfel se dirigió hacia la librería. Se inclinó y examinó los lomos rotos de los volúmenes. Me pregunté si podría leer en inglés; no había visto señales de papel o libros en la Esfera, y las palabras en los ubicuos paneles azules me habían resultado desconocidas.
-No me interesa hacerles un resumen biográfico -dijo Moses-. Y tampoco -añadió con mayor dureza- entiendo todavía por qué está tan interesado en mí. Pero estoy dispuesto a jugar su juego. Atiendan: supongamos que repasamos mis descubrimientos experimentales más recientes. ¿Qué les parece?
Sonreí. ¡Qué propio de mí -de él- no tener nada más en mente que el acertijo de turno!
Fue hasta un banco de trabajo, donde se encontraba una combinación caótica de retortas, lámparas, retículas y lentes.
-Les agradecería que no tocasen nada. Puede parecer un poco desordenado, ¡pero les aseguro que hay una lógica! Les puedo asegurar que tengo grandes problemas en mantener alejada a Mrs. Penforth y sus útiles de limpieza.
¿Mrs. Penforth? Había querido preguntar por Mrs. Watchets, pero entonces recordé que Mrs. Penforth había sido la predecesora de Mrs. Watchets. La había despedido unos quince años antes de mi partida cuando la pillé hurtando en mi reserva de diamantes industriales. Consideré advertir a Moses de ese hecho, pero no había habido daños; y pensé con un extraño paternalismo hacia mi yo más joven que seguramente sería bueno para Moses que se tomara más interés por los asuntos de la casa de vez en cuando, ¡y que no lo dejase todo al azar!
Moses continuó:
-Mi campo es la óptica física, es decir, las propiedades físicas de la luz, que...
-Lo sabemos -dije con amabilidad.
Frunció el ceño.
-De acuerdo. Bien, recientemente, me he desviado a un extraño enigma: el estudio de un nuevo mineral, del cual obtuve una muestra por casualidad hace dos años.
Me mostró una botella normal de medicinas con un tapón de goma: la botella estaba llena a medias de un polvo fino y verdoso de extraño brillo.
-Miren: ¿pueden ver ese ligero brillo que tiene, como si se iluminase desde dentro? -Y ciertamente el material brillaba como si estuviese compuesto de diminutas bolitas de vidrio-. ¿Pero dónde está la fuente de energía de esa luminiscencia?
»Por ahí he comenzado mis investigaciones. Primero a ratos perdidos porque tengo trabajo que hacer. Dependo de becas y comisiones, que a su vez dependen de que construya un flujo respetable de resultados. No tengo tiempo para perseguir espejismos... Pero después -él mismo lo admitió- esta plattnerita acabó absorbiendo gran parte de mi tiempo. Le di el nombre de plattnerita por el tipo misterioso, Gottfried Plattner decía llamarse, que me la donó.
»No soy químico, incluso en el límite de los tres gases mi química práctica ha sido siempre provisional, pero aun así, me entregué con todo mi ser. Compré tubos de ensayo, gas y quemadores, papel tornasol y todo el resto de la parafernalia. Puse la sustancia en tubos de ensayo y la probé con agua y ácidos: sulfúrico,-nítrico y clorhídrico, sin descubrir nada. Luego la quemé con el quemador. -Se rascó la nariz-. La explosión resultante destrozó una de las ventanas y arruinó una pared -dijo-.
Había sido la pared sudoriental la que había sufrido daños, y en aquel momento -no pude evitarlo- miré en esa dirección, pero no había nada que lo señalase porque había sido reparada. Moses notó mi mirada con curiosidad, ya que él no había indicado la pared.
-Después de ese fallo -continuó-, comprendí que no me había acercado a una solución del problema de la plattnerita. Entonces, sin embargo -su tono se animó-, comencé a aplicar algo

Librodot

de lógica al asunto. La luminiscencia es, después de todo, un fenómeno óptico. Por lo que, razoné, quizá la clave de los secretos de la plattnerita no estuviese en la química sino en sus propiedades ópticas.
¡Sentí una satisfacción peculiar -una remota autosatisfacción al oír su resumen de mi proceso deductivo! Y todo lo que sabía era que Moses disfrutaba de su propia narración: siempre me ha gustado contar una buena historia, sin que me importase el público. Creo que tengo algo de artista del espectáculo.
-Por tanto, retiré mis cacharros de químico aficionado -siguió Moses-, y comencé una nueva serie de pruebas. Pronto encontré fenómenos anómalos: resultados aberrantes relativos al índice de refracción de la plattnerita, que como sabrán depende de la velocidad de la luz dentro de la sustancia. Resultó que el comportamiento de los rayos de luz que atraviesan la plattnerita es muy peculiar. -Se volvió hacia el experimento en el banco de trabajo-. Ahora, miren aquí; ésta es la demostración más clara de las anomalías ópticas de la plattnerita que he podido desarrollar.
Moses creó su prueba en tres partes en línea. Había una pequeña lámpara eléctrica con un espejo curvo detrás, y aproximadamente a una yarda, una pantalla blanca que se mantenía vertical; entre esos dos, había un panel de cartón con aberturas. Tras la lámpara, los cables llevaban a una célula electromotriz bajo el banco.
El conjunto era lúcidamente simple: siempre he buscado demostraciones lo más evidentes posible de cualquier nuevo fenómeno. Es mejor centrar la mente en el fenómeno en sí y no en las deficiencias del conjunto experimental, o -es siempre una posibilidad- en algún truco por parte del experimentador.
Moses cerró un interruptor y la lámpara se encendió. El panel de cartón ocultó la luz exceptuando un débil brillo central producido en la pantalla por las aberturas.
-Luz de sodio -dijo Moses-. Es casi un color puro, en oposición, digamos, a la luz blanca del sol, que es una mezcla de todos los colores. El espejo tras la lámpara es parabólico, por lo que refleja toda la luz de la lámpara hacia el panel interpuesto.
Señaló los caminos de los rayos de luz hacia el cartón.
-En el cartón he abierto dos ranuras. Las ranuras están separadas sólo por una fracción de pulgada, pero la estructura de la luz es tan reducida que la ranuras están separadas por unas trescientas longitudes de onda. Los rayos salen de las ranuras... -siguió señalando con el dedo- y viajan hacia la pantalla, que está aquí. Los rayos producen un patrón de interferencia, las crestas y valles se refuerzan o se cancelan alternativamente. -Me miró vacilante-. ¿Están familiarizados con el concepto? Se obtendría el mismo efecto si se arrojasen dos piedras en un charco quieto y examinasen la evolución de las ondas...
-Lo entiendo.
-Bien, de la misma forma, estas ondas de luz, arrugas en el éter, interfieren las unas en las otras, y crean un patrón que puede ser observado en la pantalla. -Señaló la mancha de luz amarilla que había llegado a la pantalla desde las dos rendijas-. ¿Puede verlo? En realidad se necesita una lupa, pero está ahí, justo en el centro de la pantalla, una serie de bandas alternas de luz y sombra a unas pocas décimas de pulgada unas de otras. Bien, ésos son los puntos donde se combinan los rayos de las ranuras.
Moses se enderezó.
-La interferencia es un fenómeno bien conocido. Es un experimento usado normalmente para determinar la longitud de onda de la luz de sodio, que resulta ser de una quincuagésima millonésima parte de pulgada, por si les interesa.
-¿Y la plattnerita? -preguntó Nebogipfel.
Moses se alteró al oír los tonos líquidos del Morlock, pero se recuperó admirablemente. De otra parte del banco sacó un trozo de vidrio, de unas seis pulgadas cuadradas, sostenido en vertical por una base. El cristal parecía manchado de verde.

Librodot

-Aquí tengo algo de plattnerita. En realidad este trozo está formado por dos láminas de vidrio con la plattnerita colocada en medio. ¿Lo ven? Ahora, miren lo que pasa cuando coloco la plattnerita entre el cartón y la pantalla...
Le llevó un poco ajustarlo, pero se las arregló para que una de las ranuras permaneciese libre y la otra estuviese cubierta por la plattnerita. Por lo tanto, un conjunto de rayos debía pasar por la plattnerita antes de llegar a la pantalla.
La imagen de anillos de interferencia en la pantalla se hizo más tenue -se tiñó de verde- y el patrón se desplazó y quedó distorsionado.
Moses dijo:
-Ahora los rayos son menos puros, por supuesto, parte de la luz de sodio se dispersa en la plattnerita, y emerge con la longitud de onda apropiada a la parte verde del espectro, pero suficiente cantidad de la luz de sodio original pasa a través de la plattnerita sin dispersión, por lo que persiste el fenómeno de interferencia. Pero ¿pueden ver los cambios producidos?
Nebogipfel se acercó; la luz de sodio brilló en sus gafas.
-El desplazamiento de unas pocas manchas de luz en una pantalla podría parecerle sin importancia a un profano -dijo Moses-, pero el efecto es muy importante, si se analiza de cerca. Porque, y puedo mostrarles el desarrollo matemático para demostrarlo -dijo señalando un montón de papeles en el suelo-,los rayos de luz que atraviesan la plattnerita sufren una distorsión temporal. Es un efecto minúsculo, pero mensurable. Se manifiesta como una distorsión del patrón de interferencia, como ven.
-¿Una «distorsión temporal»? -dijo Nebogipfel levantando la cabeza-. Quiere decir...
-Sí. -La piel de Moses estaba fríamente iluminada por la luz de sodio-. Creo que los rayos de luz al atravesar la plattnerita sufren una transferencia en el tiempo.
Miré embelesado aquella cruda demostración: una bombilla, unos trozos de cartón y unas agarraderas. Aquél era el principio. ¡Fue ése el ingenuo comienzo que conduciría, a través de Un largo y difícil proceso experimental y teórico, a la construcción de la propia Máquina del Tiempo!

5

HONESTIDAD Y DUDA

No podía dejar que supiese lo mucho que yo ya conocía, e intenté simular sorpresa ante aquella afirmación.
-Bien -dije vagamente-, bien. ¡Gran Scott...!
Me miró insatisfecho. Supongo que comenzaba a pensar que era un idiota sin imaginación. Se volvió y trasteó con los aparatos.
Aproveché la oportunidad para llevar al Morlock a un lado.
-¿Qué opina? Una demostración ingeniosa.
-Sí, pero me sorprende que no haya notado la radiactividad de su misteriosa sustancia, la plattnerita. Las gafas muestran claramente...
-¿Radiactividad?
Me miró.
-¿No está familiarizado con el concepto?
Me dio un rápido repaso del fenómeno, que incluye, parece, elementos que se rompen y vuelan en pedazos. Todos los elementos lo hacen -según Nebogipfel- a un ritmo más o menos perceptible; algunos, como el radio, lo hacen de forma tan espectacular que se puede medir, ¡si sabes lo que buscas!
Todo esto me hizo recordar algo.

-Recuerdo un juguete llamado espintariscopio -le dije a Nebogipfel-. En él, el radio se acerca a una pantalla cubierta de sulfuro de zinc...
-Y aparece fluorescencia en la pantalla. Sí. Es la desintegración de los núcleos de radio lo que provoca ese fenómeno -dijo.
-Pero el átomo es indivisible, o al menos eso es lo que se cree...
-Thompson, en Cambridge, demostrará la existencia de una estructura subatómica, si no recuerdo mal, unos años después de su viaje al futuro.
-Estructura subatómica. ¡Thompson! Me he encontrado con Joseph Thompson un par de veces, siempre lo he considerado un poco estúpido, y es varios años más joven que yo...
¡No era la primera vez que me arrepentía de mi súbito viaje en el tiempo! Si me hubiese quedado para ser parte de ese alboroto intelectual -podía haber estado en su centro, incluso sin mis experimentos en el viaje en el tiempo- aquello habría sido una aventura más que suficiente para toda una vida.
Moses parecía que había acabado, y fue a apagar la lámpara de sodio, pero retiró la mano con un grito.
Nebogipfel había tocado los dedos de Moses con su palma.
-Lo siento.
Moses se restregó la mano como si quisiese limpiarla.
-Su tacto -dijo-. Es tan... frío. -Miró a Nebogipfel como si lo viese, en toda su rareza, por primera vez.
Nebogipfel se disculpó de nuevo.
-No pretendía cogerle por sorpresa. Pero...
-¿Sí? -dije yo.
El Morlock señaló con un dedo la muestra de plattnerita.
-Miren.
Moses y yo nos inclinamos y entrecerramos los ojos para ver la muestra iluminada.
Al principio sólo pude distinguir el reflejo de la lámpara de sodio, el brillo del polvo fino en la superficie de la placas de vidrio... y entonces, percibí una luz creciente, un brillo que provenía del interior de la propia plattnerita: una iluminación verde que brillaba cómo si las placas de vidrio fuesen una ventana a otro mundo.
El brillo creció en intensidad, y produjo reflejos relucientes de los tubos de ensayo y del resto de la parafernalia del laboratorio.
Volvimos al comedor. Hacía horas que el fuego se había apagado y la habitación estaba fría, pero Moses no demostró haberse percatado de mi incomodidad. Me sirvió otro brandy, y acepté un cigarro; Nebogipfel pidió agua: Encendí el cigarro mientras Nebogipfel me miraba con lo que supuse era absoluto horror. ¡Había olvidado todos sus hábitos humanos!
-Bien, señor -dije-, ¿cuándo publicará esos extraordinarios descubrimientos?
Moses se rascó la cabeza y se aflojó la llamativa corbata.
-No estoy seguro -dijo con franqueza-. Lo que tengo hasta ahora no es más que un catálogo de observaciones anómalas, sabe, de una sustancia de origen desconocido. Aun así, quizás ahí fuera haya tipos más brillantes que yo que puedan aportar algo, incluso que puedan descubrir cómo sintetizar más plattnerita...
-No -dijo muy enigmático Nebogipfel-. Los medios para fabricar materiales radiactivos no existirán hasta que pasen varias décadas.
Moses miró al Morlock con curiosidad, pero no siguió el tema.
-Pero no tiene la intención de publicar -dije sin rodeos.
Me hizo un gesto de conspirador. ¡Otra costumbre irritante!
-A su debido tiempo. En cierta forma, no soy un científico de verdad, ya sabe lo que quiero decir, el tipo minúsculo y minucioso que acaba siendo conocido como un «científico distinguido». Les ves dando pequeñas conferencias, sobre algún aspecto recóndito de los alcaloides tóxicos, quizás, y flotando en la oscuridad de la linterna mágica puedes oír el

fragmento que el tipo cree leer de forma audible; y puede que veas sus gafas doradas y botas para los callos...
-Pero usted... -le incité.
-Oh, no intento criticar a los investigadores laboriosos de este mundo. Creo que a mí me queda bastante de investigación laboriosa en los próximos años. Me gusta ver cómo acaban las investigaciones. -Tomó un sorbo de la bebida--. He publicado algunas cosas, incluso en Philosophical Transactions, y otras investigaciones que deberían acabar en artículos. Pero el asunto de la plattnerita...
-¿Sí?
-Tengo un presentimiento sobre el tema. Quiero ver hasta dónde puedo llegar por mí mismo...
Me incliné. Vi que las burbujas de su vaso reflejaban la luz de las velas, y que su cara estaba llena de vida. Era el momento más tranquilo de la noche, y me parecía que podía ver todos los detalles, oír el tictac de todos los relojes de la casa con claridad supernatural.
-Explíqueme qué quiere decir.
Se estiró la ridícula chaqueta.
-Ya les he contado mis especulaciones sobre cómo un rayo de luz que atraviesa la plattnerita sufre una transferencia temporal. Con eso quiero decir que el rayo se mueve entre dos puntos del espacio sin un intervalo temporal en medio. Pero me parece -dijo con lentitud- que si la luz puede moverse de esa forma entre esos intervalos temporales, también podrían hacerlo quizá los objetos materiales. Creo que si mezclásemos la plattnerita con alguna sustancia cristalina adecuada, quizá cuarzo o cristal de roca, entonces...
-¿Sí?
Pareció recuperarse. Puso la copa de brandy sobre la mesa al lado de la silla, y se inclinó hacia delante; sus ojos brillaban con la luz de las velas.
-¡No estoy seguro de querer decir más! Miren: he sido franco con ustedes. Y ahora espero que sean sinceros conmigo. ¿Lo harán?
Como respuesta, le miré a la cara, a los ojos que a pesar de estar rodeados de una piel más suave eran los míos sin duda, los ojos que me miraban desde el espejo todas las mañanas.
Incapaz evidentemente de apartar la vista, susurró:
-¿Quién es usted?
-Sabe quién soy, ¿no?
El momento se alargó quieto y silencioso. El Morlock era una presencia fantasmal que nos pasaba desapercibida a los dos.
Finalmente, Moses dijo:
-Sí. Sí, creo que lo sé.
Quería darle tiempo para que se acostumbrara a la idea. ¡La realidad del viaje en el tiempo -para un objeto más sustancial que un rayo de luz- era todavía poco más que fantasía para Moses! Enfrentarse tan abruptamente con una prueba física -y peor aún, encararse con su propio yo del futuro- debía de ser un golpe tremendo.
-Podría pensar que mi presencia aquí es un resultado inevitable de sus propias investigaciones -le propuse-. ¿No acabaría sucediendo un encuentro como éste si continúa por el camino experimental que se ha fijado?
-Quizá...
Pero ahora comprendía que su reacción, lejos de permanecer sorprendido, como yo esperaba, parecía menos respetuosa. Parecía que me inspeccionaba de nuevo; su mirada se movía inquisitiva sobre mi cara, pelo y ropas.
Intenté verme bajo los ojos de aquel insolente de veintiséis años. Absurdamente, fui consciente de mí mismo; me alisé el pelo -que no me había peinado desde el año 657.208 d.C.- y metí la barriga, que ya no estaba tan bien definida como antaño. Pero la desaprobación permaneció en su rostro.
-Echa un vistazo -dije-. ¡En esto es en lo que te conviertes!
Se rozó la barbilla.

-No haces mucho ejercicio, ¿no? -Levantó el pulgar-. Y él, Nebogipfel. ¿Es él...?
-Sí -dije-. Es un hombre del futuro, del año 657.208 d. C. y es mucho más evolucionado que nuestro estado actual, que he traído aquí en mi Máquina del Tiempo: en la máquina cuyas primeras especificaciones ya se están formando en tu mente.
-Tengo la tentación de preguntarte cómo acaba todo: ¿tengo éxito?, ¿me casaré?, y demás. Pero tengo la impresión de que me irá mejor sin saberlo. -Miró a Nebogipfel-. El futuro de la especie, sin embargo, es otro tema.
-Me crees, ¿no?
Levantó la copa de brandy, vio que estaba vacía y la dejó en su sitio.
-No sé. Es decir, es muy fácil entrar en una casa y decir que eres tu yo del futuro...
-Pero tú mismo ya has especulado con la posibilidad del viaje en el tiempo. ¡Y mira mi cara!
-Admito que hay cierto parecido superficial; pero también es posible que sea todo una broma, quizá con intención maliciosa, para demostrar que soy un idiota. -Me miró seriamente-. Si eres quien dices ser, si eres yo, entonces has venido hasta aquí con un propósito.
-Sí. -Intenté dejar de lado mi furia; intenté recordar que era de vital importancia el comunicarme con aquel joven difícil y arrogante-. Sí. Tengo una misión.
Se agarró la barbilla.
-Palabras dramáticas. ¿Pero cómo puede ser tan importante? Soy un científico, ni siquiera eso seguramente; más bien un chapucero, un diletante. No soy ni un político ni un profeta.
-No. Pero eres, o serás, el inventor del arma más potente que pueda imaginarse: es decir, la Máquina del Tiempo.
-¿Qué es lo que has venido a decirme?
-Que debes destruir la plattnerita; encuentra otra línea de investigación. No debes desarrollar la Máquina del Tiempo. ¡Eso es esencial!
Me miró.
-Es evidente que tienes una historia para contar. ¿Va a ser larga? ¿Quieres más brandy, o quizá té?
-No. No, gracias. Seré tan breve como pueda.
De esa forma comencé mi narración, con un breve resumen de los descubrimientos que me habían llevado a la construcción final de la máquina -y cómo la había utilizado por primera vez y había viajado a la historia de los Elois y los Morlocks- y lo que descubrí a mi regreso, cuando intenté viajar al futuro una vez más.
Supongo que demostré mi cansancio -no podía recordar cuántas horas habían pasado desde que dormí por última vez-, pero a medida que progresaba mi narración me animé, y fijé mi atención en la cara sincera y redonda de Moses iluminada por la luz de las velas. Al principio era consciente de la presencia de Nebogipfel, que permaneció sentado en silencio durante mi relato, y en ocasiones -durante mi primera descripción de los Morlocks, por ejemplo- Moses se volvía hacia Nebogipfel como si quisiese confirmar algún detalle.
Pero después de un rato dejó incluso de hacer eso; y sólo miraba mi rostro.

6

PERSUASIÓN Y ESCEPTICISMO

El temprano amanecer de verano ya estaba muy avanzado cuando terminé.
Moses permaneció sentado en su silla, con los ojos puestos en mí y con la barbilla entre las manos. Finalmente, dijo:
-Bien -como si pretendiese romper un hechizo-, bien.

Se levantó, estiró la espalda y cruzó la habitación hasta las ventanas; las abrió para mostrar un día nublado pero luminoso.
-Es una historia extraordinaria.
-Es más que eso -dije con voz ronca--. ¿No lo ves? Durante mi segundo viaje al futuro atravesé una historia diferente. La Máquina del Tiempo es una destructora de historias, una destructora de mundos y especies. ¿No ves por qué no debe ser construida?
Moses se volvió hacia Nebogipfel.
-Si es usted un hombre del futuro, ¿qué tiene que añadir a todo eso?
La silla de Nebogipfel todavía permanecía en las sombras, pero se protegió de la intrusión de la luz del día.
-No soy un hombre -dijo con su voz tranquila y fría-. Pero vengo del futuro, una de sus infinitas variantes posibles. Parece cierto, es lógicamente posible, que una Máquina del Tiempo pueda cambiar el curso de la historia, generando nuevas variantes de los sucesos. De hecho, el principio mismo por el qué opera la máquina parece recurrir a su extensión, por medio de las propiedades de la plattnerita, a otra historia paralela.
Moses se dirigió a la ventana y el sol de la mañana destacó su perfil.
-Pero abandonar mis investigaciones, sólo porque tú haces afirmaciones sin pruebas...
-¿Afirmaciones sin pruebas? Creo que merezco algo más de respeto -dije con creciente furia-. ¡Después de todo, soy tú! Oh, eres tan testarudo. He traído a un hombre del futuro. ¿Qué más persuasión quieres?
Agitó la cabeza.
-Mira -dijo-, estoy cansado. He estado en vela toda la noche, y el brandy no ha ayudado. Y los dos parece que podríais necesitar también algo de descanso. Tengo habitaciones de sobra; los llevaré ...
-Conozco el camino -dije gélido.
Me concedió esa victoria con algo de humor.
-Haré que Mrs. Penforth les lleve el desayuno... o -siguió diciendo mirando ahora a Nebogipfel- quizás haré que lo sirva aquí.
»Venid -dijo-. El destino de la especie puede esperar unas pocas horas.
Extrañamente tuve un sueño profundo. Me despertó Moses, que me traía una jarra de agua caliente.
Había dejado mis ropas dobladas sobre una silla; después de mis aventuras en el tiempo ya no valían mucho como vestimenta.
-No creo que pudieses prestarme algo de ropa, ¿no?
-Puedes coger un abrigo, si quieres. Lo siento, pero no creo que nada mío te siente bien.
Me enfureció aquella arrogancia.
-Algún día tú también envejecerás. Y entonces espero que recuerdes. ¡Oh, no importa! -dije.
-Mira. Haré que mi sirviente limpie tu ropa y remiende los daños mayores. Baja cuando estés listo.
Habían servido el desayuno en el comedor como un bufé: Moses y Nebogipfel ya estaban allí. Moses vestía el mismo traje del día anterior, o al menos una copia idéntica. El sol brillante de la mañana volvía el chillón abrigo de colores de loro en un clamor mucho más horroroso que antes. Y en lo que respecta a Nebogipfel, ahora el Morlock estaba vestido -¡ridículamente!- con pantalones cortos y una chaqueta escolar. Tenía una gorra sobre la cara peluda, y esperaba pacientemente al lado del bufé.
-Le dije a Mrs. Penforth que se fuese de aquí -dijo Moses-. Por lo que respecta a Nebogipfel, la chaqueta raída que llevaba, que está sobre esa silla, no parecía suficiente para él. Así que rescaté un viejo uniforme escolar, lo único que encontré que podría quedarle bien: ahora huele a naftalina, pero parece más feliz.
»Ahora -caminó hacia Nebogipfel-, déjeme que le ayude. ¿Qué le gustaría? Puede tomar beicon, huevos, tostadas, salchichas...

Con voz tranquila y fluida, Nebogipfel pidió a Moses que le explicase el origen de cada cosa. Moses lo hizo gráficamente: cogió un trozo de beicon con el tenedor, por ejemplo, y le explicó la naturaleza del cerdo.
Cuando Moses terminó, Nebogipfel cogió una sola fruta -una manzana- y se fue con eso y un vaso de agua al rincón más oscuro de la habitación.
Yo, después de subsistir durante tanto tiempo con la dieta insípida de los Morlocks, no hubiese disfrutado más de mi desayuno aunque hubiese sabido, que no lo sabía, que sería la última comida del siglo diecinueve de la que iba a disfrutar.
Ya desayunados, Moses nos escoltó a la sala de estar. Nebogipfel se instaló en el rincón más oscuro, mientras que Moses y yo nos sentamos en sillones opuestos. Moses sacó la pipa, la llenó de tabaco y la encendió.
Le miré agitado. Su calma me volvía loco.
-¿No tienes nada que decir? Te he traído una advertencia directamente del futuro, de varios futuros, que...
-Sí -dijo-, es muy dramático. Pero -siguió, golpeando la pipa- todavía no estoy seguro de si...
-¿No estás seguro? -grité poniéndome de pie de un salto-. ¿Qué más pruebas quieres?
-Me parece que tu lógica tiene algunos agujeros. Oh, siéntate.
Me senté. Me sentía débil.
-¿Agujeros?
-Míralo de esta forma. Afirmas que soy tú y tú eres yo. ¿Sí?
-Exactamente. Somos dos fragmentos de una misma criatura tetradimensional, tomados en distintos momentos y yuxtapuestos por la Máquina del Tiempo.
-Muy bien. Ahora pensemos en esto: si tú fuiste una vez yo, entonces deberías tener mis recuerdos.
-Yo... -Me callé.
-Entonces -dijo Moses con tono de triunfo-, ¿qué recuerdos tienes de un extraño y su sorprendente compañero, que aparecieron en tu casa una noche? ¿Eh?
La respuesta, por supuesto -¡horrible!, ¡imposible!-, es que no tengo tales recuerdos. Me volví afligido hacia Nebogipfel.
-¿Cómo no se me ha ocurrido? Por supuesto, mi misión es imposible. Siempre lo ha sido. No podría persuadir al joven Moses, porque yo no recuerdo haber sido persuadido cuando era Moses.
-Causa y efecto, cuando hay Máquinas del Tiempo de por medio, son conceptos inadecuados -contestó Nebogipfel.
Moses, con su insufrible descaro, añadió:
-Aquí tienes otro acertijo. Supón que estoy de acuerdo contigo. Supón que acepto tu historia de viajes en el tiempo, tu visión de la historia y demás. Supón que acepto destruir la Máquina del Tiempo.
Podía prever su argumento.
-Luego, si no construyes la Máquina del Tiempo...
-No podrías ir al pasado para evitar su construcción...
-... por lo que construirías la máquina...
-... y tú viajarías una vez más en el tiempo para evitar que se construyese. ¡Y así indefinidamente, como un tiovivo sin fin! -gritó con un ademán...
-Sí. Es un bucle causal patológico -dijo Nebogipfel-. La Máquina del Tiempo debe ser construida, para que pueda evitarse su construcción...
Enterré la cara entre las manos. Además de la desesperación por haber perdido la discusión, tenía la incómoda sensación de que el joven Moses era más inteligente que yo. ¡Debía haber visto esas dificultades lógicas! Quizá fuese cierto que la inteligencia, como las facultades puramente físicas, declina con la edad.
-Pero, a pesar de todos esos argumentos lógicos, sigue siendo cierto -susurré-. No debes construir la máquina.

Librodot

-Entonces, explícalo -dijo Moses con menos simpatía-. «Ser o no ser», parece que ésa no es la cuestión. Si eres yo, recordarás que te obligaron a interpretar el papel del padre de Hamlet en una horrible representación escolar.
-Lo recuerdo bien.
-Me parece que la pregunta es más bien: ¿cómo puede algo simultáneamente Ser y no Ser?
-Pero es cierto --dijo Nebogipfel. El Morlock caminó un poco hacia la luz y nos miró a ambos-. Pero tengo la impresión de que debemos crear una lógica superior, una lógica que pueda tratar la interacción de una Máquina del Tiempo con la historia, una lógica que pueda manejar una multiplicidad de historias...
Entonces -justo en el momento en que yo mismo dudaba- oí un rugido como de un motor inmenso, que resonó fuera de la casa en la colina. El suelo parecía temblar, como si un monstruo se pasease por ahí; oí gritos y -aunque uno pensaría que sería imposible que tal cosa sucediese en la todavía soñolienta y recién amanecida Richmond Hill- el repiqueteo de una ametralladora.
Moses y yo nos miramos desconcertados.
-Por Júpiter-dijo Moses-. ¿Qué es eso?
Creí oír de nuevo el sonido de disparos, y los gritos se convirtieron en chillidos apagados de repente.
Juntos salimos de la sala de estar hasta el salón. Moses abrió las puertas de par en par y nos desperdigamos por la calle. Allí estaba Mrs. Penforth, delgada y severa, y Poole, el sirviente de Moses de aquella época. Mrs. Penforth llevaba un plumero amarillo canario y se agarraba al brazo de Poole. Nos miramos momentáneamente, pero apartaron nuevamente la mirada, ignorando a Nebogipfel como si no fuese más que un extraño francés o escocés.
Había una gran multitud en Petersham Road, mirando. Moses me tocó la manga, y señaló a la carretera en dirección a la ciudad.
-Allí -dijo-. Ahí está tu anomalía.
Era como si una gran ola hubiese sacado un acorazado del mar y lo hubiese depositado en Richmond Hill. Estaba a unas doscientas yardas de la casa: se trataba de una gran caja de metal que estaba posada sobre Petersham Road como un enorme insecto de hierro de al menos ochenta pies de largo.
Pero no era un monstruo varado: se arrastraba hacia nosotros, lento pero seguro, y por donde pasaba dejaba el suelo marcado con hendiduras conectadas, como el rastro de un pájaro. La superficie superior del acorazado estaba salpicada de portillas, supuse que para las armas o para los telescopios.
El tráfico de la mañana se había visto obligado a dejar paso a la cosa; dos coches habían volcado frente á él, así como la narria de un cervecero, que todavía tenía el caballo atrapado y la cerveza se escapaba de los barriles rotos.
Un joven con una gorra arrojó tontamente un trozo de pavimento a la cosa. La piedra rebotó sin dejar ni una marca, pero hubo una respuesta: vi que asomaba el cañón de un rifle por una de las portillas superiores y disparó al joven.
Cayó donde estaba y se quedó quieto.
Ante eso, la multitud se dispersó con rapidez, y ya no hubo más gritos. Mrs. Penforth parecía que lloraba en el plumero; Poole la escoltó hasta la casa.
En la parte delantera del acorazado terrestre se abrió una compuerta con un golpe -pude ver algo del oscuro interior- y vi una cara (aunque enmascarada) mirar en nuestra dirección.
-Viene del tiempo -dijo Nebogipfel-. Y ha venido a por nosotros.
-Sí. -Me volví a Moses-. Bien -le dije-. ¿Ahora me crees?

EL JUGGERNAUT LORD *RAGLAN*

El rictus de Moses era tirante y nervioso, tenía la cara más pálida de lo normal y su frente ancha estaba perlada de sudor.
-¡Está claro que no eres el único viajero del tiempo!
El fuerte móvil -si era eso- avanzó penosamente hasta la casa. Era largo, plano como una caja, parecido a un cubre platos. Estaba pintado con manchones de verde y marrón barro, como si su hábitat natural fuese el campo abierto. Tenía un faldón de metal alrededor de la base, quizá para proteger las partes más vulnerables de los disparos y la metralla de los oponentes. Debería decir que el fuerte se movía a unas seis millas por hora, y que -gracias a algún nuevo método de locomoción que no podía precisar debido al faldón- se las arreglaba para mantenerse recto a pesar de la inclinación de la colina.
Exceptuándonos a nosotros tres -y al accidentado caballo del cervecero- no quedaba ni un alma viviente en la carretera, y el silencio sólo quedaba roto por el profundo retumbar del motor del fuerte y los chillidos de pánico del caballo.
-No recuerdo esto -le dije a Nebogipfel-. Nada de esto sucedió en mi 1873.
El Morlock examinó el fuerte a través de las gafas.
-Una vez más -dijo tranquilo-, debemos tener en cuenta la posibilidad de la multiplicidad de historias. Ha visto más de una versión del año 657.208 d.C.; parece que ahora debe soportar variantes de su propio siglo.
El fuerte se detuvo con los motores sonando como un enorme estómago; podía ver rostros enmascarados que nos observaban desde varias portillas, y un gallardete se agitaba lánguido en el casco. ¿Crees que podemos huir corriendo? -susurró Moses.
-Lo dudo. ¿Ves los rifles que sobresalen de las portillas? No sé a qué juegan, pero esa gente tiene claramente medios y deseos de detenernos.
-Mostremos algo de dignidad. Demos un paso al frente -dije-. Demostremos que no tenemos miedo.
Caminarnos por tanto sobre los adoquines mundanos de Petersham Road hacia el fuerte.
Los diversos rifles y armas pesadas nos siguieron en nuestra aproximación, y las caras enmascaradas -algunas con gemelos de campaña- registraban nuestro progreso.
Al acercarnos al fuerte, pude ver mejor su disposición. Como ya he dicho, tenía más de ochenta pies de largo, y puede que unos diez de alto; los lados parecían láminas gruesas de bronce de cañón, aunque la acumulación de torretas y portillas en la parte superior le daba un aspecto moteado. Penachos de vapor salían al aire por la parte trasera de la máquina. Ya he mencionado el faldón que rodeaba la base; pero ahora podía ver que el faldón no tocaba el suelo, que la máquina se sostenía no sobre ruedas, como había supuesto, sino sobre patas. Eran cosas planas y anchas, más o menos de la forma de una pata de elefante, pero mucho mayores; por las marcas que habían dejado en el camino, podía deducir que la superficie inferior de aquellas patas debía de tener estrías para facilitar la tracción. Comprendí que era por medio de esas patas como el fuerte se las arreglaba para mantenerse más o menos horizontal independientemente de la inclinación del camino.
Había un dispositivo similar a un mayal en la parte delantera de la máquina: consistía en trozos largos de cadenas sujetas a un rodillo, que se sostenía con dos bastidores metálicos al morro del fuerte. El rodillo estaba sujeto y las cadenas bailaban en el aire como los látigos de los carreteros. Hacían un ruido metálico a medida que el fuerte se movía; pero estaba claro que el rodillo podía bajarse para permitir que las cadenas golpeasen el suelo a medida que el fuerte avanzaba. No podía entender el propósito de aquel dispositivo.
Nos detuvimos a unas diez yardas del morro romo de la máquina. Los rifles seguían apuntándonos. El vapor nos llegaba en una brisa continua.
Estaba horrorizado ante ese suceso que no recordaba. Ahora, creía, ni siquiera mi pasado era un lugar seguro y estable: incluso él estaba sujeto a cambios, ¡a los antojos de un viajero del

Librodot

tiempo! No podía escapar de la influencia de la Máquina del Tiempo: era como si, una vez inventada, sus ramificaciones se extendiesen al pasado y al futuro, como las ondas producidas por una piedra arrojada al plácido Río del Tiempo.
-Creo que es británico -dijo Moses, rompiendo mi introspección.
-¿Qué? ¿Por qué lo dices?
-¿No crees que eso sobre el faldón es una insignia de regimiento?
Miré más atentamente; estaba claro que los ojos de Moses eran más agudos que los míos. Nunca me había interesado demasiado la parafernalia militar, pero parecía que Moses tenía razón.
Ahora leía los trozos de texto pintados en negro sobre el formidable casco.
-«Munición» -leyó-. «Entrada de combustible.» Es británico o americano. Y de un futuro lo suficientemente cercano para que la lengua no haya cambiado mucho.
Oí el roce del metal contra el metal. Vi que una rueda situada a un lado del fuerte giraba. Cuando la rueda giró por completo, una portezuela se abrió -el metal pulido de su borde brilló contra el metal apagado del casco- y me pareció que el interior era como una caverna de acero.
De la abertura cayó una escalera de cuerda. Un soldado bajó por ella y se dirigió hacia nosotros. Vestía un traje de lona, cosido como una sola pieza. Estaba abierto por el cuello, y pude ver un reborde de ropa caqui. Llevaba unas espectaculares charreteras metálicas sobre los hombros y una gorra negra, con el escudo de un regimiento en la parte delantera. Portaba una pistola en una cartuchera que le colgaba por delante; había una pequeña bolsa justo encima, obviamente para la munición. Vi que la pistolera estaba abierta, y la mano enguantada nunca se apartaba demasiado del arma.
Pero lo más sorprendente era que el rostro del soldado estaba cubierto por la más extraordinaria de las máscaras: con gafas anchas y negras, y un tubo como el que tiene una mosca sobre la boca; la máscara cubría por completo la cabeza debajo de la gorra.
-¡Gran Scott! -me susurró Moses-. ¡Vaya una aparición!
-Sí -le dije ceñudo, porque había comprendido inmediatamente su importancia-. Se protege contra el gas, ¿lo ves? No se ve ni una pulgada cuadrada de su piel. Y esas charreteras deben ser para protegerle de dardos, posiblemente envenenados. Me pregunto qué otros elementos protectores lleva bajo ese traje.
-¿Qué época considera necesario enviar un bruto así a la inocencia de 1873? Moses, ese fuerte llega a nosotros desde un futuro oscuro. ¡Un futuro de guerra!
El soldado se acercó un poco más. Con voz de mando -apagada por la máscara, pero que era en cualquier caso la característica de los oficiales- nos dijo algo, en una lengua que al principio no reconocí.
Moses se acercó a mí.
-¡Eso es alemán! Con bastante mal acento. ¿De qué va todo esto?
Me adelanté un paso con las manos en alto.
-Somos ingleses. ¿Me entiende?
No pude ver el rostro del soldado, pero creí apreciar, en la posición de sus hombros, muestras de alivio. Su voz sonaba joven. No era más que un joven, entendí, atrapado en el caparazón de un guerrero. Dijo bruscamente:
-Muy bien. Por favor, síganme.
No teníamos demasiadas opciones.
El joven soldado permaneció al lado del fuerte con la mano en la empuñadura de su arma mientras subíamos al interior.
-Dígame algo -le dijo Moses al soldado-. ¿Cuál es el propósito del tambor con cadenas en la parte frontal del vehículo?
-Es un mayal antiminas -dijo el enmascarado.
-¿Antiminas?

-Las cadenas golpean el suelo a medida que el *Raglan* avanza. -Hizo el gesto con sus manos aunque seguía vigilando a Moses. Era evidentemente británico; ¡había pensado que podíamos ser alemanes!-. ¿Ve? Se trata de hacer estallar las minas enterradas antes de que lleguemos a ellas.
Moses lo pensó y luego entró tras de mí en el fuerte.
-Un delicioso uso del ingenio británico -me dijo-. ¡Mira el grosor del casco! La balas deben rebotar como gotas de lluvia. Sólo un cañón podría detener a esta criatura.
La pesada portezuela se cerró a nuestras espaldas; se ajustó a sus enganches de un golpe y los cierres de goma se pegaron al casco.
Así quedó excluida la luz del sol.
Nos escoltaron al centro de una galería estrecha que recorría todo el fuerte. En aquel espacio resonaba el ruido de los motores. Olía a aceite de motor y a petróleo, además del penetrante olor a cordita; hacía demasiado calor, y sentí que me corría inmediatamente el sudor por el cuello. La única fuente de luz eran dos lámparas eléctricas; insuficiente para iluminar aquel espacio compacto y largo.
El interior del fuerte quedó grabado en mi mente con trazos a media luz y sombras. Podía ver la forma de ocho grandes ruedas -cada una de diez pies de diámetro- alineadas a los lados del fuerte, y protegidas en el casco. En la parte delantera del fuerte, en el morro, había un solo soldado en una silla de lona; estaba rodeado de palancas, indicadores y lo que parecían las lentes de un periscopio; supuse que sería el conductor. En la parte trasera del fuerte estaban los motores y el centro de transmisiones. Allí pude ver las voluminosas formas de unas máquinas; en la oscuridad, los motores parecían más la prole de grandes bestias que algo construido por manos humanas. Los soldados iban y venían alrededor de las máquinas, con máscaras y guantes, como si sirviesen a un ídolo de metal.
Pequeñas cabinas, estrechas y de aspecto incómodo, colgaban del techo; y en cada una pude ver el perfil borroso de un soldado. Cada soldado portaba una variedad de armas e instrumentos ópticos, la mayoría de diseño desconocido para mí, que surgían del casco de la nave. Debía de haber unas dos docenas de aquellos artilleros -todos llevaban máscara y vestían los trajes de lona con gorra- y nos miraban abiertamente. ¡Pueden imaginar cómo el Morlock atraía sus miradas!
Era un lugar desolado e intimidante: un templo móvil dedicado a la fuerza bruta. No podía sino compararlo con la ingeniería sutil de los Morlocks de Nebogipfel.
El soldado joven vino hacia nosotros; ahora que el fuerte volvía a estar sellado, se había quitado la máscara -colgaba de su cuello como una cara arrancada- y pude ver que realmente era muy joven.
-Por favor, vengan -dijo-. Al capitán le gustaría darles la bienvenida a bordo.
Bajo su guía formamos una línea y comenzamos a caminar cuidadosamente -bajo la atenta y silenciosa mirada de los soldados- hacia el morro del fuerte. El suelo estaba al descubierto, y nos vimos obligados a usar pasarelas estrechas; los pies desnudos de Nebogipfel pisaban casi silenciosos sobre el metal.
Cerca del morro de ese barco terrestre, y un poco por detrás del conductor, había una cúpula de bronce y hierro que se extendía hasta el techo. Bajo la cúpula había un individuo -con una máscara y las manos en la espalda- con el aire de ser quien controlaba el fuerte. El capitán llevaba ropas y boina similares a las del soldado que nos había recibido, con sus charreteras a hombros y armas al cinto; pero aquel oficial superior también llevaba cinturones de cuero entrecruzados y otras insignias del rango.
Moses miraba a su alrededor con ávida curiosidad. Señaló el conjunto de escalas por encima del capitán.
-Mira ahí -dijo-. Apuesto a que puede hacer bajar una escalera por medio de esas palancas, ¿ves? Y luego subir a la cúpula. Eso le permitiría ver todo alrededor de esta fortaleza, para dirigir mejor a los ingenieros y artilleros. -Parecía impresionado por el ingenio que habían invertido en aquel monstruo para la guerra.

El capitán se adelantó, pero con una cojera evidente. Ahora llevaba la máscara detrás y su rostro estaba al descubierto. Podía ver que esa persona era muy joven, en evidente estado de buena salud -aunque extraordinariamente pálida- y de un tipo que uno asocia con la marina: alerta, calmada, inteligente y profundamente competente. Se había quitado un guante y extendía la mano hacia mí. Tomé la mano ofrecida -era pequeña y la mía la envolvió como si fuese la de un niño- y miré, con un asombro que no podía ocultar, la cara.
El capitán dijo:
-No esperaba esta multitud de pasajeros; supongo que no sabíamos qué esperábamos, pero sean bienvenidos, y les aseguro que se les tratará bien. -La voz era ligera, pero más ronca que el fondo de los motores. Los ojos azul pálido se deslizaron sobre Moses y Nebogipfel, con algo de humor-. Bienvenidos al Lord *Raglan*. Mi nombre es Hilary Bond; soy capitán del Noveno Batallón del Regimiento Real de Juggernauts.
¡Era cierto! Aquel capitán -un soldado con experiencia ganada con heridas, y comandante de la máquina de matar más temible que podía haber imaginado- era una mujer.

8

VIEJAS AMISTADES RENOVADAS

Ella sonrió, poniendo así de relieve una cicatriz en su mentón, y vi que no podía tener más de veinticinco años.
-Mire, capitana --dije-, exijo saber con qué derecho nos retiene.
Permaneció serena.
-Mi misión es una prioridad de la defensa nacional. Lo siento si...
Pero ahora fue Moses el que se adelantó; con su llamativo traje de dandi parecía fuera de lugar en medio del monótono interior militar.
-Señora capitana, ¡no hay necesidad de defensa nacional en el año 1873!
-Pero sí la hay en el año 1938. -La capitana era inamovible; radiaba un aire de control firme-. Mi misión ha sido preservar las investigaciones científicas que se realizaban en la casa de Petersham Road. En particular, desalentar interferencias anacrónicas en ese proceso.
Moses hizo una mueca.
-«Interferencias anacrónicas.» Supongo que habla de viajeros del tiempo.
Sonreí.
-¡Adorable palabra, ese desalentar! ¿Creen que han traído armas suficientes para desalentar eficazmente?
Nebogipfel se adelantó.
-Capitana Bond -dijo el Morlock lentamente-, estoy seguro de que apreciará que su misión es un absurdo lógico. ¿Sabe quiénes son estos hombres? ¿Cómo puede preservar la investigación cuando su creador -señaló a Moses con una mano peluda- es secuestrado de su propia época?
Ante eso, Bond miró al Morlock durante largos segundos; ¡luego volvió su atención a Moses -y a mí- y creo que vio, por primera vez, nuestro parecido! Nos hizo preguntas a todos, destinadas a confirmar la veracidad de las palabras del Morlock y la identidad de Moses. No lo negué -no podía ver ninguna ventaja de cualquier forma-; quizás, supuse, se nos trataría mejor si pensasen que teníamos alguna importancia histórica; pero dije lo menos posible sobre mi identidad compartida con Moses.
Finalmente, Bond susurró breves instrucciones a un soldado que se dirigió a otra parte de la nave.

Librodot

-Informaré al Ministerio del Aire de esto en cuanto volvamos. Estoy segura de que estarán muy interesados en usted, y tendrá muchas oportunidades de discutir el tema con las autoridades cuando regresemos.
-¿Regresar? -le espeté-. ¿Quiere decir regresar a su 1938?
Parecía tensa.
-Me temo que las paradojas temporales son demasiado para mí. Sin duda los genios del ministerio podrán aclarar todo esto.
Oí a Moses reírse a mi espalda y con un toque de histeria.
-Oh, está bien -dijo-. ¡Es genial, ya no tengo ni que preocuparme de construir la Máquina del Tiempo!
Nebogipfel me miró sombrío.
-Me temo que estos golpes continuos a la causalidad nos están apartando más y más de la versión primera de la historia, la que existía antes de la primera puesta en marcha de la Máquina del Tiempo...
La capitana Bond nos interrumpió.
-Puedo entender su preocupación. Pero les aseguro que bajo ningún concepto se les hará daño; al contrario, mi misión es protegerles. También -dijo con gracia-, me he tomado la molestia de traer a alguien que les facilite el ajuste a su situación. Podría decirse que es un nativo de la época.
Otra figura se acercó lentamente a nosotros desde la parte oscura del pasillo. Llegó vistiendo las ubicuas charreteras; su arma personal y la máscara le colgaban del cinto; pero el uniforme -negro- no llevaba insignias militares. Aquel nuevo personaje se movía con lentitud, se ve que le costaba, por las pasarelas mostrando su edad; vi que la tela del uniforme se extendía por su vieja barriga.
Su voz era débil, apenas audible por el ruido de los motores.
-Buen Dios, eres tú -me dijo-. Estoy armado hasta los dientes para defenderme de los alemanes, pero apenas esperaba volver a encontrarme contigo, después de aquella última cena del jueves. ¡Y no precisamente en circunstancias como éstas!
AL acercarse a la luz, tuve mi oportunidad para llevarme otra sorpresa. Porque, aunque los ojos estaban apagados, el porte, encorvado y ya apenas quedaba algún rastro de rojo en el pelo gris -y aunque la frente del hombre estaba desfigurada por una horrible cicatriz, como si la hubiesen quemado-, aquél era, inconfundible, Filby.
Le dije que estaba condenado.
Filby rió disimuladamente al acercarse. Agarré su mano -era frágil y tenía manchas- y pensé que no debía de tener menos de setenta y cinco años.
-Puedes estarlo. Quizás todos estemos condenados. Pero aun así, es bueno verte de nuevo. -Le dirigió a Moses algunas miradas extrañas: no era sorprendente, pensé.
-Filby, ¡Gran Scott!, estoy lleno de preguntas.
-Apostaría algo. Por esa razón me sacaron de mi refugio de ancianos en la Bóveda de Bournemouth. Soy el encargado de la aclimatación, como lo llaman: para ayudar a los nativos a adaptarse, ¿entiendes?
-Pero Filby, parece que fue ayer, ¿cómo has...?
-¿Esto? -Indicó su cuerpo marchito con un gesto cínico-. ¿Cómo he llegado a esto? Tiempo, amigo mío. Ese maravilloso río en cuyo corazón querías hacernos creer que podías deslizarte como un barquero. Bien, el tiempo no es amigo del hombre corriente; he viajado en el tiempo por el camino más difícil, y aquí tienes lo que el viaje me ha hecho. Para mí, han pasado cuarenta y siete años desde aquella última noche en Richmond, y tus juegos de magia con el modelo de Máquina del Tiempo, ¿te acuerdas?, y tu posterior desaparición en el Pasado Mañana.
-Todavía el mismo viejo Filby -dije con afecto, y le agarré del brazo-. ¡Incluso tú debes admitir, al fin, que tenía razón en lo que respecta al viaje en el tiempo!
-No es que nos haya hecho demasiado bien -gruñó.

Librodot

-Ahora -dijo la capitana-, si me disculpan, caballeros, tengo un Juggernaut que comandar. Estaremos listos para partir en unos minutos. -Y con un saludo a Filby, se volvió hacia su tripulación.
Filby suspiró.
-Vengan -dijo-. Hay un sitio atrás donde nos podremos sentar; es un poco menos ruidoso y sucio.
Nos dirigimos a la parte trasera del fuerte.
Al caminar por el pasillo central pude observar con mayor atención el medio de locomoción del fuerte. Bajo la pasarela central pude ver un conjunto de ejes largos, cada uno con libertad de girar sobre un eje común, con un suelo metálico debajo; y los ejes estaban unidos a ruedas inmensas.
Las patas de elefante que había visto anteriormente colgaban de las ruedas como muñones. Las ruedas traían barro y trozos del camino al interior de la máquina. Por medio de los ejes, las ruedas podían levantarse o bajarse con relación al cuerpo principal del fuerte, y parecía que las patas también podían elevarse por medio de pistones neumáticos. Era así como se obtenía la inclinación variable del fuerte, que le permitía viajar por el terreno más irregular, o mantenerse horizontal en las colinas.
Moses señaló la estructura metálica en forma de caja que formaba la base de la estructura del fuerte.
-Mira -me dijo en voz baja-, ¿ves algo extraño en esa sección?, ¿y en ésa de ahí? Las barras parecen de cuarzo. No acabo de entender su propósito estructural.
Miré más atentamente; era difícil estar seguro a la luz de las remotas lámparas, pero creí ver una luminiscencia verde en las secciones de cuarzo y níquel. ¡Una luminiscencia muy familiar!
-Es plattnerita -le susurré a Moses-. Las barras han sido dopadas con... Moses, estoy seguro, no puedo equivocarme a pesar de la poca luz, ésos son componentes tomados de mi laboratorio: repuestos, prototipos y desechos que produje durante la construcción de la Máquina del Tiempo.
Moses asintió.
-AL menos sabemos que esta gente todavía no ha descubierto la forma de sintetizar plattnerita.
El Morlock se acercó y, señaló algo que estaba almacenado en una esquina oscura de la sala de motores. Tuve que fijarme bien, pero pude ver que la masa era la Máquina del Tiempo.
Completa e intacta, evidentemente sacada de Richmond Hill y traída al fuerte, sus carriles todavía estaban manchados de hierba. La máquina estaba sujeta con cuerdas como si estuviese atrapada en una tela de araña.
AL ver aquel poderoso símbolo de seguridad, tuve el impulso de liberarme de los soldados -si podía- y dirigirme a la máquina. Quizás incluso pudiese volver a casa...
Pero sabía que sería un intento vano. Incluso si podía alcanzar la máquina -y no podría, porque los soldados me acribillarían en un instante- no podría encontrar de nuevo mi hogar. Después del último incidente, ninguna versión de 1891 a la que pudiese llegar tendría ningún parecido con el año seguro y próspero que yo había abandonado tan tontamente. ¡Estaba varado en el tiempo!
Filby se unió a mí.
-¿Qué opinas de la maquinaria? -Me agarró por el hombro y su presión tenía la debilidad marchita de un viejo-. Todo el artefacto fue diseñado por sir Albert Stern, que ha sido insuperable en estos asuntos desde los primeros días de la guerra. Me he interesado por estas bestias a medida que han ido evolucionando con los años... Ya sabes que siempre me interesaron los asuntos mecánicos.
»Mira eso. -Señaló un rincón-. Motores Meteor de Rolls Royce. ¡Toda una fila de ellos! Y allí una caja de cambios Merrit-Brown. Tenemos una suspensión Horstmann con tres bogei a cada lado...

-Sí -lo corté- pero querido Filby, ¿para qué es todo esto?
-¿Para qué? Para hacer la guerra, por supuesto. -Filby movió las manos-. Éste es un Juggernaut de la clase Kitchener; uno de los últimos modelos. El propósito principal de los Juggernauts es romper el sitio de Europa; pueden superar con facilidad todas las trincheras menos las más anchas, aunque son caros, propensos a los fallos y vulnerables al fuego de artillería. *Raglan* es un nombre bastante apropiado, ¿no crees? Porque fue lord Fitzroy Raglan el demonio que causó aquel estropicio durante el asalto a Sebastopol, durante la guerra de Crimea. Quizás el viejo *Raglan* habría...
El sitio de Europa?
Me miró triste.
-Lo siento -dijo-. Quizá después de todo no debían haberme enviado a mí. ¡Continuamente olvido lo poco que sabes! Me temo que me he convertido en un viejo chocho. Mira, tengo que decirte que hemos estado en guerra desde 1914.
-¿En guerra? ¿Con quién?
-Con los alemanes, por supuesto. ¿Con quiénes si no? Y es un lío tremendo...
Esas palabras, aquel apunte casual de una Europa futura oscurecida por veinticuatro años de guerra, me helaron el corazón.

9

EN EL TIEMPO

Llegamos a una cámara de unas diez pies cuadrados; era poco más que una caja de metal atornillada al casco interior del Juggernaut. Una sola bombilla eléctrica brillaba en el techo, y las paredes estaban recubiertas de piel acolchada, aliviando así la monotonía del fuerte y eliminando el ruido de los motores, aunque se sentía una vibración más profunda en la estructura del artefacto. Había seis sillas: rectas y atornilladas al suelo, enfrentadas unas con las otras y con cinturones de cuero. Había también un armario bajo.
Filby nos invitó a sentarnos y buscó algo en el armario.
-Deben ponerse los cinturones -dijo-. Este asunto del viaje en el tiempo es bastante vertiginoso.
Moses y yo nos sentamos el uno frente al otro. Me puse los cinturones; Nebogipfel tuvo algunos problemas con las hebillas, y las tiras colgaron a su alrededor hasta que Moses le ayudó a ajustárselas.
Filby volvió con algo en la mano; era una taza de té en un plato de porcelana resquebrajado y con una galletita a un lado. No pude evitar reírme.
-Filby, el destino nunca deja de sorprenderme. Aquí nos tienes, a punto de viajar en el tiempo en este amenazador fuerte móvil, ¡y nos sirves té y pastas!
-Bien, este asunto ya es lo suficientemente complicado sin los placeres de la vida. ¡Ya debes de saberlo!
Bebí el té; estaba tibio y un poco amargo. Reconfortado, me volví, incongruentemente, algo malicioso. Creo que eso era una muestra de la fragilidad de mi estado mental, y que estaba poco dispuesto a enfrentarme al futuro o a la perspectiva de un 1938 en guerra.
-Filby -le dije para molestarle-, ¿no ves nada... ah... raro en mis acompañantes?
-¿Raro?
Le presenté a Moses, y el pobre Filby comenzó una sesión de observación que hizo que el té le corriese por la barbilla.

Librodot

-Y éste es el verdadero impacto del viaje en el tiempo -le dije a Filby sincero-. Olvida todo eso del Origen de las Especies o el Destino de la Humanidad. Sólo cuando te encuentras cara a cara contigo mismo de joven descubres qué es un verdadero impacto.
Filby nos interrogó un poco más sobre el tema de nuestra identidad. ¡El bueno de Filby, escéptico hasta el final!
-Creí haber visto suficientes maravillas y cambios en este mundo sin siquiera contar el viaje en el tiempo. Pero ahora... -Suspiró y sospecho que realmente había visto un poco demasiado en su larga vida, pobre diablo; incluso de joven era propenso a la fatiga mental.
Me incliné hacia delante todo lo que pude.
-Filby, apenas puedo creer que el hombre haya caído tan bajo, que sea tan ciego. Desde mi punto de vista, esa maldita Guerra Futura suena mucho al fin de la civilización.
-Para los hombres de nuestro tiempo -dijo solemne-, quizá lo sea. Pero esa nueva generación ha crecido sin conocer nada más que la guerra, nunca ha sentido el sol en la cara sin sentir miedo de los torpedos aéreos. Bien, creo que están habituados a la situación; es como si nos estuviésemos convirtiendo en una especie subterránea.
No pude resistir mirar al Morlock.
-Filby, ¿por qué esta misión en el tiempo?
-No es tanto tú como la máquina. Ellos tenían que asegurarse de la construcción de la Máquina del Tiempo -comenzó Filby-. La tecnología del viaje en el tiempo es vital para la guerra. O al menos eso piensan algunos.
»Conocen más o menos tu proceso de investigación, por las pocas notas que dejaste, aunque nunca publicaste nada sobre el tema; sólo tenían aquel extraño relato que nos hiciste en el breve regreso de tu primer viaje al futuro. El *Raglan* ha sido enviado para proteger tu casa de la intrusión de viajeros temporales, como tú...
Nebogipfel levantó la cabeza.
-Más confusiones sobre la causalidad -dijo-. Evidentemente, los científicos de 1938 no han entendido todavía el concepto de Multiplicidad, el hecho de que uno no puede asegurar nada en el pasado: no se puede cambiar la historia; uno sólo puede generar nuevas versiones de...
¡Filby se quedó mirando aquella visión parlanchina en traje escolar, con pelo en todos los miembros!
-Ahora no -le dije a Nebogipfel-. Filby, has dicho ellos. ¿Quiénes son ellos?
Parecía sorprendido por la pregunta.
-El gobierno, por supuesto.
-¿Qué partido?- preguntó Moses.
-¿Partido? Oh, eso es algo ya del pasado.
Con esas palabras casuales nos dio la terrible noticia: ¡la muerte de la democracia en Gran Bretaña!
Siguió.
-Creo que esperaban encontrar allí die Zeitmachine, corriendo por Richmond Park y esperando el momento propicio para cometer un asesinato... -Parecía triste-. Son los alemanes, sabes. ¡Los malditos alemanes! Lo están volviendo todo un lío... ¡Como han hecho siempre!
Y con eso se oscureció la bombilla y oí el rugido de los motores; noté nuevamente la sensación familiar de caer en picado que me indicaba que el *Raglan* se había lanzando en el tiempo.

Librodot

LIBRO TRES
La guerra contra los alemanes

Librodot

1

UNA NUEVA IMAGEN DE RICHMOND

Ese último viaje al futuro fue más caótico y desorientador de lo normal, supuse que debido a la distribución desigual de plattnerita en el Juggernaut. Pero el viaje fue corto y la sensación de caer desapareció pronto.

Filby se había quedado sentado con los brazos cruzados y la papada contra el pecho, formando la perfecta imagen de la miseria. Ahora miró lo que yo había tomado como un reloj de pared y se golpeó la rodilla.

-¡Ja! Aquí estamos; otra vez en el dieciséis de junio de 1938 d.C. -Empezó a quitarse los cinturones.

Me levanté de la silla para inspeccionar de cerca el «reloj». Descubrí que aunque las manecillas formaban la esfera convencional de un reloj tenía pequeños indicadores cronométricos. Bufé y golpeé con el dedo la esfera. Le dije a Moses:

-¡Mira esto! Es un reloj cronométrico, pero marca años y meses. Exceso de diseño, Moses; una característica de los proyectos gubernamentales. Me sorprende que no tenga muñequitos con chubasqueros y trajes de verano para señalar el paso de las estaciones.

Después de unos minutos la capitana Hilary Bond se unió a nosotros, así como el joven soldado que nos había recibido en Richmond Hill (cuyo nombre, nos dijo Bond, era Harry Oldfield). La pequeña cabina se hizo aún más pequeña. La capitana Bond dijo:

-He recibido instrucciones sobre usted. Tengo por misión escoltarle al *Imperial College*, donde se realizan las investigaciones sobre Guerra por Desplazamiento Cronológico.

Nunca había oído hablar de ese *college*, pero no dije nada.

Oldfield llevaba una caja con máscaras de gas y charreteras metálicas.

-Aquí tienen -nos dijo-, será mejor que se las pongan.

Moses sostuvo su máscara con disgusto.

-No pueden esperar que meta la cabeza en semejante artefacto.

-Oh, debe hacerlo -dijo Filby ansioso, y vi que ya se estaba colocando su propia máscara sobre la cara-. Tenemos que caminar un poco al descubierto, sabe. Y no es seguro. ¡Nada seguro!

-Vamos -le dije a Moses, y ceñudo cogí un juego de máscara y charreteras para mí-. Me temo que ya no estamos en casa, viejo.

Las charreteras eran pesadas, pero se ajustaron muy bien a la chaqueta; aun así la máscara que Oldfield me había dado, aunque era amplia y encajaba bien, era muy incómoda. Vi que las gafas se empañaban casi inmediatamente, y la goma y el cuero con los que estaba hecha pronto se empaparon de sudor.

-Nunca me acostumbraré a esto.

-Espero que no nos quedemos aquí el tiempo suficiente como para tener que hacerlo -murmuró Moses con la voz apagada por la máscara.

Me volví a Nebogipfel. El pobre Morlock -que ya iba encajado en un uniforme escolar- estaba ahora coronado por una ridícula máscara demasiado grande para él: cuando movía la cabeza, el filtro de insecto del frente se balanceaba.

Le palmeé la cabeza.

-¡Al menos ahora no destacará en la multitud, Nebogipfel!

Omitió responder.

Salimos del útero metálico del *Raglan* a una mañana brillante de verano. Debían de ser las dos de la tarde, y la luz del sol se reflejaba en los monótonos colores del Juggernaut. Mi máscara se llenó inmediatamente de vaho y sudor; deseé poder quitarme aquella presencia pesada de la cabeza.

El cielo era inmenso, de un azul profundo y sin nubes, aunque aquí y allí podía ver delgadas líneas blancas y rizos, rastros de vapor o de cristales de hielo grabados en el cielo. Vi el

centelleo de uno de aquellos rastros; quizá fuese la luz del sol reflejándose en alguna máquina voladora de metal.
El Juggernaut se encontraba en una versión de Petersham Road muy cambiada desde 1873 e incluso 1891. Reconocí la mayoría de las casas de mi época: incluso la mía todavía se alzaba tras un carril aéreo corroído y cubierto de verdín. Pero los jardines y márgenes parecía que habían sido levantados y sustituidos por cultivos de vegetales que no conocía. Vi también que muchas de las casas habían sufrido grandes daños. Algunas habían quedado reducidas a la fachada, con los interiores y techos derrumbados; aquí y allá había edificios destruidos y ennegrecidos por los incendios; y otros no eran más que escombros. Incluso mi propia casa había resultado afectada, y el laboratorio destruido. Y los daños no eran recientes: la vida, verde y vital, había reclamado el interior de muchas casas; el musgo y jóvenes plantas cubrían los restos de cuartos de estar y salones, y la hiedra colgaba de las ventanas como si fuese una cortina.
Pude ver que los árboles todavía se inclinaban hacia el Támesis, pero incluso ellos aparecían dañados: vi los muñones de ramas arrancadas, troncos chamuscados, y demás. Era como si un gran viento, o fuego, hubiese pasado por allí. El embarcadero estaba intacto pero del puente de Richmond sólo quedaban los soportes, negros y truncados. La mayor parte del prado hacia Petersham había sido dedicado al mismo cultivo extraño que habitaba los jardines, y también vi que había algo marrón que flotaba en el río.
No había nadie en los alrededores. Tampoco había tráfico; la hierba atravesaba la superficie resquebrajada de la carretera. No se oía gente -ni risas, ni gritos, ni el juego de los niños-, ni animales, ni caballos, ni pájaros cantando.
Toda la alegría que una vez había tenido una tarde de junio en aquel lugar -el movimiento de los remos, las risas de placer de los que flotaban plácidamente por el río- había desaparecido por completo.
Todo había desaparecido en aquel año terrible; y quizá para siempre. Richmond estaba desierta, era un lugar muerto. Recordé las espléndidas ruinas en el mundo jardín de 802.701 d.C. ¡Todo me había parecido tan alejado de mi mundo; nunca pensé que vería mi Inglaterra de siempre en ese estado!
-Gran Dios -dijo Moses-. ¡Qué catástrofe! ¡Qué destrucción! ¿Han abandonado Inglaterra?
-Oh, no -dijo alegre el soldado Oldfield-. Pero lugares como éste ya no son seguros. Con el gas y los torpedos aéreos... la mayor parte de la gente se ha ido a las Bóvedas, ¿ve?
-Pero Filby, todo está en ruinas -protesté-. ¿Qué ha sido del espíritu de la gente? ¿Dónde está la voluntad para reparar todo esto? Sabes que se podría hacer...
Filby dejó descansar su guante en mi brazo.
-Algún día, cuando este terrible asunto termine, lo recuperaremos todo. ¿Eh? Y será tal y como era. Pero por ahora... -Le falló la voz y deseé poder ver su expresión-. Ven -dijo-. Es mejor que no estemos al descubierto.
Dejamos el *Raglan* atrás y corrimos por la carretera hasta el centro de la ciudad: Moses, Nebogipfel y yo, con Filby y dos soldados. Nuestros compañeros de 1938 caminaban agachados, mirando nerviosa y continuamente al cielo. Volví a notar que Bond caminaba cojeando de la pierna izquierda.
Miré con anhelo el Juggernaut, porque en su interior estaba la Máquina del Tiempo, mi única ruta de vuelta a casa, lejos de aquella pesadilla de múltiples historias, pero sabía que no tenía posibilidades de alcanzar la máquina; todo lo que podía hacer era esperar los acontecimientos.
Caminamos por Hill Street y giramos en George Street. No había ni rastro del bullicio y la elegancia característicos de esa calle en mi época. Los grandes almacenes, como Gosling's y Wright's, estaban cerrados con tablas, e incluso las maderas que cubrían sus ventanas se habían desteñido por los años de luz. Vi que una esquina de una ventana de Gosling's había sido abierta, evidentemente por saqueadores; el agujero parecía como roído por una rata de tamaño humano. Pasamos por un refugio con una cubierta castigada, y una columna al lado

Librodot

pintada a cuadros y con una pieza de vidrio rota. También parecía abandonado, y la pintura amarilla y negra de la columna se caía.
-Es un refugio contra ataques aéreos -dijo Filby-. Uno de los primeros diseños. Bastante inadecuado si recibe un impacto directo... ¡Bien! La columna señala un punto de primeros auxilios, equipado con máscaras y respiradores. Apenas se utilizó antes de que comenzase la retirada a las Bóvedas.
-Ataques aéreos... Éste no es un mundo feliz, Filby, si ha tenido que inventar esos términos.
Suspiró.
-Tienen torpedos aéreos, ¿entiendes? Me refiero a los alemanes. ¡Máquinas voladoras, que pueden ir a un punto a doscientas millas de distancia, tirar una bomba y volver! Todo mecánico, sin la intervención humana. Es un mundo de maravillas; la guerra es un gran acicate para las mentes inventivas, ya lo sabes. ¡Te encantará esto!
-Los alemanes... -dijo Moses-. No hemos tenido sino problemas con los alemanes desde que apareció Bismarck. ¿Sigue vivo el viejo canalla?
-No, pero tiene buenos sucesores -dijo Filby ceñudo.
Yo no tenía nada que decir. Desde mi punto de vista, tan alejado ya del de Moses, incluso un bruto como Bismarck apenas merecía la pérdida de una sola vida humana.
Filby me contaba, a trozos, más maravillas de la guerra en aquella edad oscura: submarinos de ataque, diseñados para proseguir las batallas de gas, con una autonomía prácticamente ilimitada, y que contenían media docena de misiles aéreos cada uno, todos llenos de una cantidad formidable de bombas de gas; un torrente de cacharros metálicos que yo imaginaba abriéndose paso por las heridas planicies de Europa; más Juggernauts que podían viajar bajo el agua, o flotar, o excavar; y a todo eso se le oponía un conjunto igualmente formidable de minas y cañones.
Evité la mirada de Nebogipfel; ¡no podía enfrentarme a su juicio! Aquél no era un trozo de una Esfera en el cielo, poblado por mis descendientes remotos: ¡aquél era mi mundo, mi especie, enloquecida por la guerra! Por mi parte, mantenía algo del punto de vista que desarrollé en el Interior de aquella gran construcción. Apenas podía soportar ver que mi propia nación se dedicaba a esas tonterías, y me dolía oír las contribuciones de Moses, guiadas por los ridículos prejuicios de su época. ¡No podía culparle! Pero me angustiaba pensar que mi propia imaginación fue una vez tan limitada, tan maleable.

2

UN VIAJE EN TREN

Llegamos a una tosca estación de tren. Pero no era la estación que había utilizado en 1891 para ir de Richmond a Waterloo, a través de Barnes; aquella nueva construcción estaba lejos del centro de la ciudad, justo en Kew Road. Y se trataba de una estación rara: no había ventanillas de billetes o carteles de destino, y la plataforma era un simple trozo de cemento. Había una nueva línea improvisada. Un tren nos esperaba: la locomotora era un cacharro oscuro y viejo que escupía humo tristemente por la caldera llena de hollín, y había un solo vagón. No había luces en la locomotora, ni ninguna marca de la compañía de trenes.
El soldado Oldfield abrió la puerta del vagón; era pesada y tenía un cierre de goma alrededor del borde. Los ojos de Oldfield, visibles tras las gafas, miraban de un lado a otro. ¡Richmond, en una soleada tarde de 1938, no era un lugar seguro!
El vagón era austero: tenía filas de bancos de madera -eso era todo-, ningún recubrimiento ni adorno. Estaba pintado de un tono marrón aburrido, sin personalidad. Las ventanillas estaban selladas, y tenían persianas para cubrirlas.

Librodot

Nos acomodamos derechos unos frente a otros. El calor en el interior del vagón era sofocante. Una vez que Oldfield hubo cerrado la puerta, el tren comenzó a moverse inmediatamente con algo de incertidumbre.
-Está claro que somos los únicos pasajeros -murmuró Moses.
-Es un tren algo raro -dije yo-. No hay muchas comodidades, ¿eh, Filby?
-Ésta no es una época de comodidades, viejo.
Atravesamos algunas millas más de paisaje desolado como el que habíamos visto en Richmond. Casi toda la tierra estaba ahora dedicada a la agricultura, o eso me parecía, y estaba prácticamente deshabitada, aunque aquí y allá pude ver una figura o dos trabajando en los campos. Podría haber sido una imagen del siglo quince, no del veinte, si no hubiese sido por las casas destruidas y bombardeadas que salpicaban el campo, acompañadas, aquí y allá, por las frentes imponentes de los refugios antiaéreos: se trataba de grandes caparazones de hormigón medio hundidos en la tierra. Soldados armados patrullaban el perímetro de los refugios, mirando el mundo a través de máscaras de insecto, como si desafiasen a los refugiados a acercarse.
Cerca de Mortlake vi a cuatro hombres colgando de un poste telegráfico al lado del camino. Sus cuerpos estaban fláccidos y negros, y quedaba claro que los pájaros habían dado cuenta de ellos. Le comenté esa imagen horrible a Filby -ni él ni el soldado habían notado la presencia de los cadáveres- y volvió su vista acuosa en aquella dirección; murmuró algo sobre que «seguro que los han pillado robando colinabos o algo así».
Me dio a entender que tales imágenes era comunes en la Inglaterra de 1938.
Justo entonces -sin avisar- el tren bajó una pendiente y se metió en un túnel. Dos tristes bombillas eléctricas del techo se encendieron, y allí nos quedamos sentados bajo el resplandor amarillo.
-¿Éste es un tren subterráneo? Supongo que estamos en alguna extensión de la Línea Metropolitana -le pregunté a Filby.
Filby parecía confundido.
-Oh, supongo que la línea tiene un número...
Moses comenzó a luchar con su máscara.
-Al menos podemos quitarnos esto.
Bond le puso la mano en el brazo.
-No -dijo-. No es seguro.
Filby asintió.
-El gas penetra en todas partes. -Pensé que temblaba, pero era difícil saberlo bajo aquellas ropas tan sueltas-. Hasta que no has pasado por eso...
Entonces, en pocas y precisas palabras, nos describió un ataque con gas que había presenciado al comienzo de la guerra, en Knightsbridge, cuando las bombas todavía se arrojaban a mano desde globos y la población todavía no se había acostumbrado.
Escenas tan terribles como ésas se habían hecho comunes, nos dio a entender Filby, en aquel mundo de guerra sin fin.
-Es increíble que la moral no esté completamente por los suelos, Filby.
-Parece que la gente no es así. La gente sobrevive. Por supuesto, ha habido momentos bajos -siguió-. Recuerdo agosto de 1918, por ejemplo... Parecía que los Aliados Occidentales podrían derrotar definitivamente a los malditos alemanes, después de tanto tiempo, y acabar con la guerra. Pero entonces llegó la batalla del Káiser: la Kaiserschlacht, la gran victoria de Ludendorff, en la que atravesó las líneas británicas y francesas... Después de cuatro años de guerra de trincheras, fue un gran triunfo para ellos. Por supuesto, el bombardeo de París que mató a la mayor parte del estado mayor francés no nos ayudó demasiado...
La capitana Bond asintió.
-La rápida victoria en el oeste permitió a los alemanes volverse contra los rusos en el este. Entonces, en 1925...
-En 1925 -dijo Filby-, los alemanes ya habían establecido su soñada Mitteleuropa.

Librodot

Él y Bond me describieron la situación. Mitteleuropa: la Europa del Eje, un mercado único que se extendía desde la costa atlántica hasta los Urales. En 1925, el control del Káiser iba del Atlántico hasta el Báltico, atravesando Rusia hasta Crimea. Francia se había convertido en una ruina, desprovista de la mayor parte de sus recursos. Luxemburgo fue obligada por la fuerza a convertirse en un estado federal alemán. Bélgica y Holanda tuvieron que poner sus puertos a disposición de Alemania. Las minas de Francia, Bélgica y Rumania se explotaban para continuar la expansión del Reich hacia el este, los eslavos tenían que retroceder, y millones de no-rusos eran «liberados» del dominio de Moscú...

Y así era todo, con todos sus insensatos detalles.

-Entonces, en 1926 -dijo Bond-, los aliados, Gran Bretaña con su imperio y América, volvieron a abrir el frente occidental. Fue la invasión de Europa: el mayor movimiento de tropas por mar y aire jamás visto.

»Al principio fue bien. La población de Francia y Bélgica se levantó en armas, y los alemanes fueron expulsados...

-Pero no demasiado -dijo Filby-. Pronto fue otra vez como en 1915: dos ejércitos inmensos atascados en el barro de Francia y Bélgica.

Así había comenzado el asedio. Pero ahora, los recursos de la guerra eran mucho mayores: la sangre del Imperio Británico y del continente americano de un lado, y de la Mitteleuropa del otro, se perdía por el horrible sumidero de la guerra.

A continuación comenzó la guerra contra los civiles, realizada con todo entusiasmo: los torpedos aéreos, los gases...

-«Las guerras de las gentes serán más terribles que las guerras de los reyes» -citó Moses solemnemente.

-¡Y la gente, Filby!

Su voz, apagada por la máscara, me era a la vez familiar y lejana.

-Ha habido protestas populares, especialmente a finales de los años veinte. Pero después aprobaron la Orden 1.305, que convirtió en ilegales las huelgas, los cierres patronales y demás. ¡Y ése fue el fin! Desde entonces, bien, supongo que simplemente seguimos adelante.

Noté que las paredes del túnel se habían alejado de las ventanas, como si se abriese. Parecía que entrábamos en una gran cámara subterránea.

Bond y Oldfield se quitaron las máscaras con un gesto de alivio; Filby también se soltó los cierres, y cuando su pobre cabeza se liberó de la prisión de calor pude ver las marcas en su mentón donde el cierre de la máscara se le había incrustado.

-Así está mejor-dijo.

-¿Estamos seguros?

-Deberíamos estarlo -dijo- ¡Tan seguros como en cualquier otro sitio!

Me quité la máscara; Moses se arrancó la suya con rapidez y luego ayudó al Morlock. Cuando la pequeña cara de Nebogipfel fue visible, Oldfield, Bond y Filby se le quedaron mirando -¡no podía reprochárselo!- hasta que Moses le ayudó a colocarse la gorra y las gafas en su lugar.

-¿Dónde estamos? -pregunté a Filby.

-¿No lo reconoces? -Filby señaló con la mano la oscuridad exterior.

-Es Hammersmith, hombre. Hemos cruzado el río.

Hilary Bond me lo explicó.

-Es la puerta de Hammersmith. Hemos llegado a la Bóveda de Londres.

3

LONDRES EN GUERRA

¡La Bóveda de Londres!
Nada de mi época me había preparado para aquel increíble logro de la construcción. Imagínenlo: un gran tazón de hormigón y acero de casi dos millas de diámetro que cubría la ciudad desde Hammersmith hasta Stepney, y de Islington hasta Clapham... Por todos lados las calles eran interrumpidas por columnas, puntales y refuerzos que se hundían en el suelo de Londres, que dominaban y confinaban a la población como las piernas de una multitud de gigantes.
El tren se movía, más allá de Hammersmith y Fulham, hacia el interior de la Bóveda. A medida que mis ojos se acostumbraban a la penumbra, comencé a ver que las luces delineaban la imagen de un Londres que todavía podía reconocer:
-Ahí está Kensington High Street, tras la valla. ¿Y eso es Holland Park? -Y así.
Pero a pesar de los lugares reconocibles y los nombres de calles familiares, aquél era un nuevo Londres: un Londres de noche perpetua, una ciudad que nunca podría disfrutar del brillo del cielo de junio. Pero un Londres que había aceptado todo aquello como el precio de la supervivencia, me había dicho Filby; las bombas y los torpedos caían rodando por aquel techo masivo, o estallaban inocuos en el aire, dejando sin daño al Great Wen de Cobbet que está debajo.
En todas partes, dijo Filby, las ciudades de los hombres -que una vez habían estado llenas de luz y convertían el lado nocturno del planeta en una joya brillante- habían sido cubiertas con caparazones oscuros; ahora, los hombres apenas se movían entre las grandes ciudades-bóveda, prefiriendo quedarse acobardados en sus penumbras artificiales.
La nueva línea ferroviaria parecía haber sido construida atravesando la vieja disposición de las calles. Las carreteras sobre las que pasábamos estaban llenas, pero de gente a pie o en bicicletas; no vi vehículos, ya sea a caballo o a motor, como esperaba. ¡Había incluso rickshaws! Carruajes ligeros, de los que tiraban hombres flacos y sudorosos, que esquivaban las columnas de la Bóveda.
Al mirar la multitud desde la ventana del tren, a pesar del aspecto atareado, creí apreciar desánimo, tristeza y desilusión... Vi cabezas gachas, hombros caídos, rostros sombríos y marcados; me parecía que había algo de obstinación en la forma en que la gente seguía con sus vidas, pero no creía que hubiese -y no me sorprendía- demasiada alegría.
Me sorprendió que no pudiese ver niños en ninguna parte. Bond me dijo que las escuelas eran subterráneas, para ofrecer mayor protección contra un posible bombardeo, mientras los padres trabajaban en las fábricas de munición, o en los enormes aeródromos que habían surgido alrededor de Londres, en Balham, Hackney y Wembley. Bien, quizás así fuese más seguro, pero la ciudad era un espectáculo miserable sin las risas de los niños jugando, como incluso un soltero satisfecho como yo estaba dispuesto a admitir. ¿Y qué preparación para la vida estarían recibiendo aquellos pobres chiquillos subterráneos?
Una vez más, pensé, mis viajes me habían llevado a un mundo de irremediable oscuridad, a un mundo del que un Morlock podría disfrutar. Pero los que habían construido aquel gran edificio no eran Morlocks; pertenecían a mi propia especie, ¡acobardados por la guerra hasta el punto de renunciar a la luz, que era su derecho de nacimiento! Caí en una profunda depresión, un estado de ánimo que permanecería conmigo durante casi toda mi estancia en 1938.
Aquí y allá vi pruebas más directas del horror de la guerra. En Kensington High Street vi a un tipo que caminaba por la carretera ayudado por una mujer delgada que iba a su lado. Sus labios eran delgados y estirados, y tenía los ojos como cuentas en agujeros hundidos. La piel del rostro la tenía llena de marcas púrpuras y blancas sobre un fondo gris.
Filby aspiró al señalarlo.
-Quemaduras de guerra -dijo-. Tienen siempre el mismo aspecto... Un soldado aéreo, probablemente. ¡Un joven gladiador, cuyas hazañas adoraremos todos cuando las Máquinas Parlanchinas las divulguen! ¿Y aun así, adónde pueden ir luego? -Me miró y puso su mano

Librodot

marchita en mi brazo-. No quiero parecer insensible, amigo mío. Sigo siendo el mismo Filby que conocías. Es que... ¡Dios!, a veces tienes que endurecerte.

Parecía que la mayoría de los viejos edificios de Londres habían sobrevivido, aunque algunas de las edificaciones más altas habían sido derribadas para poder colocar el caparazón de hormigón -¡me pregunté si la Columna de Nelson seguiría en pie!- y los nuevos edificios eran pequeños, aplastados y feos. Quedaban todavía cicatrices de los primeros días de la guerra, antes de que se terminase la Bóveda: cráteres, como cuencas vacías, y montones de escombros que nadie había tenido la decisión y la energía de retirar.
La Bóveda alcanzaba su altura máxima a unos doscientos pies directamente por encima de Westminster, en el corazón de Londres; al acercarnos al centro de la ciudad, vi rayos de luz brillante que surgían de las calles centrales y que iluminaban el techo universal. Por todas partes, saliendo de las calles de Londres y desde inmensas bases en el río, estaban las columnas: desbastadas, apretadas, con bases amplias y reforzadas. Diez mil Atlas de cemento para sostener el techo, columnas que habían convenido a Londres en una inmensa mezquita.
¡Me pregunté si la cuenca de creta y arcilla sobre la que se sostenía Londres podría soportar aquel peso colosal! ¿Qué pasaba si todo se hundía en el lodo, llevándose consigo su preciada carga de millones de vidas? Recordé con algo de melancolía la Era de las Grandes Edificaciones por venir, cuando el dominio de la gravedad que había visto haría de la construcción de la Bóveda un asunto trivial...
Aun así, a pesar de la tosquedad e impaciencia evidentes en su construcción, y lo desolador de su propósito, la Bóveda me impresionaba. Porque había sido construida con simples piedras y colocada sobre la arcilla de Londres con poco más que la tecnología de mi época; aquella construcción colgante me resultaba más increíble que todas las maravillas que había visto en el año 657.208 D.C.
Seguíamos viajando, pero estaba claro que nos acercábamos al final, porque el tren se movía muy despacio. Vi que las tiendas estaban abiertas, pero apenas había luz en los escaparates; los maniquíes llevaban las ropas monótonas de la época y los clientes miraban por los cristales remendados. Ya casi no quedaban lujos en aquella larga y amarga guerra.
El tren se detuvo.
-Hemos llegado -dijo Bond-. Esto es la Puerta de Canning: a sólo unos minutos del *Imperial College*.
El soldado Oldfield abrió la puerta del vagón. Hizo un «pop», como si la presión de la Bóveda fuese mayor. El ruido nos inundó. Vi más soldados, vestidos con ropa de batalla de infantería, que nos esperaban en la plataforma.
De esa forma, con la máscara antigás en la mano, entré en la Bóveda de Londres.
¡El ruido era increíble! Ésa fue mi primera impresión. Era como estar en una inmensa cripta que compartía con millones. Un alboroto de voces, los chirridos de las ruedas del tren y el zumbido de los tranvías: todo parecía resonar bajo aquel inmenso techo y caía sobre mí. Hacía muchísimo calor, más que en el *Raglan*. Percibía muchísimos olores, no todos agradables: de comida, del ozono de las máquinas, del humo y aceite de los trenes y, sobre todo, de gente, millones de personas respirando y transpirando bajo la gran manta de aire.
Aquí y allá en la misma Bóveda había luces: no las suficientes para iluminar las calles, pero sí para que fuese posible moverse guiándose por ellas. Vi pequeñas formas volando por entre las luces: eran las palomas de Londres, me dijo Filby -todavía sobrevivían, aunque ahora debilitadas por los años de oscuridad-, y junto a las palomas una cuantas colonias de murciélagos, poco populares en algunos distritos.
En una esquina del Techo, al norte, se proyectaba un espectáculo de luz. Oí el eco de una voz amplificada que provenía de aquella dirección. Filby la llamaba «la Máquina Parlanchina» -por lo que pude entender, era un tipo de cinematógrafo público-, pero estaba demasiado lejos para ver con claridad.

Vi que la nueva vía del tren había sido escopleada con gubias, aunque no muy bien, en la vieja carretera; y que la «estación» no era más que un montón de cemento en Canning Place. Todos los cambios producidos en aquel nuevo mundo indicaban prisa y pánico.
Los soldados formaron un pequeño diamante a nuestro alrededor, y nos alejamos de la estación por Canning Plagie hacia Gloucester Road. Moses llevaba los puños apretados. Con sus ropas de vivos colores parecía asustado y vulnerable, y sentí un ramalazo de culpa por haberle traído a ese mundo cruel de charreteras metálicas y máscaras antigás.
Miré por De Vere Gardens hacia el hotel Kensington Park, donde en momentos más felices había tenido por costumbre cenar; el pórtico columnado del lugar todavía estaba en pie, pero la fachada del edificio estaba sucia, muchas de las ventanas habían sido cubiertas con tablas, y el hotel parecía que se había convertido en una parte más de la nueva terminal de ferrocarriles.
Giramos en Gloucester Road. Había mucha gente allí, en la carretera y en el asfalto, y el sonido de las bicicletas era una nota alegre entre la tristeza general. Nuestra segura expedición -y el traje extravagante de Moses en particular- recibió muchas y atentas miradas, pero nadie se acercó o nos habló. Había muchos soldados por los alrededores, con uniformes como los de la tripulación del Juggernaut, pero la mayoría de los hombres vestía trajes que -si bien algo monótonos y no muy bien cortados- no hubiesen desentonado en 1891. La mujeres llevaban faldas delicadas y blusas, sencillas y funcionales, y lo único sorprendente era que las faldas eran bastante altas, unos tres o cuatro pulgadas por encima de la rodilla, ¡por lo que había más pantorrillas y talones femeninos en unas pocas yardas que los que había visto en toda mi vida! (Esto último no me resultaba tan interesante, en contraste con tantos cambios de fondo; pero por lo visto, fascinaba bastante más a Moses, a juzgar por las miradas poco caballerosas que lanzaba.)
Pero, uniformemente, todos los peatones llevaban las extrañas charreteras de metal, y todos cargaban, incluso en el calor del verano, con bolsas de lona que contenían las máscaras antigás.
Noté que los soldados que nos acompañaban llevaban abiertas las pistoleras; me di cuenta de que las armas no estaban destinadas a nosotros, porque podía ver que los soldados vigilaban de cerca a la gente.
Giramos al este por Queen's Gate Terrace. Ésa era la parte de Londres que conocía. Era una calle amplia y elegante bordeada por altas casas; y vi que las casas no habían sido afectadas en demasía por el tiempo. La fachadas todavía exhibían la ornamentación grecorromana que recordaba -columnas talladas con diseños florales y demás- y el pavimento seguía bordeado por las mismas barandas negras.
Bond se detuvo en una de las casas, a mitad de la calle. Subió los escalones hasta la puerta y llamó con la mano enguantada. Un soldado -otro recluta en uniforme de batalla- la abrió desde dentro. Bond nos dijo:
-Todas la casas fueron requisadas por el Ministerio del Aire hace un tiempo. Tendrán todo lo que necesiten, pídanselo al soldado, y Filby se quedará con ustedes.
Moses y yo intercambiamos miradas.
-Pero, ¿ahora qué hacemos? -pregunté.
-Esperen -dijo ella-. Refrésquense, duerman un poco. ¡Sólo el cielo sabe qué hora creen sus cuerpos que es...! Tengo instrucciones del Ministerio del Aire; están interesados en conocerle -me dijo-. Un científico del ministerio se encargará de su caso. Estará aquí mañana a primera hora para conocerle.
»Bien. Buena suerte. Quizá nos encontremos de nuevo.
Y con eso nos dio la mano a mí y a Moses, como un hombre, y llamó al soldado Oldfield. Bajaron nuevamente por Mews, dos jóvenes guerreros derechos y valientes, y tan frágiles como el despojo quemado por la guerra que había visto antes en Kensington High Street.

Librodot

4

LA CASA DE QUEEN'S GATE TERRACE

Filby nos enseñó la casa. Las habitaciones eran grandes, luminosas -aunque las cortinas estaban echadas- y limpias. La decoración era cómoda pero austera, con un estilo que no hubiese desentonado en 1891; la principal diferencia era la proliferación de cacharros eléctricos, especialmente el gran número de luces y otros electrodomésticos, como un horno, un refrigerador, ventiladores y radiadores.

Fui hasta la ventana del comedor y abrí la gruesa cortina. La ventana tenía una doble capa de vidrio, y estaba sellada por el borde con goma y cuero -también había cierres alrededor de las puertas-, y más allá, en aquella tarde inglesa de junio, sólo se veía la oscuridad de la Bóveda, sólo rota en la distancia por el parpadeo de los rayos de luz en el techo. Bajo la ventana encontré una caja, disimulada por un diseño hecho con incrustaciones, que contenía una serie de máscaras antigás.

Con las cortinas cerradas y la iluminación brillante era posible olvidar, por un momento, la desolación del mundo exterior.

Había una sala de estar bien provista de libros y periódicos; Nebogipfel los estudió, sin saber claramente para qué servían. Había también un armario grande con múltiples rejillas. Moses lo abrió, para encontrarse con un desconcertante paisaje de válvulas, cables y conos de papel ennegrecido. El dispositivo resultó llamarse fonógrafo. Era del tamaño y forma de un reloj holandés, y delante tenía indicadores barométricos eléctricos, un reloj y calendario también eléctrico, y varios recordatorios de citas; era capaz de recibir con gran fidelidad voz e incluso música, emitida por una extensión sofisticada de la telegrafía sin hilos de mi época. Moses y yo pasamos algún tiempo con aquel aparato, experimentando con los controles. Podía sintonizarse para recibir ondas de radio en varias frecuencias por medio de un condensador regulable -ese ingenioso dispositivo permitía que la frecuencia de resonancia del circuito pudiese ser ajustada por el usuario- y resultó que había gran número de estaciones emisoras: ¡tres o cuatro al menos!

Filby se había preparado un whisky con agua y nos contemplaba experimentar con indulgencia.

-El fonógrafo es algo maravilloso -dijo-. Nos convierte a todos en uno, ¿no creen? Aunque, por supuesto, todas las emisoras son del MdI.

-¿MdI?

-Ministerio de Información. -Filby intentó a continuación ganar nuestra atención contándonos el desarrollo de un nuevo tipo de fonógrafo capaz de enviar también imágenes-. Estuvo de moda antes de la guerra, pero no llegó a implantarse debido a las distorsiones de la Bóvedas. Y si quieres imágenes siempre tienes la Máquina Parlanchina, ¿no? Todo lo que dan es material MdI, por supuesto, pero si te gustan los discursos de los políticos y soldados, y las homilías sobre lo bueno y lo grandioso, entonces es para ti. -Se bebió un trago de whisky y sonrió-. ¿Pero qué esperabas? Después de todo estamos en guerra.

Moses y yo nos cansamos pronto de la retahíla de noticias sin interés del fonógrafo y de los sonidos de orquestas ligeras en el aire, así que apagamos el aparato.

Nos dieron un dormitorio para cada uno. Había ropa interior limpia para todos -incluso para el Morlock-, aunque estaba claro que habían preparado la ropa con rapidez y no nos sentaba muy bien. Un soldado raso, un chico de cara delgada llamado Puttick, se quedaría con nosotros en la casa; aunque siempre que le vi llevaba el traje de campaña, Puttick fue un gran sirviente y cocinero. Siempre había otros soldados fuera de la casa y en las vecinas. ¡Estaba claro que se nos protegía o éramos prisioneros!

Puttick sirvió la cena alrededor de las siete. Nebogipfel no se unió a nosotros. Pidió agua y un plato de vegetales crudos; y se quedó en el cuarto de estar, con las gafas todavía sobre la cara peluda, oyendo el fonógrafo y estudiando las revistas.
La cena resultó sencilla pero deliciosa, con un plato principal parecido a la carne asada con patatas, col y zanahorias. Cogí un trozo de carne; se deshacía con facilidad y sus fibras eras cortas y suaves.
-¿Qué es esto? -pregunté a Filby.
-Soja.
-¿Qué?
-Soja. Crece por todo el país fuera de las Bóvedas, incluso el campo de criquet Oval ha sido dedicado a su cultivo, porque la carne no es fácil de conseguir hoy en día. Es difícil persuadir a las vacas y las ovejas para que lleven siempre sus máscaras antigás. -Cortó una rebanada del vegetal procesado y se la metió en la boca- ¡Pruébala! Sabe bien; los técnicos de alimentos modernos son bastante ingeniosos.
Aquello tenía una textura seca, y su sabor me recordó al cartón mojado.
-No es tan malo -dijo Filby con valor-. Te acostumbrarás.
No encontré nada que decir. Me lo tragué con vino -tenía el sabor de un burdeos decente aunque preferí no preguntar por su procedencia- y el resto de la comida transcurrió en silencio.

Tomé un baño rápido -había grandes cantidades de agua caliente en los grifos- y entonces, después de una rápida copa de brandy y unos cigarros, nos retiramos. Sólo Nebogipfel se quedó allí, ya que los Morlocks no duermen como nosotros, y pidió papel y lápiz (le tuvimos que enseñar a utilizar la goma y el afilador).
Me tendí, caliente en la cama estrecha, con la ventana cerrada y el aire cada vez más cargado. Más allá de las paredes, los sonidos del Londres azotado por la guerra retumbaban hasta los confines de la Bóveda, y a través de las aberturas de la cortinas vi el parpadeo de las nuevas lámparas del ministerio en lo más profundo de la noche.
Oí a Nebogipfel moverse por el cuarto de estar; aunque parezca extraño, sentí tranquilidad al oír el sonido de los pequeños pies del Morlock al moverse de un lado para otro, y en el rasgueo torpe del lápiz sobre el papel.
Finalmente, me dormí.

Había un pequeño reloj sobre la mesa al lado de la cama que me indicó que me había despertado a las siete de la mañana; aunque fuera, por supuesto, seguía estando tan oscuro como si fuese de noche.
Salté de la cama. Me volví a poner el traje ligero que ya había visto muchas aventuras, y cogí un juego limpio de ropa interior, camisa y corbata. El aire estaba pegajoso a pesar de ser tan temprano; me sentí ligero de ánimo y fuerte de brazos.
Abrí las cortinas. Vi la Máquina Parlanchina de Filby todavía iluminando el techo; creí oír fragmentos de una música animada, como una marcha, que sin duda tenía por fin acelerar a los trabajadores dubitativos hacia otro día de trabajo en favor del esfuerzo de la guerra.
Bajé al comedor. Me encontraba a solas exceptuando a Puttick, el sirviente soldado, que me sirvió un desayuno compuesto de tostadas, salchichas (rellenas de un sustitutivo de carne sin identificar) y -Puttick me dio a entender que era una excepción digna de agradecer- un huevo frito.
Cuando terminé, me fui, comiéndome el último trozo de tostada, al cuarto de estar. Allí encontré a Moses y Nebogipfel inclinados sobre libros y una pila de papeles que ocupaban el gran escritorio; tazas de té frío cubrían la superficie de la mesa.
-¿Ni rastro de Filby?
-Todavía no -me dijo Moses. Mi yo más joven iba en bata, no se había afeitado y tenía el pelo revuelto.

Me senté en el escritorio.
-Moses, parece como si no hubieses dormido.
Sonrió y se pasó la mano por el pelo que tenía sobre la frente.
-Bueno, no lo he hecho. No podía calmarme. Creo que me han pasado demasiadas cosas, ¿sabes?, y mi cabeza no dejaba de darme vueltas... Sabía que Nebogipfel todavía estaba despierto, por lo que bajé aquí. -Me miró con ojos rojos y ojerosos-. Hemos pasado una noche fascinante, ¡fascinante! Nebogipfel me ha introducido en los misterios de la Mecánica Cuántica.
-¿De qué?
-Sí -dijo Nebogipfel-. Y a cambio Moses me ha enseñado a leer el inglés.
-Aprende muy rápido -dijo Moses-. Sólo le hizo falta poco más que el alfabeto y un repaso rápido a los principios de la fonética, y ya está.
Rebusqué por entre los desperdicios del escritorio. Había varias hojas de papel cubiertas de extraños símbolos crípticos: la letra de Nebogipfel, supuse. Cuando levanté una de las hojas vi con qué torpeza había utilizado los lápices; en varios sitios el papel estaba roto. Bueno, el pobre diablo nunca había tenido que depender de utensilios tan primitivos como una pluma o un lápiz; me pregunté cómo me hubiese ido a mí con las herramientas de piedra de mis ancestros, ¡que me eran más cercanos en el tiempo que Nebogipfel a 1938!
-Me sorprende que no hayas escuchado el fonógrafo -le dije a Moses-. ¿No estás interesado en los detalles del mundo en que nos encontramos?
Moses contestó:
-La mayoría es música o ficción, del tipo para elevar la moral que nunca he encontrado apetecible, y me cansé del montón de trivialidades disfrazadas de noticias. Uno quiere tratar de los grandes temas del día, ¿dónde estamos?, ¿cómo llegamos aquí?, ¿adónde vamos?, y en su lugar te inundan con un montón de tonterías sobre trenes retrasados, racionamiento y los oscuros detalles de lejanas campañas militares, de las que hay que conocer los antecedentes para enterarse de algo.
Le palmeé el brazo.
-¿Qué esperabas? Mira: nos sumergimos en la historia como turistas del tiempo. A la gente le interesa generalmente la superficie de las cosas, ¡y están en su derecho! ¿En cuántas ocasiones, en nuestro propio año, encuentras los periódicos llenos de análisis profundos sobre las causas de la historia? ¿Qué parte de tus conversaciones diarias dedicas a explicar la forma general de 1873?
-Tienes razón -dijo. Mostró poco interés en la conversación; no parecía dispuesto a concentrarse en el mundo que le rodeaba-. Mira -dijo-. Tengo que contarte algo de lo que tu amigo Morlock me ha dicho sobre esa nueva teoría. -Sus ojos se encendieron, su voz se hizo clara y vi que ése era un tema más agradable para él, era una ruta de escape, supongo, de las complejidades de nuestra situación hacia los misterios de la ciencia.
Decidí seguirle la corriente; ya tendría tiempo de enfrentarse con la situación en los días siguientes.
-Asumo que tiene relación con nuestra situación actual...
-Sí -dijo Nebogipfel. Se pasó los dedos por las sienes en un gesto muy humano de cansancio-. La Mecánica Cuántica es el esquema que tengo que emplear para comprender la multiplicidad de historias que estamos experimentando.
-Es un desarrollo teórico increíble -nos dijo Moses entusiasmado-. Nadie lo hubiese creído en mi época, ¡no hubiesen podido imaginarlo!, es increíble que el orden de las cosas pueda cambiar con tal rapidez.
Solté el trozo de papel de Nebogipfel.
-Cuéntame -dije.

5

LA INTERPRETACIÓN DE MUCHOS MUNDOS

Nebogipfel intentó hablar, pero Moses levantó la mano.
-No, déjame a mí; quiero ver si lo he entendido bien. Mira, supones que el mundo está más o menos hecho de átomos, ¿no? No sabes de qué están compuestos, porque son demasiado pequeños para verlos, pero más o menos eso es todo: un montón de partículas duras chocando unas con otras como bolas de billar.
Fruncí el ceño ante esa simplificación.
-Creo que deberías recordar con quién estás hablando.
-Oh, ¡déjame hacerlo a mi modo! Presta atención ahora; porque tengo que decirte que esa imagen de las cosas está equivocada en todos sus detalles.
Volví a fruncir el ceño.
-¿Cómo es eso?
-Para empezar, debes desechar las partículas, porque tales cosas no existen. Resulta ser, a pesar de la creencia de Newton, que uno nunca puede decir exactamente dónde está una partícula o hacia dónde se dirige.
-Pero si se tiene un microscopio lo suficientemente potente, con seguridad podrás examinar una partícula con el grado de precisión que quieras...
-Tampoco -me dijo-. Hay un límite fundamental para la medida, llamado el Principio de Incertidumbre, creo, que impone un mínimo a esos ejercicios.
»Debemos despedirnos del conocimiento definitivo sobre el mundo. Debemos pensar en términos de probabilidad, la posibilidad de encontrar un objeto físico en un lugar determinado con una velocidad determinada. Las cosas son un poco difusas, lo que...
Contesté terminantemente:
-Pero mira, supongamos que realizo un experimento simple. Mido, en algún instante, la posición de una partícula, con un microscopio de determinada precisión. No puedes negar la plausibilidad de ese experimento. Bien, entonces: ¡tengo mi medida! ¿Dónde está la incertidumbre?
-Pero la cuestión. es -prosiguió Nebogipfel- que existe una posibilidad finita de que si repitiese el experimento se encontrase a la partícula en otro lugar, incluso muy alejado de su primitiva posición...
Los dos siguieron argumentando de la misma forma durante un rato.
-Es suficiente -dije-. Supongamos que es así para poder seguir hablando. ¿En qué nos afecta eso?
-Hay, habrá, una nueva filosofía llamada Interpretación de Muchos Mundos de la Mecánica Cuántica -dijo Nebogipfel, y el sonido de su voz líquida emitiendo esa frase sorprendente me hizo temblar-. Pasarán todavía diez o veinte años antes de que se publique el artículo crucial. Recuerdo el nombre de Everett...
-La cosa es así -dijo Moses-. Supón que tienes una partícula que puede estar en dos lugares, digamos aquí o allí, con una probabilidad asociada a cada lugar. ¿Bien? Ahora miras por tu microscopio y la encuentras aquí...
-Según la Interpretación de Muchos Mundos -dijo Nebogipfel-, la historia se divide en dos cuando se realiza ese experimento. En la otra historia, hay otro usted que ha encontrado al objeto allí en lugar de aquí.
-¿Otra historia?
-Con la misma realidad y consistencia que ésta. -Sonrió-. Hay otro tú, de hecho un número infinito de «tús», propagándose como conejos a cada momento.
-Qué idea tan espantosa -dije-. Pensaba que dos ya era más que suficiente. Pero, Nebogipfel, ¿no podríamos notar si nos dividimos de esa forma?

Librodot

-No -dijo-, porque una medida así, en cualquiera de las historias, debería realizarse después de la separación. Sería imposible medir las consecuencias de la división misma.
-¿Sería posible detectar esas otras historias, o viajar allí para encontrarme con ese montón de gemelos que dice que tengo?
-No -dijo Nebogipfel-: Imposible, a menos...
-¿Sí?
-A menos que alguno de los principios de la Mecánica Cuántica resultara ser falso.
-Está claro cómo estas ideas podrían ayudarnos a entender las paradojas que hemos encontrado -dijo Moses-. Si puede existir más de una historia...
-Entonces es fácil tratar las violaciones de la causalidad -dijo Nebogipfel-. Mire: supongamos que viaja al pasado con una pistola y le dispara a Moses sin avisar. -Moses se puso algo pálido al oír eso-. Ahí tiene una paradoja causal en los términos más simples. Si Moses está muerto, no construirá la Máquina del Tiempo, no se convertirá en usted, por lo que no podrá viajar al pasado para cometer el asesinato. Pero si el asesinato no se produce, Moses vive para construir la máquina, viaja al pasado y mata a su yo más joven. Pero entonces no puede construir la máquina, y el asesinato no puede cometerse y..
-Basta -dije-. Creo que lo entiendo.
-Es un fallo patológico de la causalidad -dijo Nebogipfel-, un bucle sin fin.
-Pero si la idea de los muchos mundos es correcta, no hay paradoja. La historia se divide en dos: en una versión, Moses vive; en la otra, muere. Usted, como viajero en el tiempo, simplemente ha pasado de una historia a otra.
-Ya veo -dije maravillado-. Y está claro que ese fenómeno de los muchos mundos es lo que hemos presenciado, Nebogipfel y yo... nosotros ya hemos contemplado el desarrollo de más de una versión de la historia...
Me sentí increíblemente tranquilizado por aquello. ¡Por primera vez, me parecía que podía haber algo de lógica en la tormenta de historias contradictorias que revoloteaban a mi alrededor desde mi segundo viaje en el tiempo! Encontrar una estructura teórica para explicarlo todo me era tan importante como encontrar tierra sólida bajo los pies si me estuviese ahogando; aunque todavía no podía imaginar qué consecuencias prácticas podríamos extraer de todo aquello.
Y -pensé- si Nebogipfel tiene razón, quizá no fuese después de todo responsable de la completa destrucción de la historia de Weena.
¡Quizá, de alguna forma, esa historia todavía existía! Sentí que me desprendía de algo de mi culpa y tristeza.
En ese momento se abrió la puerta de la habitación y Filby entró. Todavía no eran las nueve de la mañana; Filby no se había aseado ni afeitado, y la bata le colgaba del cuerpo. Me dijo:
-Tienes visita. El científico del Ministerio del Aire que te comentó Bond...
Me levanté de la silla. Nebogipfel volvió a sus investigaciones, y Moses me miró todavía con el pelo revuelto. Le miré con algo de preocupación; comenzaba a entender que toda aquella dislocación temporal le estaba afectando mucho.
-Mira -le dije-, parece que tengo trabajo. ¿Por qué no vienes conmigo? Me gustaría disponer de tu opinión.
Me sonrió divertido.
-Mis opiniones son tus opiniones -dijo-. No me necesitas.
-Pero me gustaría tu compañía... Después de todo, éste puede ser tu futuro. ¿No crees que estarías mejor si te mueves un poco?
Sus ojos eran profundos, y creí reconocer en ellos la nostalgia del hogar que yo también sentía.
-Hoy no. Ya habrá tiempo... quizá mañana. -Me despidió con un saludo-. Ten cuidado.
No se me ocurrió nada más que decir, al menos en aquel momento.
Dejé que Filby me condujese el salón. El hombre que me esperaba en la puerta principal era alto y desgarbado, con el pelo gris. A su espalda, en la calle, había un soldado.

Cuando el tipo alto me vio, se adelantó con una torpeza juvenil extraña en un hombre tan grande. Se dirigió a mí por mi nombre y me estrechó la mano; tenía manos fuertes y callosas, y supe que era un investigador experimental, ¡quizás un hombre como yo!
-Estoy encantado de conocerle, mucho -dijo-. Trabajo para DGCron, es decir, Dirección de Guerra por Desplazamiento Cronológico, del Ministerio del Aire.
Tenía la nariz recta, las facciones delgadas y su mirada, tras las gafas de alambre, era franca. Estaba claro que se trataba de un civil, porque bajo las charreteras y la bolsa de la máscara antigás, llevaba un traje sencillo y desaliñado, con una corbata de rayas y una camisa amarillenta. Tenía unos cincuenta años.
-Estoy encantado -dije-. Aunque me temo que no recuerdo su cara.
-¿Por qué tendría que hacerlo? Sólo tenía ocho años cuando su prototipo de VDT partió hacia el futuro... ¡Perdone! Quiero decir «Vehículo de Desplazamiento Temporal. Puede que se acostumbre a nuestros acrónimos... ¡o puede que no! Yo nunca lo he conseguido; y dicen que el propio Lord Beaverbrook tiene que hacer un esfuerzo para recordar todas las direcciones de su ministerio.
»No soy muy conocido, ¡ni tan famoso como usted! Hasta hace poco, mi trabajo no pasaba de ser Asistente del Ingeniero jefe de la compañía Vickers-Armstrong, en el búnker de Weybridge. Cuando mis propuestas para la Guerra del Tiempo recibieron algo de atención, me destinaron a los cuarteles de la DGCron en el Imperial. Vaya -dijo con seriedad-, estoy tan contento de que esté usted aquí. Ha sido una suerte maravillosa la que lo ha traído. Creo que nosotros, usted y yo, podremos realizar una unión que cambiará la historia, ¡que podría incluso acabar con esta maldita guerra para siempre!
No pude evitar temblar, porque ya tenía cambios más que suficientes en la historia. ¡Y su charla sobre Guerra del Tiempo, el concepto de que mi máquina, que ya había provocado tanto daño, fuese empleada deliberadamente para la destrucción! La idea me llenaba de horror, y no estaba seguro de qué hacer.
-Bien, ¿dónde hablamos? -preguntó-. ¿Le gustaría venir a mis habitaciones en el Imperial? Tengo algunos artículos que...
-Más tarde -dije-. Mire, puede que esto le resulte extraño, pero acabo de llegar y me gustaría ver más de su mundo. ¿Es posible?
Se encendió.
-¡Por supuesto! Podemos hablar por el camino. -Miró por encima del hombro al soldado, que asintió para darnos permiso.
-Gracias -dije-, señor...
-Bueno, soy el doctor Wallis -dijo-. Barnes Wallis.

6

HYDE PARK

Resultó que el *Imperial College* estaba en South Kensington, a unos pocos minutos andando de Queen's Gate Terrace. El *college* fue fundado después de mi época, en 1907, a partir de otros tres *college*s que sí conocía: el Real *College* de Química, la Real Escuela de Minas y el City and Guilds *College*. Cuando era más joven había sido profesor durante un tiempo en la Normal School of Science, que ahora era también parte del Imperial; y, al salir a South Kensington, recordé cómo había pasado mi tiempo en Londres, con múltiples visitas a los

Librodot

placeres de instituciones como el Empire*, en Leicester Square. De cualquier forma, había conocido bien la zona, ¡pero cuán transformada estaba!

Caminamos por Queen's Gate Terrace hacia el *College*, y luego giramos hacia Kensington Gore, en la parte sur de Hyde Park. Nos escoltaba media docena de soldados -bastante discretos, ya que se movían a nuestro alrededor en un círculo-, pero me pregunté por el tamaño de la fuerza que vendría a nosotros si algo saliese mal. No pasó mucho tiempo antes de que el calor comenzase a hacer mella en mis fuerzas -era como estar en un inmenso edificio sofocante-, por lo que me quité la chaqueta y me aflojé la corbata. Por consejo de Wallis, me puse las pesadas charreteras y fijé la bolsa de la máscara antigás al cinturón.

Las calles estaban muy cambiadas, y me sorprendió comprobar que no todos los cambios desde mi época hasta el presente habían sido para peor. La eliminación de los sucios caballos, del humo de los fuegos domésticos y de los gases de los coches -todo para preservar la calidad del aire en la Bóveda- había dado lugar a algo de frescura. En las avenidas principales, la carretera estaba recubierta de un nuevo material cristalino más resistente, que mantenía limpio una cadena de obreros, con carros provistos de cepillos y aspersores. La carretera estaba repleta de bicicletas, rickshaws y tranvías eléctricos, guiados por cables que lanzaban destellos azules en la oscuridad; pero había nuevos caminos para los peatones, llamados Filas, que corrían por las fachadas de las casas a la altura del primer piso, y en el segundo y tercer piso en algunos lugares. Puentes, ligeros y airosos, unían las Filas por encima de las carreteras a intervalos, dando a Londres -incluso en aquella oscuridad estigia- un aspecto vagamente italiano.

Moses llegó a ver más de la vida de la ciudad que yo, y me informó de las bulliciosas tiendas del West End -a pesar de las privaciones de la guerra- y de los nuevos teatros alrededor de Leicester Square, con fachadas de porcelana reforzada y anuncios, todo resplandeciente con reflejos y anuncios luminosos. Moses se quejó de que las obras que representaban eran aburridas, educativas y moralistas, con dos de los teatros dedicados exclusivamente a representar perpetuamente a Shakespeare.

Wallis y yo llegamos al Royal Albert Hall, que siempre había considerado una monstruosidad: ¡una sombrerera rosa! Bajo la oscuridad de la Bóveda, la mole estaba iluminada por un conjunto de brillantes rayos (proyectados por cañones de luz), que daban a aquella montaña un aspecto aún más grotesco, como si estuviese sentada y brillase complacida. Entramos en el parque por Alexandra Gate, volvimos al Albert Memorial y continuamos por Lancaster Walk hacia el norte. Frente a nosotros podía ver el parpadeo del rayo de la Máquina Parlanchina contra el Techo, y oír el eco lejano de la voz amplificada.

Wallis siguió hablando mientras caminábamos. Era un buen acompañante, y comencé a entender que era el tipo de hombre que -en una historia diferente- podía haber considerado un amigo.

Recordaba Hyde Park como un lugar civilizado: atractivo y tranquilo, con amplios paseos y árboles desperdigados. Algunas de las características que recordaba seguían allí -reconocí la cúpula verde cobriza del quiosco de música, donde podía oír a los mineros galeses cantar himnos al unísono-, pero esa versión del parque era un lugar de sombras, rotas sólo por las islas de luz alrededor de las farolas. La hierba había desaparecido, muerto sin duda, tan pronto como se había ocultado el sol, y la mayor parte de la tierra desnuda había sido cubierta con maderas. Le pregunté a Wallis por qué no se habían limitado a cubrir el parque con cemento; me dio a entender que a los londinenses les gustaba pensar que algún día la horrible Bóveda sería demolida, y que su hogar volvería a tener la belleza de antaño, parques incluidos.

Una parte del parque, cerca del quiosco de música, era un barrio de chabolas. Había tiendas, cientos, colocadas alrededor de un edificio de cemento que resultó ser la cocina y baño comunes. Adultos, niños y perros se paseaban por entre las tiendas continuando el aburrido proceso de vivir.

* Referencia a lugares de espectáculos en Londres. El Empire en particular era un teatro de vodevil. (N. del T.)

Librodot

-El pobre Londres ha recibido muchos refugiados en los últimos años -me explicó Wallis-. La densidad de población es mucho mayor que antes... y aun así hay trabajo útil para todos. Sin embargo, sufren en las tiendas, pero no hay otro sitio para ellos.
Dejamos Lancaster Walk y nos acercamos al estanque en el corazón del parque. Antes era un detalle atractivo y ordenado, que ofrecía una vista bonita de Kensington Palace. El estanque seguía allí, pero con una valla; Wallis me dijo que se usaba como depósito para suplir las necesidades de la población. Y del palacio sólo quedaba el armazón; evidentemente lo habían bombardeado.
Paramos en un puesto y bebimos limonada tibia. La multitud se abigarraba a nuestro alrededor, algunos en bicicleta. En una esquina jugaban a fútbol, con montones de máscaras antigás que marcaban las porterías; incluso oí risas. Wallis me contó que la gente todavía acudía al rincón de los oradores para oír al Ejército de Salvación, a la Sociedad Nacional Seglar, a la Liga Católica, a la Liga Antiquintacolumna (que mantenía una campaña contra los espías, traidores y cualquiera que ayudase al enemigo) y a todo el resto.
Ése fue el momento en el que vi a la gente más feliz en aquella terrible época; si exceptuamos las charreteras universales y las máscaras -y el estancamiento de la tierra y el terrible Techo que nos cubría aquélla podía haber sido una multitud festiva de cualquier época, y nuevamente me sorprendió la resistencia del espíritu humano.

7

LA MÁQUINA PARLANCHINA

Al norte del estanque habían colocado filas de deslucidas sillas de tela para aquellos que deseasen ver las noticias proyectadas en el Techo. La mayoría de las sillas estaba ocupada; Wallis pagó a un encargado -las monedas eran fichas de metal mucho más pequeñas que las de mi época- y nos sentamos en dos de ellas con la cabeza hacia atrás.
Los soldados que nos acompañaban se colocaron en posición a nuestro alrededor, vigilándonos a nosotros y a la multitud.
Polvorientos dedos de luz llegaron desde los focos situados (me dijo Wallis) en Portland Place, y pintaron tonos grises y blancos en el Techo. Música y voz amplificadas llovieron sobre la multitud pasiva. En aquella zona habían pintado el Techo de blanco, por lo que la imagen cinematográfica era clara. La primera secuencia mostró a un hombre delgado, de aspecto algo salvaje, dándole la mano a otro, y luego posaban al lado de lo que parecía un montón de ladrillos. Las voces no estaban muy bien sincronizadas con los movimientos de las bocas, pero la música animaba, y el efecto general era fácil de seguir.
Wallis se inclinó hacia mí.
-¡Tenemos suerte! Es una noticia sobre *Imperial College*. Ése es Kurt Gödel, un joven científico austríaco. Le conocerá. Hace poco pudimos rescatar a Gödel del Reich; parece que quería desertar porque tiene algunas ideas curiosas sobre que el Káiser ha muerto y ha sido sustituido por un impostor... Entre usted y yo, es un tipo raro, pero tiene un gran cerebro.
-¿ Gödel? -Sentí algo de interés-. ¿El tipo detrás de la incompletitud de la matemática, y todo eso?

-Sí, exactamente. -Me miró con curiosidad-. ¿Cómo lo sabe? Es posterior a su época. Bien -dijo-, no lo queremos por sus logros en filosofía matemática. Le hemos puesto en contacto con Einstein en Princeton... -me abstuve de preguntar quién era Einstein- y va a continuar unas investigaciones que había comenzado en el Reich. Esperamos que para nosotros sea otro

Librodot

camino para el viaje en el tiempo. Fue un buen golpe. Supongo que los chicos del Káiser están enfadados unos con otros...
-¿Y la construcción de ladrillos que hay a su lado? ¿Qué es eso?
-Oh, un experimento. -Miró con cuidado a su alrededor-. No debería decir demasiado, sólo sale en la Máquina Parlanchina para darle chispa. Está relacionado con la fisión atómica... Si tiene interés, se lo puedo explicar más tarde. Aparentemente, Gödel tiene mucho interés en realizar experimentos sobre el tema; de hecho, creo que ya ha realizado algunos.
A continuación vimos la imagen de una tropa de hombres bastante avejentados. Sonreían a la cámara vestidos con trajes de combate que no les sentaban bien. Uno de ellos quedó en primer plano, un tipo intenso y delgado. Wallis dijo:
-La Guardia Nacional... hombres y mujeres demasiado viejos para el servicio, que sin embargo actúan como soldados en caso de que llegue a producirse una invasión de Inglaterra. Ése es Orwell, George Orwell. Un escritor; supongo que no lo conoce.
Parecía que las noticias habían terminado, y un nuevo entretenimiento surgió sobre nuestras cabezas. Resultó ser un tipo de dibujo animado acompañado de música. Estaba protagonizado por un personaje llamado Dan Desesperado que vivía en una Tejas pobremente dibujada. Después de comerse un enorme pastel de carne, ese Dan intenta hacerse un jersey de cables, utilizando postes telegráficos como agujas. Por error hace una cadena; y cuando la arroja al mar se hunde. Dan saca la cadena y descubre que ha capturado al menos tres Juggernauts submarinos alemanes. Un oficial naval que lo ha visto todo le entrega una recompensa de cincuenta libras... y así.
Yo había supuesto que un entretenimiento de ese estilo sólo sería apto para niños, pero vi que los adultos se reían con ganas. Me pareció propaganda burda, y decidí que el nombre común de Máquina Parlanchina se ajustaba bastante bien a ese espectáculo cinematográfico.
Después de eso, nos ofrecieron más noticias. Vi una ciudad ardiendo -podía haber sido Glasgow o Liverpool- donde un resplandor llenaba el cielo nocturno y las llamas eran gigantescas. Había imágenes de niños evacuados de una bóveda derrumbada en las Midlands. Me parecían típicos niños de ciudad, sonreían a la cámara, con la piel sucia y las botas demasiado grandes, indefensos ante la guerra.
Llegamos a una sección del espectáculo titulada según el cartel «Postdata». Primero apareció un retrato del rey; me resultó desconcertante descubrir que se trataba de un tío flacucho llamado Egbert, que era un familiar lejano de la reina que yo recordaba. Ese Egbert era uno de los pocos miembros de la familia que había sobrevivido a los audaces ataques alemanes al comienzo de la guerra. Mientras tanto un actor de voz grave leyó un poema: ... Todo estará bien y / Todo tipo de cosas estarán bien / Cuando las lenguas de llamas se plieguen hacia dentro / En el coronado nudo de fuego / Y el fuego y la rosa sean uno...
¡Y así seguía! Por lo que pude entender era una representación de los efectos de la guerra como un Purgatorio que finalmente lavaría las almas de la humanidad.
Antes podía haber estado de acuerdo con ese razonamiento; pero después de mi estancia en el Interior dé la Esfera, creo que había acabado considerando la guerra como una excrescencia terrible, un error del alma humana; y cualquier justificación era sólo eso: una justificación después del acto.
Creo que a Wallis no le interesaban mucho ese tipo de cosas. Se encogió de hombros.
-Eliot -dijo, como si eso lo explicase todo.
A continuación apareció la imagen de un hombre mayor, agobiado por las inquietudes, con una gran papada, un bigote indomable, ojos cansados, orejas feas y aspecto feroz y frustrado. Estaba sentado con un pipa en la mano al lado de una chimenea -estaba claro que la pipa no estaba encendida- y comenzó a declamar con voz frágil un comentario sobre los sucesos del día. El tipo me era familiar, pero al principio no logré recordarlo. No parecía estar muy impresionado con los esfuerzos del Reich:
«... Su vasta maquinaria no puede crear ni una gota de esa poesía de la acción que distingue la guerra del exterminio en masa. Es una máquina, y por lo tanto no tiene alma.»

Nos conminó a realizar esfuerzos aún más disciplinados. Utilizó el mito del campo inglés: «... verdes colinas redondeadas que se disuelven en el azul del cielo...», y nos pidió que imagináse mos esa escena inglesa destruida, «para mostrar el viejo Frente Flanders, trincheras y cráteres de bombas, ciudades destruidas, el paisaje roto, un cielo que vomita muerte y las caras de los niños asesinados», esto último creo que lo pronunció con un regocijo apocalíptico.
De pronto recordé quién era. Se trataba de mi viejo amigo el Escritor, ¡convertido en un hombre marchito por la edad!
-Pero ¿no es ése Mr...? -dije nombrándole.

-Sí -dijo-. ¿Le conocía? Supongo que es posible... ¡Por supuesto que sí! Él escribió ese relato popular sobre su viaje en el tiempo. Apareció como serial en *The New Review*, si no recuerdo mal; y luego apareció como libro. Ése fue mi despertar, ¿sabe?, encontrarme con aquello... El tipo sigue como puede; no creo que su salud fuese nunca muy buena, y su obra ya no es lo que era, en mi opinión.
-¿No?
-Demasiada moraleja y poca acción, ya sabe. Aun así, sus obras de divulgación científica e histórica tienen mucho éxito. Es un buen amigo de Churchill, quiero decir del Primer Lord del Almirantazgo, y creo que ha tenido mucha influencia en las cosas por venir, después de que acabe la guerra. Ya sabe, cuando alcancemos las «Cumbres del futuro» -dijo Wallis, citando alguno de los discursos de mi antiguo amigo-. Trabaja en una Declaración de Derechos Humanos, o algo así, a la que tendremos que ceñirnos después de la guerra. Ya conoce ese tipo de sueños. Pero no es buen conferenciante. Yo prefiero a Priestley.
Escuchamos la perorata del Escritor durante varios minutos. Por mi parte, me alegraba de que mi viejo amigo hubiese sobrevivido a las vicisitudes de aquella terrible historia, y que hubiese encontrado un papel importante para sí mismo, ¡pero me entristecía ver lo que el tiempo había hecho con el joven apasionado que había conocido! Al igual que cuando me había reencontrado con Filby, sentí una punzada de piedad por la multitud que me rodeaba, inmerso en un tiempo lento y condenado a una degradación inexorable. Y era una ironía terrible, pensé, que un hombre con una fe tan fuerte en la perfectibilidad de la humanidad pasase la mayor parte de su vida dominado por la peor guerra de la historia.
-Venga-dijo Wallis bruscamente-. Caminemos un poco más. Los espectáculos se repiten con gran rapidez...
Wallis me contó más cosas de su trabajo. En el búnker de Weybridge, trabajando para la compañía Vickers-Armstrong, se había ganado una reputación como diseñador de dispositivos aeronáuticos; según él, era conocido como un «genio científico».
Al alargarse la guerra, el fértil cerebro de Wallis se dedicó a ingeniar sistemas para acelerar su final.
Había considerado, por ejemplo, cómo destruir las fuentes energéticas del enemigo -reservas, presas, minas y demás- por medio de explosivos lanzados desde la estratosfera por «bombarderos gigantescos». Para tal fin, se había dedicado al estudio de la variación de la velocidad del viento con la altura, el efecto de la ondas terrestres en las minas de carbón y demás.
-Ve las posibilidades, ¿no? Sólo se necesita un poco de imaginación. Con diez toneladas de explosivos se podría desviar el curso del Rin.
-¿Y cómo reaccionaron ante esas propuestas?
Suspiró.
-Los recursos son escasos durante las guerras, incluso para planes prioritarios y para aventuras arriesgadas como... Las llamaron «locura». «Tonterías absolutas»... y algunos militares hablaban de «inventores» como yo que «malgastaban» las vidas de «sus muchachos». -Pude ver que le dolían esos recuerdos-. Ya sabe que hombres como usted o yo debemos esperar el escepticismo... ¡pero aun así!

Pero Wallis había perseverado en sus investigaciones, y al final se le había dado permiso para construir su «bombardero gigantesco».
-Se llama Victory -dijo-. Con una capacidad de veinte mil libras de explosivo y un límite de cuarenta mil pies, puede viajar a trescientas millas por hora y tiene un alcance de cuatro mil millas. Proporciona una vista magnífica al despegar; tiene seis motores Hércules y no le lleva más de dos tercios de milla el elevarse en el aire... ¡y las bombas terremoto que lanza ya han empezado a causar el terror en el corazón del Reich! -Sus profundos y elegantes ojos brillaban tras los cristales empañados de las gafas.
Wallis se había dedicado durante varios años al desarrollo de la máquina aérea Victory. Pero entonces, al encontrarse con el relato popular de mi viaje en el tiempo, su línea de investigación cambió y vio inmediatamente las posibilidades de emplear mi máquina para la guerra.
Esa vez sus ideas fueron oídas con atención -tenía buena reputación y no se necesitaba mucha imaginación para ver el ilimitado potencial militar de la Máquina del Tiempo- y se estableció el Directorio de Guerra por Desplazamiento Cronológico con Wallis como jefe civil de investigación. El primer acto de DGCron fue confiscar mi casa, que había permanecido abandonada desde mi viaje en el tiempo, y recuperar las reliquias de mis investigaciones.
-¿Pero qué quieren de mí? Ya tienen una Máquina del Tiempo, el Juggernaut que me trajo aquí.
Se puso las manos a la espalda, y adoptó una expresión seria.
-El *Raglan*. Por supuesto, pero ya lo ha visto. En lo que se refiere a su capacidad para el viaje en el tiempo, se construyó con los restos encontrados en las ruinas de su laboratorio. Trozos de cuarzo y cobre tratados con plattnerita, imposibles de equilibrar o calibrar. El *Raglan* es una vieja chatarra que apenas puede viajar a cincuenta años del presente. Sólo nos atrevimos a emplear el Juggernaut para asegurarnos de que no hubiese interferencias anacrónicas en el desarrollo original de la Máquina del Tiempo. Pero, ¡por casualidad!, le ha traído a usted aquí.
»Por supuesto, ahora ya podemos hacer más: hemos sacado la plattnerita de su vieja máquina, y hemos depositado la carrocería en el Imperial War Museum. ¿Le gustaría verla? Será exhibida con todos los honores.
Me dolía pensar que mi viejo vehículo hubiese tenido un final así, y ¡me preocupaba la destrucción de mi único camino para huir de 1938! Agité la cabeza.
Wallis continuó.
-Le necesitamos para producir más cantidad de esa sustancia que llama plattnerita, por toneladas. ¡Enséñenos cómo! -¿Así que Wallis pensaba que yo había fabricado la plattnerita...? Me guardé esa reflexión. El siguió-. Queremos empezar con su tecnología de la Máquina del Tiempo y extenderla. Darle usos que quizás estén más allá de sus sueños más extraordinarios...
»Con un VDT se puede bombardear la historia y cambiar su curso, ¡como mi plan para desviar el Rin! ¿Por qué no? Si puede imaginarse debería hacerse. Es el desafío técnico más emocionante que imaginarse pueda, y todo para beneficio del esfuerzo bélico.
-¿*Bombardear* la historia?
-Piénselo. Se puede ir atrás e intervenir en las primeras fases de la guerra. O asesinar a Bismarck, ¿por qué no?, sería una buena broma, para detener la formación de Alemania desde un principio.
»¿Lo ve, señor? *Una Máquina del Tiempo es un arma contra la que no existe defensa posible*. El primero que desarrolle una tecnología segura de Desplazamiento Temporal será el amo del mundo, y ¡ese amo debe ser Gran Bretaña!
Sus ojos brillaban, y comencé a encontrar preocupante su gran entusiasmo por toda aquella destrucción y poder.

Librodot

8

LAS CUMBRES DEL FUTURO

Llegamos a Lancaster Walk y caminamos hacia el borde sur del parque. Todavía nos flanqueaban los soldados.
-Dígame qué sucederá cuando Gran Bretaña y los Aliados ganen esa guerra del tiempo. Explíqueme lo de las Cumbres del futuro.
Se rascó la nariz y parecía confuso.
-No soy un político, señor. No puedo...
-No, no. Con sus propias palabras.
-Bien. -Miró hacia la Bóveda-. Para empezar, esta guerra nos ha privado de muchas de nuestras más queridas ilusiones.
-¿Sí? -Lo consideré un preámbulo ominoso, ¡y mis temores quedaron más que justificados!
-La primera, la falacia de la democracia. Ahora tenemos claro que no es bueno *preguntarle* a la gente lo que quiere. Primero debes pensar qué es lo que *deberían* querer si la sociedad debe salvarse. Luego les dices qué es lo que quieren y vigilas para que lo obtengan.
»Sé que debe de parecerle extraño a un hombre de su época -dijo-, pero es el pensamiento moderno, y ¡he oído antes a su amigo abrazar las mismas ideas en el fonógrafo!, y él es de su época, ¿no?
»No conozco demasiado la historia, pero parece que el estado moderno que estamos desarrollando en Gran Bretaña y América, que esperamos compartir con el resto del mundo, se parece a las repúblicas de la antigüedad: Cartago, Atenas, Roma, que eran básicamente aristocráticas, ya sabe. Todavía tenemos parlamentarios, pero ya no se les elige con un método tan crudo como el sufragio popular.
»Y todas las viejas ideas sobre la oposición, ¡bien! Todo eso lo hemos desechado. Mire, hombres como usted y yo sabemos que en la mayoría de los temas no puede haber dos opiniones opuestas correctas. Sólo hay un único camino *correcto* e infinitas formas *erróneas* de hacer las cosas. Un gobierno o intenta ir por el buen camino o es criminal. Ése es el fondo de la cuestión. La oposición del pasado no era sino un trabajo de derribo realizado para avanzar. El sabotaje debe cesar.
»Y algunos de los jóvenes, en sus ideas sobre el futuro, van aún más lejos. La familia, por ejemplo, está desapareciendo, al menos eso dicen ellos. Fue la célula social común, si lo prefiere, a lo largo de todo nuestro pasado agrícola. Pero ahora, en nuestro mundo moderno, la familia ha perdido relevancia, y ha quedado disuelta en un sistema mayor de relaciones. Las ocupaciones domésticas de los jóvenes, incluidas las mujeres, se están reduciendo en gran número.
Pensé, ante aquello, en la capitana Hilary Bond.
-Pero ¿qué *remplazará* a la familia?
-Bien, no está claro, pero los jóvenes hablan de una renuclearización de la sociedad alrededor de distintas semillas: profesores, escritores, oradores, que nos guiarán hacia una nueva forma de pensar, y nos sacarán del viejo tribalismo para llevarnos a un mundo mejor.
-«Cumbres», sin duda. -Dudaba de que mucho, ¡o algo!, de toda aquella filosofía tuviese su origen en Wallis; era un simple espejo de su tiempo, moldeado por los formadores de opinión del gobierno y otros grupos-. ¿Y qué opina usted de todo eso?
-¿Yo? -Se rió-. Oh, soy demasiado viejo para cambiar, y -la voz se le quebró un poco- odiaría perder a mis hijas... Pero, igualmente, ¡no quiero que crezcan en un mundo como... -señaló con la mano la Bóveda, el parque muerto, los soldados- como éste! Y si eso significa cambiar el corazón humano, que así sea.

Librodot

»Ahora -dijo-, ¿ve por qué necesitamos su cooperación? Con un arma como un VDT, una Máquina del Tiempo, la llegada de ese estado moderno no es trivial pero sí más fácil. Y si fracasamos...
-¿Sí?
Se detuvo; nos acercábamos a la pared norte del parque y había pocas personas a nuestro alrededor.
Habló en voz baja.
-Hemos recibido rumores de que los alemanes están construyendo su propia Máquina del Tiempo. Si lo consiguen primero, si el Reich tiene la posibilidad de utilizar la Guerra por Desplazamiento Cronológico...
-¿Sí?
Pintó para mi beneficio un breve pero escalofriante retrato, evidentemente formado por años de propaganda, de la futura guerra del tiempo. Los fríos oficiales del Káiser estarían planeando invadir nuestra noble historia con sus jóvenes locos y medio drogados, sus guerreros del tiempo. Wallis describió a esos soldados como si fuesen bombas con patas; ocuparían cientos de antiguas batallas como si fuesen muñecos de la muerte...
-Destruirían Inglaterra, estrangulada en su lecho. Y eso es lo que debemos evitar-me dijo-. Lo entiende, ¿no? ¿Lo entiende?
Incapaz de responder, miré su rostro intenso y sincero.
Wallis me devolvió a la casa de Queen's Gate Terrace.
-No quiero forzarle a que decida trabajar conmigo. Sé que esto debe de resultarle muy difícil; después de todo, no es su guerra. Pero el tiempo se acaba. Y aun así, ¿qué significa «tiempo» en estas circunstancias? ¿Eh?
Me reuní con mis compañeros en la sala de estar. Acepté de Filby un whisky con agua y me arrojé en un sillón.
-Es claustrofóbico ahí fuera -dije-. ¡Como Burma! Maldita Bóveda. ¿Y no es extraño? Oscuridad absoluta y es sólo la hora del almuerzo.
Moses levantó la vista del libro que leía.
-«La experiencia es intensidad y no duración -citó. Me sonrió-. ¿No sería un epitafio perfecto para un viajero del tiempo? Intensidad, eso es lo que cuenta.
-¿Quién es el autor?
-Thomas Hardy. Casi un contemporáneo tuyo, ¿no?
-No lo he leído.
Moses miró el prefacio.
-Bien, ya no está... 1928. -Cerró el libro-. ¿Qué has descubierto de Wallis?
Le resumí la conversación.
-Me alegro de haber escapado de él. Qué fárrago de propaganda y política a medio digerir... sin mencionar la confusión más absoluta sobre la causalidad.
Las palabras de Wallis habían ahondado la depresión que sufría desde mi llegada a 1938. Me parece que hay un conflicto fundamental en el corazón humano. A la humanidad la guían las fuerzas de su propia naturaleza; más que nadie, yo había visto la acción implacable de las corrientes evolutivas que actúan en la humanidad, y que derivan incluso de los mares primordiales y, sin embargo, ahí tienen a esos brillantes jóvenes británicos y americanos, endurecidos por la guerra, decididos a planear, controlar y luchar contra la naturaleza e introducirse a sí mismos y a sus semejantes en una situación estática, ¡en una utopía inalterable!
Si yo fuese un ciudadano de ese nuevo estado moderno que planeaban, sabía que sería uno de los espíritus inconformistas que se debatirían bajo su control benevolente e inmisericorde.
Pero, al pensarlo, me pregunté, en lo más profundo de mi corazón, si no hubiese adoptado yo la forma de pensar de Wallis -de ese estado moderno, con sus controles y planes- antes de que el viaje en el tiempo me hubiese abierto los ojos sobre las limitaciones de la humanidad.
-Por cierto, Nebogipfel -dije-, me he encontrado con un amigo nuestro... Kurt Gödel. ,

Y el Morlock emitió una palabra extraña de su lengua; saltó de la silla y se puso de pie con un movimiento rápido y ágil que hizo que pareciese más un animal que un humano. Filby se quedó blanco y los dedos de Moses se apretaron alrededor del libro que sostenía.
-Gödel, ¿está aquí?
-Sí, está en la Bóveda. De hecho, no está ni a un cuarto de milla de este punto, en el *Imperial College*. -Le describí el programa de la Máquina Parlanchina que había visto.
-Una pila de fisión. Eso es -dijo Nebogipfel-. Ahora lo entiendo. Él es la clave. Gödel es la clave de todo esto. Debe de haber sido él, con sus especulaciones sobre universos giratorios...

-No sé de qué está hablando.
-Mire: ¿quiere huir de esta historia terrible?
Sí, ¡por supuesto que quería! Por miles de razones: para huir de un conflicto terrible, para intentar volver a casa, para detener el viaje en el tiempo antes de la aparición de la locura de la guerra del tiempo...
-Pero para eso debemos encontrar una Máquina del Tiempo.
-Sí. Por tanto, debemos encontrarnos con Gödel. Usted debe hacerlo. Ahora veo la verdad.
-¿Qué verdad?
-Barnes Wallis se equivoca con respecto a los alemanes. Su Máquina del Tiempo es algo más que una amenaza. ¡Ya se ha construido!
Después de eso estábamos todos de pie y hablando a la vez.
-¿Qué? ¿Pero qué dice? ¿Cómo...?
-Ya -dijo el Morlock- estamos en una versión de la historia que ha sido preparada por los alemanes.
-¿Cómo lo sabe? -le exigí.
-Recuerde que en mi historia estudié, su época -dijo-. Y, en mi historia, no existía una guerra europea como ésta, que ya ha ocupado décadas. En mi historia, hubo una guerra en 1914, pero terminó en 1918, con la victoria de los aliados sobre los alemanes. Otra guerra comenzó en 1939, pero con una nueva forma de gobierno en Alemania. Y..
Me sentí extraño -confuso- y busqué una silla para sentarme.
Filby parecía aterrorizado.
-Esos malditos alemanes. ¡Te lo dije! ¡Te dije que causarían problemas!
Moses dijo:
-Me pregunto si esa batalla final que Filby describió, la Kaiserschlacht, fue de alguna forma modificada en favor de los alemanes. Quizás el asesinato de un comandante aliado pudiese...
-El bombardeo de París -dijo Filby, confundido y perdido-. ¿Pudo ser eso?
Recordé la horrible descripción de Wallis de soldados robóticos alemanes que invadían la historia británica.
-¿Qué vamos a hacer? ¡Debemos detener esta horrible guerra del tiempo!
-Llévenos hasta Gödel -dijo el Morlock.
-Pero ¿por qué?
-Porque sólo Gödel puede haber fabricado la plattnerita alemana.

9

EL *IMPERIAL COLLEGE*

Wallis me mandó llamar nuevamente después del almuerzo. Comenzó inmediatamente a presionarme para que tomase una decisión sobre mi participación en su proyecto de guerra del tiempo.

Le pedí que me llevase al *Imperial College* para visitar a Kurt Gödel. Al principio Wallis se resistió:
-Gödel es un hombre difícil. No estoy seguro de que usted ganase algo con el encuentro, y las medidas de seguridad son muy sofisticadas...
Pero mantuve la boca cerrada y Wallis pronto se rindió.
-Deme treinta minutos -dijo-, y haré los preparativos.
La estructura del *Imperial College* parecía que no había sido afectada por los años, o por su refundación a partir de los *college*s que recordaba. Allí estaba Queen's Tower, el monumento central de piedra blanca flanqueado por leones, rodeado por los poco elegantes edificios de ladrillo rojo que formaban aquel funcional hogar del conocimiento. Pero vi que algunos de los edificios adyacentes habían sido requisados para las actividades bélicas del *college*: en particular el Museo de la Ciencia había sido cedido al Directorio de Guerra por Desplazamiento Cronológico de Wallis, y había varias estructuras nuevas en el campus -rechonchas y simples en su mayoría, obviamente construidas con rapidez y sin tener demasiado en cuenta las sutilezas arquitectónicas- y todos los edificios estaban interconectados por una serie de corredores cerrados que recorrían el campus como un laberinto formado a partir de los cadáveres de enormes gusanos.
Wallis miró la hora.
-Tenemos un poco de tiempo antes de que Gödel esté listo -dijo-. Venga por aquí, tengo permiso para mostrarle algo más. -Formó una sonrisa juvenil y entusiasta-. ¡Nuestro mayor orgullo!
Me llevó al laberinto de corredores, que resultaron estar fabricados de hormigón e iluminados a largos intervalos por bombillas solitarias. Recuerdo que la luz desigual resaltaba la posición de los hombros torpes de Wallis y su andar desgarbado al llevarme al interior del laberinto. Atravesamos varias puertas, y ante cada una comprobaron la insignia de la solapa de Wallis, se le exigió mostrar varios papeles, dar sus huellas dactilares, comparar su cara con fotografías y todo lo demás; yo también fui contrastado con fotografías y se nos registró dos veces.
Dimos varios giros y vueltas; pero anoté cuidadosamente mi posición, por lo que tenía una idea clara de la situación de los distintos anexos del *college*.
-Han ampliado bastante el *college* -dijo Wallis-. Me temo que hemos perdido el Royal *College* of Music, el *College* of Art, e incluso el Museo de Historia Natural. Esta maldita guerra, ¿eh? Y puede ver que hemos tenido que hacer sitio para todo esto.
»Hay algunos laboratorios científicos muy buenos en el país, incluyendo el Royal Ordnance en Chorley y Woolwich, el Vickers-Armstrong en Newcastle, Barrow, Weybridge, Burhill y Crawford, el Royal Aircraft Establishment en Farnborough, el Armament and Aeronautical Experimental Establishment en Boscombe Down... y podría seguir. La mayoría han sido trasladados a búnkers y bóvedas. De cualquier forma, el Imperial, ampliado como está, se ha convertido en el más importante centro de investigación científica de Gran Bretaña en el desarrollo de tecnología militar.
Después de más controles de seguridad, llegamos a una especie de hangar, muy iluminado, en el que se percibía el olor saludable de la grasa de motores, la goma y el metal quemado. Los vehículos a motor estaban en el suelo de cemento manchado en diferentes estados de montaje; hombres con monos se movían entre ellos, algunos silbaban. Sentí que mi ánimo se alejaba un poco de mi estado de opresión habitual producido por la Bóveda. He tenido la oportunidad de comprobar que nada molesta a un hombre que tiene la oportunidad de trabajar con las manos.
-Esta -me anunció Wallis- es la División de Construcción de VDT.
-¿VDT? ¡Ah! Ya recuerdo. Vehículo de Desplazamiento Temporal.
En aquel hangar, hombres alegres se dedicaban a la construcción de Máquinas del Tiempo, ¡y parecía que a escala industrial!
Wallis me llevó hasta uno de los vehículos, que parecía completo. El coche del tiempo, como lo consideraba, tenía unos cinco pies de alto, y era una caja angulosa; la cabina parecía lo

Librodot

bastante grande para llevar a cuatro o cinco personas, y se sostenía sobre tres pares de ruedas con orugas. Tenía faros, soportes y otros equipamientos. En cada esquina de la carrocería había depósitos de un par de pulgadas de ancho; era evidente que los depósitos estaban huecos porque cada uno tenía una tapa que se atornillaba. El conjunto estaba sin pintar, y el acabado metálico reflejaba la luz.

-Tiene un aspecto distinto al de su prototipo, ¿no? --dijo Wallis-. Es una versión de un vehículo militar estándar, un transporte universal, y funciona también como un coche de motor, por supuesto. Mire: tiene un motor Ford V8 que mueve las orugas con estos dientes, ¿ve? Y puede dirigirlo al mover esto... -imitó el movimiento- así; o, si quiere dar un giro más grande, puede intentar frenar las orugas. El conjunto está bien blindado...

Me rasqué la barbilla. ¡Me preguntaba cuánto habría visto de los mundos que había visitado si los hubiese contemplado ansiosamente desde el interior blindado de un coche del tiempo como aquél!

-Por supuesto, la plattnerita es esencial -siguió Wallis-, pero no creemos que sea necesario cubrir los componentes de la máquina con la sustancia, como hizo usted. En su lugar, debería ser suficiente con llenar los contenedores. -Desenroscó la tapa de una de las unidades para mostrármela-. ¿Ve? Y luego el artefacto puede ser conducido por el tiempo, si conducido es el verbo apropiado, desde la cabina.

-¿Lo han probado?

Se pasó los dedos por los pelos haciendo que muchos de ellos se le quedasen de punta.

-¡Por supuesto que no! No tenemos Plattnerita. -Me puso la mano sobre el hombro-. Y ahí es donde entra usted.

Wallis me llevó a otra parte del complejo. Después de más controles de seguridad penetramos en una cámara larga y estrecha como un pasillo. Esa cámara tenía una pared completamente de vidrio, y tras el cristal pude ver una habitación mucho mayor, más o menos del tamaño de una cancha de tenis. La habitación mayor estaba vacía. En la cámara más estrecha había seis o siete investigadores sentados; cada uno llevaba la bata de laboratorio sucia con la que todo experimentador parece que ha nacido, y se inclinaban sobre indicadores e interruptores. Los investigadores me miraron al entrar -tres de ellos eran mujeres- y me sorprendieron sus rostros; se les notaba una fatiga nerviosa, a pesar de su apariencia juvenil. Un instrumento emitió una serie de chasquidos durante todo el tiempo que estuvimos allí; era el sonido de un «contador de radiación», me dijo Wallis.

La cámara grande tras el cristal era una simple caja de cemento con paredes sin pintar. Estaba vacía, exceptuando un monolito de ladrillos de unos diez pies de alto y seis de ancho que estaba, cuadrado y silencioso, en el centro de la cámara. Los ladrillos eran de dos tipos, gris claro y oscuro, colocados de forma alterna. El monolito se elevaba sobre el suelo por medio de una capa de trozos más gruesos, y había cables que iban de él hasta orificios sellados en las paredes de la habitación.

Wallis miró por el cristal.

-Impresionante, ¿no? Que algo tan feo, tan simple, pueda tener implicaciones tan profundas. Estamos seguros a este lado, el cristal contiene plomo, y además la reacción está contenida en estos momentos.

Reconocí el montón de ladrillos que había visto en la Máquina Parlanchina.

-¿Ésa es su máquina de fisión?

-Es el segundo reactor de grafito del mundo -dijo Wallis-. Es más bien una copia del primero, el que construyó Fermi en la Universidad de Chicago. -Sonrió-. Creo que lo construyó en una cancha de squash. Es una historia increíble.

-Sí-dije algo irritado-, pero ¿qué reacciona con qué?

-Ah -dijo y se quitó las gafas para limpiar las lentes con la punta de la corbata-.Intentaré explicárselo...

No tengo que decir que le llevó algo de tiempo, pero me las arreglé para destilar la esencia y entender un poco.

Ya sabía por Nebogipfel que había una subestructura en el interior del átomo, y que Thomson daría uno de los primeros pasos hacia ese descubrimiento. Ahora descubrí que esa subestructura podía cambiarse. Eso podría suceder con la combinación de un núcleo atómico con otro, o quizás espontáneamente, con la desintegración de un átomo masivo; a esa desintegración se la llama fisión atómica.
Y, ya que la subestructura determina la identidad del átomo, el resultado de ese cambio no es otra cosa, por supuesto, que la transmutación de un elemento en otro, el viejo sueño de los alquimistas.
-Ahora -dijo Wallis-, no le sorprenderá saber que con cada desintegración atómica se libera algo de energía, ya que los átomos siempre buscan el estado más estable y con menor energía. ¿Me sigue?
-Por supuesto.
-En esta pila tenemos seis toneladas de carolinio, cincuenta toneladas de óxido de uranio y cuatrocientas toneladas en bloques de grafito... y produce un flujo de energía invisible, incluso mientras la miramos.
-¿Carolinio? No lo he oído nombrar.
-Es un elemento artificial nuevo, producido por bombardeo. Tiene una vida media de diecisiete días, es decir, pierde la mitad de su energía en ese periodo de tiempo.
Miré nuevamente el anodino montón de ladrillos: ¡parecía tan vulgar, tan poco atractivo! Y aun así, pensé, si lo que Wallis decía sobre la energía del núcleo atómico era cierto...
-¿Cuáles son las aplicaciones de esa energía?
Se volvió a colocar las gafas.
-Tenemos tres áreas principales. Primero, la producción de energía a partir de una fuente compacta: con una pila así a bordo, podemos concebir Juggernauts submarinos que podrían pasar meses debajo del océano, sin necesidad de repostar; o podríamos construir bombarderos de gran altitud que podrían dar docenas de veces la vuelta al mundo sin tener que aterrizar, e ideas similares.
»Segundo, empleamos la pila para irradiar materiales. Podemos utilizar los productos de la fisión del uranio para transmutar otros materiales... De hecho, hay ahí en este momento cierto número de muestras para el profesor Gödel, para apoyar algún oscuro experimento suyo. No podemos verlas, por supuesto, las muestras están en el interior de la pila...
-¿Y la tercera aplicación?
-Ah -dijo, y una vez más sus ojos adoptaron ese brillo remoto y calculador.
-Ya lo entiendo -dije sombrío-. La energía atómica podría emplearse en una buena bomba.
-Por supuesto hay importantes problemas prácticos que resolver -dijo-. La producción de los isótopos adecuados en cantidades suficientes... la coordinación de la explosión inicial... pero sí, parece que podría servir para fabricar una bomba con la potencia suficiente para aplastar una ciudad, Bóveda incluida; una bomba lo bastante pequeña para encajar en una maleta.

10

EL PROFESOR GÖDEL

Recorrimos más pasillos estrechos de hormigón, para salir, finalmente, al edificio principal del *college*. Llegamos a un corredor lujosamente alfombrado y con retratos de hombres eminentes del pasado en las paredes; ya conocen el lugar: ¡un mausoleo de científicos muertos! Había soldados, pero su presencia era discreta.
Allí estaba situada la oficina de Kurt Gödel.

Librodot

Con pinceladas ágiles y rápidas, Wallis me dibujó la vida de Gödel. Había nacido en Austria y se había licenciado en matemáticas en Viena. Bajo la influencia de los positivistas lógicos que conoció allí (yo nunca he tenido demasiado tiempo para las filosofías), los intereses de Gödel pasaron a ser la lógica y el fundamento de la matemática.
En 1931 -apenas con veinticinco años- Gödel había publicado su tesis sorprendente sobre la incompletitud eterna de la matemática.
Más tarde, demostró interés en el reciente estudio de los físicos del Espacio y el Tiempo, y produjo algunos artículos especulativos sobre la posibilidad del viaje en el tiempo (supongo que ésos debían de ser los estudios publicados que Nebogipfel había mencionado). Pronto, por presión del Reich, se le trasladó a Berlín, donde comenzó a trabajar en las aplicaciones militares del viaje en el tiempo.
Llegamos a una puerta con una placa de níquel que llevaba grabada el nombre de Gödel. Era tan reciente que pude encontrar serrín de los agujeros en la alfombra.
Wallis me advirtió que la visita duraría sólo unos minutos. Llamó a la puerta.
Una voz aguda y alta sonó dentro:
-¡Pasen!
Penetramos en una habitación amplia, con techos altos, una buena alfombra, un bonito papel pintado y una mesa cubierta de cuero verde. Antes la habitación debía de tener una buena iluminación, ya que las grandes ventanas -ahora cubiertas- estaban orientadas al oeste: de hecho, en dirección al lugar donde yo me alojaba.
El hombre de la mesa continuó escribiendo cuando entramos; mantenía el brazo alrededor de la página, evidentemente para que no viésemos nada. Era un hombre bajo, delgado y de aspecto enfermizo, con una frente amplia y frágil; su traje era de lana y estaba lleno de arrugas. Mi impresión era que tenía unos treinta años.
Wallis levantó una ceja.
-Es un tipo raro -me susurró-, pero una mente increíble.
La habitación tenía estanterías, que en aquel momento estaban vacías; la alfombra estaba repleta de cajas, libros y revistas -la mayoría en alemán- que se habían caído formando montones desiguales, y había varios botes de muestras. ¡Y en uno de ellos vi algo que hizo que el corazón me saltase de emoción!
Me aparté de la caja e intenté ocultar mi agitación.
Finalmente, con un sonido de exasperación, el hombre tras la mesa tiró la pluma lejos de él -chocó contra una pared- y arrugó las hojas escritas con las manos, ¡antes de tirar todo -todo lo que había escrito- a una papelera!
Levantó la vista como si se hubiese dado cuenta por primera vez de que estábamos allí.
-Ah -dijo--. Wallis. -Puso las manos tras la mesa y pareció hundirse sobre sí mismo.
-Profesor Gödel, es muy amable al permitir que le visitemos. Éste es... -me presentó.
Ah -dijo Gödel nuevamente, y sonrió mostrando dientes desiguales-. Por supuesto -se puso en pie, con movimientos angulares, y caminó alrededor de la mesa para ofrecerme la mano. La estreché; era delgada, huesuda y fría-, el placer es mío: Anticipo que tendremos muchas discusiones apasionantes. -Hablaba un buen inglés con un ligero acento.
Wallis tomó la iniciativa y nos llevó a unos sillones cerca de la ventana.
-Espero que encuentre su lugar en esta Nueva Era -me dijo Gödel con sinceridad-. Puede que sea un poco más salvaje que el mundo de sus recuerdos. Pero quizás, al igual que yo, se le tolerará como a un excéntrico útil. ¿Sí?
Wallis saltó.
-Oh, vamos, profesor...
-Excéntrico -contestó él-. Ekkentros, fuera del centro. -Sus ojos se volvieron hacia mí-. Sospecho que así es como somos nosotros, un poco fuera del centro de las cosas. Vamos, Wallis, sé que los formales británicos me consideran un poco raro.
-Bien...

-El pobre Wallis no puede acostumbrarse a mi hábito de escribir y reescribir mi correspondencia -me dijo Gödel-. En ocasiones escribo doce borradores e incluso más, y aun así acabo abandonando la carta por completo, como ha visto. ¿Es eso raro? Bien. ¡Que así sea!
-Debe de tener algunas dudas sobre haber abandonado su hogar -dije.
-Ninguna. Ninguna. Debía alejarme de Europa -me dijo en una voz baja como la de un conspirador.
-¿Por qué?
-Por el Káiser, por supuesto.
Barnes Wallis me lanzó una mirada de advertencia.
-Tengo pruebas -me dijo Gödel intensamente-. Tomé dos fotografías, una de 1915 y otra de este año, del hombre que pretende ser el Káiser Wilhelm. Si mide la longitud de la nariz y calcula la proporción con la distancia desde la punta de la nariz hasta la barbilla, descubrirá que es diferente.
-Yo... ah... ¡Gran Scott!
-Sí, y con ese simulacro en la jefatura, ¿quién sabe hacia dónde va Alemania? ¿Eh?
-Eso -dijo Wallis con rapidez-. De cualquier forma, no importan los motivos, estamos contentos de que aceptase nuestra oferta, de que eligiese Gran Bretaña como su hogar.
-Sí -dije-, ¿no podía haber buscado algún lugar en América?. Quizás Princeton, o...

Pareció sorprendido.
-Supongo que podría. Pero sería por completo imposible. Por completo imposible.
-¿Por qué?
-¡Por la constitución, por supuesto! Y se lanzó a un largo monólogo sobre cómo había descubierto un fallo lógico en la constitución americana que podría permitir la creación legal de una dictadura en aquel país.
Wallis y yo lo aguantamos sentados.
-Bien -dijo Gödel cuando terminó-, ¿qué opina?
Recibí más miradas severas de Wallis, pero decidí ser honesto.
-Su lógica es impecable -le dije-, pero su uso me parece de lo más extravagante.
Bufó.
-Bien, ¡quizá!, pero la lógica lo es todo. ¿No opina así? El método axiomático es muy potente. -Sonrió-. También tengo una prueba ontológica de la existencia de Dios, bastante sólida por lo que veo, y con antecedentes honorables que se remontan ochocientos años en el pasado hasta el arzobispo Anselmo. Verá...
-Quizás en otro momento, profesor-dijo Wallis.
-Ah... sí. Muy bien. -Nos miró alternativamente, su mirada era penetrante y desconcertante-. Vaya. El viaje en el tiempo. Le tengo mucha envidia, ¿sabe?
-¿Por mis viajes?
-Sí. Pero no por todos esos tediosos saltos por la historia. -Sus ojos eran acuosos; brillaban bajo la potente luz eléctrica.
-Entonces, ¿por qué?
-Por la posibilidad de ver los otros mundos... las otras posibilidades... ¿me entiende?
Sentí un escalofrío; su comprensión era extraordinaria, casi telepática.
-Dígame qué quiere decir.
-La realidad de otros mundos, que contienen un significado más allá de nuestra breve existencia, me parece evidente. Cualquiera que haya experimentado la emoción del descubrimiento matemático debe saber que las Verdades matemáticas tienen existencia independiente de las mentes que las albergan... que las Verdades son fragmentos de pensamiento de una Mente superior...
Mire: nuestras vidas, aquí en la Tierra, tienen un sentido dudoso. Por tanto, su verdadero significado debe estar fuera de este mundo. ¿Me sigue? Hasta aquí es pura lógica. Y la idea de

Librodot

que todo en el mundo tiene un significado último es el análogo exacto del principio de que todo tiene una causa, un principio sobre el que descansa toda la ciencia.
»Se sigue inmediatamente que en algún lugar más allá de nuestra historia está el Mundo Final, el mundo en el que todos los significados están claros.
»El viaje en el tiempo, por su propia naturaleza, produce la perturbación de la historia, y por tanto genera, o descubre, mundos distintos a éste. Por tanto, la tarea del viajero en el tiempo es buscar, seguir buscando hasta que encuentre el Mundo Final.
Para cuando dejamos a Gödel, mi mente corría como loca. Decidí no volver a reírme jamás de los filósofos matemáticos, ¡ya que ese extraño hombrecillo había viajado más en el Tiempo, el Espacio y la Comprensión, sin salir de su despacho, que yo en la Máquina del Tiempo! Y sabía que pronto debería visitar nuevamente a Gödel... ¡estaba convencido de que había visto un frasco de plattnerita dentro de una de las cajas!

11

EL NUEVO ORDEN MUNDIAL

Me llevaron a nuestros alojamientos a las seis. Entré lanzando bolas y me encontré al resto en la sala de estar. El Morlock todavía seguía estudiando sus notas -parecía intentar reconstruir la ciencia futura de la Mecánica Cuántica por completo a partir de su memoria imperfecta-, pero se enderezó en cuando entré.
-¿Lo encontró? ¿Gödel?
-Sí. -Le sonreí-. Y.. ¡sí!... tenía usted razón. -Miré a Filby, pero el pobre tipo estaba dormido sobre una revista y no podía oírnos-. Creo que Gödel tiene algo de plattnerita.
-Ah. -Como siempre, el rostro del Morlock era inexpresivo, pero golpeó con un puño en la otra mano en un gesto muy humano-. Entonces hay esperanza.
Moses se me acercó; me alcanzó un vaso que resultó ser de whisky con agua. Bebí agradecido, ya que el día había sido tan cálido como la mañana.
Moses se me acercó algo más, y los tres inclinamos las cabezas para hablar en privado.
-Yo también he llegado a una conclusión -dijo Moses.
-¿Qué es?
-Que debemos salir de aquí, ¡por cualquier medio!

Moses me relató su día. Aburrido de su encierro, había empezado a hablar con uno de los guardias soldados. Algunos eran soldados rasos, pero otros eran oficiales; y todos los destinados a protegernos o a atender otras necesidades de aquel campus científico eran por lo general inteligentes y educados. Parece que Moses les había caído bien, y le habían invitado a un hostal cercano -el Queen's Arms en Queen's Gate Mews- y más tarde habían ido al West End. Después de varias bebidas, aquellos jóvenes disfrutaban discutiendo sus ideas -y los conceptos del nuevo estado moderno- con aquel extraño del pasado.
Por mi parte, me agradaba que Moses estuviese deshaciéndose de su timidez, y que mostrase interés por el mundo en que nos encontrábamos. Escuché con fascinación lo que tenía que decir.
-Esos jóvenes son agradables -dijo Moses-. Competentes, prácticos, y claramente valientes. ¡Pero sus puntos de vista...!
El gran concepto del futuro -había descubierto Moses- era la *planificación*. Cuando llegase el estado moderno, establecido por la victoriosa Gran Bretaña y sus aliados, un Control del Aire y el Mar tomaría posesión efectiva de todos los puertos, minas de carbón, pozos de petróleo, estaciones energéticas y minas. De la misma forma, un Control de Transportes se apropiaría

Librodot

de los astilleros del mundo y haría que dejasen de producir naves de guerra para pasar a fabricar barcos de carga de acero. El Control de Suministros Aliado organizaría la producción de hierro, acero, goma, metales, algodón, lana y sustancias vegetales. Y el Control de Alimentos...
-Bien -dijo Moses-. Ya coges la idea. El fin de la propiedad; todos los recursos serán propiedad del nuevo Estado Mundial Unido-Se hará que los recursos mundiales cooperen juntos, finalmente, para reparar la tierra castigada por la guerra, y más tarde, para la mejora de la humanidad. Todo *planificado* por una Hermandad sabia y omnisciente, ¡que se elegirá a sí misma!
-Exceptuando eso último, no suena tan mal -comenté.
-Puede... pero esa planificación no se detiene en los recursos físicos del planeta. Incluye también los recursos *humanos*.
»Y ahí es donde comienzan los problemas. Primero tenemos el *comportamiento*. -Me miró-. Esos jóvenes no le tienen demasiado aprecio a nuestra época -dijo-. Padecíamos de una «profunda laxitud de la conducta privada», ¡así se me informó! Éstos se han ido al otro extremo: hacia una austeridad severa... especialmente en lo que se refiere a la excitación sexual. ¡Ocupación decente! Ésa es la ley hoy en día.
Sentí algo de nostalgia.
-Supongo que eso significa problemas para el futuro del Empire y Leicester Square.
-¡Ya lo han cerrado! ¡Demolido! Para dejar sitio a una *Oficina de Planificación Ferroviaria*.
»Y aún hay más. En la siguiente fase, las cosas serán algo más activas. Veremos la destrucción indolora de los "tipos más penosos de defectos", ¡ésas no son mis palabras!, y también la esterilización de aquellos que podrían trasmitir tendencias que sean, cito, "claramente indeseables".
»Parece que ese proceso de limpieza ya ha comenzado en algunos lugares de Gran Bretaña. Tienen un tipo de gas llamado cinetógeno de Pabst...
Bien. Puedes ver que comienzan a dirigir la herencia racial de la humanidad.
-Hummm -dije yo-. Desconfío profundamente de esas *normalizaciones*. ¿Es tan deseable que el futuro de la especie humana sea filtrado por la tolerancia de los ingleses de 1938? ¿Debe su larga sombra extenderse durante los millones de años por venir?
-Está todo planificado, ya ves -dijo Moses-. Y dicen que la única alternativa sería la caída en la barbarie caótica que acabe en la extinción final.
-¿Son los hombres, las hombres modernos, capaces de tales actos?
Moses habló.
-Con seguridad habrá derramamiento de sangre y conflictos a una escala inimaginable, incluso para los estándares de esta terrible guerra, ¡al resistirse la mayoría del mundo a la imposición de un Plan infalible por partes de esos aliados tecnócratas!
Busqué los ojos de Moses, y reconocí la rabia justiciera, una furia producida por la estupidez de la humanidad, que había dado forma a mi alma juvenil. Siempre he desconfiado del progreso, deseable o no, de la civilización, porque me parecía un edificio inestable que un día se derrumbaría sobre las cabezas de sus estúpidos arquitectos; ¡y ese estado moderno parecía la mayor tontería que había oído en mucho tiempo, si exceptuamos la guerra misma! Era como si pudiese ver los pensamientos de Moses en sus ojos grises; sus temores habían desaparecido y se había convertido en una versión más joven y decidida de mí mismo, y nunca me había sentido tan cerca de él desde que nos habíamos conocido.
-Bien, entonces -dije- la cosa está clara. No creo que ninguno de nosotros pudiésemos soportar un futuro así. -Moses agitó la cabeza, Nebogipfel parecía asentir y, por mi parte, renové mi decisión de acabar de una vez por todas con el viaje en el tiempo-. Debemos huir.
Pero ¿cómo...?
Y entonces, antes siquiera de poder terminar la pregunta, la casa tembló.

Me caí y casi me di con la cabeza en la mesa. Hubo un retumbar, una explosión rápida, como una puerta que se cierra de golpe, de lo más profundo de la Tierra. Hubo gritos -el pobre Filby gimoteó- y oí cómo se rompían los cristales y se caían los muebles.
El edificio pareció quedar en reposo. Tosiendo, se había levantado mucho polvo, luché por ponerme en pie.
-¿Están todos bien? ¿Moses? ¿Morlock?
Moses ya estaba ayudando a Nebogipfel. El Morlock parecía ileso, pero había quedado atrapado bajo una estantería.
Los dejé y busqué a Filby. El pobre había tenido suerte; ni siquiera se había caído de la silla. Ahora estaba de pie y se acercaba a la ventana, que se había rajado por en medio.
Llegué hasta él y le puse las manos sobre los hombros.
-Filby, querido amigo, ven.
Pero me ignoró. Con los ojos húmedos y la cara llena de polvo, levantó un dedo hacia la ventana y dijo:
-*Mira.*
Me acerqué al vidrio, protegiéndome los ojos de la luz de las lámparas eléctricas. Las luces de la Máquina Parlanchina se habían apagado, así como la mayoría de las farolas. Vi gente que corría enloquecida, una bicicleta abandonada, un soldado con la máscara sobre la cara, disparos al aire... y allí, un poco lejos, había una grieta de luz brillante, un corte vertical que iluminaba las motas de polvo; iluminaba una zona de las calles, de las casas, una esquina de Hyde Park. La gente la miraba parpadeando como búhos, con las manos sobre la cara.
La grieta era la luz del día. La Bóveda estaba rota.

12

EL ATAQUE ALEMÁN A LONDRES

La puerta de la calle, abierta por la explosión, colgaba de las bisagras. No había ni rastro de los soldados que nos vigilaban, ni siquiera del fiel Puttick. Fuera, oímos el ruido de pies que corrían, gritos y amenazas, el sonido de los silbatos, y olíamos el polvo, el humo y la cordita. El fragmento de luz de junio, brillante y preciso, colgaba sobre todo; las gentes del Londres cubierto parpadeaban como búhos molestos, sorprendidos y aterrorizados. Moses me golpeó el hombro.
-Este caos no durará mucho; es nuestra oportunidad.
-Muy bien. Traeré a Nebogipfel y a Filby; recoge provisiones de la casa...
-¿Provisiones? ¿Qué provisiones?
Sentí impaciencia e irritación: ¿qué tonto viajaría en el tiempo equipado sólo con una bata y zapatillas?
-Oh... velas. ¡Y cerillas! Todas las que puedas encontrar. Cualquier cosa que pueda usarse como arma... un cuchillo de cocina servirá si no hay nada mejor -*¿que más?, ¿qué más?*-. Alcanfor, si tenemos. ¡Ropa interior! Llénate los bolsillos con todo...
Asintió.
-Entiendo. Llenaré una mochila. -Se fue hacia la cocina.
Yo corrí hacia la sala de estar. Nebogipfel se había puesto la gorra de escolar; había recogido las notas y las metía en un archivador de cartón. Filby -¡el pobre diablo!- estaba de rodillas bajo la ventana; tenía las rodillas huesudas apretadas contra el pecho y las manos frente al rostro, como un boxeador en guardia.
Me arrodillé a su lado.

Librodot

-Filby, Filby, viejo amigo... -Alargué la mano, pero se alejó de mí-. Debes venir conmigo. No estás seguro aquí.
-¿Seguro? ¿Y estaré más seguro contigo? ¿Eh? Tú... *hechicero.* Tú, *charlatán.* -Sus ojos, llenos de lágrimas por el polvo, estaban iluminados como ventanas, y me lanzó esas palabras como si fuesen los peores insultos imaginables-. Te recuerdo... nos asustaste hasta la médula con aquel maldito truco tuyo. Bien, ¡no me engañarás de nuevo!
Me contuve para no zarandearlo.
-Oh, ¡reacciona, hombre! El viaje en el tiempo no es un truco... y esta guerra desesperada vuestra tampoco lo es.
Sentí algo en el hombro. Era Nebogipfel; los dedos pálidos parecían brillar bajo la luz de la ventana.
-No podemos ayudarle -me dijo suavemente.
Filby había escondido la cara entre las manos, y estaba seguro de que ya no podía oírme.
-Pero no podemos dejarle así.
-¿Qué va a hacer? ¿Devolverlo a 1891? El 1891 que usted recuerda ya no existe, sino más allá de una dimensión inalcanzable.
Moses entró de pronto en la habitación con un pequeña mochila repleta entre las manos; llevaba las charreteras y tenía la máscara antigás en la cintura.
-Estoy listo -dijo. Ni Nebogipfel ni yo le respondimos inmediatamente, y Moses nos miró alternativamente-. ¿Qué pasa? ¿A qué esperamos?
Apreté el hombro de Filby. Al menos no se resistió, y lo consideré un último retazo de amistad entre nosotros.
Ésa fue la última vez que lo vi.

Miramos la calle. Recordaba aquélla como una parte relativamente tranquila de Londres; pero ahora la gente corría por Queen's Gate Terrace, chocando, tropezando unos con otros. Hombres y mujeres habían abandonado sus hogares y lugares de trabajo. La mayoría llevaba la cabeza oculta por las máscaras antigás, pero donde vi rostros, vi miseria, dolor y miedo.
Parecía que había niños por todas partes, la mayoría con horribles uniformes escolares y con pequeñas máscaras antigás; estaba claro que habían cerrado las escuelas. Los niños vagaban por las calles llamando a sus padres a gritos; pensé en la agonía de una madre buscando a su hijo en el inmenso y repleto hormiguero en que se había convertido Londres, y me asusté.
Algunas personas cargaban con la parafernalia de la jornada laboral -portafolios y bolsos, familiares e inútiles- y otros ya habían recogido sus pertenencias, y las cargaban en maletas repletas o envueltas en cortinas o sábanas. Vimos a un hombre delgado e intenso que luchaba con un aparador, lleno sin duda de objetos valiosos, en precario equilibrio sobre una bicicleta. La rueda de su bicicleta chocaba con piernas y espaldas.
-¡Vamos! ¡Vamos! -les gritaba a los que iban por delante de él.
No había signos de una autoridad a cargo de todo. Si había policías o soldados seguramente los habían arrollado, o se habían arrancado las insignias y se habían unido a la estampida. Vi a un hombre con el uniforme del Ejército de Salvación; estaba de pie sobre una escalerilla y gritaba:
-¡Eternidad! ¡Eternidad!
Moses señaló con el dedo.
-Mira. La Bóveda está rota por el este, hacia Stepney. ¡Vaya con la impenetrabilidad de ese maravilloso techo!
Tenía razón. Era como si una gran bomba hubiese abierto un inmenso agujero en la cáscara de hormigón, cerca del horizonte oriental. Sobre la herida principal, la Bóveda se había rajado como una cáscara de huevo, y se podía ver una banda irregular de cielo azul casi hasta el cenit de la Bóveda. El daño todavía no había terminado. Los trozos de cemento -algunos del tamaño de casas- llovían por toda aquella sección de la ciudad, y sabía que los daños y las pérdidas de vidas en el suelo debían de ser muy grandes.

En la distancia -creo que hacia el norte- oí una secuencia de explosiones apagadas, como las pisadas de un gigante. A nuestro alrededor, el ulular de las sirenas y el inmenso rugido de la Bóveda agrietada rasgaban el aire.

Me imaginé mirando desde la Bóveda un Londres transformado en momentos de una ciudad temerosa pero en funcionamiento a un cuenco de terror y caos. Toda carretera al oeste, sur o norte, lejos de la grieta de la Bóveda, debía de estar llena de un torrente de refugiados, con cada punto del torrente representando a un ser humano, una mota de sufrimiento físico y miseria: cada uno un niño abandonado, un esposo o padre solo. Moses tuvo que gritar para hacerse oír sobre la cacofonía de la calle.

-¡Esa maldita Bóveda se nos va a caer encima en cualquier momento!

-Lo sé. Debemos llegar al *Imperial College*. Vamos. ¡Usa tus hombros! Nebogipfel, ayúdenos si puede.

Nos metimos de lleno en la calle atestada. Tuvimos que ir hacia el este, contra el flujo de la multitud. Nebogipfel, obviamente deslumbrado por la luz del día, fue casi derribado por un hombre de cara redonda, vestido elegantemente y con charreteras, que lanzó los puños contra el Morlock. Después de eso, Moses y yo llevamos al Morlock entre los dos, cada uno con una mano convertida en un puño. Choqué con un ciclista y casi lo tiré del vehículo; me gritó incoherencias, y me lanzó un golpe que esquivé; luego se perdió tambaleándose entre la multitud con la corbata sobre el hombro. Una gorda arrastraba de espaldas una alfombra enrollada; su falda se le había subido más allá de las rodillas y tenía las pantorrillas llenas de polvo. Cada pocos pasos, algún otro refugiado se subía a la alfombra, o la rueda de un ciclista corría sobre ella, y la mujer se caía; llevaba puesta la máscara, y pude ver las lágrimas reuniéndose tras los cristales al luchar con aquella masa irracional e inmanejable que le era tan importante.

Allí donde podía ver un rostro humano las cosas no parecían tan malas, ya que podía sentir algo de compañerismo por aquel oficinista de ojos rojos, o aquella dependienta cansada; pero, con las máscaras antigás, y bajo aquella iluminación fragmentaria y sombría, la multitud se volvía anónima y parecida a un grupo de insectos; era como si una vez más me hubiesen transportado lejos de la Tierra a algún remoto planeta de pesadilla.

Llegó un nuevo sonido: un tono alto y agudo que rasgó el aire. Me pareció que provenía de la brecha al este. La multitud se detuvo en su huida, como si prestase atención. Moses y yo nos miramos, sin saber cómo interpretar aquel nuevo y amenazador fenómeno.

A continuación el silbido se detuvo.

En el silencio que siguió, una sola voz lanzó una advertencia:

-¡Un proyectil! Es una maldita bomba...

Ahora ya sabía qué eran aquellos distantes pasos de gigante hacia el norte: era el aterrizaje del fuego de artillería.

La pausa se rompió. El pánico estalló a nuestro alrededor, más frenético que nunca. Pasé por encima de Nebogipfel y agarré los hombros de Moses; sin ceremonias lo eché a él y al Morlock al suelo, y una sábana de gentes cayó sobre nosotros, cubriéndonos con carne cálida y temblorosa. En aquellos últimos momentos, cuando los brazos y piernas me golpeaban el rostro, pude oír la voz aguda del hombre del Ejército de Salvación, todavía gritando:

-¡E-ternidad! ¡E-ternidad!

Luego hubo un resplandor, intenso incluso bajo aquel montón de carne, y una sacudida recorrió la tierra. Me elevé, mi cabeza chocó contra la de otro hombre, y luego caí al suelo inconsciente.

13

Librodot

EL BOMBARDEO

Me desperté para encontrarme a Moses, con las manos bajo mis brazos, que me sacaba a rastras de debajo de los cuerpos caídos. Mi pie tropezó con algo -creo que era un cuadro de bicicleta- y grité; Moses me dio un momento para liberarme de la obstrucción, y luego me sacó.

-¿Estás bien? -Me tocó la frente con la punta de los dedos, y se le quedaron manchados de sangre. Vi que había perdido la mochila.

Me sentía mareado, y un terrible dolor planeaba sobre mi cabeza dispuesto a descender en cualquier momento; sabía que cuando aquel entumecimiento desapareciese me sentiría muy mal. Pero no había tiempo.

-¿Dónde está Nebogipfel?

-Aquí.

El Morlock estaba de pie ileso; aunque había perdido la gorra y algún fragmento volador le había roto las gafas. El fichero se había abierto y las notas estaban esparcidas por los alrededores, y Nebogipfel veía cómo el viento se las llevaba.

La explosión y la conmoción habían esparcido a la gente como bolos. A nuestro alrededor, los cuerpos ocupaban posiciones anómalas, unos sobre los otros, brazos extendidos, pies retorcidos, bocas abiertas, ojos fijos, hombres viejos sobre mujeres jóvenes, un niño sobre la espalda de un soldado. Había muchos movimientos y quejidos a medida que la gente intentaba ponerse en pie -sólo podía pensar en un montón de insectos, corriendo unos sobre los otros- y aquí y allá vi manchas de sangre, oscuras sobre la carne y la ropa.

-Dios mío -dijo Moses emocionado-. Tenemos que ayudarlos. ¿Puedes ver...?

-No -le contesté-. No podemos... hay demasiados; no hay nada que podamos hacer. Tenemos suerte de estar vivos... ¿no lo entiendes? Y ahora que los cañones han acertado con la distancia... ¡Vamos! Debemos continuar con nuestro plan; debemos huir de aquí en el tiempo.

-No puedo soportarlo -dijo Moses-. Nunca he visto algo así.

El Morlock se nos acercó.

-Me temo que tenemos cosas peores que ver antes de abandonar este siglo -dijo sombrío.

Así que seguimos. Resbalábamos sobre la superficie de la carretera, cubierta de sangre y excrementos. Pasamos al lado de un muchacho, quejumbroso e indefenso, con una pierna rota; a pesar de mi advertencia, Moses y yo no pudimos resistirnos a sus sollozos y gritos de ayuda, y lo levantarnos de donde estaba, cerca del cuerpo de un lechero, y lo sentamos contra una pared. Una mujer salió de la multitud, vio el estado del niño y se acercó a él; comenzó a limpiarle la cara con un pañuelo.

-¿Es su madre? -me preguntó Moses.

-No lo sé. Yo...

La extraña voz líquida sonó a nuestras espaldas, como una llamada de otro mundo.

-Vamos.

Continuamos, y finalmente llegamos a la esquina de Queen's Gate con Terrace; y vimos que aquél había sido el epicentro de la explosión.

-Al menos no hay gas -dije.

-No -dijo Moses con voz cerrada-. Pero... oh, ¡Dios!.. ¡esto es demasiado!

Había un cráter en la superficie de la carretera de unos pocos pies de diámetro. Las puertas estaban arrancadas, y no había ventanas intactas por lo que podía ver; las cortinas colgaban inútiles. Había cráteres subsidiarios en el pavimento y las paredes producto de la metralla.

Y la gente...

En ocasiones el lenguaje es incapaz de expresar todo el horror de una escena; en ocasiones la comunicación de los sucesos que es la base de la sociedad no es posible. Aquélla era una de esas ocasiones. No podría comunicar el horror de aquella calle de Londres a alguien que no lo hubiese presenciado.

Librodot

Las cabezas habían sido arrancadas. Una reposaba sobre el pavimento al lado de una maleta. La escena estaba cubierta de brazos y piernas, la mayoría todavía con ropas; allá vi un miembro que todavía tenía reloj -¡me pregunté si todavía funcionaba!- y acá, en una mano pequeña y arrancada que estaba cerca del cráter, vi dedos doblados hacia arriba como los pétalos de una flor. Describirlo suena absurdo, ¡cómico! Incluso en aquel momento tuve que obligarme a entender que aquellos componentes sueltos habían formado, unos pocos minutos antes, seres humanos, cada uno con vida y esperanzas propias. Pero esos trozos de carne fría me parecían tan inhumanos como los trozos de una bicicleta destrozada que vi desperdigados por la carretera.
Nunca había visto algo así; me sentí lejos de todo aquello, como si me moviese por un paisaje onírico, pero sabía que siempre visitaría aquella carnicería en mi memoria. Pensé en el Interior de la Esfera de los Morlocks, y la imaginé como un tazón lleno de millones de puntos de terror y sufrimiento, cada uno tan horrible como aquél. Pensar que una locura así podía caer sobre Londres -mi Londres- me llenaba de una angustia que me producía una sensación física de dolor en la garganta.
Moses estaba pálido, y su pies estaban cubiertos de una fina capa de sudor y polvo; sus ojos estaban abiertos y corrían alrededor mirándolo todo. Mire a Nebogipfel. Tras las gafas, los ojos no parpadeaban al mirar la horrible carnicería; y me pregunté si no estaba empezando a creer que lo había llevado a uno de los más profundos círculos del infierno y no al pasado.

14

LA ROTA-MINA

Sufrimos las últimas docenas de yardas hasta las paredes del *Imperial College*; allí, para nuestra desesperación, nos encontramos el camino bloqueado por un soldado, enmascarado y armado. Aquel tipo -robusto, pero claramente sin imaginación- había permanecido en su puesto, mientras que los desagües de la calle frente a él se llenaban de sangre. Abrió los ojos, tras los protectores discos de cristal, al ver a Nebogipfel.
No me reconoció e, inexorable, no nos dejaba pasar sin la autorización adecuada.
Otro silbido atravesó el aire. Todos nos encogimos -incluso el soldado se llevó el arma al pecho como un escudo totémico- pero, esta vez, la bomba cayó a cierta distancia de nosotros; hubo un resplandor, un golpe de cristales y un temblor en el suelo.
Moses se acercó al soldado con los puños cerrados. Su angustia ante el bombardeo pareció metamorfosearse en rabia.
-¿Oíste eso, imbécil de uniforme? -bramó-. ¡Es el caos por todas partes! ¿Qué proteges? ¿Qué sentido tiene ya? ¿No ves lo que pasa?
El guardia apuntó el rifle al pecho de Moses.
-Le advierto que...
-No, no lo entiende. -Me interpuse entre Moses y el soldado; me consternaba la falta evidente de control de Moses, a pesar de su angustia.
Nebogipfel habló.
-Puede que encontremos otra forma. Si las paredes del *college* están derruidas...
-No -dije con determinación-. Ésta es la ruta que conozco. -Me acerqué al soldado-. Mira, soldado, no tengo autoridad sobre ti, pero te aseguro que soy importante para el esfuerzo bélico.
Tras la máscara, los ojos del soldado se estrecharon.
-Llama -insistí-. Busca al doctor Wallis. O al profesor Gödel. Ellos te dirán quién soy. ¡Estoy seguro! Inténtalo al menos.

Finalmente, y con el rifle hacia nosotros, el soldado fue hacia la puerta, y levantó el teléfono de la pared.
Le llevó varios minutos realizar la llamada. Aguardé con la angustia en aumento; no podría soportar ser apartado del tiempo por un obstáculo tan insignificante como aquél, ¡no después de haber pasado por tantas cosas! Al fin, algo renuente, dijo:
-Deben ir a la oficina del doctor Wallis -El soldado simple y valiente se hizo a un lado, y nosotros dejamos atrás el caos de la calle y entramos en la calma relativa del *Imperial College*.
-Iremos directamente al doctor Wallis -le dije-. No te preocupes. ¡Gracias...!
Penetramos en el laberinto de pasillos cerrados que ya he descrito.
Moses dejó escapar un suspiro de alivio.
-Vaya con nuestra suerte -dijo-, ¡mira que toparnos con el único soldado que todavía permanece en su puesto en todo el maldito Londres! El pobre idiota...
-¿Cómo puedes ser tan desdeñoso? -repliqué-. Es un hombre normal que intenta hacer el trabajo que le han asignado lo mejor que sabe, en medio de todo esto, ¡una locura que no es responsabilidad suya! ¿Qué más quieres de un hombre? ¿Eh?
-¡Huh! ¿Qué te parece imaginación? Instinto, inteligencia, iniciativa...
Nos paramos y nos miramos.
-Caballeros -dijo Nebogipfel- ¿Es éste un buen momento para mirarse el ombligo?
En el rostro de Moses vi un terror vulnerable que enmascaraba con rabia -mirar en sus ojos era como mirar al interior de un animal aterrorizado-, y entonces asentí, intentado transmitirle seguridad.
El momento pasó y nos separamos.
-Por supuesto -dije intentando romper la tensión-,usted nunca se mira el ombligo, ¿no, Nebogipfel?
-No -dijo el Morlock con calma-. Entre otras cosas porque no tengo.
Nos apresuramos. Llegamos al bloque central de oficinas y nos lanzamos en busca del despacho de Wallis. Corrimos por las alfombras de los pasillos atravesando puertas con placas de metal. Las luces todavía funcionaban -supuse que el *college* tenía su propia fuente segura de energía- y la alfombra amortiguaba nuestras pisadas. Las puertas de algunas oficinas estaban abiertas y había muestras de una rápida huida: una taza de café tirada, un cigarrillo que ardía en un cenicero, papeles arrojados al suelo.
¡Era difícil creer que a unas pocas yardas había una masacre!
Llegamos a una puerta abierta; de ella salía un parpadeo azulado. Cuando llegamos al quicio, el único ocupante, Wallis, estaba sentado en el borde de la mesa.
-Oh... es usted. No estaba seguro de volver a verle. -Llevaba las gafas de alambre y una chaqueta de tweed con una corbata de lana; tenía puesta una de las charreteras y la máscara antigás estaba a su lado sobre la mesa; se preparaba para abandonar el edificio como el resto, pero se había distraído-. Éste es un asunto desesperado -dijo-. ¡Desesperado! -Nos miró más de cerca, como si nos viese por primera vez-. Buen Dios, ¡en qué estado vienen!
Entramos en la habitación y pude ver que el parpadeo azul provenía de la pantalla de una pequeña caja con la parte delantera de cristal. La pantalla mostraba una imagen de un trozo de río, supuestamente el Támesis, con detalles bastante granulosos.
Moses se inclinó, con las manos en las rodillas, para ver mejor el pequeño aparato.
-El foco es pobre -dijo-, pero es una novedad.
A pesar de la urgencia del momento, yo también estaba intrigado por el dispositivo.
Era evidentemente el aparato transmisor de imágenes que Filby había mencionado.
Wallis pulsó un interruptor de la mesa, y la imagen cambió; era igual en los detalles principales -el río, serpenteando por el paisaje-pero la luz era algo más brillante.
-Miren esto -dijo-. He estado viendo esta película una y otra vez desde que sucedió. No puedo creer lo que veo... Bien -dijo-, si nosotros podemos concebir cosas así, supongo que ellos también pueden.

Librodot

-¿Quiénes? -preguntó Moses.
-Los alemanes, par supuesto. ¡Los malditos alemanes! Miren: esta imagen viene de una cámara fija en lo alto de la Bóveda. Estamos mirando al este, hacia Stepney, pueden ver la curva del río. Ahora: miren esto, ya viene...
Vimos una máquina voladora, negra y en forma de cruz, volando bajo sobre el río brillante. Venía del este.
-Saben, no es fácil bombardear una Bóveda -dijo Wallis-. Claro, precisamente de eso se trata. Todo el armatoste es albañilería, y se mantiene tanto por la gravedad como por el acero; cualquier grieta pequeña tiende a repararse a sí misma...
La máquina voladora arrojó un pequeño paquete al agua. La imagen era granulosa, pero el paquete tenía aspecto cilíndrico, y centelleaba a la luz como si girase al caer.
Wallis continuó.
-Los fragmentos de un disparo aéreo simplemente rebotarían en el hormigón. Incluso una bomba colocada, de alguna forma, directamente contra la pared de la Bóveda no le causaría ningún daño, en condiciones ordinarias, porque la mayor parte de la explosión se produce hacia el aire, ¿entienden?
»Pero hay una forma. ¡Lo sabía! La rota-mina, o torpedo de superficie... Yo mismo escribí una propuesta, pero no llegó a mucho, y no me quedaba demasiada fuerza, no si además tenía que ocuparme de la DGCron... Donde la Bóveda se encuentra con el río, ven, el caparazón se extiende bajo la superficie del agua. El propósito es rechazar ataques de sumergibles y similares. Estructuralmente el conjunto es como una presa.
»Ahora, si se coloca una bomba contra la parte de la Bóveda bajo el agua... -Wallis estiró sus grandes manos para mostrarlo-. Entonces el agua ayuda, contiene la explosión y dirige la energía hacia dentro, hacia la estructura de la Bóveda.
En la pantalla, el paquete -la bomba alemana- golpeó el agua.
Y rebotó, en medio de una niebla de espuma plateada, y saltó sobre la superficie del agua hacia la Bóveda. La máquina voladora se echó a la derecha y se alejó, con gracia, dejando la rota-mina correr hacia la Bóveda en sucesivos arcos parabólicos.
-¿Pero cómo se envía una bomba con precisión a un lugar tan inaccesible? -reflexionó Wallis-. No puedes limitarte a dejarla caer. Acabaría en cualquier sitio... Si tiras una mina desde una altura modesta de, digamos, quince mil pies, un viento de sólo diez millas por hora producirá una desviación de doscientas yardas.
Pero entonces se me ocurrió -dijo-. Dale algo de giro y la bomba botará en el agua; uno puede deducir las leyes del rebote con un poco de experimentación y conseguir bastante precisión... ¿Les he contado mis experimentos caseros con las canicas de mi hija?
»La mina se acerca rebotando hasta la base de la Bóveda, y luego se desplaza por su cara, bajo el agua, hasta que alcanza la profundidad deseada... Y ya está. ¡Un blanco perfecto! -Sonrió, y con su pelo blanco y las gafas desiguales parecía un anciano familiar.
Moses se acercó aún más a la imagen imprecisa.
-Pero esta bomba parece que va a fallar... Su rebote la dejará con seguridad sin... ah.
Ahora un hálito de humo, blanco brillante incluso en la pobre imagen, salió de la parte de atrás de la rota-mina. La bomba saltó sobre el agua como si estuviese revigorizada.
Wallis sonrió.
-Esos alemanes, los acabas admirando. Ni siquiera yo había pensado en ese pequeño toque...
La rota-mina, con el motor todavía encendido, pasó bajo la curva de la Bóveda y desapareció de la imagen. Luego la imagen tembló y la pantalla se llenó de luz azul informe.
Barnes Wallis suspiró.
-¡Parece que nos la han hecho!
-¿Qué pasa con el bombardeo alemán? -preguntó Moses.
-¿Los cañones? -Wallis apenas parecía interesado-. Probablemente cañones ligeros de ciento cinco milímetros, lanzados en paracaídas. Todo por delante de la invasión por mar y aire que vendrá a continuación, sin duda. -Se quitó las gafas y comenzó a limpiarlas con la punta de la

Librodot

corbata-. Todavía no han acabado con nosotros. Pero éste es un asunto desesperado. Muy malo...
-Doctor Wallis -dije-, ¿qué hay de Gödel?
-¿Hummm? ¿Quién? -Me miró con ojos fatigados y ojerosos-. Oh, Gödel. ¿Qué pasa con él?
-¿Está aquí?
-Sí, supongo que sí. En su oficina.
Moses y Nebogipfel se dirigieron a la puerta; Moses me indicó con urgencia que debía seguirles. Levanté la mano.
-Doctor Wallis, ¿viene con nosotros?
-¿Para qué?
-Puede que nos detengan antes de encontrar a Gödel. Debemos llegar hasta él.
Rió y se volvió a colocar las gafas.
-Oh, no creo que la seguridad importe ya demasiado. ¿No cree? De cualquier forma, tome. -Se llevó la mano a la solapa y se quitó la insignia numerada que llevaba-. Tome esto... diga que yo le he autorizado... si se encuentra con alguien lo bastante loco para estar en su puesto.
-Se sorprendería -le dije sinceramente.
-¿Hum?
Se volvió hacia el aparato de televisión. Ahora mostraba un conjunto caótico de escenas, claramente tomadas por diversas cámaras en la Bóveda: vi máquinas voladoras elevarse en el aire como mosquitos negros, y tapaderas en el suelo que se retiraban para mostrar máquinas Juggernaut que se afanaban sobre la tierra, escupiendo humo, para colocarse en una línea que se extendía, o eso me parecía, desde Leytonstone hasta Bromley. Aquella gran horda avanzaba, rompiendo la tierra, para enfrentarse a los invasores alemanes. Pero entonces Wallis pulsó un botón, y aquellos fragmentos del Armagedón desaparecieron, y volvió a poner la grabación de la rota-mina.
-Un asunto desesperado -dijo-. ¡Podíamos haberla tenido primero! Pero qué desarrollo tan maravilloso... ni siquiera estaba seguro de que pudiese hacerse. -Su vista seguía clavada en la pantalla, los ojos ocultos por el parpadeo insensato de la imágenes.
Y así lo dejé; sentí un extraño impulso de piedad y cerré la puerta de su oficina con suavidad.

15

EL COCHE DEL TIEMPO

Kurt Gödel estaba de pie frente a la ventana sin cortinas de su oficina, con los brazos cruzados.
-Al menos, todavía no ha llegado el gas -dijo sin preámbulos-. Una vez vi el resultado de un ataque con gas. Resulta que fue lanzado por bombarderos ingleses sobre Berlín. Vino por *Unter den Linden* y por *Sieges Allee*, y allí me lo encontré... ¡qué indignidad! El cuerpo se corrompe con tal rapidez... -Se volvió y me sonrió con tristeza-. El gas es muy *democrático*, ¿no cree?
Me acerqué a él.
-Profesor Gödel. Por favor... Sabemos que tiene plattnerita. La vi.
Como respuesta, caminó con rapidez hacia un armario. Pasó a menos de tres pies de Nebogipfel, y Gödel apenas le prestó atención. De todos los hombres que había conocido en 1938, Gödel era el que demostró la reacción más fría hacia el Morlock. Gödel cogió un frasco de vidrio del armario; contenía una sustancia de brillo verde que parecía retener la luz.
Moses gritó:
¡*Plattnerita*!

Librodot

-Exacto. Sorprendentemente fácil de sintetizar a partir del carolinio, si se conoce la receta y se tiene acceso a una pila de fisión para irradiarlo. -Tenía aspecto malicioso-. Quería que la viese -me dijo-; esperaba que la reconociese. Me resulta agradablemente fácil retorcerle las narices a esos pomposos ingleses, con sus juntas directivas de esto y aquello, ¡que no podrían reconocer un tesoro bajo sus propias narices! Y ahora será su billete para salir de este valle de lágrimas, ¿no?
-Así lo espero -dije fervoroso-. Oh, así lo espero.
-Entonces, ¡vengan! -gritó-. Al taller de VDT. -Sostuvo la plattnerita en alto como un faro y nos guió fuera de la oficina.
Una vez más penetramos en el laberinto de corredores de hormigón. Wallis tenía razón: todos los guardias habían abandonado sus puestos y, aunque nos encontramos con uno o dos científicos de bata blanca o técnicos que corrían por los pasillos, no hubo ningún intento de detenernos o preguntarnos adónde íbamos.
Luego -¡booom!-, un nuevo impacto.
La luz eléctrica se apagó, y el pasillo se estremeció tirándome al suelo. Mi rostro chocó con el polvo; sentí la sangre que me manaba de la nariz -mi cara debía de ser un buen espectáculo- y noté un cuerpo ligero, creo que el de Nebogipfel, apoyado en mi pierna.
El estremecimiento sólo duró unos pocos segundo. La luces no volvieron.
Tuve un ataque de tos, ya que el aire estaba lleno de polvo de hormigón, y sufrí los restos de mi viejo terror a la oscuridad. Luego oí el silbido de una cerilla -tuve una visión fugaz de la cara redonda de Moses- y vi que encendía una vela. Levantó la vela, protegiendo la llama con la mano, y la luz amarillenta se extendió por el pasillo. Me sonrió.
-Perdí la mochila, pero tuve la precaución de poner algunos de los suministros en los bolsillos -dijo.
Gödel se puso en pie, con un poco de rigidez; protegía (lo vi con gratitud) la plattnerita contra el pecho, y el frasco estaba intacto.
-Creo que ése ha caído en el *college*. Podemos dar gracias por estar vivos; las paredes podrían habernos sepultado.
Continuamos por los corredores oscuros. En dos ocasiones paredes caídas nos impidieron el paso, pero con algo de esfuerzo trepamos por encima. Para entonces, ya estaba desorientado y perdido; pero Gödel -podía verle delante de mí, con el frasco de plattnerita brillándole bajo el brazo- seguía su marcha con confianza.
En unos pocos minutos llegamos al anexo que Wallis había llamado División de Desarrollo de VDT. Moses levantó la vela, y la luz brilló tenue en el gran taller. Exceptuando la falta de luces, y una grieta diagonal y elaborada que recorría el techo, el taller estaba tal y como lo recordaba. Piezas de motores, ruedas de repuesto, latas de aceite y combustible, trapos y monos -todos los elementos de un taller- cubrían el suelo. Las cadenas colgaban de poleas sujetas al techo y proyectaban sombras largas y complejas. En el centro del suelo vi una taza de té a medio beber, aparentemente la habían dejado con gran cuidado, con una capa delgada de polvo de hormigón que cubría la superficie del líquido.
El coche del tiempo casi terminado estaba en medio del suelo y el acabado metálico brillaba a la luz de la vela de Moses. Moses se acercó al vehículo y recorrió su carrocería con la mano.
-¿Y esto es?
Sonreí.
-El punto culminante de la tecnología de los años treinta. Un «transporte universal», creo que así lo llamó Wallis.
-Bueno -dijo Moses-, no es un diseño muy elegante.
-No creo que pretendiesen ser elegantes -dije-. Es un arma de guerra, no de placer, de exploración o científica.
Gödel se acercó al coche del tiempo, puso el frasco de plattnerita en el suelo e intentó abrir uno de los depósitos de acero unidos a la carrocería del vehículo. Enrolló la mano alrededor de la tapa y gruñó por el esfuerzo, pero no pudo abrirla. Se echó atrás jadeando.

Librodot

-Debemos cebar la carrocería con plattnerita -dijo-. 0...
Moses puso la vela en un estante y rebuscó en la pila de herramientas y apareció con una enorme llave inglesa.
-Veamos -dijo-. Déjeme probar con esto. -Puso la llave en la tapa y con poco esfuerzo la abrió.

Gödel cogió el frasco de plattnerita y vació un poco en el depósito. Moses se paseó alrededor del coche del tiempo aflojando las tapas del resto de los depósitos. Yo fui a la parte trasera del vehículo, donde me encontré con una puerta sujeta por un cierre de metal. Quité la barra, doblé la puerta hacia el interior y entré en la cabina. Había dos asientos de madera, cada uno lo bastante grande para dos o tres personas, y un asiento individual para el conductor frente a dos pequeños ventanucos rectangulares. Me senté en el asiento del conductor.
Frente a mí sólo tenía un volante -lo agarré con las manos- y un pequeño panel de control, lleno de indicadores, interruptores, palancas y botones; había más palancas cerca del suelo, evidentemente había que manejarlas con los pies. Los controles tenían un aspecto primario sin terminar; los indicadores e interruptores carecían de cualquier indicación, y los cables y las palancas de la transmisión mecánica sobresalían de la parte de atrás del panel.
Nebogipfel se me unió en la cabina, y miró por encima de mis hombros; el fuerte olor del Morlock era casi insoportable en aquel espacio cerrado. Por las ventanas veía a Gödel y Moses rellenando los depósitos.
Gödel dijo algo:
-¿Comprende el principio del VDT? Por supuesto, el diseño es exclusivo de Wallis, no he participado demasiado en su construcción...
Acerqué la cara a los ventanucos.
-Estoy en los controles -dije-. Pero no están marcados. Y no puedo ver nada que se parezca a un indicador cronométrico.
Gödel seguía rellenando cuidadosamente los depósitos y no levantó la vista.
-Sospecho que todavía no han instalado comodidades como indicadores cronométricos. Después de todo, éste es un vehículo de prueba incompleto. ¿Le molesta?
-He de admitir que no me agrada demasiado perder mi sentido de la posición en el tiempo -dije-, pero... no... apenas tiene importancia... ¡siempre se puede preguntar a los nativos!
-El principio del VDT es muy simple -dijo Gödel-. La plattnerita se extiende por la subestructura del vehículo a través de un sistema de capilares. Forma algo similar a un circuito... Cuando cierre el circuito, viajará en el tiempo. ¿Lo entiende? La mayor parte de los controles que tiene están relacionados con el motor de gasolina, la transmisión, y otros; ya que el vehículo es también un eficiente coche a motor. Pero para cerrar el circuito temporal hay un botón azul en el salpicadero. ¿Lo ve?
-Lo tengo.
Moses ya había colocado la mayoría de las tapas de los depósitos,
y dio la vuelta al vehículo para dirigirse a la puerta de atrás. Se metió dentro y colocó la llave inglesa en el suelo. Golpeó las paredes interiores con el puño.
-Una construcción buena y fuerte -dijo.
-Creo que estamos listos para partir -dije yo.
-¿*Pero a dónde... a cuándo... vamos*?
-¿Importa eso? A cualquier sitio lejos de aquí... eso es lo único importante. Al pasado para intentar arreglar las cosas.
»Moses, hemos acabado con el siglo veinte. Ahora debemos dar otro salto en la oscuridad. ¡Nuestras aventuras todavía no han terminado!
Su mueca de confusión desapareció, y vi que una determinación temeraria tomaba su lugar; apretó la mandíbula.
-Entonces, ¡que así sea, o al infierno!
-Creo que puede que así sea -dijo Nebogipfel.

-Profesor Gödel, suba al coche -grité.
-Oh, no -dijo, y puso las manos frente a él-. Mi lugar está aquí.
Moses se adelantó.
-Pero las paredes de Londres se están desmoronado a nuestro alrededor. Los cañones alemanes están a unas pocas millas. ¡Éste está lejos de ser un lugar seguro, profesor!
-Oh, les envidio, por supuesto -dijo Gödel-. Dejar este mundo desgraciado con su desgraciada guerra...
-Entonces venga con nosotros -dije-. Busque el Mundo Final del que me habló...
-Tengo mujer -dijo. Su rostro era una mancha pálida a la luz de la vela.
-¿Dónde está?
-La perdí. No pudimos huir juntos. Supongo que está en Viena... No puedo imaginar que la dañasen, o la castigasen por mi huida.
Había una pregunta en sus palabras, y comprendí que aquel hombre perfectamente lógico me estaba pidiendo, en el momento más extremo, que le diese la seguridad más ilógica.
-No -dije-,estoy seguro de que ella...
Pero nunca acabé la frase, ya que -sin ni siquiera un silbido de advertencia en el aire- otro proyectil cayó, ¡y aquél fue el más cercano de todos!
Como un trozo de tiempo congelado, el último parpadeo de la vela me mostró el derrumbe de la pared oriental del taller. Simplemente eso; pasó de ser una superficie plana y suave a convertirse en una nube de fragmentos y polvo en un latido.

Luego caíamos en las tinieblas.
El coche tembló.
-¡Abajo! -gritó Moses.
Yo me escondí y una lluvia de pedruscos, bastante letal, golpeó la parte exterior del coche del tiempo.
Nebogipfel se adelantó; podía sentir su olor. Me agarró el hombro con una mano suave.
-Cierre el circuito -dijo.
Miré por los ventanucos hacia, por supuesto, la oscuridad más absoluta.
-¿Qué hay de Gödel? -grité-. ¡Profesor!
No hubo respuesta. Oí un crujido, bastante ominoso, que venía de arriba, y hubo un ruido de más fragmentos que caían.
-*Cierre el circuito* -dijo urgente Nebogipfel-. ¿No lo oye? El techo se desmorona. ¡Moriremos aplastados!
-Iré a buscarlo -dijo Moses. Oí, en la más absoluta oscuridad, cómo las botas golpeaban el coche al intentar salir por la parte de atrás de la cabina-. Está bien, tengo más velas... -Su voz se desvaneció al llegar a la parte de atrás, y oí sus pasos sobre el suelo cubierto de escombros ... .
Y entonces hubo un crujido inmenso, como un jadeo grotesco, y un torrente que venía de arriba. Moses gritó.
Me giré con la intención de salir de la cabina en busca de Moses y sentí la mordedura de unos pequeños dientes en la parte de atrás de la mano. ¡Dientes de Morlock!
En aquel instante, con la muerte tan cerca de mí, e inmerso una vez más en la oscuridad primordial, la presencia del Morlock, sus dientes hundidos en mi carne, el roce de su pelo contra mi piel, ¡todo era demasiado! Grité y golpeé con el puño el blando rostro del Morlock.
Pero no gritó; incluso mientras le golpeaba sentía cómo intentaba llegar al salpicadero.
La oscuridad cayó sobre mis ojos -el rugido del hormigón que se desplomaba se redujo al silencio- y me encontré nuevamente cayendo en la luz grisácea del viaje en el tiempo.

Librodot

16

CAYENDO EN EL TIEMPO

El coche del tiempo se balanceaba.
Intenté subirme al asiento, pero me caí al suelo y me golpeé cabeza y hombros contra uno de los bancos de madera. La mano me dolía por el mordisco del Morlock.
Una luz blanca llenó la cabina, echándose sobre nosotros en una explosión silenciosa.
Oí gritar al Morlock. Mi visión era borrosa, dificultada por los pelos ensangrentados de mis mejillas y cejas. Por la puerta trasera y los ventanucos un brillo pálido y uniforme penetró en la cabina; al principio parpadeé, pero pronto se estabilizó en un brillo grisáceo. Me pregunté si había habido una nueva catástrofe: quizás el taller hubiese sido arrasado por las llamas...
Pero pronto comprendí que la luz era demasiado estable y neutral para eso. Comprendí que ya habíamos avanzado mucho más allá del laboratorio bélico.
El brillo era, por supuesto, luz diurna, convertida en monótona y aburrida por la superposición, demasiado rápida para seguirla con el ojo humano, de días y noches. Habíamos caído ciertamente en el tiempo. El coche -aunque tosco y poco equilibrado- operaba correctamente. No sabía si caíamos al pasado o al futuro, pero el coche ya nos había llevado a un periodo más allá de la existencia de la Bóveda de Londres.
Me apoyé con las manos e intenté levantarme, pero tenía sangre -mía o del Morlock- en las palmas y resbalé. Volví a chocar con el suelo duro, y me golpeé de nuevo la cabeza con el banco.
Caí en una profunda fatiga. El dolor de mis actividades durante el bombardeo, contenido por la carrera en la que me había visto envuelto, cayó vengativamente sobre mí. Dejé descansar la cabeza sobre el suelo de metal y cerré los ojos.
-De qué sirve, ¿eh? -pregunté sin dirigirme a nadie en particular.
Moses había muerto... perdido, con el profesor Gödel, bajo toneladas de escombros en un laboratorio destruido. No tenía ni idea si el Morlock estaba vivo o muerto; tampoco me preocupaba. Que el coche del tiempo me llevase al pasado o al futuro; que viajase por siempre, ¡hasta que se estrellase contra los muros del Infinito y la Eternidad! Que ése fuera el fin. Ya no podía hacer más.
-No merezco ni la vela -murmuré-. No merezco ni la vela...
Creí sentir unas manos suaves sobre las mías, el roce del pelo contra la cara; pero protesté, y -con las fuerzas que me quedaban aparté las manos.
Me hundí en una profunda oscuridad sin sueños.
Me despertó un fuerte zarandeo.
Me golpeé contra el suelo de la cabina. Tenía algo blando bajo la cabeza, pero se desplazó, y me golpeé el cráneo contra la esquina dura de uno de los bancos. Aquella nueva lluvia de dolor me devolvió la conciencia, y, con desgana, me senté.
La cabeza me dolía por todas partes y sentía el cuerpo como si hubiese sufrido un duro combate de boxeo. Pero, paradójicamente, me sentía con mejor humor. Todavía tenía la muerte de Moses en la cabeza -un suceso importante al que algún día tendría que enfrentarme-, pero después de esos momentos de bendita inconsciencia podía mirar más allá, como uno puede apartarse de la cegadora luz del sol y ver otras cosas.
La nebulosa mezcla perlífera de día y noche todavía llenaba el interior del coche. Sorprendentemente hacía frío; temblaba, y la respiración se convertía en vapor frente a mi cara. Nebogipfel estaba sentado en el asiento del conductor dándome la espalda. Con los dedos blancos comprobaba los instrumentos del rudimentario salpicadero y seguía los cables que colgaban de la parte de atrás.

Librodot

Me puse en pie. El tambaleo del coche y el castigo que había sufrido en 1938 me impedían mantener el equilibrio; para sostenerme tuve que agarrarme al interior de la cabina, y descubrí que el metal estaba helado. El elemento blando que había hecho de almohada era la chaqueta del Morlock. La doblé y la coloqué sobre un banco. También vi, arrojada en el suelo, la herramienta pesada que Moses había utilizado para abrir los depósitos de plattnerita. La levanté con la punta de los dedos; estaba llena de sangre.
Todavía llevaba las charreteras; asqueado por aquellas piezas de armadura, me las arranqué y las arrojé al suelo.
AL oírlo, Nebogipfel me miró, y vi que sus gafas azules estaban partidas en dos, y que uno de los enormes ojos era una masa de sangre y carne desgarrada.
-Prepárese -dijo severo.
-¿Para qué? Yo...
Y la cabina se hundió en la oscuridad.
Me incliné hacia delante y casi me caigo de nuevo. Un frío intenso eliminó el calor residual de la cabina y de mi sangre; la cabeza me palpitaba de nuevo. Me cubrí el pecho con los brazos.
-¿Qué le ha pasado a la luz del día?
La voz del Morlock parecía casi cruel en la oscuridad.
-Durará sólo unos segundos. Debemos aguantar...
Y con la misma rapidez con que había llegado, la oscuridad desapareció, y la luz grisácea inundó nuevamente la cabina. El frío cortante se redujo, pero yo todavía temblaba violentamente. Me arrodillé en el suelo al lado de Nebogipfel.
-¿Qué sucede? ¿Qué ha sido eso?
-Hielo -dijo-. Viajamos a través de una era de glaciaciones periódicas; los glaciares bajan del norte y cubren el mundo, atrapándonos a nosotros en el proceso, y luego se funden. En ocasiones, me atrevo a decir, debe de haber hasta cien pies de hielo sobre nosotros.
Miré por los ventanucos de la parte delantera del coche. Vi el valle del Támesis convertido en una tundra sólo ocupada por hierba resistente, manchas de radiantes brezos púrpura y escasos árboles; estos últimos recorrían su ciclo anual demasiado rápido para seguirlo, pero me parecía que pertenecían a las variedades más resistentes: robles, sauces, álamos, olmos, espinas. No había ni rastro de Londres: ni siquiera podía apreciar los fantasmas de los efímeros edificios, y no había señales del hombre en todo aquel paisaje gris, ni tampoco de vida animal. Ni siquiera la forma del paisaje, las colinas y los valles me era familiar, al haber sido transformada una y otra vez por los glaciares.
Y ahora -lo vi llegar en un breve fogonazo de brillo blanco, antes de que nos alcanzara- el gran hielo apareció de nuevo. En la oscuridad, maldije y me metí las manos en los sobacos; tenía insensibles los dedos de manos y pies, y comencé a temer la congelación. Cuando los glaciares se retiraron una vez más, dejaron un paisaje habitado por la misma variedad de plantas resistentes, por lo que podía ver, pero con los contornos alterados: evidentemente, los intervalos de hielo rehacían el paisaje, aunque no podía saber si avanzábamos hacia el pasado o el futuro. Observé cantos rodados mas grandes que un hombre que parecían migrar por el paisaje, deslizándose y desviándose; era evidentemente un extraño efecto de la erosión del paisaje.
-¿Cuánto tiempo he estado inconsciente?
-No demasiado. Quizás unos treinta minutos.
-¿Y el coche nos lleva al futuro?
-Vamos hacia el pasado -dijo el Morlock. Volvió el rostro hacia mí, y vi que sus graciosos movimientos habían quedado reducidos a gestos bruscos por la paliza que le había dado-. Estoy bastante seguro. Vi fragmentos de la recesión de Londres, al volver a sus orígenes históricos... Del intervalo entre glaciaciones, yo diría que viajamos a unos diez mil años por minuto.

Librodot

-Quizá deberíamos pensar en la forma de detener el impetuoso viaje del coche en el tiempo. Si encontramos una época uniforme...

-Creo que no tenemos forma de detener el viaje del coche.
-¿Qué?
El Morlock extendió las manos -el pelo de la parte de atrás estaba cubierto de una ligera capa de escarcha- y nos hundimos nuevamente en el oscuro sepulcro de hielo, mientras su voz flotaba en las tinieblas.
-Éste es un vehículo de prueba tosco e incompleto. La mayoría de los controles e indicadores está desconectada; los que tienen conexiones en su mayoría no parecen operativos. Incluso si supiésemos cómo alterar su funcionamiento sin dañar el vehículo, no veo la forma de salir de la cabina y alcanzar su mecanismo interior.
Otra vez salimos del hielo a la tundra remodelada. Nebogipfel miró el paisaje fascinado.
-Piénselo: los fiordos de Escandinavia todavía no se han formado, y los lagos de Europa y Norteamérica, producto del hielo fundido, son fantasmas del futuro.
»Ya hemos superado el amanecer de la historia humana. En África podríamos encontrar razas de australopitecos, algunas torpes, otras gráciles, algunas carnívoras, pero todas con postura bípeda y características simiescas: un cráneo pequeño y grandes mandíbulas y dientes.
Una soledad grande y fría cayó sobre mí. Ya antes me había perdido en el tiempo, pero nunca, pensé, ¡había sentido una soledad tan intensa!
¿Sería cierto -podía ser cierto- que Nebogipfel y yo, en el dañado coche del tiempo, fuésemos la única llama de la inteligencia en todo el planeta?
-Así que estamos fuera de control -dije-. Podríamos no detenernos hasta alcanzar el principio del tiempo...
-Dudo que lleguemos a eso -dijo Nebogipfel-. La plattnerita debe de tener una capacidad finita. No puede llevarnos al pasado eternamente, debe agotarse. Recemos porque eso suceda antes de que pasemos por el Ordovícico y el Cámbrico, antes de una época en que no haya oxígeno para sobrevivir.
-Una perspectiva alegre -dije-. Y supongo que las cosas podrían ser peor.
-¿Cómo?
Estiré las piernas y me senté en el suelo frío.
-No tenemos provisiones de ningún tipo. Ni agua ni comida. Y ambos estamos heridos. ¡Ni siquiera tenemos ropa de abrigo! ¿Cuánto tiempo podremos sobrevivir en esta helada nave del tiempo! ¿Unos días? ¿Menos?
Nebogipfel no contestó.
No soy un hombre que se rinda con facilidad al destino, e invertí algo de esfuerzo en estudiar los controles y cables del vehículo. Pronto descubrí que tenía razón -no había forma de poder convertir aquel montón de componentes en un vehículo controlable- y mis energías, ya de por sí reducidas, se agotaron pronto. Volví a una cierta apatía.
Atravesamos una vez más una glaciación breve y brutal; y luego penetramos en un invierno largo y desolado. Las estaciones todavía traían hielo y nieve sobre la Tierra, pero la época del hielo permanente pertenecía ahora al futuro. Vi pocos cambios en la naturaleza del paisaje, milenios sobre milenios: quizás había un lento enriquecimiento en la textura de la masa de verde que cubría las colinas. Un cráneo inmenso -me recordó al de un elefante- apareció en el suelo no lejos del coche, blanco, pelado y roto. Permaneció lo suficiente para adivinar su forma, un segundo o así, antes de desvanecerse tan rápido como había aparecido.
-Nebogipfel, a propósito de tu cara. Yo... debes entender...
Me miró fijamente con el ojo bueno. Vi que había vuelto a las peculiaridades de Morlock, dejando atrás la capa de humanidad que había adoptado.
-¿Qué? ¿Qué debo entender?
-No pretendía hacerte daño.

Librodot

-Ahora no -dijo con la precisión de un cirujano-. Pero entonces sí. Las disculpas son inútiles... absurdas. Eres lo que eres... pertenecemos a especies diferentes, tan separadas una de la otra como del australopiteco.
Me sentí como un animal estúpido, con el puño manchado otra vez con la sangre de un Morlock.
-Me avergüenzas -dije.
Agitó la cabeza, un gesto breve y brusco.
-¿Vergüenza? El concepto no tiene sentido en este contexto.
No debía sentir más vergüenza -quería decir- que un animal salvaje de la selva. ¿Si me atacase una criatura así, discutiría con ella la moral del caso? No, sin inteligencia no podía evitar su comportamiento. Simplemente me ocuparía de sus actos.
Ante Nebogipfel me había mostrado -¡otra vez!- como poco mejor que los brutos de las praderas de África, los precursores del hombre en aquel desolado periodo.
Me retiré a los bancos de madera. Me tendí, cubriéndome la cabeza con las manos, y observé el parpadeo de las eras tras la puerta abierta del coche.

17
EL OBSERVADOR

El desolado frío invernal pasó, y el cielo adoptó una textura jaspeada más compleja. En ocasiones, la banda oscilante del sol quedaba cubierta por una concha de nubes oscuras, incluso durante un segundo. Florecieron nuevas especies de árboles en el clima templado: por lo que pude ver, tipos de hoja caduca, robles, álamos, cedros y otros. A veces esos antiguos bosques saltaban sobre el coche, aislándonos en una penumbra de verde y marrón alternante, para retirarse, como si se abriese una cortina.
Habíamos llegado a una época de grandes movimientos terrestres, dijo Nebogipfel. Los Alpes y el Himalaya estaban siendo sacados de la tierra, y volcanes inmensos lanzaban cenizas y polvo al aire, en ocasiones oscureciendo el cielo durante años. En los océanos, dijo el Morlock, navegaban grandes tiburones, de dientes como dagas. Y en África, los ancestros de la humanidad regresaban a una estupidez primitiva, con cerebros que se reducían, posturas inclinadas y dedos torpes.
Caímos por aquella época larga y salvaje durante unas doce horas.
Intenté ignorar el hambre y la sed que me atenazaban el estómago, mientras los siglos y los bosques pasaban al lado de la cabina. Aquél era el viaje más largo que había realizado en el tiempo desde mi huida al remoto futuro más allá de la historia de Weena, y el vacío inmenso y fútil -idénticas todas las horas- comenzó a deprimirme el alma. Ya el breve desarrollo de la humanidad no era sino un remoto punto de luz, alejado en el tiempo; incluso la distancia entre hombre y Morlock -o cualquier otra variedad- no era sino una fracción de la gran distancia que ya habíamos recorrido.
La inmensidad del tiempo y la pequeñez del hombre y sus logros me aplastaba; y mis propias pequeñas preocupaciones parecían absurdas e insignificantes. La historia de la humanidad parecía trivial, un momento fugaz perdido en la oscuridad e ignorancia de los salones de la eternidad.
La corteza de la Tierra se elevaba como el pecho de un hombre enfermo, y el coche subía y bajaba según lo hiciese el paisaje; parecía el oleaje de un inmenso mar. La vegetación se hacía más exuberante y verde, y nuevos bosques se apretaban contra el coche -pensé que ya debían de ser árboles de hoja caduca, aunque las flores y las hojas no eran sino un mancha uniforme de verde debido a la velocidad- y el aire se hizo más cálido.
El dolor de aquellos eones helados abandonó finalmente mis dedos, y me quité la chaqueta y me aflojé los botones de la camisa; abandoné las botas y reactivé la circulación de mis pies. La insignia de seguridad de Barnes Wallis se cayó de la chaqueta. La recogí, aquel pequeño símbolo de la sospecha de los hombres para con sus semejantes, ¡y creo que no hubiese podido encontrar, entre aquella vegetación prístina, un símbolo más perfecto de las

Librodot

estrecheces y absurdos con que los hombres malgastaban sus energías! Arrojé la insignia a la esquina más oscura del coche.
Las largas horas, suspendido bajo la cubierta vegetal, pasaron con más lentitud que nunca, y dormí durante un rato. Cuando desperté, la calidad de la vegetación que me rodeaba parecía haber cambiado
-era más translúcida, con algo del tono de la plattnerita, y me pareció ver las estrellas-, era como estar inmerso en esmeraldas y no en hojas.
Entonces lo vi: flotaba en el aire húmedo de la cabina, inmune al balanceo del coche, con ojos inmensos, la boca carnosa en forma de «V», y aquellos tentáculos articulados que descendían pero no llegaban a tocar el suelo. No era un fantasma -no podía ver a su través el bosque que había detrás- y era tan real como yo, Nebogipfel o las botas que había colocado en el banco.
El Observador me miró fría y analíticamente.
No sentí temor. Me acerqué a él, pero se alejó en el aire. No tenía duda de que sus ojos verdes estaban fijos en mi cara.
-¿Quién es? -pregunté- ¿Puede ayudarnos?
Si podía oírme, no respondió. Pero la luz ya cambiaba; la luminosidad del aire desaparecía y volvía a ver el verde vegetal. Sentí, entonces, un giro -el gran cráneo era como un juguete, rotando sobre su eje- y desapareció.
Nebogipfel caminó hacia mí, los largos pies pasaban por encima de las aristas del suelo. Se había quitado las ropas del siglo diecinueve e iba desnudo, exceptuando las gafas rotas y la capa de pelo blanco en su espalda, ahora enredada y grande.
-¿Qué pasa? ¿Estás enfermo?
Le hablé del Observador, pero no había visto nada. Volví a descansar en el banco, sin saber si lo que había visto era real o un sueño persistente.
El calor era opresivo, y el aire de la cabina se cargaba.
Pensé en Gödel y Moses.
Aquel hombre poco atractivo, Gödel, había deducido la existencia de múltiples historias sólo a partir de principios ontológicos, ¡mientras que yo, pobre tonto, había necesitado de varios viajes en el tiempo antes de que se me ocurriera la posibilidad! Pero ahora aquel hombre que había conjurado su magnífico sueño de un Mundo Final, un mundo en el que estuviesen claras todas las respuestas, yacía aplastado y roto bajo los escombros, asesinado por la intransigencia y estupidez de sus compañeros humanos.
Y en lo que respecta a Moses, simplemente le lloraba. Era una desolación similar a la que podría sentirse por la muerte de un niño, creo, o un hermano menor. Moses había muerto a los veintiséis; y ¡aun así yo -la misma persona- seguía respirando a los cuarenta y cuatro! Mi pasado había desaparecido; era como si el suelo se hubiese evaporado dejándome colgado en el aire. Pero aún más, yo había conocido a Moses, aunque brevemente, como una persona por derecho propio. Era alegre, errático, impulsivo, un poco absurdo -¡como yo!- y muy agradable.
¡Era otra muerte en mis manos!
Todas las charlas de Nebogipfel sobre la multiplicidad de los mundos -todos los posibles argumentos de que el Moses que yo había conocido no estaba destinado, finalmente, a ser yo, sino otra variante de mí-, nada de eso planteaba ninguna diferencia en la forma en que me sentía.
Mis pensamientos se disolvieron en fragmentos medio coherentes -luché por mantener los ojos abiertos, temiendo no volver a despertar-, pero una vez más, consumido por la confusión y la pena, dormí.
Me despertó mi nombre, pronunciado en la forma líquida y gutural de los Morlocks. El aire estaba tan cargado como antes, y un nuevo dolor, producido por el calor y la falta de oxígeno, buscaba hueco en mi cerebro enfrentado a los residuos de heridas pasadas.
Los ojos destrozados de Nebogipfel eran enormes en aquel ambiente arbóreo.
-Mira a tu alrededor-dijo.

La vegetación se apretaba con la misma persistencia que antes -y aun ahora la textura parecía diferente-. Descubrí que -con cuidado- podía seguir la evolución de una sola hoja en las ramas repletas. Cada hoja surgía del polvo, se marchitaba a la inversa, y se replegaba a su yema en menos de un segundo.
-Vamos más despacio -articulé.
-Sí. Creo que la plattnerita pierde potencia.
¡Dije una oración de agradecimiento, ya que mis fuerzas se habían recuperado lo suficiente y ya no quería morir en una pradera rocosa sin aire en el amanecer de la Tierra!
-¿Sabes dónde estamos?

-En algún momento del Paleoceno. Hemos viajado veinte horas. Debemos de estar unos cincuenta millones de años antes del presente ....
-¿El presente de quién? ¿El mío, 1891, o el tuyo?
Se tocó la sangre que tenía en 1a cara.
-En estas escalas de tiempo apenas importa.
El crecimiento de las hojas y la floración era ahora muy lento -casi majestuoso-. Distinguí un parpadeo, una intrusión inestable de mayor oscuridad, superpuesta al verde general.
-Puedo distinguir el día de la noche -dije-. Nos detenemos.
-Sí. -El Morlock se sentó en el banco frente a mí y se agarró al borde con sus largos dedos. Me pregunté si tenía miedo; ¡tenía todo el derecho a tenerlo! Creí apreciar un movimiento en el suelo del coche, un abultamiento bajo el banco de Nebogipfel.
-¿Qué hacemos?
Movió la cabeza.
-Tenemos que esperar a lo que suceda. No estamos en una situación controlada...
El aleteo de días y noches se redujo más aún, hasta que se convirtió en un pulso fijo a nuestro alrededor, como el latido de un corazón. El suelo crujió, y vi aparecer marcas en el acero...
¡De pronto lo entendí!
Grité:
-¡Cuidado! -Me levanté, me eché hacia delante y agarré a Nebogipfel por los hombros. No se resistió. Lo levanté como si fuese un niño enclenque y peludo, y caímos hacia atrás ...
... y un árbol apareció en el aire frente a mí, rasgando el metal del coche como si fuese de papel. Una rama inmensa se disparó hacia los controles como el brazo de un hombre de madera enorme y decidido, y destrozó el panel frontal.
¡Estaba claro que llegábamos a un espacio ocupado por aquel árbol en aquella remota era!
Caí hacia atrás sobre un banco, sosteniendo a Nebogipfel. El árbol se encogió un poco al retroceder hacia el momento de su nacimiento. El aleteo de noche y día se hizo aún más lento, aún más pesado. El tronco se redujo todavía más; y entonces, con un crujido inmenso, la cabina del coche se partió en dos, rota desde el interior como una cáscara de huevo.
Tuve que soltar a Nebogipfel, y el Morlock y yo caímos sobre la tierra suave y húmeda, en medio de una lluvia de metal y madera.

LIBRO CUATRO
El mar del Paleoceno

Librodot

1

DIATRYMA GIGANTICA

Me encontré de espaldas, mirando el árbol que había atravesado el coche del tiempo. Oía cerca la respiración de Nebogipfel, pero no podía verle.

El árbol, congelado ahora en el tiempo, se elevaba para unirse a sus compañeros en un dosel arbóreo grueso y uniforme sobre nosotros, y los retoños y plántulas brotaban de la tierra alrededor de su base y a través de los fragmentos del coche. El calor era intenso, el aire húmedo y pesado para mis pulmones, y el mundo a mi alrededor estaba lleno de los ruidos, vibraciones y suspiros de la jungla, todo sobre un retumbar profundo y rico que me hizo sospechar la presencia cercana de un gran cuerpo de agua: ya fuese un río -alguna versión primitiva del Támesis- o un mar.

¡Era más parecido al trópico que a Inglaterra!

Mientras estaba allí tendido y mirando, un animal bajó gateando por el tronco hacia nosotros. Era parecido a una ardilla, de unas diez pulgadas de largo, pero tenía la piel ancha y suelta, y colgada de su cuerpo como una capa. Llevaba fruta en las mandíbulas. A diez pies del suelo la criatura nos vio; inclinó la cabeza, abrió la boca -dejó caer la fruta- y chilló. Vi que sus incisivos tenían la punta dividida en cinco. Saltó directamente del tronco. Extendió brazos y piernas y la capa de piel se abrió de golpe, convirtiendo al animal en una cometa cubierta de piel. Voló hacia las sombras y desapareció de mi vista.

-Vaya una bienvenida -dije con un jadeo-. Era como un lémur volador. ¿Pero viste sus dientes?

Nebogipfel, todavía fuera de mi vista, contestó.

-Era un Planetatherium. Y el árbol es un dipterocarpo, no demasiado diferente de la especie que sobrevivirá en los bosques de nuestros días.

Hundí la mano en el humus del suelo -estaba podrido y era resbaladizo- y luché por darme la vuelta para verle.

-Nebogipfel, ¿estás herido?

El Morlock yacía de lado, con la cabeza doblada para mirar al cielo.

-No estoy herido -susurró-. Propongo que empecemos a buscar...

Pero yo no escuchaba; porque había visto -detrás de él- una cabeza con pico, del tamaño de la de un caballo, que se abría paso a través del follaje, ¡y que se dirigía hacia el frágil cuerpo del Morlock!

Durante un instante me paralizó la sorpresa. El pico curvo se abrió de golpe, los ojos redondos se fijaron en mí con todos los signos de la inteligencia.

Entonces, con un fuerte picado, la gran cabeza se hundió y cerró el pico alrededor de la pierna del Morlock. Nebogipfel gritó, y sus pequeños dedos arañaron la tierra, y trozos de hojas se le pegaron al pelo.

Me eché hacia atrás y acabé con la espalda contra un tronco.

Ahora, con un crujido de ramas rotas, el cuerpo de la bestia salió de la vegetación ante mi vista. Tenía unos siete pies de alto, y estaba cubierto de plumas negras y escamosas; las patas eran robustas, con pies fuertes, y estaban cubiertas de una piel amarilla y arrugada. Unas alas residuales, desproporcionadamente pequeñas para el inmenso torso, golpeaban el aire. El pájaro tiró de la cabeza arrastrando al pobre Morlock por el suelo.

-¡Nebogipfel!

-Es un *Diatryma* -gritó-. Un *Diatryma Gigantica*, yo... ¡oh!

-No me importa su filogenia -grité-, ¡huye!

-Me temo... no puedo... ¡oh!

Una vez más, sus palabras se convirtieron en un aullido inarticulado de angustia.

Ahora la criatura giraba la cabeza de lado a lado. Vi que intentaba golpear el cráneo del Morlock contra un árbol, ¡sin duda como paso preliminar para comerse su pálida carne!

Librodot

Necesitaba un arma, y sólo pude pensar en la llave inglesa de Moses. Me puse en pie y rebusqué por entre los restos del coche del tiempo. Había cantidad de tornillos, paneles y cables, y el acero y la madera pulida de 1938 parecían extrañamente fuera de lugar en aquel bosque antiguo. ¡No podía ver la llave! Hundí los brazos, hasta los codos, en la cubierta del suelo. Me llevó muchos y agónicos segundos de búsqueda, mientras el *Diatryma* arrastraba todavía más su presa hacia el bosque.

¡Al fin la encontré! Mi mano derecha salió del humus sosteniendo la llave.

Con un rugido, levanté la llave hasta el hombro y corrí. Los ojos del *Diatryma* me miraban al acercarme -redujo sus golpes-, pero no soltó la pierna de Nebogipfel. Por supuesto, nunca antes había visto a un hombre; dudaba que hubiese entendido que yo podía ser una amenaza. Cargué, e intenté ignorar la horrible piel escamosa alrededor de las garras de las patas, la inmensidad del pico y el aliento a carne podrida que desprendía.

Como un golpe de criquet, hendí el mazo en la cabeza del *Diatryma*. Las plumas y la carne amortiguaron el golpe, pero sentí la agradable colisión contra el hueso.

El pájaro abrió el pico, soltando al Morlock, y chilló; un sonido como el del metal rompiéndose. El inmenso pico estaba ahora encima de mí, y todos mis instintos me decían que corriese, pero sabía que si lo hacía los dos estaríamos acabados. Volví a levantar la llave sobre la cabeza, y golpeé contra el cráneo del *Diatryma*. Esta vez la criatura se apartó y el impacto fue lateral; así que levanté la llave de nuevo y golpeé la base del pico.

Algo se rompió, y la cabeza del *Diatryma* se echó hacia atrás. Se tambaleó, y luego me miró con ojos calculadores. Emitió un chillido tan bajo que más parecía un gruñido.

Entonces -muy rápido- agitó las plumas negras, se volvió y se hundió en el bosque.

Me puse la llave en el cinturón y me arrodillé al lado del Morlock. Estaba inconsciente. La pierna le sangraba y estaba aplastada, y el pelo de la espalda estaba manchado de la saliva del monstruo.

-Bien, mi compañero en el tiempo -le susurré-, ¡después de todo, quizás hay ocasiones en que es útil tener a un salvaje primitivo a mano!

Encontré sus gafas en el suelo, las limpié con la manga, y se las coloqué sobre la cara.

Observé la penumbra del bosque preguntándome qué hacer a continuación. Podía haber viajado en el tiempo y a la gran Esfera de los Morlocks, pero en mi propio siglo jamás había viajado a ningún país tropical. Sólo tenía vagos recuerdos de libros de viaje y otras fuentes populares para guiarme en mi lucha por la supervivencia.

Pero al menos, me consolé, ¡los retos que me aguardaban serían comparativamente simples! No tendría que encontrarme con mi yo más joven. No ahora que el coche del tiempo estaba destruido. Ni tendría que lidiar con las ambigüedades filosóficas y morales de la multiplicidad de historias. En su lugar, sólo tendría que buscar comida, refugio contra la lluvia y una forma de protegernos contra las bestias y aves de aquel tiempo remoto.

Decidí que buscar agua fresca debía ser mi primera misión; incluso dejando de lado las necesidades del Morlock, mi propia sed me mataba, ya que no había tomado nada desde el bombardeo de Londres.

Coloqué al Morlock entre los restos del coche del tiempo, cerca del tronco. Lo creí un lugar tan seguro como cualquier otro para evitar que fuese atacado por los monstruos de la época. Doblé la chaqueta y se la puse debajo de la cabeza, para protegerle de la humedad del suelo, ¡y de cualquier cosa que se arrastrase y mordiese que pudiese vivir allí! Entonces, después de vacilar un poco, saqué la llave del cinturón y la coloqué sobre el Morlock, para que sus dedos se agarrasen al mango del arma.

No me sentía bien al quedarme sin armas, por lo que rebusqué por entre los restos hasta que encontré una pieza de hierro corta y la doblé hasta que la pude arrancar de la estructura. La sopesé en la mano. No tenía la satisfactoria solidez de la llave, pero sería mejor que nada.

Decidí dirigirme hacia el sonido de agua; parecía estar en dirección opuesta al sol. Me puse el trozo de hierro al hombro y me adentré en el bosque.

2

EL MAR DEL PALEOCENO

No me fue difícil abrirme camino, los árboles crecían en bases separadas con mucha tierra en medio. La gruesa y uniforme bóveda arbórea de hojas y ramas excluía la luz del sol, aunque eso no parecía impedir el crecimiento en el suelo.

La bóveda arbórea estaba repleta de vida. Epífitas -orquídeas y enredaderas- colgaban de la corteza de los árboles y las lianas caían de las ramas. Había gran cantidad de aves y colonias de criaturas que vivían en las ramas: monos y otros primates (pensé al primer vistazo).

Había una criatura parecida a una marta, de unas ocho pulgadas de largo, de articulaciones flexibles y una cola rica y esponjosa, que emitía un sonido ronco. Otro animal trepador era bastante grande -quizá de una yarda de largo-, con garras y cola prensil. No huyó al verme; en su lugar, se agarró a la parte baja de una rama y me miró calculador.

Seguí caminando. La fauna local desconocía al hombre, pero estaba claro que había desarrollado fuertes instintos de autopreservación gracias a la presencia del *Diatryma* de Nebogipfel y, sin duda, otros depredadores, y no se dejarían cazar con facilidad.

A medida que mis ojos se acostumbraban al fondo boscoso, encontré el camuflaje y el engaño por todas partes. Una hoja podrida, por ejemplo, estaba pegada al tronco de un árbol, o al menos eso pensé, hasta que al aproximarme la «hoja» desarrolló patas de insecto y la criatura saltó. Allá, en un saliente de rocas, vi lo que parecía un montón de gotas de agua que brillaban como joyas bajo la luz filtrada. Pero cuando me incliné para examinarlas, vi que eran una nidada de escarabajos con caparazones transparentes. No me sorprendí demasiado cuando una mancha de guano en un tronco, blanco sobre negro, desarrolló patas de araña.

Después de media milla, los árboles se hicieron más escasos; atravesé un borde de palmeras y salí a la luz del sol, y una arena joven y áspera me raspó las botas. Me encontré en una playa. Más allá de la línea de arena blanca había una extensión de agua brillante, tan ancha que no podía ver su orilla opuesta. El sol estaba bajo en el cielo, pero brillaba con intensidad; podía sentir su calor sobre el cuello y la cabeza.

En la distancia -a un lado, sobre la larga playa- vi una familia de pájaros *Diatryma*. Los dos adultos se pavoneaban, envolviendo los cuellos alrededor del otro, mientras las tres crías se tambaleaban por los alrededores, saltando y ululando, o se sentaban en el agua para humedecerse las plumas. Todo el conjunto, con su plumaje negro, sus torpes estructuras y alas minúsculas, parecía cómico, pero los vigilé con cuidado mientras permanecía allí, ya que incluso el más pequeño de los jóvenes tenía tres o cuatro pies de alto y era muy musculoso.

Me dirigí al borde del agua; mojé los dedos y probé el líquido. El agua era salada: agua de mar.

Me pareció que el sol se había hundido todavía más tras el bosque; debía de descender por el oeste. Por tanto había caminado una media milla hacia el este a partir de la posición del coche del tiempo, por lo que estaba -imaginé- en algún lugar cerca de la intersección de Knightsbridge y Sloane Street. ¡Y, en el Paleoceno, estaba al borde del mar! Miraba un océano que cubría aparentemente todo Londres hasta la punta este de Hyde Park. Quizá, supuse, aquel mar era una extensión del Mar del Norte o del Canal, que había penetrado en Londres. Si tenía razón, habíamos tenido mucha suerte. Si el nivel de los mares se hubiese incrementado un poco más, Nebogipfel y yo hubiéramos aparecido en las profundidades de un océano, y no en la costa.

Me quité las botas y los calcetines, los até al cinturón por los cordones, y entré un poco en el mar. El líquido se cerraba frío alrededor de mis tobillos; tuve la tentación de mojar la cara en él, pero me resistí, por miedo a la interacción de la sal con mis heridas. Encontré una

Librodot

depresión en la arena que podría formar un charco durante la marea baja. Allí hundí las manos y conseguí inmediatamente una colección de criaturas: bivalvos, gasterópodos y lo que parecían ostras. Daba la impresión de que había pocas especies pero muchos individuos en aquel fértil mar.

Al borde de aquel océano, con los borboteos de agua alrededor de tobillos y dedos, y con el sol caliente en el cuello, una gran sensación de paz cayó sobre mí. De niño mis padres me habían llevado de viaje a Lympne y Dungeness, y yo caminaba hasta la orilla del mar -al igual que hoy- e imaginaba que estaba solo en el mundo. Pero ahora, ¡era casi completamente cierto! Era sorprendente pensar que ningún barco navegaba por aquellos mares en ningún lugar del mundo; que no había ciudades humanas tras la jungla que se hallaba a mi espalda; de hecho, los únicos rastros de inteligencia en el planeta éramos yo y el pobre Morlock herido. Pero no era una idea terrible; no después de la horrible oscuridad y caos de 1938, de los que había escapado recientemente.

Me enderecé. El mar era encantador, ¡pero no podía vivir de agua salada! Anoté cuidadosamente el lugar del cual había salido de la jungla -no tenía intención de perder a Nebogipfel en la penumbra arbórea- y caminé descalzo por el borde del agua, alejándome de la familia *Diatryma*.

Después de más o menos una milla, llegué a un arroyo que salía del bosque y bajaba hacia la playa. Cuando la probé resultó ser agua dulce, fresca y parecía limpia. Me sentí aliviado: ¡al menos no moriríamos hoy! Me eché de rodillas y metí la cabeza y el cuello en el líquido frío. Bebí a grandes tragos y luego me quité la chaqueta y la camisa para lavarme cabeza y cuello. La sangre seca, marrón por estar expuesta al aire, navegó hacia el mar; cuando me puse en pie me sentí mucho mejor.

Ahora me enfrentaba al desafío de llevar aquel tesoro hasta Nebogipfel. Necesitaba una taza u otro contenedor.

Pasé varios minutos al lado del arroyo mirándolo confuso. Todo mi ingenio parecía haberse agotado en mi reciente viaje por el tiempo, y aquel último puzzle era demasiado para mi cerebro cansado.

Al final, cogí las botas del cinturón, las lavé lo mejor que pude y las llené con el agua del arroyo; así la llevé a través del bosque hasta el Morlock. Al lavar la cara herida de Nebogipfel e intentar hacerle beber, me prometí a mí mismo que al día siguiente encontraría algo más apropiado como servicio de mesa que unas viejas botas.

El asalto del *Diatryma* había deformado la pierna derecha de Nebogipfel; la rodilla parecía aplastada y el pie descansaba en un ángulo poco natural. Empleando un fragmento de la carrocería del coche del tiempo -no tenía cuchillo- intenté rudimentariamente afeitar el pelo de las áreas dañadas. Lavé lo mejor que pude la carne expuesta: al menos las heridas superficiales parecía que se habían cerrado, y no había señales de infección.

En el proceso de mis torpes manipulaciones -no soy médico- el Morlock, todavía inconsciente, gruñía y lloriqueaba de dolor, como un gato.

Una vez que hube limpiado sus heridas, recorrí la pierna con las manos, pero no pude detectar ninguna fractura evidente en la tibia o la pantorrilla. Como ya he dicho antes, el daño principal parecía estar localizado en la rodilla y el tobillo; y lo acepté con desaliento porque, si bien sería capaz de restablecer una tibia rota al tacto, no había forma en que pudiese tratar los daños que Nebogipfel había sufrido. Aun así, rebusqué por entre los restos hasta que encontré dos secciones rectas de la estructura. Usé el cuchillo improvisado con la chaqueta -no me parecía que la prenda fuese a serme muy útil en aquel clima- y fabriqué vendas que lavé.

Entonces, con todo mi coraje, enderecé la pierna y el pie del Morlock. Até la pierna a los entablillados, y luego, para asegurarme, a su vez a la otra pierna sana.

Los gritos del Morlock, repetidos por los árboles, eran un sonido horrible.

Agotado, esa noche cené ostras crudas, porque no tenía fuerzas para encender fuego- y me apoyé contra un tronco, cerca del Morlock, y con la llave de Moses en mis manos.

3

DE CÓMO VIVÍAMOS

Monté el campamento a orillas del mar del Paleoceno, cerca del arroyo de agua fresca que había descubierto. Decidí que estaríamos mejor y más a salvo de ataques allí, y no en medio del bosque. Construí una protección del sol para Nebogipfel empleando trozos del coche del tiempo con prendas de ropa extendidas entre ellos.

Llevé allí a Nebogipfel en brazos. Pesaba tan poco como un niño y sólo estaba consciente a medias; me miraba, indefenso, con las gafas destrozadas, ¡y me era difícil recordar que representaba a una especie que había cruzado el espacio y domesticado el Sol!

El fuego fue mi siguiente prioridad. La madera disponible -ramas caídas y cosas así- estaba húmeda y mohosa, y la llevé a la playa para que se secase. Podía encender una llama con relativa facilidad utilizando hojas caídas y la chispa de una roca contra un trozo de metal del coche del tiempo. Al principio realizaba el ritual de encender nuevamente el fuego cada mañana, pero pronto descubrí el sin duda viejo truco de mantener los carbones ardiendo en la hoguera durante el día, con lo que era simple encender el fuego cuando era necesario.

La convalecencia de Nebogipfel transcurrió con lentitud. La inconsciencia forzada, para un miembro de una especie que no duerme, es grave y perturbadora, y después de haberse restablecido pasó varios días sentado a la sombra, pasivo y sin ganas de hablar. Pero se mostró capaz de comer las ostras y bivalvos que cogía del mar, aunque muy renuentemente.

Con el tiempo pude variar la dieta con carne de tortuga cocida, ya que esa criatura era muy abundante a todo lo largo de la costa. Después de un poco de práctica, conseguí bajar frutos de las palmeras de la costa lanzando trozos de metal y rocas contra las ramas. Los frutos resultaron muy útiles: su leche y carne variaban la dieta; y las cáscaras vacías servían de contenedores para muchos propósitos; e incluso la fibra marrón que colgaba de la cáscara podía ser tejida. Sin embargo los trabajos tan delicados no me son fáciles, y nunca pude ir más allá de fabricarme una gorra, de ala muy grande como la de un coolie.

Sin embargo, a pesar de la munificencia del mar y las palmeras, nuestra dieta era monótona. Miraba con envidia las suculentas criaturas que saltaban, lejos de mi alcance, por la ramas de los árboles.

Exploré la costa. Muchos tipos de criaturas habitaban el mundo oceánico. Observé una sombra grande con forma de diamante que supuse sería una raya; y en dos ocasiones aletas sobresaliendo del agua al menos un pie, que sólo podían pertenecer a enormes tiburones.

Entreví una forma ondulada, que atravesaba la superficie del agua, a una media milla de la tierra. Distinguí una mandíbula ancha y abierta repleta de dientes crueles, con carne blanca de fondo. La bestia tendría unos cinco pies de largo y nadaba por medio de ondulaciones de su cuerpo sinuoso. Se lo conté a Nebogipfel, quien -utilizando una vez más ese conjunto enciclopédico de datos que guardaba en su cráneo- la identificó como un Champsosaurus: una vieja criatura, relacionada con el cocodrilo, y de hecho un superviviente de la época de los dinosaurios, una época ya olvidada en el Paleoceno.

Nebogipfel me dijo que en ese periodo los mamíferos acuáticos de mi siglo -la ballenas, los manatíes y similares- estaban en medio de su adaptación evolutiva al mar y todavía vivían como enormes y lentos animales terrestres. Mantuve los ojos abiertos en busca de una ballena terrestre que tomase el sol, porque estaba seguro de poder cazar un animal tan lento como ése, pero nunca vi una.

Cuando le quité el entablillado a Nebogipfel, pude ver que la carne había sanado. Sin embargo, Nebogipfel probó la articulación y dijo que no se había arreglado correctamente. No

era una sorpresa, pero ninguno de los dos podía pensar en una forma de mejorar la situación. Sin embargo, después de un tiempo, Nebogipfel pudo caminar, en cierta forma, con la ayuda de una muleta hecha con una rama, y se dedicó a cojear por el campamento como un lagarto seco.

Pero su ojo -que había destrozado con mi ataque en el taller no se recuperó, y siguió sin vista, para mi profundo arrepentimiento y vergüenza.

Al ser un Morlock, el pobre Nebogipfel no estaba muy confortable bajo la luz diurna del sol. Por lo que se acostumbró a dormir de día, dentro del refugio que había construido, y se movía durante las horas de oscuridad. Yo seguí a la luz del día, por lo que cada uno pasaba la mayor parte de sus horas de trabajo solo. Nos encontrábamos y hablábamos en el amanecer y al anochecer, aunque debo admitir que después de unas pocas semanas de aire puro, calor y trabajo físico intenso, estaba muy cansando a la hora de la puesta de sol.

Las palmeras tenían frondas grandes, y decidí coger algunas para utilizarlas en la construcción de un refugio mejor. Pero todos mis esfuerzos por arrojar objetos a los árboles no lograron hacer caer las palmas, y no tenía forma de cortar las palmeras. Por lo tanto, me vi obligado a quitarme los pantalones y trepar por los árboles como un mono. Una vez arriba, sólo tuve que arrancar las ramas y tirarlas al suelo. Las subidas eran agotadoras. Al aire puro del mar y a la luz del sol, tenía mejor salud y estaba más robusto; pero no soy joven, y pronto encontré los límites de mi habilidad atlética.

Con las palmas construí un refugio más sustancial, de ramas caídas cubiertas con palmas. Hice un gran sombrero de palmas para Nebogipfel. Cuando se sentaba a la sombra con aquello atado a la barbilla, desnudo por completo, parecía absurdo.

En lo que a mí respecta, siempre he tenido la piel pálida, y después de los primeros días sufría mucho por mi exposición al sol, y aprendí a ser precavido. La piel se me caía de la espalda, de los brazos y de la nariz. Me dejé crecer la barba para protegerme la cara, pero los labios se me hincharon, y lo peor fue la intensa quemadura en la calva. Me acostumbré a lavarme las quemaduras y a llevar el sombrero y lo que quedaba de la camisa durante todo el día.

Un día, después de un mes de aquello, mientras me afeitaba (empleaba trozos del coche del tiempo como cuchilla. y espejo), comprendí, de pronto, lo mucho que había cambiado. Mis dientes y ojos brillaban blancos en una cara marrón, mi estómago estaba tan plano como en mis días de universidad y caminaba con un sombrero de palmas, pantalones cortos y descalzo, con total naturalidad.

Me volví hacia Nebogipfel.

-¡Mírame! Mis amigos apenas me reconocerían. Me estoy convirtiendo en un aborigen.

Su cara sin barbilla no demostró ninguna expresión.

-Tú eres un aborigen. Esto es Inglaterra, ¿recuerdas?

Nebogipfel insistió en recuperar los restos del coche del tiempo del bosque. Podía ver su lógica, porque en los días siguientes necesitaríamos todos los trozos de material, especialmente los metales. Así que recuperamos el coche, y reunimos los trozos en un montón sobre la arena. Cuando las necesidades más urgentes de nuestra supervivencia estuvieron resueltas, Nebogipfel se dedicó a pasar mucho tiempo con los restos. Al principio no me interesé demasiado, ya que suponía que construía un anexo al refugio, o un arma de caza.

Sin embargo, una mañana, después de que se durmiese, estudié su proyecto. Había reconstruido la estructura del coche del tiempo; había rehecho el suelo, y construido una jaula de barras a su alrededor, todo atado con trozos de cable recuperados de la columna de dirección. Incluso había encontrado el interruptor azul que cerraba el circuito de plattnerita.

Hablé con él cuando se despertó.

-Intentas construir una nueva Máquina del Tiempo, ¿no?

Hundió los dientes en una fruta.

-No. Reconstruyo una.

-Tu intención está clara. Has reconstruido la estructura del circuito de plattnerita.

-Como dices, está claro.

-¡Pero es inútil hombre! -Me miré las manos encallecidas y sangrantes, y me descubrí resentido por su tarea, mientras yo luchaba por mantenernos con vida-. No tenemos plattnerita. La agotamos por completo, y no tenemos forma de fabricar más.
-Si construimos una Máquina del Tiempo -dijo-, podríamos escapar de esta época. Pero si no la construimos, seguro que no podremos escapar de aquí.
Gruñí.
-Nebogipfel, creo que deberías aceptar los hechos. Estamos atrapados, en lo más profundo del tiempo. Nunca encontraremos plattnerita aquí, no es una sustancia natural. No podemos fabricarla, ¡y nadie nos traerá una muestra, porque nadie sabe que estamos a diez millones de años!
Como respuesta, lamió la pulpa de la fruta.
-¡Bah! -Frustrado y enfadado, caminé por el refugio-. Emplearías mejor tu ingenio y esfuerzo fabricándome una pistola, para poder cazar algún mono.
-No son monos -dijo-. Las especies más comunes aquí son Miacis y Chriacus...
-Bien, lo que sean... ¡Oh!
Furioso, me marché.
Por supuesto, mis argumentos no hicieron ningún efecto, y Nebogipfel siguió con su paciente reconstrucción. No me ayudó en ninguna forma en mi intento de mantenernos con vida, y después de un tiempo acepté la presencia de la rudimentaria máquina, brillante, complicada y exquisitamente inútil, en la playa del Paleoceno.
Decidí que todos necesitamos esperanza, darle un propósito y estructura a nuestras vidas, y aquella máquina, tan incapaz de volar como un *Diatryma*, era la última esperanza de Nebogipfel.

4

ENFERMEDAD Y RECUPERACIÓN

Enfermé.
No podía ni levantarme del tosco jergón de palmas y hojas secas que me había hecho. Nebogipfel se vio obligado a cuidarme, tarea que realizó sin demasiada habilidad, pero con paciencia y persistencia.
Una vez, en lo más oscuro de la noche, estaba en un estado medio inconsciente y los dedos del Morlock palpaban mi cara y cuello. Imaginé que volvía a estar atrapado en la Esfinge Blanca y que los Morlocks se arremolinaban a mi alrededor para destruirme. Grité, y Nebogipfel se echó atrás; pero no antes de que levantase la mano y le golpease en el pecho. Aunque débil, conservaba fuerzas suficientes para derribar al Morlock.
Después me deslicé en la inconsciencia.
Cuando desperté de nuevo, Nebogipfel volvía a estar a mi lado, intentado pacientemente que tragase un poco de sopa de marisco.
Con el tiempo, recobré el sentido, y me encontré apoyado en el jergón. Estaba solo en el pequeño refugio. El sol estaba bajo, pero todavía podía sentir el calor del día. Nebogipfel me había dejado un poco de agua cerca; la bebí.
La luz fue apagándose, y la calurosa tarde oscura del trópico cubrió nuestro techo. La puesta de sol era magnífica, debido, según me había contado Nebogipfel, al exceso de cenizas depositado en la atmósfera por los volcanes del oeste de Escocia. El vulcanismo provocaría algún día la formación del océano Atlántico; la lava fluía hasta el Ártico, Escocia e Irlanda, y la zona de clima cálido en que nos encontrábamos se extendía hasta el norte de Groenlandia.
En el Paleoceno, Gran Bretaña ya era una isla, pero comparada con su configuración del siglo diecinueve, su punta noroeste se extendía a una gran altitud.

Librodot

El mar de Irlanda estaba todavía por formarse, por lo que Gran Bretaña e Irlanda formaban una única masa; pero el sudeste de Inglaterra estaba sumergido en el mar a cuya orilla vivíamos. El mar del Paleoceno era una extensión del mar del Norte; si hubiésemos fabricado un bote, podríamos haber navegado por el Canal de la Mancha hasta el corazón de Francia por la Cuenca de Aquitania, una masa de agua que a su vez se unía al mar de Tetis, un gran océano que bañaba los países mediterráneos.

Con la llegada de la noche, el Morlock salió de las sombras de la jungla. Se estiró -flexionando los músculos más como un gato que como un hombre- y se masajeó la pierna herida. Luego invirtió varios minutos en peinarse el pelo de la cara, pecho y espalda con los dedos.

AL final se acercó a mí. cojeando; la luz púrpura de la puesta de sol se reflejaba en sus gafas rotas. Me trajo más agua, y con la boca húmeda le dije:

-¿Cuánto tiempo?

-Tres días.

Tuve que evitar un escalofrío al oír su extraña voz líquida. Podrían pensar que a esas alturas ya me habría acostumbrado al Morlock; pero después de pasar tres días acostado indefenso, ¡fue un shock recordar que estaba aislado en un mundo hostil sólo con la compañía de un extraño del futuro lejano!

Nebogipfel me hizo algo de sopa. Cuando terminé de comer, el sol ya no estaba, y la única luz provenía de una rodaja de luna que colgaba del cielo. Nebogipfel se había quitado las gafas, y podía ver sus enormes ojos rojo grisáceo flotando por la oscuridad del refugio como la sombra traslúcida de la luna.

-¿Lo que quiero saber es -dije- qué me hizo enfermar?

-No estoy seguro.

-¿No estás seguro?

Me sorprendió aquella inusual admisión de limitaciones, ya que la amplitud y profundidad de conocimientos de Nebogipfel era extraordinaria. Yo imaginaba la mente de un hombre del siglo diecinueve como algo análogo a un viejo taller: lleno de información, pero almacenada de forma fragmentaria, en libros abiertos, trozos de notas y dibujos dispersos sobre una superficie plana. Frente a ese desorden, en comparación, la mente de un Morlock -gracias a las avanzadas técnicas educativas del año 657.208- estaba ordenada como el contenido de una buena enciclopedia, con los libros de la experiencia y el aprendizaje catalogados y guardados. Todo eso incrementaba el nivel práctico de inteligencia y conocimientos hasta un punto ni siquiera soñado por un hombre de mi época.

-Aun así -dijo-, no debe sorprendernos tu enfermedad. De hecho, me sorprende que no cayeses enfermo antes.

-¿Qué quieres decir?

Se volvió hacia mí.

-Eres un hombre de tu tiempo.

De pronto, entendí lo que quería decir.

Los gérmenes de las enfermedades se habían cobrado su parte de la humanidad desde el principio. De hecho, reducían a los antecesores prehumanos del hombre incluso en esa época antigua. Pero debido a esa criba horrible hemos desarrollado un cierto poder de resistencia. Nuestro cuerpo lucha contra todos los gérmenes y es inmune a algunos.

Imaginé todas aquellas generaciones humanas que todavía aguardaban en aquella remota época, aquellas almas humanas que parpadearían en la oscuridad como chispas, ¡antes de desaparecer para siempre! Pero aquellas pequeñas luchas no serían en vano, porque -con la muerte de miles de millones- el hombre ganaría su derecho sobre la Tierra.

Era diferente para el Morlock. En el siglo de Nebogipfel, ya quedaba poco de la forma arquetípica humana. Todo en el cuerpo Morlock -los huesos, la carne, los pulmones, el hígado- había sido alterado por máquinas para permitir, según Nebogipfel, el equilibrio perfecto entre longevidad y calidad de vida. Nebogipfel podía quedar herido, como ya había

visto, pero -según él- su cuerpo tenía tantas probabilidades de infectarse como una armadura. Y de hecho, no había visto señales de infección en la herida de su pierna, o de su ojo. Recordé que el mundo original de Elois y Morlocks había desarrollado una solución diferente, ya que no había visto enfermedades o infecciones allí, y poca podredumbre, por lo que había supuesto que era un mundo limpio de bacterias dañinas.

Yo, sin embargo, no tenía esa protección.

Después de mi primer roce con la enfermedad, Nebogipfel dedicó sus esfuerzos a aspectos más útiles de nuestra supervivencia. Me envío en busca de suplementos para la dieta, incluyendo cocos, tubérculos, frutas y hongos comestibles, que fueron añadidos a nuestra dieta básica de marisco y carne de esos animales y pájaros lo bastante estúpidos para dejarse atrapar con piedras y palos. Nebogipfel intentó fabricar medicinas simples: cataplasmas, tés de hierbas y cosas similares.

Mi enfermedad me sumió en una tristeza profunda y larga, porque era un peligro del viaje en el tiempo en que no había pensado antes. Temblé, y me rodeé el cuerpo con los brazos. La fuerza y la inteligencia podían derrotar a un *Diatryma*, y a otros masivos habitantes del Paleoceno, pero no me defendían del ataque de los monstruos invisibles llevados por el aire, el agua y la carne.

5

LA TORMENTA

Quizá si hubiese tenido experiencia con las condiciones tropicales antes de perderme en el Paleoceno, puede que hubiese estado preparado para la tormenta.

El día había sido más pesado y húmedo de lo normal, y el aire cerca del mar tenía esa extraña cualidad que se asocia con los próximos cambios de tiempo. Aquella tarde, cansado por el trabajo e incómodo, me alegré de dejarme caer en el jergón; pero el calor era tan intenso que el sueño tardó en llegar.

Me despertó el lento repiqueteo de las gotas de lluvia que caían sobre el techo de palmas. Podía oír la lluvia cayendo en el bosque -balas de agua que martilleaban las hojas- y golpeando la arena de la playa. No podía oír, o ver, a Nebogipfel; era la hora más oscura de la noche.

Luego la tormenta cayó sobre nosotros.

Era como si se hubiese abierto una tapa en el cielo. Galones de agua se lanzaban hacia abajo, empujando en un momento el techo de palmas. El débil refugio se desmoronó a mi alrededor, y quedé completamente empapado; todavía estaba de espaldas, y miraba la trayectoria de las gotas de lluvia que llegaban desde el cielo oscurecido por las nubes.

Luché por ponerme en pie, pero las palmas húmedas me lo impedían, y mi jergón se convirtió en un pantano de barro. Pronto quedé cubierto de barro y detritus, y con la lluvia que me golpeaba en la calva y que me caía en los ojos, estaba completamente ciego.

Para cuando pude ponerme en pie, me espantaba la rapidez con que se desmoronaba el refugio; todos los soportes habían caído, o se inclinaban mucho. Podía distinguir la estructura del vehículo del tiempo reconstruido por Nebogipfel, pero estaba completamente enterrado en los fragmentos del refugio.

Busqué en el montón empapado y resbaladizo, apartando palmas y trozos de tejido. Encontré a Nebogipfel: parecía una rata hiperdesarrollada, con el pelo pegado al cuerpo y las rodillas apretadas contra el pecho. Había perdido las gafas y se estremecía indefenso. Me alegré de haberle encontrado con tanta facilidad; la noche era su momento normal de operación, y podría haber estado en cualquier lugar a varias millas del refugio.

Me incliné para levantarlo, pero se volvió para mirarme, con el ojo roto como un pozo de oscuridad.
-¡El coche del tiempo! ¡Debemos salvar el coche del tiempo! -Apenas podía oír su voz líquida en medio de la tormenta. Volví a intentar levantarlo, pero sin fuerzas intentó apartarse de mí.
Con la lluvia golpeándome en la cabeza, rugí para protestar; pero, derrotado, fui a buscar el cacharro de Nebogipfel. Retiré muchas palmas de él, pero encontré la estructura hundida en el barro, todo enredado con telas, tazas y los restos de nuestros intentos de mobiliario. Agarré la estructura e intenté sacarla del barro por medio de la fuerza bruta, pero sólo conseguí doblarla y romper una de las esquinas.
Me enderecé y miré a mi alrededor. El refugio estaba completamente derruido. El agua ya corría desde el bosque hasta la arena y el océano. Incluso nuestro amigable torrente de agua limpia se ensanchaba y se hacía más furibundo, y amenazaba con salirse del cauce y arrastrarnos.
Abandoné el coche del tiempo y volví donde estaba Nebogipfel.
-No hay nada que hacer -le grité-. Tenemos que salir de aquí.
-Pero el vehículo...
-¡Tenemos que irnos! ¿No lo entiendes? ¡A este paso acabaremos en el mar!
Luchó por ponerse en pie; mechones de pelo le colgaban como ropa sucia. Intenté sostenerlo, pero trató de evitarme; si hubiese estado perfectamente, quizá lo habría logrado, pero su pierna dañada se lo impidió y lo atrapé.
-¡No pude salvarlo! -le grité en la cara-. ¡Tendremos suerte si salimos de ésta con vida!
Y después de eso, me lo puse al hombro y salí del refugio en dirección al bosque. Al instante me encontré vadeando pulgadas de agua y barro. Resbalé más de una vez en la arena, pero mantuve un brazo alrededor del cuerpo del Morlock.
Llegué al borde del bosque. Bajo las copas de los árboles, la presión de la lluvia era menor. Todavía estaba completamente oscuro, y me vi obligado a moverme entre tinieblas, pisando raíces y chocando con los troncos; la tierra estaba húmeda y era traicionera. Nebogipfel dejó de resistirse y se quedó pasivo en mi hombro.
Finalmente llegué al árbol que recordaba: grueso y antiguo, y con ramas laterales bajas que salían del tronco un poco por encima de mi cabeza. Coloqué al Morlock en una de las ramas, donde colgó como un abrigo mojado. Luego -con algo de esfuerzo, porque ya no estoy para esos trotes- me levanté del suelo y me senté en una de las ramas con la espalda contra el tronco.
Y allí nos quedamos hasta que pasó la tormenta. Dejé descansar una mano sobre la espalda del Morlock, para asegurarme de que no se caía o intentaba volver al refugio; tuve que soportar una lámina de agua que corría por el tronco, mi espalda y hombros.
Al llegar la aurora, el bosque se iluminó con una belleza feérica. Mirando las copas, vi que la lluvia caía por las hojas y se deslizaba tronco abajo hasta el suelo; no soy botánico pero estaba claro que el bosque era como una gigantesca máquina diseñada para sobrevivir a la depredación de una tormenta como aquélla mucho mejor que las torpes edificaciones de los hombres.
Al aumentar la luz me arranqué un trozo de tela del pantalón -no tenía camisa- y la até sobre la cabeza de Nebogipfel, para proteger sus ojos desnudos. Ni se movió.
La lluvia cesó a mediodía, y consideré que era seguro descender. Llevé a Nebogipfel hasta el suelo, y pudo caminar, pero me vi obligado a guiarle de la mano, ya que estaba ciego sin las gafas.
El día más allá de la jungla era brillante y fresco; había una agradable brisa en el mar, y nubes ligeras navegaban por un cielo casi inglés. Era como si el mundo hubiese renacido, y ya no quedase nada de la opresión de ayer.
Vacilé al acercarme a los restos del refugio. Vi fragmentos -trozos de la estructura destrozada y trozos de cáscara-todo medio enterrado en la arena. En medio había un bebé de *Diatryma*, picando con torpeza los escombros.

-¡Eh! -grité y corrí golpeándome la cabeza con las manos. La bestia huyó agitando la carne amarilla de las patas.
Busqué por entre los restos. Habíamos perdido la mayoría de nuestras posesiones, arrastradas por la lluvia. El refugio había sido algo mediocre y lo poco que teníamos eran fragmentos improvisados, pero había sido nuestro hogar y me sentí violado.
-¿Qué hay del aparato? -me preguntó Nebogipfel, girando su cara vendada de un lado a otro-. El coche del tiempo, ¿qué hay de él?
Después de excavar un poco, encontré algunos pocos soportes, tubos y placas, trozos de metal ahora incluso más doblados y destrozados que antes; pero la mayor parte del coche había acabado en el mar. Nebogipfel tocó los fragmentos con los dedos.
-Bien -dijo-, bien, tendrá que ser suficiente.
Y se sentó en la arena para buscar a ciegas trozos de tela y lianas, y comenzó una vez más la paciente construcción de un vehículo del tiempo.

6

CORAZÓN Y CUERPO

Nunca pudimos recuperar las gafas de Nebogipfel después de la tormenta, y resultó ser un gran handicap para él. Pero no se quejó. Como antes, se restringió a la sombra durante el día, y si se veía obligado a salir a la luz del atardecer o de la mañana, llevaba un sombrero de ala ancha y, sobre los ojos, una máscara con ranuras que le había hecho con la piel de un animal para permitirle ver algo.
La tormenta me causó un impacto mental además de físico, porque había comenzado a sentirme como si hubiese estado protegido de calamidades como aquélla. Consideré que debíamos llevar una vida más segura. Después de pensarlo, decidí que un refugio con base sólida y colocado sobre pilotes -eso es, por encima del camino de futuros monzones- era a lo que debíamos aspirar. Pero no podía confiar en las hojas caídas como material de construcción, ya que por naturaleza tienen forma irregular y a veces están podridas. Necesitaba troncos de árboles, y para eso necesitaba un hacha.
Por tanto, pasé algún tiempo como geólogo aficionado, buscando una formación rocosa adecuada. Finalmente encontré, en una capa de gravas en el área de Hampstead Heath, trozos redondos de pedernal y sílex. Pensé que debían de haber sido llevados allí por un río desaparecido.
Volví con esos tesoros al campamento con tanto cuidado como si fuese oro, o más, porque ese peso en oro no hubiese tenido ningún valor para mí.
Me dediqué a tallar el pedernal en la playa. Necesité muchos experimentos y malgasté mucho pedernal, hasta que encontré la forma de partir los nódulos en simpatía con los planos de la piedra, para formar bordes grandes y afilados. Mis manos eran torpes e inexpertas. Me había maravillado antes de las delicadas puntas de flecha y hachas de piedra que se exhibían en cajas de vidrio en los museos, pero sólo cuando intenté construir una comprendí el nivel de intuición ingenieril que habían tenido nuestros antecesores en la Edad de Piedra.
AL final construí una hoja que me pareció satisfactoria. La fijé a un trozo de madera, atándola con un trozo de piel de animal, y salí contento al bosque.
Volví menos de quince minutos después con los trozos de mi hacha en las manos; se había partido al segundo golpe, ¡sin apenas haber rozado la corteza del árbol!
Sin embargo, con unos cuantos experimentos más lo hice bien, y pronto me abrí paso a hachazos a través de un bosque de árboles jóvenes y rectos.

Librodot

Para el campamento permanente nos quedaríamos en la playa, pero me aseguré de que estuviésemos por encima de la línea de marea, y lejos de inundaciones del arroyo. Me llevó algo de tiempo excavar agujeros lo suficientemente profundos para los cimientos; pero logré levantar una estructura cuadrada de postes verticales, fijados con seguridad, y con una plataforma de madera a una yarda del suelo. El suelo estaba lejos de ser horizontal, y planeaba adquirir los conocimientos de una mejor fabricación de tablas algún día; pero cuando me tendí aquella noche en el suelo me pareció sólido y seguro, y cierta medida de seguridad me la daba el estar por encima de los peligros. ¡Casi deseaba que cayese otra tormenta sobre nuestras cabezas para probar el nuevo diseño!. Nebogipfel llevó los restos del coche del tiempo a la plataforma por medio de una pequeña escalera que le hice, y continuó allí su tenaz construcción.

Un día, al pasar por el bosque, fui consciente de un par de ojos brillantes que me observaban desde una rama baja.

Reduje el paso, cuidándome de no hacer ningún movimiento brusco, y cogí el arco que llevaba a la espalda.

La criatura tenía unas cuatro pulgadas de largo, y era como un lémur en miniatura. Tenía cara y cola de roedor, con incisivos bastante evidentes delante, patas con garras y ojos sospechosos. O era tan inteligente que pensaba que podría engañarme con su inmovilidad o tan estúpido que no me veía como un peligro.

Sólo fue un momento el colocar la flecha en la cuerda y disparar.

Mis habilidades cazadoras habían mejorado mucho con la práctica, y mis dardos y trampas tenían un éxito moderado; pero mucho menos con el arco y las flechas. La construcción de flechas era fácil, pero nunca pude encontrar madera de flexibilidad adecuada para un arco. Y normalmente, para cuando había conseguido preparar el arco, la mayoría de los blancos, divertidos por mis preparativos, habían huido en busca de refugio.

¡No aquel pequeño animal! Me miraba con poco más que oscura curiosidad mientras mi flecha torcida atravesaba el aire hacia él. Por una vez apunté bien, y la cabeza de pedernal clavó su cuerpo al tronco del árbol.

Volví a Nebogipfel orgulloso de mi pieza, porque los mamíferos nos eran útiles: no sólo como fuentes de alimento, sino también por su piel, dientes, grasa y huesos. Nebogipfel estudió aquel cadáver de roedor a través de su máscara.

-Quizá debería cazar más de éstos -dije-. Parece que la criaturita era incapaz de entender el peligro, hasta el final. ¡Pobre bestia!

-¿Sabes lo que es?

-Dime.

-Creo que es un *Purgatorius*.

-¿Y eso significa...?

-Es un primate: el primero conocido. -Parecía divertido.

Lancé un juramento.

-Pensé que ya habíamos discutido esto. ¡Pero incluso en el Paleoceno no puedes evitar encontrarte con los parientes! -Estudié el pequeño cadáver-. ¡Así que éste es el antepasado del mono, del hombre y del Morlock! Así que ésta es la insignificante semilla de la que crecerá un árbol que ocupará más mundos que éste... Me pregunto cuántos hombres, naciones y especies habrían nacido de este modesto animalillo si no lo hubiese matado. ¡Quizás he destruido una vez más mi propio pasado!

-Ni tú ni yo podemos evitar interaccionar con la historia -dijo Nebogipfel-. Cada vez que respiramos, cada árbol que cortas, cada animal que matas, crea un mundo nuevo en la multiplicidad de mundos. Eso es todo. No se puede evitar.

Después de eso, no pude tocar la carne de la pobre criatura. La llevé al bosque y la enterré.

Un día decidí seguir el arroyo de agua hasta su fuente, en el interior.

Salí al amanecer. Lejos de la costa el olor a sal y ozono desapareció, para ser remplazado por el húmedo y cálido del bosque de dipterocarpos, y por el perfume poderoso de las flores. El camino era difícil por la espesa vegetación del suelo. Había aún más humedad, y mi gorra de fibra de fruto de palmera pronto se mojó del todo; los sonidos a mi alrededor, el roce de la vegetación y los interminables trinos y crujidos del bosque, se hicieron más intensos en el aire pesado.

A mediodía había recorrido dos o tres millas, y había llegado hasta Brentford. Allí encontré un lago ancho y poco profundo, del que salía nuestro arroyo y otros, y al lago lo alimentaba otra serie de arroyos y ríos. Los árboles crecían cerca alrededor de aquel cuerpo de agua, y las plantas trepadoras colgaban de sus troncos y ramas bajas, incluyendo algunas que reconocí como calabazas y esponjas vegetales. El agua estaba tibia y era salobre, y me preocupaba beberla, pero el lago estaba repleto de vida. La superficie estaba cubierta de grupos de enormes nenúfares, en forma de tapas y de unos seis pies
de ancho, que me recordaban las plantas que había visto una vez en Turner's Waterlily House en el Royal Botanic Gardens en Kew (¡era irónico que el emplazamiento futuro de Kew estuviese a apenas una milla de allí!). Las azucenas parecían lo suficientemente fuertes para soportar mi peso, pero no comprobé esa hipótesis.

Sólo necesité unos minutos para improvisar una caña de pescar. Sonreí al imaginar la envidia de algunos de mis amigos pescadores -el viejo Filby, por ejemplo- ante mi descubrimiento de aquel oasis virgen.

Encendí un fuego y esa noche cené pescado asado y tubérculos.

Un poco antes del amanecer me despertó un extraño ulular. Me senté y miré a mi alrededor. El fuego ya se había apagado. El sol todavía no había salido; el cielo tenía ese tinte azul ultraterreno que prefigura un nuevo día. No hacía viento, y no se movía ni una hoja; una niebla pesada flotaba inmóvil sobre la superficie del agua.

Entonces distinguí un grupo de pájaros, a cien yardas de mí al otro lado del lago. Tenían plumas marrones y las patas largas como las de un flamenco. Caminaban sobre las aguas del borde del lago, o se quedaban sobre una pierna como esculturas exquisitas. Tenían la cabeza con la forma de un pato moderno, hundían el pico en la superficie y lo agitaban en el agua, evidentemente buscando comida.

La niebla se levantó un poco, y se reveló algo más del lago; vi que había una gran bandada de aquellas criaturas (que Nebogipfel identificó más tarde como *Presbyornis*), miles de ellas en una gran colonia. Se movían como fantasmas a través de una niebla vaporosa.

Me dije que aquel lugar no era más exótico que el cruce de Gunnersbury Avenue con Chiswick High Road, ¡pero es difícil imaginar una visión más alejada de Inglaterra!

A medida que pasaban los días en aquel paisaje sofocante y vital, mis recuerdos de la Inglaterra de 1891 me parecían más distantes y remotos. Encontré una gran satisfacción en la construcción, la caza y la recolección; y el baño de sol y la frescura del mar se combinaban para darme una sensación de salud, fuerza y experiencias inmediatas que había perdido desde la infancia. Ya no necesitaba el *pensamiento*, decidí; sólo había dos mentes conscientes en toda aquella panoplia del Paleoceno, y no veía de qué me serviría la mía a partir de aquel momento, sino para mantenerme vivo un poco más.

Era el momento de que el Corazón y el Cuerpo diesen su opinión. Y a medida que pasaban los días, mayor era mi sensación de la grandeza del mundo, de la inmensidad del tiempo, y de mi pequeñez y la de mis preocupaciones ante los múltiples panoramas de la historia. Yo ya no era importante, ni siquiera para mí mismo; y aquello fue una pequeña liberación del alma.

Después de un tiempo, incluso la muerte de Moses dejó de clamar en mi mente.

PRISTICHAMPUS

Los chillidos de Nebogipfel me despertaron. Una voz de Morlock, gritando, es como un borboteo: misterioso, pero escalofriante.

Me senté en la fría oscuridad; y por un momento imaginé que había vuelto a mi cama en Petersham Road, pero los olores y texturas de la noche del Paleoceno me arrollaron.

Me arrastré fuera del jergón y salté del suelo del refugio a la arena. Era una noche sin luna; y las últimas estrellas se apagaban en el cielo a medida que llegaba el sol. El mar se mecía plácido y la pared del bosque estaba oscura y quieta.

En medio de aquella fría tranquilidad azul, el Morlock cojeaba hacia mí en la playa. Había perdido la muleta y, me parecía, apenas podía tenerse erguido, y menos aún correr. Tenía el pelo revuelto, y había perdido la máscara; incluso mientras corría tenía que levantar las manos para cubrirse los ojos sensibles.

Y tras él, persiguiéndolo...

Tenía unos diez pies de largo y era en su forma general similar a un cocodrilo; pero las patas eran largas y flexibles, lo que le daba un aspecto alto como de caballo, completamente diferente al andar de un cocodrilo de mi época; estaba claro que aquella bestia se había adaptado a correr y cazar. Sus ojos rasgados estaban fijos en el Morlock, y cuando abrió la boca vi hileras de dientes como sierras.

¡La aparición estaba a una yarda de Nebogipfel!

Grité y corrí por el llano, moviendo los brazos, pero sabía que todo había acabado para Nebogipfel. Lloré por el Morlock perdido, pero -y me da vergüenza admitirlo- mi primer pensamiento fue para mí, porque con su muerte me quedaría solo en medio del Paleoceno...

Y fue en aquel momento, con sorprendente claridad, cuando se oyó el disparo de un rifle en el margen del bosque.

La primera bala falló, creo; pero fue suficiente para que la enorme cabeza se volviese, y para detener el avance de las poderosas piernas.

El Morlock cayó y quedó tendido en la arena; pero levantó los hombros y se arrastró sobre la barriga.

Hubo un segundo disparo y un tercero. El cocodrilo retrocedía a medida que las balas golpeaban su cuerpo. Encaró el bosque desafiante, abrió la boca y emitió un rugido que sonó como un trueno entre los árboles. Luego se lanzó sobre las largas y decididas piernas contra la fuente de aquellos impactos inesperados.

Un hombre -bajo, compacto, vestido con un uniforme- surgió del bosque. Levantó una vez más el rifle, apuntó al cocodrilo y mantuvo el tipo ante la aproximación de la bestia.

Llegué hasta Nebogipfel y lo ayudé a levantarse; temblaba. Nos quedamos de pie sobre la arena, juntos, y esperamos a que terminara el drama.

El cocodrilo no estaba ni a diez yardas del hombre cuando el rifle sonó de nuevo. El cocodrilo tropezó -vi que le salía sangre de la boca- pero se levantó sin apenas perder impulso. El rifle gritó, y una bala tras otra se hundieron en el inmenso cuerpo.

Al fin, a menos de diez pies del hombre, la bestia cayó con la mandíbula abierta; y el hombre -¡tan duro como puedan imaginarlo!- se hizo a un lado para dejarlo caer.

Encontré la máscara de Nebogipfel, y el Morlock y yo seguimos el camino del cocodrilo por la playa. Sus garras habían marcado la arena, y los últimos pasos estaban señalados por sangre, saliva y mucosidad. De cerca, el cocodrilo era aún más aterrador que de lejos; los ojos y la mandíbula estaban abiertos, los últimos ecos de vida hacían que se moviesen los músculos de las patas, y los pies removían la arena.

El Morlock estudió el cuerpo aún caliente.

-*Pristichampus* -dijo en voz baja.

Nuestro salvador puso el pie sobre el cuerpo de la bestia. De unos veinticinco años: tenía la mandíbula recta y mirada firme. A pesar de haber rozado la muerte, parecía muy relajado; nos

saludó con una sonrisa amable. Su uniforme estaba formado por pantalones marrones, botas pesadas y una chaqueta marrón; tenía una gorra azul en la cabeza. El visitante podría venir de cualquier época, o, suponía, de cualquier variante de la historia; pero no me sorprendió cuando el joven habló en un inglés directo y neutro.
-Horrible, ¿no? Un tipo duro; sin embargo... ¿Vio que tuve que dispararle a la boca antes de que cayese? E incluso así siguió avanzando. Hay que admitirlo, ¡fue una buena caza!
Ante sus modales relajados de oficial me sentí torpe, lerdo con mis pieles y barba. Alargué la mano.
-Señor, creo que le debo la vida de mi compañero.
Me cogió la mano y la agitó.
-No hay de qué. -Su sonrisa se ensanchó-. El señor..., supongo. -Había dicho mi nombre.
-¿Y usted es?
-Oh, lo siento. Mi nombre es Gibson. Teniente coronel Guy Gibson. Me alegro de haberlos encontrado.

8

EL CAMPAMENTO

Supuse que Gibson no estaba solo. Se puso el rifle al hombro, se volvió e hizo una señal hacia la jungla.
Dos soldados salieron de las sombras. El sudor había empapado las camisas de aquellos tipos y, a medida que salían a la luz del día, parecía que sospechaban de nosotros y estaban más incómodos que el teniente coronel. Creo que los dos era hindúes -cipayos, soldados del imperio-; sus ojos brillaban negros y feroces, y los dos. llevaban turbante y barba. Llevaban camisas caqui y pantalones cortos; uno cargaba una enorme arma automática a la espalda, y dos bolsas pesadas de cuero, evidentemente con munición para el arma. Las charreteras plateadas brillaban a la luz del Paleoceno; fruncieron el ceño ante el *Pristichampus* con indisimulada ferocidad.
Gibson nos dijo que él y sus compañeros participaban en una expedición de rastreo; habían recorrido una milla desde su campamento base, que estaba tierra adentro (me sorprendió que Gibson no nos presentase a los dos soldados. Esa pequeña descortesía -debido a la diferencia de rango- me parecía por completo absurda, ¡allá en una playa del Paleoceno con sólo un puñado de humanos en el mundo!).
Volví a agradecer a Gibson que rescatase al Morlock, y le invité a desayunar en el refugio.
-Está por la playa -dije, señalando; Gibson se puso la mano sobre los ojos para ver.
-Bien, parece... ah... parece una construcción sólida.
-¿Sólida? Yo diría que sí -contesté, y comencé un largo e incoherente discurso sobre los detalles del refugio inacabado, del que me sentía desmesuradamente orgulloso, y de cómo habíamos sobrevivido en el Paleoceno.
Guy Gibson se puso las manos a la espalda y escuchó con una expresión fija pero amable en la cara. Los cipayos me miraban sorprendidos y recelosos, con la manos siempre cerca de las armas.
Después de unos minutos sentí, algo tarde, la desatención de Gibson. Dejé que mi cháchara terminara.
Gibson le echó un vistazo a la playa.
-Creo que les ha ido muy bien. Sorprendentemente. Supongo que unas pocas semanas de Robinson Crusoe me hubiesen vuelto loco por la soledad. Quiero decir, ¡faltan cincuenta millones de años para que abran los bares!

Librodot

Me reí del chiste -que no supe responder- y me sentí algo avergonzado por mi orgullo exagerado ante mis triunfos mediocres frente aquella visión de activa competencia.
-Pero mire -siguió Gibson con amabilidad-, ¿no cree que es mejor que vengan con nosotros a la Fuerza Expedicionaria? Después de todo, hemos venido aquí a buscarles. Tenemos provisiones decentes, y herramientas modernas -miró a Nebogipfel, y añadió, algo más dubitativo-, y puede que el doctor pueda hacer algo por el pobre hombre. ¿Necesitan algo de ahí? Podemos volver más tarde.
No necesitábamos nada -¡no tenía que volver a recorrer esos cientos de yardas de playa nunca más!-, pero sabía que con la llegada de Gibson y su gente mi breve idilio había terminado. Miré el rostro franco y práctico de Gibson y supe que jamás encontraría palabras para expresarle lo que había perdido.
Con los cipayos como guías, y con el Morlock apoyándose en mi brazo, nos encaminamos al interior de la jungla.
Lejos de la costa el aire era caliente y pegajoso. Nos movíamos en fila con los cipayos al frente y a la espalda, y Gibson, el Morlock y yo entre ellos; llevé al pobre Morlock en brazos durante casi todo el viaje. Los cipayos seguían mirándonos recelosos, aunque después de un rato apartaron las manos de las pistoleras. Durante todo el tiempo que caminamos juntos no nos dijeron ni una sola palabra a Nebogipfel o a mí.
La expedición de Gibson venía de 1944, seis años después de nuestra huida, durante el asalto alemán a la Bóveda de Londres.
-¿La guerra sigue?
-Me temo que sí -dijo y parecía muy triste-. Por supuesto, respondimos al brutal ataque sobre Londres. Les devolvimos mil por uno.
-¿Participó en esas acciones?
Al caminar, miró -aparentemente fue un gesto involuntario- a las cintas de servicio que llevaba en la túnica. No reconocí ninguna -no me interesa lo militar y algunas de aquellas medallas no habían sido inventadas en mi época-, pero supe más tarde que eran la Orden de Servicios Distinguidos y la Cruz y Barra del Aire: grandes honores, especialmente para alguien tan joven. Gibson habló sin dramatismo:
-Vi algo de acción, sí. Unas pocas salidas. Tengo mucha suerte de estar aquí para contarlo. Muchos buenos chicos no fueron tan afortunados.
-¿Y esas salidas fueron efectivas?
-Yo diría que sí. Les destrozamos las Bóvedas, no mucho después de que ellos nos hiciesen el mismo favor.
-¿Y las ciudades de debajo?
Me miró.
-¿Qué cree? Sin la Bóveda, una ciudad está indefensa frente a los ataques aéreos. Puedes lanzar una andanada desde tu ochenta y ocho...
-¿«Ochenta y ocho»?
-Los alemanes tienen un cañón antiaéreo de ocho punto ocho centímetros. Muy útil como arma de campo así como contra Juggernauts, aparte de su propósito original: un diseño muy bueno... De cualquier forma, si el piloto del bombardero consigue burlar ese fuego puede lanzar lo que le apetezca sobre la ciudad.
-¿Y el resultado después de seis años de eso es...?
Se encogió de hombros.
-Supongo que ya no quedan muchas ciudades. Al menos, no en Europa.
Estimé que habíamos llegado a las cercanías de South Hampstead. Atravesamos una línea de árboles para llegar a un claro. Era un espacio circular de un cuarto de milla de diámetro, pero no era natural: los tocones del borde demostraban que habían volado el bosque o lo habían cortado. Al aproximarnos pude ver soldados con el torso desnudo que se abrían paso por entre la vegetación con sierras y machetes, para ampliar el espacio. Habían eliminado toda

vegetación de la tierra en el claro y la habían endurecido con varias capas de palmas, todo hundido en el barro.
En el centro del claro había cuatro Juggernauts como los que había visto en 1873 y 1938. Las bestias ocupaban inmóviles los lados de un cuadrado de cien pies de ancho, con las portillas abiertas como las bocas de animales sedientos; los mayales antiminas colgaban sueltos e inútiles de los tambores al frente, y los colores verde y marrón de los cascos estaban manchados de guano y hojas caídas. Había otros vehículos y materiales repartidos por el campamento, incluyendo algunos vehículos blindados ligeros y pequeñas piezas de artillería sobre ruedas.
Gibson me dio a entender que aquélla sería la localización de un campo de Juggernauts en 1944.
Los soldados trabajaban por todas partes y, cuando penetré en el claro al lado de Gibson y con Nebogipfel cojeando a mi lado, los soldados dejaron de trabajar como un solo hombre y nos miraron con curiosidad.
Llegamos al patio formado por los cuatro Juggernauts. En el centro había un asta de bandera blanca en la que ondeaba la enseña del Reino Unido, llamativa, caída e incongruente. Había un grupo de tiendas en el patio. Gibson nos invitó a sentarnos en unas sillas de tela al lado de la mayor. Un soldado -delgado, pálido e incómodo bajo el calor- salió de uno de los Juggernauts. Supuse que sería el ordenanza de Gibson, porque el teniente coronel le ordenó traernos algunos refrescos.
Mientras estuvimos allí sentados, el trabajo del campamento siguió a nuestro alrededor; era la actividad de una colmena, como parece que siempre ocurre en las instalaciones militares. La mayoría de los soldados llevaba un equipo completo de jungla con camisa cruzada y pantalones con tobilleras; en la cabeza llevaban sombreros ligeros o sombreros de paja de (me dijo Gibson) diseño australiano. Llevaban sus insignias provisionales cosidas a la camisa o al sombrero, y casi todos portaban armas: bandoleras de cuero para armas de poca munición, bolsas de lona, y así. Todos llevaban las charreteras pesadas que recordaba de 1938. Bajo el calor y la humedad, la mayoría de los soldados estaban desaliñados.
Vi a un tipo con un traje blanco que le cubría de la cabeza a los pies; llevaba guantes gruesos y un casco ligero que le cubría la cabeza, con un visor que le servía para mirar. Trabajaba en el panel abierto de uno de los Juggernauts. Comenté que el pobre tipo debía de estar fundiéndose en el calor con semejante traje; Gibson me explicó que el traje era de asbesto y que servía para protegerle del calor de los motores.
No todos los soldados eran hombres -creo que dos quintos del centenar de personas eran mujeres- y la mayoría tenía heridas de algún tipo, quemaduras y demás, e incluso, aquí y allá, algún miembro protésico. Comprendí que el terrible desgaste de la juventud de Europa había continuado desde 1938, hasta requerir los servicios de los heridos y de la mujeres.
Gibson se quitó las botas y se masajeó los pies lanzándome una sonrisa lastimera. Nebogipfel bebió un vaso de agua, mientras el ordenanza nos sirvió a Gibson y a mí una taza del tradicional té inglés; ¡té, en el Paleoceno!
-Han construido una colonia-le dije a Gibson.
-Supongo que sí. Es sólo instrucción. -Dejó las botas en el suelo y sorbió el té-. Por supuesto, pertenecemos a un montón de cuerpos. Supongo que se ha dado cuenta.
-No -dije con franqueza.
-Bueno, la mayoría pertenece al ejército de tierra. -Señaló a un soldado que llevaba una insignia caqui en el hombro-. Pero algunos pertenecemos, como él y yo, a la RAF
-¿RAF?
-La Real Fuerza Aérea. Los hombres de traje gris han comprendido finalmente que somos los más capacitados para conducir estos monstruos de hierro, ya sabe. -Un soldado de tierra pasó al lado, miró con ojos desorbitados a Nebogipfel y Gibson le dedicó una sonrisa fácil-. Por supuesto, no nos importa llevar a esos caminantes terrestres. Mejor que dejar que lo hagáis vosotros mismos, ¿no, Stubbins?

Stubbins -flaco, de pelo rojo, con una cara amplia y amigable devolvió la sonrisa, casi con timidez, pero claramente encantado por la atención de Gibson: todo eso sin contar que debía de ser un pie más alto que el diminuto Gibson, y algunos años mayor. Reconocí en los modales relajados de Gibson la marca de un líder natural.
-Ya llevamos aquí una semana -me dijo Gibson-. Supongo que es sorprendente que no nos encontrásemos antes.
-No esperábamos visita -le dije seco-. Si lo hubiésemos hecho, supongo que habríamos encendido fuegos o preparado alguna otra forma de señalar nuestra presencia.
Me guiñó un ojo.
-Nosotros también hemos estado muy ocupados. Tuvimos un trabajo del demonio los primeros dos días. Tenemos un buen equipo, los científicos nos dejaron bien claro que, en una perspectiva muy amplia, el clima de la querida y vieja Inglaterra es muy variable, por lo que nos vinimos preparados para todo, desde abrigos hasta pantalones cortos. Aun así, no esperábamos estas condiciones tan tropicales: no aquí, ¡el medio de Londres! Las ropas parece que se caen a trozos, se pudren literalmente en nuestras espaldas, y los enganches de metal se corroen, las botas no se agarran a este barro, ¡incluso mis calcetines han encogido! Y el resto se lo comen las ratas. -Frunció el ceño-. Al menos, creo que son las ratas.
-De hecho, es probable que no -contesté-. ¿Los Juggernauts? Clase Kitchener, ¿no?
Gibson alzó una ceja, claramente sorprendido por mi alarde de conocimiento.
-En realidad, apenas podemos mover los Juggernauts: las malditas patas de elefante se hunden en este barro interminable...
Una voz clara y familiar habló a mi espalda:
-Me temo que está usted un poco atrasado, señor. La clase Kitchener, incluyendo el viejo *Raglan*, fue desechada hace años.
Me giré en la silla. Se aproximaba una figura vestida con el uniforme de los Juggernauts. Caminaba con una cojera pronunciaba, y tenía la mano extendida para saludar. Cogí la mano; era pequeña pero fuerte.
-Capitana Hilary Bond -dije con una sonrisa.
Me miró de pies a cabeza, deteniéndose en la barba y en las ropas de pieles.
-Está usted un poco más desastrado, pero sigue siendo inconfundible. ¿Sorprendido de verme?
-Después de unas dosis de viajes en el tiempo, ¡nada me sorprende demasiado, Hilary!

9

LA FUERZA EXPEDICIONARIA DEL TIEMPO

Gibson y Bond me explicaron el propósito de la Fuerza Expedicionaria del Tiempo.
Gracias al desarrollo de pilas de fisión de carolinio, los británicos y americanos habían conseguido producir plattnerita en cantidades razonables poco después de mi partida. ¡Los ingenieros ya no tenían que depender de las pequeñas muestras encontradas en mi laboratorio! Todavía se temía que guerreros del tiempo alemanes preparasen algún ataque por sorpresa al pasado inglés y, además, se sabía por los restos del *Imperial College* que Nebogipfel y yo debíamos de haber viajado decenas de millones de años en el pasado. Por tanto, se construyó con rapidez una flota de Juggernauts capaces de viajar en el tiempo, y se les equipó con instrumentos que podían detectar la presencia sutil de plattnerita (entendí que por el origen radiactivo de la sustancia). Ahora aquella fuerza expedicionaria iba al pasado en saltos de cinco millones de años o más.
¡Su misión era rada menos que proteger la historia de Gran Bretaña de ataques anacrónicos del enemigo!

Cuando se hacía una parada, se realizaba un gran esfuerzo por estudiar el periodo; y por tanto los soldados habían recibido entrenamiento apresurado para ser científicos aficionados: climatólogos, ornitólogos y así. Los muchachos realizaban un estudio rápido pero efectivo de la flora, fauna, clima y geología del periodo, y la mayor parte del diario de Gibson lo empleaba en resumir esas observaciones. Vi que los soldados, todos hombres y mujeres comunes, habían aceptado la tarea con buen humor y sonrisas, como lo hace ese tipo de gente y -me parecía claro- demostraban un saludable interés por la naturaleza del extraño valle del Támesis del Paleoceno que nos rodeaba.

Pero centinelas nocturnos patrullaban el perímetro del campamento, y soldados con prismáticos pasaban el día mirando el aire y el mar. Cuando se ocupaban de esas actividades, los soldados no demostraban el humor y la curiosidad amable que caracterizaba sus actividades científicas: en su lugar, el temor y la determinación eran evidentes en los rostros y en las líneas de los ojos.

Después de todo, aquella fuerza estaba allí no para estudiar las flores, sino para buscar *alemanes*: enemigos humanos que viajaban en el tiempo, en medio de las maravillas del pasado.

Orgulloso como estaba de mis logros para sobrevivir en aquella época extraña, abandoné con gran alivio el traje de pieles y me vestí con el traje tropical ligero y confortable de aquellos soldados que viajaban en el tiempo. Me afeité, me lavé -¡con agua tibia, limpia y jabonosa!- y me lancé a una comida de carne de soja enlatada. Y de noche, me tumbé seguro y en paz en un jergón dé tela con una mosquitera, y con la estructura poderosa de los Juggernauts a mi alrededor.

Nebogipfel no se estableció en el campamento. Aunque el que Gibson nos descubriese provocó celebración -ya que el propósito principal de la expedición había sido el encontrarnos-, el Morlock pronto se convirtió en el objeto de patente fascinación de los soldados. Por lo tanto, el Morlock volvió a nuestro campamento original a orillas del mar.

No me opuse, porque sabía que estaba deseoso de continuar con la construcción de su aparato del tiempo; incluso cogió prestadas herramientas de la Fuerza Expedicionaria. Como recordaba su encuentro con el *Pristichampus*, insistí en que no estuviese solo, sino que lo acompañase yo o un soldado armado.

En lo que a mí respecta, después de un día o dos me aburrí de descansar en aquel campamento tan ajetreado -no soy un hombre ocioso por naturaleza- y pedí participar en las actividades de los soldados. Pronto demostré mi valía compartiendo mis conocimientos dolorosamente adquiridos sobre la fauna y flora locales, y sobre la geografía de los alrededores. Había muchos enfermos en el campamento -los soldados no estaban más preparados que yo para las infecciones de la época- y eché una mano ayudando al solitario doctor del campamento, un joven perpetuamente cansado que pertenecía al Noveno de Rifles Gurkha.

Después de mi primer día no vi mucho a Gibson, que se esforzaba en los diminutos detalles de la operación diaria de la Fuerza Expedicionaria, y -para mi enfado- en una gran carga de burocracia, formularios e informes que debía llevar al día, ¡y todo para beneficio de un Whitehall que no existiría durante cincuenta millones de años! Me formé la idea de que Gibson se sentía inquieto e impaciente por el viaje en el tiempo. Creo que habría sido más feliz si hubiese podido continuar sus misiones de bombardeo sobre Alemania, que me describía con increíble claridad. Hilary Bond tenía mucho tiempo libre -sus actividades eran más importantes en los momentos en que los grandes acorazados atravesaban los siglos- y ejercía de anfitriona de Nebogipfel y mía.

Un día caminábamos los dos por el borde del bosque, cerca de la costa. Bond se abrió paso a través de la espesa vegetación. Cojeaba, pero tenía el paso elegante y seguro. Me describió los progresos de la guerra desde 1938.

-Había imaginado que la destrucción de las Bóvedas representaría el fin de todo -dije-. No entiendo... quiero decir: ¿por qué luchan ahora?

-¿Quieres decir que debía haber sido el final de la guerra? Oh, no. Supongo que ha sido el final de la vida de ciudad por un tiempo. La población ha sido muy castigada. Pero tenemos los búnkers. Desde ahí se hace la guerra ahora, y allí están las fábricas de municiones y lo demás. No creo que sea un siglo para las ciudades.
Recordé la barbarie que había visto en el campo fuera de la Bóveda de Londres, e intenté imaginar la vida en un refugio permanente: conjuré una imagen de niños de ojos vacíos que corrían por túneles oscuros, y una población reducida por el miedo al servilismo y el salvajismo.
-¿Y para qué es la guerra? -pregunté-. Los frentes... el asalto de Europa...
Bond se encogió de hombros.
-Bien, se oyen muchas cosas sobre grandes avances aquí y allá:
Un último Esfuerzo, ese tipo de cosas. -Bajó la voz-. Pero, y no creo que importe demasiado si discutimos esto aquí, los aeronautas ven algo de Europa, aunque sea de noche y a la luz de las bombas, y corren rumores. Y no creo que las trincheras se hayan movido desde 1935. Estamos atrapados, eso es.
-No puedo imaginar por qué luchar ahora. Los países están acabados, industrial y económicamente. Con seguridad, ninguno representa una amenaza para el resto; y ninguno tiene ya nada que valga la pena coger.
-Quizá sea cierto -dijo-. Creo que a Gran Bretaña sólo le queda lo suficiente para reconstruir los campos una vez que acabe la guerra. ¡No conquistaremos durante un tiempo! Y, siendo la situación como es, el punto de vista de Berlín debe de ser muy similar.
-Entonces, ¿por qué seguir?
-*Porque no podemos permitirnos parar*. -Bajo el bronceado que había conseguido en el Paleoceno podía ver rastros de la antigua palidez de Bond-. Hay informes... rumores, pero algunos muy fundados, de desarrollos tecnológicos alemanes ....
-¿Desarrollos tecnológicos? Quieres decir *armas*.
Nos alejamos del bosque y fuimos hasta la costa. El aire estaba caliente, y dejamos que el agua nos corriese por las botas.
Conjuré la Europa de 1944: las ciudades derruidas y, desde Holanda hasta los Alpes, millones de hombres y mujeres intentaban causarse daños irreparables unos a otros... En aquella paz tropical, todo parecía absurdo... ¡un sueño febril!
-¿Pero qué puede inventarse -dije protestando- que pueda provocar aún más daño del ya causado?
-Se habla de bombas. Un nuevo tipo... más poderoso que nada visto hasta ahora... hablan de bombas que contienen carolinio. -Recordé las especulaciones de Wallis sobre ese tema en 1938-. Y por supuesto está la Guerra de Desplazamiento Cronológico.
»No podemos dejar de luchar si eso significa dejar que los alemanes tengan el monopolio de tales armas. -Su voz tenía un deje de calmada desesperación-. Lo *entiendes*, ¿no? Por eso hemos corrido tanto por construir pilas atómicas, por conseguir carolinio, por producir más plattnerita... por eso se han invertido tantos recursos en esos Juggernauts para viajar por el tiempo.
-¿Y esos saltos en el tiempo persiguiendo a los alemanes? ¿Para hacérselo a ellos antes de que, ellos os lo hagan a vosotros?
Alzó el mentón y me miró desafiante.
-O para arreglar los daños que produzcan. Ésa es otra forma de verlo, ¿no?
No discutí, aunque Nebogipfel lo hubiese hecho, la inutilidad final de aquella empresa; porque estaba claro que los filósofos de 1944 no habían comprendido la multiplicidad de las historias como lo había hecho yo bajo la guía del Morlock.
-Pero -dije protestando- el pasado es un lugar muy amplio. Vinisteis a buscarnos, ¿pero cómo sabíais que estaríamos aquí? ¿Cómo pudisteis llegar ni a un millón de años de nosotros?
-Teníamos pistas --dijo.
-¿Qué clase de pistas? ¿Quieres decir los restos del *Imperial College*?

-En parte, pero también arqueológicas.
-¿*Arqueológicas*?
Me lanzó una mirada extraña.
-Mira, estoy segura de que no quieres oírlo...
¡Eso, por supuesto, no hizo sino incrementar mi curiosidad! Insistí.
-Bien. Ellos, los científicos, conocían el área donde habíais escapado al pasado, en los terrenos del *Imperial College*, por lo que realizaron una investigación arqueológica intensiva de la zona. Se excavaron pozos...
-Dios del cielo -dije-. ¡Buscaban mis huesos fosilizados!
-Y los de Nebogipfel. El razonamiento era que si se encontraba algo anómalo, huesos o herramientas, podríamos situaros razonablemente bien por la posición en los estratos...
-¿Y los hubo? -Se calló de nuevo y tuve que insistir. Hilary...
-Encontraron un cráneo.
-¿Humano?
-Más o menos. -Vaciló-. Pequeño y algo deformado, situado en un estrato, cincuenta millones de años anterior a cualquier resto humano, *y partido de un mordisco por la mitad*.
Pequeño y deforme. ¡Comprendí que debía ser el de Nebogipfel! ¿Podría ser el resultado del encuentro con el *Pristichampus* pero en una historia en la que Gibson no intervino?
¿Yacían mis huesos, rotos y convertidos en piedra, en algún pozo vecino por descubrir?
Sentí un escalofrío a pesar del calor del sol en cabeza y espalda. De pronto, aquel brillante mundo del Paleoceno parecía difuso, una transparencia; a través de la cual brillaba la inmisericorde luz del tiempo.

-Así que detectaron nuestro rastro de plattnerita y nos encontraron -dije-. Pero supongo que os sentisteis defraudados de encontrarme sólo a mí, ¡de nuevo!, y no una horda de prusianos belicosos. Pero ¿no ves que hay una paradoja?
Habéis desarrollado los acorazados del tiempo porque teméis que los alemanes hagan lo mismo. Bien. Pero la situación es simétrica: desde *su* punto de vista, los alemanes deben de temer que *vosotros* utilicéis esas máquinas del tiempo primero. Cada bando se comporta en la forma apropiada para provocar la peor reacción de su oponente. Y ambos os dirigís a la peor situación de todas.
-Puede que sea así -dijo Bond-. Pero si los alemanes poseen tecnología de viajes en el tiempo, eso sería una catástrofe para la causa aliada. El papel de esta expedición es cazar viajeros alemanes y evitar cualquier daño que los alemanes puedan infligir a la historia.
Alcé las manos al aire y las aguas del Paleoceno anegaron mis talones.
-Pero... maldita sea, Capitana Bond... ¡faltan cincuenta millones de años hasta el nacimiento de Cristo! Qué sentido puede tener aquí ese breve conflicto entre la Inglaterra y la Alemania del remoto futuro?
-No podemos descansar -dijo con una sonrisa de cansancio-. ¿No lo entiendes? Debemos perseguir a los alemanes, incluso hasta el principio de la creación si es necesario.
-¿Y dónde se parará esta guerra? ¿Consumiréis toda la eternidad antes de acabar? ¿No ves que eso... -señalé con la mano para indicar el terrible futuro de ciudades destruidas y cavernas subterráneas llenas de personas-, todo eso, es imposible? ¿O seguiréis hasta que sólo queden dos hombres, sólo dos, y el último se vuelva contra su vecino para partirle el cráneo con un trozo de escombro? ¿Eh?
Bond se volvió -la luz del mar resaltó las línea de su cara- y no me contestó.

Ese periodo de calma, después del primer encuentro con Gibson, duró cinco días.

Librodot

10

LA APARICIÓN

Era un mediodía brillante y despejado, y yo había pasado la mañana poniendo mis pequeñas habilidades de enfermero al servicio del doctor gurkha. Sentí alivio cuando acepté la invitación de Hilary Bond de dar otro de nuestros paseos por la playa.

Atravesamos rápidamente el bosque -a esas alturas, los soldados habían limpiado varios caminos que radiaban del campamento central- y, cuando llegamos a la playa, me quité las botas y los calcetines, los tiré al borde del bosque y me metí en el agua. Hilary Bond también se quitó su calzado, un poco más decorosamente, y lo colocó en la arena junto con sus armas. Se levantó las perneras del pantalón -pude ver que su pierna izquierda era algo deforme, la piel estaba contraída por una vieja quemadura- y se metió en la espuma tras de mí.

Me quité la camisa (éramos muy informales en aquel campamento del antiguo bosque) y hundí la cabeza y el torso en el agua transparente, a pesar de que se me mojaban los pantalones. Aspiré hondo, disfrutando de todo: del calor del sol en la cara, del roce del agua, de la suavidad de la arena entre los dedos, del aroma de la sal y el ozono.

-Veo que te gusta venir aquí -dijo Hilary con una sonrisa tolerante.

-Sí, mucho. -Le conté que estaba ayudando al doctor-. ¿Sabes?, estoy dispuesto a ayudar. Pero a las diez de hoy mi cabeza estaba tan llena de cloroformo, éter y antisépticos, ¡además de olores más terrenales!, que...

Ella levantó las manos.

-Entiendo.

Salimos del agua y me sequé con la camisa. Hilary cogió la pistola, pero dejamos las botas en la playa, y paseamos por la orilla del mar. Después de una docena de yardas vi las marcas que indican la presencia de *Corbiculas*, los numerosos bivalvos que habitaban la playa. Nos echamos en el suelo; le enseñé a coger aquellas criaturas. En pocos minutos teníamos un buen montón; y los bivalvos se secaban al sol a nuestro lado.

AL coger los bivalvos con la fascinación de un niño, la cara de Hilary, con el pelo aplastado por el agua, se iluminaba de placer por aquel logro simple. Estábamos solos en la playa -podíamos haber sido los dos únicos humanos en el mundo del Paleoceno- y podía sentir los pinchazos del sudor en la cabeza, y la arena me raspaba la espinilla. Todo estaba impregnado del calor animal de la mujer a mi lado; como si los mundos múltiples se hubiesen concentrado en un solo momento de intensidad, en el aquí y ahora.

Quería comunicarle algo de eso a Hilary.

-¿Sabes...?

Pero se enderezó y volvió la cara hacia el mar.

-Escucha..

Miré a mi alrededor desorientado, el borde del bosque, el mar, el ciclo vacío. El único sonido era el roce de la brisa en las copas de los árboles, y el murmullo de las olas.

-¿Que escuche qué?

Su expresión se había vuelto dura y llena de sospecha. -El rostro de un soldado, inteligente y temeroso.

-Un *monomotor*-dijo concentrada-. Es un Daimler-Benz DB, doce cilindros. Creo... -Se puso en pie de un salto e hizo sombra con la mano.

Entonces yo también lo oí; mis viejos oídos iban retrasados. Era un rasgueo distante -como un insecto enorme y lejano- que venía del mar.

-Mira -dijo Hilary señalando-. Allá. ¿Lo ves?

Seguí el brazo de Hilary y recibí en recompensa una visión de algo: una distorsión que colgaba sobre el mar, hacia el este. Era un trozo de alteridad, una espiral no mayor que la luna llena, una refracción brillante manchada de verde.

Luego tuve la impresión de algo sólido en medio, que se congelaba y giraba; y luego vi una forma oscura y dura, como una cruz, que bajaba del cielo, desde el este, desde la dirección que correspondía a una Alemania todavía por nacer. El ruido aumentó.
-Dios mío -dijo Hilary Bond-. Es un Messerschmitt, un Águila; parece un BF 109F...
-*Messerschmitt*... Eso es alemán -dije, algo estúpido.
Me miró.
-Por *supuesto* que es alemán. ¿No lo entiendes?
-¿Qué?
-Es un avión alemán. Es *die Zeitmaschine*, que viene a cazarnos.
Al acercarse a la costa, la nave viró en el aire, como una gaviota en vuelo, y comenzó a volar en paralelo a la orilla. Con gran ruido, y tan rápido que Hilary y yo tuvimos que girar en la arena para seguir su vuelo, pasó por encima de nuestras cabezas, ni a cien pies del suelo.
La máquina tenía unos treinta pies de largo, y quizás un poco más de ala a ala. La hélice giraba en la parte delantera difuminada por la velocidad. La parte inferior de la nave estaba pintada de un azul grisáceo, y la parte superior llevaba manchas marrones y verdes. Las cruces estridentes del fuselaje y las alas señalaban claramente el país de origen de la nave, y había más símbolos militaristas en la superficie pintada: una cabeza de águila, una espada en alto y más. La parte inferior era suave, exceptuando la carga: una masa metálica en forma de gota de unos seis pies de largo, pintada de azul.
Durante unos momentos Bond y yo nos quedamos allí, tan sorprendidos por aquella súbita aparición como si fuese un milagro.
El joven dentro de mí -la sombra del pobre y desaparecido Moses- se emocionó al ver aquella máquina elegante. ¡Qué aventura para el piloto! ¡Qué imagen tan gloriosa! Y qué coraje extraordinario se debía de precisar para elevar aquella máquina en el aire ennegrecido por el humo de la Alemania de 1944 -elevarla tanto que el paisaje del corazón de Europa se reducía a un mapa, un mantel cubierto de arena, mar y bosques, y pequeñas gentes- y luego cerrar el interruptor que la lanzaba en el tiempo. Imaginaba que el Sol debía saltar sobre la nave como un meteoro, mientras que bajo el casco, el paisaje, convertido en plástico por el tiempo, fluía y se deformada...
Entonces, las alas brillantes viraron de nuevo y el ruido de la hélice se precipitó sobre nosotros. La nave se elevó y se alejó sobre el bosque en dirección a la Fuerza Expedicionaria.
Hilary corrió por la playa, y su cojera dejó cráteres desiguales en la arena.
-¿Adónde vas?
Llegó hasta las botas y comenzó a ponérselas, ignorando los calcetines.
-Al campamento, por supuesto.
-Pero... -Me quedé mirando nuestro pequeño y patético montón de bivalvos-. Pero no puedes ir más rápido que el Messerschmitt. ¿Qué harás?
Cogió su pistola y se puso derecha. Como respuesta, me miró, con expresión vacía. Luego se volvió y se abrió camino por entre las palmeras que bordeaban la jungla, y desapareció bajo las sombras de los dipterocarpos.
El ruido del Messerschmitt se desvaneció entre los árboles. Me quedé solo en la playa, con los bivalvos y las olas.
Parecía todo tan irreal: ¿la guerra importada a aquel idilio del Paleoceno? No sentía miedo, simplemente me sentía trastornado.
Luché contra la inmovilidad, y me preparé para seguir a Bond en el bosque.
Ni siquiera había llegado hasta las botas cuando una voz pequeña y líquida llegó flotando sobre la arena hasta mí:
-¡No...! Vete al agua... ¡No...!
Era Nebogipfel:. el Morlock venía cojeando hacia mí, cavando pequeños pozos con la muleta. Vi que le colgaba un trozo suelto de la máscara.
-¿Qué? ¿No ves lo que pasa? *Die Zeitmaschine*...

Librodot

-El agua. -Colgaba de la muleta tan fláccido como un muñeco, y sus jadeos le rompían el pecho. Sus jadeos eran tan intensos que las sílabas eran apenas audibles-. El agua... debemos meternos en el...
--Éste no es momento de nadar, ¡hombre! -bramé indignado-. No ves que...
-No lo entiendes -dijo jadeando-. Tú. No... Ven...
Me volví, sorprendido; y miré el bosque. Ahora podía ver la forma elusiva de *die Zeitmaschine* al volar sobre las copas de los árboles, con la pintura verde y azul formando una mancha destacable contra el follaje. La velocidad era extraordinaria, y el ruido lejano era como el zumbido furibundo de un insecto.
Luego oí el *staccato* de la artillería y el silbido de las bombas.
-Contraatacan -le dije a Nebogipfel, atrapado en el embrujo de la guerra-. ¿No lo ves? La máquina voladora debe de haber detectado a la Fuerza Expedicionaria, pero disparan sus armas...
-*El mar* -dijo Nebogipfel. Se agarró a mi brazo con dedos tan débiles como los de un niño, y era un gesto de tal urgencia y súplica que tuve que apartar los ojos de la batalla aérea. La máscara sólo dejaba ver ranuras de sus ojos, y su boca era una línea doblada hacia abajo-. Es el único refugio cercano. Puede ser suficiente...
-¿Refugio? La batalla está a dos millas. ¿Cómo podrían dañarnos si nos quedamos en esta playa vacía?
-Pero la bomba... la bomba que llevaba el alemán; ¿no la viste...? -El pelo le colgaba desmadejado del cráneo-. Las bombas de esta historia no son muy avanzadas, poco más que un montón de carolinio puro... Pero son eficientes a pesar de eso.
» ¡No hay nada que puedas hacer por la expedición! Ahora no... debemos esperar a que termine la batalla. -Me miró fijamente-. ¿No lo entiendes? Ven -dijo y volvió a agarrarme el brazo. Había arrojado la muleta, por lo que se apoyaba en mí.
Como un niño, dejé que me guiase al agua.
Pronto llegamos a una profundidad de cuatro pies o más. El Morlock estaba cubierto hasta los hombros; me invitó a hundirme más, por lo que yo también quedé inmerso en el agua.
Sobre la jungla, el Messerschmitt ladeó y volvió de nuevo, volando como un pájaro depredador de metal y petróleo; la artillería disparaba a *die Zeitmaschine* y las balas se convertían en nubes de humo, que se deslizaban por el aire del Paleoceno.
Debo admitir que me emocionaba aquel encuentro aéreo -el primero que había visto-. Mi mente se llenaba de imágenes de los conflictos que debían de llenar los aires de Europa en 1944: vi hombres que cabalgaban los vientos y que mataban y caían como los ángeles de Milton. Aquélla era la apoteosis de la guerra, pensé: ¿qué era la brutal miseria de las trincheras comparada con aquel triunfo noble, con aquel precipitado descenso a la gloria o la muerte?
El Messerschmitt hizo una espiral para evitar los proyectiles, casi con tranquilidad, y comenzó a elevarse. En lo más alto pareció flotar, sólo durante un momento, a cientos de pies por encima de la tierra.
Entonces vi que la bomba -el letal contenedor de metal pintado de azul- se separaba de su padre, con delicadeza, y comenzaba a caer.
Una bomba surgió del bosque y abrió un agujero en un ala de la máquina voladora. Hubo una erupción de llamas, y *die Zeitmaschine* entró en barrena envuelta en humo.
Lancé un silbido.
-¡Buen tiro! Nebogipfel, ¿lo viste?
Pero el Morlock había entrado más en el agua, y me agarró la cabeza con la mano.
-Abajo -dijo-. Métete en el agua.
Mi última imagen de la batalla fue el trazo de humo que marcaba el camino del Messerschmitt caído y, antes, una estrella brillante, casi demasiado brillante para mirarla, que era la bomba.
Hundí la cabeza en el mar.

11

LA BOMBA

En un instante, desapareció la luz amable del sol del Paleoceno. Un resplandor púrpura inundó el aire por encima del agua. Un sonido inmenso rompió sobre nuestras cabezas: había comenzado como el sonido de una gran explosión, pero acompañado por un rugido y por los ruidos de choques y roturas. Todo quedaba aplacado por las pulgadas de agua que tenía encima, pero aun así era tan fuerte que tuve que cubrirme los oídos con las manos; grité, y las burbujas escaparon de mi boca y me rozaron la cara.

El fragor inicial se apagó, pero el rugido continuó. Pronto agoté el aire, y tuve que sacar la cabeza fuera del agua. Respiré hondo, y me quité el agua de los ojos.

El ruido era muy fuerte. La luz que venía del bosque era demasiado intensa, pero mis ojos conservaban la impresión de una gran bola de fuego carmesí que parecía girar, en medio del bosque, como algo vivo. Los árboles habían quedado convertidos en astillas alrededor de aquel fuego, y fragmentos enormes de dipterocarpo se elevaban en el aire con la misma facilidad que las cerillas. Vi animales que corrían, huyendo del terror de la tormenta: una familia *Diatryma*, con las plumas revueltas y chamuscadas, huyó hacia el agua; allí también venía un *Pristichampus*, un hermoso adulto, golpeando la arena con los pies.

Ahora parecía que la bola de fuego atacaba a la misma tierra, como si penetrase en ella. Del corazón del bosque destruido, volaban por los aires soplos de vapor incandescente y fragmentos de roca; todos estaban claramente saturados de carolinio, ya que cada uno era el centro de una energía arrasadora y candente, por lo que era como contemplar el nacimiento de una familia de meteoritos.

Un fuego inmenso y compacto comenzó en el corazón del bosque, en respuesta al toque divino de destrucción del carolinio; las llamas saltaron cientos de pies, formando entre ellas un cono de luz ondulante alrededor del centro del impacto. Una nube de cenizas y humo, acompañada de fragmentos, comenzó a formarse como una nube de tormenta sobre las llamaradas. Y atravesando la nube como un puño de luz había un pilar de vapor supercaliente, que surgía del cráter producido por la bomba de carolinio, un pilar iluminado en rojo desde abajo como si fuese un volcán en miniatura.

Nebogipfel y yo sólo podíamos refugiarnos en el agua, sumergiéndonos todo lo posible y, en los momentos en que teníamos que salir, poner los brazos sobre la cabeza por temor a la lluvia de fragmentos ardientes.

Finalmente, horas después, Nebogipfel decidió que ya era seguro volver a tierra.

Estaba agotado y sentía los brazos muy pesados. Me dolían las quemaduras dé cuello y cabeza y tenía una sed espantosa; pero aun así tuve que llevar al Morlock durante casi todo el camino a la orilla, porque sus pocas fuerzas le habían abandonado mucho antes de que acabase nuestro sufrimiento.

La playa no se parecía en nada al lugar agradable en que había recogido bivalvos con Hilary Bond unas horas antes. La arena estaba llena de fragmentos del bosque -la mayoría trozos de ramas y troncos, muchos todavía ardían- y varios arroyos enlodados se abrían paso por la superficie agujereada. El calor que venía del bosque era todavía insoportable -todavía ardía la mayor parte de él- y el resplandor alto y rojizo de la columna de carolinio brillaba en las aguas agitadas. Tropecé con un cadáver quemado, creo que era una cría de *Diatryma*, y encontré un trozo de arena razonablemente limpia. Limpié la cubierta de cenizas que se había depositado allí, y dejé al Morlock en tierra.

Librodot

Encontré un riachuelo y cogí un poco de agua con la mano. El líquido estaba lleno de lodo y marcado con hollín -supuse que el agua se había contaminado por los fragmentos quemados de árboles y animales-, pero mi sed era tan grande que no me quedó más remedio que beberla.
-Vaya -dije y mi voz quedó reducida a un gemido por el humo y el cansancio-,esto sí que está bien. El hombre ha estado presente en el Paleoceno durante menos de un año... ¡y ya hemos hecho esto!
Nebogipfel se movía. Intentó meter el brazo debajo del cuerpo, pero apenas podía levantar la cara de la arena. Había perdido la máscara, y los delicados y grandes párpados de sus ojos estaban llenos de arena. Me sentí tocado por una extraña ternura. Una vez más, aquel Morlock desgraciado había tenido que sufrir la devastación de la guerra entre los humanos -entre miembros de mi propia especie degenerada- y había sufrido las consecuencias.
Can el mismo cuidado como si levantase a un niño, lo cogí del suelo, le di la vuelta, y lo senté derecho; las piernas le colgaban como trozos de cuerda.
-Ten paciencia, hombre -le dije-. Ahora estás a salvo.
Su rostro ciego se volvió hacia mí, su ojo bueno dejaba caer lágrimas inmensas. Murmuró unas sílabas líquidas.
-¿Qué? -Me incliné para oír-. ¿Qué dices?
Cambió al inglés .
... no estamos a salvo...
-¿Qué?
-No estamos a salvo aquí, en absoluto...
-Pero por qué? El fuego no puede alcanzarnos.
-El fuego no... *las radiaciones*... Incluso cuando se apague... durante semanas, o meses, todavía habrá partículas radiactivas... las radiaciones penetran en la piel... No es un lugar seguro.
Agarré su cara con las manos; y en aquel momento -quemado y sediento hasta lo indecible- sentí ganas de abandonarlo, sentarme en aquella playa destruida, sin que me importasen los fuegos, las bombas y las partículas radiactivas: sentarme y aguardar a que la oscuridad final se cerrase a mi alrededor. Pero con mis últimas fuerzas dije:
-Entonces nos iremos de aquí, y trataré de encontrar un lugar para descansar.
Ignoré el dolor de mi piel cuarteada de hombros y cara, deslicé las manos debajo de su cuerpo y lo levanté.
Era muy tarde, y la luz se iba del cielo. Después de algo así como una milla, estábamos lo bastante lejos para que el cielo estuviese limpio de humo, pero el pilar púrpura sobre el cráter de carolinio iluminaba el cielo oscurecido, casi tanto como las lámparas que encendían la Bóveda de Londres.
Me sorprendió un *Pristichampus* joven que salió del bosque. La boca amarillenta estaba completamente abierta en un intento de enfriarse, y vi que arrastraba una de las patas; parecía ciego y aterrorizado.
El *Pristichampus* pasó a nuestro lado y huyó, gritando de forma sobrenatural.
Podía sentir una vez más la arena limpia bajo los pies y podía oler la sal del mar, un vapor que comenzó el trabajo de limpiar la peste a cenizas y humo de mi cabeza. El océano permanecía plácido e inamovible, la superficie parecía aceitosa a la luz del carolinio, a pesar de la estupidez de la humanidad; le di las gracias a aquella masa paciente, porque el mar me había acogido salvando mi vida mientras mis compañeros se masacraban mutuamente.
Ese ensueño quedó roto por una llamada lejana.
-*Hoooola*...
Venía de la playa. A algo así como un cuarto de milla de mí distinguí una figura ondulante que se me acercaba.
Durante un momento me quedé quieto, incapaz de moverme; supongo que había asumido, en un rincón morboso de mi alma, que todos los miembros de la Fuerza Expedicionaria habían muerto en la explosión atómica, y que Nebogipfel y yo estábamos solos en el tiempo.

El otro tipo era un soldado que había estado lo suficientemente lejos de la acción para seguir ileso, porque vestía el uniforme estándar de verde jungla, camisa cruzada, sombrero y pantalones con tobilleras. Llevaba una ametralladora ligera, con bolsas de munición. Era alto, esquelético, y pelirrojo; y me parecía familiar. No tenía ni idea de cuál podía ser *mi* aspecto: un caos terrible, supongo, con el pelo y la cara quemados, ojos en blanco, desnudo a excepción de los pantalones, y con la carga inhumana de un Morlock en brazos.
El soldado se echó atrás el sombrero.
-Éste es un buen lío, ¿no, señor? -Tenía el acento teutónico del noreste de Inglaterra.
Recordé quién era.
-Stubbins, ¿no?
-Exacto, señor. -Se volvió y señaló la playa-. Estaba cartografiando esa zona. Estaba a unas seis o siete millas cuando vi al alemán venir desde el agua. Tan pronto vi que la gran columna de llamas se elevaba... bueno, sabía lo que era. -Miró hacia el campamento dubitativo.
Cambié el peso intentado ocultar mi cansancio.
-Pero no debe regresar al campamento todavía. El fuego todavía arde... y Nebogipfel dice algo sobre emisiones radiactivas.
-y-Quién?
En respuesta, levanté un poco al Morlock.
-Oh, *él*. -Stubbins se rascó la parte de atrás de la cabeza.
-No podrá ayudar en nada, Stubbins... todavía no.
Suspiró.
-Bien, señor, ¿entonces qué hacemos?
-Creo que deberíamos seguir en la playa un poco más, y buscar refugio para esta noche. Creo que estaremos a salvo, no creo que después de esto ningún animal de Paleoceno sea tan estúpido para atacar a un hombre esta noche, pero quizá deberíamos encender un fuego. ¿Tiene cerillas, Stubbins?
-Oh, sí, señor. -Se palpó el bolsillo del pecho, y las cajas sonaron-. No se preocupe por eso.
-No lo haré.
Retomé el paso seguro por la playa, pero los brazos me dolían excesivamente, y me parecía que me temblaban las piernas. Stubbins notó mi incomodidad y con amabilidad silenciosa se colgó la ametralladora a la espalda y levantó al Morlock. Era fuerte y no parecía incomodarle llevar a Nebogipfel.
Caminamos hasta encontrar un lugar apropiado en el borde del bosque y allí establecimos el campamento para la noche.

12

LAS SECUELAS DE LA BOMBA

La mañana comenzó fresca y clara. Desperté antes que Stubbins. Nebogipfel seguía inconsciente. Caminé hacia la playa y la orilla del mar. El sol se levantaba ante mí sobre el océano; su calor ya se dejaba sentir. Oía los ruidos de la fauna del bosque, ya ocupada con sus pequeñas preocupaciones; y una forma oscura -pensé que era una raya- se deslizó por las aguas a unas pocas yardas de la costa.
En aquellos primeros momentos del nuevo día, parecía que el mundo del Paleoceno permanecía vigoroso e ileso como antes de la llegada de Gibson y su expedición. Pero el pilar de fuego púrpura todavía salía de la herida en el corazón del bosque, elevándose miles de pies e incluso más. Trozos en llamas -trozos de roca fundida- volaban al lado del pilar en arcos

Librodot

parabólicos. Y sobre todo aquello todavía permanecía una nube en forma de paraguas de polvo y vapor, con los bordes rotos por efecto del viento.
Desayunamos agua y frutos. Nebogipfel, abatido, débil y con la voz convertida en un quejido, nos aconsejó a Stubbins y a mí que no volviésemos al campamento destruido. Por lo que sabíamos, nos dijo, los tres podíamos ser los únicos en el Paleoceno, y debíamos pensar en sobrevivir en el futuro. Nebogipfel defendía que debíamos emigrar más lejos varias millas, nos dijo- y establecer un campamento en un lugar mejor, a salvo de las emisiones radiactivas del carolinio.
Pero vi en los ojos de Stubbins, y en lo más profundo de mi propia alma, que aquel plan nos era imposible a ambos.
-Yo vuelvo -dijo finalmente Stubbins, con una brusquedad que superaba su amabilidad natural-. Oigo lo que dice, señor, pero el hecho es que podría haber personas enfermas y moribundas allí. No puedo abandonarlas. -Se volvió hacia mí, y su cara honesta y sincera se arrugó por la preocupación-. No estaría bien, ¿verdad que no, señor?
-No, Stubbins -dije-. No estaría nada bien.
Y así fue, con el día todavía en sus comienzos, como Stubbins y yo caminamos por la playa en dirección al campamento. Stubbins todavía vestía el equipo de jungla, que había pasado el día anterior sin problemas; yo, por supuesto, llevaba sólo lo que quedaba de los pantalones que llevaba en el momento del bombardeo. Incluso había perdido las botas, y no me sentía bien equipado. No teníamos suministros médicos, exceptuando las vendas y ungüentos que Stubbins llevaba para su propio uso. Habíamos recogido frutos de las palmeras, sacado la leche y llenado las cáscaras con agua fresca. Stubbins y yo llevábamos cinco o seis cáscaras al cuello atadas con trozos de liana. Pensábamos que con eso podíamos dar algún alivio a las víctimas del bombardeo que encontrásemos.
Había un ruido permanente producido por la detonación lenta y continua de la bomba: un sonido anónimo, como el temblor de una cascada. Nebogipfel nos había hecho prometer que nos mantendríamos a más de una milla del centro; y para cuando llegamos a la parte de la playa que, por lo que suponíamos, estaba a una milla del centro, el sol ya estaba en lo alto del cielo. Ya nos encontrábamos bajo la sombra de la nube ponzoñosa; y el brillo púrpura era tan intenso que proyectaba ante mí una sombra en la playa.
Nos lavamos los pies en el mar. Dejé descansar las rodillas doloridas, y disfruté del sol en la cara. Irónicamente, seguía siendo un día hermoso, con el cielo despejado y el mar bañado en luz. Observé que la acción de la marea había reparado los daños producidos en la playa por los humanos el día antes: los bivalvos volvían a esconderse en la arena, y vi una tortuga correteando, tan cerca que casi podíamos tocarla.
Me sentía muy viejo e inmensamente cansado: muy fuera de lugar allí, en el amanecer del mundo.
Dejamos la playa y nos metimos en el bosque. Penetramos en la oscuridad con temor. Nuestro plan era adentrarnos en el bosque alrededor del campamento, siguiendo un círculo de seguridad de una milla de radio. La geometría escolar nos indicaba que tendríamos que recorrer seis millas antes de volver a llegar al santuario de la playa; pero sabía que sería difícil, si no imposible, trazar un arco preciso, y suponía que la travesía completa sería mucho mayor, y que nos llevaría algunas horas.
Estábamos lo bastante cerca del centro de la explosión para ver muchos árboles caídos y rotos -árboles destruidos en un momento- y nos vimos obligados a sortear los troncos y las copas quemados. E incluso cuando los efectos de la explosión eran menos evidentes vimos las cicatrices de la tormenta de fuego, que convertía grupos enteros de dipterocarpos en montones de troncos desnudos y quemados, como un inmenso paquete de cerillas. La corteza de los árboles estaba dañada; y la luz llegaba hasta el suelo y era más intensa de lo habitual. Pero aun así, el bosque seguía siendo un lugar de sombras; y el brillo púrpura de aquella letal explosión continua daba un tono enfermizo a los restos de árboles y fauna.

Librodot

No era sorprendente que los animales y pájaros supervivientes -incluso los insectos- hubiesen huido del bosque herido. Caminábamos en una quietud extraña que sólo rompían nuestros propios pasos y la respiración continua y caliente del pozo de fuego de la bomba.
En algunos lugares la madera caída estaba todavía tan caliente como para producir vapor e incluso emitir un brillo rojizo, y pronto los pies se me llenaron de quemaduras y ampollas. Me até hierbas a las plantas de los pies para protegerlas, y recordé que había hecho lo mismo para salir del bosque que había quemado en el año 802.701. Varias veces nos encontramos el cadáver de algún pobre animal que había quedado atrapado en un desastre más allá de su comprensión; a pesar del fuego, el proceso de putrefacción del bosque trabajaba vigorosamente, y tuvimos que soportar la peste de la podredumbre y la muerte mientras caminábamos. En una ocasión pisé los restos licuados de alguna pequeña criatura -creo que era un *Planetetherium*- y el pobre Stubbins tuvo que esperarme mientras yo, disgustado, raspaba los restos del animal de la planta del pie.
Después de una hora más o menos, llegamos hasta una forma inmóvil y encorvada en el suelo del bosque. El olor era tan intenso que me vi obligado a ponerme lo que quedaba del pañuelo sobre la nariz. El cuerpo estaba tan quemado que al principio pensé que era el cadáver de una bestia -una cría de *Diatryma* quizá-, pero luego oí la exclamación de Stubbins. Fui a su lado; allí vi, al final de un miembro ennegrecido extendido por el suelo, la mano de una mujer. La mano, por algún sorprendente accidente, no había sido dañada por el fuego; los dedos estaban doblados, como si durmiese, y un pequeño anillo de oro brillaba en el anular.
El pobre Stubbins se metió entre los árboles y le oí vomitar. Me sentí tonto, impotente y desolado al estar en medio de aquel bosque destruido con las cáscaras llenas de agua colgándome del cuello.
-¿Qué hacemos si todo es así, señor? -me preguntó Stubbins-. Ya sabe, así. -No podía mirar al cadáver, o señalarlo-. ¿Qué hacemos si no encontramos a nadie con vida? ¿Qué hacemos si todos han muerto, quemados de esta forma?
Le puse una mano en el hombro, y busqué unas fuerzas que no sentía.
-Si es así, volveremos a la playa y buscaremos la forma de sobrevivir -dije-. Lo haremos lo mejor que podamos; eso es lo que haremos, Stubbins. Pero no debe rendirse... apenas hemos empezado a buscar.
La blancura de sus ojos resaltaba en el rostro ennegrecido por las cenizas como el de un deshollinador.
-No -dijo-. Tiene razón. No debemos rendirnos. Lo haremos lo mejor que podamos; ¿qué otra cosa podemos hacer? Pero...
-¿Sí?
-Oh... nada -dijo; y comenzó a preparar su equipo, listo para seguir.
¡No tenía que acabar la frase para que entendiese lo que quería decir! Si todos habían muerto exceptuándonos a nosotros dos y al Morlock, entonces, Stubbins lo sabía, nos sentaríamos en nuestro refugio de la playa, hasta que muriésemos. Y luego la marea cubriría nuestros huesos y eso sería todo; tendríamos suerte de dejar restos fósiles, para ser descubiertos por familias curiosas que cavasen en sus jardines en Hampstead o Kew, cincuenta millones de años en el futuro.
Era una perspectiva terrible y fútil; ¿y qué -querría saber Stubbins- era lo mejor que podíamos hacer?
En medio de un silencio ominoso, abandonamos el cuerpo quemado de la chica y continuamos.

No teníamos forma de medir el paso del tiempo en el bosque y el día era largo en medio de aquella horrorosa destrucción; porque incluso el sol parecía haber renunciado a su travesía diaria por el cielo, y las sombras de los tocones de los árboles no parecían ni acortarse ni alargarse por el suelo. Pero en realidad debía de ser una hora más tarde cuando oímos un crujido impresionante que se nos acercaba desde el interior del bosque. Al principio no

Librodot

podíamos precisar la fuente del ruido -los ojos de Stubbins, abiertos y temerosos, eran tan blancos como el marfil en la penumbra- y esperamos conteniendo la respiración.
Una forma se acercó, surgiendo de las sombras quemadas, cojeando y tropezando con los tocones; era una figura ligera, claramente afligida, pero, sin duda, claramente humana.
Con el corazón en un puño, me eché a correr, sin que me preocupase la vegetación quemada a mis pies. Stubbins corrió a mi lado.
Era una mujer, pero con el rostro y la parte superior del cuerpo quemados, y tan negros que no podía reconocerla. Se echó en nuestros brazos con un suspiro, como de alivio.
Stubbins sentó a la mujer en el suelo con la espalda contra un tronco. Musitó torpes palabras cariñosas mientras realizaba la operación:
-No se preocupe... todo saldrá bien, yo la cuidaré... -decía con voz ahogada.
Ella todavía llevaba los restos chamuscados de la camisa cruzada y los pantalones caqui, pero el conjunto estaba negro y roto; sus brazos estaban muy quemados, especialmente la parte interior del antebrazo. Tenía la cara chamuscada --debía de haber mirado la explosión-, pero había, lo vi ahora, bandas de carne intacta en la boca y los ojos, que estaban ilesas. Supuse que se había colocado los brazos sobre la cara cuando se había producido la explosión, dañando los antebrazos pero protegiéndose parte del rostro.
Abrió los ojos: eran de un azul intenso. La boca se abrió, y salió un rumor de insecto; me incliné más para escuchar, evitando mi repulsión y el horror que me producían la nariz y las orejas destrozadas.
-Agua. Por amor de Dios... *agua*...
Era Hilary Bond.

13

EL RELATO DE BOND

Stubbins y yo nos quedamos con Hilary durante algunas horas, dándole sorbos de agua. Periódicamente Stubbins salía en rondas circulares por el bosque, gritando para llamar la atención de más supervivientes. Intentamos curar las heridas de Hilary con el equipo de primeros auxilios de Stubbins; pero su contenido -bueno para cortes y arañazos- no podía tratar quemaduras tan intensas y severas como las de Hilary:
Hilary estaba débil, pero coherente, y pudo hacer un relato racional de lo que había visto del bombardeo.
Después de dejarme en la playa, había ido por el bosque todo lo rápido que podía. No estaba ni a una milla del Messerschmitt.
-Vi la bomba caer por el aire -dijo en un murmullo-. Sabía que era carolinio por la forma en que ardía... No lo había visto antes, pero había oído contarlo... y pensé que todo había acabado. Me quedé paralizada como un conejo, o como una idiota, y para cuando recobré el sentido común, sabía que no tenía tiempo de echarme al suelo, o esconderme tras los árboles. Me eché los brazos a la cara...
El resplandor había sido brillante hasta lo inhumano.
-La luz me quemó la carne.., Era como si se abriesen las puertas del infierno... podía sentir que se me fundían las mejillas, y al mirar podía ver que la punta de mi nariz ardía como una pequeña vela... era extraordinario... -Le dio un ataque de tos.
Luego llegó el golpe -«como un gran viento»- y se cayó de espaldas. Rodó por el suelo del bosque hasta que chocó con una superficie dura -supongo que el tronco de un árbol- y, de pronto, ya no supo más.

Cuando recobró el conocimiento, el pilar de llamas púrpura y carmesí se elevaba como un demonio desde el bosque, con sus asistentes familiares de tierra fundida y vapor. A su alrededor, los árboles estaban destrozados y quemados, aunque -por casualidad- estaba lo bastante lejos del centro para evitar la mayor parte del daño, y no la habían herido las ramas que caían.

Se tocó la nariz y sólo recordaba la espesa curiosidad al desprendérsele un trozo.

-Pero no sentí dolor, es extraño... aunque -dijo tenebrosa- se me compensó pronto...

Yo escuchaba en un silencio morboso, veía claramente en mi mente la mujer esbelta alta y torpe que había buscado bivalvos conmigo, unas pocas horas antes de aquella terrible experiencia.

Hilary creía haber dormido. Cuando despertó, el bosque estaba muy oscuro -las primeras llamas habían disminuido- y, por alguna razón, el dolor se había mitigado. Se preguntó si sus nervios habían quedado destruidos.

Con gran esfuerzo, estaba ya muy débil por la sed, se puso en pie y se acercó al centro de la explosión.

-Recuerdo el resplandor de las explosiones continuas de carolinio, el púrpura ultraterreno que brillaba al moverme entre los árboles... El calor se incrementó, me pregunté cuánto podría acercarme antes de verme forzada a retroceder.

Había llegado hasta el límite del espacio de aparcamiento de los Juggernauts.

-Apenas podía ver, tal era el brillo del carolinio, y había un rugido, como agua corriente -dijo-. La bomba había caído en el centro del campamento, el alemán era competente, era como un volcán en miniatura, con humo y llamas incluidos

»El campamento está destrozado y quemado, la mayoría de nuestras posesiones destruidas. Incluso los Juggernauts han quedado convertidos en chatarra: de los cuatro, sólo uno conserva la forma, aunque abierto en canal; los otros están abiertos como juguetes, quemados y destrozados. No vi a nadie -dijo-. Creo que esperaba... -Vaciló-. Horrores. Esperaba horrores. Pero no había nada, no quedaba nada de ellos. Oh, menos una cosa, lo más extraño. -Puso la mano sobre mi brazo; las llamas la habían convertido en una garra-. En la superficie de aquel Juggernaut, la pintura había desaparecido, menos en un lugar, donde había una mancha con forma... era como la sombra de un hombre agachado. -Me miró fijamente con los ojos brillando en el rostro en ruinas-. ¿Me entiendes? *Era* una sombra, la de un soldado, no sé de quién, atrapada en una explosión tan intensa que la carne se había evaporado y los huesos quedaron dispersos. Y sin embargo quedó la sombra en la pintura. -Su voz era monótona, desapasionada, pero tenía los ojos llenos de lágrimas-. ¿No es extraño?

Hilary había vagado por el borde del campamento durante un rato. Convencida de que no encontraría a nadie con vida, tenía la idea lejana de buscar suministros. Pero, dijo, sus ideas eran pocas y confusas, y el dolor residual tan intenso que amenazaba con superarla; y, con las manos dañadas, descubrió que era imposible buscar por entre los restos quemados del campamento con un mínimo de sentido.

Por tanto, había intentado llegar al mar.

Después apenas podía recordar nada de su vagar por el bosque; había durado toda la noche, y aun así se había alejado tan poco del lugar de la explosión que supuse que había andado en círculo hasta que Stubbins y yo la encontramos.

14

SUPERVIVIENTES

Stubbins y yo decidimos que lo mejor sería sacar a Hilary del bosque, lejos de las emisiones dañinas del carolinio, y llevarla a nuestro campamento de la playa, donde el ingenio avanzado de Nebogipfel podría encontrar una forma de hacerle la vida más confortable. Pero estaba muy claro que Hilary no tenía fuerzas para caminar más. Por tanto, improvisamos una camilla con dos ramas largas, con mis pantalones y la camisa de Stubbins atados entre ellas. Tuvimos cuidado con las ampollas y colocamos a Hilary en el cacharro. Gritó cuando la movimos, pero en cuanto la colocamos en la camilla su incomodidad se alivió.

Recorrimos el bosque de vuelta a la playa. Stubbins iba delante, y pronto pude ver que su espalda huesuda se llenaba de sudor y polvo. Caminaba torpemente por la oscuridad y las lianas y ramas bajas le pegaban en la cara; pero no se quejó, y mantuvo sus manos firmemente alrededor de los mangos de la camilla. Yo, siguiéndole en calzoncillos, agoté pronto mis fuerzas, y los músculos me empezaron a temblar. En ocasiones, me parecía imposible que pudiese levantar los pies para dar otro paso, o seguir sosteniendo la camilla. Pero, al mirar la determinación estoica de Stubbins frente a mí, luché por ocultar mi fatiga y seguir sus pasos.

Hilary yacía inconsciente, con los brazos agitándose. Se quejaba ligeramente, a medida que los ecos del dolor se abrían paso por su sistema nervioso.

Cuando llegamos a la costa, sentamos a Hilary a la sombra y Stubbins le levantó la cabeza, sosteniendo el cráneo con una sola mano, y le dio sorbos de agua. Stubbins era un hombre torpe, pero actuó con una delicadeza y sensibilidad que superaron las limitaciones naturales de su cuerpo; me parecía que ponía todo su ser en aquellos actos de gentileza para con Hilary. Stubbins me parecía fundamentalmente un hombre bueno y amable, y acepté que su cuidadosa preocupación por Hilary estaba motivada por la compasión. Pero también vi que hubiese sido imposible para Stubbins haber sobrevivido -gracias a la suerte de estar realizando un trabajo lejos del campamento cuando ocurrió el desastre- cuando todos sus compañeros habían muerto; y preveía que pasaría muchos de los días que le quedaban en actos de contrición como aquél.

Cuando terminamos de hacer todo lo que pudimos, recogimos la camilla y continuamos andando por la playa. Stubbins y yo, casi desnudos, con el cuerpo cubierto por el hollín y las cenizas del bosque en llamas, y con el cuerpo herido de Hilary Bond suspendido entre nosotros, caminamos por el suelo firme y húmedo de la orilla, con la arena fría y mojada entre los dedos y las olas saladas del mar golpeándonos las espinillas.

Cuando llegamos al pequeño campamento, Nebogipfel tomó el mando.

Stubbins intentó ayudar, pero impedía los movimientos de Nebogipfel y el Morlock se dedicó a lanzarme miradas hostiles hasta que agarré a Stubbins por el brazo y me lo llevé.

-Mira, amigo -dije-, el Morlock puede tener un aspecto un poco extraño, pero me atrevo a decir que sabe más de medicina que tú o que yo. Creo que es mejor que le dejemos vía libre durante un rato, y que él cuide a la capitana.

Stubbins cerró las grandes manos.

Finalmente tuve una idea.

-Todavía tenemos que buscar a los otros -dije- ¿Por qué no encendemos un fuego? Si empleas madera tierna y produce mucho humo, podrías crear una señal visible a muchas millas.

Stubbins aceptó la sugerencia con prontitud y se internó sin demora en el bosque. Parecía un animal torpe cargando ramas, pero me alivió haber encontrado un propósito útil para la energía que fluía de él.

Nebogipfel preparó una serie de cáscaras abiertas, colocadas sobre la arena, cada una llena con una loción láctea que había inventado. Le pidió a Stubbins la navaja; con ella, comenzó a cortar las ropas de Hilary.

Nebogipfel cogía la loción a manos llenas y, con sus suaves dedos de Morlock, trataba la carne más dañada.

Al principio Hilary, todavía inconsciente, gritaba al sufrir aquel tratamiento; pero pronto su malestar pasó, y pareció sumergirse en un sueño profundo y tranquilo.

-¿Qué es ese liquido?

-Un ungüento -dijo mientras seguía trabajando-, compuesto de leche de coco, aceite de bivalvo y plantas del bosque. -Se colocó mejor la máscara sobre la cara, y se dejó una marca de loción pegajosa-. Le aliviará el dolor de las quemaduras.
-Me impresiona tu previsión al preparar el ungüento -le dije.
-No se necesita mucha *previsión* -dijo fríamente- para prever tales víctimas, después de vuestra catástrofe autoinflingida de ayer.
Sentí un ramalazo de irritación al oír aquello. ¿*Autoinflingida*?
Ninguno de nosotros le habíamos pedido al maldito alemán que atravesase el tiempo con su bomba de carolinio.
-Vete al infierno, ¡intentaba agradecerte tus esfuerzos con esta mujer!
-Pero hubiese preferido que no trajeseis esta triste víctima de la estupidez para probar mi compasión e ingenio.
-Oh... ¡maldita sea! -A veces el Morlock era imposible; bastante inhumano, pensé.

Stubbins y yo cuidamos de la hoguera, alimentándola con madera tan verde que se resquebrajaba lanzando oleadas de humo blanco. Stubbins inició breves pero ineficaces búsquedas por el bosque; tuve que prometerle que si el fuego no producía resultado en unos pocos días, retomaríamos la expedición alrededor del centro de la explosión.
Fue al cuarto día después de la explosión cuando los demás supervivientes comenzaron a llegar a nuestra señal. Llegaban solos o en parejas, y estaban quemados y maltrechos, vestidos con los restos de los equipos de selva. Pronto Nebogipfel dirigía un hospital de campaña respetable -una fila de camastros de palmas bajo la sombra de los dipterocarpos- mientras quienes podíamos movernos ejecutábamos tareas simples de enfermería y recogíamos más víveres.
Durante un tiempo mantuvimos la esperanza de que en algún otro sitio hubiese un campamento mejor equipado que el nuestro. Yo especulaba con que Guy Gibson hubiese sobrevivido y se hubiera encargado de todo a su modo práctico y decidido.
Tuvimos una breve ráfaga de optimismo de ese estilo cuando un vehículo a motor llegó por la playa. El coche llevaba dos soldados, ambos mujeres jóvenes. Pero pronto nos decepcionamos. La dos chicas no eran sino la expedición más lejana que la Fuerza Expedicionaria había enviado desde la base: habían seguido la costa hacia el oeste, buscando la forma de ir tierra adentro.
Durante algunas semanas después del ataque mantuvimos patrullas por la playa y el interior de la selva. En ocasiones encontraban los restos de alguna pobre víctima del bombardeo. Algunos parecían haber sobrevivido durante un tiempo después de la explosión, pero debilitados por las heridas, no habían podido salvarse o pedir ayuda (Nebogipfel señaló concienzudo que debíamos recuperar todos los restos de metal, porque decía que pasaría mucho tiempo antes de que nuestra colonia residual pudiese fundirlos). Pero no encontramos más supervivientes; las dos mujeres del coche fueron las últimas en unírsenos.
Pese a todo, mantuvimos encendida la señal día y noche hasta mucho después de que se desvaneciese cualquier esperanza razonable de encontrar más supervivientes.
Finalmente, del centenar o más de miembros de la expedición, veintiún individuos -once mujeres, nueve hombres y Nebogipfel sobrevivieron al bombardeo y la tormenta de fuego. No se encontraron rastros de Guy Gibson, ni del médico.
Así que nos empleamos en el cuidado de los heridos, la recogida de los víveres necesarios para mantenernos con vida de un día para otro, y la recogida de ideas para construir una colonia para el futuro... ya que, con la destrucción de los Juggernauts, pronto tuvimos claro que no regresaríamos a nuestros siglos de origen: que aquella tierra del Paleoceno recibiría después de todo nuestros huesos.

Librodot

15

UN NUEVO ASENTAMIENTO

Cuatro murieron por las quemaduras y otras heridas poco después de ser traídos al campamento. Al menos parecía que habían sufrido poco, y me pregunté si Nebogipfel no habría alterado sus improvisadas drogas para reducir el sufrimiento de aquellos infelices.
Sin embargo, me guardé esas especulaciones.
Cada pérdida cubría con un velo mortuorio nuestra pequeña colonia. Yo me sentía paralizado, como si mi alma estuviese repleta de horrores e incapaz ya de reaccionar. Observaba a los jóvenes soldados, vestidos con los restos ensangrentados de ropas militares, dedicarse a tareas deprimentes; y sabía que aquellas muertes, en medio de la miseria brutal y primitiva en la que ahora intentábamos sobrevivir, les obligaba a enfrentarse nuevamente a su propia mortalidad.
Peor todavía, después de unas pocas semanas un nuevo mal comenzó a asolar nuestras huestes diezmadas. Afectaba a algunos de los ya heridos, y; preocupantemente, a otros que parecían no haber sufrido daños por la explosión. Los síntomas eran desagradables: vómitos, hemorragias por los orificios del cuerpo y pérdida de pelo, uñas e incluso de dientes.
Nebogipfel me llevó a un lado.
-Es como temía -me susurró-. Es una enfermedad producida por la exposición a la radiación del carolinio.
-¿Alguno de nosotros está a salvo... o todos la sufriremos?
-No tenemos forma de tratarla, sólo podemos aliviar algunos de los peores síntomas. En lo que se refiere a la seguridad...
-¿Sí?
Se metió la mano bajo la máscara para frotarse los ojos.
-No hay un nivel seguro de radiactividad-dijo-. Sólo hay niveles de riesgo, de posibilidad. Puede que sobrevivamos todos... o puede que muramos todos.
Lo encontré preocupante. Ver aquellos cuerpos jóvenes, ya castigados por años de guerra, ahora destrozados sobre la arena, por la mano de un ser humano, y sólo con los cuidados inexpertos de un Morlock -un alienígena varado- para tratar sus heridas... me hacía avergonzarme de mi especie, y de mí mismo.
-Una vez, ya sabes -le dije a Nebogipfel-,creo que una parte de mí podía haber defendido que la guerra podía al final ser buena, porque podía romper las costumbres osificadas del viejo orden de las cosas, y traer el *cambio* al mundo. Y en una ocasión creí en el optimismo innato de la humanidad: que, después de haber presenciado tanta destrucción en una guerra como ésta, un cierto sentido común sincero prevalecería para acabar con todo eso.
Nebogipfel se frotó la cara.
-¿«Sentido común sincero»? -repitió.
-Bien, eso es lo que imaginaba -dije-. Pero no había experimentado la guerra, no de verdad. Una vez que los humanos empiezan a matarse los unos a los otros, ¡pocas cosas los detendrán hasta que los derrote el agotamiento y el desgaste! Ahora veo que la guerra no tiene sentido... ni siquiera en...
Por otro lado, le dije a Nebogipfel, me sorprendía la devoción desinteresada del puñado de supervivientes por la atención y cuidado de los otros. Ahora que nuestra situación había quedado reducida a lo mínimo -el simple dolor humano- las tensiones de clase, raza, credo y rango, que había visto en la Fuerza Expedicionaria antes del bombardeo, se habían disuelto.
¡Así contemplaba, al adoptar el punto de vista desapasionado de un Morlock, el complejo contradictorio de fuerzas y debilidades que yacían en el alma de mi especie! Los humanos son más brutales y también, en cierta forma, más *angelicales* que lo que me indicaban las poco profundas experiencias de las primeras cuatro décadas de mi vida.

-Es un poco tarde -le concedí-, para aprender lecciones tan profundas sobre la especie con la que he compartido el planeta durante cuarenta y tantos años. Pero así es. Creo ahora que si el hombre obtiene alguna vez la paz y la estabilidad -al menos antes de convertirse en algo nuevo como los Morlocks-, entonces la unidad de la especie tendrá que comenzar en lo más profundo: construyendo sobre los pilares más firmes -la única base posible- el apoyo instintivo del hombre a sus semejantes. -Miré a Nebogipfel-. ¿Ves adónde quiero ir? ¿Crees que tiene sentido lo que digo?

Pero el Morlock ni apoyó ni rechazó esas racionalizaciones. Simplemente me devolvió la mirada: calmada, observadora, analítica.

Perdimos tres almas más por la enfermedad de la radiación.

Otros mostraron algunos síntomas -Hilary Bond, por ejemplo, sufrió una gran pérdida de pelo- pero sobrevivieron; y otros, incluso un hombre que había estado más cerca que nadie de la explosión, no mostraron ningún efecto secundario en absoluto. Pero, me advirtió Nebogipfel, no habíamos acabado todavía con el carolinio; ya que otras enfermedades -cáncer y otros males del cuerpo- podían desarrollarse en nosotros más adelante.

Hilary Bond era el mayor oficial superviviente y, tan pronto como pudo levantarse del camastro, tomó autoritaria y tranquilamente el mando. Una disciplina militar natural comenzó a dirigir nuestro grupo -aunque muy simplificada, considerando que sólo habían sobrevivido trece miembros de la Fuerza Expedicionaria- y creo que los soldados, especialmente los más jóvenes, se tranquilizaban por la recuperación de esa estructura familiar de su mundo. El orden militar no podía durar, por supuesto. Si nuestra colonia florecía, crecía y sobrevivía más allá de esa generación, entonces una cadena de mando según líneas militares no sería ni deseable ni práctica. Pero reflexioné que por ahora era necesaria.

La mayoría de los soldados tenía esposas, padres, amigos -incluso hijos- «en casa», en el siglo veinte. Ahora debían aceptar que ninguno de ellos regresaría a casa, y, a medida que los restos del equipo se deshacían lentamente en la humedad de la jungla, los soldados comenzaron a entender que todo lo que les mantendría en el futuro sería el fruto de su trabajo e ingenio, y el apoyo de unos a otros.

Nebogipfel, todavía preocupado por los peligros de la radiación, insistió en que debíamos establecer un campamento permanente más lejos. Enviamos grupos de exploración, empleando el coche lo mejor posible mientras duró el combustible. Finalmente, nos decidimos por el delta de un ancho río, a unas cinco millas al sudoeste del campamento original de la expedición; supongo que estaba en la vecindad de Surbiton. La tierra que rodeaba nuestro valle fluvial era fértil y estaba irrigada, si decidíamos desarrollar la agricultura en el futuro.

Realizamos la migración en varias fases, ya que había que transportar a la mayoría de los heridos durante todo el camino. A1 principio empleamos el vehículo, pero pronto agotamos el combustible.

Nebogipfel insistió en que nos llevásemos el vehículo con nosotros, para que sirviese de mina de goma, vidrio, metal y otros materiales; y para su viaje final empujamos el coche como un carro por la arena, lleno de heridos y con nuestras provisiones y equipo.

Así recorrimos la playa los catorce que habíamos sobrevivido, con las ropas rotas y las heridas mal curadas. Me sorprendió pensar que si un observador desapasionado hubiese visto esa comitiva, ¡apenas podría deducir que aquella miserable banda de supervivientes eran los únicos representantes en aquella época de una especie que podría un día destruir mundos!

El lugar de nuestra nueva colonia estaba lo bastante lejos del primer campamento de la expedición para que el bosque no mostrase señales de daños. Pero todavía no podíamos olvidar el bombardeo; de noche todavía permanecía el brillo púrpura al este -Nebogipfel dijo que sería visible durante muchos años- y, agotado por el trabajo diario, a menudo me sentaba al borde del campamento, lejos de la luz y de las charlas de los demás, para contemplar cómo se elevaban las estrellas por encima de aquel volcán hecho por el hombre.

Al principio el campamento era simple: poco más que una hilera de cobertizos improvisados con ramas caídas y hojas de palma. Pero al asentarnos y una vez que el suministro de agua y comida estuvo garantizado, se estableció un programa de construcción más vigoroso. Se acordó que la primera prioridad era un salón comunal, lo bastante grande para acogernos a todos en caso de tormenta u otro desastre. Los nuevos colonos se aprestaron con ganas a construirlo. Siguieron el esquema preliminar que había desarrollado para mi propio refugio: una plataforma de madera, sostenida sobre pilotes; pero la escala era bastante más ambiciosa.
Limpiamos el campo al lado del río para que Nebogipfel pudiese dirigir el cultivo paciente de lo que un día podían ser plantaciones útiles, criadas a partir de la flora aborigen. Se construyó un primer bote -una tosca canoa- para pescar en el mar.
Capturamos, después de muchos esfuerzos, una pequeña familia de *Diatryma*, y los encerramos tras una valla. Aunque las bestias se escaparon varias veces, provocando el pánico en la colonia, nos decidimos a mantener y domar a los pájaros, porque era agradable la perspectiva de carne y huevos de una banda de *Diatrymas* domesticados, e incluso experimentamos con la posibilidad de atar un arado a uno de ellos.
Día a día, los colonos me trataban con una deferencia amable, como correspondía a mi edad -¡les concedí esa duda!- y mi amplia experiencia en el Paleoceno. Por mi parte, me encontré ejerciendo de líder de algunos de nuestros proyectos en los primeros días, gracias a mi amplia experiencia. Pero la inventiva de los jóvenes, ayudada por el entrenamiento de supervivencia en la jungla que habían recibido, les permitió superar rápidamente mi limitada comprensión; y pronto detecté una cierta diversión tolerante en su trato conmigo. Sin embargo, seguí siendo un participante entusiasta en las muchas actividades de la colonia.
Y en lo que respecta a Nebogipfel, siguió siendo, muy naturalmente, un poco un recluso en aquella sociedad de jóvenes humanos.
Una vez resueltos los problemas médicos inmediatos y con más tiempo libre, Nebogipfel se dedicó a pasar largos periodos lejos de la colonia. Visitaba nuestro viejo refugio, que todavía estaba en pie a algunas millas al noroeste por la playa; y realizaba grandes exploraciones por el bosque. No me confió cuáles eran los propósitos de aquellos viajes. Recordé el coche del tiempo que había intentado construir, y sospeché que había vuelto a un proyecto similar; pero sabía que la plattnerita de la Fuerza Expedicionaria había sido destruida en el bombardeo, por lo que no veía el sentido de continuar con ese plan. Sin embargo, no presioné a Nebogipfel sobre sus actividades, sabiendo que, de todos nosotros, él era el que estaba más solo -el más alejado de la compañía de sus semejantes- y por tanto, quizás, el más necesitado de tolerancia.

16

LA FUNDACIÓN DE PRIMER LONDRES

A pesar de las terribles calamidades que habían sufrido, los colonos eran jóvenes resistentes, y podían tener un gran estado de ánimo. Gradualmente -una vez terminadas las muertes por radiación, y una vez que quedó claro que no nos moriríamos de hambre o acabaríamos en el mar- se hizo evidente un cierto buen humor.
Una tarde, con las sombras de los dipterocarpos extendiéndose hacia el mar, Stubbins me encontró sentado, como era habitual, al borde del campamento, mirando el resplandor del cráter del bombardeo. ¡Con timidez dolorosa me preguntó -para mi sorpresa- si quería unirme a un partido de fútbol! Mis protestas de que jamás había jugado un partido no sirvieron de nada, y pronto me encontré caminando por la playa, hacia el lugar donde habían marcado un campo simple y con postes -restos de madera de la construcción del salón- que servían de

portería. La «pelota» era un fruto de palmera, vacío de leche, y ocho de nosotros nos preparamos para jugar, una mezcla de hombres y mujeres.
No espero que aquella austera batalla pase a los anales de la historia deportiva. Mi contribución fue mínima, excepto poner en evidencia esa falta completa de coordinación física que había convertido mis días de escuela en un calvario. Stubbins era de lejos el mejor de nosotros. Sólo tres de los jugadores, incluyendo a Stubbins, estaban sanos por completo, y uno de ésos era yo, y me agoté por completo a los diez minutos de empezar. ¡El resto era una colección de heridas y -cómicos y patéticos- miembros amputados o artificiales! Pero pese a todo, al desarrollarse el partido y empezar a surgir las risas y los gritos de apoyo, me pareció que mis compañeros eran poco más que niños; castigados y perdidos, y ahora varados en una época antigua. Pero aun así niños.
¿Qué especie es ésta, me pregunté, que daña de tal forma a sus propios hijos?
Cuando acabó el partido, nos fuimos del campo, riéndonos y agotados. Stubbins me agradeció que me uniese a ellos.
-De nada -le dije-. Eres un buen jugador, Stubbins. Quizá debías haber sido profesional.
-Bien, lo fui de hecho -dijo melancólico-. Fui alevín con el Newcastle United... pero eso fue al principio de la guerra. Pronto, se acabó el fútbol. Oh, ha habido algunas competiciones después, ligas regionales y la Copa de Guerra, pero en los últimos cinco o seis años, incluso eso se ha acabado.
-Bien, creo que es una pena -dije-. Tienes talento, Stubbins.
Se encogió de hombros, su decepción evidente se mezclaba con su modestia natural.
-No estaba escrito.
-Pero ahora has hecho algo mucho más importante -le consolé-. Has jugado el primer partido de fútbol sobre la Tierra y metiste tres goles. -Le palmeé la espalda-. ¡Ése es un buen récord!
Al pasar el tiempo se hizo evidente -quiero decir, a ese nivel del espíritu por debajo del intelecto donde reside el verdadero conocimiento- que realmente jamás volveríamos a casa. Lentamente -supongo que inevitablemente- los lazos y relaciones del siglo veinte se volvieron lejanos, y los colonos se unieron en parejas. Esas parejas no respetaban rango, clase o raza: los cipayos, los gurkha y los ingleses formaban nuevas relaciones. Sólo Hilary Bond, con ese aire residual de mando, permaneció al margen.
Le señalé a Hilary que podía emplear su rango para realizar bodas, de la misma forma que un capitán naval une a los pasajeros en matrimonio. Agradeció amablemente la sugerencia, pero detecté escepticismo en su voz, y no discutimos más la cuestión.
Una pequeña serie de viviendas se extendió hasta el valle fluvial desde el núcleo en la costa. Hilary lo contemplaba con ojo liberal; su única regla era que -por ahora- toda vivienda debía ser visible desde otra, y que ninguna podía estar a más de una milla del salón. Los colonos aceptaron las normas.
La sabiduría de Hilary en la cuestión de los matrimonios -y mi estupidez- se hizo pronto evidente, porque un día vi a Stubbins pasear por la playa del brazo de dos mujeres. Los saludé con alegría, ¡pero no fue hasta que pasaron cuando me di cuenta de que no sabía cuál de la dos era la «mujer» de Stubbins!
Me enfrenté a Hilary y ella claramente se divertía.
-Pero -protesté-, vi a Stubbins con Sarah en el baile del granero, pero cuando llamé a su puerta la semana pasada, había otra chica...
Se rió de mí y puso sus manos llenas de cicatrices sobre mis brazos.
-Mi querido amigo -dijo-, has navegado por los mares del Espacio y el Tiempo, has cambiado muchas veces la historia; eres un genio más allá de toda duda... y aun así, ¡qué poco conoces a la gente!
Sentí vergüenza.
-¿Qué quieres decir?
-Piénsalo. -Se pasó la mano por el cráneo pelado, donde había retazos de pelo gris-. Somos trece, sin contar a tu amigo Nebogipfel. Y, de los trece, ocho son mujeres y cinco hombres. -

Librodot

Me miró-. Y eso es todo lo que tenemos. No hay una isla más allá del horizonte de la que puedan venir más jóvenes a desposar nuestras doncellas...
»Si hacemos matrimonios estables, si adoptamos la monogamia como sugieres, entonces nuestra pequeña sociedad pronto se desmoronaría. Ya que, está claro, ocho y cinco no se emparejan. Por lo tanto, creo que una cierta libertad es apropiada. Por el bien de todos. ¿No crees? Y además, es bueno para la «diversidad genética» sobre la que tanto nos adoctrina Nebogipfel.
Estaba sorprendido; ¡no por (lo creía sinceramente) las dificultades morales, sino por lo que tenía de *calculador*!
Preocupado, quise irme, y me llegó una idea. Me volví.
Pero, Hilary, yo soy uno de los cinco hombres de los que hablas.
-Por supuesto. -Estaba claro que se reía de mí.
-Pero yo... quiero decir, yo no...
Sonrió.
-Entonces quizá sea hora de que lo hagas. Sólo consigues que sea peor, ya sabes.
Me fui confundido. ¡Evidentemente, entre 1891 y 1944 la sociedad había evolucionado en formas que nunca había soñado!
Las obras del gran salón seguían a buen ritmo, y unos pocos meses después del bombardeo la parte principal de la construcción quedó terminada. Hilary Bond anunció que una ceremonia de inauguración conmemoraría la finalización de la obra. Al principio Nebogipfel fue reacio -con el análisis excesivo de los Morlocks no veía sentido a ese ejercicio-, pero le persuadí de que sería políticamente conveniente, en lo referente a sus futuras relaciones con los colonos, que asistiese.
Me lavé y afeité, y me puse tan elegante como me fue posible vestido con un par harapiento de pantalones. Nebogipfel se peinó y arregló las melenas de pelo rubio. Dada la situación práctica, muchos colonos se paseaban básicamente desnudos, con poco más que trozos de piel o tela para cubrirse. Hoy, sin embargo, vestían los restos de los uniformes, lavados y reparados en lo posible, y aunque era un desfile que no hubiese sido aceptado en Aldershot, fuimos capaces de presentarnos en un alarde de elegancia y disciplina que yo encontré entrañable.
Subimos un tramo desigual de escaleras y entramos en el interior oscuro del nuevo salón.
El suelo -aunque desigual- estaba ordenado y limpio, y el sol de la mañana entraba por las ventanas sin vidrios. Me sentí impresionado: a pesar de lo rudimentario de la arquitectura y la construcción, el lugar tenía una sensación de solidez, de *deseo de permanencia*.
Hilary Bond se subió a un podio improvisado con el depósito de gasolina del coche, y dejó reposar las manos sobre los anchos hombros de Stubbins. Su cara destrozada, coronada por aquellos bizarros penachos de pelo, mostraba una dignidad simple.
Nuestra nueva colonia, declaró, quedaba ahora fundada, y lista para recibir un nombre: propuso llamarla *Primer Londres*. Luego nos pidió que nos uniésemos a ella en una oración. Bajé la cabeza como todos y uní las manos frente a mí. Me había criado en una casa estrictamente religiosa y las palabras de Hilary me provocaban nostalgia, llevándome de vuelta a un periodo más simple de mi vida, a tiempos de certidumbre y seguridad.
Finalmente, mientras Hilary seguía hablando, simplemente y con facilidad, dejé de analizarlo todo y me permití el unirme a la simple Celebración comunal.

17

NIÑOS Y DESCENDIENTES

Los primeros frutos de las nuevas uniones llegaron durante el primer año, bajo la supervisión de Nebogipfel.
Nebogipfel inspeccionó al primer nuevo colono cuidadosamente -oí que la madre no las tenía todas consigo sobre dejar que el Morlock tocase a su bebé y protestó; pero Hilary Bond estaba allí para calmar esos temores- y finalmente anunció que el bebé era una niña perfecta, y se la devolvió a sus padres.
Con rapidez -o eso me parecía- nacieron varios niños en el lugar. Era normal ver a Stubbins llevar a su hijo en hombros para que disfrutara; y sabía que no pasaría mucho tiempo antes de que hiciese que el niño le diese patadas a los bivalvos como si fuesen balones de fútbol.
Los niños eran una inmensa fuente de alegría para la colonia. Antes de los primeros nacimientos, varios de los colonos habían sufrido severos ataques de depresión, producidos por la nostalgia y la soledad. Ahora, sin embargo, había niños de los que ocuparse: niños que sólo conocerían Primer Londres como hogar, y cuya prosperidad futura proporcionaba una meta -la mayor meta de todas- a sus padres.
Y para mí, al mirar los miembros suaves e ilesos de los niños, mecidos entre las carnes llenas de cicatrices de padres que todavía eran jóvenes, era como ver que la sombra de aquella guerra terrible se levantaba al fin, una sombra desterrada por la luz abundante del Paleoceno.
Sin embargo, Nebogipfel inspeccionaba a cada recién llegado.
Finalmente, llegó un día en que no devolvió un niño a su madre. Ese nacimiento se convirtió en una oportunidad para la tristeza privada, en la que el resto no nos entrometimos; y después Nebogipfel desapareció en el bosque, para dedicarse a sus actividades secretas, durante largos días.
Nebogipfel pasaba mucho tiempo dirigiendo lo que él llamaba «grupos de estudio». Estaban abiertos a cualquiera de los colonos, aunque de hecho sólo aparecían tres o cuatro, dependiendo del interés o de otros compromisos. Nebogipfel hablaba de aspectos prácticos de vida en las condiciones del Paleoceno, como la fabricación de velas y telas a partir de ingredientes locales; incluso inventó un jabón, una pasta basta y arenosa fabricada con sosa y grasa animal. Pero también se extendía en temas de importancia más amplia: medicina, física, matemática, química, biología, y los principios del viaje en el tiempo...
Asistí a varias de esas sesiones. A pesar de la naturaleza ultraterrena de su voz y maneras, la exposición del Morlock siempre era admirablemente clara, y tenía la habilidad de saber hacer preguntas para probar la comprensión de la audiencia. Escuchándole, ¡comprendí que podía haber enseñado bastantes cosas a los profesores de las universidades británicas!
Y en lo que se refiere al contenido, se cuidaba de limitarse al lenguaje de su audiencia -al vocabulario, si no a la jerga, de 1944-, pero resumía para ellos los desarrollos principales posteriores a esa fecha. Preparaba demostraciones siempre que podía, con trozos de metal y madera, o trazaba diagramas en la arena con palos; hizo que sus «estudiantes» cubriesen todo trozo de papel que se pudo recuperar con sus conocimientos codificados.
Una noche obscura sin luna, lo discutí con él. Se había quitado la máscara, y sus ojos rojo grisáceo parecían luminosos; trabajaba con un mortero y una mano de almirez primitivos, con los que deshacía hojas de palma en un .líquido.
-Papel -dijo-. O al menos un experimento en esa dirección... ¡Debemos conseguir papel! La memoria verbal humana no es lo bastante fiel. Cuando me marche, lo perderán todo a los pocos años...
Pensé -resultó que erróneamente- que se refería al miedo, o a la expectativa, en cualquier caso, de la muerte. Me senté a su lado y cogí el mortero y la maja.
-¿Pero tiene esto sentido? Por el momento, al menos sobrevivimos. ¡Y les hablas de Mecánica Cuántica y de la teoría unificada de la tísica! ¿Qué necesidad tienen de eso?
-Ninguna -dijo-. Pero sí sus hijos... *si quieren sobrevivir*. Mira: según teorías aceptadas, se necesita una población de varios cientos, en cualquiera de las especies de grandes mamíferos, para tener la suficiente diversidad genética que garantice la supervivencia a largo plazo.
-*Diversidad genética*... Hilary lo mencionó.

-Está claro que el material humano aquí es demasiado pequeño para la viabilidad de la colonia, incluso si todo el material genético disponible entra en juego.
-¿Por lo tanto?
-Por tanto, la única posibilidad de supervivencia para estas gentes más allá de dos o tres generaciones es que obtengan rápidamente avanzados conocimientos tecnológicos. De esa forma, pueden convertirse en dueños de su destino genético: no tienen por qué tolerar las consecuencias de la endogamia, o los daños genéticos a largo plazo provocados por la radiactividad del carolinio. Ves por tanto que necesitan de la Mecánica Cuántica y de todo lo demás.
Empujé la mano de almirez.
-Sí. Pero hay una pregunta implícita... ¿*debe* la humanidad sobrevivir aquí, en el Paleoceno? Quiero decir, no deberíamos estar aquí... no durante los próximos cincuenta millones de años.
Me estudió.
-¿Pero cuál es la alternativa? ¿Quieres que mueran?
Recordé mi decisión de erradicar la Máquina del Tiempo antes de que fuese construida... detener la interminable fragmentación de la historia. Ahora, gracias a mis meteduras de pata, había provocado indirectamente el establecimiento de una colonia humana en el remoto pasado, ¡un asentamiento que podría provocar con seguridad la fractura más significativa de la historia! De pronto sentí que caía, era un poco como el vértigo que se siente en el viaje en el tiempo. Y sentí que la divergencia de la historia estaba más allá de mi control.
Y entonces recordé la expresión del rostro de Stubbins al contemplar a su primer hijo.
Soy un hombre, ¡no un dios! Debía dejar que me guiasen los instintos humanos, porque con seguridad era incapaz de manejar la evolución de la historia en una dirección determinada. Cada uno de nosotros, pensé, poco podía hacer para cambiar el curso de las cosas -de hecho, cualquier cosa que intentásemos probablemente sería tan incontrolable que provocaría más daño que bien- y aun así, de la misma forma, no debíamos permitir que el inmenso panorama que nos rodeaba, la inmensidad de la multiplicidad de la historia, nos superase. La perspectiva de la multiplicidad nos hacía a cada uno, y a nuestros años, diminutos, *pero no nos quitaba el sentido*; y cada uno de nosotros debíamos recorrer nuestras vidas con fortaleza y estoicismo, como si lo demás -el final de la humanidad, la multiplicidad sin fin- no existiese.
Fuera cual fuese su impacto cincuenta millones de años en el futuro, pensé que había una nota de salud y corrección en la colonia del Paleoceno. Por tanto, mi respuesta a la pregunta de Nebogipfel era inevitable.
-No. No, por supuesto que debemos hacer todo lo posible por ayudar a que los colonos y sus descendientes sobrevivan.
-Por tanto...
-¿Sí?
-Por tanto debo encontrar la forma de fabricar papel.
Seguí dándole al mortero y a la mano de almirez.

18

LA FIESTA Y DESPUÉS

Un día, Hilary Bond anunció que faltaba una semana para el aniversario del bombardeo y que se prepararía una fiesta para celebrar la fundación de la villa.
Los colonos se entusiasmaron con ese plan, y pronto los preparativos estuvieron muy avanzadas. Se decoró el salón con lianas e inmensas guirnaldas recogidas en el bosque, y se hicieron preparativos para matar y cocinar uno de los preciados *Diatryma* de la colonia.

Yo, por mi parte, busqué embudos y trozos de tubos y, en la intimidad del cobertizo, comencé algunos experimentos propios. Los colonos sentían curiosidad, y me vi obligado a dormir en el cobertizo para mantener el secreto de mi aparato improvisado. Había decidido que ya era hora de hacer un buen uso de mis conocimientos científicos, ¡aunque fuese por una vez!
El día de la fiesta llegó. Nos reunimos en el salón bajo la luz brillante de la mañana, y todos parecían emocionados por la ocasión. Una vez más se limpiaron y vistieron los restos de los uniformes, y los pequeños se vistieron con los nuevos tejidos que Nebogipfel había inventado con un tipo de algodón local, teñidos de rojo brillante y púrpura con tintes vegetales. Recorría el grupo de gente buscando a mis amigos más íntimos y de pronto hubo un ruido de ramas rotas, y un bramido profundo y chirriante.
Se oyeron gritos.
-*Pristichampus*... ¡es un *Pristichampus*! Cuidado...
Y ciertamente el bramido era el característico de aquel inmenso cocodrilo de tierra. La gente corría, y yo busqué un arma, maldiciéndome por estar tan poco preparado.
Entonces otra voz, más amable y familiar flotó en el aire.
-¡Hola! No tengáis miedo... ¡mirad!
El pánico se calmó, y se oyeron risas.
El *Pristichampus* -un macho orgulloso- entró majestuoso en el espacio frente al salón. Nos echamos atrás para dejarle sitio, y sus grandes patas con pezuñas dejaron marcas en el arena... ¡y sobre la espalda, con una gran sonrisa y el pelo rubio flameando bajo la luz del sol, estaba Stubbins!
Me acerqué al cocodrilo. La piel escamosa olía a carne podrida, y uno dejos fríos ojos estaba clavado en mí, siguiéndome al moverme. Stubbins me sonrió de nuevo; sostenía en las manos riendas hechas con lianas trenzadas atadas alrededor de la cabeza del *Pristichampus*.
-Stubbins -dije-, esto sí que es un logro.
-Sí, bien, hemos usados los *Diatryma* para tirar de un arado, pero esta criatura es mucho más ágil. Incluso podríamos viajar durante millas... es mejor que un caballo...
-Aun así, ten cuidado -le aconsejé-. Stubbins, si más tarde te unes a mí...
-¿Sí?
-Puede que tenga una sorpresa para ti.
Stubbins tiró de la cabeza del *Pristichampus*. Le costó trabajo, pero se las arregló para que la bestia diese la vuelta. La gran criatura salió del claro y volvió al bosque; los músculos de las piernas funcionaban como pistones.
Nebogipfel se unió a mí, con la cabeza casi perdida bajo un gran sombrero de ala ancha.
-Es un gran logro -le dije-. Pero, ¿ves?, apenas puede controlarlo...
-Ganará -dijo Nebogipfel-. Los humanos siempre lo hacen. -Se acercó más a mí y su pellejo blanco brilló bajo la luz del sol de la mañana-. Escúchame.
Me sorprendió ese súbito susurro incongruente.
-¿Qué? ¿Qué pasa?
-He terminado mi construcción.
¿*Qué* construcción?
-Me voy mañana. Si quieres unirte a mí, serás bienvenido.
Se volvió y, sin hacer el más mínimo ruido, se adentró en el bosque; en un momento el blanco de su espalda se perdió entre la oscuridad de los árboles.
Yo me quedé allí de pie, con el sol dándome en el cuello, siguiendo con la mirada al enigmático Morlock; era como si el día hubiese quedado transformado; mi mente estaba en perfecta confusión, porque lo que quería decir estaba claro.
Una mano pesada se posó en mi espalda.
-Bien -dijo Stubbins-, ¿cuál es ese gran secreto tuyo?
Me volví a él, pero durante algunos segundos me fue difícil centrarme en su cara.
-Ven conmigo -dije al final, con todo el vigor y buen humor que pude reunir.

Librodot

Unos minutos más tarde, Stubbins -y el resto de los colonos levantaban cáscaras llenas hasta el borde con mi licor casero de leche de frutos.
El resto del día transcurrió en una deliciosa confusión. El licor resultó ser más que popular, ¡aunque por mi parte hubiese preferido haber podido improvisar una pipa llena de tabaco! Había mucho baile con el sonido de canciones inexpertas y manos palmeando que pretendía ser un tipo de música de 1944 que Stubbins llamaba «swing», de la que me hubiese gustado haber oído más. Hice que me cantasen *The Land of the Leal*, y ejecuté, con mi solemnidad habitual, uno de mis bailes improvisados, que causó gran admiración e hilaridad. El *Diatryma* se asó en una brocheta -la cocción llevó casi todo el día y la tarde nos encontró tirados en la arena con platos repletos de suculenta carne.
Una vez que el sol se hundió por debajo de los árboles, la fiesta se apagó rápidamente; ya que la mayoría nos habíamos acostumbrado a una existencia de amanecer a crepúsculo. Dije buenas noches una última vez y me retiré a las ruinas de mi alambique improvisado. Me senté a la entrada del cobertizo bebiendo lo que quedaba del licor, y miré la sombra del bosque adentrarse en el mar del Paleoceno. Formas oscuras corrían por las aguas: rayas, o quizá tiburones.
Pensé en mi conversación con Nebogipfel, e intenté aceptar la decisión que debía tomar.
Después de un rato oí pasos suaves y desiguales en la arena.
Me volví. Era Hilary Bond -apenas podía ver su cara con la última luz del día- y, en cierta forma, no me sorprendió verla.
Sonrió.
-¿Puedo unirme a ti? ¿Te queda algo de ese alcohol ilegal tuyo?
Le indiqué con un gesto que se sentase a mi lado, y le pasé mi cáscara. La bebió con gracia.
-Ha sido un buen día -dijo.
-Gracias a ti.
-No. Gracias a todos nosotros. -Se acercó y me cogió la mano, sin avisar, y el roce de su piel fue una descarga eléctrica-. Quiero agradecerte todo lo que habéis hecho por nosotros. Tú y Nebogipfel.
-No hemos...
-Dudo que hubiésemos sobrevivido los primeros días sin vosotros. -Su voz, suave y baja, era sin embargo segura-. Y ahora, con todo lo que nos has mostrado, y todo lo que Nebogipfel nos ha enseñado... bien, creo que tenemos todas las posibilidades de edificar un nuevo mundo.
Sentí sus dedos largos y delicados en mi palma, y también podía sentir las cicatrices de las quemaduras.
-Gracias por el panegírico. Pero hablas como si nos fuésemos... -Te vas -dijo-, ¿no?
-¿Conoces los planes de Nebogipfel?
Se encogió de hombros.
-En principio.
-Entonces sabes más que yo. Por ejemplo, si ha construido el coche del tiempo, ¿de dónde ha sacado la plattnerita? Los Juggernauts fueron destruidos.
-De los restos de *die Zeitmaschine*, por supuesto. -Parecía divertida-. ¿No pensaste en eso? -Hizo una pausa-. Y quieres ir con Nebogipfel, ¿no?
Agité la cabeza.
-No lo sé. Sabes, a veces me siento viejo, cansado, ¡como si ya hubiese visto bastante!
Demostró su despreció ante esa idea.
-Tonterías. Mira: tú lo empezaste... -Movió la mano-. Todo esto. El viaje en el tiempo y todos los cambios que ha producido. -Miró el plácido mar-. Y ahora, éste es el mayor cambio de todos, ¿no? -Movió la cabeza-. Tuve algunos tratos con los estrategas de la DGCron, y siempre me deprimía la pequeñez de las ideas de esos tipos. Ajustar el curso de una batalla aquí, asesinar a una figura de cuarto orden allá... Si tuviese una herramienta como un Vehículo de Desplazamiento Temporal, y si supiese que la historia puede ser alterada, como lo sabemos nosotros, ¿entonces te limitarías, deberías limitarte, a metas tontas como ésas?

Librodot

¿Por qué limitarte a unas pocas décadas, y juguetear con la juventud de Bismarck o el Káiser, cuando se puede ir a millones de años en el pasado como hemos hecho nosotros? Ahora, nuestros hijos tendrán *cincuenta millones de años* para reconstruir el mundo... Vamos a rehacer la especie humana, ¿no? -Se volvió hacia mí- Pero tú todavía no has llegado al final de todo esto. ¿Cuál crees que es el cambio definitivo? ¿Se puede ir a la Creación y comenzar de nuevo desde allí? ¿Cuánto se puede cambiar?
Recordé a Gödel y sus sueños de un Mundo Final.
-No sé hasta dónde se puede llegar -dije con sinceridad-. Ni siquiera puedo imaginarlo.
Veía su rostro enorme frente a mí, y sus ojos eran dos pozos de oscuridad en el crepúsculo.
-Entonces -dijo-, debes ir a descubrirlo. ¿No? -Se acercó más y sentí que mi mano se cerraba alrededor de la suya, y su aliento cálido contra mi mejilla.
Sentí una rigidez, una reticencia que parecía dispuesta a superar aunque fuese haciendo uso de la voluntad. Le toqué el brazo, encontré carne quemada, y tembló, como si mis dedos fuesen de hielo.
Pero luego cerró la mano alrededor de la mía y la apretó contra su brazo.
-Perdóname -dijo-. No es fácil para mí estar cerca de alguien.
-¿Por qué? ¿Por las responsabilidades de tu rango?
-No -dijo, y el tono de voz me hizo sentirme tanto y torpe-. Por la guerra. ¿Entiendes? Por todos los que ya no están... A veces es difícil dormir. Sufres *ahora*, no *entonces*, y eso es lo trágico para los que sobreviven. Sientes que no puedes olvidar y que está mal que sigas viviendo. *Si rompes con los que hemos muerto / No dormiremos, aunque crezcan las amapolas / En el campo de Flanders...*
Me acerqué más y ella se recostó en mí, una criatura frágil y herida.
En el último momento susurré:
-¿Por qué, Hilary? ¿Por qué ahora?
-La diversidad genética -dijo; su respiración se hacía menos profunda-. *Diversidad genética*...
Y pronto viajamos -no al fin de los tiempos- sino a los límites de nuestra humanidad, al lado del mar primigenio.

Cuando desperté, todavía era de noche y Hilary se había ido.

Llegué a nuestro viejo campamento a plena luz del día. Nebogipfel apenas me miró cuando entré; evidentemente estaba tan poco sorprendido por mi decisión como lo había estado Hilary.
El coche del tiempo estaba completo. Era una caja de cinco pies cuadrados, y a su alrededor vi fragmentos de un metal que me era desconocido: trozos, supuse, del Messerschmitt, recuperados por el Morlock. Había un banco, hecho con madera de dipterocarpo, y un pequeño panel de control -un conjunto primitivo de botones e interruptores- que incluía el botón azul que Nebogipfel había recuperado del primer coche del tiempo.
-Tengo algo de ropa para ti -dijo Nebogipfel. Sacó botas, una camisa y pantalones, todo en un razonable estado-. No creo que los colonos las echen de menos.
-Gracias. -Yo llevaba pantalones cortos hechos con piel de animales; me vestí con rapidez.
-¿Adónde quieres ir?
Me encogí de hombros.
-A casa. 1891.
Hizo una mueca.
-Está perdido en la multiplicidad.
-Lo sé. -Entré en la estructura-. Viajemos hacia delante, a ver qué encontramos.
Miré por última vez el mar del Paleoceno. Pensé en Stubbins y en el *Diatryma* domesticado, y en la luz del mar en la mañana. Y supe que allí había estado muy cerca de la felicidad, una satisfacción que me había eludido toda la vida. Pero Hilary tenía razón: no era suficiente.

Librodot

Todavía sentía deseos del hogar; era una llamada que me llegaba por el río del tiempo, tan fuerte, pensaba, como el instinto que obliga a un salmón a volver a su lugar de nacimiento. Pero sabía, como había dicho Nebogipfel, que *mi* 1891, aquel mundo cómodo de Richmond Hill, se había perdido en la multiplicidad truncada.
Bien: si no podía volver a casa, decidí, seguiría adelante. ¡Seguiría la ruta de los cambios hasta que no pudiese continuar más adelante!
Nebogipfel me miró.
-¿Estás listo?
Pensé en Hilary. Pero no soy un hombre que tarde en despedirse.
-Estoy listo.
Nebogipfel subió también, primero con la pierna herida. Sin ceremonia, se acercó al panel y pulsó el interruptor azul.

19

LUCES EN EL CIELO

Lo último que vi fueron dos personas -hombre y mujer, desnudos- que parecían precipitarse por la playa. Una sombra cayó brevemente sobre el coche, quizá producida por alguno de los inmensos animales de aquella época; pero pronto nos movíamos demasiado rápido para distinguir esos detalles, y caímos en el tumulto incoloro del viaje en el tiempo.
El Sol pesado del Paleoceno saltó por encima del mar, e imaginé que desde el punto de vista de nuestro movimiento en el tiempo la Tierra giraba alrededor de su eje como una peonza y corría veloz como un cohete alrededor de su estrella. La Luna también era visible como un disco apresurado, ensombrecido por el parpadeo de sus fases. El camino diario del Sol se transformó en una banda de luz argentina que cabeceaba limitada por los equinoccios, y el día y la noche se fundieron en el brillo azul grisáceo del que ya he hablado.
Los dipterocarpos temblaban por el crecimiento y la muerte, y debían hacerse a un lado por el brote de plantas más jóvenes; pero la escena que nos rodeaba -el bosque, el mar suavizado por nuestro movimiento en el tiempo hasta convertirlo en una planicie cristalina- permaneció esencialmente estático, y me pregunté si, a pesar de todos los esfuerzos de Nebogipfel y míos, el hombre no había podido sobrevivir en el Paleoceno.
Entonces, inesperadamente, el bosque murió y desapareció. Era como si hubiesen retirado del suelo la manta de vegetación. Pero la tierra no estaba desnuda; tan pronto como desapareció el bosque, una confusión de marrones y grises cuadriculados -los edificios de Primer Londres en expansión- cubrió el paisaje. Los edificios fluían sobre las colinas desnudas hasta el mar, para convertirse allí en muelles y puertos. Las construcciones individuales se estremecían y morían, casi demasiado rápido para que pudiésemos seguirlas, aunque una o dos persistieron, lo suficiente -supongo que varios siglos para hacerse casi opacas, como modelos toscos. El mar perdió su color azul y mutó a una capa de gris sucio, con las olas difusas por nuestro viaje; el aire parecía estar teñido de marrón, como la niebla del Londres de 1891, lo que daba a la escena un brillo crepuscular sucio, y el aire parecía más cálido.
Era sorprendente que a medida que los siglos quedaban atrás, sin que importase el destino de los edificios individuales, la forma general de la ciudad seguía siendo la misma. Podía ver la banda del río central -el proto-Támesis- y las cicatrices de las rutas principales permanecían, en su aspecto esencial, inalteradas por el tiempo; era una perfecta demostración de cómo la geomorfología, la forma del paisaje, domina la geografía humana.
-Está claro que los colonos han sobrevivido -le dije a Nebogipfel-. Se han convertido en una raza de nuevos humanos, y rehacen su mundo.

Librodot

-Sí. -Se ajustó la máscara-. Pero recuerda que viajamos a varios siglos por segundo; estamos en medio de una ciudad que ha existido durante miles de años. Dudo que quede demasiado del Primer Londres que vimos fundar.
Miré a mi alrededor lleno de curiosidad. En esos momentos, la pequeña banda de exiliados debía de estar tan lejos de aquellos nuevos humanos como los sumerios de, digamos, 1891. ¿Quedarían recuerdos, en toda aquella amplia y bulliciosa civilización, de los frágiles orígenes de la especie humana en aquel periodo remoto?
Percibí un cambio en el cielo: la luz adoptó un parpadeo verdoso. Pronto comprendí que era la Luna, que todavía navegaba alrededor de la Tierra, fundiéndose alrededor de su ciclo con demasiada rapidez*, pero el rostro de la paciente acompañante estaba manchado de verde y azul*, los colores de la Tierra y de la vida.
¡Una Luna como la Tierra y habitada! Estaba claro que la nueva humanidad había viajado al mundo hermano en máquinas espaciales, para transformarlo y colonizarlo. ¡Quizás existía ahora una raza de hombres lunares, tan altos y larguiruchos como los Morlocks de baja gravedad que había encontrado en el año 657.208! Por supuesto, no podía distinguir ningún detalle por el giro completo de un mes de la Luna por el cielo acelerado; y lo lamenté mucho, porque me hubiese encantado haber tenido un telescopio para ver las aguas de aquellos nuevos océanos golpear aquellos cráteres profundos y antiguos, y los bosques que se extendían por el polvo de los grandes mares. ¿Cómo sería estar en aquellas praderas rocosas, separado del lazo de la Tierra? Con cada paso en aquella gravedad menguada saldrías volando por el aire frío, con el Sol feroz e inmóvil sobre la cabeza; sería como un paisaje onírico, pensé, con todo ese brillo, y plantas menos parecidas a la flora terrestre que las cosas que había imaginado entre las rocas del fondo del mar... Bien, aquéllas eran vistas que jamás contemplaría. Con esfuerzo, dejé de hacer supuestos sobre la Luna, y centré mi atención en la situación.
Ahora había movimiento en el cielo occidental, en lo más bajo del horizonte: luces breves se encendían, lanzadas frente al cielo, y colocadas en su lugar, donde permanecían durante largos milenios, antes de apagarse y ser remplazadas por otras. Pronto hubo una multitud de aquellas chispas, y se fundieron en un puente, que cruzaba el cielo de horizonte a horizonte; en su mejor momento, conté varias docenas de luces en aquella ciudad del cielo.
Se las señalé a Nebogipfel.
-¿Son estrellas?
-No -dijo ecuánime-. La Tierra todavía gira, y las verdaderas estrellas deben ser demasiado oscuras para ser visibles. Las luces que vemos cuelgan en una posición fija sobre la Tierra...
-¿Entonces qué son? ¿Lunas artificiales?
-Quizá. Ciertamente son los hombres quienes las han colocado ahí. Los objetos puede que sean artificiales, construidos con materiales tomados de la Tierra, o de la Luna, ya que su pozo gravitatorio es menor. O puede que sean objetos naturales llevados a ese lugar alrededor de la Tierra por medio de cohetes: quizá cometas o asteroides capturados.
¡Contemplé aquellas luces alborotadas con la misma fascinación con que cualquier cavernícola hubiese mirado la luz de un cometa que pasase por encima de su cabeza!
-¿Cuál será el propósito de tales estaciones espaciales?
-Ese satélite es como una torre, fija sobre la Tierra, de veinte mil millas de alto...
Sonreí.
-¡Qué vista! Se podría uno sentar en ella y admirar la evolución del clima sobre un hemisferio. »O la estación podría servir para transmitir mensajes telegráficos de un continente a otro. O, más radical, uno podría imaginar la transferencia de grandes industrias, manufactura pesada, o la generación de energía, a la seguridad relativa de la órbita alta.
Abrió las manos.
-Puedes observar por ti mismo la degradación del aire y el agua a nuestro alrededor. La Tierra tiene una capacidad limitada para absorber los productos de desecho de la industria, y con el desarrollo suficiente, el planeta podría hacerse inhabitable.

Librodot

»Sin embargo, en órbita, los límites al crecimientos son virtualmente infinitos: piensa en la Esfera construida por mi propia especie.
La temperatura siguió subiendo, y el aire se hacía más irrespirable. El coche del tiempo improvisado por Nebogipfel era funcional, pero estaba pobremente equilibrado, y se agitaba y movía; me agarré sufriendo al banco, ya que la combinación de calor y movimiento y el vértigo normal del viaje en el tiempo me producían náuseas.

20

LA CIUDAD ORBITAL

Se produjeron más cambios en la Ciudad Orbital del ecuador. La disposición caótica de las luces se había hecho más regular. Ahora había una banda de siete u ocho estaciones, todas muy brillantes, colocadas a intervalos regulares alrededor del globo; supuse que más estaciones similares debían de estar situadas bajo el horizonte, siguiendo su marcha continua alrededor de la cintura del globo.
Entonces, unas hebras de luz, hermosas y delicadas, bajaron directas de las estaciones, acercándose como dedos inseguros a la Tierra. El movimiento era regular, y lo bastante lento para que pudiésemos seguirlo; comprendí que contemplaba unos proyectos de ingeniería colosales -proyectos que ocupaban miles de millas de espacio durante milenios- y me impresionó la dedicación y el alcance de los nuevos humanos.
Después de varios segundos, la primeras hebras habían llegado a la oscuridad neblinosa del horizonte. Entonces, una de aquellas hebras desapareció, y la estación a la que estaba sujeta se apagó como la llama de una vela en la brisa. Claramente la hebra había caído o se había soltado, y su estación de anclaje había quedado destruida. ¡Contemplé la silenciosa imagen pálida preguntándome qué inmenso desastre -y cuántos muertos- representaba! Sin embargo, en unos pocos momentos una nueva estación apareció en la posición libre girando alrededor del ecuador, y una nueva hebra surgió de ella.
-No estoy seguro de creer lo que ven mis ojos -le dije al Morlock-. ¡Me parece que intentan fijar esos cables del espacio a la Tierra!
-Supongo que eso es lo que pasa -dijo el Morlock-. Presenciamos la construcción de un Ascensor Espacial, un nexo fijo entre la superficie de la Tierra y las estaciones en órbita.
Hice una mueca ante la idea.
-¡Un Ascensor Espacial! Me encantaría subir en algo así: elevarse entre las nubes hacia la grandeza silenciosa del espacio. Pero si el ascensor tuviese paredes de vidrio, no sería un paseo agradable para los que padecen de vértigo.
-No.
Ahora vi que más líneas de luz se extendían entre las estaciones geosincrónicas. Pronto los puntos brillantes de luz estaban unidos, y las líneas se ensancharon para formar una banda brillante, tan ancha y brillante como las estaciones. De nuevo -aunque realmente no tenía ganas de acortar nuestro viaje en el tiempo- deseé poder ver más de aquella inmensa ciudad de los cielos que circundaba todo un mundo.
Los cambios de la Tierra durante el mismo periodo no eran ni de lejos tan espectaculares. De hecho, me dio la impresión de que Primer Londres se había quedado estática, incluso tal vez había sido abandonada. Algunos de los edificios habían durado tanto que casi nos parecían sólidos, aunque eran oscuros, bajos y horribles; mientras otros se desplomaban en ruinas sin ser remplazados (notamos el proceso por la aparición brutal de huecos en el complejo perfil de la ciudad). Me parecía que el aire se hacía más espeso, el paciente mar más gris, y me

Librodot

pregunté si la Tierra había sido finalmente abandonada, ya sea por las estrellas o, tal vez, por un refugio más aceptable bajo el suelo.
Le comenté esa posibilidad al Morlock.
-Quizá -dijo-. Pero ya han pasado más de un millón de años desde que Hilary Bond y su gente establecieron la colonia original. Hay mayor distancia evolutiva entre tú y los nuevos humanos de esta era, que entre tú y yo. Por lo tanto, todas nuestras suposiciones sobre la forma de vida de esta raza, sus motivos e incluso su composición biológica son sólo eso.
-Sí-dije lentamente-. Aun así...
-¿Sí?
Aun así el Sol todavía brilla. Por tanto la historia de estos nuevos humanos es diferente a la tuya. Aunque está claro que tienen máquinas espaciales como las vuestras, no tienen la intención de cubrir el Sol como hicisteis los Morlocks.
-Evidentemente no. -Levantó la mano pálida al cielo-. De hecho, sus intenciones parecen mucho más ambiciosas.
Me volví para ver lo que me señalaba. Vi nuevamente que la Ciudad Orbital mostraba cambios. Ahora surgían enormes conchas -irregulares, de miles de millas de ancho- alrededor de la brillante ciudad lineal, como bayas en un bastón. A medida que las conchas se terminaban salían despedidas de la Tierra, floreciendo con un fuego que iluminaba el paisaje, y desaparecían.
Desde nuestro punto de vista, el desarrollo de aquellos artefactos, desde la forma embriónica hasta la salida, ocupaba un segundo 0 menos; pero sabía que cada dosis de luz brillante debía bañar la Tierra durante décadas.
Era un espectáculo impresionante, y duró algún tiempo; varios miles de años según mis cálculos.
Las conchas eran, por supuesto, grandes naves en el espacio.
-Así que -le dije al Morlock- los hombres viajan fuera de la Tierra en esos grandes yates del espacio. ¿Pero adónde crees que van? ¿A los planetas? ¿A Marte, o Júpiter, o...?
Nebogipfel estaba sentado con la máscara orientada al cielo, y con las manos en las rodillas, y las luces de las naves jugaban con el pelo de su cara.
-No se necesitan energías tan espectaculares como ésas para viajar a distancias tan pequeñas. Con motores como ésos... creo que la ambición de los nuevos humanos es aún mayor. Creo que abandonan el sistema solar, de la misma forma que parece que han abandonado la Tierra.
Miré las naves que partían sorprendido.
-¡Qué impresionantes deben de ser los nuevos humanos! No quiero ser duro con los Morlocks, viejo amigo, ¡pero qué diferencia de ambiciones y energía! Quiero decir, una cosa es una Esfera alrededor del Sol, pero enviar a tus propios hijos a las estrellas...
-Es cierto que nuestras ambiciones se limitaban al control cuidadoso de una sola estrella, y tiene lógica, porque así se obtiene más espacio vital para la especie que por medio de miles, de *millones* de saltos interestelares.
-Oh, puede que sí -dije-, pero ni de lejos es tan *espectacular*, ¿no?
Se ajustó la máscara y miró la Tierra destruida.
-Quizá no. Pero el control de recursos finitos, incluso de la Tierra, parece que es una competencia que los nuevos humanos no poseen.
Vi que tenía razón. A medida que la luz de las naves interestelares caía sobre el mar, los restos de Primer Londres se deterioraban todavía más -las ruinas parecían burbujear, como si se licuasen- y el mar se hizo más gris y el aire más irrespirable. El calor era ya intenso, y separé la camisa del pecho, donde se me había pegado.
Nebogipfel se movió en el banco, mirando a su alrededor incómodo.
-Creo... si pasa, será rápido...
-¿El qué?

Librodot

No contestó. El calor era mucho más severo que el que recordaba de la jungla del Paleoceno. Las ruinas de la ciudad, desperdigadas sobre las colinas de basura marrón, parecían temblar, haciéndose irreales.
¡Y entonces -con un resplandor tan intenso que oscureció el Sol- la ciudad estalló en llamas!

21

INESTABILIDADES

El fuego devorador nos tragó durante una fracción de segundo. Un nuevo calor -insoportable- recorrió el coche del tiempo, y grité. Pero, afortunadamente, el calor se retiró tan pronto como se apagó el incendio de la ciudad.
En aquel instante de fuego, la antigua ciudad desapareció. Primer Londres desapareció de la superficie de la Tierra, y lo que quedó fueron unos pocos salientes de cenizas y ladrillos fundidos; y aquí y allá rastros de cimientos. El suelo desnudo fue pronto colonizado por los atareados procesos de la vida una lenta vegetación cubrió las colinas y las praderas, y árboles enanos se apresuraron a seguir su ciclo en la orilla de mar--, pero el avance de esa nueva ola de vida era lento. Parecía condenada a una existencia atrofiada; porque una niebla perlífera lo cubría todo, oscureciendo el brillo paciente de la Ciudad Orbital.
-Así que Primer Londres ha quedado destruido -dije maravillado-. ¿Crees que hubo una guerra? El fuego debió de haber durado décadas, hasta que no quedó nada más que quemar.
-No fue una guerra --dijo Nebogipfel-. Pero creo que fue una catástrofe provocada por el hombre.
Ahora vi la cosa más extraña. Lo nuevos árboles dispersos morían, pero no se marchitaban siguiendo su ciclo, como los dipterocarpos que había visto antes. Más bien, los árboles se incendiaban -ardían como inmensas cerillas- y todos desaparecieron en un instante. Vi también que una gran quemadura se extendió por la hierba y arbustos, un ennegrecimiento que persistía durante las estaciones, hasta que ya no creció más hierba, y la tierra quedó desnuda y oscura.
Encima, las nubes perlíferas se hacían más gruesas y la bandas del Sol y la Luna quedaron oscurecidas.
-Creo que esas nubes son de cenizas -le dije a Nebogipfel-. Parece que la Tierra arde... Nebogipfel, ¿qué pasa?
-Es como temía -dijo-. Tus amigos derrochadores... esos nuevos humanos...
-¿Sí?
-Con su intromisión y descuido, *han destruido el equilibrio vital del clima del planeta*.

Temblé, porque hacía frío: era como si el calor se escapase del mundo por un desagüe intangible. Al principio agradecí aquel alivio del calor ardiente; pero aquel frío pronto se hizo insoportable.
-Atravesamos una fase de exceso de oxígeno, de una mayor presión atmosférica-dijo Nebogipfel-. Los edificios, plantas y hierbas, incluso la madera húmeda, arden espontáneamente en tales condiciones. Pero no durará mucho. Es una transición a un nuevo equilibro... Es una inestabilidad:
La temperatura caía en picado -el área adoptó el aspecto de un noviembre frío- y me apreté la camisa más cerca del cuerpo. Tuve la breve impresión de un parpadeo blanco -era la aparición estacional de la nieve y hielo de invierno- y luego el hielo y el *permafrost* se asentaban sobre la tierra, sin tener en cuenta las estaciones, formando una superficie dura de un blanco grisáceo que parecía permanente.

Librodot

La Tierra quedó transformada. A1 oeste, al norte y al sur, los contornos de la tierra quedaban ocultos por la capa de hielo y nieve. Al este, el viejo mar del Paleoceno había retrocedido varias millas; podía ver hielo en la playa, y -lejos al norte- un blanco reflejo fijo que indicaba la presencia de icebergs. El aire estaba claro, y una vez más pude ver el Sol y la verde Luna subiendo por el cielo, pero ahora el
aire tenía ese color perlífero que se asocia con lo más profundo del invierno, justo antes de una nevada.
Nebogipfel se había inclinado sobre sí mismo, con las manos bajo los brazos y las piernas dobladas debajo. Cuando le toqué el hombro, la carne estaba helada. Era como si su esencia se hubiese retirado a lo más profundo de su cuerpo. Los pelos de la cara y pecho se habían cerrado sobre sí mismos, como las plumas de un pájaro. Sentí culpa por sus problemas, porque consideraba las heridas de Nebogipfel como mi responsabilidad, ya sea directa o indirectamente.
-Venga, Nebogipfel. Ya hemos pasado antes por periodos glaciares, fueron mucho peores que éste, y sobrevivimos. Atravesamos un milenio cada pocos segundos. Pronto pasaremos esto y volveremos a salir a la luz del Sol.
-No lo entiendes -susurró.
-¿Qué?
-Esto no es simplemente una *Época Glacial*. ¿No lo entiendes? Esto es cualitativamente diferente... la *inestabilidad*... -Cerró los ojos de nuevo.
-¿Qué quieres decir? ¿Va a durar mucho más que antes? ¿Cien mil años, medio millón? ¿*Cuánto*?
Pero no contestó.
Puse los brazos a mi alrededor e intenté mantenerme caliente. Las garras del frío se hundieron más profundamente en la piel de la Tierra, y aumentó el grosor del hielo, siglo tras siglo, como una marea que subiese lentamente. El cielo parecía despejarse -la luz de la banda solar parecía brillante y dura, aunque aparentemente sin calor- y supuse que el daño provocado a la delgada capa de gases vitales se estaba reparando con lentitud, ahora que el hombre ya no era una fuerza sobre la Tierra.
Aquella Ciudad Orbital todavía colgaba, brillante e inaccesible, en el cielo sobre la tierra helada, pero no había rastros de vida en la Tierra, y todavía menos de la humanidad.
¡Después de algunos millones de años de aquello empecé a sospechar la verdad!
-Nebogipfel -dije-. No va a acabar nunca... esta Edad de Hielo, ¿no?
Giró la cabeza y murmuró algo.
-¿Qué? -Acerqué el oído a su boca-. ¿Qué has dicho?
Sus ojos se habían cerrado y estaba insensible.
Agarré a Nebogipfel y lo levanté del banco. Lo deposité en el suelo de madera del coche del tiempo, luego me tendí a su lado y apreté; mi cuerpo contra el suyo. No estaba muy cómodo: el Morlock era como un frío trozo de carne contra el pecho, haciéndome sentir
aún más frío; y tuve que luchar contra los restos de mi desprecio por la raza de los Morlocks. Pero lo soporté todo, porque esperaba que mi calor corporal lo mantuviese con vida un poco más. Le hablé, y le masajeé hombros y brazos; lo hice hasta que despertó, porque creía que si le dejaba permanecer inconsciente se deslizaría sin saberlo hasta la muerte.
-Explícame esa *inestabilidad climática* tuya -dije.
Giró la cabeza y murmuró:
-¿Qué sentido tendría? Tus amigos nuevos humanos nos han matado...
-El sentido es que me gustaría saber qué me está matando.
Después de algo más de persuasión, el Morlock se rindió.
Me dijo que la atmósfera de la Tierra era algo dinámico. La atmósfera sólo poseía dos estados estables naturales, dijo Nebogipfel, y ninguno de los dos podía sostener vida; y el aire, si se le alteraba demasiado, caería en cualquiera de esos estados, lejos de la estrecha banda de condiciones adecuadas para la vida.

Librodot

-Pero no entiendo. ¿Si la atmósfera es una mezcla inestable como sugieres, cómo es que el aire se las ha arreglado para mantenernos, como ha hecho, durante muchos millones de años?
Me dijo que *la acción de la vida* misma había alterado ampliamente la evolución de la atmósfera.
-Hay un equilibrio de gases atmosféricos, temperatura y presión, que es ideal para la vida. Por lo tanto la vida actúa, en grandes ciclos inconscientes, implicando miles de millones de organismos, para mantener el equilibrio.
»Pero el equilibrio es inherentemente *inestable*. ¿Entiendes? Es como un lápiz que se apoya sobre la punta: ese sistema se caerá con la más pequeña alteración. -Giró la cabeza-. Aprendimos que era arriesgado jugar con los ciclos de la vida, nosotros los Morlocks; aprendimos que si eliges alterar los distintos mecanismos que mantienen la estabilidad atmosférica, entonces deben ser reparados o remplazados. ¡Qué pena -dijo con dificultad- que los nuevos humanos, esos héroes tuyos capaces de viajar a las estrellas, no hayan aprendido lecciones tan simples como ésa!
-Explícame lo de las dos estabilidades, Morlock; ¡porque me parece que vamos a visitar una o la otra!
En el primero de los estados estables letales, dijo Nebogipfel, la superficie de la Tierra ardería: la atmósfera se haría tan opaca como las nubes sobre Venus, y se convertiría en una trampa de calor. Tales nubes, de millas de ancho, impedirían el paso de la mayor parte de la luz del Sol, dejando sólo un pálido brillo rojizo; desde la superficie no podría verse el Sol, ni los planetas o las estrellas. Los rayos brilla-
rían continuamente en la lóbrega atmósfera, y la superficie estaría al rojo vivo: desprovista por completo de vida.
-Ésa es una posibilidad -dije, intentado evitar mis estremecimientos-, pero comparado con este maldito frío, suena como un club de vacaciones... ¿Y el segundo de los estados estables?
-La Tierra Blanca.
Cerró los ojos, y no me habló más.

22

ABANDONO Y LLEGADA

No sé cuánto tiempo estuvimos tendidos allí, encogidos en la base del coche del tiempo, aferrándonos a lo que nos quedaba de calor corporal.
Suponía que éramos el único fragmento de vida que quedaba en el planeta, exceptuando, quizás, algún liquen resistente que colgaba de alguna roca congelada.
Me acerqué más a Nebogipfel y seguí hablándole.
-Déjame dormir-susurró.
-No -respondí, tan contundente como pude-. Los Morlocks no duermen.
-Yo sí. He pasado demasiado tiempo cerca de los humanos.
-Si duermes, morirás... Nebogipfel. Creo que debemos detener el coche.
Guardó silencio durante un rato.
-¿Por qué?
-Debemos regresar al Paleoceno. La Tierra está muerta, atrapada en el dominio de este terrible invierno, por lo que debemos regresar a un pasado más habitable.
-Es una buena idea... -tosió- exceptuando el detalle de que es imposible. No pude diseñar controles complejos para esta máquina.
-¿Qué dices?

Librodot

-Que este coche del tiempo es básicamente balístico. Podía apuntar al pasado o al futuro, y durante un periodo de tiempo especificado; llegaremos a 1891 de esta historia, o a sus alrededores. Una vez apuntado y lanzado, no tengo control sobre la trayectoria.
»¿Entiendes? El coche sigue un camino en el tiempo determina-
do por las condiciones iniciales y la fuerza de la plattnerita alemana. Nos detendremos en 1891 -un 1891 helado- y no antes...
Sentí que se reducían mis temblores, pero no porque me sintiese más a gusto, sino porque, comprendí, mis propias fuerzas estaban comenzado a quedar exhaustas.
Pero quizás aquél no fuese el final, pensé: si el planeta no había sido abandonado -si los hombres fuesen a reconstruir la Tierra quizás encontrásemos un clima que pudiéramos habitar.
-¿Y el hombre? ¿Qué hay del hombre? -azucé a Nebogipfel.
Gruñó y giró los ojos cubiertos.
-¿Cómo podría sobrevivir la humanidad? El hombre ha abandonado el planeta o se ha extinguido por completo...
-¿Abandonado la Tierra? ¡Ni siquiera los Morlocks, con vuestra Esfera alrededor del Sol, llegasteis a tanto!
Me alejé de él y me levanté apoyado en los hombros para poder ver fuera del coche del . tiempo, hacia el sur. Porque era desde allí -ahora estaba seguro-, de la dirección de la Ciudad Orbital, de donde vendría cualquier esperanza.
Pero lo que vi a continuación me llenó de un miedo terrible.
El cinturón alrededor de la Tierra seguía en su lugar, las uniones entre las estaciones brillantes eran tan luminosas como siempre, pero vi que las líneas que habían anclado la ciudad al planeta habían *desaparecido*. Mientras me había ocupado del Morlock, los habitantes orbitales habían desmantelado los Ascensores, eliminando así su unión umbilical con la Madre Tierra.
A continuación, una luz brillante se encendió en varias de las estaciones. El resplandor se reflejó en la superficie de hielo de la Tierra, como una ristra de soles en miniatura. El anillo de metal se desplazó de su posición en el ecuador. A1 principio, esa migración era lenta; pero entonces la ciudad pareció girar sobre un eje -encendida, como una espiral de fuegos artificiales- hasta que se movió con tanta rapidez que no podía distinguir las estaciones individuales.
Luego se fue, desplazándose lejos de la Tierra hasta la invisibilidad.
El simbolismo de ese abandono era sobrecogedor y, sin el fuego de los grandes motores, la capa de hielo de la Tierra abandonada parecía más fría y más gris que antes.
Me eché en el coche.
-Es cierto -le dije a Nebogipfel.
-¿El qué?
-Que han abandonado la Tierra, la Ciudad Orbital se ha soltado y se ha ido. La historia del planeta ha terminado, Nebogipfel... ¡y también, me temo, la nuestra!
A pesar de todos mis esfuerzos, Nebogipfel cayó inconsciente, y después de un tiempo, yo no tenía fuerzas para seguir. Me acurruqué junto al Morlock, intentando proteger su cuerpo húmedo de lo peor del frío, aunque me temo que sin demasiado éxito. Sabía que, debido a nuestra velocidad por el tiempo, nuestro viaje no duraría más de treinta horas en total, ¿pero qué sucedería si la plattnerita alemana o el diseño de Nebogipfel estaban mal? Podría quedar atrapado, congelándome lentamente, en aquella dimensión atenuada para siempre, o saltar en cualquier momento al hielo eterno.
Creo que me dormí... o me desmayé.

Creí ver al Observador-la gran cabeza ancha- flotando frente a mis ojos, y más allá de su carcasa sin miembros podía ver las elusivas estrellas teñidas de verde. Intenté coger las estrellas, porque me parecían muy brillantes y cálidas; pero no podía moverme -quizá lo soñé todo- y luego el Observador desapareció.

Finalmente, con un bandazo, la potencia de la plattnerita se agotó, y el coche cayó nuevamente en la historia.
El brillo perlífero del cielo desapareció, y la luz pálida del Sol se apagó, como si le hubiesen dado a un interruptor: me encontré en las tinieblas.
Los restos de nuestro calor del Paleoceno se perdieron en el cielo. El hielo me agarró la carne -parecía que me quemaba- y no podía respirar, aunque no sabía si era por el frío o por la contaminación del aire, y sentía una gran presión en el pecho, como si me ahogase.
Sabía que no estaría consciente muchos segundos más. Decidí que al menos, antes de morir, vería aquel 1891 tan diferente de mi propio mundo. Puse los brazos debajo -ya no sentía las manos- y empujé hasta quedar medio sentado.
La Tierra yacía bajo una luz plateada, como la luz de la Luna (o al menos eso pensé al principio). El coche del tiempo estaba, como si fuese un juguete roto, en medio de una planicie de hielo antiguo. Era de noche y *no había estrellas* -al principio pensé que debía de haber nubes-, pero luego vi, en lo más bajo del horizonte, un trozo de Luna, y no podía entender la ausencia de estrellas; me pregunté si el frío había dañado mis ojos. El mundo hermano todavía era verde y sentí alegría: quizá todavía viviese gente allí. ¡Cuán brillante debía de ser la Tierra helada en el cielo de aquel mundo joven! Cerca del borde de la Luna brillaba una luz: no era una estrella, porque estaba demasiado cerca, quizá fuese el reflejo del Sol en un lago lunar.
Una parte de mi cerebro me obligó a preguntar por el origen de la luz plateada, porque ahora se reflejaba en la escarcha que se acumulaba en la estructura del coche del tiempo. Si la Luna seguía siendo verde, no podía ser la fuente de ese brillo élfico. ¿Qué entonces?
Con mis últimas fuerzas giré la cabeza. Y allí, en el cielo sin estrellas por encima de mi cabeza, había un disco brillante; una gasa titilante, como tejida con telas de araña, de una docena de veces el tamaño de la Luna llena.
Y, tras el coche del tiempo, aguardando pacientemente en la planicie de hielo...
No podía verlo bien; me pregunté si no me estarían fallando los ojos. Era una forma piramidal, de la altura de un hombre, pero las líneas eran difusas, como si estuviesen eternamente en movimiento.
-¿Estás vivo? -quise preguntarle a la terrible visión. Pero mi garganta estaba cerrada, mi voz congelada, y no pude plantear más preguntas.
La oscuridad se cerró a mi alrededor, y el frío retrocedió al fin.

LIBRO CINCO
La Tierra Blanca

Librodot

1

CONFINAMIENTO

Abrí los ojos, o más bien tuve la sensación de que retiraban mis párpados, o que me los cortaban. Mi vista estaba borrosa, mi visión del mundo refractada; me pregunté si mis globos oculares estaban helados, quizá congelados por completo. Fijé la vista en un punto al azar en el cielo sin estrellas; en la periferia de la visión vi rastros de verde -¿quizá la Luna?-, pero no podía volverme para mirar.

No respiraba. ¡Es fácil decirlo, pero es difícil expresar la ferocidad de ese descubrimiento! Me sentí como si me hubiesen sacado de mi cuerpo; no sentía ninguno de los ruidos mecánicos -el sonido de la respiración y el corazón, el millón de pequeños dolores musculares- que forman, sigilosos, la superficie de nuestras vidas humanas. Era como si todo mi ser, toda mi identidad, se hubiese reducido a aquella mirada fija.

Deberías sentir miedo, pensé; debería haber luchado por respirar, como si me ahogase. Pero no tenía esas necesidades: me sentía adormilado, como en un sueño, como si me hubiesen transformado en un espíritu.

Fue la falta de terror, creo, lo que me convenció de que estaba muerto.

Ahora una forma se movía encima de mí, interponiéndose entre el cielo y la línea de mi mirada. Era más o menos piramidal, sin contornos claros; era como una montaña, todo en sombras, flotando encima de mí.

Por supuesto, reconocí aquella aparición: era la cosa que se había plantado frente a mí cuando yacíamos en el hielo. Ahora la máquina -porque eso pensé que era- se acercó a mí. Se desplazaba con un extraño movimiento fluido; si piensan en la arena de un reloj de arena al caer en un movimiento compuesto de granos al girarlo, tendrán una idea del efecto. Vi, en el límite de la visión, que los bordes difusos de la base de la máquina se movían sobre mi pecho y estómago. Entonces sentí una serie de picaduras -pequeños zarpazos- en el pecho y la barriga.

¡La sensibilidad había vuelto! Y con la rapidez de un disparo de rifle. Sentí unos arañazos débiles contra la piel del pecho, como si cortasen tela y la doblasen. Los pinchazos se hicieron más profundos; era como si pequeños palpos de insecto llegasen hasta el interior de la piel, infestándome. Sentí *dolor*, un millón de pequeños pinchazos de aguja penetrando en mi interior.

Nada de muerte. ¡Vaya con la incorporeidad! Y al comprender que seguía existiendo, volvió el miedo, instantáneamente, ¡y en un torrente brutal de productos químicos que corrían agitados por mi interior!

Ahora, la imponente sombra de la criatura montaña, desenfocada y ominosa, avanzó aún más por mi cuerpo, hacia la cabeza. ¡Pronto estaría cubierto! Quería gritar, pero no podía sentir ni la boca, ni los labios, ni el cuello.

Nunca, en todos mis viajes, me he sentido tan indefenso como en aquella ocasión. Me sentí abierto, como una rana sobre una mesa de disección.

En aquel momento final, sentí que algo se movía sobre mi mano. Sentía en ella un frío indefinido, un roce de pelos: era la mano de Nebogipfel que sostenía la mía. Me pregunté si estaba tendido a mi lado, mientras se realizaba aquella horrorosa vivisección. Traté de cerrar los dedos, pero no podía mover ni un músculo.

La sombra piramidal me llegó a la cara, y el amigable trozo de cielo quedó oscurecido. Sentí agujas que se me clavaban en el cuello, mejillas, barbilla y frente. Sentí un pinchazo -un picor insoportable- en la superficie de los ojos. Deseé desviar la mirada, cerrar los ojos; pero no podía: ¡era la tortura más exquisita que puedo imaginar!

Entonces, con aquel fuego intenso que penetraba incluso en mis globos oculares, mi último eslabón de conciencia se rompió.

Librodot

Cuando desperté, el retorno no tuvo ninguno de los atributos de pesadilla de la primera vez. Desperté al mundo a través de una capa de sueños bañados por el sol: navegaba por visiones fragmentarias de arena, bosques y océanos; gusté una vez más bivalvos salados y duros; y yací con Hilary Bond en el calor y la oscuridad.
Así, lentamente, me llegó el despertar.

Yacía sobre una superficie dura. Mi espalda, que respondía con una punzada cuando intentaba moverme, era muy real; como lo eran las piernas abiertas, los brazos y los dedos, el ruido mecánico del aire por los agujeros de la nariz y el pulso de la sangre en las venas. Yacía en la oscuridad -completa y absoluta-, pero aquel hecho, que antes me hubiese aterrorizado, ahora me parecía accesorio, porque de nuevo estaba vivo, rodeado por el murmullo mecánico de mi cuerpo. ¡Sentí alivio, puro e intenso, y dejé escapar un grito de alegría!
Me senté. Cuando puse las manos en el suelo encontré allí partículas gruesas, como si una capa de arena cubriese una superficie más dura. Aunque sólo llevaba la camisa, los pantalones y las botas sentía calor. Seguía en la más completa oscuridad; pero los ecos de aquel grito tonto regresaron a mis oídos y tuve la sensación de estar en un lugar cerrado.
Volví la cabeza de un lado a otro buscando una ventana o puerta; pero fue inútil. Sin embargo, percibí una presión en la cabeza -algo sujeto a la nariz- y cuando levanté las manos para investigar encontré allí una gafas pesadas en las que el vidrio formaba una sola pieza con la montura.
Probé aquel dispositivo... y la habitación se llenó de luz brillante.

Al principio me deslumbró, y cerré los ojos todo lo que pude. Me quité las gafas y descubrí que la luz desaparecía dejándome nuevamente en las tinieblas. Y cuando me volví a colocar las gafas, la luz regresó.
No fue un gran esfuerzo para mi ingenio entender que la oscuridad era la realidad; y que la luz era producida para mí por las gafas, que había activado sin querer. Aquellas lentes eran equivalentes a las gafas de Nebogipfel, que el pobre Morlock había perdido en la tormenta del Paleoceno.
Los ojos se ajustaron a la oscuridad; me puse en pie y me investigué. Estaba entero y parecía sano; no pude encontrar en manos y brazos rastros de la acción difusa de la criatura piramidal sobre la piel. Sin embargo, noté una serie de marcas blancas en la tela de la camisa y pantalones; cuando las repasé con los dedos, encontré costuras onduladas, como si hubiesen intentado reparar las ropas de forma algo burda.
Me encontraba en una cámara de unos doce pies de ancho y otros tantos de alto; hasta aquel momento era la habitación más extraña que había visitado en todos mis viajes por el tiempo. Para imaginarla, deben comenzar con una habitación de hotel de finales del siglo diecinueve. Pero la habitación no tenía la estructura rectangular común en mi época; al contrario, era un cono redondo, algo similar a una tienda. No había puerta, ni mobiliario de ningún tipo. El suelo estaba recubierto de una capa uniforme de arena, en la que podía ver las marcas del lugar donde había dormido.
En las paredes había un papel chillón -un invento púrpura y abarrotado- y lo que parecían marcos de ventana flanqueados por cortinas gruesas. Pero los marcos no tenían vidrio sino paneles cubiertos por el mismo papel.
No había fuentes de luz en la habitación. En su lugar, un brillo difuso y continuo inundaba el aire, como la luz en un día nuboso. Ya me había convencido de que la luz que veía era producto de las gafas más que algo físico. El techo era una confusión barroca, decorado con pinturas increíbles. Aquí y allá en la cascada barroca podía distinguir fragmentos de formas humanas, pero tan confusos y distorsionados que no podía seguirlos: no era grotesco, sino más bien torpe y desorientado, como si el artista hubiese tenido la habilidad de un Miguel Ángel pero la visión de un niño retrasado. Y así era: ¡los elementos, supongo, de una

Librodot

habitación de hotel barata de mi época transformados por aquella peculiar geometría en un producto onírico!
Caminé un poco y las botas apretaron la arena. No encontré uniones en las paredes, ni rastros de puertas. En un lado de la habitación había un cubículo, de unos tres pies de lado, hecho de porcelana blanca. Cuando dejé la arena y entré en la plataforma de porcelana, inesperadamente salió vapor silbando de unos agujeros en las paredes. Me eché atrás, sorprendido, y los chorros se apagaron; el vapor bailaba alrededor de mi rostro.
Encontré una serie de tazones en la arena. Tenían el ancho de una mano y eran bajos, como platos. Algunos de los tazones contenían agua y los otros, trozos de comida: alimentos simples, como fruta, nueces, bayas y cosas por el estilo, pero nada que pudiese reconocer de inmediato. Sediento, vacié un par de tazones. Los encontré difíciles de manejar; al ser bajos, tenían tendencia a derramarme el contenido sobre la barbilla, y se parecían tanto a una taza, pensé, como los platos que uno utiliza para dar de beber al gato o al perro. Mordisqueé un poco de la comida; el sabor de la fruta era soso pero aceptable.
Al terminar tenía los dedos manchados, y miré a mi alrededor buscando un lavabo o un baño. Por supuesto, no los había; recurrí al contenido de otro de los tazones para lavarme, y me sequé la cara con una esquina de la camisa.
Probé las ventanas falsas, y salté sin éxito intentado alcanzar el techo; la superficie de paredes y suelo era tan suave como la de un huevo pero irrompible. Cavé en la arena y descubrí que llegaba hasta unas nueve pulgadas de profundidad; debajo había un mosaico de fragmentos de colores brillantes, como de estilo romano, pero, al igual que el techo, el mosaico no representaba ningún retrato o escena que pudiese reconocer, sino que era más bien un conjunto inconexo de diseños.
Estaba solo, y no venía ningún sonido de más allá de las paredes: de hecho, no había sonidos en mi universo, exceptuando el ruido de mi propia respiración, los latidos de mi corazón, ¡los mismo sonidos a los que había dado la bienvenida con tanto vigor poco antes!
Después de un rato, ciertas necesidades humanas se manifestaron. Resistí aquellas presiones todo lo que pude, pero al final me vi obligado a cavar hoyos en la arena para hacer mis necesidades.
A1 cubrir uno de aquellos hoyos sentí una vergüenza extraordinaria. ¡Me pregunté qué pensarían los viajeros estelares de aquel lejano 1891 de semejante representación!
Cuando me cansé, me senté en la arena con la espalda contra la pared. Al principio me dejé las gafas puestas, pero la iluminación era demasiado brillante para descansar, por lo que me las quité y las tuve en la mano mientras dormía.

Así comenzó mi estancia en aquella extraña habitación. Al desvanecerse mis temores iniciales, me asaltó un impaciente aburrimiento. Estaba prisionero de forma similar a mi estancia en la Prisión de Luz de los Morlocks, y había salido de allí sin deseos de repetir la experiencia. Llegué a sentir que *cualquier* cosa, incluso un peligro, sería preferible a permanecer en aquella prisión aburrida y sin sentido. Mi exilio en el Paleoceno -a cincuenta millones de años del periódico más cercano- creo que me había curado del impulso hacia la lectura; pero aun así, en ocasiones creí que me volvería loco por falta de alguien con quien hablar.
Los tazones de agua y comida se rellenaban cada vez que dormía. Nunca descubrí el mecanismo que lo permitía. No encontré señales de una máquina similar a la de los Morlocks; pero tampoco vi que rellenase los tazones alguien parecido a un mayordomo. En una ocasión, para experimentar, dormí con un tazón enterrado bajo el cuerpo. Cuando me levanté, descubrí que volvía a estar lleno de agua, como si de un milagro se tratase.
Llegué a la conclusión preliminar de que, por algún medio, una máquina sutil *construía* el contenido en los mismos tazones, ya sea a partir de sustancias en los tazones o tomando materiales del aire. Pensé -¡aunque no deseaba seguir investigando!- que mis desechos

Librodot

enterrados eran desmantelados por el mismo mecanismo discreto. Era una imagen extraña y no muy agradable.

2

EXPERIMENTOS Y REFLEXIONES

Después de tres o cuatro días sentí que debía lavarme adecuadamente. Como ya he dicho, no había nada que pareciese un baño, y no me resultaba satisfactoria la limpieza gatuna que podía realizar con los tazones de agua. Deseaba un baño o, mejor aún, un chapuzón en el mar del Paleoceno.

Me llevó un tiempo -pueden considerarme tonto en este asunto- volver a pensar en el cubículo de porcelana ,del que he hablado, y que había ignorado desde la primera vez que exploré de forma preliminar la cámara. Volví a acercarme a él, y coloqué un pie cauteloso en la base de porcelana. Una vez más, salió vapor de las paredes.

De pronto lo entendí. En un rapto de entusiasmo, me quité ropa y botas (me quedé con la gafas) y me metí en el pequeño cubículo. El vapor onduló a mi alrededor; el sudor comenzó y el vaho se pegó a las gafas. Había supuesto que el vapor ocuparía toda la habitación convirtiéndola en una sauna, pero se mantuvo en el área del cubículo, sin duda debido a un sistema basado en diferencias en la presión del aire.

Después de todo, aquél era mi baño: no era como los de mi época, ¿pero por qué debería serlo? Mi casa de Petersham Road se había perdido en una historia diferente. Recordé que los romanos, por ejemplo, no sabían nada de jabones y detergentes; se habían visto obligados a recurrir a ese tipo de métodos para quitarse la suciedad de los poros. Y el poder limpiador del vapor quedó demostrado en mi caso, aunque, al no tener los rascadores de los romanos, me vi obligado a usar las uñas para quitarme la roña acumulada en la piel.

Cuando salí de la sauna busqué una forma de secarme ya que no tenía toalla. Consideré, no demasiado convencido, utilizar la ropa; luego, inspirado, pensé en la arena. Descubrí que aquel material, aunque me raspaba la piel, eliminaba muy bien la humedad.

Mi experiencia con la sauna me obligó a algunas reflexiones. ¿Cómo había podido tener una mente tan estrecha que me había llevado tanto tiempo deducir la función de un artefacto tan obvio? Después de todo, en mi propia época había habido muchas zonas del mundo que no conocían los placeres de la fontanería moderna y la porcelana, de hecho, muchos distritos de Londres, si uno se creía los reportajes más atormentados del *Pall Mall Gazette*.

Estaba claro que los desconocidos hombres de las estrellas de aquella época se habían tomado mucho trabajo para proveerme de una habitación que me pudiese agradar. Después de todo, ahora estaba en una historia radicalmente diferente; quizá lo extraño de la cámara -la falta de facilidades sanitarias reconocibles, la comida inusual, y demás- no era tan importante o raro como me parecía.

Se me habían proporcionado los elementos de una habitación de hotel de mi propia época, pero estaban complementados con arreglos sanitarios que parecían pertenecer a la época precristiana; y en lo que se refiere a la comida, los platos de nueces y frutas que se suponía debía comer eran más adecuados para mis remotos ancestros recolectores de fruta, digamos de cuarenta mil años antes de mi nacimiento.

¡Era una mezcla, una confusión de fragmentos de épocas dispares! Pero creía percibir una estructura en todo aquello.

Pensé en la distancia que me separaba de los habitantes de aquel mundo. Desde la fundación de Primer Londres se habían sucedido cincuenta millones de años de desarrollos, más de *cien veces* la distancia evolutiva entre el Morlock y yo. En distancias tan inimaginables, el tiempo

queda comprimido -de la misma forma que los estratos sedimentarios se apretan los unos sobre los otros debido al peso de los depósitos superiores- hasta que el intervalo entre julio César y yo, o incluso entre el primer representante de genero Homo que caminó sobre la Tierra y yo -que desde *mi* punto de vista parecía tan inmenso- se hacía prácticamente inexistente.
Considerando todo eso, pensé, mis invisibles anfitriones habían hecho un trabajo muy bueno intentando descubrir qué condiciones me serían más cómodas.
En cualquier caso, ¡parecía que mis expectativas, después de todas mis experiencias, todavía estaban ancladas en mi propio siglo, y en una parte minúscula del globo! Una idea humillante -una prueba de mi pequeñez de espíritu-, y dediqué algo de tiempo, reacio, a la meditación interior. Pero no soy por naturaleza un hombre reflexivo y pronto me encontré nuevamente irritado por las condiciones de mi encierro. ¡Aunque parezca desagradecido, quería recuperar la libertad! Aunque no veía forma de conseguirlo.

Creo que permanecí en la prisión durante quince días. Cuando llegó la libertad, fue tan rápida como inesperada.
Desperté en la oscuridad.
Me senté sin las gafas. A1 principio no sabía exactamente qué me había molestado, y entonces lo oí: un sonido suave, un respirar lejano, tranquilo. Era el más sutil de los ruidos -casi inaudible- y sabía que si se hubiese producido en las calles de Richmond en las primeras horas de la mañana no me habría alterado en absoluto. Pero allí mis sentidos habían incrementado su sensibilidad a causa de mi larga soledad, durante quince días no había oído ningún sonido que no produjese yo mismo, exceptuando el silbido suave del baño de vapor.
Me planté las gafas en la cara. La luz inundó mis ojos y parpadeé impaciente por ver.
Las gafas me mostraron un brillo suave, como de luz de luna, que penetraba en la habitación. *Había una puerta abierta* en la pared de la celda. Tenía forma de *losange*, con el umbral a unas seis pulgadas del suelo, y cortaba una de las falsas ventanas.
Me puse en pie, me encajé la camisa -me había acostumbrado a dormir utilizándola como almohada- y atravesé el quicio. La respiración suave aumentó de volumen y -superpuesta a ella, como el sonido de un arroyo en la brisa- oí una voz líquida: ¡un sonido casi humano, una voz que reconocí al instante!
La puerta llevaba a otra cámara, de igual tamaño y forma que la mía. Pero allí no había falsas ventanas, ni torpes intentos de decoración, ni arena en el suelo; en su lugar, las paredes estaban desnudas, de un color gris metálico apagado, y había varias ventanas, cubiertas; y una puerta con manilla. No había muebles, y en la habitación dominaba un único artefacto inmenso: era la máquina piramidal (o una idéntica) que había visto por última vez cuando comenzó a caminar sobre mi cuerpo. Ya he dicho que tenía la altura de un hombre y una base en proporción; la superficie visible era metálica, pero de una estructura cambiante y compleja. Si imaginan una forma piramidal de seis pies de alto cubierta por un montón difuso de hormigas metálicas, entonces tendrán la esencia del artefacto.
Pero aquella monstruosidad apenas me llamó la atención; porque de pie ante ella, y parecía que mirando el interior de la pirámide con algún tipo de dispositivo ocular, estaba Nebogipfel.

Me eché adelante, y extendí los brazos con placer. Pero el Morlock se limitó a quedarse de pie, paciente, y no reaccionó ante mi presencia.
-Nebogipfel-dije-, no sabes lo feliz que me siento de haberte encontrado. Creía que me volvería loco, ¡loco de soledad!
Vi que uno de sus ojos -el dañado- estaba cubierto por un dispositivo ocular; el tubo se extendía hacia la pirámide, mezclándose con el cuerpo del objeto, y el conjunto se movía con el minúsculo movimiento como de hormigas que caracterizaba a la pirámide. Lo miré con algo de repulsión, porque no me gustaría que me hubiesen colocado un dispositivo así en mi ojo.

El otro ojo desnudo de Nebogipfel, grande y rojo grisáceo, giró hacia mí.
-De hecho, fui *yo* el que te encontró a *ti*, y pedí verte. Y cualquiera que sea tu estado mental, al menos veo que estás bien -dijo-. ¿ Las partes congeladas, cómo van?
Me quedé confundido.
-¿Qué partes congeladas? -Me palpé la piel, pero sabía muy bien que estaba ileso.
-Entonces han hecho un buen trabajo -dijo Nebogipfel.
-¿Quiénes?
-Los Constructores Universales.
Con eso supuse que se refería a la máquina piramidal y a sus primos.
Noté lo recto de su postura y lo bien peinado que llevaba el pelo. Comprendí que bajo aquella luz lunar no necesitaba gafas, como las necesitaba yo, para poder ver; estaba claro que las habitaciones se habían diseñado con sus necesidades en mente más que las mías.
-Tienes buen aspecto, Morlock -dije entusiasta-. Tienes la pierna recta, y el brazo también.
-Los Constructores se las han arreglado para reparar la mayoría de mis heridas. Francamente, ahora estoy tan bien como cuando subí por primera vez a tu Máquina del Tiempo.
-Todo menos el ojo -dije con pena, porque me refería al ojo que había destrozado con mi miedo y furia-. Supongo que esos Constructores tuyos no pudieron salvarlo.
-¿Mi ojo? -Parecía sorprendido. Separó su cara del aparato acular; el tubo se separó del rostro con un ruido suave y orgánico, y se metió en el interior metálico de la pirámide-. En absoluto -dijo-. Elegí que me lo reconstruyesen de esta forma. Tiene ciertas ventajas, aunque admito que tuve dificultades para explicar mis deseos a los Constructores...
Se volvió hacia mí. La cuenca era un agujero vacío. Los restos del ojo habían sido extraídos, y parecía como si hubiesen abierto el hueso y profundizado el hueco. En la cuenca brillaba un metal húmedo y tembloroso.

3

EL CONSTRUCTOR UNIVERSAL

En contraste con mi celda espartana, a Nebogipfel le habían dado una verdadera suite. Había cuatro habitaciones, cada una tan grande como la mía y de forma aproximadamente cónica, con ventanas y puertas, que nuestros anfitriones no habían considerado necesario ponerme a mí: ¡estaba claro que tenían en mejor consideración su intelecto que el mío!
Destacaba la misma falta de mobiliario que yo había padecido, aunque los Morlocks tienen necesidades más simples, y no era una incongruencia tan grande para Nebogipfel. Sin embargo, en una habitación encontré un objeto estrafalario: un artefacto en forma de mesa de unos doce pies de largo y seis de ancho, todo bordeado de una sustancia verde brillante. La mesa era aproximadamente rectangular, aunque los bordes tenían forma irregular; una única bola -blanca, de algún material denso- estaba en la superficie. Cuando la empujé, la bola rodó bien, aunque sin tapete se movía libre y caramboleó en los bordes con satisfactoria solidez.
Intenté descubrir algún sentido profundo en aquel artefacto; ¡pero por muchas vueltas que le daba -y como habrán deducido por mi descripción- no era más que una mesa de billar! Al principio especulé con que se tratase de otro eco distorsionado de una habitación de hotel del siglo diecinueve, pero si así era se trataba de una elección muy extraña, y al no tener tacos y con una sola bola era poco probable que se tratase de un desafío deportivo.
Confundido, dejé la mesa y probé las puertas y las ventanas. Las puertas funcionaban con pomos, para agarrarlos y girarlos, pero llevaban a otras habitaciones de la misma suite o a mi cámara original; no había salida al mundo exterior. Descubrí, sin embargo, que los paneles

Librodot

que cubrían las ventanas transparentes podían levantarse, y por primera vez pude inspeccionar aquel nuevo 1891, aquella Tierra Blanca.
¡Me encontraba a unos mil pies del suelo! Parecía que estábamos en lo más alto de una inmensa torre cilíndrica, cuyo perfil veía descender por debajo de mí. Todo lo que vi reafirmó mi primera impresión, justo antes de que el frío me derrotase, cuando di mi último vistazo desde el coche del tiempo: se trataba de un mundo eternamente hundido en el hielo. El cielo era de color bronce de cañón, y la tierra cubierta por el hielo era de un blanco grisáceo como el de los huesos descubiertos, sin rastro de los atractivos tonos azules qué a veces se aprecian en los campos nevados. Al mirar, pude ver cuán terriblemente estable era realmente aquel mundo, exactamente como lo había descrito Nebogipfel: la luz del día se reflejaba feroz sobre el manto de hielo agrietado que cubría la tierra, y la blancura que cubría el mundo devolvía el calor del Sol al espacio. La pobre Tierra estaba muerta, atrapada en lo más profundo de aquel pozo de hielo, una estabilidad climática absoluta, eterna, la estabilidad definitiva de la muerte.
Vi Constructores aquí y allá -con la misma forma que el que teníamos en la habitación de Nebogipfel- sobre el paisaje helado. Cada Constructor estaba siempre solo, simplemente allí como un monumento deforme, una mancha de gris acero frente al blanco óseo del hielo. ¡Nunca los vi moverse!
Era como si se limitasen a aparecer en el lugar donde estaban, formándose, quizá, del aire (después descubrí que esa evaluación preliminar no estaba lejos de la verdad).
La Tierra estaba muerta, pero había signos de inteligencia. Más edificios grandes -como el nuestro- moteaban el paisaje. Tenían formas geométricas simples: cilindros, conos y cubos. Desde mi punto de vista privilegiado podía ver el sur y el oeste, y desde mi atalaya podía contemplar los grandes edificios esparcidos hasta Battersea, Fulham, Mitcham y más allá. Por lo que podía ver, estaban espaciados de media a una milla de distancia; y todo el conjunto -los campos de hielo, los Constructores mudos, los edificios anónimos y dispersos se conjuraba para crear un Londres terrible e inhumano.

Volví con Nebogipfel, que todavía estaba de pie frente al Constructor. El pellejo metálico del objeto se arrugaba y brillaba, como si fuese la superficie de un estanque lleno de peces metálicos que nadaban bajo su superficie, y luego una protuberancia -un tubo de unas pocas pulgadas de ancho- salió de la piel, brillando con la misma textura metálica que la pirámide, y se acercó al ojo de Nebogipfel.
Lo reconocí, por supuesto; era el regreso del dispositivo ocular que había visto antes. En un momento se encajaría en el cráneo de Nebogipfel.
Caminé alrededor del Constructor. Como ya he dicho, era en apariencia un montón de escoria fundida; en cierta forma estaba animado y era móvil, porque lo había visto, o a otro similar, arrastrarse sobre mi propio cuerpo.
Pero no podía imaginar su utilidad. Al examinarlo más de cerca, vi que su superficie estaba cubierta de pelos metálicos: cilios, como limaduras de hierro, que se contoneaban en el aire, activos e inteligentes. Y tuve la sensación exasperante y dolorosa de que había más niveles de detalle que escapaban a mi vista avejentada. La textura de la superficie móvil era simultáneamente fascinante y repulsiva: mecánica, pero con algo parecido a la vida. No me tentaba tocarlo -no podía soportar la idea de que aquellos cilios retorcidos tocasen mi piel- y no tenía instrumentos para investigar. Sin medios para realizar un examen más profundo, no podía acometer un estudio de la estructura interna de la pirámide.
Noté cierto grado de actividad en el borde inferior de la pirámide. Al agacharme, vi que pequeñas comunidades de cilios metálicos -del tamaño de hormigas, o más pequeños- dejaban continuamente el Constructor.
Por lo general, los trozos caídos parecía que se disolvían al tocar el suelo; sin duda, se dividían en componentes demasiado pequeños para verlos; pero en ocasiones observé que los trozos del Constructor se alejaban más y más por el suelo, nuevamente como hormigas, hacia

Librodot

un destino desconocido. De forma similar, grupos de cilios surgían del suelo, trepaban por las faldas del Constructor y se unían a su sustancia, ¡como si siempre hubiesen sido parte de él!
Le comenté todo eso a Nebogipfel.
-Es sorprendente -dije-, pero no es difícil imaginar lo que pasa. Los componentes del Constructor se unen y se separan por sí mismos. Corren por el suelo, e incluso, por lo que sé o puedo ver, vuelan por el aire. Los trozos sueltos deben de morir, de alguna forma, si son defectuosos, o unirse al cuerpo brillante de otro desafortunado Constructor.
»Maldita sea -dije-, el planeta debe de estar cubierto por una capa delgada de esos cilios sueltos, ¡retorciéndose aquí y allá! Y, pasado un tiempo, quizás un siglo, no debe quedar nada del cuerpo original de la bestia que aquí vemos. ¡Todos sus fragmentos, sus análogos de pelo y dientes y ojos, se habrán ido a visitar a los vecinos!
-No es un diseño exclusivo -dijo Nebogipfel-. En tu cuerpo, y en el mío, las células mueren y son remplazadas continuamente.
-Quizá, pero aun así, ¿qué significa decir que este Constructor de aquí es un individuo? Es decir: si compro un cepillo, y cambio el mango y la cabeza, ¿me queda el mismo cepillo?
El ojo rojo grisáceo del Morlock se volvió hacia la pirámide, y el tubo de metal se hundió en el agujero con un sonido líquido.
-Este Constructor no es una máquina única, como un coche -respondió-. Está *compuesta*, construida, a partir de millones de submáquinas... miembros, si quieres. Están distribuidas de forma jerárquica, emanando de un tronco central por medio de ramas y capilares, al igual que un arbusto. Los miembros más pequeños, en la periferia, son demasiado diminutos para que puedas verlos: funcionan a un nivel molecular o atómico.
-¿Pero para qué -pregunté- sirven esos miembros de insecto? Uno puede mover átomos y moléculas, pero ¿por qué? Es un asunto tedioso e improductivo.
-Al contrario -dijo cansado-. Si puedes hacer ingeniería al nivel más fundamental de la materia, y si tienes tiempo y paciencia suficientes, puedes hacerlo todo. -Me miró-. Sin la ingeniería molecular de los Constructores, tú y yo ni siquiera hubiésemos sobrevivido a nuestro primer encuentro con la Tierra Blanca.
-¿Qué quieres decir?
-La «cirugía» que han realizado con nosotros -dijo Nebogipfel- fue a nivel celular, al nivel al que se produjeron los daños de la congelación.
Nebogipfel me describió, con detalles horrorosos, cómo por el frío que habíamos encontrado, las paredes de mis células (y las suyas) habían estallado por la congelación y la expansión de su contenido... y ninguna cirugía que yo conociese podría haber salvado nuestras vidas.
En su lugar, los microscópicos miembros exteriores del Constructor se habían separado del cuerpo principal y habían *atravesado* mi sistema dañado, realizando reparaciones en las células congeladas a nivel molecular. Cuando llegaron al otro lado -hablando crudamente- habían salido de mi cuerpo y se habían reunido con su padre.
Yo había sido reconstruido, de dentro hacia fuera, por medio de un ejército burbujeante de hormigas de metal. Lo mismo que Nebogipfel.
Me recorrió un escalofrío y sentí más frío que en ningún momento desde mi rescate.
Me rasqué el brazo, casi involuntariamente, como si quisiese arrancar aquella infección tecnológica.
-Pero esa invasión es monstruosa -protesté-. La idea de esos pequeños trabajadores atareados, atravesando la sustancia de mi cuerpo...
-Supongo que hubieses preferido el brutal escalpelo romo de un cirujano de tu época.
-Quizá no, pero...
-Te recuerdo que, en contraste, tú no fuiste capaz de arreglar un hueso roto sin dejarme tullido.
-Pero eso es diferente. ¡Yo no soy médico!
-¿Crees que esta criatura lo es? De cualquier forma, si hubieses preferido morir, sin duda podrán arreglarlo.

Librodot

-Por supuesto que no. -Pero me rasqué la piel, ¡y supe que pasaría mucho tiempo antes de que volviese a sentirme cómodo con mi cuerpo reconstruido! Pensé en algo que me alivió-. Al menos -dije-, esos miembros del Constructor son simplemente mecánicos.
-¿Qué quieres decir?
-Que no están vivos. Si lo estuviesen...
Liberó el rostro del Constructor y me miró con el agujero de su cara lleno de cilios de metal.
-No, te equivocas. Esas estructuras *están* vivas.
-¿Qué?
-Según cualquier definición razonable de la palabra. Pueden reproducirse. Pueden manipular el mundo exterior, creando condiciones locales de mayor orden. Tienen estados internos que pueden cambiar independientemente de los estímulos externos; tienen recuerdos que pueden consultarse a voluntad... Ésas son todas características de la Vida, y la Mente. Los Constructores están vivos, y son conscientes... tan conscientes como tú o yo. De hecho, más.
Ahora estaba confuso.
-Pero eso es imposible. -Señalé el dispositivo piramidal-. Esto es una máquina. Ha sido fabricada.
-Ya he encontrado antes los límites de tu imaginación -dijo severo-. ¿Por qué habría de construirse un trabajador mecánico con las limitaciones del diseño humano? Con la vida mecánica...
¿*Vida*?
-... uno es libre de explorar otras morfologías... otras formas.
Levanté una ceja al Constructor.
-¡La morfología de un seto de alheñas, por ejemplo!
-Y además -dijo-, te fabricó a ti. ¿Eso te hace menos vivo?
¡Aquello se estaba convirtiendo en un debate demasiado metafísico para mí! Caminé alrededor del Constructor.
-Pero si está vivo y es consciente... ¿es una persona? ¿O varias personas? ¿Tiene un nombre? ¿Un *alma*?
Nebogipfel se volvió hacia el Constructor una vez más y dejó que el dispositivo ocular se acurrucase en su cara.
-¿Un *alma*? Éste es tu *descendiente*. También lo soy yo, por un camino histórico diferente. ¿Tengo yo un alma? ¿La tienes tú?
Dejó de mirarme, y observó el corazón del Constructor.

4

LA SALA DE BILLAR

Más tarde, Nebogipfel se unió a mí, en la cámara que yo consideraba como la sala de billar. Comió de un plato que contenía comida parecida al queso.
Yo me senté, bastante malhumorado, en el borde de la mesa de billar, moviendo la única bola por la superficie. La bola iba a mostrar un comportamiento anómalo. Yo apuntaba a una de las troneras al otro lado de la mesa; la mayoría de las veces acertaba, y daba la vuelta para recuperarla de la redecilla. Pero en ocasiones, el camino de la bola quedaba alterado. Se producía un temblor en medio de la superficie vacía -la bola se meneaba, de forma extraña y con demasiada rapidez para poder seguirla- y entonces, normalmente, la bola seguía hacia el destino que yo quería. Sin embargo, en ocasiones, la bola se desviaba de forma pronunciada del camino que yo pretendía, ¡y en una ocasión, incluso volvió de la casi invisible perturbación a mi mano!

-Nebogipfel, ¿viste eso? Es de lo más extraño -dije-. No parece haber ninguna obstrucción en medio de la mesa. Aun así, la mitad de las veces algo impide el paso de la bola. -Lo probé un par de veces para que lo viera, y lo contempló con aire distraído.
-Bien, de cualquier forma me alegro de no jugar aquí -dije-. Conozco a un par de amigos que se pegarían por discrepancias como éstas. -Cansado de mis juegos ociosos, dejé la bola quieta en medio de la mesa-. Me pregunto cuáles eran los motivos de los Constructores al colocar esta mesa aquí. Es decir, es el único mueble sustancial, a menos que uno cuente al Constructor de ahí... Me pregunto si se supone que es una mesa de snooker o billar.
A Nebogipfel pareció divertirle mi pregunta.
-¿Hay alguna diferencia?
-¡Por supuesto! A pesar de su popularidad, el snooker es sólo un juego de tiros, un entretenimiento adecuado para los aburridos oficiales del Ejército en la India que lo inventaron, pero carece de la ciencia del billar, desde mi punto de vista...
Y entonces -miraba mientras sucedía- una segunda bola de billar saltó espontáneamente fuera de una de las troneras y comenzó a rodar, recta, hacia la bola quieta en el centro de la mesa.
Me incliné para ver mejor.
-¿Qué demonios pasa aquí? -La bola se movía muy lentamente, y pude distinguir detalles de su superficie. Mi bola ya no era lisa y blanca; después de los diversos experimentos, su superficie estaba llena de arañazos bastante evidentes. Y la nueva bola estaba igualmente marcada.
La recién llegada golpeó la bola estacionaria con un golpe sólido; la nueva bola se detuvo por el impacto y mi bola corrió por la mesa.
-¿Sabes? -le dije a Nebogipfel-, si no supiese la verdad, juraría que esa bola, la que acaba de salir de ninguna parte, es la misma que la primera. -Él se acercó un poco, y le señalé las marcas características-. ¿Ves eso? Reconocería esos arañazos en la oscuridad... Las bolas son idénticas.
-Entonces -dijo el Morlock con calma-, quizá sean la misma bola.
Ahora mi bola, empujada, chocó con un borde de la mesa y rebotó; era tal la geometría no regular de la mesa que ahora volvía en dirección a la tronera de la que había salido la segunda bola.
-¿Pero cómo puede ser eso? Es decir, supongo que una Máquina del Tiempo podría producir dos copias del mismo objeto en el mismo lugar, ¡piensa en Moses y yo!, pero no veo aquí ningún artefacto para viajar en el tiempo. ¿Y cuál sería el propósito?
La bola original había perdido la mayor parte de su impulso con los impactos, y apenas se arrastraba cuando llegó a la tronera; pero se metió en el agujero y desapareció.
Nos quedamos con la copia de la bola que había surgido tan misteriosamente de la tronera. La cogí y la examiné de cerca. Por lo que podía ver era una copia idéntica de nuestra bola. Y cuando comprobé la tronera, ¡estaba vacía! La bola original había desaparecido, como si no hubiese existido nunca.
-¡Bien! -le dije a Nebogipfel-. Esta mesa es más ingeniosa de lo que había imaginado. ¿Qué crees que ha sucedido? ¿Crees que esto es lo que sucede durante las trayectorias alteradas, esos movimientos que te mostré antes?
Nebogipfel no contestó inmediatamente, pero -después de eso dedicó una parte importante de su tiempo, conmigo, a los acertijos de la extraña mesa de billar. En lo que a mí respecta, intenté examinar la mesa misma, esperando encontrar algún dispositivo escondido, pero no descubrí nada, nada de trucos, nada de trampillas escondidas que pudiesen tragar y vomitar bolas. Además, de haber habido trucos de magia tan crudos, ¡todavía tendría que encontrar una explicación para la aparente identidad de la bola «vieja y la «nueva!
Lo que me llamó la atención -aunque no tenía explicación en aquel momento- era el extraño brillo verdoso de las troneras. ¡Maldita sea!, el brillo me recordaba a la plattnerita.
Nebogipfel me contó lo que había descubierto sobre los Constructores.

Librodot

Nuestro silencioso amigo en el salón de Nebogipfel era, o eso parecía, un miembro de una amplia especie: los Constructores habitaban la Tierra, los planetas transformados e incluso las estrellas.
Me dijo:
-Debes desechar tus prejuicios y mirar a estas criaturas con mente abierta. *No* son como los humanos.
-Eso lo acepto.
-No -insistió-, no creo que puedas. Para empezar, no debes imaginar que los Constructores son personalidades individuales, de la misma forma que tú o yo. ¡*No* son hombres recubiertos de metal! Son algo cualitativamente diferente.
-¿Por qué? ¿Porque están hechos de partes intercambiables?
-En parte. Dos Constructores podrían fluir uno en el otro, uniéndose como si fuesen dos gotas de líquido para formar un solo ser, y luego dividirse con facilidad para volver a ser dos. ¡Sería imposible, e inútil; descubrir el origen de este o aquel componente!
Al oír eso, pude entender por qué nunca veía a los Constructores moverse por el paisaje helado del exterior. No *necesitaban* desplazar el peso de sus grandes cuerpos torpes (exceptuando necesidades especiales, como cuando nos habían *reparado* a Nebogipfel y a mí). Bastaba con que el Constructor se separase en los componente moleculares que Nebogipfel había descrito. Los componentes podían arrastrarse por el hielo ¡como un ejército de gusanos!
Nebogipfel continuó:
-Pero hay más detalles de la conciencia de los Constructores. Los Constructores viven en un mundo que apenas podemos imaginar, habitan un *Mar*, si quieres, un Mar de *Información*.
Nebogipfel describió cómo, por medio de conexiones fonográficas y de otro tipo, los Constructores Universales estaban unidos unos con otros, y utilizaban esas conexiones para hablar unos con otros constantemente. La Información -y la conciencia y una comprensión más profunda-- fluía fuera de la mente mecánica de cada Constructor, y cada uno recibía noticias e interpretaciones de cada uno de sus hermanos, incluso de aquellos en las más remotas estrellas.
De hecho, me dijo Nebogipfel, tan rápida y completa era la forma de comunicación de los Constructores que no era realmente similar al habla humana.
-Pero tú has hablado con ellos. *Te las has arreglado* para obtener información de ellos. ¿Cómo?
-Imitando su forma de interactuar-dijo Nebogipfel. Se tocó la cuenca vacía cauteloso-. Tuve que hacer este sacrificio. -Su ojo natural brilló.
Resultó que Nebogipfel había buscado la forma de sumergir su cerebro en el Mar de Información del que me había hablado. A través de la cuenca podía absorber Información directamente del Mar, sin que tuviese que pasar por el habla normal.
Me sentí temblar, al pensar en aquella invasión de la oscuridad cómoda del cráneo.
-¿Y crees que *valió la pena*? -le pregunté-. ¿Sacrificar un ojo?
-Oh, sí. Y más aún...
»Mira... ¿puedes ver cómo es para los Constructores? -me preguntó-. Son un orden vital diferente, no por compartir en un nivel puramente físico, sino también por compartir sus experiencias.
»¿Puedes imaginar cómo es existir en un medio como el Mar de Información?
Pensé. Recordé los seminarios de la Royal Society -aquellas estimulantes discusiones cuando una nueva idea era arrojada al grupo, y tres docenas de mentes ágiles batallaban con ella, deformándola y mejorándola en el proceso- o incluso algunas de mis cenas de los jueves por la noche, cuando, con la ayuda de una cantidad adecuada de vino, el ritmo de las ideas era tan intenso y rápido que era difícil decir dónde había dejado de hablar un hombre y había comenzado otro.

-Sí. -Nebogipfel me cortó cuando relaté esto último-. Sí, eso es exactamente. ¿Lo entiendes? Pero con los Constructores Universales esas conversaciones se producen continuamente... y *a la velocidad de la luz*, con pensamientos que pasan directamente de una mente a otra.
»Y en ese miasma de comunicación, ¿quién puede decir dónde termina la conciencia de *uno* y dónde comienza la de *otro*? ¿Es ésta *mi* idea, *mi* recuerdo, o son tuyos? ¿Lo entiendes? ¿Ves las implicaciones?
Sobre la Tierra -y quizás en cada mundo habitado- debe de haber inmensas Mentes centrales, compuestas de millones de Constructores, unidos para formar una gran entidad divina, que mantenía la conciencia de la especie. De hecho, me dijo Nebogipfel, la misma especie era consciente.
De nuevo sentí que nos adentrábamos demasiado en la metafísica.
-Todo esto es muy fascinante -dije-, y puede que sea como dices; pero quizá deberíamos volver a ocuparnos de los detalles prácticos de nuestra situación. ¿Qué tiene eso que ver contigo o conmigo? -Me volví hacia el Constructor que brillaba en medio de la habitación-. ¿Qué hay de él? -dije-. Todo eso sobre la conciencia y demás está muy bien... ¿pero qué quiere él? ¿Por qué está aquí? ¿Por qué nos salvó la vida? Y ¿qué quiere de nosotros ahora? ¿O es que esos hombres mecánicos trabajan juntos, como abejas en un panal, unidos por las Mentes comunes de que me hablas, por lo que nos enfrentamos a una especie con metas comunes a todos?
Nebogipfel se frotó la cara. Caminó hacia el Constructor, miró por el dispositivo ocular, y fue recompensado a los pocos minutos por una extrusión, *del interior del cuerpo brillante del Constructor*, de un plato de aquella comida como queso que tanto había visto en el siglo natal de Nebogipfel. Miré con asco mientras Nebogipfel cogía el plato y mordía la comida regurgitada. Realmente no era más horrible que la extrusión de materiales del Suelo de la Esfera de los Morlocks, pero había algo en la mezcla líquida de Vida y Máquina en el Constructor que me repugnaba. ¡Evité pensar, con determinación, sobre el origen de mi propia comida y agua!
-No podemos decir que los Constructores estén *unidos* -decía Nebogipfel-. Están *conectados*. Pero no comparten un propósito común... de la misma forma que lo hacen, digamos, los distintos componentes de tu propia personalidad.
-¿Pero por qué no? Eso sería razonable. Con comunicación perfecta y continua no tiene que haber comprensión, ni conflicto.
-Pero no funciona así. La totalidad del universo mental de los Constructores es demasiado grande. -Se refirió nuevamente al Mar de Información, y describió cómo estructuras de pensamientos y especulaciones, complejas, cambiantes y efímeras, iban y venían, surgiendo de las materias primas de aquel océano mental-. Esas estructuras son análogas a las teorías científicas de tu propia época... siempre puestas en duda por nuevos descubrimientos y las especulaciones de nuevos pensadores. El mundo de la comprensión no es estático...
»Además, recuerda a tu amigo Kurt Gödel, que nos enseñó que ningún cuerpo de conocimientos codificados puede ser completo.
»El Mar de Información es inestable. Las hipótesis e intenciones que surgen de él son complejas y tienen muchos aspectos; rara vez hay unanimidad completa entre los Constructores sobre un tema. Es como un debate continuo; y dentro de ese debate pueden surgir facciones: agrupamientos de cuasindividuos, que se unen alrededor de algún esquema. Se podría decir que los Constructores están unidos en sus deseos de aumentar los conocimientos de la especie, pero *no* en lo que se refiere a los medios para conseguirlo. De hecho, en general puede decirse que cuanto más avanzada es la capacidad mental, parece que surgen más facciones, porque el mundo aparece más complejo...
»Y así, progresa la raza.

Recordé lo que Barnes Wallis me había dicho de los nuevos modos del debate parlamentario, en 1938, donde la oposición había sido prohibida esencialmente como una actividad criminal,

Librodot

¡una desviación de energía de la aproximación correcta y evidente a las cosas! Pero si lo que Nebogipfel decía era cierto, no puede haber una respuesta universalmente correcta a una pregunta dada: como los Constructores habían aprendido, ¡puntos de vista múltiples son una característica necesaria del universo en que nos encontrábamos!

Nebogipfel masticó pacientemente el queso; cuando acabó, volvió a meter el plato en la sustancia del Constructor, donde fue absorbido; supuse que era reconfortante para él, ya que se trataba de un proceso muy similar al del Suelo de su Esfera de origen.

5

LA TIERRA BLANCA

Pasé muchas horas solo, o en compañía de Nebogipfel, en las ventanas del apartamento.

No vi muestras de vida animal o vegetal sobre la superficie de la Tierra Blanca. Por lo que veía, estábamos aislados en una pequeña burbuja de luz y calor, sobre una inmensa torre; y durante todo el tiempo que estuvimos allí, jamás abandonamos aquella burbuja.

De noche, el cielo más allá de nuestras ventanas era generalmente claro, con sólo unos ligeros cirros en lo más alto de la atmósfera letal. Pero, a pesar de aquella claridad -todavía no podía entenderlo-, *no había estrellas*, o mejor, muy pocas, un puñado comparadas con la multitud que una vez había brillado sobre la Tierra. Ya me había dado cuenta de ello a mi llegada allí, pero creo que lo había achacado al frío o a la desorientación. Confirmarlo, ahora que estaba caliente y tenía la cabeza despejada, era preocupante; quizás era la cosa más extraña de aquel nuevo mundo.

La Luna -aquel paciente planeta compañero- todavía giraba alrededor de la Tierra, atravesando sus fases con regularidad inmemorial; pero sus antiguas planicies seguían manchadas de verde. La luz de la Luna ya no tenía el color frío de la plata, sino que bañaba el paisaje de la Tierra Blanca con el más moderado de los brillos verdes, devolviendo a la Tierra un eco de la vegetación que una vez ella había disfrutado, y que ahora estaba atrapada bajo el hielo inmisericorde.

Observé de nuevo el resplandor, como si fuese una estrella cautiva, que brillaba en el cuerno más oriental de la Luna. Mis primeras ideas habían sido que veía el reflejo del Sol en algún lago lunar, pero el brillo era tan constante que al final decidí que debía de ser intencionado. Imaginé que era un *espejo* -una construcción artificial-, quizá sobre alguna montaña lunar y diseñado de tal forma que su reflejo siempre caía sobre la Tierra. En lo que a su propósito se refiere, especulé que podría datar de la época en que la degradación de las condiciones atmosféricas en el Planeta Madre todavía no era tal como para expulsar a los hombres de la Tierra, pero, quizás, eran tan duras que habían provocado el colapso de cualquier cultura superviviente.

Imaginé hombres lunares: *Selenitas*, como podríamos llamarlos, descendientes de la humanidad. Los Selenitas debían de haber observado el progreso letal de los grandes fuegos que se desataron sobre la corteza llena de oxígeno de la Tierra. Los Selenitas habían sabido que los hombres todavía habitaban sobre la Tierra, pero eran hombres que habían perdido la civilización; hombres que vivían como salvajes, incluso como animales, deslizándose a algún estado prerracional. Quizás a ellos también les impactó el colapso de la Tierra; es posible que la sociedad Selenita no pudiese sobrevivir sin provisiones de la Madre Tierra.

Los Selenitas llorarían a sus primos del mundo materno, pero no podían llegar hasta ellos... y por lo tanto intentaron mandar una *señal*. Construyeron un inmenso espejo, que debía de tener media milla de ancho, o más, para ser visible a través de distancias interplanetarias.

Puede que los Selenitas tuviesen un fin más ambicioso en mente que simplemente inspirar desde los cielos. Por ejemplo, podrían haber enviado -haciendo parpadear el espejo con algún equivalente del código Morse- algunas instrucciones sobre cosechas o ingeniería -el secreto perdido de la máquina de vapor, quizás-, algo, de cualquier forma, más útil que simples mensajes de buena suerte.
Pero al final no sirvió de nada. Al final, el puño de la glaciación cubrió el planeta. Y el gran espejo lunar fue abandonado, y los hombres desaparecieron de la faz de la Tierra.
Ésas, de todos modos, eran mis especulaciones, mientras miraba por las ventanas de la torre; no tenía forma de saber si tenía razón -porque Nebogipfel era incapaz de leer aquella nueva historia de la humanidad con tanto detalle-, pero de cualquier forma el brillo de aquel espejo aislado en la Luna se convirtió para mí en el símbolo más elocuente del colapso de la humanidad.
La característica más sorprendente del cielo nocturno no era, sin embargo, la Luna, ni siquiera la ausencia de estrellas: era el disco en forma de red de varias docenas de veces el tamaño de la Luna que vi nada más llegar. Aquella estructura era extraordinariamente compleja y estaba en movimiento. Piensen quizás en una tela de araña iluminada por detrás, con las gotas de rocío brillando y corriendo por la superficie; ahora imaginen cientos de pequeñas arañas arrastrándose por esa superficie, su lento movimiento invisible, trabajando obviamente para reforzar y extender la estructura, ¡y ahora coloquen su visión a través de muchas millas de espacio interplanetario!, y tendrán algo de lo que vi.
Podía ver el disco mejor en las primeras horas de la mañana -quizás a las tres-, y en aquellos momentos podía distinguir los hilos fantasmales de luz -tenues y delgados- que subían desde el lado más lejano de la Tierra a través de la atmósfera hasta el disco.
Discutí esas cosas con Nebogipfel.
-Es bastante extraordinario... como si esos rayos formasen una especie de jarcia que sujetase el disco a la Tierra; ¡por lo que todo el conjunto es como una vela que remolca la Tierra por el espacio sobre un viento espectral!
-Tu lenguaje es pintoresco -dijo-, pero captura algo del sabor de la empresa.
-¿Qué quieres decir?
-Que *es* una vela -dijo-. Pero no remolca la Tierra: más bien, la Tierra da una base para el viento que guía la vela.
Nebogipfel me describió aquel tipo nuevo de yate espacial. Se construía en el espacio, dijo, ya que era demasiado frágil para levantarlo desde la Tierra.
La vela consistía, esencialmente, en un espejo; y el «viento» que la llenaba era *luz*: porque las partículas de luz que caen sobre la superficie especular producen una fuerza impulsiva, de la misma forma que las moléculas de aire que forman la brisa.
-El «viento» proviene de rayos de luz coherente, generados por proyectores terrestres tan anchos como una ciudad -dijo-. Son esos rayos los que has visto como «hilos» que unen el planeta a la vela. La presión de la luz es pequeña pero insistente, y es extraordinariamente eficiente en la transferencia de momento, especialmente cuando se acerca uno a la velocidad de la luz.
Él suponía que los Constructores no viajarían en tales naves como entidades discretas, como lo habían hecho los pasajeros de los grandes barcos de mi época. En. su lugar, los Constructores se desmontarían y dejarían que sus componentes corriesen por la nave y se uniesen a ella. Al llegar al destino, se reemsamblarían como Constructores individuales, en la forma más eficiente para los mundos que encontrasen allí.
-¿Pero cuál crees que es el destino del yate espacial? ¿La Luna, o uno de los planetas... o...?
En la forma lacónica y desdramatizada de los Morlocks, Nebogipfel dijo:
-No. *Las estrellas*.

Librodot

6

EL GENERADOR DE MULTIPLICIDAD

Nebogipfel continuó sus experimentos con la mesa de billar. Repetidamente la bola encontraba la algarabía que había observado en el centro de la mesa, y varias veces creí ver bolas de billar -más *copias* de la original- que aparecían del aire e interferían en la trayectoria de la primera. En ocasiones la bola emergía de aquellas colisiones y continuaba con el camino que habría seguido a pesar de los choques; sin embargo, en ocasiones se desviaba en trayectorias muy diferentes, y -una o dos veces- observamos el tipo de incidente que describí antes, en el que una bola *estacionaria* recibía un golpe que la sacaba de su posición, sin mi intervención o la de Nebogipfel.

Todo aquello era un juego muy entretenido -y estaba claro que había algo raro en ello-, pero no podía entenderlo aunque me fuese la vida en ello, a pesar de los rastros de plattnerita en las troneras. Mi única observación era que cuanto más lentamente viajaba la bola, más probable era que se desviase de su trayectoria.

Sin embargo, el Morlock se emocionaba cada vez más con aquello. Se sumergía en el interior del paciente Constructor, hundiéndose una vez más en el Mar de Información, y salía con algún nuevo fragmento de conocimiento que había pescado -murmuraba para sí en el dialecto obscuro y líquido de su pueblo- y se apresuraba de vuelta hacia la mesa de billar para probar los nuevos datos.

AL fin, estuvo preparado para compartir sus hipótesis conmigo; me sacó del baño de vapor. Me sequé con la camisa y corrí tras él hasta la sala de billar; sus pequeños pies tamborileaban en el duro suelo. No recordaba haberlo visto tan emocionado.

-Creo que entiendo para qué sirve esta mesa -dijo sin respiración.

=¿Sí?

-Es... ¿cómo puedo expresarlo?... es sólo una demostración, poco
más que un juguete... pero es un *Generador de Multiplicidad*. ¿Entiendes?

Levanté las manos.

-Me temo que no entiendo nada.

-A estas alturas ya estás muy familiarizado con la idea de la multiplicidad de la historia...

-Debería; es la base de la explicación de las historias divergentes que hemos visitado.

En todo momento, en todo acontecimiento (resumí), la historia se bifurca. La sombra de una mariposa puede caer aquí o allí; la bala de un asesino puede rozar sin apenas causar daño, o alojarse en el corazón de un rey... Para cada resultado posible de cada suceso hay una versión nueva de la historia.

-Todas esas historias son *reales* -dije- y, si lo he entendido bien, corren en paralelo unas con las otras, en alguna Cuarta Dimensión, como las páginas de un libro.

Muy bien. Y entiendes también que la acción de una Máquina del Tiempo, incluyendo tu primer prototipo, es producir bifurcaciones más *amplias*, generar nuevas historias... algunas de ellas imposibles sin la intervención de la máquina. ¡Como ésta! -Movió la mano alrededor-. Sin tu máquina, que comenzó toda la serie de sucesos, los humanos jamás hubiesen podido ser transportados al Paleoceno. Ahora no deberíamos estar sentados sobre cincuenta millones de años de modificación inteligente del cosmos.

-Eso lo entiendo -dije perdiendo la paciencia-. ¿Pero qué tiene todo eso que ver con la mesa?

-Mira. -Dejó que la bola corriese por la mesa-. Aquí está la bola. Debemos imaginar muchas historias, un ramillete de ellas, rodeando la bola en todo momento. Por supuesto, la historia más *probable* es la que contiene la trayectoria clásica. Pero otras historias, vecinas pero muy

divergentes, existen en paralelo. Incluso es posible, aunque muy improbable, que en una de esas historias la agitación térmica de las moléculas de la bola hagan que salte en el aire y te golpee en el ojo.
-Muy bien.
-Ahora... -Recorrió con el dedo el borde de una de la troneras más cercana-: Esta incrustación verde es una pista.
-Es plattnerita.
-Sí. Las troneras actúan como Máquinas del Tiempo en miniatura... limitadas en campo de acción y tamaño, pero muy efectivas. Y, como ya sabemos por experiencia, cuando opera una Máquina del Tiempo, cuando los objetos viajan al pasado o al futuro para econtrarse con ellos mismos, la cadena de causa y efecto puede ser alterada, y las historias crecen como hierba ....
Me recordó el extraño incidente que había presenciado con la bola estacionaria.
-Puede que ése sea el ejemplo más claro de lo que digo. La bola estaba en la mesa: podemos llamarla nuestra bola. Entonces una copia de la bola salió de una tronera, y desplazó nuestra bola. Nuestra bola corrió hacia el borde, rebotó y cayó en la tronera, dejando la copia quieta en la mesa, en la misma posición que la original.
»Entonces -dijo Nebogipfel lentamente-, nuestra bola *retrocedió* en el tiempo, ¿entiendes?, y salió de la tronera en el pasado...
-Y procedió a desplazarse a *sí misma*, y a ocupar *su propio* lugar. -Miré la mesa de aspecto inocente-. Maldita sea, Nebogipfel, ¡ahora lo entiendo! Después de todo *era* la misma bola. Estaba feliz sobre la mesa, ¡pero debido a las posibilidades anómalas del viaje en el tiempo, pudo hacer un bucle en el tiempo y golpearse a sí misma!
-Eso es -dijo el Morlock.
-¿Pero qué hizo que la bola se moviese en primer lugar? Ninguno de nosotros la empujó hacia la tronera.
-No era necesario un «empujón» -dijo Nebogipfel-. En presencia de Máquinas del Tiempo, y ése es el propósito real de la demostración, debes abandonar tus viejas ideas sobre la causalidad. ¡Las cosas no son tan simples! La colisión con la copia no era sino una de las posibilidades de la bola, que la mesa demostró para nosotros. ¿Lo ves? En presencia de una Máquina del Tiempo, la causalidad queda tan tocada que incluso una bola estacionaria queda rodeada por un número infinito de extrañas posibilidades. Tu pregunta sobre «cómo empezó» no tiene sentido: es un bucle causal cerrado, *no* hubo primera causa.
-Puede ser -dije-, pero mira: todavía tengo reparos sobre este asunto. Volvamos a las dos bolas en la mesa, o mejor, a la bola *real* y su copia. De pronto, ¡hay dos veces más materia presente que antes! ¿De dónde ha aparecido?
Me miró.
-Te preocupa la violación del principio de conservación, la aparición o desaparición de masa.
-Exactamente.
-No noté que te preocupases igualmente cuando viajaste en el tiempo para encontrarte con tu yo más joven. Porque en ese caso había tanta, ¡o más!, violación de cualquier principio de conservación.
-Aun así -dije resistiéndose a ser dirigido-, la objeción es valida, ¿no?
-En cierta forma -dijo-. Pero sólo en el sentido estrecho de una sola historia.
-Los Constructores Universales han estado estudiando las paradojas del viaje en el tiempo durante siglos -dijo-. O mejor, las paradojas *aparentes*. Y han formulado un tipo de ley de conservación que funciona en las dimensiones superiores de la multiplicidad de historias.
Comienza con un objeto, como tú. En un momento dado, sumas una copia de ti mismo que puede estar *ausente* porque has viajado al pasado o al futuro, y luego *restas* cualquier copia *doblemente presente* porque uno de vosotros ha viajado al pasado. Entonces descubrirás que la suma global es constante. Realmente sólo hay uno de vosotros, sin que importe cuántas veces viajes arriba y abajo por el tiempo. Por tanto *hay* una conservación, en cierta forma,

aunque, en cualquier momento dado de una historia determinada, puede *parecer* que se violan las leyes de conservación, porque de pronto hay dos de vosotros, o ninguno.
Pensándolo lo entendí.
-Sólo hay paradoja si restringes tu análisis a una sola historia -señalé-. La paradoja desaparece si piensas en términos de multiplicidad.
-Exactamente. De la misma forma se resuelven los problemas de causalidad en la estructura mayor de la multiplicidad.
»El poder de esta mesa -me dijo- es que permite demostrarnos esas extraordinarias posibilidades... es capaz de utilizar la tecnología de la Máquina del Tiempo para mostrarnos la posibilidad... no, la existencia, de múltiples historias divergentes a nivel macroscópico. De hecho, puede seleccionar historias determinadas que sean de interés: ha sido diseñada con sutileza.
Me contó más cosas de las leyes de los Constructores sobre la multiplicidad.
-Se pueden imaginar situaciones -dijo- en las que la multiplicidad de historias es *cero, uno o muchas*. Es *cero* si la historia es imposible, si no es autoconsistente. Una multiplicidad igual a *uno* es la situación imaginada por vuestros primeros filósofos, quizá de la generación de Newton, en la que los sucesos seguían un único curso en cada punto del tiempo, consistentes e inamovibles.
Comprendí que describía mi visión original -¡e ingenua!- de la historia, como si fuese una inmensa habitación, mas o menos fija, a través de la que podía vagar a voluntad mi Máquina del Tiempo.
-Un curso «peligroso» para un objeto, como tú o la bola de billar, es aquel que puede alcanzar una Máquina del Tiempo -dijo.
-Bien, eso está claro -dije-. Es evidente que he estado produciendo nuevas historias a derecha e izquierda desde el momento en que conecté la Máquina del Tiempo. ¡Ciertamente peligroso!
-Sí, y a medida que la máquina, y sus sucesoras, penetran más y
más profundamente en el pasado, la multiplicidad generada tiende al *infinito*, y la divergencia entre las nuevas versiones de la historia se hace mayor.
-Pero -dije algo frustrado- volviendo al tema, ¿cuál es el propósito de la mesa? ¿Por qué nos la han dado los Constructores? ¿Qué intentan decirnos?
-No lo sé -dijo-. Todavía no. Es difícil... el Mar de Información es amplio, y hay muchos grupos entre los Constructores. No me ofrecen la información libremente, ¿me entiendes? Tengo que coger lo que puedo, entenderlo lo mejor posible y construir una interpretación de esa forma... creo que hay una facción que tiene un plan, un proyecto inmenso, cuyo propósito apenas puedo entender.
-¿Cuál es la naturaleza de ese proyecto?
Nebogipfel contestó.
-Mira: sabemos que hay muchas,-quizás un número infinito, de historias que surgen de cada suceso. Imagínate a ti mismo en dos historias cercanas, separadas, digamos, por los detalles del rebote de la bola de billar. Ahora: ¿podrían esas dos copias de ti comunicarse la una con la otra?
Pensé en eso.
-Ya lo hemos hablado antes. No veo cómo. Una Máquina del Tiempo me llevaría arriba y abajo por una sola rama histórica. Si viajo al pasado para cambiar el rebote de la bola, entonces esperarías viajar al futuro y observar diferencias, porque si la máquina produce una bifurcación tiende a seguir la historia nueva. No -dije con confianza-. Esas dos versiones de mí no podrían comunicarse.
-¿Ni siquiera si te permito cualquier máquina concebible o dispositivo de medida?
-No. Habría dos copias de esos dispositivos, cada una tan desconectada de su gemelo como yo.
-Muy bien. Ésa es una posición lógica y razonable. Se basa en la suposición implícita de que dos historias, después de separase, no se afectan de ninguna forma. Desde el punto de vista

técnico, estás dando por supuesto que los operadores mecano-cuánticos son lineales... Pero -y ahora la emoción volvió a su voz- resulta que es posible que exista una forma de hablar con la otra historia... si, en un nivel fundamental, el universo y sus gemelos permanecen unidos. Si existe una cantidad, por pequeña que sea, de no linealidad en los operadores cuánticos, casi demasiado pequeña para detectarla...
-¿Entonces la comunicación sería posible?
-*He visto cómo lo hacen*... en el Mar, quiero decir... los Constructores lo han conseguido, pero sólo a una escala experimental muy pequeña.
Nebogipfel me describió lo que llamaba un «fonógrafo Everett». -... en honor al científico del siglo veinte, de *tu* historia, que soñó por primera vez con esa idea. Por supuesto, los Constructores lo llaman de otra forma, pero no es fácil de traducir al inglés.
Las no linealidades de las que hablaba Nebogipfel actuaban en los niveles más sutiles.
-Debes imaginar que realizas una medida, quizá del spin de un átomo. -Describió una interacción no lineal entre el spin del átomo y su campo magnético-. El universo se divide en dos, por supuesto, dependiendo del resultado del experimento. Entonces, *después* del experimento, dejas que el átomo atraviese tu campo no lineal. Ése es el operador cuántico anómalo que mencioné. Resulta que entonces puedes arreglarlo todo de forma que tu acción en una historia dependa de la decisión tomada en la *segunda* historia...
Continuó describiendo los detalles del tema, incluyendo los aspectos técnicos de lo que llamaba un «dispositivo Stern-Gerlach», pero lo dejé pasar; me preocupaba simplemente entender lo fundamental.
-Por tanto -le interrumpí-, ¿es posible? ¿Me dices que los Constructores han inventado esos dispositivos de comunicación entre historias? ¿Es la mesa uno de ellos? -Comencé a sentirme excitado por la idea. Toda esa cháchara sobre bolas de billar y átomos rotatorios estaba muy bien; pero si podía hablar, por medio del fonógrafo Everett, con mis «yoes» en otras historias, quizás en mi hogar de Richmond en 1891...
Pero Nebogipfel me desilusionó.
-No -dijo-. Todavía no: La mesa utiliza el efecto no lineal, pero sólo para... ah... *destacar* historias en particular. Al menos muestra alguna selección, algún control sobre el proceso, pero... Los efectos son tan pequeños... Y la evolución temporal elimina las no linealidades.
-Sí -dije con impaciencia-, ¿pero qué crees tú? ¿Al colocar esta mesa aquí, el Constructor intenta decirnos que ese tema, la no linealidad y la comunicación entre historias, es importante para nosotros?
-Quizá -dijo Nebogipfel-. Pero ciertamente es importante para *él*.

7

LOS HEREDEROS MECÁNICOS DEL HOMBRE

Nebogipfel reconstruyó algo de la historia de la humanidad en los últimos cincuenta millones de años. Me advirtió que la mayor parte eran conclusiones provisionales: un edificio de especulaciones sostenido sobre unos pocos hechos ciertos que había podido recuperar del Mar de Información.
Probablemente había habido varias olas de colonización estelar por parte del hombre y sus descendientes, dijo Nebogipfel. Durante nuestro viaje en el tiempo habíamos presenciado el lanzamiento de una generación de esas naves desde la Ciudad Orbital.
-No es difícil construir una nave interestelar -dijo-, si se tiene paciencia. Supongo que tus amigos de 1944 en el Paleoceno podían haber diseñado un vehículo así sólo un siglo o dos después de nuestra partida. Se necesita una unidad de propulsión, un cohete químico, de iones

Librodot

o láser; o quizás una vela solar del tipo que hemos visto. Y hay estrategias para emplear los recursos del sistema solar para huir del Sol. Podrías, por ejemplo, ir hacia Júpiter y utilizar la masa del planeta para impulsar la nave estelar hacia el Sol. Con un impulso en el perihelio, podrías conseguir fácilmente la velocidad de escape del Sol.
-¿Y entonces estarías libre del sistema solar?
-En el otro lado, se necesitaría invertir el proceso, emplear los pozos gravitatorios de estrellas y planetas para acomodarse al nuevo sistema. Puede llevar decenas, cientos de miles de años completar el viaje. Así de grandes son los abismos entre las estrellas.
-¿Mil siglos? ¿Quién podría sobrevivir durante tanto tiempo? ¿Qué nave? Sólo las provisiones...
-No lo has entendido -dijo-. No se enviarían *humanos*. La nave sería un autómata. Una *máquina* con habilidades manipulativas y una inteligencia de al menos nivel humano. La tarea de la máquina sería explotar los recursos del sistema estelar de destino, utilizando los planetas, los cometas, los asteroides, el polvo y todo lo que pudiese encontrar para construir una colonia.
-Los «autómatas» -comenté- suenan muy parecidos a los Constructores Universales.
No contestó.
-Puedo ver la lógica de enviar una máquina para recoger información. Pero más allá de eso, ¿qué sentido tiene? ¿Qué sentido tiene una colonia sin humanos?
--Pero esa máquina podría construir *cualquier cosa* si tiene tiempo y recursos suficientes -dijo el Morlock-. Con síntesis celular y tecnología de matrices artificiales, podría incluso construir humanos para habitar la nueva colonia. ¿Entiendes?
Protesté -porque la idea me parecía antinatural y horrenda-, ¡hasta que recordé, con vacilación, que yo había visto una vez la «construcción» de un Morlock de esa misma forma!
Nebogipfel continuó.
-Pero la tarea más importante de la sonda sería construir *más copias de sí misma*. Se las propulsaría, por ejemplo, con gases tomados de las estrellas, y se las enviaría a otros sistemas estelares.
»Y así, lenta pero segura, se realizaría la colonización de la Galaxia.
-Pero aun así requeriría *mucho tiempo*. Diez mil años para llegar a la estrella más cercana que está a unos años luz...
-Cuatro.
-Y la galaxia misma...
-Tiene cien mil años luz de diámetro. Sería lento. La migración a través de la galaxia sería como la expansión de las moléculas de gas en el vacío -dijo-. Al menos, al principio. Pero entonces las colonias comenzarían a interaccionar unas con otras. ¿Entiendes? Se podrían formar imperios que abarcasen las estrellas. Otros grupos se opondrían al imperio. La difusión se reduciría... pero continuaría inexorablemente. Por medio de las técnicas que te he descrito se necesitarían diez millones de años para completar la colonización de la Galaxia, pero *podría hacerse*. Y, como sería imposible cambiar las órdenes de una sonda una vez lanzada, *se haría. Debe* haberse completado ya, cincuenta millones de años después de la formación de Primer Londres.
»Creo que las primeras generaciones de Constructores se construyeron con limitaciones antropocéntricas en sus mentes. Fueron construidos para servir al hombre. Pero aquellos Constructores no eran simplemente dispositivos mecánicos, eran entidades conscientes. Y cuando partieron a la galaxia, explorando mundos jamás soñados por el hombre y rediseñándose a sí mismos, pronto superaron la comprensión de la humanidad y rompieron las limitaciones de sus creadores... Las máquinas se liberaron.
-Gran Scott -dije-. Supongo que los militares de esa época remota no se tomarían la idea muy bien.
-Sí. Hubo guerras... Los datos son fragmentarios. De cualquier forma, sólo podía haber un vencedor en un conflicto así.

-¿Y qué hay de los hombres? ¿Cómo se tomaron todo eso?
-Algunos bien, otros mal. -Nebogipfel giró un poco la cabeza y torció el ojo-. ¿Qué crees? Los humanos son una especie diversa, con muchas metas fragmentarias, incluso en tu época; imagina cuán diversas se hicieron las cosas cuando la gente se extendió por cientos, miles de sistemas estelares. Los Constructores, también, se dividieron rápidamente. Como especie son más unificados de lo que nunca lo fueron los humanos, por razón de su naturaleza física, pero debido a la cantidad de información mucho mayor a la que tienen acceso sus metas son mucho más complejas y variadas.
Pero, a través de aquellos conflictos, pensaba Nebogipfel, la lenta conquista de las estrellas había continuado.
Nebogipfel me dijo que el lanzamiento de la primera nave estelar había marcado la mayor desviación que hubiésemos presenciado hasta ahora de la historia original.
-Los hombres... tus amigos, los nuevos humanos... lo han cambiado todo en el mundo, incluso a una escala geológica y cósmica. Me pregunto si lo entiendes...
-Bien, debería. He atravesado ese intervalo contigo, de camino al Paleoceno y de vuelta..
-Pero entonces viajábamos por una historia *sin inteligencia*. Mira. Te he hablado de la migración interestelar. Si a la Mente se le da la oportunidad de actuar a esas escalas...
-He visto lo que le ha hecho a la Tierra.
-Más que eso, ¡más que un único planeta! La actividad paciente de la Mente puede alterar incluso la misma estructura del universo -susurró-, si se le da tiempo suficiente... incluso *nosotros* apenas estábamos a medio millón de años de las llanuras de África, y habíamos capturado un sol...
»Mira el cielo -dijo-. ¿*Dónde están las estrellas*? Apenas queda una estrella desnuda en el cielo. Recuerda que esto es 1891, o sus alrededores: no puede haber ninguna razón cosmológica para la desaparición de las estrellas, si lo comparamos con el cielo de tu Richmond.
»Con mis ojos acostumbrados a la oscuridad, puedo ver un poco más que tú. Y te digo que hay un conjunto de puntos rojizos ahí: es radiación infrarroja, calor.
Entonces lo entendí, casi como un golpe físico.
-Es cierto -dije-. *Es cierto*... Tu hipótesis de conquista galáctica. La prueba es evidente, ¡en el mismo cielo! La estrellas deben de estar cubiertas, casi todas ellas; por *conchas artificiales*, como la Esfera de los Morlocks. -Miré el cielo vacío-. Buen Dios, Nebogipfel; ¡los seres humanos, y sus máquinas, han alterado el mismo cielo!
-Era inevitable que así sucediese una vez que se lanzó el primer Constructor. ¿Entiendes?
Miré al cielo oscurecido sintiendo el peso del asombro. No era la naturaleza alterada del cielo lo que me sorprendía, ¡sino la noción de que todo aquello -absolutamente todo, hasta el rincón más lejano
de la galaxia- había surgido cuando hice añicos la historia con la Máquina del Tiempo!
-Veo que los hombres han abandonado la Tierra -dije-. La inestabilidad climática nos la ha vedado. Pero en algún lugar... -agité la mano- en algún lugar *debe de haber* hombres y mujeres, ¡en esos hogares dispersos!
-No -dijo-. Recuerda que los Constructores lo ven todo; lo saben todo. Y no he visto hombres como tú. Oh, aquí y allá podrías encontrar criaturas biológicas que descienden del hombre, pero tan distintas de tu forma como yo. ¿Y me considerarías tú un hombre? Y las formas biológicas son en su mayoría degeneradas...
-¿*No hay verdaderos hombres*?
-Hay descendientes del hombre por *todas partes*. Pero en ningún lugar encontrarás una criatura más relacionada contigo que, digamos, una ballena o un elefante...
Cité lo que recordaba de Charles Darwin:
-«A juzgar por el pasado, podemos suponer con seguridad que ninguna especie viva transmitirá su forma inalterada al distante futuro... »
-Darwin tenía razón-dijo Nebogipfel con suavidad.

Esa idea -¡que de tu tipo eres el único en la galaxia!- es difícil de aceptar, y guardé silencio, mirando las estrellas cubiertas. ¿Estaba cada uno de esos globos tan densamente poblado como la Esfera de Nebogipfel? Mi fértil imaginación comenzó a poblar aquellos enormes mundos-edificios con los descendientes de los verdaderos hombres, con hombres peces, hombres pájaro, hombres de fuego y hielo, y me pregunté qué relatos se contarían si un Gulliver inmortal pudiese viajar de mundo en mundo, visitando a todos los distintos descendientes de la humanidad.

-Puede que el hombre se haya extinguido -dijo Nebogipfel-. Toda especie biológica se extingue en una escala de tiempo suficiente. Pero los Constructores no pueden extinguirse. ¿Entiendes eso? Con los Constructores la esencia de la raza no está en la forma, biológica o de otro tipo, está en la *Información* que la raza ha acumulado y almacenado. Y eso es inmortal. Una vez que una raza se ha entregado a Hijos así, de metal e Información*, no puede desaparecer*. ¿Lo entiendes?

Me volví hacia el paisaje de la Tierra Blanca más allá de la ventana. Lo entendía muy bien, lo entendía todo ¡demasiado bien!

Los hombres habían lanzado aquellos obreros mecánicos a las estrellas, para encontrar nuevos mundos y construir colonias. Imaginé aquella nao de luz saliendo de una Tierra que se había hecho demasiado pequeña, avanzando brillante hacia el cielo, más y más pequeña

hasta que el azul se la tragase... Había un millón de historias perdidas, pensé, de cómo los hombres habían aprendido a soportar las extrañas gravedades, los gases no familiares y los rigores del espacio.

Era una migración de las que hacen época -cambió la naturaleza del cosmos-, pero su lanzamiento era, tal vez, un último esfuerzo, un espasmo antes del colapso de la civilización en el Mundo Madre. Frente a la desintegración de la atmósfera, los hombre de la Tierra se debilitaron, se marchitaron -para probarlo tenemos la evidencia del patético espejo en la Luna-y, al final, *murieron*.

Pero entonces, mucho más tarde, regresaron a la Tierra desierta las máquinas de colonización que había enviado el hombre, o sus descendientes, los Constructores Universales, enormemente sofisticados. Los Constructores eran descendientes del hombre, en cierta forma, y aun así habían ido más allá de los límites de lo que los hombres podían hacer; y habían desechado al viejo Adán, y todos los restos de bestias y reptiles que acechaban en su cuerpo y espíritu.

¡Vi todo eso! La Tierra había sido repoblada; y no por el hombre sino por los Herederos Mecánicos del Hombre, que habían vuelto, cambiados, de las estrellas.

Y todo eso -*todo eso*- se había producido a partir de la pequeña colonia fundada en el Paleoceno. Pensé que Hilary había previsto algo así: la reestructuración del cosmos se había producido a partir del pequeño y frágil grupo de doce personas, aquella insignificante semilla plantada a cincuenta millones de años de profundidad.

8

UNA PROPUESTA

El tiempo transcurría lentamente en aquel lugar resguardado y extraño.

Por su parte, Nebogipfel parecía bastante feliz con nuestra situación. Pasaba la mayor parte del día con el rostro contra la piel titilante del Constructor Universal, sumergido en el Mar de Información. Tenía poco tiempo, o paciencia, para mí; le representaba claramente un esfuerzo -una pérdida- apartarse de aquella rica vena de conocimientos antiguos y enfrentarse a mi ignorancia, e incluso más a mi primitivo deseo de compañía.

Me dediqué a haraganear, sin rumbo, por el apartamento. Mascaba la comida; usaba el baño de vapor; jugaba con la mesa de multiplicidad; miraba por las ventanas una Tierra que se me había hecho tan inhóspita como la superficie de Júpiter.
¡No tenía nada que hacer! Y estaba en ese ánimo de futilidad porque me encontraba tan lejos de mi hogar y mi propia gente que no veía cómo podría vivir. Comencé a caer a profundidades mayores de depresión.
Entonces, un día, Nebogipfel vino a verme con lo que él llamaba una propuesta.

Estábamos en la habitación donde se sentaba nuestro amigo el Constructor, tan rechoncho y plácido como siempre. Nebogipfel, como de costumbre, estaba conectado al Constructor por el tubo de cilios brillantes.
-Tienes que entender el fondo de todo el asunto -dijo, y rotó el ojo natural para poder mirarme-. Para empezar, debes comprender que las metas de los Constructores son muy diferentes de las de tu especie o la mía.
-Eso lo entiendo -dije-. Las diferencias físicas por sí solas...
-Va más allá de eso.
Generalmente, cuando empezábamos un debate de ese tipo -conmigo en el papel de Ignoramus-, Nebogipfel mostraba signos de impaciencia, los deseos de un salmón por regresar a las profundidades del Mar de Información. Sin embargo, esta vez habló con paciencia y cuidado, y comprendí que quería dejar bien claro lo que tenía que decir.
Comencé a sentirme incómodo. ¡Era evidente que el Morlock creía que tenía que *convencerme* de algo!
Siguió discutiendo las metas de los Constructores.
-Una especie no puede sobrevivir por mucho tiempo si sigue cargando con el peso de las antiguas motivaciones que tú soportas. Note ofendas.
-En absoluto -dije seco.
-Por supuesto, me refiero a la territorialidad, la agresión, la resolución violenta de las disputas... Planes imperialistas y cosas por el estilo se hacen inimaginables cuando la tecnología se desarrolla más allá de cierto punto. Con armas del poder de la bomba de carolinio de *die Zeitmaschine*, u otras peores, las cosas deben cambiar. Un hombre de tu misma época dijo que la invención de las armas atómicas lo había cambiado todo menos la forma de pensar de la humanidad.
-No puedo discutir tu tesis -dije-, porque parece que, como dices, los límites de la humanidad, los vestigios del viejo Adán, fueron al final suficientes para provocar nuestra caída... ¿Pero cuáles son las metas de tus superhombres mentales, los Constructores?
Vaciló.
-En cierto sentido, una especie, considerada como un todo, no tiene metas. ¿Los hombres de tu época tenían metas en común, aparte de respirar, comer y reproducirse?
Lancé un gruñido.
-Metas compartidas con el más pequeño de los bacilos.
-Pero, a pesar de su complejidad, uno puede, creo, *clasificar* las metas de una especie, dependiendo de su estado de desarrollo y de los recursos que consecuentemente precisa.
Una civilización preindustrial, dijo Nebogipfel -y pensé en Inglaterra durante la Edad Media-, necesita materias primas: para comer, vestirse, mantenerse caliente y demás.
Pero una vez que la industria se ha desarrollado, los materiales pueden sustituirse, para acomodarse a las limitaciones de un recurso particular.
Ese estado podría describir mi propio siglo, y vi que se podrían considerar, en un sentido genérico, las actividades de la humanidad en esa época terrible como guiadas en su mayoría por la competición por esos dos recursos clave: mano de obra y capital.
-Pero hay una fase más allá de la industrial -dijo Nebogipfel-. Es la *Postindustrial*. Mi propia especie había llegado a ese estadio, a tu llegada ya llevábamos en él buena parte de medio millón de años, pero es una fase sin fin.

-Dime en qué consiste. Si el capital y el trabajo ya no son los determinantes de la evolución social...
-No lo son, porque la *información* puede compensar su falta. ¿Lo entiendes? Así, el Suelo transmutador de la Esfera, por medio del conocimiento investido en su estructura, podía compensar cualquier limitación de recursos, más allá de la energía fundamental...
-¿Y lo que dices es que esos Constructores, dada su fragmentación en una miríada de facciones complejas, buscan, en su base, más conocimientos?
-La información, su recogida, interpretación y archivo, es la meta definitiva de toda vida inteligente. -Me miró sombrío-. Nosotros entendimos eso, y habíamos comenzado a emplear los recursos del sistema solar para ese fin; los hombres del siglo diecinueve apenas habíais comenzado a acercaron a tientas a entender esa idea.
-Muy bien -dije-. Por tanto, debemos preguntar ¿qué limita la acumulación de información? -Miré las estrellas cubiertas-. Me parece que los Constructores Universales ya han vallado la mayor parte de la galaxia.
-Y hay más galaxias más allá -dijo Nebogipfel-. Un millón de millones de sistemas estelares tan grandes como éste.
-Por lo tanto, es posible que incluso ahora las grandes naves a vela de los Constructores vaguen, como semilla de dientes de dragón, hacia lo que esté más allá de la galaxia... quizás, al final, los Constructores puedan conquistar todo este universo material, y dedicarlo al almacenamiento y clasificación de información tal y como lo describes. El universo se convertiría en una gran biblioteca, la mayor imaginable, infinita en profundidad y amplitud...
-Ciertamente es un gran proyecto y, sí, la mayor parte de las energías de los Constructores se dedica a esa meta: a estudiar las formas en que la inteligencia pueda sobrevivir en el futuro remoto, cuando la Mente ocupe todo el universo, y cuando todas las estrellas hayan muerto, y los planetas se hayan separado de sus soles... y la misma materia comience a desintegrarse.
»Pero te equivocas: el universo *no* es infinito. Y por tanto *no es suficiente*. No para algunas facciones de los Constructores. ¿Ves? Este universo está limitado por el Espacio y el Tiempo; comenzó en un punto determinado del pasado, y deberá terminar con la desintegración final de la materia, en el final definitivo del tiempo...
»Algunos Constructores, un grupo, no están preparados para aceptar esa finitud -dijo Nebogipfel-. No pueden aprobar ninguna limitación del conocimiento. ¡Un universo finito no es suficiente para ellos! Y se preparan para hacer algo al respecto.
Eso me produjo un escalofrío -temor puro y sin adulterar- por el cuero cabelludo. Miré las estrellas escondidas. Ésa era una especie que ya era inmortal, que había conquistado una galaxia, que absorbería un universo, ¿cómo podían sus ambiciones ser aún mayores?
Y me pregunté, tenebroso, ¿cómo podría afectarnos a nosotros?
Nebogipfel, todavía unido al dispositivo ocular, se rozó la cara con el revés de la mano, de la misma forma que un gato, limpiándose restos de comida del pelo y la barbilla.
-No entiendo todavía por completo su plan -dijo-. Tiene algo que ver con la plattnerita y el viaje en el tiempo y, creo, con el concepto de multiplicidad de la historia. Los datos son complejos, tan *brillantes*...
Pensé que ésa era una palabra extraordinaria para que él la usara; por primera vez pensé en el coraje y la fuerza intelectual que debía emplear el Morlock para descender al Mar de Información de los Constructores, para enfrentarse a ese océano de deslumbrantes ideas.
-Se está construyendo una flota de Naves, enormes Máquinas del Tiempo -continuó-, mucho más allá de las posibilidades de tu siglo o el mío. Con ellas, los Constructores intentan, creo, penetrar en el pasado, el pasado profundo.
-¿Cuánto? ¿Más allá del Paleoceno?
Me miró con calma.
-Oh, mucho más allá.
-Bien. ¿Y qué pasa con nosotros, Nebogipfel? ¿Cuál es esa «propuesta» que tienes?

Librodot

-Nuestro anfitrión, el Constructor que está aquí con nosotros, pertenece a esa facción. Pudo detectar nuestra aproximación en el tiempo. No puedo darte detalles; están muy avanzados. Pudieron sentir nuestra llegada, en el tosco coche del tiempo, desde el Paleoceno. Y por tanto, estaba allí para darnos la bienvenida.
El Constructor había podido seguir nuestro avance hacia la superficie del tiempo ¡como si fuésemos tímidos peces de aguas profundas!
-Bien, agradezco que estuviese allí. Después de todo, si no nos hubiese recibido y nos hubiese curado con cirugía molecular, estaríamos tan muertos como clavos.
-Es cierto.
-¿Y ahora?
Separó la cara del dispositivo ocular del Constructor; se soltó con un ruido obsceno.
-Creo -dijo lentamente- que entienden tu importancia; el hecho de que tu invención inicial propagara los cambios, la explosión de multiplicidad que condujo a todo esto.
-¿Qué quieres decir?
-Creo que saben quién eres. Y quieren que viajemos con ellos, en sus grandes Naves, a los límites del Inicio del Tiempo.

9

OPCIONES E INTROSPECCIONES

Viajar a los comienzos del Tiempo... ¡Mi alma se acobardaba ante esa idea!
Puede que me consideren un cobarde por tener esa reacción. Bien, tal vez lo fuese. Pero deben recordar que ya había tenido una visión de uno de los extremos del tiempo -su amargo final- en una de las historias que había investigado: la primera, donde había presenciado la muerte del Sol sobre una playa desolada. Recordaba, también, mi náusea, incomodidad y confusión; y que sólo el miedo aún mayor a yacer indefenso en la oscuridad me había impulsado a subir nuevamente a la Máquina del Tiempo y lanzarme de vuelta al pasado.
Sabía que lo que encontrase en el amanecer de las cosas sería muy diferente -¡de forma inimaginable!-,pero era el recuerdo de ese terror y debilidad lo que me hacía vacilar.
Soy humano -¡y estoy muy orgulloso de serlo!-, pero mis experiencias extraordinarias, me atrevo a decir que distintas de las de cualquier hombre de mi generación, me habían hecho comprender las limitaciones del alma humana, o, de cualquier forma, de mi alma. Podía enfrentarme a los descendientes del hombre, como los Morlocks, y podía enfrentarme con justicia con monstruosidades prehistóricas como el *Pristichampus*. Y, cuando se trataba de un mero ejercicio intelectual -en el confort de salón de los linneanos- podía concebir el ir más lejos: habría podido debatir durante horas sobre la finitud del tiempo, o las ideas de von Helmholtz sobre la inevitable muerte térmica del universo.
Pero, es la verdad, encontraba la realidad mucho más desalentadora.
¡Sin embargo, la alternativa era escasamente atractiva! Siempre he sido un hombre de acción -¡me gusta agarrar las cosas!-, pero allí estaba, protegido en manos de criaturas metálicas tan avanzadas que ni siquiera podían concebir hablar conmigo, de la misma forma que yo ni pensaría en mantener una conversación espiritual con un frasco de bacilos. No había nada que yo pudiese hacer allí, en la Tierra Blanca, porque los Constructores Universales lo habían hecho todo.
¡Muchas veces deseé haber ignorado la invitación de Nebogipfel y haberme quedado en el Paleoceno! Allí formaba parte de una sociedad que crecía desarrollándose, y mis habilidades e intelecto -así como mi fuerza física- podían haber jugado un papel importante en la supervivencia y desarrollo de la humanidad en aquella época hospitalaria. Encontré que mis

Librodot

pensamientos, ya dirigidos hacia dentro, se volvían hacia Weena, hacia el mundo de 802.701 d.C. al que había viajado por primera vez en el tiempo, y al que había querido volver, sólo para salirme de ruta en la primera bifurcación de la historia. Si las cosas hubiesen sido diferentes, pensé -si me hubiese comportado de otra forma la primera vez, quizás habría podido salvar a Weena de las llamas, incluso a costa de mi salud o de mi vida. O, si hubiese sobrevivido a eso, quizás habría podido marcar una diferencia en aquella historia desdichada, haciendo de alguna forma que los Elois y los Morlocks se enfrentasen a su degradación común.

Por supuesto, no había hecho nada de eso; tan pronto como recuperé la Máquina del Tiempo corrí de vuelta a casa. Y ahora me veía obligado a aceptarlo, porque debido a la incesante generación de historias nunca podría volver al 802.701 d.C. o a mi propia época.

¡Parecía que mi errar nómada había terminado allí, en aquellas pocas habitaciones sin sentido! Por lo visto, los Constructores me mantendrían con vida mientras mi cuerpo pudiese funcionar. Dado que siempre he sido robusto, suponía que podía aspirar a varias décadas más de vida; si Nebogipfel tenía razón sobre la habilidades submoleculares de los Constructores, ¡quizás (así especulaba Nebogipfel para mi sorpresa) pudiesen detener, o invertir, los procesos de envejecimiento de mi cuerpo!

Pero parecía que siempre estaría falto de compañía, exceptuando mi relación desigual con un Morlock que ya era mi superior intelectual, y que con su inmersión continua en el Mar de Información pronto pasaría a preocupaciones más allá de mi comprensión.

Entonces, me encaraba con una vida larga y cómoda, pero sería la vida de un animal de zoológico, enjaulado en aquellas pocas habitaciones, sin nada importante que hacer. Era un futuro que se había convertido en un túnel, cerrado y sin fin...

Pero, por otra parte, sabía que aceptar el plan de los Constructores era algo que podría destruir por completo mi intelecto.

Confié esas dudas a Nebogipfel.

-Comprendo tus temores, y aplaudo tu honestidad al enfrentarte a tus debilidades. Has aprendido muchas cosas sobre ti mismo, desde la primera vez que nos encontramos...

-¡Deja de halagarme, Nebogipfel!

-No tienes que decidirte ahora.

-¿Qué quieres decir?

Nebogipfel me describió la inmensa amplitud tecnológica del proyecto de los Constructores. Para impulsar las Naves se tendrían que preparar vastas cantidades de plattnerita.

-Los Constructores trabajan a grandes escalas de tiempo -dijo el Morlock-. Pero, aun así, este proyecto es ambicioso. Según las propias estimaciones de los Constructores (y esto es vago, porque los Constructores no planean de la misma forma que los humanos; más bien se limitan a construir, de forma cooperativa, incrementa) y con dedicación completa, del mismo modo que las termitas) pasará otro millón de años antes de que las Naves estén listas.

-¿Un millón de años...? ¡Los Constructores deben de ser realmente pacientes para crear esquemas a esa escala!

Mi imaginación quedó atrapada por la ambición de todo aquello, ¡tanto me sorprendían las cifras! Considerar un proyecto a escala geológica, y prepararse para enviar naves al origen del tiempo. Le dije a Nebogipfel que el asombro me dominada, una sensación casi mística.

Nebogipfel me dedicó una mirada algo escéptica.

-Muy bien -dijo-. Pero debemos intentar ser prácticos.

Dijo que había conseguido que trajesen el improvisado coche del tiempo; así como herramientas, materiales, y un suministro de plattnerita...

Entendí inmediatamente su intención.

-¿Sugieres que nos metamos en el coche del tiempo y saltemos un millón de años, mientras que los pacientes Constructores completan el desarrollo de las Naves?

-¿Por qué no? No tenemos otra forma de llegar al lanzamiento de las Naves. Los Constructores pueden ser funcionalmente inmortales, pero nosotros no lo somos.

-Bien, ¡no sé!, parece... Es decir, ¿pueden los Constructores estar seguros de cumplir el programa de construcción, a tiempo y como lo han planeado, en un intervalo tan inmenso? En mi época, la especie humana sólo tenía una décima parte de esa edad.
-Debes recordar -dijo Nebogipfel-, que los Constructores *no son humanos*. Son, realmente, una especie inmortal. Pueden formarse cúmulos de conciencia que vuelve a disolverse en el Mar, pero la continuidad de la acumulación de Información, y la constancia de su propósito, es inalterable...
»De cualquier forma -dijo mirándome-, ¿qué perderías? Si viajas en el tiempo y descubres que los Constructores, después de todo, se cansaron antes de terminar las Naves, ¿qué?
-Bien, podríamos morir, por ejemplo. ¿Qué pasa si dentro de unos lejanos millones de años no hay ningún Constructor para recibirnos y atender nuestras necesidades?
-¿Y qué? -repitió el Morlock-. ¿Miras en tu corazón y estás realmente contento... -movió una mano para señalar el pequeño apartamento- de vivir así durante el resto de tu vida?
No contesté; pero creo que leyó la respuesta en mi cara.
-Además...
-¿Sí?
-Una vez construido, es posible que elijamos emplear el coche del tiempo para viajar en otra dirección.
-¿Qué quieres decir?
-Nos darán mucha plattnerita... podríamos incluso, si quieres, regresar al Paleoceno.
Miré furtivo a mi alrededor, sintiéndome como un criminal conspirador.
-Nebogipfel, ¿y si los Constructores te oyen decir esas cosas?
-¿Y qué si lo hacen? No somos prisioneros. Los Constructores nos consideran interesantes... y creen que tú deberías acompañar las Naves en su viaje final, por tu importancia histórica y causal. Pero no nos obligarían, ni nos mantendrían aquí si nuestra tristeza fuese tan profunda que no pudiésemos sobrevivir.
-¿Y tú? -le pregunté con cuidado- ¿Tú qué quieres hacer?
-No he tomado una decisión -me respondió-. Mi preocupación principal ahora es abrir tantas posibilidades de futuro como me sea posible.
Aquélla era una actitud muy adecuada, y así -¡acabadas ya las introspecciones!- estuve de acuerdo con Nebogipfel en que debíamos empezar a reconstruir el coche del tiempo. Nos enfrascamos en una conversación detallada sobre los materiales y herramientas que precisaríamos.

10

PREPARATIVOS

El Constructor trajo el coche temporal del hielo. Para hacerlo, se dividió en cuatro subpirámides pequeñas, y colocó cada una de las máquinas hijas bajo cada esquina de la carrocería del coche. Las máquinas hijas se desplazaban con un movimiento fluido como de aceite -piensen en la forma en que avanza una duna, grano a grano, bajo la influencia del viento-, y vi que hilos migratorios de cilios de metal conectaban las máquinas hijas entre sí a medida que avanzaba la extraña procesión.
Cuando los restos del coche estuvieron en el centro de la habitación, las máquinas hijas se reunieron para formar el Constructor padre una vez más; fluyeron hacia arriba y unas sobre otras, como si se fundiesen. Lo encontré una visión fascinante, aunque repulsiva; pero pronto Nebogipfel se unió feliz al dispositivo ocular sin aprensión.

Librodot

La subestructura esencial del coche del tiempo provenía del esqueleto del Vehículo de Desplazamiento Temporal de 1938, pero su superestructura -que era sólo unos pocos paneles como paredes y suelo- había sido improvisada por Nebogipfel, a partir de los restos de los Juggernauts bombardeados y *die Zeitmaschine*. Los sencillos controles tenían un origen similar. La mayoría, ahora gastados o rotos. Así, además de remplazar la plattnerita, estaba claro que tendríamos que realizar un gran trabajo de renovación en el coche.
Contribuí con mucho trabajo manual, bajo las órdenes de Nebogipfel. AL principio me disgustó aquella situación, pero era Nebogipfel quien tenía acceso al Mar de Información y por tanto a la sabiduría acumulada de los Constructores; y era él quien podía especificar al Constructor qué materiales necesitábamos: una tubería de tal y tal diámetro, con un trozo de eso o aquello; y demás.
El Constructor producía la materia prima que necesitábamos de la forma usual; se limitaba a expulsar el material por su piel. Parece que no le costaba nada, excepto una pérdida de material; pero eso pronto se compensaba por un flujo mayor de los cilios migratorios que le mantenían.
Me resultaba difícil confiar en los resultados de aquel proceso. Había visitado fundiciones durante la fabricación de los componentes de mi propia Máquina del Tiempo y otros dispositivos anteriores: había visto el hierro fundido correr de los hornos a los convertidores Bessemer, para oxidarse y mezclarse con arrabio y carbono... En comparación, ¡me resultaba difícil poner mi fe en algo vomitado por un montículo informe y brillante!
Por supuesto, el Morlock me señaló la estupidez de ese prejuicio.
-La transmutación subatómica que puede realizar el Constructor es un proceso mucho más refinado que la complicación de fundir, mezclar y forjar que describes; un proceso que suena como si no hubiese variado desde que salisteis de la cavernas.
-Quizá -dije-, pero aun así... ¡Es la invisibilidad del proceso! -Cogí una llave; como todas las herramientas que habíamos especificado, aquélla había sido vomitada por el Constructor pocos momentos después de que Nebogipfel la pidiese, y era un objeto liso y sin fisuras, ni uniones, tornillos o marcas de molde-. Cuando la levanté, esperaba a medias que estuviese caliente, o que chorrease ácidos gástricos, o que estuviese cubierta con los horribles cilios de hierro...
Nebogipfel sacudió la cabeza, en un gesto de burla consciente.
-¡Eres tan *intolerante* con otras formas de hacer las cosas que no sean las habituales para ti!
A pesar de mis reservas, me vi obligado a permitir que el Constructor nos facilitase más equipos y materiales. Razonaba que el viaje nos llevaría unas treinta horas si volvíamos hacia el Paleoceno, pero no más de treinta minutos si realizábamos el salto limitado al futuro de las Naves del Tiempo. Por tanto, decidido a estar preparado esta vez, llené el coche con suficiente agua y comida para algunos días, para cubrir todas la posibilidades; y pedí que nos diesen ropas gruesas y calientes para los dos. Aun así, me sentía incómodo al ponerme al abrigo grueso que el Constructor me había hecho sobre los restos de la camisa de jungla; el abrigo era plateado, de tela inidentificable y muy acolchado.
-¡No parece natural -me quejé a Nebogipfel- vestir algo que ha sido vomitado de esa forma!
-Tus reservas se me están empezando a hacer tediosas -respondió el Morlock-. Está claro que tienes un terror morboso al cuerpo y sus funciones. Está claro no sólo por tu respuesta irracional ante las habilidades ensambladoras del Constructor, sino también por tu primera reacción a los Morlocks.:.
-No entiendo lo que quieres decir -le respondí sorprendido.
-Repetidamente me has descrito tu encuentro con aquellos «primos» míos empleando términos asociados con el cuerpo: analogías fecales, dedos como gusanos y demás.
-Así que afirmas... espera un minuto... ¿Dices que, al temer a los Morlocks y a los productos de los Constructores, temo mi propia biología?

Librodot

Sin aviso, me acercó los dedos a la cara; la palidez de la piel desnuda de su palma, el aspecto gusanil de los dedos, ¡todo me resultaba horrible, por supuesto, como siempre!, y no pude evitar echarme atrás.
Claramente el Morlock pensaba que había demostrado su argumento; y recordé también la anterior conexión entre mi terror ante las obscuras bases subterráneas de los Morlocks y mis temores infantiles ante los agujeros de ventilación en el suelo de la casa de mis padres.
Ni que decir tiene que me sentía incómodo ante el brusco análisis de Nebogipfel: ¡el pensar que mis reacciones a las cosas estaban gobernadas, no por la fuerza de mi intelecto como yo suponía, sino por esas extrañas facetas ocultas de mi naturaleza!
-Creo -concluí con toda la dignidad que pude reunir-, ¡que hay cosas que es mejor callar! -Y acabé con la conversación.

El coche del tiempo terminado tenía un diseño muy tosco: sólo una caja de metal, abierta por arriba, sin pintar y no muy bien acabada. Pero los controles estaban a mucha distancia de los mecanismos limitados que Nebogipfel había podido fabricar con los materiales disponibles en el Paleoceno -incluso había indicadores cronométricos, aunque escritos a mano- y tendríamos tanta libertad de movimiento en el tiempo como con mi primera máquina.
Mientras trabajaba y se acercaba el día en que habíamos decidido partir, mis temores e incertidumbres aumentaban. Sabía que jamás podría volver a casa, pero si me iba de allí con Nebogipfel, al futuro o al pasado, podría llegar a lugares tan extraños que no podría sobrevivir ni en mente ni en cuerpo. Podía, lo sabía, estar acercándome al fin de mi vida; y un terror humano y tranquilo se apoderó de mí.
Al final lo terminamos. Nebogipfel se sentó en el asiento. Lo había cubierto con la tela plateada y acolchada del Constructor. Llevaba gafas nuevas. Se parecía un poco a un niño pequeño preparado para el invierno, al menos hasta que apreciabas el pelo que le caía por la cara, y la luminosidad de los ojos tras las gafas azules que llevaba.
Me senté a su lado, y comprobé por última vez el contenido del coche.
¡En ese momento -en un sorprendente segundo mientras estábamos sentados en el coche- las paredes del apartamento se hicieron, en silencio, de vidrio! A nuestro alrededor, visibles a través de las paredes trasparentes de la habitación, las terribles planicies de la Tierra Blanca se extendían en la distancia, teñidas de rojo por la puesta de sol. Los cilios del Constructor -una vez más a petición de Nebogipfel- habían reestructurado el material de las paredes de la cámara donde estaba el coche del tiempo. Seguiríamos necesitando protección del clima salvaje de la Tierra Blanca; pero queríamos poder ver el mundo a medida que avanzásemos.
Aunque la temperatura del aire permanecía inalterada, sentí inmediatamente más frío; temblé y me apreté el abrigo.
-Creo que estamos listos -dijo Nebogipfel.
-Listos -asentí-, menos por una cosa, ¡nuestra decisión! ¿Viajamos al futuro hasta las Naves terminadas o...?
-Creo que la decisión te corresponde -dijo. Pero había, quiero pensarlo, algo de simpatía en su extraña expresión.
Los temores todavía permanecían en mi interior, ¡ya que, exceptuando aquellas primeras horas desesperadas cuando perdí a Moses, nunca he sido un hombre que buscase la muerte! Sabía que mi decisión podía acabar con mi vida. Aun así...
-No creo que tenga demasiadas posibilidades -le dije a Nebogipfel-. No podemos quedarnos aquí.
-No -dijo-. Tú y yo somos exiliados. Creo que sólo nos queda continuar... hasta el final.
-Sí -dije-. Parece que hasta el final del tiempo mismo... ¡Bien! Que así sea, Nebogipfel. Que así sea.
Nebogipfel empujó las palancas del coche -sentí que se me aceleraba la respiración y que la sangre me palpitaba en las sienes- y caímos en la confusión gris del viaje en el tiempo.

Librodot

11

ADELANTE EN EL TIEMPO

Una vez más el Sol corrió como un cohete por el cielo, y la Luna, todavía verde, se apresuraba en sus fases, ya que los meses transcurrían con mayor velocidad que los latidos del corazón; pronto, la velocidad de ambos orbes se había incrementado tanto que se transformaron en las bandas de luz uniformes que ya he descrito, y el cielo adoptó el gris acero que resultaba de la mezcla de las noches y los días. A nuestro alrededor, claramente visible desde nuestra posición elevada, las capas de hielo de la Tierra Blanca se extendían a lo lejos sobre el horizonte, inalteradas ante el paso de los años, mostrando sólo una superficie brillante difuminada por la rapidez de nuestro paso.

Me hubiese gustado ver aquellos magníficos veleros interestelares surcar el espacio; pero la rotación de la Tierra me hacía imposible distinguir las frágiles naves, y tan pronto como comenzamos el viaje en el tiempo se hicieron invisibles.

Segundos después de la partida -desde nuestro punto de vista- el apartamento fue demolido. Se desvaneció a nuestro alrededor como el rocío, para dejar nuestra ampolla transparente aislada en el techo de la torre. Pensé en el extraño, pero cómodo, conjunto de habitaciones -con el baño de vapor, el ridículo papel pintado, la peculiar mesa de billar y todo lo demás-; todo había quedado fundido nuevamente en la informidad general y el apartamento, no siendo ya necesario, había sido reducido a un sueño: ¡un recuerdo platónico en la imaginación de metal de los Constructores Universales!

Sin embargo, nuestro paciente Constructor no nos abandonó. Desde mi punto de vista acelerado vi que parecía descansar allí, a unas pocas yardas de nosotros -una pirámide rechoncha, el movimiento de los cilios difuminado por nuestro paso a través del tiempo-, y entonces saltaba, abruptamente, allá, para permanecer durante unos pocos segundos, y así continuamente. Como un segundo para nosotros duraba siglos en el mundo más allá del coche del tiempo, calculé que el Constructor permanecía frente a nosotros, inmóvil, durante miles de años en cada ocasión.

Se lo comenté a Nebogipfel.

-Imagínalo, ¡si puedes! Ser inmortal es una cosa, pero estar tan dedicado a una sola obra... Es como un caballero solitario que preserva su Grial, mientras las eras históricas y las breves preocupaciones de los hombres vuelan a su lado.

Como ya he dicho, los edificios cercanos al nuestro eran torres situadas a una distancia de dos o tres millas por todo el valle del Támesis. En las semanas que habíamos pasado en el apartamento no había visto cambios en las torres, ni siquiera una puerta que se abriese. Sin embargo, ahora, gracias a la percepción acelerada, vi evoluciones lentas que recorrían la superficie de los edificios. A la estructura cilíndrica de Hammersmith se le hinchó la cara de espejo, como si fuese atacada por una enfermedad metálica, antes de ajustarse a una nueva forma de protuberancias angulares y acanaladuras. ¡Otra torre, cerca de Fulham, desapareció por completo! Estaba allí en un momento y al siguiente ya no, sin que quedase siquiera la sombra de los cimientos en el suelo para señalar dónde había estado, ya que el hielo se cerró sobre la tierra expuesta con demasiada rapidez.

Aquella evolución fluida seguía todo el rato. Comprendí que el ritmo de cambio en aquel nuevo Londres debía medirse en siglos -en lugar de los años en que se habían transformado secciones de mi propio Londres-, pero sin embargo había cambios.

Se lo comenté a Nebogipfel.

-Sólo podemos especular sobre los propósitos de esa reconstrucción -dijo-. Quizás el cambio de apariencia externa indica un cambio en la utilización interior. Pero los procesos lentos del deterioro siguen actuando incluso aquí. E incluso es posible que ocasionalmente se produzcan incidentes más espectaculares, como la caída de un meteorito.
-¡Estoy seguro de que inteligencias tan vastas como estos Constructores podrían tener en cuenta incidentes como la caída de un meteoro! Siguiendo las rocas al acercarse con telescopios y tal vez empleando las naves a cohetes y a velas para enviar lejos los objetos.
-Hasta cierto punto. Pero el sistema solar es un lugar caótico y azaroso -dijo Nebogipfel-. No puedes estar seguro de eliminar por completo todas la calamidades, sin que importen los recursos disponibles, y sin que importen tampoco los planes y la vigilancia... Por lo tanto, hasta los Constructores deben en ocasiones reconstruir, incluso la torre que habitamos.
-¿Qué quieres decir?
-Piénsalo -dijo Nebogipfel-. ¿Estás caliente? ¿Te sientes muy a gusto?
Como he dicho, la exposición aparente a las llanuras de la Tierra Blanca, resguardado sólo por la bóveda invisible de los Constructores; me había dejado tiritando de frío; pero sabía que ésa sólo podía ser una reacción interna.
-Me siento bien.
-Por supuesto. Yo también. Y, ya que llevamos viajando algo así como un cuarto de hora, sabemos que estas condiciones han persistido en este edificio durante más de medio millón de años.
-Pero -dije, siguiendo su línea de razonamiento- esta torre está tan expuesta a la depredación del tiempo como cualquier otra... por tanto nuestro Constructor debe de estar reparando el lugar continuamente, para que pueda seguir sirviéndonos.
-Sí. De otra forma, es seguro que la bóveda que nos protege se habría fracturado y desplomado hace mucho tiempo.
Por supuesto, Nebogipfel tenía razón -era otra muestra de la extraordinaria rectitud de propósito de los Constructores-, pero no me hacía sentirme más cómodo.
Miré a mi alrededor, hacia el suelo; sentí que la torre se había hecho tan insustancial como un nido de termitas, continuamente excavada y reconstruida por los Constructores Universales, ¡y sentí vértigo!

Percibí un cambio en la luz. El paisaje glacial se extendía a nuestro alrededor aparentemente inalterado; pero me parecía que el hielo estaba iluminado con una luz más oscura.
Las bandas del Sol y la Luna, difuminadas e indistintas por su movimiento precesional, todavía cabeceaban en el cielo; pero -aunque la Luna parecía que todavía brillaba con el verde violento de la vegetación transplantada- parecía que el Sol atravesaba un ciclo de cambio.
-Tengo la impresión -señalé- de que el Sol parpadea. Varía su brillo, en una escala de siglos o más.
-Creo que tienes razón.
Ahora estaba seguro de que era esa incertidumbre de la luz la que provocaba esa ilusión extraña y desorientadora sobre el paisaje helado. Si se ponen cerca de una ventana, con la mano frente a la cara y los dedos extendidos, al mover la mano adelante y atrás frente a los ojos se tendría quizás un fenómeno similar al que describo.
-Maldito parpadeo -protesté-, parece que se mete dentro de los ojos, que altera el ritmo de la mente...
-Pero mira la luz -dijo Nebogipfel-. Obsérvala. Cambia de nuevo.
Me centré en ello, y recibí la recompensa de observar un nuevo aspecto de extraño comportamiento del Sol. Tenía un cierto verdor, sólo en unos momentos, cuando veía un verde pálido recorrer el camino celestial del Sol, pero aun así real.
Ahora que sabía que el verde estaba presente, podía detectar un destello esmeralda sobre las colinas heladas y los edificios de Londres.

Librodot

Era una visión conmovedora, como un recuerdo de la vida que había desaparecido de aquellas colinas.
Nebogipfel dijo:
-Creo que el parpadeo y los destellos verdes están relacionados... -El Sol, dijo, es la mayor fuente de energía y materia del sistema solar. Los Morlocks mismos lo habían explotado para construir la Esfera-. Ahora, creo, los Constructores Universales también hurgan en ese gran cuerpo: extraen del Sol las materias primas que necesitan...
-Plattnerita -dije, emocionándome-. Eso son los destellos verdes, ¿no? Los Constructores extraen plattnerita del Sol.
-O emplean sus habilidades alquímicas para convertir la materia y la energía solar en plattnerita, que en realidad es lo mismo.
Para que el brillo de la plattnerita nos fuese visible, decía Nebogipfel, los Constructores debían de estar formando grandes acumulaciones del material en la estrella. Cuando estaban completas, las acumulaciones se llevaban a los lugares de construcción en alguna esquina del sistema solar; y comenzaba la creación de nuevas acumulaciones. El parpadeo que veíamos debía de representar la formación y desmantelamiento acelerado de aquellos grandes trozos de plattnerita.
-Es extraordinario. -Dejé escapar en un suspiro-. ¡Los Constructores deben de estar sacando del Sol trozos que se comparan con la masa de los mayores planetas! Ensombrece incluso la construcción de vuestra gran Esfera, Nebogipfel.
-Sabemos que los Constructores no carecen de ambición.
Ahora me pareció que el parpadeo del paciente Sol se hacía menos pronunciado, como si los Constructores se acercaran al final de la extracción. Podía ver más manchas verdes características de la plattnerita en el cielo, pero ahora estaban separadas de la banda del Sol: en su lugar, se precipitaban por el firmamento como falsas lunas. Comprendí que aquéllas eran estructuras de plattnerita -enormes edificios espaciales construidos con la sustancia- situadas en una lenta órbita alrededor de la Tierra.
La cambiante luz de la plattnerita se reflejaba en la piel de nuestro paciente Constructor, ¡que permaneció con nosotros mientras el cielo sufría aquellos cambios extraordinarios!
Nebogipfel consultó los indicadores cronométricos.
-Hemos atravesado casi ochocientos mil años... creo que es tiempo suficiente. -Tiró de las palancas y el coche del tiempo dio unos bandazos, mostrando así la incomodidad habitual del viaje en el tiempo, y además de luchar contra el temor y el asombro, también tuve que luchar contra las náuseas.
Inmediatamente el Constructor desapareció de mi vista. Grité
-¡no pude evitarlo!- y me agarré al banco del coche del tiempo. Creo que nunca me había sentido tan perdido y solo como en aquel momento en que nuestro fiel acompañante durante ochocientos mil años nos abandonó -o eso parecía- de pronto en un mundo extraño.
El cabeceo de la banda del Sol se suavizó y desapareció; en segundos percibí el cambio de luz que marca el paso de la noche al día, y el cielo perdió su tono gris luminoso.
Ahora la luz verde de la plattnerita llenaba el aire a mi alrededor; estaba por completo alrededor de nuestra bóveda, y oscurecía las impasibles planicies de la Tierra Blanca con su parpadeo lechoso.
El aleteo de días y noches se redujo a un latido más lento que mi pulso. Justo en el último instante, vi fugazmente -no fue más que un vistazo- un campo de estrellas que se abría paso a través de la superficie de las cosas, brillante y cercano; y vi fugazmente varios cráneos inmensos y enormes ojos humanos. Entonces Nebogipfel tiró por completo de las palancas -el coche se detuvo- y salimos a la historia, y la multitud de Observadores se desvaneció; y quedamos bajo una inundación de luz verde.
¡Estábamos inmersos en una Nave de plattnerita!

12

LA NAVE

Yo, el Morlock, los mecanismos y aparejos del pequeño coche del tiempo, todo estaba bañado por el brillo esmeralda de la plattnerita, que nos rodeaba por completo. No tenía ni idea del verdadero tamaño de la Nave; de hecho, tenía dificultades para orientarme en su interior. No era como una nave de mi siglo, ya que no tenía una subestructura bien definida, con paredes y paneles para dividir las secciones internas, el compartimiento de los motores y el resto. En su lugar, deben imaginar una red: un conjunto de nodos y filamentos que brillaban con el color de la plattnerita, arrojada a nuestro alrededor por algún pescador invisible, por lo que Nebogipfel y yo estábamos encerrados en una inmensa red de barras y curvas de luz.

La red no se extendía hasta el coche del tiempo: parecía que se detenía a la distancia a la que había estado nuestro domo. Todavía podía respirar con comodidad, y no sentía más frío que antes. La protección ambiental del domo todavía debía de estar ahí, de alguna forma; y pensé que el domo todavía estaba presente, porque veía un reflejo lejano en la superficie superior, pero tan incierta y variable era la luz de la plattnerita que no podía estar seguro.

Tampoco podía distinguir el suelo debajo del coche del tiempo. La red parecía que se extendía debajo de nosotros, dentro de la estructura del edificio. Sin embargo, no entendía cómo aquella redecilla endeble podía soportar la masa del coche del tiempo, y sentí una punzada súbita de vértigo. Dejé a un lado con determinación esa reacción primitiva. La situación era extraordinaria, pero deseaba portarme bien -¡sobre todo si aquellos iban a ser los últimos momentos de mi vida!- y no me importaba gastar energía en aliviar el desconcierto del mono asustado de mi interior, que temía caerse de un árbol verde brillante.

Estudié la red a nuestro alrededor. Los filamentos principales parecían tener el grosor de mi índice, aunque su brillo era tan intenso que me era difícil estar seguro de si su grosor no sería un efecto óptico. Esos filamentos rodeaban células de más o menos un pie de ancho, de forma irregular: por lo que pude ver, dos células no compartían una forma similar. Filamentos más delgados atravesaban las células principales, formando estructuras complejas de subcélulas; y aquellas subcélulas eran divididas a su vez por filamentos más delgados, y así sucesivamente, hasta el límite de mi visión. Me recordó los cilios que cubrían la capa exterior de un Constructor.

En los nodos donde se encontraban los filamentos primarios brillaban puntos de luz, tan desafiantemente verdes como el resto; esos puntos no permanecían en reposo, sino que migraban por los filamentos, o explotaban en pequeños fogonazos silenciosos. Deben imaginar esos pequeños movimientos en acción por toda la red, por lo que todo el conjunto estaba iluminado por un brillo cambiante y suave y por la evolución continua de la estructura y la luz.

Tenía una impresión de fragilidad -era como estar cubierto por una capa de tela de araña-, pero el conjunto tenía una cierta cualidad orgánica, y estaba convencido de que si extendía la mano y abría un agujero en la estructura, ésta pronto se repararía a sí misma.

Y en toda la Nave, ya deben imaginarlo, había una sensación extraña y contingente producida por la plattnerita: la sensación de que la Nave no estaba inmersa sólidamente en el mundo de las cosas, la sensación de que era insustancial y temporal.

La estructura estaba lo suficientemente abierta para ver el delgado casco de la Nave y el mundo exterior. Las colinas y los anónimos edificios del Londres de los Constructores todavía estaban ahí, y en el hielo eterno no había rastros de alteración. Era de noche y el ciclo estaba limpio; la Luna, un medialuna plateada, navegaba en lo alto entre las estrellas ausentes...

Y, moviéndose por entre el cielo desolado de la Tierra abandonada, vi más Naves de plattnerita. Tenían forma lenticular, eran inmensas, y sugerían la misma estructura reticular que nos encerraba a Nebogipfel y a mí. Luces más pequeñas, como estrellas cautivas, brillaban y se agitaban en los complejos interiores. El hielo de la Tierra Blanca estaba bañado por completo por el resplandor de la plattnerita; las Naves eran como inmensas nubes silenciosas que navegaban demasiado cerca del suelo.

Nebogipfel me estudió. La plattnerita le daba un lustre verde al pelo que cubría su cuerpo.

-¿Estás bien? ¿Pareces un poco turbado?

Tuve que reírme.

-Tienes talento para subestimar las cosas, Morlock. ¿Turbado? Yo diría que sí...

Me giré en el asiento, busqué detrás de mí, y encontré un tazón lleno de las nueces y frutas desconocidas que los Constructores nos habían dado. Enterré los dedos en la comida y me llené la boca con ella; encontré que la acción simple y animal de comer era una agradable distracción de las cosas sorprendentes y apenas comprensibles que me rodeaban. Me pregunté, de hecho, si aquélla no sería la última comida que tomaría, ¡la última cena sobre la Tierra!

-Creo que esperaba que el Constructor estuviese aquí para recibirnos.

-Pero creo que sí está aquí-dijo Nebogipfel. Levantó la mano y la luz esmeralda brilló en sus dedos pálidos-. Las Naves están claramente diseñadas según los mismos principios arquitectónicos que los Constructores. Creo que podemos decir que «nuestro» Constructor todavía está aquí: pero ahora su conciencia está representada por algún conjunto de esos puntos de luz, dentro de esta red de plattnerita. Y la Nave está con seguridad conectada con el Mar de Información; de hecho, quizá podemos decir que es un nuevo Constructor Universal en sí misma. La Nave está viva... tan viva como los Constructores.

»Pero como está hecha de plattnerita, esta Nave debe ser mucho más. -Me miró, con un único ojo profundo y negro tras las gafas-. ¿Entiendes? Si esto es vida, es un nuevo tipo de vida. Vida de plattnerita. La primera que no está atada, como el resto, al lento giro de los engranajes de la historia. Y fue construida aquí, con nosotros como foco... La Nave está aquí por nosotros, para llevarnos, como prometió el Constructor. Él está aquí.

Por supuesto, Nebogipfel tenía razón; y ahora me preguntaba, con algo de autoconciencia nerviosa, ¿cuántas de esas otras Naves que recorrían el cielo sin estrellas de la Tierra como enormes animales, estaban aquí abajo, de alguna forma, por nuestra presencia?

Pero al mirar el cielo cubierto de plattnerita otra observación me sorprendió.

-Nebogipfel, ¡mira la Luna!

El Morlock se volvió; vi que la luz verde que jugueteaba con el pelo de su cara estaba ahora resaltada de plata.

Mi observación era elemental: la Luna había perdido su delicioso verdor. El color de la vida que había llegado de la Tierra para cubrirla, durante todos esos millones de años, se había marchitado, exponiendo el blanco óseo de las arenosas montañas y mares. Ahora el satélite en su palidez mortal era indistinguible de la Luna de mi época, exceptuando quizás el brillo más intenso de la cara oscura: había una vieja Luna más vívida acunada en los brazos de la Nueva Luna, y sabía que aquella iluminación mayor debía ser achacada, solamente, al incremento del brillo de la Tierra cubierta de hielo, que debía brillar en los cielos sin aire de la Luna como un segundo sol.

-Debe de haber sido la variación forzada del Sol -especuló Nebogipfel-. El proyecto de plattnerita de los Constructores... tal vez alteró finalmente el equilibrio vital.

-¿Sabes? -dije con algo de amargura-, creo que, después de todo lo que he visto y oído, me confortaba algo la persistencia de esa porción de verde terrestre en lo alto del cielo. El pensar

que en algún lugar, no imposiblemente lejos, todavía podía persistir un fragmento de la Tierra que recordaba: que podía haber una improbable jungla de baja gravedad por la que todavía caminaban los hijos del hombre... Pero ahora sólo puede haber ruinas y huellas en esa terrible superficie, para acompañar las que cubren el cadáver de la Tierra.
Y en ese momento, mientras me sentía tan llorón, sonó algo como un disparo, ¡y nuestra cubierta protectora se fracturó como una cáscara de huevo!

Vi una serie de fracturas -un delta complejo- que se extendía por la superficie del domo.
Incluso mientras miraba, un trozo pequeño del domo, no mayor que mi mano, se soltó y cayó en el aire, deslizándose como un copo de nieve.
Y más allá del domo fracturado los filamentos de plattnerita de la Nave se extendían, creciendo, hacia Nebogipfel y hacia mí.
-Nebogipfel, ¿qué sucede? Sin el domo, ¿moriremos? -Me encontraba en un estado febril y eléctrico, en el que cada terminación nerviosa estaba henchida de sospecha y temor.
-Debes intentar no tener miedo -dijo Nebogipfel.
Con un gesto simple y sorprendente me agarró la mano con sus delgados dedos de Morlock, y la sostuvo como un adulto sostendría la de un niño.
Era la primera vez que sentía el tacto de sus dedos fríos desde aquellos terribles momentos en que el Constructor me había reconstruido, y un eco distante de nuestro compañerismo en el Paleoceno volvió para confortarme en medio del hielo de la Tierra Blanca. Me temo que grité, destrozado por el temor, y me hundí más en el asiento, deseando escapar; mientras los dedos débiles de Nebogipfel se agarraban a los míos.
El domo se fracturó aún más, y oí una lluvia suave al caer los fragmentos sobre el coche del tiempo. Los filamentos de plattnerita penetraron todavía más en el domo, con los nódulos de luz corriendo por ellos.
-Nos llevan con ellos, los Constructores, esos seres de plattnerita, hacia el amanecer del tiempo, y quizá más allá... pero no así. -Nebogipfel indicó su propio cuerpo frágil-. No podríamos sobrevivir ni por un minuto... ¿Lo entiendes?
Los tentáculos de plattnerita me palparon la cabeza, la frente y los hombros; me agaché, para evitar el frío contacto.
-Quieres decir -dije- que tenemos que volvernos como ellos. Como los Constructores... ¡debemos rendirnos al toque de esos cilios de plattnerita! ¿Por qué no me advertiste?
-¿Te hubiese ayudado? Es la única forma. Tu miedo es natural; pero debes dominarlo, sólo un momento más, y entonces... entonces serás libre...
Podía sentir el peso helado de los hilos de plattnerita sobre muslos y hombros. Intenté mantenerme quieto y entonces sentí uno de esos cables vivientes moviéndose por mi frente; podía sentir claramente el roce de los cilios contra mi carne, y no pude evitar gritar y luchar contra aquel peso suave, pero ya me era imposible levantarme del asiento.
Ahora estaba inmerso en el verde y mi visión del mundo exterior -de la Luna, los campos de hielo de la Tierra e incluso de la estructura de la Nave- estaba oscurecida. Los nodos cuasianimados y variables de luz pasaban por encima de mi cuerpo deslumbrándome. El tazón de frutas se salió de entre los dedos y chocó contra el suelo del coche; pero incluso el ruido de la caída pronto se apagó, al apagarse mis sentidos.
Hubo un temblor final en el domo, una lluvia de fragmentos a mi alrededor. Había un punto frío en mi frente, el aliento distante del invierno, y luego sólo sentí el frío de los dedos de Nebogipfel; ¡era todo lo que podía percibir, exceptuando el roce omnipresente y líquido de la plattnerita! Imaginé que los cilios se soltaban y -como ya habían hecho antes- se introducían en los resquicios de mi cuerpo. Tan rápida fue la invasión de luz que ya no podía mover ni un dedo, ni tampoco gritar -estaba quieto como en una camisa de fuerza-, y los tentáculos se abrieron paso a la fuerza por entre mis labios, como gusanos, y dentro de mi boca, para disolverse contra la lengua; y sentí una presión fría en la superficie de los ojos...
Estaba perdido, incorpóreo, inmerso en la luz esmeralda.

Librodot

LIBRO SEIS
Las Naves del Tiempo

Librodot

1

PARTIDA

Me encontraba fuera del espacio y el tiempo.

No era como el sueño, porque incluso durante el sueño el cerebro está activo, en funcionamiento, ordenando su carga de información y recuerdos; incluso durante el sueño, creo, uno permanece consciente, consciente de su propio yo y de su continua existencia.

Aquel intervalo, aquel hechizo intemporal, no era así. Era más bien como si la red de plattnerita me hubiese, sutil y silenciosamente, desmontado. Yo simplemente no estaba allí; y los fragmentos de mi personalidad, las astillas de mi memoria, habían sido separadas y diseminadas por el inmenso e invisible Mar de Información que tanto le gustaba a Nebogipfel .

... Y entonces -¡lo más misterioso de todo!- me encontré nuevamente allí -no puedo ser más claro-; no era exactamente como despertarse, sino como si me hubiesen conectado, de la misma forma que se enciende una lámpara eléctrica. En un momento, nada; al siguiente, consciencia plena y escalofriante.

Podía ver otra vez. Tenía una visión clara del mundo, del casco verde de la Nave del Tiempo a mi alrededor y del brillo óseo de la Tierra más allá.

¡Era la existencia una vez más! Y un pánico profundo, un horror ante el intervalo de ausencia se abrió paso por mi sistema. Nunca he temido al infierno sino a la no existencia. De hecho, tiempo antes había decidido que recibiría con agrado cualquier agonía que Lucifer reservase para los incrédulos inteligentes, ¡si esos dolores me servían corno prueba de que mi conciencia todavía existía!

Pero no se me permitió rumiar mis inquietudes, porque recibí la extraordinaria sensación de elevarme. Sentí una fuerza creciente sobre mí, como si un enorme imán me impulsase hacia arriba. El tirón aumentó -yo era como un átomo por el que luchasen fuerzas monstruosas- y luego de pronto la tensión se resolvió. Volé hacia arriba, sintiéndome exactamente como si fuese nuevamente un niño pequeño levantado por las manos fuertes y seguras de mi padre; entonces había tenido la misma sensación de ligereza, la sensación de volar. La estructura de la Nave del Tiempo se levantó conmigo, por lo que era como estar en el centro de un globo inmenso y verde que se levantaba desde el suelo.

Miré abajo, o al menos lo intenté; no podía sentir la cabeza o el cuello, pero mi campo de visión se inclinó hacia abajo. Pueden imaginar que la Nave que me rodeaba tenía la forma de un barco de vapor pero enormemente ampliado -su quilla debía de tener millas de largo- y sin embargo flotaba por el paisaje con la facilidad de una nube. Podía ver el paisaje del exterior a través de las zonas abiertas en la estructura de la Nave, y ahora veía el coche del tiempo justo debajo de nosotros. Aunque mi visión estaba interrumpida por las chispas cambiantes de la Nave, creí ver dos cuerpos en el coche, un hombre y una figura más pequeña, que caían al suelo, ya inmóviles por el frío.

Mi visión era extraña, no tenía foco: o mejor, carecía de un punto central de observación. Cuando miras algo, digamos una taza de té; lo ves, y ése es básicamente el centro de tu mundo, con todo lo demás relegado a la periferia de la visión. Pero ahora mi mundo no tenía centro, o periferia. Lo veía todo, hielo, Naves, coche del tiempo. ¡Era como si todo fuese centro, o todo periferia, simultáneamente! Era desorientador y muy confuso.

Parecía que tenía la cabeza y el estómago paralizados, sin sentir nada. Podía ver, de acuerdo; pero no podía sentir nada de la cara, del cuello, de la posición del cuerpo, nada exceptuando un toque ligero casi fantasmal: los dedos de Nebogipfel todavía alrededor de los míos. Eso me confortó en cierta forma, ¡era bueno saber que al menos él estaba allí conmigo!

Pensé que estaba muerto, pero recordé que había pensado lo mismo antes, cuando fui absorbido y reconstruido por el Constructor Universal. No sabía lo que sería de mí ahora.

La Nave comenzó a elevarse de nuevo, ahora mucho más rápidamente. El coche del tiempo y la torre sobre la que se apoyaba desaparecieron. Me elevé una milla, dos millas, diez millas

Librodot

por encima de la superficie; el mapa completo de aquel Londres disperso apareció debajo de mí, visible a través de las chispas de la Nave del Tiempo.
Seguíamos elevándonos-debíamos de viajar más rápido que una bala de cañón-, pero no oía las ráfagas del aire, no sentía el viento en la cara: me sentía seguro, con esa sensación infantil de ligereza que ya he mencionado. El círculo del escenario de debajo se hizo más ancho, y los detalles de edificios y campos de hielo se difuminaron, palidecieron y se hicieron indistinguibles. Un cielo gris luminoso se mezclaba más y más con el blanco frío del hielo. A medida que el velo de atmósfera que me separaba del espacio exterior se hacía más delgado, el cielo nocturno, que había tenido un color gris hierro, se llenó de tonos más profundos y ricos.
Ahora estábamos a tanta altura que la curvatura del planeta se manifestó -era como si Londres fuese el punto más alto de una inmensa colina- y podía distinguir la forma de la pobre Gran Bretaña, atrapada en el mar helado.
Seguía sin tener manos ni pies, sin estómago o boca. Me parecía que me habían separado de pronto de la materia y veía las cosas con cierta serenidad.
Y seguíamos subiendo -sabía que ya estábamos muy por encima de la atmósfera- y las planicies heladas mutaron en el paisaje para convertirse en la superficie de un mundo esférico que giraba, blanco y sereno -y muy muerto-, por debajo de mí. Más allá de la brillante Tierra había más Naves del Tiempo, cientos de ellas, veía ahora, grandes, de brillo verde, naves lenticulares de millas de largo, formando una armada no definida que navegaba por el espacio, y su luz se reflejaba en el hielo arrugado que cubría la Tierra.
Oí que me llamaban: o mejor, no era oír, sino una conciencia llegada por algún medio que no querría explicar de buena gana. Intenté volverme, pero mi visión rotó.
¿Nebogipfel? ¿Eres tú?
Sí. Estoy aquí. ¿Estás bien?
Nebogipfel... no puedo verte.
Yo a ti tampoco. Pero eso no importa. ¿Sientes mi mano?
Sí.
Ahora la Tierra se hizo a un lado, y nuestra Nave se movió conjuntamente con sus compañeras. Pronto las Naves del Tiempo nos rodearon en una formación que llenaba muchas millas del espacio interplanetario; era como estar en medio de un grupo de grandes ballenas brillantes. La luz de la plattnerita era brillante, pero aun así parecía irreal, como si se reflejase en un plano invisible; de nuevo tuve esa sensación de contingencia en las Naves, como si no perteneciesen del todo a aquella realidad, o a cualquier otra.
Nebogipfel, ¿qué nos pasa? ¿Adónde nos llevan?
Amablemente me respondió:
Ya conoces la respuesta. Vamos a viajar atrás en el tiempo... de vuelta a su limite, a su corazón más profundo y oculto.
Empezaremos pronto?
Ya hemos comenzado. Mira las estrellas.
Me volví -o sentí que lo hacía- para dejar la Tierra Blanca a mi espalda, y lo vi.
Por todo el cielo, las estrellas aparecían.

2

LA TIERRA RETROCEDE

Al viajar al pasado, las flotas de colonización de la Tierra volvían a su punto de origen, y se desmantelaban los cambios que el hombre había provocado en mundos y estrellas. Y a medida que la ola de civilización y cultura se retiraba, las Esferas que ocultaban las estrellas desaparecían una a una. Miré maravillado cómo las viejas constelaciones se reunían como candelabros. Sirio y Orión brillaban tan espléndidas como en cualquier noche de invierno; la Estrella Polar estaba sobre mi cabeza y podía distinguir el aspecto de sartén de la Osa Mayor. Muy por debajo de mí, más allá de la curvatura de la Tierra, había extrañas agrupaciones de estrellas que nunca había visto desde Inglaterra: no conocía las constelaciones de las antípodas tan bien como para reconocerlas todas, pero podía distinguir la brutal forma de cuchillo de la Cruz del Sur, las manchas brillantes que eran las Nubes de Magallanes y aquellos dos gemelos luminosos, Alfa y Beta Centauri.
Y ahora, al sumergirnos más en el pasado, las estrellas comenzaron a desplazarse por el cielo. En pocos momentos, me pareció, las constelaciones familiares desaparecieron, a medida que el movimiento propio de las estrellas -demasiado lento para distinguirlo en una vida humana- se hizo visible ante mi perspectiva cósmica.
Le comenté ese nuevo fenómeno a Nebogipfel.
Sí. Y mira la Tierra.
Miré. La máscara de glaciación que había desfigurado aquel globo querido y exhausto se retiraba. Vi cómo el blanco retrocedía hacia los polos, en grandes pulsos, exponiendo el marrón y azul de la tierra y el mar que estaban debajo.
De pronto, el hielo había desaparecido -desterrado a los polos- y el mundo giraba lentamente debajo de nosotros, con los conocidos continentes restaurados. Pero la Tierra estaba cubierta de
nubes; y las nubes estaban manchadas de colores imposibles, marrones, púrpuras, naranjas. Las costas estaban cercadas con luz y grandes ciudades brillaban en el corazón de cada continente: Vi que incluso había grandes ciudades flotantes en medio de los océanos. Pero el aire estaba tan enrarecido que en aquellas grandes ciudades -si alguien se atrevía a ir por la superficie- estaba claro que tenían que llevar máscaras y filtros para poder respirar.
Es evidente que presenciamos los últimos días de la modificación de la Tierra por los nuevos hombres, *dije*. Debemos estar recorriendo millones de años a cada minuto...
Sí.
Entonces, ¿por qué no vemos la Tierra girar como una peonza alrededor de su eje, o correr alrededor del Sol?
Todo lo que vemos es una reconstrucción, dijo Nebogipfel. *Es algo similar a una proyección, basada en las observaciones que llegan al Mar de Información a medida que viajamos: esa parte del Mar que transportan las Naves. Fenómenos como la rotación de la Tierra son suprimidos.*
Nebogipfel, ¿qué soy yo? ¿Sigo siendo un hombre?
Todavía eres tú mismo, dijo con firmeza. *La única diferencia es que ahora la maquinaria que te mantiene no está hecha de carne y hueso, sino de constructor en el Mar de Información... Tienes miembros, no de nervios y sangre, sino de conocimientos.*
Parecía que su voz flotaba en el espacio, alrededor mío; había perdido la sensación reconfortante de su mano en la mía, y ya no sabía si estaba cerca, aunque tenía la sensación de que la «cercanía» ya no era una idea relevante, porque tampoco tenía una idea clara de dónde estaba «yo». Sabía que aquello en que me hubiese convertido ya no era un punto de conciencia mirando desde una caverna de huesos.
El aire de la Tierra se aclaró. Por todo el planeta, con prontitud sorprendente, las luces de las ciudades se apagaron y murieron y pronto la mano del hombre no dejó marca sobre la Tierra.
Hubo ráfagas de vulcanismo, grandes chorros que arrojaban nubes de cenizas que cubrían el mundo -o, mejor, al retroceder en el tiempo las nubes penetraban en las perforaciones volcánicas- y me parecía que los continentes se desplazaban lejos de las posiciones que

Librodot

ocupaban en los mapas escolares. En las grandes praderas del hemisferio norte parecía haber una lucha -lenta, milenaria- entre dos tipos de vegetación: por un lado, el pasto verde marrón y los bosques de hoja caduca que bordeaban los continentes en el límite de la capa de hielo; y por el otro lado, el verde virulento de la jungla tropical. Durante un momento ganó la jungla y con un gesto barrió hacia el norte desde el ecuador, hasta que cubrió la tierra desde los trópicos, hasta Europa y Norteamérica. Incluso Groenlandia fue, durante un momento, verde. Entonces, con la misma rapidez con que había conquistado la Tierra, la gran jungla retrocedió de nuevo a su fortaleza ecuatorial, y tonos más pálidos de verde y marrón ocuparon los continentes del norte.

La deriva de los continentes se hizo más pronunciada. Y a medida que los continentes entraban en distintas regiones climáticas cambiaban también los colores de la vida, por lo que grandes bandas de verde y marrón cubrían las tierras desgraciadas. Erupciones volcánicas enormes y devastadoras moteaban aquel vals geológico.

Ahora los continentes se unieron -era como ver un rompecabezas que se reunía- para formar una sola masa inmensa que ocupaba medio globo. El interior de aquel gran campo pronto se convirtió en un desierto.

Ya hemos alcanzado trescientos millones de años en el pasado..., dijo Nebogipfel. *No hay mamíferos, ni aves, e incluso los reptiles apenas han nacido.*

No tenía ni idea de que fuese tan grácil, como un ballet rocoso, respondí. *¡Los geólogos de mi época tenían todavía tanto por entender! Es como si todo el planeta estuviese vivo y en evolución.*

Ahora el gran continente se dividió en tres grandes masas. Ya no podía distinguir las formas familiares de las tierras de mi época, porque los continentes giraban como platos en una mesa pulida. Cuando se rompió el inmenso desierto central el clima se hizo más variado, y pude ver una serie de mares poco profundos que franjeaban las tierras:

Nebogipfel habló:

Ahora los anfibios vuelven a los mares y sus miembros primarios se desvanecen. Pero en la Tierra todavía hay insectos y otros invertebrados: milpiés, ácaros, arañas y escorpiones...

No es un lugar muy agradable, señalé.

También hay libélulas gigantes y otras maravillas. El mundo no carece de belleza.

Ahora la Tierra empezaba a perder la capa verde, y un marrón óseo quedó al descubierto al retirase la marea de vida, y supuse que pasábamos más allá de la aparición sobre la Tierra de las primeras plantas con hojas. Pronto, la superficie de la Tierra se convirtió en una máscara informe de marrón y azul cenagoso. Sabía que la vida persistía en los mares, pero allí también se estaba simplificando, con filos enteros que desaparecían en las entrañas de la historia: primero los peces, luego los moluscos, y ahora las esponjas, las medusas y los gusanos... AL final, comprendí, sólo un alga verde y delgada -que trabajaba para convertir la luz del Sol en oxígeno- sería lo que quedase en los mares oscuros. La tierra era rocosa y estéril, y la atmósfera se hizo más densa, manchada de amarillo y marrón por los gases venenosos. Grandes fuegos surgieron sobre la Tierra, simultáneamente. Nubes densas enmascaraban el globo y los mares retrocedían como charcos secos. Pero las nubes no persistieron durante mucho tiempo. La atmósfera se hizo más delgada, luego bastante escasa, hasta que desapareció por completo. La corteza expuesta brilló con un rojo uniforme, menos las grandes heridas naranjas que se abrían y cerraban como bocas. No había mares, ni diferencia entre el océano y la tierra: sólo una corteza interminable y castigada sobre la que flotaban las Naves del Tiempo, observadoras y gráciles.

Luego el brillo de la corteza creció en intensidad -hasta ser un resplandor intolerable- y, con una explosión de fragmentos ardientes, ¡la joven Tierra se sacudió en su eje, tembló y voló en pedazos!

Fue como si algunos de esos fragmentos volaran a través de mí. La rocas brillantes se abrieron paso por mi conciencia, y se perdieron en el espacio. ¡Y entonces acabó! Ahora sólo quedaba

Librodot

el Sol... y un disco de escombros y gas, sin forma, girando en remolino alrededor de la estrella luminosa.
Una onda atravesó la nube de Naves del Tiempo, como si la fusión invertida de la Tierra hubiese producido un impacto físico en aquella armada suelta.
Ésta es una época extraña, Nebogipfel, dije.
Mira a tu alrededor...
Lo hice, y vi que, por todo el cielo, había varias estrellas -quizás una docena- que incrementaban su brillo. Ahora las estrellas estaban en una especie de formación, una estructura dispersa por el cielo, aunque tan distante que sólo se mostraban como puntos. Espirales de gas parecían reunirse para formar una nube, extendida por el cielo y que envolvía aquella colección de estrellas.
Ésas son las verdaderas compañeras del Sol, dijo Nebogipfel. *Sus hermanas, si te gusta más: las estrellas que compartieron la nube originaria del Sol. Una vez formaban un cúmulo tan brillante y cercano como las Pléyades... pero la gravedad no pudo mantenerlas juntas y antes del nacimiento de la Tierra se separaron.*
Una de las jóvenes estrellas llameó directamente sobre mi cabeza. Se expandió, para hacerse de pronto tan grande como para tener disco, pero haciéndose más roja y apagada... hasta que finalmente murió, y cl brillo de esa parte de la nube también murió.
Ahora otra estrella, casi diametralmente opuesta a la posición de la primera, atravesó el mismo ciclo: la llamarada, seguida de la expansión en un brillante disco carmesí, y después la extinción.
Todo ese drama magnífico, deben imaginarlo, se ejecutaba contra un fondo de absoluto silencio.
Estamos presenciando el nacimiento de las estrellas, dije, *pero a inversa.*
Sí. Las estrellas embrionarias encienden las nubes de gases donde nacen -esas nebulosas son un espectáculo maravilloso-, pero después de la ignición estelar, los gases más ligeros escapan del calor, dejando solamente los materiales más pesados...
Materiales que se condensan para formar mundos, dije.
Sí.
Y entonces -¡tan pronto!- le tocó al Sol. Se produjo la llamarada incierta de luz blanca amarillenta, un resplandor que se reflejó en las proas de plattnerita de las Naves del Tiempo, y luego se hinchó hasta convertirse en un globo inmenso que engulló momentáneamente la armada de Naves del Tiempo en una nube de luz carmesí... y entonces, al final, se dispersó en el vacío general.
Las Naves estaban colgadas en la súbita oscuridad. Las últimas compañeras del Sol llamearon, se hincharon y murieron; y nos quedamos en una nube de hidrógeno frío e inerte que reflejaba el resplandor verde de la plattnerita.

Sólo las estrellas remotas marcaban el cielo y vi que pronto resplandecían y llameaban, para desaparecer a su vez. Pronto los cielos se oscurecieron, y supuse que existían menos y menos estrellas.
Súbitamente, un nuevo tipo de estrella brilló en el cielo. Había un buen montón: docenas de ellas estaban lo bastante cerca para mostrar un disco, y la luz de esas nuevas estrellas era, estoy seguro, lo suficientemente brillante para leer el periódico con ella, ¡aunque no estaba en posición de intentar semejante experimento!
Maldita sea, Nebogipfel, ¡qué visión más increíble! La astronomía hubiese sido un poco diferente bajo un cielo como éste, ¿no?
Ésta es la primerísima generación de estrellas. Son las únicas luces en todo el nuevo cosmos... Cada una de esas estrellas tiene una masa cientos de miles de veces superior a la del Sol, pero queman su combustible a un ritmo prodigioso, su esperanza de vida es de unos pocos millones de años.

Librodot

Y de hecho, mientras hablaba, vi que las estrellas se expandían, enrojecían y se dispersaban, como inmensos globos sobrecalentados.
Pronto acabó; y el cielo estuvo oscuro de nuevo. Negro, exceptuando el brillo verde de las Naves del Tiempo, que avanzaban, firmes y decididas, hacia el pasado.

3

EL LÍMITE DEL ESPACIO Y EL TIEMPO

Un nuevo resplandor uniforme comenzó a llenar el espacio a mi alrededor. Me pregunté si en aquella era primigenia no brillaría una generación anterior de estrellas, una generación no concebida por Nebogipfel y los Constructores con los que se comunicaba. Pero pronto vi que el resplandor no provenía de un conjunto de fuentes puntuales, como estrellas; en su lugar, se trataba de una luz que parecía brillar, a mi alrededor, como si proviniese de la misma estructura del espacio, aunque aquí y allá el resplandor estaba manchado al brillar de forma más intensa, supuse, por materia protoestelar. La luz era de un carmesí profundo -me recordaba a una puesta de sol a través de las nubes-, pero se incrementó y recorrió la familiar escala de los colores del espectro, desde el naranja, amarillo, azul, hasta el violeta.
Vi que la flota de Naves del Tiempo se había acercado; eran balsas de alambres verdes, recortadas contra el vacío deslumbrante, que se reunían por necesidad. Unos tentáculos -cuerdas de plattnerita- se abrían paso por el vacío brillante entre las Naves, y se conectaban con las terminaciones asimiladas en las estructuras complejas de las Naves. Pronto toda la armada estaba unida por una especie de red de cilios.
Incluso en esta época remota, me dijo Nebogipfel, *el universo tiene una estructura. Las galaxias por nacer están presentes como agrupaciones de gas frío, atrapado en pozos gravitacionales... Pero la estructura implosiones, contrayéndose a medida que viajamos hasta su límite.*
Entonces es como una explosión invertida, le propuse a Nebogipfel. *Metralla cósmica que se colapsa hasta el lugar de la explosión. Al final, toda la materia del universo estará contenida en un solo punto, un centro arbitrario de las cosas, y será como si un gran sol hubiese nacido en medio de un espacio infinito y vacío.*
No. Es más sutil que eso...
Me recordó la torsión de los ejes del Espacio y el Tiempo, la distorsión que estaba detrás del principio del viaje en el tiempo.
El giro de ejes se produce ahora a nuestro alrededor, dijo. *Al viajar al pasado, no es que la materia y la energía converjan en un volumen fijo, como moscas que se reúnen en el centro de una habitación vacía... Más bien, el espacio en sí mismo se está doblando, comprimiéndose. Retorciéndose como un globo deshinchado, o como un trozo de papel arrugado con la mano.*
Seguí la descripción, pero me llenó de asombro y temor, ¡porque no podía entender cómo la vida o la Mente podrían sobrevivir a ese plegamiento!
La luz universal se hizo más intensa, y trepó por la escala espectral hasta un violeta intenso con sorprendente velocidad. En aquel mar de hidrógeno giraban grupos y remolinos como llamas en un horno; las Naves del Tiempo, unidas por las cuerdas, apenas eran visibles como siluetas lúgubres contra el resplandor desigual. AL final el cielo era tan brillante que sólo tuve la impresión de blancura; era como mirar el Sol.
Hubo una conmoción silenciosa -sentí como si hubiese oído un golpe de platillos-, la luz me anegó como un líquido invasor y caí en una especie de ceguera blanca. Estaba inmerso en la más brillante de las luces, una luz que parecía penetrar en todo mi ser. Ya no podía distinguir aquellos grupos, ni tampoco ver las Naves del Tiempo. ¡Ni siquiera la mía!

Llamé a Nebogipfel.
No puedo ver. La luz...
Su voz sonó pequeña y tranquila en el clamor de luz.
Hemos alcanzado la época de Dispersión Final... El espacio en todos sus puntos está ahora tan caliente como la superficie del Sol, y está repleto de materia cargada eléctricamente. El universo ya no es transparente, como lo será en nuestra época...
Entendía por qué las Naves se habían unido con aquellas cuerdas de material de Constructor, porque estaba claro que ninguna señal podía viajar por entre aquel resplandor. El resplandor se hizo todavía más intenso, hasta que estuve seguro de que había superado el límite de visibilidad normal del ojo humano, ¡y no es que un hombre hubiese podido durar al menos un momento en aquel resplandeciente horno cósmico!
Era como si estuviese colgado, solo, en medio de aquella inmensidad. Si los Constructores estaban allí, no los percibía. Mi sentido del paso del tiempo se fragmentó hasta desaparecer; no sabía si presenciaba sucesos a escala de siglos o segundos, o si contemplaba la evolución de estrellas o átomos. Antes de penetrar en aquella mezcla final de luz había conservado cierta sensación de lugar -sabía dónde era arriba y abajo-, de cerca y lejos... El mundo a mi alrededor había estado estructurado como una gran habitación, en la cual yo flotaba. Pero ahora, en la época de la dispersión final, todo eso desapareció. Era una mota de conciencia, flotando en la superficie de un gran río que corría hacía su fuente, y sólo podía dejar que la corriente me llevase a donde quisiera.
La mezcla de radiación se hizo más caliente -era de una intensidad insoportable- y vi que la materia del universo, la materia que algún día formaría las estrellas, los planetas y mi propio cuerpo abandonado, no era sino una fina capa de solidez, un contaminante en aquel remolino hirviente de luz y estrellas. Al fin -me pareció que podía verlo- incluso los núcleos de los átomos se dividieron ante la presión de aquella insoportable luz. El espacio se llenó de una mezcla de partículas todavía más elementales, que se combinaban y recombinaban a mi alrededor en una confusión compleja y microscópica.
Estamos cerca del límite, susurró Nebogipfel. *El principio mismo del tiempo... pero no debes imaginar que estamos solos: nuestra historia -este joven universo brillante- no es sino una entre un número infinito que han surgido de ese límite; al retroceder todos los miembros de la multiplicidad convergen hacia ese momento, hacia ese límite, como aves en picado.*
Pero todavía continuó la contracción, todavía aumentaba la temperatura, todavía crecía la densidad de materia y energía; y ahora incluso esos fragmentos finales de radiación y materia fueron absorbidos en el cuerpo del espacio y el tiempo, con toda su energía almacenada en la tensión de aquella gran torsión.
Hasta que, al final...
La última partícula brillante se alejó de mí suavemente, y el resplandor de radiación se intensificó hasta una cierta invisibilidad.
Ahora, sólo una luz blanca grisácea llenaba mi conciencia; pero eso es una metáfora, porque sabía que la que ahora experimentaba no era la luz de la física, sino el brillo imaginado por Platón, la luz que está por debajo de la conciencia, la luz frente a la cual la materia, los sucesos y las mentes no son sino sombras.
Hemos alcanzado la Nuclearización, susurró Nebogipfel. *El espacio y el tiempo están tan retorcidos que son indistinguibles. Aquí no hay física... no hay estructura. Uno no puede señalar y decir: eso es allí, a tal distancia; y yo estoy aquí. No hay medida, ni observación... Todo es uno. Y, de la misma forma que nuestra historia se ha encogido hasta un punto, también ha convergido la multiplicidad de historias. El mismo límite está desapareciendo -¿lo entiendes?- perdido en las infinitas posibilidades de la multiplicidad colapsada...*
Y entonces hubo un solo pulso, muy brillante, de luz: *verde de plattnerita.*

Librodot

4

LOS DISPOSITIVOS DE NO LINEALIDAD

La multiplicidad unida tembló. Me sentí retorcido -estirado y alterado- como si el gran río de causalidad que me llevaba se hubiese hecho turbulento y hostil.
¿Nebogipfel...?
¡Son los Constructores! Los Constructores... Su voz sonaba plácida, exultante.
El movimiento se apagó. El resplandor verde desapareció, dejándome inmerso una vez más en el blanco grisáceo de aquel momento de Creación. Entonces surgió una luz nueva y completamente blanca, pero permaneció sólo un momento; y luego vi que la energía y la materia se condensaban como rocío al separarse el Espacio y el Tiempo.
Viajaba una vez más hacia el futuro, lejos del límite. Había sido colocado en una nueva historia que se extendía desde la Nuclearización. El resplandor del universo seguía siendo brillante, varios órdenes de magnitud más brillante que el centro del Sol.
Las Naves del Tiempo ya no me acompañaban -quizá sus formas físicas no habían podido sobrevivir el viaje a través de la Nuclearización- y la red de plattnerita había desaparecido. Pero no estaba solo: a mi alrededor -como copos de nieve atrapados en el resplandor de una lámpara- había motas del verde de la plattnerita que se agitaban y balanceaban. Sabía que aquéllas eran las conciencias elementales de los Constructores, y me pregunté si Nebogipfel se encontraba entre aquella multitud incorpórea y de hecho si yo también aparecía a los demás como un punto en movimiento.
¿Se había invertido mi viaje en el tiempo? ¿Iba a nadar una vez más corriente arriba por la historia hasta mi propia era?
¿Nebogipfel? ¿Puedes oírme?
Estoy aquí.
¿Qué sucede? ¿Viajamos otra vez en el tiempo?
No, dijo. Todavía tenía aquella nota de exultación -de triunfo en su voz incorpórea.
¿Entonces qué? ¿Qué nos sucede?
¿No lo ves? ¿No puedes entenderlo? Atravesamos la Nuclearización. Alcanzamos el límite. Y...
¿Sí?
Piensa en la multiplicidad como una superficie, dijo. *Toda la multiplicidad es lisa, cerrada, monótona, un globo. Y las historias son como líneas de longitud, dibujadas entre los polos de la esfera.*
Y en las Naves del Tiempo llegamos a un polo.
Sí, al punto donde se unen todas las líneas de longitud. Y, en ese preciso instante de posibilidades infinitas, los Constructores han activado los dispositivos de no linealidad... Los Constructores han viajado a través de las historias, dijo. *Ellos y nosotros hemos seguido trayectorias de Tiempo Imaginario, trayectorias garabateadas perpendicularmente en la superficie del globo de multiplicidad, hasta que hemos llegado a esta nueva historia...*
Ahora la nube de Constructores -me pareció que había millones- se dispersaba, como fragmentos de fuegos artificiales. Era como si intentasen llenar el joven vacío con la luz y la conciencia que habían traído de un cosmos diferente. Y al desarrollarse el nuevo universo, el resplandor crepuscular de la creación se convirtió en una inmensa oscuridad.
Era el resultado final -la conclusión lógica- de mi propio interés superficial en las propiedades de la luz y la distorsión del Espacio y el Tiempo que las acompañan. Todo aquello, comprendía, incluso el colapso del universo y su gran progresión a través de diversas historias, todo, había surgido inevitablemente de mis experimentos, de mi primera y querida máquina de cuarzo y cobre...

Librodot

Yo había provocado aquello: el paso de la mente entre universos.
¿Pero adónde hemos venido? ¿Qué historia es ésta? ¿Es como la nuestra?
No, dijo Nebogipfel. *No, no es como la nuestra.*
¿Podremos vivir aquí?
No lo sé... no la eligieron para nosotros. Recuerda que los Constructores han buscado, dijo*, un universo -de entre la inmensidad de posibilidades que da la multiplicidad-, un universo óptimo para ellos.*
Sí. ¿Pero qué significa «óptimo» para un Constructor? Conjuré imágenes vagas de cielo, paz, seguridad, belleza, luz. Pero sabía que esas fantasías eran irremediablemente antropomórficas.
Ahora vi que surgía una nueva luz de la oscuridad que nos rodeaba. Al principio creí que se trataba del regreso del brillo al comienzo del tiempo, pero era demasiado suave, demasiado insistente, para ser eso; era más bien como luz de estrellas.
Los Constructores no son hombres, dijo el Morlock. *Pero son los herederos de la humanidad. Y la audacia de lo que han conseguido es asombrosa. Entre todas las incontables posibilidades, los Constructores han buscado ese universo -el único- que es infinitamente grande, y eterno: donde el límite del comienzo del tiempo se encuentra en el infinito pasado.*
Hemos viajado más allá de la Nuclearización, al límite mismo del Espacio y el Tiempo. Y dedos de mono han tocado la singularidad que se encuentra allí, ¡y la han empujado hacia atrás!
La luz estelar emergía ahora de la oscuridad a mi alrededor; las estrellas se encendían por todas partes, y pronto el cielo ardió, tan brillante en todos sus puntos como la superficie del Sol.

5

LA VISIÓN FINAL

¡Un universo infinito!
Se puede mirar, a través de las nubes de humo de Londres, las estrellas que marcan el cielo catedralicio; es todo tan inmenso, tan inalterable, que es fácil suponer que el cosmos es algo sin fin y que ha existido por siempre.
Pero eso *no puede ser*. Y sólo tienes que hacerte una pregunta de sentido común -*¿por qué es oscuro el cielo nocturno*?- para comprender la razón.
Si tienes un universo infinito, con estrellas y galaxias dispersas en un vacío sin fin, entonces no importa en qué dirección mires, tus ojos encontrarían el rayo de luz de una estrella. El cielo nocturno brillaría en todas partes con la misma intensidad que el Sol...
Los Constructores habían desafiado la misma oscuridad del cielo.
Mis impresiones tenían una dureza diamantina: no había contornos suaves, ni atmósfera, nada más que el brillo infinito producido por la multitud de puntos y motas de luz. Aquí y allá creí encontrar estructuras y características reconocibles -constelaciones de estrellas más brillantes frente al fondo general-, pero el efecto total era tan deslumbrante que no podía encontrar una misma formación dos veces.
Las chispas de luz de plattnerita que me acompañaban -los Constructores, con Nebogipfel entre ellos- se alejaron de mí, por arriba y abajo, como fragmentos esmeralda de un sueño. Me dejaron aislado. No sentí ni miedo ni incomodidad. El movimiento que había sentido en el momento de la no linealidad había desaparecido, dejándome sin sensación de lugar, tiempo o duración...
Pero entonces -después de un intervalo que no pude medir- percibí que no estaba solo.

Librodot

La forma surgió contra la luz de las estrellas, como si hubiesen colocado una lámina de linterna mágica frente a mí. Comenzó siendo una simple sombra contra el brillo universal -al principio ni siquiera estaba seguro de que hubiese algo ahí, exceptuando las proyecciones de mi imaginación desesperada-, pero finalmente ganó una cierta solidez.
Era una bola, aparentemente de carne, colgando en el espacio, al igual que yo, sin soporte. Estimé que estaba a ocho o diez pies de mí (donde y como estuviese yo) y quizá tenía cuatro pies de ancho. Le colgaban tentáculos. Oí un sonido suave y burbujeante. Tenía un pico de carne, no tenía agujeros de la nariz, y dos enormes párpados se recogían como cortinas para revelar *ojos* -¡ojos humanos!- que se fijaron en mí.
Por supuesto, lo reconocí; era una de las criaturas que había denominado *Observadores*, aquellas enigmáticas visiones que me visitaban durante mis viajes en el tiempo.
La cosa se deslizó hacia mí. Tenía los tentáculos en alto, y vi que los dedos eran articulados y formaban dos grupos, como manos alargadas y distorsionadas. Los tentáculos no eran lacios y sin hueso, como los de un calamar, sino que tenían múltiples articulaciones y parecía que acababan en uñas o pezuñas, de hecho, se parecían bastante a dedos.
Fue como si me cogiese. Nada de esto puede ser real -pensé desesperadamente- porque *yo* ya no era real, ¿no? Yo era un punto de conciencia; no había nada de mí que pudiese ser cogido de esa forma...
Y sin embargo me sentí acunado por él, extrañamente seguro.
El Observador aparecía inmenso ante mí. Su piel era suave y estaba cubierta de un vello fino; los *ojos* eran inmensos -de color azul cielo-, con toda la hermosa complejidad de los ojos humanos, e incluso ahora podía *olerlo*; emitía un ligero aroma animal, como de leche, pensé. Me sorprendió cuán *humano* era. Eso puede que les parezca extraño, pero allí -tan cerca de la bestia, y suspendido en medio de aquella inmensidad sin estructura- sus puntos en común con la forma humana eran más impresionantes que sus increíbles diferencias. Me convencí de que era humano: quizá tremendamente distorsionado por el paso del tiempo evolutivo, pero de alguna forma cercano a mí.
Pronto el Observador me soltó, y sentí que flotaba alejándome.
Parpadeó; oí el lento susurro de sus párpados. Recorrió con la vista el cielo uniforme, como si buscase algo. Con el más suave de los murmullos, se alejó de mí. Se volvió al hacerlo y los tentáculos colgaron tras él.
Durante un momento sentí una punzada de pánico -porque no tenía deseos de quedar varado otra vez con mi única compañía en la desolada Perfección óptima-, pero de repente me deslicé tras el Observador. Lo hice sin querer, como una hoja de otoño que es arrastrada por las ruedas de un carruaje.
Ya he mencionado aquellas posibles constelaciones que había visto, brillando en el fondo cubierto de luz del espacio infinito. En aquel momento me parecía que un grupo de estrellas, frente a nosotros, se estaba dispersando, como una bandada de pájaros; mientras que otro detrás de mí (podía variar mi punto de vista) se contraía.
¿Puede ser así?, me pregunté. ¿Puede ser que esté viajando a una velocidad tan enorme que incluso las estrellas mismas se mueven por el campo visual, como postes frente a un tren?
De pronto vinieron volando multitud de partículas de roca, brillando como el polvo bajo la luz; se arremolinaban a mi alrededor, y se perdían de nuevo detrás de mí. Exceptuando ese montón de polvo, no vi planetas, o cualquier otro objeto rocoso, en todo el tiempo que permanecí en la Historia óptima, y me pregunté si el gran calor y la radiación intensa evitarían la formación de planetas a partir de los fragmentos generales.
El universo corría a mi lado más y más rápido, motas apresuradas contra el brillo general.
Las estrellas se hicieron más intensas, y pasaron de ser puntos a ser globos que se precipitaban contra mí, para desvanecerse en un momento a mi espalda.
Nos elevamos y flotamos sobre el plano de una galaxia; era una gigantesca espiral de estrellas cuyos distintos colores brillaban, pálidos y deslucidos, contra el fondo de blancura general. Pero pronto incluso ese inmenso sistema se perdió debajo de mí, ahora convertido en un disco

Librodot

luminoso y giratorio, y al final fue una diminuta mancha de luz incierta, perdida en medio de millones de manchas parecidas.
Y durante todo aquel sorprendente vuelo -deben imaginarlo- tenía ante mí la imagen de los hombros redondos y oscuros del Observador, mientras se balanceaba delante de mí por entre aquella marea de luz, imperturbable ante el paisaje estelar que atravesábamos.
Pensé en las veces que había observado a aquella criatura y sus compañeros. Tenía aquel distante eco de murmullos durante mis primeras expediciones en el tiempo, y entonces mi primera imagen clara de un Observador cuando, bajo la luz del Sol moribundo del futuro, había visto cómo saltaba irregularmente algo parecido a una pelota de fútbol que brillaba por el agua. En ese momento lo consideré un ciudadano de aquel mundo condenado. Más tarde, había tenido aquellas visiones -entrevistas a través del brillo verde de la plattnerita- de Observadores flotando en la máquina mientras yo viajaba en el tiempo.
Ahora sabía que durante mi breve y espectacular carrera como viajero del tiempo había sido seguido -estudiado- por los Observadores.
Los Observadores debían de ser capaces de seguir a voluntad las líneas de Tiempo Imaginario, para atravesar a voluntad las infinitas historias de la multiplicidad con la facilidad con que un buque de vapor atraviesa una corriente; los Observadores habían tomado el tosco dispositivo explosivo de no linealidad creado por los Constructores y lo habían desarrollado hasta la perfección.
Ahora atravesábamos un vacío inmenso -un agujero en el espacio- con paredes formadas por filamentos y planos, hojas de luz compuestas de galaxias y nubes de estrellas sueltas. Incluso allí, a millones dé años luz de la nebulosa estelar más cercana, persistía el baño general de radiación y el cielo a mi alrededor estaba lleno de luz. Y, más allá de las burdas paredes de aquella cavidad, podía distinguir una estructura mayor: podía ver que «mi» vacío era uno entre muchos en un campo mayor de sistemas estelares. Era como si el universo estuviese lleno de algo parecido a la espuma, con burbujas en una masa de brillante material estelar.
Pronto pude apreciar una cierta regularidad extraña en la espuma. Por ejemplo, a un lado el vacío estaba marcado por el plano de una galaxia. Ese plano, de materia mantenida unida con tanta densidad que resplandecía de forma significativamente más brillante que el fondo general, estaba tan claramente definido -tan plano y extenso- que en mi mente se formó la idea de que no se trataba de una situación *natural*.
Ahora miré con más cuidado. Aquí creí que podía ver otro plano -limpio y bien definido- y allá distinguir una especie de lanza de luz, completamente rectilínea, que parecía cubrir el espacio de lado a lado-, y más allá de nuevo vi un vacío, pero de forma cilíndrica muy bien definida...
El Observador corría ahora frente a mí, sus grupos de tentáculos estaban bañados por la luz de las estrellas y sus ojos estaban abiertos y fijos en mí.
Artificial. La palabra era ineludible; comprendí que la conclusión era tan evidente que tenía que haberlo pensado antes, ¡si no fuese por la escala monstruosa de todo aquello! La Historia óptima era un producto de ingeniería -y aquel artificio debía de ser lo que el Observador quería que entendiese con aquel inmenso viaje.
Recordé las viejas predicciones de que un universo infinito tendería a un colapso gravitatorio desastroso; era otra de las razones por las que nuestro cosmos no podía ser, lógicamente, infinito. Porque, de la misma forma que la Tierra y los otros planetas se habían formado a partir de agrupamientos en la turbulenta nube de escombros alrededor del nuevo Sol, habría remolinos en la nube todavía mayor de galaxias que poblaban la Historia óptima, remolinos en los que estrellas y galaxias caerían a una escala inmensa.
Pero era evidente que los Observadores cuidaban la evolución de su cosmos para evitar catástrofes de ese tipo. Habían aprendido que el Espacio y el Tiempo eran en sí mismos entidades dinámicas y ajustables. Los Observadores manipulaban la torsión, el colapso, la rotación y corte del Espacio y del Tiempo en sí mismos, para conseguir el objetivo de un cosmos estable.

Librodot

Por supuesto, esa cuidadosa supervisión no podía *terminar* nunca, si el universo debía permanecer viable, y, pensé, si el universo era eterno, tampoco tendría *comienzo*. Esa idea me inquietó brevemente: era una paradoja, un ciclo causal. Debía existir la vida para que pudiera producir las condiciones necesarias para que existiera vida aquí...
¡Pero pronto me deshice de esas confusiones! Estaba siendo, comprendí, demasiado parroquial en mis razonamientos: no permitía que las cosas fuesen infinitas. Ya que este universo era infinitamente antiguo -y la vida había existido en él durante un periodo de tiempo infinitamente largo-, el ciclo benigno en que la vida mantenía las condiciones de su propia supervivencia *no había comenzado nunca*. La vida existía en él porque el universo era viable; y el universo era viable porque la vida existía para hacer que lo fuese... y así indefinidamente, una regresión infinita, sin comienzo, ¡y sin paradoja!
Con arrogancia me sentí divertido ante mi propia confusión. ¡Claramente me llevaría algo de tiempo comprender el significado del Infinito y la Eternidad!

6

EL TRIUNFO DE LA MENTE

El Observador se detuvo y giró en el espacio como un globo de carne. Los enormes ojos se fijaron en mí, oscuros, inmensos, el resplandor del cielo repleto de luz se reflejaba en sus pupilas como platos; al fin, parecía, mi mundo estaba ocupado por completo por aquella mirada inmensa que excluía todo lo demás -incluso el cielo ardiente.
Pero entonces el Observador pareció derretirse. La dispersión de lejanas constelaciones, la estructura galáctica espumosa e incluso el resplandor del cielo ardiente desaparecieron de mi vista o, mejor, era consciente de que esas cosas eran un aspecto de la realidad, pero sólo en la superficie.
Si imaginan que enfocan la vista en un panel de vidrio frente a ustedes, y luego deliberadamente relajan los músculos de los ojos, para fijarse en el paisaje que hay más allá, el polvo sobre el panel desaparece de la conciencia; así entenderán el efecto que intento describir.
Pero, por supuesto, mi cambio de percepción no estaba producido por algo tan físico como un tirón de los músculos oculares y el cambio de perspectiva era algo mas que un cambio en la profundidad de foco.
Vi -creo- la estructura interna de la naturaleza.
Vi *átomos*: puntos de luz, como pequeñas estrellas que llenaban el espacio en una estructura que se extendía a mi alrededor sin fin. Lo vi con la misma claridad con que un médico puede examinar las costillas debajo de la piel del pecho. Los átomos burbujeaban y brillaban; giraban alrededor de su eje, y estaban unidos por una red compleja de rayos de luz, o eso me parecía; comprendía que debía de estar viendo una representación gráfica de las fuerzas eléctrica, magnética, gravitatoria y alguna otra. Era como si el universo estuviese lleno de una maquinaria de relojería atómica y, me di cuenta, el conjunto era dinámico, con la estructura de uniones y átomos continuamente fluyendo.
Se me hizo inmediatamente claro el significado de aquella extraña visión, porque percibí la misma regularidad que había observado entre las galaxias y las estrellas. Podía ver -en cada voluta de gas, en cada átomo perdido- *sentido y estructura*. Había un propósito en la orientación de cada átomo, la dirección de su spin, y la unión entre él y sus vecinos. Era como si el universo, todo él, se hubiese convertido en una biblioteca, para almacenar la sabiduría colectiva de aquella variante antigua de la humanidad; cada trozo de materia, hasta el último

Librodot

vestigio, era catalogado y explotado... ¡Justo como Nebogipfel había predicho como meta final de la inteligencia!
Pero aquello era más que una biblioteca -más que la recopilación pasiva de datos polvorientos-, porque había una sensación de vida, de insistencia, a mi alrededor. Era como si la conciencia estuviese distribuida a través de aquella extensa estructuración de materia.
¡La Mente llenaba aquel universo, rezumando incluso hasta su misma estructura! Me parecía que podía ver pensamiento y conciencia moverse en grandes mareas por aquella estructura universal de hechos. Me maravillaba la escala de. aquello y no podía concebir su carácter ilimitado. En comparación, mi propia especie se había limitado a la manipulación de la capa externa de un planeta insignificante, y los Morlocks a su Esfera; e incluso los Constructores sólo habían tenido una galaxia, un sistema estelar, entre millones...
Allí, sin embargo, la Mente lo tenía todo: un infinito.
Ahora al fin entendí -lo vi por mí mismo- el sentido y el propósito de la vida eterna e infinita.
El universo era infinitamente antiguo e infinitamente grande; y la Mente, también, era infinitamente antigua. La Mente había conquistado el centro de la materia y las fuerzas, y había almacenado una cantidad infinita de información.
La Mente era omnisciente, omnipotente y omnipresente. Los Constructores, gracias a su valiente desafío a los comienzos del tiempo, habían conseguido su ideal. Habían trascendido lo finito y colonizado el infinito.

Los átomos y las fuerzas se retiraron al fondo de mi atención inmediata y mis ojos se llenaron una vez más con la luz interminable y las estructuras estelares de aquel cosmos. El Observador que me acompañaba se había ido y yo flotaba solo, como una especie de punto de vista incorpóreo que giraba lentamente.
La luz de las estrellas me rodeaba, profunda y sin fin. Sentí la pequeñez de las cosas, de mí, de lo irrelevante de mis pequeñas preocupaciones. Comprendí que en un universo infinito y eterno no hay centro; no hay ni principio ni final. Cada suceso, cada punto, acaba siendo idéntico a cualquier otro debido al interminable escenario en el que está... En un universo infinito yo era infinitesimal.
Nunca he sido un entusiasta de la poesía, pero recordé unos versos de Shelley: de cómo *la vida, al igual que una bóveda multicolor / mancha la luz blanca de la Eternidad*... y seguía en ese tono. Bien, ya había acabado la vida para mí; la cubierta del cuerpo, la vanas ilusiones de la materia misma, todo me lo habían quitado y estaba inmerso, quizá para siempre, en la luz blanca de la que hablaba Shelley.
Durante un rato sentí una paz peculiar. Cuando presencié por primera vez el impacto de la Máquina del Tiempo en la historia había llegado a creer que mi invento era un dispositivo de la más absoluta maldad, por su destrucción y distorsión arbitraria de las historias: porque eliminaba millones de almas humanas por nacer, simplemente con el más leve movimiento de las palancas. Pero ahora, al fin, comprendí que la Máquina del Tiempo no había destruido historias: no, las había creado. Todas las historias posibles existen en la multiplicidad, unas al lado de otras en un catálogo eterno de lo-que-puede-ser. Cada historia posible, con su carga de mente, amor y esperanza, existe en algún lugar de la multiplicidad.
Pero lo que me emocionaba no era la realidad de la Multiplicidad sino lo que significaba para el destino de la humanidad.
El hombre -siempre me lo había parecido desde que leí a Darwin por primera vez- había estado atrapado en un conflicto: entre las aspiraciones de su alma, que eran de una arrogancia sin límite, y la base física de su naturaleza, que, al final, era lo que le sostenía. Creía haber visto, en los Eloi, cómo la mano muerta de la evolución -el legado de la bestia que llevamos dentro- destruía finalmente los sueños del hombre, y convertía su posesión de la Tierra en poco más que un breve y glorioso brillo del intelecto.
Ese conflicto, implícito en la forma humana, se había instalado, creo, como un conflicto en mi propia mente. Sí, Nebogipfel había tenido razón al decir que siento desprecio por el cuerpo;

Librodot

bien, ¡quizá mi comprensión de ese conflicto de millones de años era su causa! Había virado, en mis opiniones y argumentos, entre una desesperación triste, un desprecio de la cárcel bestial de nuestra mente, hasta un utopismo amable y algo tonto, el sueño de que algún día nuestras cabezas se despertarían, de un delirio en masa, y estableceríamos una sociedad fundada en los principios de la lógica, la justicia evidente y la ciencia.
Pero ahora, el descubrimiento -o construcción- y colonización de aquella historia final lo había cambiado tildo. *Aquí*, el hombre había superado finalmente sus orígenes y la degradación de la selección natural; *aquí*, no habría retorno al olvido de aquel mar primigenio y estúpido del que habíamos salido: en su lugar, el futuro se había hecho infinito, una escalada de historias sin final.
Sentí que había salido, finalmente, de la oscuridad de la desesperación evolutiva a la luz de la sabiduría infinita.

7

EMERGENCIA

¡Pero -si me han seguido hasta aquí puede que no les sorprenda leerlo- aquel estado de ánimo, una especie de aceptación tranquila, no persistió durante mucho tiempo!
Me dediqué a mirar a mi alrededor. Me esforzaba por escuchar, por ver cualquier detalle, la más pequeña mancha en la bóveda de luz que me rodeaba; pero durante un rato no hubo nada sino silencio infinito y un brillo intolerable.
Me había convertido en una mota incorpórea, presumiblemente inmortal, y me habían colocado en el mayor de los objetos artificiales: un universo cuyas fuerzas y partículas estaban dedicadas por completo a la Mente. Era magnífico, pero también terrible, inhumano y estremecedor, y cierto desaliento deprimente se apoderó de mí.
¿Había dejado de ser para pasar a algo que no era ni ser ni no ser? Bien, si así era -y esto es lo que había descubierto- todavía no tenía la paz eterna. Todavía tenía el alma de un hombre, con toda su carga de curiosidad y sed de acción que siempre han sido parte de la naturaleza humana. Soy demasiado occidental, ¡y pronto me harté de aquel intervalo de contemplación incorpórea!
Entonces, después de un intervalo sin medida, descubrí que el brillo del cielo *no* era absoluto. Había una especie de neblina en el límite de mi campo visual, un oscurecimiento sutil.
Creo que esperé durante épocas geológicas, y durante esa larga espera la neblina se hizo más evidente: era una especie de círculo alrededor de mi campo visual, como si mirase a través del agujero en una cueva. Y entonces, en medio de aquella apertura cavernosa y espectral, distinguí una nube irregular, una mancha frente al brillo general; vi *una colección de barras y discos*, todos indistintos, colocados como fantasmas sobre las estrellas. En una esquina había un cilindro de color verde puro.
Sentí una impaciencia apasionada. ¿Qué era aquella irrupción de sombras en el mediodía interminable de la Historia óptima?
La caverna que me rodeaba se hizo más clara; me pregunté si sería algún recuerdo emergente del Paleoceno. Y en lo que se refiere a la fantasmagórica colección de barras y discos, tuve la impresión de que había visto aquel conjunto antes: me eran tan familiares como mis propias manos, pero en aquel contexto transformado no podía reconocerlos...
Y luego me llegó el entendimiento. Las barras y otros componentes *eran mi Máquina del Tiempo*; las líneas que oscurecían aquella constelación eran las barras de cobre que constituían la estructura fundamental del dispositivo; y aquellos discos coronados de galaxias debían de ser los indicadores cronométricos. ¡Se trataba de mi máquina original, que yo había creído perdida, desmantelada, y finalmente destruida durante el ataque alemán sobre Londres en 1938!

El ensamblaje de la visión continuó deprisa. La barras de cobre brillaban, vi que había algo de polvo en las esferas de los indicadores cronométricos y que las agujas giraban. Reconocí el brillo verde de la plattnerita que impregnaba el cuarzo dopado que formaba la estructura inferior. Miré abajo y distinguí dos cilindros anchos, gordos y oscuros: ¡eran mis piernas, vestidas con el equipo de jungla!, y aquellos objetos pálidos, peludos y complejos debían de ser mis manos, que descansaban sobre las palancas de control de la máquina.
Y ahora, finalmente, comprendí el sentido de la «caverna» alrededor de mi campo visual. Era el borde de mis ojos, nariz y mejillas en mi campo visual: una vez más miraba desde la más oscura de las cavernas, mi propio cráneo.
Sentí como si me colocasen en mi cuerpo. Dedos y piernas se conectaron por sí solos a mi conciencia. Podía sentir la palancas, frías y firmes, en las manos, y sentí una punzada de sudor en la frente. Era un poco, supongo, como recuperarse de la inconsciencia del cloroformo; lenta y sutilmente volvía a ser yo. Y entonces sentí un balanceo y la sensación de vértigo del viaje en el tiempo.
Más allá de la Máquina del Tiempo sólo había oscuridad -no podía distinguir nada del mundo-, pero podía sentir, porque sus bandazos se reducían, que la máquina se detenía. Miré a mi alrededor -recibí la recompensa del peso de un cráneo cargado sobre el tallo del cuello; después de mi estado incorpóreo parecía como si girase una pieza de artillería-, pero sólo quedaban trazos de la Historia óptima: un cúmulo de galaxias allí, y allá un fragmento de luz estelar. En los últimos instantes, antes de que se cercenase definitivamente mi lazo intangible, vi de nuevo el rostro redondo y solemne del Observador, con sus enormes ojos pensativos.
Luego todo desapareció y fui nuevamente yo por completo; ¡y sentí una descarga de felicidad salvaje y primitiva!
La Máquina del Tiempo se detuvo. Se desplomó a un lado y yo fui lanzado de cabeza contra la oscuridad más absoluta.

Hubo un sonido de trueno en mis oídos. La lluvia dura y firme golpeaba con fuerza brutal sobre mi cabeza y la camisa. En un momento quedé empapado. ¡Vaya una bienvenida a la corporalidad!, pensé.
Me hallaba en un trozo de césped empapado frente a la máquina caída. Estaba muy oscuro. Me pareció que me encontraba en un pequeño jardín rodeado de arbustos con hojas que bailaban bajo la lluvia. Las gotas rebotadas flotaban en una pequeña nube sobre la máquina. Cerca de mí oí el murmullo del agua, y de la lluvia golpeando en la masa de líquido.
Me puse en pie y miré a mi alrededor. Había un edificio cerca, visible sólo como una silueta contra el cielo gris carbón. Noté un ligero brillo verde que provenía de la parte de abajo de la máquina volcada. Vi que venía de un frasco, un cilindro de vidrio de unas seis pulgadas de alto: era una botella de medicina graduada de ocho onzas normal y corriente. Evidentemente la habían colocado en la estructura de la máquina, pero ahora se había caído.
Recogí el frasco. El resplandor verde provenía de un polvo en su interior: era plattnerita.
Gritaron mi nombre.
Me volví sorprendido. La voz había sonado suave, casi enmascarada por el silbido de la lluvia sobre la hierba.
Había una figura a unos diez pies de mí: baja, casi infantil, pero con la cabeza y la espalda cubiertas de pelo largo y desmadejado que la lluvia mantenía completamente pegado a la carne pálida. Tenía los enormes ojos rojo grisáceo fijos en mí.
-¿Nebogipfel...?
Y entonces un circuito se cerró en mi cerebro desconcertado.
Me volví y examiné una vez más la silueta del edificio. Allí estaba el balcón de hierro, allá la cocina del comedor con una pequeña ventana entreabierta, y la forma del laboratorio...
Era mi hogar; la máquina me había depositado en el jardín inclinado de la parte de atrás, entre la casa y el Támesis. Había vuelto -¡después de todo!- a Richmond.

Librodot

8

SE CIERRA UN CÍRCULO

Una vez más --como ya lo habíamos hecho, muchos ciclos de la historia antes- Nebogipfel y yo caminamos por Petersham Road hacia mi casa. La lluvia golpeaba el empedrado. La oscuridad era casi completa; de hecho, la única luz provenía del frasco de plattnerita,
que brillaba como una débil bombilla eléctrica arrojando sombras lóbregas sobre el rostro de Nebogipfel.
Rocé con los dedos el metal delicado y familiar de la verja que rodeaba la casa. Allí tenía algo que no creía volver a ver: la falsa fachada, los pilares del porche, los rectángulos oscuros de las ventanas.
-Vuelves a tener los dos ojos -le comenté a Nebogipfel en un susurro.
Miró su cuerpo renovado, extendiendo las palmas de forma que la carne pálida brilló bajo la luz de la plattnerita.
-No necesito prótesis -dijo-. Ya no. Ahora que he sido reconstruido... al igual que tú.
Puse las manos contra el pecho. La tela de la camisa era tosca, basta al tacto, y los huesos se notaban duros bajo la piel. Parecía muy sólido. Y todavía me sentía como yo, es decir, conservaba una continuidad de la conciencia, un único y brillante camino de recuerdos, que me llevaba desde aquel enredo de historias hasta los días simples de mi niñez. Pero yo no podía ser el mismo hombre, me habían desmontado y reconstruido en la Historia óptima. Me pregunté cuánto de aquel resplandeciente universo permanecía en mí.
-Nebogipfel, ¿recuerdas mucho de lo que pasó allí, cuando atravesamos el límite al comienzo del tiempo, el cielo brillante y lo demás?
-Todo. -Sus ojos estaban oscuros-. ¿Tú no?
-No estoy seguro -dije-. Todo parece un sueño, ahora, especialmente aquí, bajo la fría lluvia de Inglaterra.
-Pero la Historia óptima es la realidad -susurró-. Todo esto... -señaló con la mano el inocente Richmond- estas historias parciales subóptimas... *esto* es el sueño.
Levanté el frasco de plattnerita. Era un bote de medicina vulgar, con un tapón de goma; ni que decir tiene que no sabía de dónde había salido o cómo había acabado entre la estructura de la máquina.
-Bien, esto sí que es real -dije-. Realmente es una solución muy hermosa, ¿no? Como cerrar un círculo. -Avancé hacia la puerta-. Creo que es mejor que te quedes atrás, para que no te vea, antes de llamar.
Se echó hacia atrás, hacia las sombras del porche, y pronto fue invisible.
Tiré del llamador.
Dentro de la casa oí una puerta que se abría, un grito suave -«¡Ya voy! »- y luego pasos pesados e impacientes en la escalera. Una llave sonó en la cerradura, y la puerta se abrió con un crujido.
Una vela, sostenida sobre un candelabro de bronce, se lanzó contra mí a través de la puerta; el rostro de un hombre joven, ancho y redondo, salió fuera, con los ojos recién abiertos. Tenía veintitrés o veinticuatro años, y llevaba una bata vieja y deshilachada sobre un camisón arrugado; el cabello, de un marrón ratonil, le sobresalía a los lados de su cabeza ancha.
-¿Sí? -me soltó-. Son más de las tres de la mañana, ¿sabe...?
No sabía con seguridad lo que iba a decirle, pero ahora que el momento había llegado las palabras se me escaparon por completo. Una vez más sufrí el extraño e incómodo impacto del reconocimiento. No creo que un hombre de mi siglo se hubiese podido acostumbrar jamás a encontrarse consigo mismo, no importa cuántas veces lo hiciese, y ahora todo un conjunto de

Librodot

sentimientos venían a hacerlo aún más conmovedor. Porque aquél ya no era sólo una versión más joven de mí mismo: era también un antecesor directo de Moses. Era como enfrentarse cara a cara con un hermano más joven que había creído perdido.
Estudió de nuevo mi cara, ahora suspicaz.
-¿Qué demonios quiere? No hago tratos con vendedores ambulantes, incluso si ésta fuese una hora apropiada para ello.
-No -dije con amabilidad-. No, sé que no lo hace.
-Oh, lo sabe, ¿no? -Comenzó a cerrar la puerta, pero vio algo en mi cara, lo noté en su mirada, un lejano reconocimiento-. Creo que es mejor que me diga qué quiere.
Con torpeza, le mostré el frasco de medicina con la plattnerita.
-Esto es para usted.
Sus cejas se elevaron al ver el frasco de brillo verde.
-¿Qué es?
-Es... -¿Cómo podía explicárselo?-. Es una muestra. Para usted.
-¿Una muestra de qué?
-No lo sé -mentí-. Me gustaría que usted lo descubriese.
Parecía sentir curiosidad, pero todavía vacilaba; y entonces cierta tozudez le llenó el rostro.
-¿Descubrir qué?
Comencé a irritarme con esas preguntas tontas.
-Maldita sea, hombre... ¿no tiene usted iniciativa? Haga algunas pruebas...
-No estoy seguro de que me guste su tono -dijo envarado-. ¿Qué tipo de pruebas?
-¡Oh! -Me pasé la mano por el pelo mojado; semejante pomposidad no encajaba bien en un hombre tan joven-. Es un nuevo mineral, ¡eso ya lo puede ver!
Frunció el ceño, todavía más suspicaz.
Me incliné y dejé el frasco en los escalones.
-Lo dejaré aquí. Puede examinarlo cuando quiera, y sé que querrá hacerlo. No quiero malgastar su tiempo. -Me volví y comencé a recorrer el camino, mis pasos sonaban fuertes aun a pesar de la lluvia.
Cuando miré atrás vi que había recogido el frasco y su resplandor verde suavizó las sombras que producía la vela en su rostro. Gritó:
-Pero su nombre...
Sentí un impulso.
-Es Plattner-dije.
¿Plattner? ¿Le conozco?
-Plattner -repetí desesperado, y busqué una mentira más detallada en los oscuros recovecos de mi cerebro-. Gottfried Plattner...[*]
Fue como si lo dijese otra persona, pero tan pronto como las palabras salieron de mi boca supe que tenían algo de inevitables.
Ya estaba; ¡el círculo se había cerrado!
Siguió llamándome, pero caminé resuelto colina abajo.

Nebogipfel me esperaba en la parte de atrás de la casa, cerca de la Máquina del Tiempo.
-Ya está hecho -le dije.

[*] Gottfried Plattner es el protagonista del cuento de Wells «The Plattner Story». En ese cuento Plattner recibe una sustancia de color verde con la que viaja a la cuarta dimensión. Allí encuentra a los Observadores, grandes cabezas sin cuerpo que vigilan continuamente a la humanidad. Cuando Plattner regresa, su cuerpo ha quedado invertido como si fuese una imagen especular. En 1888 Wells publicó una primera versión por entregas de La máquina del tiempo en la revista Science Schools Journal, titulada «The Chronic Argonauts» (muy distinta a la versión final publicada en 1895). En esa primera versión el viajero en el tiempo es precisamente el doctor Moses Nebogipfel. En la versión definitiva de La máquina del tiempo, como en Las naves del tiempo, el protagonista recorre la novela innominado. (N. del T.)

Librodot

Una primera muestra de la mañana se filtraba por el cielo cubierto y podía ver al Morlock como una silueta granulosa: tenía las manos unidas a la espalda y el pelo pegado contra el cuerpo. Los ojos eran enormes estanques rojos.
-No vas muy adecuadamente vestido -le dije amable-. En esta lluvia...
-Apenas importa.
-¿Qué harás ahora?
-¿Qué harás tú?
Como respuesta me incliné y levanté la Máquina del Tiempo. Giró chirriando como una vieja cama y se posó en el césped con un ruido seco.
Recorrí la estructura de la máquina con la mano; había musgo y trozos de hierba pegados a las barras de cuarzo y al asiento, y un carril estaba muy doblado.
-Puedes volver a casa, ¿sabes? -dijo-. A 1891. Está claro que los Observadores nos han traído de vuelta a tu historia original, la versión primera de las cosas. Sólo tienes que viajar hacia delante unos pocos años.
Consideré esa idea. En cierta forma hubiese sido cómodo regresar a esa época acogedora, y a mi conjunto de posesiones, compañeros y logros.
Y hubiese disfrutado otra vez de la compañía de algunos de mis viejos compinches, Filby y el resto. Pero...
-Tengo un amigo en 1891 -le dije a Nebogipfel (pensaba en el Escritor)-. Es sólo un joven. Un tipo extraño en cierta forma, muy intenso, y sin embargo tenía una forma de mirar las cosas...
»Parecía ver más allá de la superficie de todo, más allá del Aquí y Ahora que nos obsesiona a todos, y percibir los cambios, las tendencias, las corrientes profundas que nos conectan con el pasado y el futuro. Creo que sabía lo pequeña que es la humanidad frente al tiempo evolutivo; y creo que eso le hacía sentirse impaciente con el mundo en el que estaba atrapado, con los interminables y lentos procesos de la sociedad, incluso con su propia y enfermiza naturaleza humana.
»Era como un extraño en su propio tiempo -concluí-. Y, si yo volviese, así es como me sentiría. *Fuera del tiempo*. Porque, no importa cuán sólido parezca el mundo, siempre sabré que miles de universos, diferentes en un grado pequeño o grande, se apilan a mi alrededor, fuera de mi alcance.
»Supongo que me he convertido en un monstruo... Mis amigos tendrán que considerarme perdido en el tiempo y tendrán que llorarme como deseen.
Al hablar había tomado mi decisión.
-Todavía tengo una vocación. Todavía no he terminado lo que empecé cuando viajé en el tiempo después de mi primera visita. Aquí se ha cerrado un círculo, pero otro sigue abierto, colgando como un hueso roto, en el lejano futuro...
-Lo entiendo -dijo el Morlock.
Subí al asiento de la máquina.
-Pero ¿qué hay de ti, Nebogipfel? ¿Vendrás conmigo? Puedo imaginar un papel para ti allí, y no quiero dejarte varado aquí.
-Gracias, pero no. No me quedaré aquí mucho tiempo.
-¿Adónde irás?
Levantó el rostro. La lluvia se detenía, pero una fina niebla de gotas todavía cubría el cielo y caía contra las grandes córneas de sus ojos.
-Yo también veo el cierre de círculos -dijo-. Pero siento curiosidad por lo que hay más allá de los círculos...
-¿Qué quieres decir?
-Si hubieses vuelto aquí y hubieses disparado contra tu yo más joven, bien, no habría habido contradicción causal: en su lugar, habrías creado una nueva historia, una variante nueva en la multiplicidad, en la que mueres joven a manos de un extraño.
-Eso lo tengo claro ahora. No hay paradoja posible dentro de una única historia, debido a la existencia de la multiplicidad.

-Pero -continuó el Morlock con calma- los Observadores te han traído aquí para que te entregases la plattnerita a ti mismo, para que iniciases la secuencia de sucesos que llevó al desarrollo de la primera Máquina del Tiempo y a la creación de la multiplicidad. Por tanto hay un cierre mayor, el de la multiplicidad en sí misma.
Vi adónde iba.
-Hay un cierto bucle causal cerrado después de todo -dije-, una serpiente que se muerde su propia cola... ¡La multiplicidad no podría haberse producido sino fuese por la existencia de la multiplicidad en primer lugar!
Nebogipfel dijo que los Observadores creían que la resolución de esa Paradoja Final requería la existencia de más multiplicidades: ¡una multiplicidad de multiplicidades!
-El orden superior es lógicamente necesario para resolver el bucle causal -dijo Nebogipfel-, de la misma forma que nuestra multiplicidad era necesaria para resolver las paradojas de una única historia.
-Pero ¡maldita sea, Nebogipfel! Mi mente se tambalea ante esa idea. Colectividades paralelas de universos; ¿es posible?
-Más que posible -dijo-. Y los Observadores tienen la intención de viajar allí. -Agachó la cabeza. El amanecer ya era muy brillante y podía ver que la carne pálida alrededor de sus ojos se arrugaba incómoda-. Y me llevarán con ellos. No puedo concebir una aventura mayor... ¿Puedes tú?
Sentado en el asiento de la máquina di un último vistazo a mi alrededor, al amanecer normal en algún momento del siglo diecinueve. Las casas, llenas de personas durmiendo, destacaban a todo lo largo de Petersham Road; olía el aroma de la hierba, y en algún lugar una puerta se cerró de golpe, y algún lechero o cartero comenzaba su jornada.
Sabía que nunca volvería a recorrer ese camino.
-Nebogipfel, cuando lleguéis a esa multiplicidad mayor, ¿entonces qué?
-Hay muchos órdenes de infinito -dijo Nebogipfel con calma; la lluvia le caía por los contornos de la cara-. Es como una jerarquía de estructuras universales... y de ambiciones. -Su voz conservaba el borboteo suave de los Morlocks, una entonación extraña, pero también estaba llena de maravilla-. Los Constructores podían haber poseído un universo; pero eso no era suficiente. Por tanto desafiaron la finitud, y tocaron los límites del tiempo, los atravesaron y permitieron que la Mente colonizase y habitase los muchos universos de la multiplicidad. Pero, para los Observadores de la Historia óptima, ni siquiera eso es suficiente; y buscan formas de ir más allá, hacia mayores órdenes del infinito...
-¿Y si triunfan? ¿Descansarán?
-No hay descanso. No hay límite. No hay final para el más allá, ningún límite que la vida y la Mente no puedan desafiar y atravesar.
Mi mano se tensó sobre las palancas de la máquina, y toda la masa rechoncha tembló como una rama al viento.
-Nebogipfel, yo...
Levantó la mano.
-Vete -dijo.
Tragué aire, agarré la palanca de arranque con ambas manos, y partí con un ruido sordo.

Librodot

LIBRO SIETE

Día 292.495.940

Librodot

1

EL VALLE DEL TÁMESIS

Las manecillas de los indicadores cronométricos giraban como remolinos. El Sol se convirtió en una raya de fuego, luego se transformó en un arco brillante, con la Luna convertida en una banda giratoria y fluctuante. Los árboles recorrían las estaciones, casi demasiado rápido para percibirlo. El cielo adoptó un hermoso azul profundo, como un crepúsculo de verano, con las nubes felizmente invisibles.

La forma borrosa de mi casa pronto desapareció. El paisaje se hizo vago, y una vez más la arquitectura espléndida de la Era de las Grandes Edificaciones cubrió como una marea Richmond Hill. No vi ninguna de las peculiaridades que habían caracterizado la construcción de la historia de Nebogipfel: la eliminación de la rotación de la Tierra, la construcción de la Esfera alrededor del Sol, y otras. Observé que la capa de verde profundo fluía por la colina y permanecía allí sin ser interrumpida por el invierno; y supe que había alcanzado la feliz época futura en que el clima cálido había regresado a Gran Bretaña; era una vez más como el Paleoceno, pensé con algo de nostalgia.

Tuve los ojos abiertos en espera de los Observadores, pero no los vi. Los Observadores -aquellas mentes inmensas e inimaginables, producto de los grandes arrecifes del intelecto que habitan la Historia óptima- ya habían acabado conmigo, y tenía mi destino en mis propias manos. Sentí satisfacción por eso y -con el recuento de días superando ya los doscientos cincuenta mil- tiré cuidadosamente de la palanca de parada.

Di un último vistazo a la Luna mientras ésta recorría sus fases menguando hasta la oscuridad. Recordé que me había separado de Weena en la última excursión al Palacio de Porcelana Verde, justo antes de lo que los Elois llamaban las Noches Negras: la oscuridad durante la Luna nueva, cuando los Morlocks surgían e imponían su voluntad sobre los Elois. ¡Qué tonto había sido!, pensaba ahora, cuán impetuoso e irreflexivo -qué poco cuidadoso había sido con la pobre Weena- al haber emprendido esa expedición en un momento tan peligroso.

Bien, pensé, algo siniestro, ahora había regresado; y estaba decidido a enmendar los errores de mi pasado, o morir en el intento.

Con un bandazo, la máquina salió del tumulto gris, y la luz del sol me bañó, pesada, cálida y directa. Los indicadores cronométricos se detuvieron: era el día 292.495.940, el día exacto, en el año 802.701 d.C., en el que había perdido a Weena.

Me senté en la colina familiar. La luz del sol era brillante, y tuve que protegerme los ojos. Como había activado la máquina en el jardín trasero de la casa en lugar del laboratorio, me encontraba unas veinte yardas más abajo del pequeño campo de rododendros que cuando llegué allí por primera vez. A mi espalda, un poco más alto en la colina, vi la forma familiar de la Esfinge Blanca, con su inescrutable media sonrisa congelada para siempre. La base de bronce seguía cubierta de verdín, aunque aquí y allá podía ver las huellas de mis inútiles intentos de penetrar en la cámara interior, para recuperar la Máquina del Tiempo robada: había aplastado las incrustaciones, y la hierba estaba rota y cortada por donde los Morlocks habían arrastrado la máquina hacia el pedestal.

Comprendí con sorpresa que la máquina robada seguía todavía allí. Me era extraño pensar que otra máquina estaba en la oscuridad de la cámara a pocas yardas de mí, ¡mientras yo estaba sentado en una copia, perfecta en todos sus detalles, que brillaba sobre la hierba!

Quité y me guardé las palancas de control, y bajé. Por el ángulo del Sol, juzgué que debían de ser las tres de la tarde, y el aire era cálido y húmedo.

Para tener una mejor visión de todo, caminé hacia el sudeste durante una media milla, hacia la cumbre de lo que había sido Richmond Hill. En mis días la hilera de casas había estado allí, con esas caras fachadas y las amplias vistas del río y los campos al este; ahora, un grupo disperso de árboles había ocupado la cima de la colina -no había ni rastro del conjunto y

Librodot

supuse que incluso los cimientos de las casas debían de haber sido destruidos por la acción de las raíces de los árboles-, pero aun así, al igual que en 1891, el campo se extendía de forma muy atractiva hacia el sur y el este.

Allí había un banco, del metal amarillo que había visto antes; estaba corroído por un óxido rojo, y los brazos tenían forma de animales de algún mito olvidado. Una ortiga, con grandes hojas teñidas hermosamente de marrón, había trepado por el asiento, pero la aparté -no tenia espinas- y me senté, porque tenía calor y estaba sudando.

El Sol estaba bajo en el cielo, hacia el oeste, y su luz se reflejaba en la arquitectura dispersa y en las manchas de agua que moteaban el paisaje verde. El vaho del calor cubría toda la tierra. El tiempo y la paciente evolución geológica habían metamorfoseado el paisaje de mi época; pero podía reconocer varias características, aunque alteradas, y había todavía una belleza ensoñadora en el «incomparable valle del Támesis» del poeta. La banda plateada del río estaba algo alejada de mí; como ya he dicho antes, el Támesis había cortado un recodo de su curso y ahora fluía directamente de Hampton a Kew. Y había profundizado su valle; por eso Richmond estaba ahora en lo alto de un lado de un ancho valle, quizás a una milla del agua. Creí reconocer lo que había sido la isla Glover como una especie de montículo arbolado en el centro del antiguo lecho del río. Petersham Meadows conservaba la mayor parte de su aspecto moderno; pero ahora estaba muy por encima del nivel del río, e imaginaba que la zona debía de ser mucho menos pantanosa que en mis días.

Los grandes edificios de esta era moteaban el paisaje, con sus intrincados pretiles y altas columnas, elegantes y abandonadas; había agujas de huesos arquitectónicos a los lados cubiertos de verde de la colina. Quizás a una milla de mí vi aquel enorme edificio, una masa de granito y aluminio, al que había trepado en mi primer día. Aquí y allá enormes figuras, tan hermosas y enigmáticas como la Esfinge, levantaban la cabeza del verde general y por todas partes vi las cúpulas y chimeneas que eran la firma de los Morlocks. Las enormes flores de esos últimos días estaban por todas partes, con sus resplandecientes pétalos blancos y sus brillantes hojas. No por primera vez, aquel paisaje, con esas flores hermosas y extraordinarias, las pagodas y cúpulas acurrucadas por entre la vegetación, me recordaron a los Reales Jardines Botánicos de Kew de mi época; era un Kew que había cubierto Inglaterra, y se había desarrollado salvaje y sin cuidados.

En el horizonte había un gran edificio que no había notado antes. Casi se perdía en la niebla del noreste, en la dirección del moderno Windsor; pero estaba demasiado lejos y apagado por la distancia para distinguir detalles. Me prometí que algún día iría de exploración hasta Windsor porque seguro que, si algo de mi época había sobrevivido a la evolución y al abandono de los milenios, sería la reliquia de una torre normanda.

Me volví y vi que el paisaje se extendía en la dirección de Banstead, y distinguí un conjunto de bosquecillos y colinas, con el brillo del agua aquí y allá, que me eran familiares de mis primeras exploraciones. Y era en aquella dirección -quizás a una distancia de dieciocho o veinte millas- donde se encontraba el Palacio de Porcelana Verde. Mirando en aquella dirección creí distinguir la punta de los pináculos de la estructura; pero mis ojos no son lo que eran y no estaba seguro.

Había ido hasta el Palacio, con Weena, en busca de armas y otras provisiones con las que luchar contra los Morlocks. De hecho, ¡si recordaba bien, yo -mi primer yo- debía de estar recorriendo en ese preciso momento el interior de las pulidas paredes verdes!

A unas diez millas se interponía una barrera entre el Palacio y yo: un nudo de bosque negro. Incluso bajo la luz del día, formaba una mancha obscura y siniestra de al menos una milla de ancho. Llevando a Weena, seguro que había atravesado aquel bosque la primera vez, porque habíamos esperado la luz del día para recorrerlo; pero la segunda vez, en nuestro regreso del Palacio (¡esa misma noche!) dejaría que mi impaciencia y fatiga me obnubilasen. Decidido a volver a la Esfinge lo antes posible, y ponerme a trabajar para recuperar la máquina, me introduciría en el bosque en la obscuridad -y me dormiría- y los Morlocks nos atacarían y se llevarían a Weena.

Librodot

Sabía que había tenido suerte de escapar con vida de esa estupidez; y en lo que se refería a la pobre Weena...
Pero ahora dejé a un lado esos pensamientos vergonzosos, porque estaba allí, me recordé a mí mismo, para enmendarlo.
Tenía tiempo de llegar al bosque antes del anochecer. Por supuesto, no tenía armas, pero mi propósito no era enfrentarme a los Morlocks -ya había abandonado ese impulso- sino simplemente rescatar a Weena. Y para eso, pensaba, no necesitaría armas más poderosas que mi intelecto y mis puños.

2

UNA CAMINATA

La Máquina del Tiempo parecía muy expuesta en la colina con el cobre y el níquel brillando y -aunque no tenía intención de emplearla de nuevo- decidí esconderla. Había un bosquecillo cerca, y arrastré la máquina hasta allí y la cubrí con ramas y hojas. Eso requirió algo de esfuerzo -la máquina era abultada-; me dejó sudoroso, y los carriles marcaron senderos profundos en el césped por donde la había arrastrado.
Descansé unos minutos, y entonces, decidido, emprendí el camino en dirección a Banstead.
Había recorrido apenas cien yardas cuando oí voces. Por un momento me sorprendí, pensando -a pesar de la luz del día- que podrían ser Morlocks. Pero las voces eran muy humanas y hablaban el idioma simple característico de los Elois. Un grupo de cinco o seis de aquellas pequeñas gentes salió de un bosquecillo por un camino que llevaba a la Esfinge. Me sorprendió de nuevo cuán pequeños y ligeros eran, no mayores que un niño de mi época, ya fuesen masculinos o femeninos, y vestidos con aquellas simples túnicas y unas sandalias púrpura.
Las similitudes con mi primera llegada a aquella época me resultaron evidentes; porque me había encontrado por casualidad con un grupo similar de Elois. Recordé que se me habían aproximado sin miedo -más bien con curiosidad- y se habían reído y hablado conmigo.
Sin embargo, ahora venían circunspectos; de hecho, creo que algo temerosos. Abrí las manos y sonreí, intentando dar a entender que no iba a hacerles daño; pero conocía muy bien la causa de su nueva disposición de ánimo: ya habían visto el errático y peligroso comportamiento de mi anterior yo, especialmente cuando estuve desquiciado después de perder la Máquina del Tiempo. ¡Los Elois tenían derecho a ser cuidadosos!
No los forcé y los Elois pasaron a mi lado, subiendo por la colina hacia los rododendros; tan pronto como me dejaron atrás retomaron su conversación.
Me encaminé por el campo hacia el bosque. Por todas partes veía los pozos que llevaban al mundo subterráneo de los Morlocks, y que emitían, si me acercaba lo suficiente para oírlo, el implacable ritmo de sus grandes máquinas. La frente y el pecho se me llenaron de sudor -porque el día era caluroso, a pesar de que el sol de la tarde se ocultaba- y sentí que la respiración se me hacía pesada.
Con mi inmersión en aquel mundo, parecía que también se despertaban mis emociones. Weena, a pesar de ser una criatura limitada, había mostrado afecto, la única criatura de todo ese mundo de 802.701 que lo había hecho; y su pérdida me había causado la tristeza más absoluta. Pero cuando relaté mis aventuras a mis compañeros, al lado del brillo familiar de la chimenea en 1891, la tristeza se había tornado en una pálida sombra de sí misma; Weena se había convertido en la memoria de un sueño, en algo irreal.
Bien, ahora estaba allí una vez más, recorriendo los campos familiares, y toda la tristeza primitiva regresó -como si nunca se hubiese ido e impulsaba mis pasos.

Librodot

Mientras caminaba sentí mucha hambre. Me di cuenta de que no recordaba la última vez que había comido -debió de ser antes de que Nebogipfel y yo partiésemos de la Tierra Blanca-, aunque, especulaba, mejor sería decir que aquel cuerpo no había comido, si había sido reconstruido por los Observadores como daba a entender Nebogipfel. Bien, a pesar de las precisiones filosóficas, el hambre hacía resonar mis tripas y el calor empezaba a hacer mella en mí. Pasé cerca de un salón comedor -un gran edificio gris de piedra tallada -y me desvié de mi ruta.

Entré por un portal tallado, con su ornamentación muy maltratada por el tiempo y destrozada. En su interior encontré una única cámara grande cuyo suelo estaba formado por los bloques del metal duro y blanco que había visto antes, marcado por los suaves pies de innumerables generaciones de Elois. Planchas de piedra pulida formaban las mesas, y había montones de fruta; y alrededor de las mesas había pequeños grupos de Elois, con sus hermosas túnicas, comiendo y molestándose unos a otros como pájaros enjaulados.

Me quedé de pie con mi digno equipo de jungla. Aquella reliquia del Paleoceno estaba bastante fuera de lugar en medio de aquella belleza iluminada por el sol, ¡y consideré que los Observadores podrían haberme vestido de forma más elegante! Un grupo de Elois se acercó a mí y se apretujaron a mi alrededor. Sentí las pequeñas manos sobre mí, como tentáculos suaves, tirando de mi camisa. Las caras tenían las bocas pequeñas, las barbillas marcadas y las pequeñas orejas características de su raza, pero parecía que eran un conjunto distinto de aquellos que había encontrado cerca de la esfinge; aquellos pequeños seres no tenían una gran memoria y por tanto no tenían miedo de mí.

Había vuelto para rescatar a uno de ellos, no para cometer los actos bárbaros que habían desfigurado mi anterior visita; así que me rendí a su inspección con buen humor y manos abiertas.

Me dirigí a las mesas, seguido por una pequeña manada de Elois. Encontré un montón de fresas hipertrofiadas y me las metí en la boca; y no tardé mucho en encontrar varias muestras de la fruta blanca de cáscara triangular que había sido mi favorita en mi anterior viaje. Recogí un montón que consideré suficiente, encontré la esquina más oscura y me senté a comer, rodeado por una pared de Elois curiosos.

Sonreí a los Elois dándoles la bienvenida e intenté recordar los fragmentos de su sencilla lengua que había aprendido antes. Al hablar sus caras se acercaron a mí con los ojos dilatados en la oscuridad y los labios abiertos como los de los niños. Me relajé. Creo que era la facilidad del encuentro, la humanidad básica, lo que entonces penetró en mí: ¡recientemente había sufrido demasiadas experiencias extrañas e inhumanas! Los Elois no eran humanos, lo sabía -a su modo me eran tan extraños como los Morlocks-, pero eran una buena imitación.

Me pareció que sólo cerré los ojos.

Desperté sobresaltado. ¡Había oscurecido! Había menos Elois cerca de mí y sus ojos amables e incondicionales parecían brillar en las tinieblas.

Me levanté asustado. Las cáscaras de las frutas y las flores cayeron de mi cuerpo, donde habían sido colocadas por los juguetones Elois. Corrí por la cámara principal. Ahora estaba muy llena de Elois, y dormían en pequeños grupos sobre el suelo de metal. Salí por fin por la puerta a la luz del día...

¡O más bien a lo poco que quedaba dé la luz del día! Mirando frenético a mi alrededor, vi que apenas era visible una fracción de Sol -apenas una uña, apoyada en el horizonte occidental-, y al este vi un único planeta brillante, quizá Venus.

Grité y alcé los brazos al cielo. Después de toda mi determinación interna de que arreglaría las tonterías impetuosas del pasado, ¡me había dormido durante una tarde, del todo indolente!

Fui al sendero que había seguido y me dirigí al bosque. ¡Vaya con mi plan de llegar antes del anochecer! A medida que el ocaso se cerraba a mi alrededor, vi fantasmas blancuzcos y grises en el límite de mi visión. Me volví ante cada una de las apariciones, pero huían manteniéndose fuera de mi alcance.

Las formas eran, por supuesto, Morlocks -los brutales y astutos Morlocks de aquella historia- y me seguían con las silenciosas habilidades cazadoras que poseían. Mi decisión anterior de que no iba a necesitar un arma para aquella expedición me comenzó a parecer una tontería, y me dije que tan pronto como llegase al bosque buscaría una rama caída o algo similar que me pudiese servir como maza.

3

EN LAS TINIEBLAS

Tropecé varias veces en el terreno desigual, y me habría torcido el tobillo, creo, si no hubiese sido por las botas militares.

Para cuando llegué al bosque ya era completamente de noche.

Examiné la extensión malsana y húmeda de bosque oscuro. La futilidad de mi meta se me hizo evidente. Recordé que me había parecido que me rodeaba una gran cantidad de Morlocks: ¿cómo iba a encontrar al puñado malévolo que se había llevado a Weena?

Pensé en meterme en el bosque -recordaba, más o menos, el camino que había seguido la primera vez- y encontrarme con mi otro yo y Weena. Pero comprendí inmediatamente la estupidez de la idea. Para empezar, porque me había perdido durante mi enfrentamiento con los Morlocks y había acabado huyendo por el bosque más o menos al azar. Y además, no tenía protección: en la oscuridad del bosque sería muy vulnerable. Sin duda armaría una buena escabechina con algunos de ellos antes de que me redujesen, pero me acabarían reduciendo, sin duda; y de cualquier forma esa batalla no era mi objetivo.

Por eso, retrocedí un cuarto de milla hasta que llegué a un altozano que miraba al bosque.

La oscuridad me rodeaba y las estrellas emergieron en toda su gloria. Como ya había hecho una vez antes, me distraje buscando rastros de las viejas constelaciones, pero el gradual movimiento propio de las estrellas había distorsionado las imágenes familiares. Aun así, el planeta que había notado antes brillaba sobre mí, tan fiel como un verdadero amigo.

La última vez que había estudiado el cielo alterado, tenía a Weena a mi lado, envuelta en mi chaqueta para darse calor, y habíamos descansado de noche mientras nos dirigíamos al Palacio de Porcelana Verde.

Recordaba mis pensamientos de entonces: había reflexionado sobre la pequeñez de la vida terrenal, en comparación con la migración milenaria de las estrellas, y me había invadido, brevemente, un triste aislamiento al admirar la grandeza del tiempo por encima de las inquietudes terrenales.

Pero ahora, me parecía, ya había acabado con eso. Había tenido perspectivas más que suficientes de infinitos y eternidades; me sentía impaciente y tenso. Era, y siempre lo había sido, nada más que un hombre, y me había sumergido por completo de nuevo en las preocupaciones cotidianas de la humanidad. Ahora sólo mis proyectos personales llenaban mi mente.

Aparté la vista de las remotas estrellas insondables y la dirigí al bosque que tenía frente a mí. Y un suave resplandor rosa comenzó a extenderse por el horizonte sudoccidental. Me puse en pie y di unos pasos de baile, tal era mi júbilo. ¡Era la confirmación dé que después de todas mis aventuras había terminado en el día correcto, de entre todos los posibles días, en ese siglo remoto! Porque el resplandor era el fuego del bosque, un fuego que yo mismo había empezado con descuidada despreocupación.

Luché por recordar qué había pasado a continuación en aquella noche fatídica, la secuencia exacta...

El fuego que había encendido era una cosa nueva y maravillosa para Weena, y había querido jugar con las llamas rojas; me vi obligado a retenerla para que no se arrojase en la luz líquida. Luego la cogí -a pesar de sus esfuerzos- y nos internamos en el bosque con la luz del fuego señalando el camino.

Pronto dejamos atrás el resplandor de las llamas, y caminamos en la oscuridad interrumpida únicamente por pedazos de cielo azul entrevistos entre las ramas. No pasó mucho tiempo en aquella oleosa oscuridad antes de que oyese el sonido de pies pequeños, el suave arrullo de voces a nuestro alrededor; recuerdo un tirón en la chaqueta y luego en la manga.

Había dejado a Weena en el suelo para buscar las cerillas, y hubo una lucha a la altura de mis rodillas porque los Morlocks, como insectos persistentes, habían caído sobre su pobre cuerpo. Encendí una cerilla, cuando se iluminó su cabeza vi una fila de blancas caras de Morlock, iluminadas como por un flash, todas vueltas hacia mí con sus ojos rojo grisáceo, y entonces, en segundos, huyeron.

Había decidido encender otro fuego y esperar la mañana. Había encendido alcanfor y lo había colocado en el suelo. Había arrancado ramas secas de los árboles, y había encendido un fuego de madera verde...

Me puse de puntillas, e intenté mirar a lo más alto del bosque. Deben imaginarme en medio de aquella oscuridad, bajo un cielo sin Luna, y el fuego que se extendía en la parte más alejada del bosque como única iluminación.

Allá -¡lo tenía!- una línea de humo se enredaba en el aire, formando una silueta estrecha contra el brillo de fondo. Ése debía ser el sitio donde había decidido establecer el campamento. Estaba a cierta distancia -quizás a unas dos millas hacia el este, en lo más profundo del bosque-, y sin pensármelo más me metí en el bosque.

Durante un rato no oí nada más que el sonido de las ramitas al romperse bajo mis pies y el rugido remoto y somnoliento del incendio. La oscuridad sólo estaba truncada por el resplandor del incendio, y por fragmentos de cielo azul profundo sobre mi cabeza. Sólo podía ver las raíces y troncos que me rodeaban como siluetas y tropecé varias veces. Luego oí pasos a mis alrededor, tan suaves como la lluvia, y el extraño murmullo que es la voz de los Morlocks. Sentí un tirón en la manga, algo en el cinturón y dedos en el cuello.

Lancé los brazos a mi alrededor. Golpeé carne y hueso y mis asaltantes cayeron; pero sabía que el alivio sería temporal. Y, por supuesto, los pasos me envolvieron de nuevo a los pocos segundos y tuve que avanzar a través de una especie de lluvia de toques, de pezuñas frías y atrevidos y agudos pellizcos, de enormes ojos rojos que me rodeaban.

Era el regreso a mi peor pesadilla, ¡a la terrible oscuridad que había temido toda mi vida! Pero persistí y no me atacaron, al menos no abiertamente. Podía detectar que los Morlocks se movían cada vez con mayor rapidez a medida que el resplandor remoto incrementaba su brillo.

Y entonces, de pronto, olí algo en el aire: era débil, y casi se perdía en el humo...

Eran vapores de alcanfor.

Debía de estar a unas yardas del lugar donde los Morlocks nos habían atacado a mí y a Weena mientras dormíamos, ¡el lugar donde había luchado y había perdido a Weena!

Me encontré con un gran grupo de Morlocks, una acumulación apenas visible entre los árboles. Se arrastraban unos sobre otros como gusanos, deseosos de unirse a la pelea o la comilona, formando una masa que no recordaba haber visto antes. En medio vi que un hombre luchaba. Quedaba oculto por la masa de Morlocks, y le cogieron el cuello, pelos y brazos, y cayó a tierra. Pero entonces vi un brazo surgir de la confusión sosteniendo una barra de hierro -recordé que la había arrancado de una máquina en el Palacio de Porcelana Verde-, y la blandió vigorosamente contra los Morlocks. Se alejaron de él brevemente y pudo hacerse fuerte contra los árboles. El cabello le sobresalía alrededor de la cabeza ancha, y llevaba en los pies sólo calcetines rotos y manchados de sangre. Los Morlocks, frenéticos, se le echaron encima otra vez, y él agitó la barra de hierro y oí el sonido sordo de las caras de Morlock al romperse.

Durante un momento pensé en ayudarle; pero sabía que era innecesario. Sobreviviría para salir tambaleándose del bosque -solo y llorando a Weena- y recuperaría la Máquina del Tiempo de manos de los Morlocks. Permanecí en la sombra de los árboles, y estoy seguro de que no me vio...

Pero comprendí que Weena ya había desaparecido: ¡en ese momento del conflicto, ya la había perdido a manos de los Morlocks!

Me giré desesperado. Una vez más había perdido la concentración. ¿Había fallado ya? ¿La había perdido de nuevo?

Para entonces el temor de los Morlocks al incendio se había asentado del todo, y huían en una riada del resplandor, con las espaldas peludas y encorvadas manchadas de rojo. Entonces vi una hilera de Morlocks, cuatro, avanzando por entre los árboles lejos del fuego

Llevaban algo: algo inconsciente, pálido, fláccido, con rastros de blanco y oro...

Rugí y me lancé por entre el follaje. Las cuatro cabezas de los Morlocks giraron hasta que sus ojos rojos estuvieron fijos en mí; entonces levanté el puño y lo lancé contra ellos.

No fue una gran pelea. Los Morlocks dejaron su preciosa carga; se enfrentaron a mí pero les distraía el brillo creciente a sus espaldas. Un pequeño bruto cerró los dientes en mi muñeca, pero le golpeé en la cara, sintiendo el choque de huesos, y a los pocos segundos me soltó; y los cuatro huyeron.

Me incliné y recogí a Weena del suelo -la pobre criatura era tan ligera como una muñeca- y mi corazón casi se rompe al ver su estado. El vestido estaba roto y manchado, la cara y el pelo dorado estaban cubiertos por cenizas y humo, y pensé que había sufrido una quemadura en una mejilla. Noté también los alfilerazos de dientes de Morlock en la carne suave del cuello y en los antebrazos.

Estaba inconsciente y no sabía si respiraba; pensé que incluso podía estar muerta.

Con Weena en los brazos, corrí por el bosque.

En la oscuridad llena de humo no podía ver; había un incendio que ofrecía un resplandor rojo y amarillo, pero convertía el bosque en un lugar de sombras cambiantes que engañaban al ojo. Varias veces choqué con los árboles, o tropecé en algún relieve del terreno; y me temo que Weena sufrió varios golpes en el proceso.

Estábamos en medio de una corriente de Morlocks, que huían del fuego con tanto vigor como yo. Sus espaldas peludas brillaban rojas bajo las llamas, y sus ojos eran discos de claro sufrimiento. Corrían por el bosque, chocando con los árboles y golpeándose los unos a los otros con sus pequeños puños; o se arrastraban por el suelo, gimiendo, buscando alivio ilusorio del calor y la luz. Cuando chocaban conmigo, les golpeaba y les daba patadas para mantenerlos alejados; pero estaba claro que, al estar ciegos, no eran una gran amenaza para mí y después de un rato descubrí que era muy fácil mantenerlos lejos.

Ahora que me había acostumbrado a la dignidad tranquila de Nebogipfel, la naturaleza bestial de esos Morlocks primitivos, con sus mandíbulas caídas, el pelo sucio y revuelto y la postura inclinada -algunos incluso corrían arrastrando las manos por el suelo-, era muy desoladora.

De pronto llegamos al límite del bosque; salí de los últimos árboles y me encontré corriendo por un prado.

Tomé grandes bocanadas de aire y me volví para mirar el bosque en llamas. El humo subía, formando una columna que llegaba al cielo, oscureciendo las estrellas; y vi, en el corazón del bosque, enormes llamas -de cientos de pies de alto- que se erguían como edificios.

Los Morlocks seguían huyendo del resplandor, pero en menor número; los que salían del bosque estaban desaliñados y heridos.

Di la vuelta, y caminé a través de hierba larga y dura. Al principio sentía un calor intenso en la espalda; pero después de una milla se había reducido, y el resplandor carmesí del incendio se convirtió en un brillo más débil. Después de eso ya no vimos más Morlocks.

Atravesé una colina, y en el valle tras ella llegué a un lugar que había visitado antes. Había acacias, varios dormitorios y una estatua -incompleta y rota- que me había recordado a un fauno. Caminé hacia el interior del valle, y acunado en sus recodos encontré un riachuelo que

Librodot

recordaba. Su superficie, turbulenta y desigual, reflejaba la luz de las estrellas. Me senté en la orilla y dejé cuidadosamente a Weena en el suelo. El agua era fría y corría rápida. Me arranqué una tira de la camisa y la mojé en el agua; con ella limpié la pobre cara de Weena, y dejé caer algo de agua en su boca.

Así, con la cabeza de Weena acunada en mi regazo, me senté durante el resto de la Noche Negra.

Por la mañana lo vi salir del bosque quemado en un estado deplorable. Su rostro estaba pálido como el de un fantasma y tenía cortes sin curar en la cara, la chaqueta llena de polvo y sucia, una cojera peor que la de un vagabundo cansado y los pies sangrantes envueltos en hierbas. Sentí compasión -o quizá vergüenza- al verlo así: ¿era realmente yo?, me pregunté. ¿Me había mostrado de esa forma a mis amigos, a mi regreso después de mi primera aventura?

De nuevo sentí el impulso de ofrecerle ayuda; pero sabía que no la necesitaba. Mi otro yo dormiría su cansancio en el brillante día y después, al llegar la noche, volvería a la Esfinge Blanca para recuperar la Máquina del Tiempo.

Finalmente -después de una última lucha contra los Morlocks se iría, en un torbellino atenuado.

Me quedé con Weena en el río, y la cuidé mientras el sol trepaba por el cielo, y recé para que despertase.

Epílogo

Los primeros días fueron los peores, porque llegué aquí desprovisto de herramientas.
Al principio me vi obligado a vivir con los Elois. Compartía los frutos que les traían los Morlocks y las ruinas que utilizaban como dormitorios.
Cuando la luna se desvaneció y comenzó la nueva secuencia de Noches Negras, ¡me sorprendió la audacia con que los Morlocks salían de sus cavernas y asaltaban su ganado humano! Me atrincheré a la entrada de una de las casas de dormir, con trozos de hierro y piedras como armas, y de esa forma pude resistir; pero no pude mantenerlos a todos fuera -los Morlocks llegaban como sabandijas, en lugar de luchar en la forma organizada de los humanos-, y además sólo podía defender un dormitorio entre los cientos que salpicaban el Valle del Támesis.
Aquellas horas tenebrosas, de terror y desesperación sin parangón para los indefensos Elois, son más terribles que cualquier otro de mis recuerdos. Aun así, con la llegada del día, la oscuridad desaparecía de las pequeñas mentes de los Elois y se aprestaban a jugar y reír con entusiasmo como si los Morlocks no existiesen.
Me decidí a cambiar todo aquello: porque ésa -con el rescate de Weena- había sido mi intención al regresar aquí.
He explorado los alrededores más ampliamente. ¡Debía de haber sido un buen espectáculo el verme recorrer las colinas, con una barba salvaje y espectacular, la cabeza quemada por el sol, y mi cuerpo de mayor tamaño envuelto en ropas de Eloi! Por supuesto, no hay transportes y no hay bestias de carga para llevarme, y sólo los restos de las botas de 1944 me protegen los pies. Pero he llegado tan lejos como Hounslow y Staines al oeste, Barnet al norte y Epsom y Leatherhead al sur; y hacia el este, he seguido el nuevo curso del Támesis hasta Woolwich.
En todas partes he encontrado la misma imagen: el paisaje verde con las ruinas dispersas, los salones y casas de los Elois, y por todas partes el ominoso moteado de los pozos de los Morlocks. Puede que en Francia o Escocia la imagen sea muy diferente, pero no lo creo. Todo este país, y más allá, está infestado de Morlocks y sus laberintos subterráneos.
Por eso he tenido que desechar mi primer plan, que era partir con los Elois lejos del alcance de los Morlocks: ahora sé que los Elois no pueden escapar de los Morlocks, y viceversa, ya que la dependencia de los Morlocks respecto de los Elois, aunque menos repelente para mí, es igualmente degradante para el espíritu de los subhombres nocturnos.

He comenzado, lentamente, a buscar otras formas de vivir.
Me decidí a residir permanentemente en el Palacio de Porcelana Verde. Ése había sido uno de mis planes en mi visita anterior porque, aunque no había visto rastros de actividades Morlock en él, el antiguo museo con sus grandes salas y su construcción robusta me parecía una fortaleza tan buena como la mejor que hubiera podido encontrar para defenderme de la astucia y destreza escaladora de los Morlocks. Tenía esperanzas de que muchos de los artefactos y reliquias conservados allí pudieran serme útiles en el futuro. ¡Y además, algo de este abandonado monumento al intelecto, con sus fósiles abandonados y bibliotecas desmenuzadas, ha capturado mi imaginación! Era como un gigantesco barco del pasado, la quilla rota contra los arrecifes del tiempo; y yo era un náufrago de origen similar, un Crusoe de la antigüedad.
Repetí y amplié mi exploración de las salas y cámaras cavernosas del Palacio. Me establecí, como base, en el Sala de Mineralogía que había encontrado en mi primera visita, con las muestras bien conservadas pero inútiles de más minerales de los que podía nombrar. Esta cámara es algo más pequeña que algunas de las otras y por tanto algo más segura. Cuando barrí el polvo y encendí un fuego me pareció casi como mi hogar. Desde entonces, apuntalando las cerraduras rotas de las puertas y arreglando las grietas de las paredes, he extendido mi fortaleza a salas adyacentes. Mientras exploraba la galería de paleontología, con esos enormes e inútiles huesos de brontosaurios, me encontré con una colección de huesos

Librodot

tirados y dispersos por el suelo, evidentemente por los juguetones Elois, que al principio no pude reconocer; pero cuando reuní más o menos los esqueletos, creí que pertenecían a un caballo, un perro, un buey y, creo; un zorro, últimas reliquias de animales comunes de mi propia Inglaterra desaparecida. Pero los huesos estaban demasiado dispersos y rotos y mis conocimientos anatómicos son demasiado imprecisos para estar seguro de haberlos identificado bien.

También regresé a la galería inclinada y pobremente iluminada que contiene los grandes cadáveres de enormes máquinas, porque me ha servido de mina para herramientas improvisadas de todo tipo, y no sólo armas, como fue mi primer uso de ellas. Empleé algo de tiempo en una máquina que tiene el aspecto de una dinamo eléctrica, porque su estado no era demasiado ruinoso, y atesoraba fantasías de ponerla en marcha y encender algunos de los globos rotos que cuelgan del techo de la cámara. ¡Calculaba que el brillo de la luz eléctrica y el ruido de la dinamo harían, al menos, que los Morlocks saliesen huyendo!, pero no tenía combustible ni lubricante y, además, las piezas pequeñas estaban corroídas; por lo tanto he abandonado el proyecto.

En el curso de mi exploración del palacio llegué hasta una exposición que me atrajo. Estaba cerca de la galería con el pequeño modelo de una mina que había visto antes y parecía ser el modelo de una ciudad. El diorama era muy detallado y era tan grande que llenaba casi toda la cámara, y todo el conjunto estaba protegido por una especie de pirámide de vidrio, de la que tuve que retirar siglos de polvo para poder ver. La ciudad se había construido claramente en el futuro lejano, pero incluso el modelo eran tan antiguo aquí, en esta época crepuscular, que los brillantes colores se habían apagado por efecto de la luz filtrada por el polvo. Imaginaba que la ciudad debía de ser la descendiente de Londres, porque creí descubrir la morfología característica del Támesis representada por una banda de vidrio que serpenteaba por el corazón del diorama. Pero era un Londres muy transformado de la ciudad de mi época. Estaba dominado por siete u ocho enormes palacios de cristal -si piensan en el Palacio de Cristal enormemente expandido y retorcido varias veces, tendrán algo parecido- y aquellos palacios habían estado unidos por una especie de piel de cristal que cubría toda la ciudad. No tenía el aspecto sombrío de la Bóveda de Londres en 1938, porque aquel techo inmenso me parecía que servía para atrapar y amplificar la luz del sol, y había hileras de luces eléctricas distribuidas por la ciudad, aunque ninguna de aquellas diminutas bombillas funcionaba en el modelo. Había un bosque de inmensos molinos sobre el techo -aunque las aspas ya no giraban-- y aparecían aquí y allá grandes plataformas sobre las que flotaban versiones de juguete de máquinas voladoras. Aquellas máquinas tenían un aspecto parecido a grandes libélulas, con grandes velas flotando sobre ellas, y góndolas con hileras de gentecillas sentadas bajo ellas.

Sí, ¡*gente*!, mujeres y hombres, no muy distintos a mí. Porque esa ciudad evidentemente provenía de una época no tan imposiblemente lejana de la mía, por lo que la mano roma de la evolución no había alterado a la humanidad.

Grandes carreteras cubrían el paisaje, uniendo ese Londres del futuro con otras ciudades del país, o eso suponía. Aquellas carreteras estaban cubiertas de vastos mecanismos: monociclos que transportaban cada uno una veintena de personas, enormes carros de transporte que parecían no llevar conductores y debían de estar dirigidos mecánicamente, etc. No había detalles para representar el campo entre las carreteras, sólo una superficie uniformemente gris. Todo el diseño era tan inmenso -era como un enorme edificio que imagino que podía haber alojado a veinte o treinta millones de personas, en comparación con los meros cuatro millones del Londres de mi época. La mayor parte del modelo no tenía ni paredes ni techos, y podía ver pequeñas figuras que representaban a la población, ocupando docenas de niveles de la ciudad. En los niveles superiores aquellos habitantes estaban vestidos con una variedad de diseños llamativos, con capas escarlata, sombreros tan espectaculares y poco prácticos como crestas de gallos y otros por el estilo. Aquellos niveles superiores parecían lugares de gran confort y lujo, siendo una especie de mosaico de muchos pisos de tiendas, parques, bibliotecas, casas suntuosas y demás.

Pero en la base de la ciudad -en los pisos bajos y sótanos, para entendernos- las cosas eran muy diferentes. Allí se asentaban grandes máquinas, y conductos, tuberías y cables de diez o veinte pies de diámetro (a escala completa) corrían por los techos. Había muñecos, pero estaban vestidos uniformemente con una especie de ropas azules, y sus dependencias personales parecían estar limitadas a salones comunales para dormir y comer. Me parecía que aquellos trabajadores de los pisos bajos apenas debían de recibir, en el orden general de las cosas, la luz que bañaba las vidas de las gentes superiores.
El modelo era antiguo y estaba lejos de ser perfecto, en una esquina la pirámide se había roto, y el modelo había quedado destruido hasta ser irreconocible, y en otro lado las figuritas y las máquinas habían caído o se habían roto por culpa de las pequeñas perturbaciones a lo largo del tiempo. En un sitio, las figuras vestidas de azul habían sido colocadas en pequeños círculos y figuras, seguramente por los dedos juguetones de los Elois, pero aun así la ciudad de juguete ha sido una fuente de continua fascinación para mí, porque sus gentes y aparatos están lo suficientemente cerca de los míos para que me intriguen, y he pasado largas horas descubriendo nuevos detalles sobre su construcción.
Me parece que esa visión del futuro podría representar una especie de estado intermedio en el desarrollo del terrible orden de las cosas en que me encontraba. Allí tenía un punto en el tiempo en donde la separación de la humanidad en superior e inferior era en gran parte un constructo social, y todavía no había comenzado a influir en la evolución de la especie en sí misma. La ciudad era una estructura magnífica y hermosa, ¡pero -si había llevado al mundo de Elois y Morlocks- era un monumento a la más colosal estupidez por parte de la humanidad!
El Palacio de Porcelana Verde está situado en una colina alta cubierta de hierba, pero hay prados cercanos bien irrigados. Desmantelé la Máquina del Tiempo, y recorrí el palacio en busca de materiales, y así inventé azadas y rastrillos simples. Abrí la tierra en los prados cercanos al palacio, y planté semillas de las frutas Morlock.
Persuadí a los Elois para que se uniesen a mí en esa empresa. Al principio eran voluntariosos -pensaban que era un nuevo juego pero perdieron el entusiasmo cuando los mantuve realizando tareas repetitivas durante largas horas; y tuve algunos escrúpulos cuando vi sus túnicas manchadas de tierra y aquellas hermosas caras ovales llenas de lágrimas de frustración. Pero me mantuve firme, y cuando las cosas se hacían demasiado monótonas los alegraba con juegos y bailes, y torpes interpretaciones de The Land of the Leal, y lo que recordaba de la música «swing» de 1944 -que les gustaba mucho-, y poco a poco volvieron.
Los ciclos de cosecha no pueden predecirse en esta época que carece de estaciones y no tuve que esperar más que unos pocos meses antes de que las primeras cañas y plantas diesen frutos. Cuando se los mostré a los Elois, mi placer sólo provocaba incertidumbre en las pequeñas caras, porque los frutos de mis primeros pobres esfuerzos no podían competir en sabor y riqueza con los que les proporcionaban los Morlocks, pero yo podía ver la importancia de aquellos alimentos más allá de su tamaño y sabor: porque con esa primera cosecha había comenzado a separar a los Elois de los Morlocks.
He encontrado a suficientes Elois con las aptitudes adecuadas para establecer cierto número de granjas pequeñas, arriba y abajo por el valle del Támesis. Por lo tanto, ahora, por primera vez en incontables milenios, hay grupos de Elois que pueden subsistir independientemente de los Morlocks.
En ocasiones me desespero y siento que no estoy enseñando sino modificando el instinto de animales inteligentes; pero al menos es un comienzo. Y trabajo con los Elois más receptivos para extender su vocabulario, para enriquecer su curiosidad; ¡pretendo despertar las mentes!

Pero sé que provocar y excitar a los Elois de esa forma no es suficiente; porque los Elois no están solos en esta tierra tardía. Y si continúan mis reformas entre los Elois, el equilibrio, aunque malsano, entre Elois y Morlocks se perderá. Y los Morlocks reaccionarán inevitablemente.

Me parece que una nueva guerra entre esas especies posthumanas sería desastrosa, porque no puedo imaginar cómo podrían sobrevivir mis precarias iniciativas agrícolas al asalto diligente de los Morlocks. ¡Y debo expulsar de mi mente cualquier noción anticuada de lealtad a un bando o a otro! Como hombre de mi tiempo, mis simpatías se encuentran naturalmente con los Elois, porque ellos parecen humanos, y mi actividad con ellos ha sido placentera y productiva. De hecho, tengo que esforzarme para recordar que esas pequeñas gentes no son humanos; ¡creo que si viese ahora a un hombre de mi siglo, me sorprendería su altura, masa y torpeza!.

Pero ni los Elois ni los Morlocks son humanos -ambos son posthumanos-, a pesar de mis viejos prejuicios. Debo encontrar una forma de negociar con la raza subterránea, para trabajar con ellos como lo he hecho con los Elois. Sé que los Morlocks tienen cierta inteligencia: he visto sus grandes máquinas subterráneas, y recuerdo que, cuando la habían capturado, limpiaron y engrasaron la Máquina del Tiempo. Podría ser que, bajo su asquerosa superficie, los Morlocks tengan un instinto que esté más cerca de las actividades ingenieriles de mi propia época que los pasivos y bovinos Elois.

Sé bien -¡Nebogipfel me lo demostró!- que gran parte de mi terror a los Morlocks es instintivo y proviene de un complejo de experiencias, pesadillas y temores en el interior de mi propia alma, irrelevante en este lugar. He tenido ese temor a la oscuridad y a los lugares subterráneos desde que era un niño; está ese temor del cuerpo y su corrupción que Nebogipfel diagnosticó -un temor que puede que comparta, creo, con muchos en mi época- y además soy lo bastante honesto para reconocer que soy un hombre de mi clase social, y que por tanto he tenido poca relación con los trabajadores de mi época, y que en mi ignorancia he desarrollado, me temo, cierta desatención y miedo. ¡Y todos esos fragmentos de pesadilla se amplifican, cientos de veces, en mis reacciones hacia los Morlocks! Pero esa tosquedad del alma no es digna de mí, de mi gente, o de la memoria de Nebogipfel. Estoy decidido a dejar a un lado esas tinieblas interiores, y pensar en esos Morlocks no como monstruos, sino como Nebogipfels en potencia.

Éste es un mundo rico y no hay necesidad de que los restos de la humanidad se alimenten los unos de los otros de esa forma tan terrible que han desarrollado. La luz de la inteligencia se ha reducido, en esta historia, pero no se ha extinguido. Los Elois conservan fragmentos del lenguaje humano, y los Morlocks sus evidentes conocimientos mecánicos.

Sueño con que, antes de morir, encenderé un nuevo fuego de la razón sobre esas brasas.

¡Sí! Es un sueño noble y un adecuado legado para mí.

Encontré estos trozos de papel explorando una cripta bajo el Palacio de Porcelana Verde. Estas páginas han sido preservadas al haber sido almacenadas en un empaquetamiento cerrado sin aire. No me ha sido difícil improvisar un plumín con trozos de metal, y tinta a partir de tintes vegetales; y para escribir, he vuelto a mi asiento favorito de metal amarillo situado en la cumbre de Richmond Hill, a menos de media milla de mi antiguo hogar. Mientras escribo, tengo el valle del Támesis para hacerme compañía: esa tierra hermosa cuya evolución he contemplado a lo largo de las edades geológicas.

El viaje en el tiempo ha terminado para mí.. Hace tiempo que lo he aceptado. Como ya he dicho, he desmantelado la máquina, y las piezas me han servido como arados y otros dispositivos, más útiles que una Máquina del Tiempo (he conservado las dos palancas blancas, están a mi lado, sobre el asiento, mientras escribo). Sin embargo, aunque he quedado satisfecho con mis proyectos, mi falta de oportunidades para transmitir a mis contemporáneos mis descubrimientos y observaciones y cualquier relato de mis aventuras, me ha irritado. ¡Quizá se trate sólo de vanidad! Pero ahora estas páginas me han dado una oportunidad de arreglarlo.

Para preservar estas frágiles páginas de la destrucción, las sellaré de nuevo en su empaquetamiento original, y luego las colocaré en un contenedor que he construido con el cuarzo dopado de plattnerita de la Máquina del Tiempo. Luego enterraré el contenedor lo más profundo que pueda.

No tengo forma segura de transmitir mi relato al pasado o al futuro -y menos aún a otra historia- y puede que estas palabras se pudran bajo tierra. Pero me parece que el recubrimiento de plattnerita le dará al paquete la mejor oportunidad de ser detectado por cualquier viajero de la multiplicidad; y puede que por alguna azarosa corriente del río del tiempo, mis palabras puedan encontrar el camino de vuelta a mi propio siglo.
De cualquier forma, ¡es lo mejor que puedo hacer!, y ahora que me he decidido por ese curso de acción experimento cierta satisfacción.
Completaré y sellaré mi relato antes de partir para el mundo inferior, porque reconozco que mi expedición al mundo de los Morlocks no carece de peligros, un viaje del que puede que no regrese. Pero es una tarea que no puedo retrasar más; ya he pasado de los cincuenta años, ¡y pronto puede que ni siquiera pueda descender por los pozos!
Me comprometo aquí a añadir, a mi regreso, un apéndice a esta monografía: un resumen de mis aventuras subterráneas.

Es tarde. Estoy listo para el descenso.
¿Cómo dice el poeta? «Si las puertas de la percepción estuviesen limpias, todo aparecería al hombre como es, infinito», o algo parecido. Me perdonarán si cito mal porque aquí no tengo libros de consulta... He visto el infinito y lo eterno. Nunca he perdido la visión de aquellos universos vecinos yaciendo unos junto a otros en ese paisaje iluminado por el sol, más juntos que las hojas de un libro; y tampoco he olvidado el brillo estelar de la Historia óptima, que creo que habitará siempre en mi alma.
Pero ninguna de esas grandes visiones representa para mí ni la mitad de aquellos momentos fugaces de ternura que han iluminado la oscuridad de mi vida solitaria. He disfrutado de la lealtad y paciencia de Nebogipfel, la amistad de Moses y el calor humano de Hilary Bond; y ninguno de mis logros o aventuras -ni la visión del tiempo, ni el paisaje estelar infinito- perdurará en mi corazón tanto tiempo como el momento, en aquella primera brillante mañana después de mi regreso aquí, cuando me senté al lado del río y lavé el rostro de diamante de Weena, y su pecho se elevó al fin y tosió, y sus hermosos ojos se abrieron por primera vez y vi que estaba viva; y al reconocerme sus labios se separaron en una sonrisa de alegría.

NOTA DEL EDITOR

Aquí termina el relato; no se ha encontrado ningún apéndice posterior.

Librodot